Juan Jacobo ROUSSEAU

Su Vida y su Obra

Por MATTHEW JOSEPHSON

Ediciones Antonio Zamora

COLECCIÓN LOS GENIOS
VOLUMEN 10

EDICIONES ANTONIO ZAMORA
C. DE CORREO 736 - T.E. 23-7578 - BUENOS AIRES

Juan Jacobo ROUSSEAU

SU VIDA Y SU OBRA

POR
MATTHEW JOSEPHSON

Ediciones
ANTONIO ZAMORA
Buenos Aires

Título de la obra en inglés:
JEAN-JACQUES ROUSSEAU

Versión castellana por:
ENRIQUE PEPE

Primera edición, abril de 1958

La distribución de todas las
EDICIONES ANTONIO ZAMORA
está a cargo exclusivo de la
EDITORIAL CLARIDAD, S. A.
SAN JOSÉ 1627.--BUENOS AIRES

Derechos reservados para el idioma español
Copyright by Ediciones Antonio Zamora
Impreso en la Argentina. -- Printed in Argentine
Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

INDICE

Prólogo 7
Prefacio 17

LIBRO PRIMERO

EL JOVEN ROUSSEAU

CAP. I.—Ginebra 25
" II.—El Vagabundo 47
" III.—La señora de Warens 61
" IV.—Chambery. -- Escenas de la vida provincial 79
" V.—Las Charmettes. -- El "Almacén de Ideas" 101

LIBRO SEGUNDO

EL SENTIMENTAL

CAP. VI.—En París: El alma dual 125
" VII.—El Trance. -- Rousseau encadenado 156
" VIII.—El Ciudadano Juan Jacobo 173
" IX.—El *Ermitage* 194
" X.—Modo de amar de Rousseau 215
" XI.—La Casa de las Pasiones 231

LIBRO TERCERO

EL PROFETA DE LA REVOLUCION

CAP. XII.—Contra Voltaire y Compañía 249
" XIII.—*Eloísa*, o el genio del romanticismo 264
" XIV.—Gloria y reunión de mujeres 283
" XV.—El *Contrato Social* 315
" XVI.—*Emilio*, o la filosofía de Rousseau 331

LIBRO CUARTO

EL REY LEAR

CAP. XVII.—Exilio. -- *Cartas de la Montaña* 355
" XVIII.—Inglaterra: Huye de los fantasmas 401
" XIX.—El "Viajero Perpetuo": Paranoias y Ensueños . . 425
" XX.—Las últimas visiones 441

Apéndice 473
Bibliografía 476

PROLOGO

Juan Jacobo Rousseau fué, hasta hace poco tiempo, un ser incomprendido. Muchos son los personajes históricos que los historiadores no comprenden; pero, en el caso de Rousseau, la incomprensión se halló por igual en sus detractores y en sus panegiristas. De un lado están sus escritos, donde confiesa sus bajezas, sus errores, sus debilidades increíbles. Del otro lado se levantan sus obras, escritas con pulcro estilo y palpitantes de ideas que han tenido y tendrán enormes influencias. Quienes lo desprecian olvidan sus nobles cualidades, su carácter incorruptible, realmente único en la historia de su tiempo. Quienes lo exaltan no tienen en cuenta sus aspectos sombríos y, hay que reconocerlo, la escasa originalidad de sus teorías. Hacía falta un autor que estudiase a Rousseau hombre, con sus defectos y sus virtudes, que corrigiese, con documentos indiscutibles, sus propios escritos, tanto para aumentar sus puntos negros como para destacar sus insuperables cualidades. Este autor ha llegado en Matthew Josephson, que ha profundizado en Rousseau como ningún otro biógrafo de años pasados y momentos presentes.

Josephson es un amplio conocedor de la vida literaria francesa. Su biografía de Víctor Hugo, también editada en esta colección, es una de las mejores que existen. Además de su gran amor al pensamiento moderno francés, Josephson ha dispuesto de fuentes nuevas para el perfecto conocimiento de la vida de Rousseau. Documentos hace pocos decenios ignorados, análisis críticos de memorias adversas a Rousseau, como las de Madame d'Epinay, nos dejan ver a un Rousseau cada vez más libre de ataques dudosos y de calumnias obscuras. El hombre que se había desprestigiado a sí mismo, aparece libre de muchas manchas. Decimos muchas, no todas. Quedan otras que nada ni nadie logrará borrar. Los nuevos documentos sobre Rousseau no pueden deshacer su indiscutible masoquismo, su morboso exhibicionismo, su locura parcial ni las maldades que él mismo confesó para librarse de ellas. Fué un narcisista, un egocéntrico o egoísta máximo. Sólo le interesaron sus problemas, sus vergüenzas, sus debilidades, sus errores. Se adelantó a los modernos psicoanalistas en comprender que en la confesión está la curación, que el secreto descubierto ya no tortura. Por ello escribió, al final de su vida, sus *Confesiones* que lo liberaron de todo lo que, por no ser católico, jamás había podido confesar. En la expiación pública halló la tranquilidad, como los grandes delincuentes a quienes una fuerza misteriosa lleva a declarar sus crímenes. Sobre él cayó la indignación de medio mundo; pero esto, precisamente, que él sabía muy bien que ocurriría, fué lo que buscaba y le trajo la paz, como a un nuevo Don Quijote, demasiado tarde.

La vida de Rousseau fué una lucha terrible de su conciencia. Esta lucha es lo que Josephson expone con una emoción y una exactitud

únicas. Desde sus antepasados, protestantes calvinistas, incuestionablemente neuróticos, y el ambiente de Ginebra, ciudad triste, de hipocresía y puritanismo, en que su libertad e igualdad se hacían insoportables por su rigor y extrema severidad, hasta el instante de su muerte, una dura fatalidad mezcló sus momentos de amor y de gloria con inquietudes, persecuciones, odios y envidias infinitas. Se ha dicho que Rousseau era un paranoico, un perseguido y perseguidor. Los alienistas y psicoanalistas han ido hondo en sus escritos, en sus pensamientos y en sus acciones. El mismo Josephson cree que Rousseau vivió épocas de demencia lúcida. Hay muchas cosas ciertas. Sus amigos más íntimos lo consideraban una extraña confusión de sabio y de loco. La triste vida que llevó en su niñez y juventud le hizo odiar todo género de tiranía en forma morbosa. Por haber sido lacayo detestó a los ricos. Fué un típico resentido social. Toda su obra respira este carácter. Su desmesurado orgullo nacía de un indiscutible complejo de inferioridad y de una oculta ansia de venganza contra la sociedad rica y elevada. Su enfermedad a la vejiga lo fué alejando de los salones. No buscó empleos y se ganó la vida copiando música. Por la misma causa no quiso una entrevista con el rey. Terminó por enemistarse con los enciclopedistas, sus amigos y colegas. Le asqueaban los vicios de París; pero no vaciló en abandonar los cinco hijos que tuvo con Teresa Levasseur.

Hay insultos y críticas que, en realidad, son un homenaje para quien los recibe; pero, en el caso de Rousseau, debemos reconocer que llegó un instante en que toda Europa estuvo en su contra. Ginebra, su ciudad, de la cual él tanto se enorgullecía ser ciudadano. también condenó sus libros. Voltaire, en cambio, que vivía en los alrededores de Ginebra, en su castillo "Las Delicias", no tuvo semejante número de enemigos. Pero uno y otro se vieron unidos en el fuego que, en París, destruyó sus obras: en 1765, el *Diccionario filosófico,* de Voltaire, y las *Cartas de la montaña,* de Rousseau, fueron quemados por orden del gobierno. También fué quemado en París el *Emilio,* de Rousseau, profundo ataque a la enseñanza jesuítica.

Rousseau no se alejó mucho de los pensadores de su tiempo. Al igual que Voltaire estuvo rodeado por la más alta aristocracia de Francia. La diferencia entre Voltaire y Rousseau consistía en que Voltaire amaba los salones y Rousseau aparentaba despreciarlos. En realidad, los envidiaba. Voltaire era un demócrata político; Rousseau, un demócrata social. Voltaire creó excépticos; Rousseau, fanáticos. Al igual que cualquier enciclopedista, creía en Dios y en la inmortalidad del alma y defendía los derechos naturales de los hombres. En las polémicas de jesuítas, jansenistas y enciclopedistas —en las cuales los jesuítas eran los únicos que tenían razón— no se pronunció abiertamente por ninguno de ellos. Cuando atacó a Voltaire no fué el único escritor que se atrevió a tanto: docenas de plumas lo llamaban ignorante. No admitía el infierno de los jansenistas; pero cuando, el 27 de junio de 1737, creyéndose morir, hizo su testamento, se presentó como un perfecto católico. No obstante, a pesar de seguir amigo de los jesuítas, se hizo

cada vez más anticatólico. Despreció la confesión y las ceremonias religiosas. El calvinista que había en él resurgió más poderoso que nunca. Defendió la historicidad de los Evangelios; pero tuvo rasgos de ateo. Por último, el 29 de julio de 1754, para volver a ser ciudadano de Ginebra, se reincorporó a la Iglesia calvinista. Si no regresó a Ginebra fué por temor a la presencia de Voltaire. En cambio, combatió el teatro para halagar a los ginebrinos, que lo consideraban inmoral, y quitar a Voltaire la posibilidad de representar sus dramas.

El premio del primer concurso de la Academia de Dijón sobre el tema "¿El progreso de las ciencias y de las artes ha contribuído a purificar o a corromper las costumbres?", dado en agosto de 1750, cuando Rousseau tenía unos cuarenta años, lo hizo célebre. En 1760, *La Nueva Eloísa* despertó el asombro de Europa. El héroe de esta obra, Saint Preux, para no suicidarse, por su amor desgraciado, hace lo que Cervantes cuenta en *El celoso Extremeño,* que hacían todos los desdichados de España: marcar a América o dar la vuelta al mundo. El 4 de abril de 1762 se publicó en Amsterdam el famoso *Contrato Social.* El 22 de mayo del año siguiente apareció el no menos famoso *Emilio.* Sabido es que por el *Contrato Social* Rousseau recibió mil francos, y por el *Emilio,* seis mil. Las dos obras abarcaron públicos muy diferentes. En el *Emilio* sostuvo principios pedagógicos que en su tiempo no eran desconocidos y hoy son comunes en los sistemas de educación. El regreso a la naturaleza era una aspiración de muchos filósofos, literatos y educadores. Cervantes, en *La Gitanilla,* lo había presentado como el método de vida perfecto de los gitanos. Harold Hoffding, en su *Jean Jacques Rousseau et sa philosophie* (edición de París, 1912) muestra las fuentes en que se basó Rousseau para aconsejar la forma en que se debía criar a los niños. Más transcendente resultó una simple nota, en la edición del *Emilio* de 1778, en que expuso su convencimiento de que las monarquías, tarde o temprano, terminarían por desaparecer. En el *Contrato Social,* en cambio, Rousseau expuso el pensamiento potlítico de Aristóteles. Este pensamiento es el mismo que reelaboró Santo Tomás y popularizaron, con variantes, Locke y Grotius. Voltaire no ignoraba las mismas ideas. Lo que en Francia era una novedad, en España y en América era algo muy sabido. En el Paraguay, desde el año 1730, Fernando Mompó y Zayas, valenciano, había difundido entre los pueblos, intensamente, la doctrina *comunera,* hoy llamada populista, de que "el poder del común de cualquier república, ciudad, villa o aldea, era más poderoso que el mismo rey; que en manos del común estaba admitir la ley o el gobernador que gustasen, porque aunque se le diese el príncipe, si el común no lo quería, podía justamente resistir y dejar de obedecer. . ." (Palabras del Padre Lozano, enemigo de Mompó). Esta doctrina, Mompó la había aprendido de José de Antequera, el cual, tiempo atrás, la había enseñado en el Paraguay. Es, por tanto, un hecho que no admite discusiones de que treinta y dos años antes de que se publicara el *Contrato Social,* Fernando Mompó enseñaba en la Asunción las doctrinas de Antequera, de

que el pueblo es superior al rey y es libre de obedecer al monarca o no obedecerlo.

Rousseau fué atacado enormemente, en Francia, porque el pueblo advertía que su contrato con el rey podía ser juzgado como nulo, por culpa del rey. El alcance político de su obra, en aquellos momentos, era muy grande. Sin embargo, Rousseau nunca estuvo satisfecho del *Contrato*. En una carta a D'Ivernois le dijo: "En el *Contrato Social* yo nunca aprobé el gobierno democrático." Rousseau, en verdad, como Voltaire, aunque sostenía que la mayoría siempre tiene razón, admitía las dictaduras en momentos difíciles y tenía respecto a la democracia y a la libertad ideas que eran entonces, y siguen siendo, muy equilibradas. Temía, por ejemplo, que un pueblo pobre e ignorante, como era el polaco, pudiese vivir libre. Las reacciones de los siervos podían ser terribles y causar más daños que los prejuicios de los nobles. Respecto a la libretad escribía: "La libertad es un alimento sabroso, pero difícil de digerir... ¡Orgullosa y sagrada libertad: si esta pobre gente pudiese tan sólo reconocerte, si supiese a qué precio se adquiere y conserva, si percibiese cuánto más austeras son tus leyes, qué pesado el yugo de los tiranos, sus débiles almas —esclavas de las pasiones detestables— te temerían cien vece más que a la servidumbre." Antes de un siglo, el general José de San Martín repetiría, hablando de la libertad, estos mismos conceptos, y haría suya la frase famosa de Rousseau: "Serás lo que debes ser, o no serás nada". Josephson, el autor de esta obra, no admite que Rousseau, tan pacífico, tan dulce, tan desinteresado, haya deseado jamás una reacción bestial, sanguinaria, feroz, como la de 1789 y años siguientes. La Revolución Francesa no la hizo Rousseau ni la hicieron los enciclopedistas. Es ésta una tradición en la cual sólo creen, hoy en día, los semicultos. En Francia, hace años, no se admite. La Revolución Francesa nació de muchas causas. Existía, desde tiempo atrás, el ansia de revivir los Estados Generales, la participación del pueblo en el gobierno, y esto fué lo que se persiguió y se logró. La miseria hizo sublevar a los campesinos, en distintas partes de Francia, en el año 1775. En 1776, Estados Unidos se declararon independientes. La propaganda de Franklin y otros hombres que habían tomado parte en los movimientos norteamericanos tuvieron gran influencia en Francia. (Es preciso consultar la bella obra de Bernard Fay, *L'Esprit révolutionnaire en France et aux Etats Unis à la fin du XVIIIe. siècle*, París, 1925). Polonia había dado otro ejemplo en su lucha por la libertad. Los problemas políticos estudiados por Rousseau eran agitados desde antiguo por teólogos y filósofos. Estaban en las manos de Voltaire, de Locke y de cien otros pensadores. Ya hemos dicho que los comuneros del Paraguay, treinta y cuarenta años antes de que los expusiera Rousseau, los habían llevado a la práctica con su tremenda guerra civil. En España eran enseñados desde el siglo XVI por Francisco de Vitoria, Martín de Azpilcueta, Domingo da Soto, Juan de Mariana y gran número de teólogos. Rousseau se adelantó a Tomás Paine al declarar que era absurdo que un niño mandase a personas mayores y que

unos hombres fuesen inmensamente ricos y otros pobres. Sostenía la igualdad y el sufragio universal; pero lo mismo habían dicho Voltaire y tantísimos otros pensadores. No fué tampoco Rousseau quien opuso la soberanía del pueblo al derecho divino de los reyes. Todos los escolásticos, especialmente en la lucha contra Jacobo I de Inglaterra, lo habían sostenido (La *Defensio Fidei*, del jesuíta Francisco Suárez, es un ejemplo impresionante). Igualmente no es exacto que Rousseau haya sido el primero en considerar al hombre el centro de su sistema político. Desde que Cristo hizo al hombre hijo de Dios, creado a su semejanza, y le dió libertad plena para que tenga el mérito o desmérito de sus obras, sin que lo salven o condenen nada más que sus buenas o malas acciones (todo al contrario de lo que suponen los protestantes, que Dios ya ha fijado el destino de los hombres y sólo la fe es la que salva) nadie dudaba ni duda, en el mundo católico, de que el hombre es el centro de la historia y de cualquier sistema político. Por último, es aún menos exacta la suposición de que Rousseau llevó a los hombres a actuar en política porque antes no lo hacían. Toda la historia política de Europa lo desmiente. En España, los comuneros que se levantaron contra Carlos V, y en América sus infinitas sublevaciones, todas originadas por causas políticas y económicas, son una prueba de que había hombres que luchaban por causas políticas mucho antes de que nacieran los enciclopedistas.

Es indudable que Rousseau vivió como uno de los hombres más atormentados de la tierra. Josephson, el autor de esta obra, nos describe su drama paso a paso en su vida, y lo hace con una emoción y un realismo que impresionan. Los psiconalistas ven en sus inquietudes, en sus eternos temores, a un paranoico. Hemos dicho que, a nuestro juicio, muchos de sus temores no eran infundados. Los reyes de Francia, desde Richelieu, gobernaban con el más grande absolutismo. Los nobles, antes poderosos, habían sido colmados de honores, pero anulados políticamente. La Pompadour y el duque de Choiseul terminaron por hacer expulsar a los jesuítas. Los jansenistas, perfectos absolutistas, combatieron a los jesuítas, a Rousseau y a Voltaire. Jesuítas y enciclopedistas estaban unidos, sin saberlo, por su odio a las dictaduras. Unos y otros sucumbieron frente a los ataques de los defensores del Rey Sol. Cuando cayó el duque de Choiseul disminuyeron los temores de Rousseau. Esto demuestra que no eran imaginarias todas las persecuciones que él veía a su derredor.

Otro hecho indudable es que Rouseau fué uno de los hombres más discutidos de su tiempo. Aún no se sabe quién recibió más ataques: si él o Voltaire. Un punto que se analizó y discutió largamente fué el del origen de sus ideas. No puede olvidarse que fué un cultor admirable de la historia de las ideas. No había principio político que no hubiese pasado por su criterio. Aristóteles fué considerado el fundamento de sus doctrinas. Alfonso Arinos de Mello Franco, en un libro que deberían meditar los historiadores de las ideas —*O indio Brasileiro e a Revoluçao Francesa*, Sao Paulo, 1937— encuentra, con mucha

razón, en las visiones de América y de los indios brasileños, espejo de hombres buenos, fuentes incuestionables de sus teorías. Nosotros seguimos la línea Santo Tomás - Locke - Rousseau en nuestro libro *Francisco de Vitoria y el Nuevo Mundo: el problema teológico y jurídico del hombre americano y de la independencia de América*, Buenos Aires, 1952). Además de Aristóteles, América, Santo Tomás y Locke, Rousseau tuvo otra fuente que ha pasado inadvertida. Nos referimos a los jesuítas. Fué su amigo y aprendió hondamente de sus libros. Al mismo tiempo, refutó, en forma indirecta, algunas de sus doctrinas. El jesuíta Castel le aconsejó introducirse en los salones femeninos y en ellos hizo parte de su carrera. Josephson anota que Ginebra le dió el ejemplo de su libertad. También piensa que Venecia —ciudad-Estado— despertó la idea de su *Contrato Social*. Rechazamos rotundamente esta suposición. La idea del *Contrato Social* Rousseau la aprendió de Santo Tomás, en cualquier escolástico y en Locke. Por último diremos que Rousseau tuvo un maestro de democracia insuperable: el mejor y más profundo de todos sus maestros. Su nombre y su amistad son bien conocidos. Hasta don Julio de Urquijo, inolvidable amigo nuestro, en San Sebastián, hace años, se ocupó de él en la *Revista Internacional de Estudios Vascos;* pero nadie ha destacado las enseñanzas que le dió y representaban la formación democrática más perfecta de todos los tiempos. Fué don Manuel de Altuna, vasco, amigo de Rousseau en Venecia. Cuando se separaron, en 1745, la correspondencia entre ambos fué continua y amplia. Rousseau proyectó visitarlo en Guipuzcoa y en Vizcaya. Altuna era secretario de la Embajada de España, culto y excelente católico. Y nadie ignora las libertades de los Fueros vascos; el Viejo, de 1452, y el Nuevo o reformado, de 1526. Baste decir, para no citar más que una sola de sus tantas leyes (ley XI, título I) que los vascos no debían cumplir las leyes contrarias a sus libertades. Es, con igual razonamiento, lo que sostenían los comuneros del Paraguay en torno al 1730. La amistad de Altuna abrió, realmente, horizontes nuevos en el pensamiento de Rousseau.

La idea del *Contrato Social* es sencilla y no admite obscuridades. Todos los escolásticos la expusieron. El campeón máximo, después de Santo Tomás, Vitoria y Azpilcueta, es el jesuíta Francisco Suárez. Sin excepción todos reconocían que el poder llega a los reyes a través del pueblo, el cual lo recibe de Dios, mientras que el Papa lo recibe directamente de Dios, sin intervención del pueblo. La doctrina estaba dirigida contra el rey de Inglaterra, Jacobo I, que quería ser un Papa o pequeño Dios absoluto en su país. Suárez, el expositor más brillante de este pensamiento, junto con el cardenal Belarmino, fué, como dijimos, el campeón destinado a probar que los reyes son inferiores al Papa, porque éste recibe el poder de Dios, y los reyes, del pueblo; pero entre la doctrina suarista del contrato social y la doctrina tomista, repetida por la mayoría de los escolásticos, hay una diferencia que Rousseau captó muy bien y le permitió burlarse del pensamiento suarista.

Según Santo Tomás, Vitoria, etcétera, el pueblo puede retirar al gobernante el poder que le ha entregado si no responde a sus mandatos; en cambio, según Suárez, el pueblo, una vez hecha donación del poder al gobernante, no se lo puede retirar nunca más, a menos que medie herejía. Esta es la diferencia que hay entre el contrato social tomista y el contrato social de Francisco Suárez. Rousseau adoptó, como es lógico, el contrato tomista, haciendo nacer el poder, no de Dios, sino de la razón y voluntad de los hombres, y dejó bien claro que el pueblo se lo puede retirar al gobernante cuando lo cree conveniente. Por ello el general de los dominicos, el Padre Quiñones, afirmaba en Roma, en 1793, con palabras dirigidas a los habitantes de Buenos Aires, que Rousseau hacía "creer al pueblo que tiene el derecho de dar y de quitar la soberanía". En efecto, Rousseau no podía concebir que un contrato entre el pueblo y el gobernante significase la entrega definitiva del poder por parte del pueblo: una renuncia absoluta que no podía más ser revocada. En el quinto tomo de la *Enciclopedia*, en un ensayo sobre economía política, alude al contrato suarista con palabras que hace decir al Príncipe frente al pueblo: "Tenéis necesidad de mí porque soy rico y sois pobres; hagamos un convenio: os permitiré el honor de servirme a condición de que renunciéis a todo a causa de la modestia que me tomo en gobernaros". Es un ataque irónico al pacto de Suárez. El contrato entre el pueblo y el rey debía ser un contrato como entre particulares. Esto era tan antiguo como Roma. Grocio, en *De iure belli et pacis* (II, 15, XXV) expuso con toda claridad el principio de que "si una parte hubiere violado el pacto, puede la otra apartarse de él, porque cada capítulo del tratado tiene fuerza de condición" (*Si pars una fedus violaverit, potest altera a federe discedere; nam capita federis singula conditionis vin habent*). Entre los tiempos de Roma y los de Grocio, cien tratadistas habían sosteniddo lo mismo. Rousseau sintió tan hondamente este principio que lo tomó como argumento fundamental para justificar su renuncia a la ciudadanía de Ginebra. En efecto: su extrema decisión la justificó con estas palabras, que son la exacta repetición del concepto del pacto tomista y grociano y la antítesis del concepto suarista: "No tenemos jamás el derecho de desertar de ella (la patria), pero cuando nos ha rechazado siempre nos asistirá el de abandonarla. El juramento que he prestado respecto de ella, lo ha prestado ella respecto a mí. Al violar sus promesas me ha eximido de las mías, y al convertirlas en bochornosas me ha impuesto el deber de renunciarlas".

Llegados a este punto entramos bruscamente en la influencia de Rousseau en los destinos del Nuevo Mundo. Para unos historiadores, Rousseau hizo la independencia de América; para otros, fué un autor perseguido y detestado. La razón está un poco de cada parte. Rousseau no hizo la independencia de Estados Unidos porque fué posterior a ella. Cleveland, la supuesta bondad de los indios brasileños y los viajes alrededor del mundo crearon en él lo fundamental de sus teorías. Rousseau fué, por tanto, uno de los muchos escritores en quienes América

tuvo influencias decisivas. Al mismo tiempo puede afirmarse que su influencia en los pensadores de América fué muy grande. Exceptuamos a Estados Unidos, donde llegó tarde y el puritanismo oficial vió siempre con desagrado la historia de su vida y la libertad y voluntad que reconocía al hombre. En la América española, en cambio, la suerte de Rousseau fué diferente.

Hispanoamérica estaba preparada para cualquier género de lecturas. No vamos a caer en el lugar común de repetir que los libros llamados prohibidos se encontraban en cualquier biblioteca, desde México hasta la Argentina y Chile. Negar lo contrario sería retroceder cien años en investigaciones y críticas históricas. El liberalismo, lentamente, había ganado a los lectores de España y de América. Leer a Bayle, a Locke, a Montesquieu, a Raynal, a Voltaire y a Rousseau, sin excluir a Jansenio, era vulgar y corriente. Alguien ha sostenido que, en Buenos Aires, Rousseau no fué leído, en el *Contrato Social*, hasta después del 25 de Mayo de 1810, en que lo hizo conocer la edición de Moreno. Nosotros hemos demostrado que el *Contrato* era leído y comentado por el doctor Mariano Medrano, profesor del Colegio Carolino, en 1793 (Véase nuestro libro *Napoleón y la Independencia de América*, edición Antonio Zamora, Buenos Aires, 1956). El partido liberal tenía una enorme importancia en la Península y en el Nuevo Mundo. En Madrid había intentado una revolución para proclamar la República. Mariano Antonio Picornell había sido llevado preso a Caracas, con otros conjurados, y allí había organizado otra revolución republicana, no separatista, como se ha supuesto erróneamente. Rousseau era un autor perseguido, pero los lectores de ideas liberales no encontraban en él herejías chocantes. Por el contrario, hallaban en el *Emilio o de la educación* declaraciones como estas: "Yo os confieso que la santidad del Evangelio es un argumento que habla a mi corazón y al que yo tendría verdadero sentimiento si hallara una buena respuesta. ¡Ved los libros de los filósofos con toda su pompa, lo pequeño que son en parangón con él...! ¿Diremos nosotros que la historia del Evangelio ha sido inventada por fantasías? No es así que se inventa; y los hechos de Sócrates, del que nadie duda, están menos documentados que los de Jesu-Cristo. Sería más inconcebible que varios hombres de común acuerdo hubiesen falsificado este libro, que no que uno sólo hubiese proporcionado el tema. Jamás autores judíos habrían hallado el mismo tono y la misma moral; y el Evangelio tiene caracteres de verdad tan grandes, tan impresionantes, tan perfectamente inmutables que el inventor sería aún más admirable que el héroe mismo". Era, como vemos, la más rotunda réplica a quienes dudaban de la existencia material de Cristo. Rousseau se convertía, en este aspecto, en un católico perfecto. Pero donde Rousseau coincidía, también admirablemente, con los escolásticos era en su concepto del contrato social y de las recíprocas obligaciones que se debían al pueblo y el rey. La prisión de los reyes de España había devuelto al pueblo hispanoamericano el poder que les había confiado. En cada ciudad de la

Península se había creado una Junta popular que gobernaba en nombre de Fernando VII, mientras durase su cautiverio. Lo mismo había querido hacerse en América; pero los partidarios del Consejo de Regencia, de Cádiz, se oponían. También se oponían los partidarios del rey José I Bonaparte, que dominaba en Madrid, y los partidarios de la infanta Carlota Joaquina, que ofrecía gobernar en nombre de su hermano cautivo, Fernando VII. Los defensores del sistema de las Juntas, del principio de que el pueblo recuperaba su poder al desaparecer el rey por muerte, cautiverio u otras causas seguían, consciente o inconscientemente, las enseñanzas de Santo Tomás y de Rousseau. Uno hacía llegar al pueblo el poder desde Dios, y el otro lo hacía surgir de la razón y voluntad. Difícil, cuando se habla de los derechos naturales del hombre y del contrato social, sin mayores especificaciones, es aclarar si se trata de un tomista o de un roussoniano. Las *Sumas* y el *De Regimine Principum*, de Santo Tomás, estaban en cualquier biblioteca, lo mismo que el *Contrato*, de Rousseau.

Hoy nadie discute que la independencia argentina y americana no nació de odios raciales ni de causas económicas, sino del choque político entre los partidarios de las Juntas y los partidarios del Consejo de Regencia y fué un problema esencialmente teológico el que justificó el autogobierno de las Juntas, primero, y la independencia, después. Santo Tomás, en su manual *Del Régimen de los Príncipes* había escrito: "Si de derecho pertenece al pueblo el elegir rey, puede justamente deponer al que habrá instituído y refrenar su potestad, si usa mal y tiránicamente del poderío real. Ni se puede decir que el tal pueblo procede contra la fidelidad debida deponiendo al tirano, aunque se le hubiera sujetado para siempre, porque él lo mereció en el gobierno del pueblo, no procediendo fielmente como el oficio de rey lo pide, para que los súbditos cumplan lo que prometieron." En otras palabras: Santo Tomás enseñaba que el pueblo podía deponer al rey si éste no procedía fielmente como el oficio de rey lo exigía. Es decir: que si el rey rompía el pacto que lo ligaba al pueblo, el pueblo podía deponerlo. Voltaire había expuesto idéntica doctrina en su drama *Bruto*.

Y Rousseau había dicho de su patria suiza: "El juramento que he prestado respecto de ella, lo ha prestado ella respecto de mí. Al violar sus promesas me ha eximido de las mías..." Esta doctrina —la que desliga de un juramento cuando la otra parte ha roto el contrato, o sea el juramento— peregrina, de autor en autor, desde Santo Tomás hasta Grocio, Voltaire y Rousseau y se convierte en el argumento principal de todos los teólogos americanos que justificaron la independencia. (Véase estos y otros testimonios en el estudio preliminar al tomo X de las *Memorias* del general Tomás de Iriarte, titulado *Juan Manuel de Rosas y la Intervención de Francia e Inglaterra*, Buenos Aires, 1957). En Venezuela, Juan Germán Roscio, el amigo de Bolívar y autor del acta de independencia, sostenía igualmente, como argumento básico de la separación de España, el principio tomista y roussoniano de que el incumplimiento del pacto, por una de las partes —

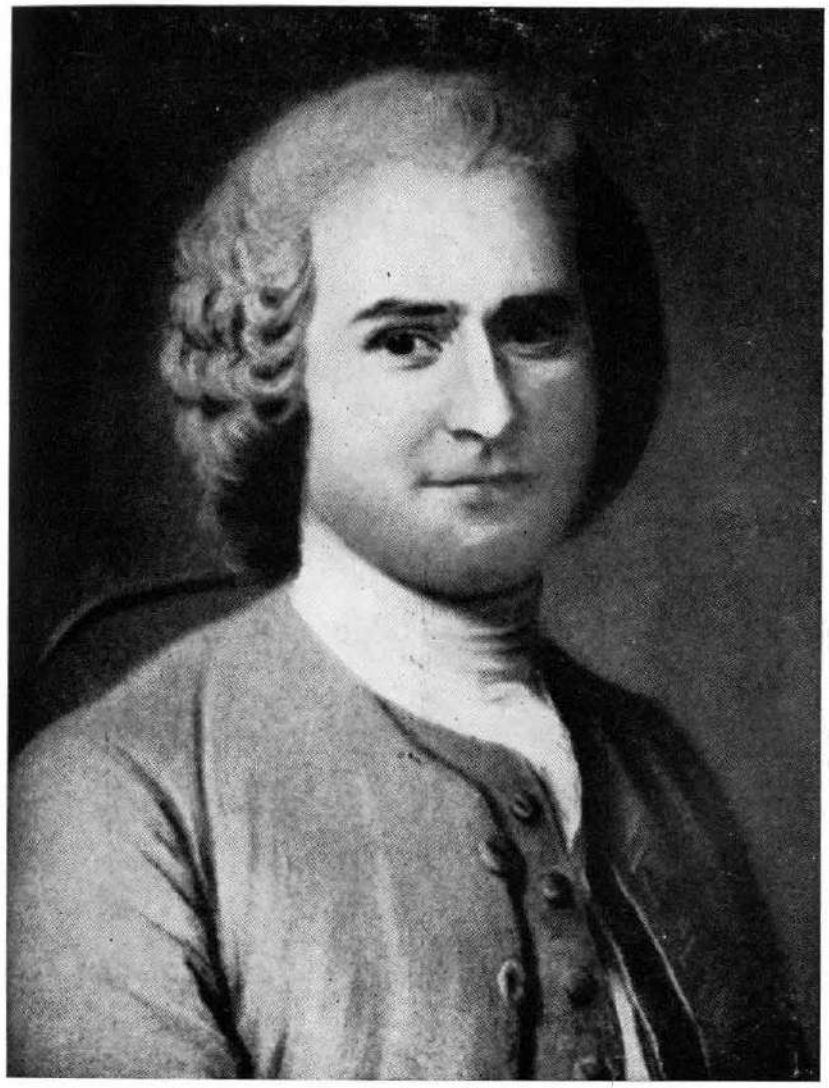
España— desligaba también a la otra parte —América— de sus compromisos.

Rousseau coincidió, pues, en sus ideas políticas —salvo en lo relativo a la fuente divina— con Santo Tomás, los escolásticos y grandes juristas de su tiempo. No se diferenció de Voltaire y otros políticos hispanoamericanos que defendían los derechos naturales del hombre. Sus ideas fueron leídas con agrado por los juristas y políticos liberales de España y de América en los años dramáticos del 1808 al 1820. Ellas llegaron, como por encantamiento, a las manos de los hombres que se veían abandonados en sus tierras lejanas por la Madre Patria. Primero fué la lucha por el triunfo de los derechos de los pueblos a gobernarse a sí mismos —sistema de las Juntas— en contra de las pretensiones del Consejo de Regencia, de Cádiz, de gobernar a toda América. Luego fué otra lucha para desligarse del pacto que unía los pueblos de América a la Corona española. Ambos ideales encontraron en Santo Tomás, en los escolásticos, en Voltaire y en Roussou claros y abiertos defensores. Los liberales de aquellos tiempos, educados en escuelas tomistas, exhibieron como una gran ayuda extranjera el *Contrato Social*, de Rousseau, que concordaba con los viejos escolásticos en la parte política y se alejaba de ellos en sus alcances clericales. Por ello algunos lo invocaron como prueba definitiva; otros, como Mariano Moreno, separaron las frases en que chocaba con la religión católica, y otros lo quemaron públicamente, como ocurrió en la misma Argentina, poco después de muerto Moreno.

Rousseau, de raigambre tomista y lockeana, opuesto totalmente a la interpretación de Francisco Suárez del pacto social, fué uno de los autores que dieron la fórmula del 25 de Mayo de 1810, en Buenos Aires, y de la disolución del contrato que ligaba a España al Nuevo Mundo. Por ello fué tan leído y tan citado en América hispana, y hombres como Mariano Moreno, no sólo reimprimieron su obra más famosa —el *Contrato Social*—, sino que siguieron con fidelidad, sus claros principios en *La Gaceta*, de Buenos Aires. Otros hicieron suyo el lema de Rousseau *Vitam impendere vero*, y los más lo citaron como un supuesto ejemplo de los ideales de la Revolución Francesa, sin advertir la calumnia que arrojaban sobre su memoria.

Las influencias que Rousseau recibió de América, referentes a la bondad y a la libertad del hombre, las devolvió enseñándole a defender sus derechos y a desligarse de sus juramentos. El *Contrato Social*, si no creó nada nuevo para los intelectuales hispanoamericanos, tuvo el gran mérito de divulgar lo que yacía escondido en viejos infolios. Los hombres de América encontraron en sus páginas la clave de su libertad.

ENRIQUE DE GANDÍA.



ROUSSEAU EN 1753 *La Tour*

PREFACIO

Tiempo hubo en que las palabras de Juan Jacobo Rousseau eran quemadas por verdugos comunes, en que a él en persona se le conducía al exilio. Pero ¿cómo quemar las ideas? ¿Cómo exilar el espíritu? Ciertas ideas, ciertas páginas suyas eran en sí mismas más poderosas que ejércitos o déspotas.

Llamábasele "el elocuente Rousseau", pero era la suya un tipo de elocuencia nueva en su siglo, de las que, como se acostumbra a decir, parecen "forjar el destino", "alterar la historia". Sus escritos eran acciones; he aquí su rasgo característico, pues no los hacía por dinero o para obtener el favor de los poderosos. Ante todo, era este hombre, como hasta el severo Carlyle observó, "sinceramente serio". De aquí su elocuencia, que indujo a Carlyle, en definitiva, a elevar al ciudadano de Ginebra al tipo de héroe como hombre de letras. "¿Qué podían hacer el mundo, los gobernantes del mundo, con un hombre de este carácter?"

Así como reprochósele a Jesús durante dos mil años por los viejos dolores humanos, hoy los enemigos de Rousseau, en grande y confuso tributo, imputan todos los males del mundo moderno (e inconscientemente también sus maravillas) al siglo XVIII, precursor de revoluciones.

El romanticismo, el naturalismo, el panteísmo, el "primitivismo", el espíritu científico, progresista y revolucionario, el culto del pragmatismo, el psicoanálisis, el élan vital, *son hechos por los que se culpa casi exclusivamente a Juan Jacobo.*

Y es algo singular que neo católicos de un nuevo culto o "humanistas" (apartándose de la humanidad) hayan fijado su mirada exclusivamente en los pecados y extravagancias de Rousseau e ignorado la elevación de este hombre hacia la virtud y el heroísmo. Como mucho se ha escrito recientemente a este respecto, parece tanto más imperativo conocer la verdadera naturaleza de sus ideas, su temperamnto y su gnio.

Lo que Rousseau hizo, y ha sido generalmente aceptado, fué plantear el problema de la civilización. El suyo, en gran parte como el nuestro, fué un siglo de esclarecimiento, que él denunció vigorosamente sobre la base de que la cultura, desvinculada en su finalidad del mejoramiento humano, era espúrea y decadente.

La luz que no se esparcía invariablemente en los vastos sectores de la miseria humana, de la cual había él surgido por excepción, no era luz. Todas sus convicciones veníanle del largo meditar sobre sus desdichadas experiencias. Como amigo del hombre, prefirió identificarse con las golpeadas multitudes antes que con aquella "buena compañía"

que hombres como Voltaire consideraban la única digna de frecuentarse.

El principio de la democracia —sometido hoy a tan dura prueba— se completó y cristalizó en su pensamiento; más aún, su técnica se articuló y así los pobres, "enorgullecidos", supieron desde entonces que nada tenían que perder, excepto las cadenas. Fué, en verdad, el primero en dirigir audazmente su entendimiento hacia las cuestiones sociales, a las que la gran Revolución Francesa iba a responder.

Oponiéndose a los ídolos de su tiempo, llenó pronto una generación de hombres resueltos que "preferían morir a vivir en un mundo donde tales cosas podían ocurrir. . .".

Profeta de mutación moral drástica, como San Pablo, Lutero, Calvino, su obra fué de "simplificación" y de reacción constante. Ofreciendo la salvación, estos apasionados conductores de almas engendran demasiado fuego y peligro. Si hubo humanidad en Rousseau, hubo también un peligroso ardor implícito.

Con todo, sus palabras, de violenta fuerza correctiva, tal que producían un vehemente entusiasmo y estimulaban el amor a la libertad, mucho deben haber influído para precipitar la importantísima ayuda de Francia a los colonos americanos, en su lucha revolucionaria. En última instancia contribuyeron a que Francia se irguiese de la mortal decadencia que se había apoderado de sus instituciones.

En síntesis, fué Juan Jacobo Rousseau un hombre fuerte, que por instinto volvía a los manantiales de la vida. Irresistiblemente emocional, no produjo una "catedral de ideas", pero en sus búsquedas, menos sistemáticas que apasionadas, exhumó muchos materiales nuevos, demasiado valiosos y múltiples para su propio control. Fué clarovidente, y todos sus impulsos se dirigían a la vida, donde tantos otros se mueven naturalmente hacia la frialdad, el silencio o la muerte.

Cuando él apareció, por ejemplo, en la literatura, eran en Francia áridos el drama, la novela y la poesía, que expiraban en el molde de un viejo decoro y de un clasicismo aún más huero. Cuando desapareció, hubo, sin duda, un renacimiento romántico en todas las ramas del saber, como asimismo en música y en pintura.

¡Cómo lo habría conmovido el florecimiento de ese ejército de poetas líricos nacidos una generación después en una tierra que había conocido tan pocos poetas de valor!

Tenían sus ideas una vitalidad, un ímpetu tal que se proyectaron irresistiblemente más allá de su tiempo, hasta el presente.

¿Pero, el hombre mismo? ¡Cuán siniestro ha sido conceptuado, en mirada retrospectiva, este conductor de conciencias!

Recordamos aquí las famosas líneas de Hugo sobre la dualidad del alma humana: una parte "radiante, reflejando, como un lago tranquilo en la floresta, las estrellas y el cielo"; la otra, horrible, "enlodados abismos, tristes, sombríos, donde acechan los reptiles. . ."

Podrían sus partidarios adorarlo por su humanidad y su idealismo, pero grandes fracciones entre los hombres abominaron sus obras, hallaron amplias razones para detestar el ejemplo del curso de su vida. Esta reacción debióse en gran parte a uno de los más famosos proyectos de Rousseau: el de revelar todo su interior, su vida privada, a través de sus memorias, las más sinceras que se hayan escrito jamás, para que por vez primera poseyera el mundo el retrato de un hombre ¡"pintado por la naturaleza"!

Por este gran candor muchos de los historiadores de Rousseau, incluso aquel dilecto victoriano que fué, hace medio siglo, John Morley, no lo perdonaron, al parecer, jamás.

Fué odiado no sólo porque "decía lo peor" de sí mismo, sino también en virtud de documentos y memorias espúreas (especialmente las de Madame d'Epinay, su contemporánea), sobre los que se creó la leyenda del monstruo en forma humana perpetuada por Sainte-Beuve. Posteriormente, las terribles "Confesiones", por las que Rousseau, en un período de locura parcial, creyó limpiarse ante la posteridad de supuestos graves cargos, fueron leídas principalmente como una obra pornográfica.

Ante esta extraña autobiografía genial, hombres y mujeres se consternan hoy, ciertamente, con mucha menos hipocresía que sus congéneres de hace cincuenta o cien años. A la verdad, es hora de estimar el temperamento de Rousseau, patológico y heroico a la vez, a la luz del moderno criterio del yo subconsciente. Pero si tenemos en cuenta los prejuicios enormes arraigados desde hace tanto tiempo, debidos en parte a los documentos falsos y a la ignorancia, y justipreciamos la vasta cantidad del nuevo y más auténtico conocimiento exhumado durante los últimos cincuenta años, justificaremos ampliamente el esfuerzo de la presente biografía.

Es singular, por ejemplo, que antes de la edición de Adam van Beve, no existía versión alguna completa y fiel, adecuadamente comentada, de "Las Confesiones", autobiografía de Rousseau tan necesaria al historiador. En verdad, antes de la notablemente detallada de L. J. Courtois (Volumen XV. Annales de la Société J. J. Rousseau. Ginebra), publicada en 1923, no existía una cronología razonablemente precisa de su vida. Por otra parte, ni en inglés ha habido trabajo comprensivo alguno o modelo, desde el patrocinado por Morley, tan excelente para su tiempo (1873). Desde este período, y aún más intensamente desde el bicentenario (1912, época en que aparecieron muchos trabajos sobre el tema), ha habido un extraordinario florecimiento "rousseauniano", el cual he procurado, en lo posible, sintetizar. Las actividades de los decididos estudiosos contemporáneos en este terreno no son sino justicia hecha a un escritor prolífico, cuyas cartas y numerosos trabajos fueron editados, durante más de un siglo, con la más espantosa negligencia. Estos investigadores de archivos que nos han precedido son hoy a menudo ridiculizados; pero ¿cómo conocer a Rous-

seau con una documentación mutilada e incompleta? Es evidente que a la educación literaria sistemática de las dos últimas generaciones débense tan notables descubrimientos y contribuciones que todo el siglo anterior aparece, por contraste, silencioso en cuanto a la consideración de Rousseau. La hazaña más notable, tratada más completamente en otra parte, es la realizada por el extinto Teodoro Dufour, de Ginebra, editor de la edición moderna definitiva de la correspondencia de Rousseau, publicada en París, de la que se han completado quince volúmenes. A los escritos conocidos sólo Dufour ha agregado recientemente alrededor de dos mil cartas, que arrojan mucha luz nueva en cada período de la existencia del escritor. Otro oscuro héroe de las cartas, cuyos pasos he seguido con gratitud, es el profesor Eugenio Ritter, de la Universidad de Ginebra, cuyas búsquedas durante cuarenta años aportaron innumerables documentos valiosísimos sobre los orígenes de la familia y la real primera juventud de Rousseau, el causado por la señora F. Mac Donald, la estudiosa inglesa del siglo XVIII francés, que exhumó, casi por casualidad, el manuscrito original de las Memorias de Madame d'Epinay, y puso en evidencia que este trabajo malicioso había sido falsificado por las manos de Diderot, de Grimm y de otros ex amigos de Juan Jacobo Rousseau. Finalmente, gran número de cartas desconocidas o dispersas fueron continuamente dadas a luz en la publicación anual de la Sociedad Juan Jacobo Rousseau, de Ginebra, desde 1901 a 1930 (pues el otrora perseguido ciudadano se ha convertido en un héroe nacional suizo). A esta gran colección han aportado sus hallazgos estudiosos de Suiza, Francia, Alemania, Inglaterra, Italia y Norteamérica, debiéndose los más notables a P. M. Masson, Bouvier, Courtois, P. P. Plan, Alberto Schinz, profesor de la Universidad de Pensilvania, a todos los cuales rendimos homenaje. Muchos materiales nuevos, algunos de muy reciente data, como ser los recuperados "Papeles Privados" de James Boswell, de quien jamás se supo que había sostenido "diálogos" con Juan Jacobo, que dieron lugar a una nueva interpretación de los hechos reales, extraordinariamente oportuna al par que desconcertante.

Agradaba a Rousseau ponerse en evidencia, por lo que nos ha dejado muchísimos documentos autobiográficos relativos a su vida diaria (hasta sus cincuenta y cinco años), los que han llegado a constituir un valioso acopio para el analista moderno. Nos da él, con la mayor honestidad subjetiva, la "verdad poética", pero la pasión o su poca memoria lo descarrían a menudo. Ha consistido nuestro método en utilizar "Las Confesiones" lo más cautamente posible, corrigiendo su propia narración o apartándonos de ella siempre que la correspondencia recuperada, los auténticos registros de fechas, los papeles legales de los archivos, sugerían la necesidad de hacerlo. En pocas ocasiones, cuando nos pareció preciso, hemos dado, paralelamente o contrastándolas, ambas versiones de los hechos: la suya y la nuestra reconstruída.

Nuestra nueva biografía ha aclarado la confusión reinante, particularmente en lo que se refiere a la juventud y madurez de Rousseau,

según están relatadas en "Las Confesiones", y que imponía tal revisión.

Pero ¿quién de nosotros puede recordar con infalibilidad sucesos lejanos? Con excepción de unos pocos, todos los fragmentos de las memorias de Rousseau —tan discutidas y hasta ridiculizadas— han resultado veraces a la luz de las últimas investigaciones, y han revelado —a su propia costa— que este ser pasional hasta el delito, melancólico y heroico, en quien generaciones de hombres han visto el espejo de su propia humanidad, fué uno de los hombres más honestos.

☆

LIBRO PRIMERO

El Joven Rousseau

Capítulo Primero

GINEBRA

1

Como bestias perseguidas, huían los hugonotes, en el siglo XVI, por todos los caminos de Francia. Huían, en todas direcciones, de aquellos festivales solemnes, de colorido tan español, en que se quemaban vivos a los protestantes y con los cuales Enrique II entretenía a la buena gente de París en el verano de 1549. En un grupo de estos hombres desarraigados, que se abrió camino por el Jura y llegó hasta las puertas de Ginebra, hallábase un tal Didier Rousseau, librero de París. Este obscuro, rebelde antepasado de Juan Jacobo, era uno de aquellos hombres típicos, de conciencias independientes, obstinadas, que en nombre de la libertad y de las más atrayentes verdades de la nueva Iglesia abandonaban la propiedad y el país, rompían todos los viejos lazos, sufrían persecuciones, y, sin hogar, erraban de uno a otro país.

Los que llegaban a este lugar seguro, entre cadenas de montañas, hallábanse en una región sonriente, de lagos azules bordeados de limpias verdades de la nueva Iglesia abandonaban la propiedad y la patria, valles que contemplaban desde las altas montañas, la dulzura de todo el panorama suizo, les atraía como el espejismo de la libertad y el reposo definitivos.

Allí por fin estarían a resguardo de sus fanáticos enemigos. ¿No era Ginebra la "ciudad sagrada", la "pequeña Zion", la metrópolis de los hugonotes? Al sud, muy lejos de los pueblos que habían adoptado la Reforma, rodeada de enemigos católicos, había resistido a los invasores durante largos años. Los ciudadanos de esta extraña y pequeña República dormían junto a sus armas y trepaban a sus muros ante la menor señal de peligro. Oraban con fervor, combatían con reciedumbre.

Pero los refugiados, una vez dentro de la ciudad fortificada, sufrían el escrutinio del temido gobernante y legislador: Juan Calvino, quien daba la bienvenida a cuantos iban a radicarse allí, les acordaba ciertos derechos y libertades, mas de inmediato les exigía que adquiriesen propiedad en el dominio ginebrino y los cercaba con restricciones.

Los hijos típicos de Ginebra eran virtuosos y severos.

Virtudes hallé en ellos, no la gracia,
Y sus virtudes mucho no agradaban,

cantó, al atravesar su ciudad, Joaquín du Bellay, delicioso poeta de la pléyade francesa. Y también Voltaire, mucho después, observaba: "En esta pequeña colmena, que en lugar de miel destila hiel, la envidia

es el vicio dominante." Hasta el mismo Calvino exclamó desde su triste lecho de enfermo: "Sois un pueblo malvado e infeliz; y aunque hay entre vosotros buena gente, digo que la Nación es perversa e inicua."

Un siglo de paz siguió al Edicto de Nantes. Sin embargo, estas gentes, entre las paredes de su ciudadela, vivían en eterno temor. Su orgullo nacional llegaba a singulares extremos: eran tenaces y evangélicas, prestas a combatir hasta la muerte por su fe y su propiedad. "¡Sois el pueblo elegido, la ciudad santa!", tronaban sus pastores en los templos. "¡Sois sacerdotes y reyes!" Pero los viajeros notaban cómo la ciudad adquiría el aspecto de una prisión.

Aunque cierto relajamiento o libertinaje fué progresando sutilmente, durante el siglo y medio que siguió a Calvino, los sacerdotes arengaban aún y proferían amenazas; el Consistorio todavía vigilaba y la Catedral seguía siendo el "centro moral" al que asistían diariamente, hacia 1700, casi como única diversión, los ocupados artesanos. Se establece un dualismo, cada vez más patente en el carácter de la raza. Este pueblo teme a Dios y entona salmos a voz en cuello, pero sabe sacar provecho en los negocios difíciles, sea mediante el préstamo de dinero, la manufactura o el comercio: aborrece "los placeres", pero cede a ellos furtivamente o en súbitos estallidos brutales.

¡Cuán profundamente estas tradiciones se estampan en las generaciones futuras!

De esta suerte, los descendientes de Didier Rousseau crecieron resignadamente en el ambiente cerrado y sombrío de la ciudad puritana y vivieron ejerciendo el oficio de relojero, sujeto a detalladas normas y transmitido por las corporaciones medioevales. Los artesanos de esta ciudad eran inteligentes y libres, no así los del país vecino que se hallaban sometidos a capataces y mayordomos que los gobernaban.

Con el transcurso del tiempo, adquirieron los Rousseau carta de ciudadanía, pues el de Ginebra era el único gobierno republicano; y sus ciudadanos gozaban el privilegio de reunirse en la catedral todos los años para elegir a sus propios magistrados (síndicos).

Tratábase de una República protestante, aunque, en verdad, restricciones sutiles frenaban muy eficazmente la voluntad popular; y, no obstante ser democráticas las formas y el espíritu de las leyes, era el procedimiento profundamente aristocrático. El pueblo era "soberano": poseía una vieja Constitución y derechos igualitarios a la justicia, pero, en realidad, ciertas familias dirigentes ejercían desde hacía siglos el poder absoluto. Los "nativos", o simples habitantes, carecían de derechos políticos. De los varios centenares de ciudadanos burgueses, sólo una parte podía ser elegida para integrar el Consejo Magnífico de los Doscientos. Pero la autoridad suprema, el Consejo Menor (de los Veinticinco) sólo podía ser electa entre ciertos ancianos, de rico y antiguo linaje, vinculados a la oligarquía clérico-comercial. Hasta el cuerpo mayor de consejeros era de difícil acceso para el ciudadano medio.

La familia Rousseau no pertenecía, evidentemente, a las clases pudientes. Entre las gentes cuellierguidas de la pequeña República daba ella una nota de buen humor, de música y jovialidad, apartándose algo de los estrechos senderos de la virtud. En forma moderada los Rousseau, así como los Bernard, antepasados por el lado materno de Juan Jacobo, eran dados a los placeres del amor y a las emociones liberales; esta tendencia conocida mucho pesó a la larga entre ellos en las mentes de los *venerables y espectables* dignatarios de la ciudad.

Por lentas etapas podía una familia elevarse a la prominencia y a la autoridad en la muy estratificada sociedad ginebrina. Juan Rousseau II, perteneciente a una tercera generación de emigrados, era uno de los "burgueses sólidos": habíase enriquecido como relojero. Su hijo David Rousseau, abuelo de Juan Jacobo, fué aún más lejos: llegó a ocupar el cargo de *dizenier*, o decenero. Pudo haberse elevado en su vejez todavía más, a un asiento en el Consejo Magnífico de los Doscientos. Mas ¡ay!, el digno hombre amaba la música y tocaba en sus ratos de ocio el violín, cuyas delicias comunicaba a sus hijos.

Véase cómo, la noche de un festival local, el *espectable* pastor Turrettini informa al Consistorio que

> en su barrio, en la casa del señor Rousseau, se estaba realizando un baile (4 de febrero de 1706). ...El señor David Rousseau compareció el 11 de febrero de 1706 y afirmó ser verdad que en la noche de la Escalada sus hijos y sus nietos habíanse reunido en su casa, y que sus hijos tocaron el violín, pero alegó que no había en ella extraños.

En los casos de faltas "leves", como ésta, hacíase simplemente al inculpado una "exhortación" tendiente a evitar ulteriores escándalos. Por faltas más graves podía el Consistorio hacer repetidas reconvenciones hasta entregar al culpable reacio a los magistrados a los efectos del juicio, la prisión o aún la ejecución.

Los ascendientes paternos de Juan Jacobo, cuya actuación en Ginebra durante un período de cinco generaciones fué investigada, nunca obtuvieron, al parecer, los honores y las riquezas indispensables para desempeñar una parte considerabde en la vida pública de la ciudad. Hacia 1700 habíanse colocado bruscamente en la "oposición liberal", entre los indomables ciudadanos de la clase media influenciados en cierta medida por las artes y el escepticismo de las inmigraciones posteriores de hugonotes franceses.

Por el otro lado del interesante árbol genealógico hallábase la familia Bernard, descendiente de campesinos suizos convertidos después en mercaderes, con todas las ventajas de una educación superior y vinculaciones casi patricias. Pero Jacobo Bernard, abuelo materno de Juan Jacobo, había gozado demasiado plenamente de lo que sólo podemos definir como juventud desenfrenada. Corría sus mocedades y comparecía con frecuencia ante el terrible Consistorio. En una oca-

sión hubo de arrodillarse, reconocer su culpa y pagar una multa por fornicación; en otra, fué acusado de adulterio y condenado a "cargar con el hijo". La verdad es que puso él fin a tales cosas, contrajo buenas nupcias y murió joven. Pero nos hacemos cargo de las fogosas y díscolas cualidades que semejante padre pudo haber transmitido a sus cuatro hijos... Uno de éstos fué la malhadada Susana Bernard, madre del filósofo de la revolución. Como la de los Bernard, su educación fué extraordinaria, su espíritu elevado y jovial, su imaginación imperiosa. Nos enteramos en los viejos registros exhumados que también ella fué una vez reconvenida por haber salido sola de la ciudad, en traje de campesino, para asistir a cierta comedia que se representaba en un bosque (!). Regístrase también, como una leve "mácula" en su nombre, el romance tierno y marchito con cierto joven *paterfamilias*, extraña y locamente enamorado de la joven, a quien aguardaba a menudo, y que le valió una colérica reprimenda del omnisapiente Consistorio. Pero, en general, Susana Bernard fué, al parecer, cuidadosamente educada por su tío, el pastor Samuel Bernard, a cuyo cargo estuvo a una edad temprana. Transmitióle éste algo de sus conocimientos y de su amor a la sabiduría, y lególe a su muerte una excelente biblioteca y una herencia de 16.000 florines (alrededor de 88.800 francos) que, como tolerable dote, aportaría un día, juntamente con sus amables características, al empobrecido Isaac Rousseau, que contrajo enlace con ella.

Empero, es este Isaac Rousseau quien más nos extravía por el enigma de su naturaleza. Si los Bernard entregábanse a sus impulsos súbitos y los mayores Rousseau a los placeres del amor, Isaac Rousseau era un hombrecillo extraño, orgulloso, colérico y cuyo sistema nervioso estaba, al parecer, por lo menos "altamente organizado". Hijo y nieto de relojero —sus dos hermanos lo eran— él también había sido inducido al aprendizaje de este difícil y lucrativo oficio, que abandonó de repente para convertirse, en sociedad con cierto Nöiret, en maestro de baile. En las postrimerías del siglo XVII, el baile era apenas tolerado por las autoridades, y su enseñanza permitíase únicamente a estudiantes extranjeros. Para Isaac Rousseau esto no fué más que un experimento infructuoso, de algunos meses de duración; y el humillante fracaso del plan fué quizá lo que le indujo a viajar por un tiempo, para reanudar, después de un intervalo de meses o años, sus esfuerzos para obtener de la corporación local el diploma de maestría. Sus viajes por el mundo demoraron su fortuna. La mitad de los hijos de Ginebra, nos dice Juan Jacobo Rousseau, eran nómadas e inestables, viajaban a todas las capitales de Europa y hasta de Oriente y luchaban y morían lejos del hogar. "Pues estamos obligados a alejarnos en busca de los recursos que el suelo nativo no concede..." También Isaac era un nómada; su amor a los viajes competía en su pecho con su pasión por la música, por el baile, por la fabricación de relojes y por las novelas del siglo XVII. ¿Por qué Isaac Rousseau emprende largos viajes? Porque habíase enamorado

de Susana Bernard, dicen *Las Confesiones*. Incapaz de obtener su mano, y consumido por la tristeza, había resuelto, a instancias de ella, irse lejos con el propósito de olvidarla... He aquí un ejemplo de las diversas formas en que la inmortal y tremendamente sincera autobiografía nos extravía. Muchos mitos agradables de la infancia, época cuyo recuerdo no es claro, son restaurados por gala o por su "verdad poética" (1).

La pareja, conforme relata el hijo, se conocía desde muchos años atrás, pero las circunstancias en que se encontró, descriptas por él, difieren mucho de las que aparecen en los archivos.

En 1699, Gabriel Bernard se había comprometido con Teodora, hermana mayor de Isaac Rousseau, que más tarde fué caracterizada como "una pietista que gustaba cantar salmos". Pero, con el candor de la gente común, la joven pareja se vió envuelta en el escándalo por el conmovedor apuro con que se anticipó a los placeres connubiales. Se registra —lo que es bastante desconcertante— que a Teodora, juntamente con Gabriel Bernard, hízosela comparecer ante el eterno Consistorio, donde se la censuró severamente por "anticipación escandalosa de su matrimonio"... Su hijo había sido bautizado apenas una semana después de la boda. De modo que Isaac Rousseau tuvo ocasión de encontrarse con Susana Bernard en 1699, algunos años antes de su casamiento. Vivía ella entonces con su madre, en la Gran'Rue, en la parte alta de la ciudad, sobre la margen izquierda del río Rhône, que la separaba de la orilla derecha o barrio plebeyo de San Gervasio. Fué por aquellos días que realizaban los felices paseos referidos en *Las Confesiones*, sobre la terraza del Treille, una de las más hermosas calles de Ginebra, y miraban desde lo alto las oscuras paredes y murallas de la vieja ciudad edificada por Calvino en el siglo XVI. Isaac Rousseau le hacía la corte, tenía aspiraciones, pues Susana Bernard estaba por encima de él en cuanto a condición social. Pero de súbito, en una noche otoñal de 1699, se ve envuelto en una pendencia pública. Hay insultos, en una taberna, proferidos por oficiales ingleses borrachos, espadas desenvainadas y golpes. Como medida diplomática, se censura severamente al impetuoso Rousseau, se le encarcela durante un día y se le multa. Fué en este momento, sin duda, que, amargado por la evidente injusticia,

(1) Rousseau relata con inexactitud las circunstancias del matrimonio de sus padres. "Al mismo tiempo, Gabriel Bernard, hermano de mi madre, enamoróse de una de las hermanas de mi padre; pero ésta no consentía en casarse con él, a menos que su hermano (Isaac Rousseau) también se casase con Susana, hermana de Bernard. El amor todo lo solucionó y ambos matrimonios se realizaron el mismo día." *Las Confesiones*, Libro I. Según la investigación de Ritter en los viejos registros, las verdaderas fechas de ambos casamientos estaban separadas por cinco años, 1699 y 1704. *Las Confesiones* es el documento más grande que tenemos sobre la vida de Rousseau; lo utilizamos completamente cuando hace la crónica fiel de los hechos o los describe más vívidamente de lo que nuestra capacidad para revivirlos permitiría. Pero no lo seguimos ciegamente, puesto que se desvía de la verdad, en parte por el efecto literario y, en parte, a consecuencia de su monomanía en el momento de escribirlas. Damos indicaciones en los ejemplos importantes en que la historia se aparta de la narración de Rousseau.

partió de Ginebra hacia partes desconocidas y se separó de Susana durante un tiempo.

Regresó después fatigado, hambriento, purificado. Reasumió su oficio original y llegó a ser finalmente relojero patrono. El 2 de junio de 1704, a la edad de 31 años, el huidizo hombre contrae enlace con Susana Bernard.

"Nací de una familia que se distinguía del pueblo por sus costumbres" es la afirmación sincera, orgullosa, de Juan Jacobo. "Mis tres tías eran prudentes y virtuosas". En vista de esta pretensión nos detenemos con interés en los viejos registros que cuentan la historia auténtica del carácter del padre. Las costumbres de los Rousseau y de los Bernard eran, en verdad, humildes y simples, ni mejor ni peor que las de tantos otros pequeños burgueses de la ciudad mojigata. Sólo de vez en vez las lenguas murmuraban, las noticias llegaban al Consistorio misteriosamente y provocaban su intervención repudiada y su censura.

Isaac Rousseau, de juventud perturbada y reprimida, había hecho un buen matrimonio, ligándose a una familia a la cual su hermana estaba ya vinculada. Como se acostumbraba, aportó con su oficio a cambio de la dote matrimonial de su esposa. Por aquellos tiempos la competencia no era ruinosa. Y bastábale con ser trabajador y ahorrativo para que de ese modo el matrimonio se desenvolviera económicamente bien. Pero Isaac Rousseau, aunque cristiano devoto, era "un hombre dado a los placeres".

2

En 1705 nació el primer hijo, llamado Francisco. "Luego mis padres viéronse obligados a separarse", dice Rousseau brevemente. "Después del nacimiento de mi único hermano mi padre partió para Constantinopla". ¡Qué extraño! Pero las causas perceptibles de la desdicha en la pequeña familia pueden inferirse sin dificultad. Llegan hasta nosotros los ecos de la suegra, la señora Bernard, que vivía con ellos, y del disgusto ocasionado por el dinero de la esposa que Isaac mal administraba. Y de esta suerte, mortificado, el joven padre fué presa del capricho de emprender un largo viaje al Oriente. ¿Locura? Era un hombre de pasiones súbitas y decidió *wanderlust*. La disputa debió haber sido violenta.

Durante seis años vive, sin que nada notable le ocurra, en la colonia protestante de Constantinopla. Vuelve a ruego en 1711, pero es de notar que su suegra había fallecido poco antes. Con todo, este extraño y desamparado padre era afectuoso y amable, pues esposa e hijo le conservaron su cariño a pesar de su fantástica correría. Las costumbres extranjeras habíanlo apartado y excitado, pero amaba aún a Ginebra, a la que permanecía fiel [2]. "Tú eres ginebrino —dijo

(2) De la errante tribu de los Rousseau, el tio de Isaac, Jacobo Rousseau, se había establecido en Londres, su tío Andrés residía en Hamburgo, su hermano Andrés vivía en Amsterdam, en tanto que su cuñado, Gabriel Bernard, que había tomado parte en el sitio de Belgrado, fué a morir a Charleston, Carolina del Sud; su primo Jacques Rousseau se fué a Persia en 1708 y regresó un día a Francia, un gran caballero pero atacado de locura de desilusión...

cierta vez a Juan Jacobo—; verás algún día a otras personas; pero aun cuando viajes tanto como tu padre, no hallarás nada semejante a los ginebrinos."

Durante la ausencia de su esposo, la señora de Rousseau le fué fiel. No dió lugar a escándalo alguno. Transcurren diez meses de unión feliz. Y el 28 de junio de 1712, nace en la casa de la Grand Rue, enfermo y debilucho, el nombrado Juan Jacobo. "Yo fuí el triste fruto de su retorno", dirá él con aflicción. En la semana que siguió a su nacimiento, murió su madre de fiebre puerperal. *Costé a mi madre su vida, y mi nacimiento fué la primera de mis desventuras.* El niño Juan Jacobo nació casi moribundo, con "el germen de una enfermedad vitalicia", dice, que fué acreciendo con el correr de los años. Debe su vida, como sostiene a menudo, al afectuoso cuidado de su tía Susana Rousseau y de su nodriza Jacqueline. Su madre, a quien ciertamente se le parecía, debió haber sido seductora e inteligente; sus travesuras llamaron la atención de las gentes de la ciudad, y su juventud, a la que una muerte violenta puso fin antes de los treinta años, terminó en el matrimonio con un amigo de la infancia. Todo lo que Rousseau sabría de ella serían los cuentos de sus nodrizas y los recuerdos imprecisos y sentimentales de su padre, en los cuales se basan sus cándidas narraciones. Privado de los cuidados maternos, recibe el huérfano ternuras e indulgencias de otras manos, pero nada suplanta jamás efectivamente la relación maternal auténtica; y la tendencia de la naturaleza insatisfecha, como creemos, es inspirar a quienes pueden recurrir, y son susceptibles de ello, el perdido genio maternal.

De los Bernard heredó la inteligencia y hasta la precocidad y, de su padre, cierta indocilidad sentimental y los impulsos imaginativos. Criado con tanta bondad como negligencia, convirtióse en un niño de "corazón orgulloso y tierno" Era *aimant*, tan susceptible al amor como a la simpatía y a la piedad. "Afeminado, aunque indomable, oscilaba entre la molicie y la virtud." Su educación, curiosamente desequilibrada, estimulará sus emociones, especialmente las más profundas y peligrosas; en tanto que los efectos del pequeño mundo particular que le rodeaba, degradante y heroico a la vez, se combinarán para expedirlo hacia la magnífica y fatal trayectoria de su vida.

Sin embargo, todos los recuerdos de su infancia, coloreados por sus reflexiones ulteriores, destacan que el fondo original era su sistema nervioso bien organizado, impresionable y emotivo. Su padre, sujeto perezoso, sin escrúpulos, rebelde y extravagante, se había mostrado lo bastante indiferente con su esposa y su primer hijo como para soportar una larga separación de ellos con facilidad.

En los años que optó por cumplir los deberes paternales dejó en Juan Jacobo una profunda impresión de ternura y hechizo. Dado su

carácter, esta conducta sólo pudo deberse al reflejo de la atracción que su hijo menor y más encantador ejercía sobre él. Isaac Rousseau pensaba en su extinta esposa, y, abrazando apasionadamente al niño, lloraba con éste, entremezclándose las lágrimas que tan fácilmente fluían en esta familia.

Antes de pensar, sentí, dirá Rousseau mucho después al asomarse a sus años infantiles.

La experiencia común de la humanidad, se daba en él más que en todos los demás.

Como no era el relojero un hombre activo en su oficio, sus recursos declinaron. Cinco años después de la muerte de su esposa, Isaac Rousseau vendió la casa de la Grand'Rue, ubicada en la parte alta de Ginebra, y se mudó al populoso barrio de San Gervasio, sobre la orilla derecha del Rhône. Bajando la colina, desde la catedral de Saint-Pierre, alrededor de la cual apiñábanse las casas de los patricios acaudalados, y pasando los dos puentes que cruzaban una isla del Rhône, llegábase a la abigarrada plaza de Constance, donde se congregaban los joyeros y orífices de la ciudad. En este viejo y sombrío barrio hallábase la calle de Coutance, donde la familia Rousseau ocupaba, en 1719, cierto departamento en un tercer piso, sobre una estrecha callejuela serpenteante, entre abigarrados edificios altos, de blancas ventanas, cuyas pendientes cúpulas, soportadas por pilares, proyectaban una sombra eterna en el lugar. Allí creció Juan Jacobo, e Isaac Rousseau, de acuerdo a sus propias y excéntricas luces, emprendió la educación de su hijo menor. En el polvoriento taller de la calle Coutance, entre las herramientas, las máquinas y los libros que su madre había dejado, adquirió el hijo del intermitente relojero, a la edad de siete años, el hábito precoz de la lectura y de la expresión y también ciertas nociones fantásticas de la vida, de las que ni la razón, ni la experiencia pudieron curarlo jamás. Los ginebrinos, y entre ellos en modo particular los Rousseau y los Bernard, podían ser débiles a la tentación, pero eran robustos en su fe. El padre, así como las tías, leían al muchacho la Biblia y los Salmos. Era aquél un protestante leal que "inspiraba a su hijo sentimientos religiosos". Su cristianismo, más que un asunto superficial, era algo "interior"... Lo que más profundamente conmovió al hijo fué la lectura, en su compañía, de *La Historia de la Iglesia y del Imperio,* de Le Sueur, *La Historia Universal,* de Bossuet, *La Historia de Venecia,* de Nani, *Los Caracteres,* de La Bruyère, las obras de Ovidio, Tácito (!) y, sobre todo, las *Vidas Paralelas* de Plutarco, el heroico Plutarco. También leía la extraña pareja las frívolas novelas de principios del siglo XVII: D'Urfé, Scudéry y La Calpragnède. Las evocaciones históricas de *El Gran Circo* o de *Cassandra* arrebataban tanto al hijo como al excéntrico padre, a quien Juan Jacobo atribuía ingenuamente "una de esas almas vigorosas que nutren las grandes virtudes". Lloraban ambos en el curso de la lectura que les cautivaba al extremo de no poder abandonarla sino al finalizar el volumen. Pasaban la noche como en un éxtasis, hasta que la gris aurora y la bulla

de las golondrinas los volvían a la realidad. Avergonzado de sí, exclamaba el padre finalmente: "Vamos a dormir. Soy más niño que tú."

Su infancia, sostenía Juan Jacobo con orgullo, no fué como la de los otros niños: "sentía, pensaba siempre como un hombre". El gusto de su padre por las novelas habíale estimulado su amor desmedido a ellas, así como a los héroes de Plutarco, cuyos sublimes caracteres tornáronse su preocupación favorita. Pero no podemos dar mayor crédito a la pretensión de que aprendió de memoria, instado por su padre, los seis grandes y pesados volúmenes de la *Historia de la Iglesia y del Imperio,* de Le Suer, obra de vindicación protestante. De ser ello cierto, habrá que creer entonces que, entre los viejos calvinistas de Ginebra, como en las colonias puritanas de América, hasta los niños se volvían predicadores. Sea como fuere, lo cierto es que las cuestiones religiosas absorbieron a Juan Jacobo prematuramente.

Los esfuerzos de su padre para enseñarle a leer y escribir tuvieron un éxito notable (y podemos creer el relato de Rousseau a este respecto, puesto que condena él todo el procedimiento). Pero el intento de instruirlo en el sistema cosmográfico de Copérnico fué un fracaso. Representaba el padre a la Tierra con un globo de Trípoli, y el Sol y la Luna con otras esferas. Con alfileres clavados en el globo grande representaba a los hombres. Pero Juan Jacobo no podía concebir, a los siete u ocho años, cómo los hombres podían mantenerse de pie en las antípodas. Todas estas explicaciones trastornaban y confundían su cerebro sin instruirlo, en tanto Plutarco y las proezas de Catón y de Bruto se grababan en su espíritu.

Recordábale Plutarco vívidamente las muy recientes leyendas de las luchas heroicas de Ginebra contra los invasores, la muerte del bravo Berthelier, la vehemente defensa de los muros de la ciudad en tiempos de la Escalada saboyana y todas aquellas celebradas victorias que aseguraron la soberanía local. Con su imaginación ilimitada podía el muchacho colocarse fácilmente en los roles de sus héroes favoritos. En la mesa, al narrar un día con ardor la historia del romano Caius Mucius, *Scevola,* metió su mano en el fuego, asustando a los circunstantes al tomar posesión con su mano izquierda de un hornillo caliente, para representar la acción con más verosimilitud.

El amor a la patria fué también uno de los grandes sentimientos que le transmitió su padre, pero operaba en él de acuerdo a motivos diferentes. El pueblo de Ginebra era intensamente patriótico, en virtud de los varios derechos y cualidades conquistados, que superaban a los de los estados católicos circundantes. Poseía más derechos, pero tenía también más deberes. A determinada edad todos los hombres eran enrolados en la milicia a fin de salvaguardar la ciudad de las contingencias.

Una noche, con motivo del regreso de maniobras del regimiento del distrito —Juan Jacobo tenía ocho años—, los oficiales y todos los habitantes del lugar se congregaron en la plaza de San Gervasio, alumbrada por antorchas, y, al son de pífanos y tambores, tomados de las

manos en una inmensa y ondulante cadena, danzaron alrededor de la fuente. Era una hora elevada: las más de las gentes hallábanse entregadas al sueño.

Pronto todas las ventanas se abrieron a los sones del júbilo patriótico: los niños se despertaban y, semidesnudos, acudían corriendo; las mujeres precipitábanse a reunirse con sus esposos; se bebía vino y la animación palpitaba en todos los corazones. La escena, que parecía un gran cuadro de Breughel, ha sido descripta con emoción por el ginebrino trashumante:

> Pronto cesó la danza y no hubo sino besos, abrazos, risas, brindis. Imposible es describir el sentimiento fraterno general. Mi padre, al besarme, fué sobrecogido por un estremecimiento que recuerdo aún: "Juan Jacobo —me dijo—, ama a tu patria. ¿Ves a estos buenos ginebrinos? Todos son amigos, todos son hermanos, y la alegría y la concordia reina entre ellos.

Los primeros diez años de vida transcurrieron para el niño tranquila y dulcemente, sin embarazos: fueron años de los que, ya hombre, haría un idilio al entretejerlos en su memoria. Aunque no tenía amigos de su misma edad —su hermano era siete años mayor— sentíase feliz. Precoz, delicado, y hasta algo afeminado en su gracia, gozaba principalmente la compañía de su padre y de sus tías, quienes poco le exigían, excepto la enseñanza prematura del catecismo calvinista. Permitíasele hablar libremente, y hasta llegó a ser glotón y dañino.

En el círculo familiar, donde reinaba el fantástico relojero, la vida era oscura y estrecha, pero simple y buena.

En este hogar no faltaba, por ejemplo, la música. El tiempo que le quedaba libre, después de las instructivas lecturas con su padre, o de los paseos con su nodriza, dedicábalo a su tía, a quien atribuye él su inextinguible pasión por la música. Sabía ella un gran número de aires y salmos que cantaba con excelente voz. Algunas de esas canciones, que le conmovieron siempre, al oírlas, hasta las lágrimas, las recordó durante toda su vida. Bien se acordaba de su tía Susana, de su rostro encantador, de su dulzura, de su vivacidad: veíala sentada, bordando, con las dos trenzas negras cayendo sobre sus sienes, sonriendo y cantando o acariciándole...

Si bien su educación fué descuidada y esporádica, gozó al menos de un grado de libertad excepcional. Durante las lecciones hogareñas o los sermones en el templo que, según admite, le agradaban, le fueron inculcados ciertos principios relativos a las bendiciones de la fe reformada. Inculcósele también, a una edad temprana, un profundo orgullo republicano y el sentimiento de lealtad a las instituciones democráticas del Estado. Aparte de estos pocos preceptos o frenos morales, su imaginación careció de restricciones y su rica naturaleza se desarrolló en la más completa libertad.

Con estas pocas normas por verdadera guía hubo de aventurarse por los caminos del mundo, que conoció muy tarde y al costo de las más amargas experiencias.

Al padre, que tan a la ligera criaba a su hijo, lo que más agradaba era emprender largas cacerías por los oteros vecinos, con su perro, sus bolsa y escopeta, de las que regresaba por la noche exhausto, rasguñado por las zarzas, pero feliz. Este padre, causante de la larga serie de miserias de Juan Jacobo, se hacía, no obstante, amar, porque él también poseía un "corazón sensitivo", cualidad con que iluminó los primeros años del niño.

"Jamás puedo recordar sin las más tiernas emociones, al virtuoso ciudadano (!) de quien recibí la luz y que a menudo imprimía en mi alma infantil el respeto a vosotros debido", declara Rousseau en su *Discurso sobre la Desigualdad*, dedicado a los Pares de Ginebra. "Le veo aún viviendo del trabajo de sus manos, nutriendo su alma con las verdades más sublimes. Veo ante él a Tácito, Plutarco y Grotius, mezclados con las herramientas de su oficio. Veo a su lado a su querido hijo, recibiendo con muy poco provecho las tiernas enseñanzas del mejor de los padres. Pero si las faltas de una juventud errante pudieron hacerme olvidar durante un tiempo tales sabias lecciones, tuve al fin la suerte de descubrir que, sean cuales fueren las propias inclinaciones al vicio, la educación nunca se pierde *cuando se imparte con el corazón*".

Pero poco después del festival de San Gervasio ya descripto, en el otoño de 1772, Isaac Rousseau vióse envuelto en una aventura que tuvo para su hijo las más serias consecuencias. Mientras cazaba, sin duda en terreno vedado, fuera de Ginebra, en la mayordomía de Gex, tuvo un altercado con el propietario, cierto Pedro Gautier, quien le amenazó con arrestarlo. Al día siguiente, al encontrarse ambos en una de las calles de la ciudad, se renovó la reyerta.

Según testimonio, Isaac Rousseau, cogiéndole del brazo, dijo: "Cállese la boca. Venga, salgamos de la ciudad y arreglemos este asunto con la espada". A lo que dicho Gautier (Capitán) replicó que "a menudo había usado la espada, pero que con hombres de la calidad de Rousseau sólo utilizaba el bastón". Mientras, presa de la ira exclamaba: "Yo soy Rousseau", "Yo soy Rousseau", desenvainó Isaac la espada y le hirió en la mejilla.

Citado por los magistrados, el relojero no compareció, prefiriendo abandonar el territorio y refugiarse más allá de sus fronteras. Huyó furtivamente de Ginebra, a la que no regresó jamás, el 11 de octubre de 1722. En su ausencia, impúsosele una pesada multa, las costas del proceso y tres meses de prisión.

El relato del hijo, basado en las referencias familiares, es parcial.

> El tal Gautier, hombre insolente y cobardón, arrojó sangre por la nariz y acusó a mi padre de haber hecho uso de la espada en la ciudad. Mi padre, a quien se quería apresar, se obstinó en que se prendiera también conforme a la ley al acusador, mas como no pudiera conseguirlo prefirió salir para siempre de Ginebra antes que ceder en un asunto en que consideraba comprometidas libertad y honra.

Isaac Rousseau habíase excusado ante su hijo haciendo referencias a una ley medieval fuera de uso. Cierto es que Gautier pertenecía a una familia patricia y que hubiera podido llevar la mejor parte en una disputa legal, pero no hay duda alguna de que Isaac Rousseau fué el agresor. En realidad, los magistrados dilataron la sentencia, y le dieron tiempo para dejar la ciudad, a fin de librarse así de un ciudadano molesto que había perturbado la tranquilidad con sucesivas pendencias.

Ni Juan Jacobo ni su hermano Francisco fueron llevados consigo por su padre a Nyon, en el Cantón de Vaud, donde se radicó. Permanecieron al cuidado de su tío, el ingeniero Gabriel Bernard, que se había casado hacía muchos años, en circunstancias curiosas, con Teodora, tía de ambos. Apresuróse el matrimonio a colocar al mayor, Francisco Rousseau, de aprendiz con un relojero; pero tenía éste dieciséis años y pronto huyó a través de las montañas y nada se supo de él jamás (!). A Juan Jacobo enviáronle juntamente con su propio hijo, Abraham Bernard, a la casa del pastor Lambercier, ubicada fuera de Ginebra, en el pueblo de Bossey, en calidad de pupilo. Desde Nyon, lugar seguro del lado opuesto del ancho Lago de Ginebra, el padre, que pocos años después volvió a contraer enlace, seguía estos acontecimientos con poco interés.

El traslado desde las obscuras y polvorientas calles del barrio pobre de Ginebra a la encantada región de Bossey, al pie de la montaña caliza llamada la Saléve, fué un cambio notable. Los dos años pasados en el pequeño pueblo, juntamente con su primo Abraham, a quien amaba, bajo la tutela del viejo predicador y de una hermana de éste, recuérdalos Rousseau muy claramente como un interludio de la felicidad terrena. La instrucción allí recibida dejó en su espíritu huellas profundas y perdurables.

A los diez años, era Rousseau pequeño y atrayente; tenía el cabello negro y una mirada inquieta y brillante. Su primo Abraham era alto, delgado y un poco desgarbado. A lo largo del día cuidaban ambos su jardín, sus plantas y hacían sus travesuras. Abraham era el alumno más favorecido, pero Rousseau el más apto. Recuerda éste el lapso allí transcurrido, vinculado a su inextinguible amor al lugar, con imperecedero encanto. Gozaba en su evocación, de la que suprimía los detalles menos gratos.

> Rememoro todas las circunstancias atañederas a lugares, personas y momentos. Veo a la criada brujulear por la estancia, a una golondrina penetrar por la ventana, a la mosca que, a punto de dar yo la lección, se posa en mi mano. Veo asimismo el ajuar completo de mi habitación y, a la derecha, el despacho del señor Lambercier, en el que había una estampa con el retrato de los Papas, un barómetro, un enorme almanaque y las frambuesas del jardín a un nivel mayor que el cuarto y cuyas ramas daban sombra a la ventana.

En cuanto a los Lambercier, que le dieron una instrucción religiosa tan seria como limitada, hay datos contradictorios. Tiempo hubo en que circularon folletos en que se acusaba al pastor de proferir expresiones groseras e irreligiosas, de "emborracharse en las tabernas", de conducta indecente con las mujeres campesinas. Estas penosas noticias eran divulgadas por clérigos pertenecientes a la Iglesia Romana, que mantenían una activa contienda contra los calvinistas de la región; y notablemente por cierto cura párroco del pueblo vecino de Confignon, llamado Pontverre, interesado en la pesca de conversos. El rumor de que Lambercier observaba "la más íntima y escandalosa conducta" con su propia hermana, provocó la intervención de los venerables miembros del Consistorio. El escándalo tuvo origen en el hecho que el pastor siempre llevaba a su hermana en su caballo, ubicada delante de él. Pero de esta acusación fué completamente absuelto y sólo se le censuró, más que por perversión por sus "modales groseros"...

"Mi padre, aunque liviano, no sólo era un hombre probo, sino profundamente religioso", nos dice Rousseau. De él había recibido su primera instrucción del austero código puritano de la Iglesia reformada. Esta enseñanza de su padre, y también de su tía, estuvo posteriormente a cargo de los raros Lambercier, quienes le inculcaron su catecismo entre vociferaciones y amenazas divertidas.

No podemos ignorar el fervor puritano y evangélico que aún dominaba en la época y en la región. Los verdaderos derechos del ciudadano dependían de la correcta observancia de la propia fe. Los "ejercicios" de la piedad estaban a la orden del día, siendo elocuente el odio al rey de Francia, en virtud de que los protestantes eran expulsados de ese país. El júbilo cundió cuando Guillermo III se elevó al trono de Inglaterra. El adulterio se castigaba aún con la prisión o el cepo. A los beodos colocábaselos en una jaula de hierro. Severas leyes suntuarias, por las que se censuraba la manera de vestir, se disponía la cantidad de seda o joyas que podía usarse, se prohibía el uso de carruajes, hallábanse aún vigentes en Ginebra. Era una religión reformada, libre. Todo el ritual fué completamente simplificado. El Evangelio hablando a la conciencia del individuo era la única autoridad reconocida. Pero los pastores, como cuerpo eclesiástico, eran en verdad mantenidos bajo una disciplina rígida y no se permitía entre ellos diferencia alguna. Pudo Rousseau estar expuesto a todos los males y tentaciones de la carne, pero el recuerdo de la teocrática Ginebra, de su riguroso puritanismo extrínseco, de sus fervientes cruzadas contra el vicio, retornaría siempre a su alma.

Aquí, en esta rústica rectoría, aprendía Juan Jacobo su Biblia, sus plegarias y a comentar los sermones, bajo la atildada dirección de la señorita Lambercier. Temía el error porque anhelaba agradar, y observaba en los ojos de su ama no sólo la advertencia del desagrado, sino también la amenaza del castigo físico inminente, lo cual le desesperaba y estremecía.

Una poderosa vinculación erótica infantil debió haberse establecido entre el niño de once a doce años y la solterona de cuarenta. (De treinta años recuérdala él, con inconsciente caridad en este caso). Durante mucho tiempo temió más la amenaza que el castigo real. Quería a

la señorita Lambercier. Y cierto día, después de haber sido duramente azotado por ella, descubre —caso harto extraño—, que su afecto hacia esta buena mujer, no obstante el daño sufrido, aumentaba desmesuradamente.

Había sentido en el dolor y aún en la vergüenza como una mezcla de sensualidad que más me hacía desear que temer el castigo de su mano.

El castigo que le fué aplicado en Bossey fué de siniestro augurio. En una segunda ocasión, la expresión de placer oculto, de incipiente masoquismo, fué tan patente en el niño que hasta la estúpida mujer se alarmó. Informó ella a su hermano y, por alguna vaga sospecha o por temor, cambió su método educacional favorito.

A una edad temprana tuvo Rousseau conciencia de su impulso sexual precoz, despertado evidentemente por esta mujer ignorante. Y los misteriosos efectos y reflejos resultantes se fijan ahora en él pervertidamente, vibran en su ser erótico durante muchos años y llegan a dominar por completo su vida amatoria. (*¡Oh!, señorita Lambercier, usted lo ignoraba, pero sus manos pecaron grandemente y es probable que hayan provocado un vuelco fatal en la vida de este niño*).

Por el temor, incluso el de no recibir la forma de placer que anhelaba inocente, desarticuladamente, permanecía Rousseau casto durante mucho más tiempo que la mayoría de los jóvenes. Desde ese momento su placer supremo consistirá, como él mismo destaca, en ser censurado, reprendido autoritariamente, castigado... por la persona amada.

Su primera experiencia sexual, anterior a sus doce años, determinó, en sentido contrario a lo que debió haber seguido naturalmente, "todos sus gustos, deseos, pasiones... *Hallarse a los pies de una mujer imperiosa, cumplir sus mandatos y verse en trance de pedirle mil perdones*" (!).

Este estado iba a constituir su deleite supremo, cuyo hábito, aun cuando racionalizado en las profundas regiones del subconsciente, se estampó en su temperamento y coloreó todos sus estados sentimentales[3].

En una emergencia posterior fué llamado a Ginebra su tío Gabriel para que propinase una zurra a su sobrino. Pero de esta severa experiencia no derivó placer alguno.

También se lo introdujo en las enormidades de la injusticia, hecho que su ardiente naturaleza, semejante a la de su padre, tan presta a la indignación, jamás pudo olvidar. En Bossey, había estado la criada limpiando unos peines, que puso afuera a secar; a su regreso halló uno de ellos con todos los dientes rotos. Sospechóse de Juan Jacobo. Negó éste la fechoría y persistió en su negativa hasta que, finalmente, fué la cuestión considerada suficientemente seria como para hacer comparecer al tío. Se le castigó terriblemente, pero mantuvo su actitud.

Figúrense ahora —dice— un carácter tímido y dócil en el vivir cotidiano, pero indomable y altivo en sus pasiones: un niño encauzado siempre por la voz de la

(3) *N. B.* Sobre las enfermedades, neurosis y disposición sexual de Rousseau.

razón, tratado de continuo con dulzura, equidad y benevolencia, ajeno aún a la idea de injusticia, víctima de ella por primera vez y en modo cruelísimo y precisamente por parte de las personas a quienes más ama y respeta. ¡Qué trastrueque en las ideas! ¡Qué trastorno en los sentimientos! ¡Qué desorden tan grande en su corazón, en su cerebro, en todo su ser inteligente y moral!

No podía él captar la seriedad que el caso en contra suya tenía para sus mayores. La idea de la injusticia estuvo permanentemente asociada a su creciente sentido de la vida: el temido castigo podía aplicarse en cualquier momento por un delito en el que no se había participado.

Tan por lo profundo quedó grabada en mi mente aquella primera impresión de violencia e injusticia... que mi corazón se inflama en presencia de cualquier acto injusto como si a mí mismo me perjudicara. Cuando leo las crueldades de un tirano, o las sutiles falacias de un cura trapacero, acudiría de muy gustosa gana a hundir un puñal en su pecho ruin, aunque ello una y mil veces me costase la vida.

La deliberada *identificación* de los propios infortunios con una condición general o colectiva puede ser un pensamiento ulterior de la mente madura que repasa su pasado. Pero esta facultad es en Rousseau tan singularmente poderosa y decisiva, y de tan vasta influencia, que sólo podemos seguirle aquí, destacando bien las prematuras experiencias de su infancia, y relacionando a la vez todas esas sucesivas desventuras con la eventual fijación e intensificación de sus gigantescas simpatías.

Las Confesiones pintan los aspectos más oscuros de su naturaleza con una sombría obsesión. Y no debemos ignorarlos. Pero hay otros rasgos notables de generoso coraje y de dulzura singular evidenciados en su infancia que surgen de sus reminiscencias en otras partes. Los domingos visitaba a veces al señor Fazy, esposo de una de sus tías, en el campo, y se entretenía allí con el joven Jacobo Fazy. En un pequeño molino, en el secadero, observando los cilindros de la plancha, sintióse atraído por su brillantez.

Tuve la tentación de posar mis manos en ellos y mover mis dedos a lo largo de los pulidos cilindros, en el preciso instante en que Fazy, colocado en el volante, lo hizo girar un poco. Las extremidades de mis dedos fueron cogidas entre los cilindros y mis uñas deshechas. Proferí un grito desgarrador. Instantáneamente volvió Fazy atrás la rueda. La sangre brotaba de mis dedos. Consternado se precipitó hacia mí, me abrazó, me suplicó que dejase de llorar o de lo contrario estaría perdido. A pesar de mi propio dolor, su inquietud me conmovió; guardé silencio; corrimos luego hacia la fuente donde me ayudó a lavarme los dedos y a restañar con cieno la sangre. Con lágrimas en los ojos rogóme que no le acusara. Se lo prometí, y aunque hube de guardar cama durante más de tres semanas... insistía yo en que una piedra grande había caído y aplastado mis dedos.

En otra ocasión, jugando en Ginebra al palomallo con uno de sus camaradas llamado Plince, discutió con él por incidencias del juego. "Peleamos, y en la riña propinóme tal golpe con su mazo que, de tener más fuerzas, me habría deshecho el cráneo. Caí. Jamás vi angustia

mayor que la de este pobre muchacho al ver mis cabellos bañados en sangre. Pensó que me había herido de muerte. Profiriendo extraños gritos, me abrazaba con ansiedad. Llorando con él, devolví sus abrazos, en un estado de sentimientos confusos que no carecía de cierta dulzura". Plince procuró inútilmente detener la sangre. Arrastró entonces a Juan Jacobo hasta donde se hallaba su madre, que casi se desmaya al ver al muchacho herido. La buena mujer vendó la herida. Juan Jacobo, que no había conocido madre, escribe conmovedoramente: "Sus lágrimas y las de su hijo llegaron a lo más íntimo de mi corazón, a tal punto que durante mucho tiempo consideré a la una como una madre y, al otro, como un hermano."

Tenemos la más definida sensación del niño huérfano que crece, desde los doce años, al azar de los torbellinos y accidentes. Cuando era tratado con indulgencia por sus tíos, incurríase en negligencia; cuando se le dirigía con severidad o distinguía desfavorablemente, era con la indiferencia que los tutores mediocres usan con el hijo de otro.

"Todo lo que necesitaba —dice a menudo— era sentirme rodeado de afectos. Tenía un corazón cariñoso... y el amor me hubiera hecho comprensivo."

Dos años después llegaron a su fin las delicias de la rústica rectoría de Bossey. El niño de doce años y su primo habían llegado a ser más rebeldes, embusteros y aviesos. La casa de los Lambercier le desalentaba; la campiña misma parecía sombría y desierta, como si ocultara a su mirada las bellezas. "Dejamos de regar nuestras plantas y flores. Y no escarbábamos en la tierra ni lanzábamos, al descubrir el germen de la semilla sembrada, voces de júbilo." Pero no fué por razón de aquel incidente que se dispuso, en el otoño de 1724, su regreso a Ginebra juntamente con su sobrino. El padre, que contribuía magramente a su sostén, así como el tío, tenían para el niño planes que no permitían más tiempo de libertad y educación.

Hubo un intervalo de felicidad, cuando, en el invierno de 1725, vivió en la casa de su tío de la Grand'Rue, estudiaba, con su primo, dibujo, aritmética y los *Elementos de Euclides*. Se entretenía con su primo haciendo barriletes, jaulas, ballestas, cañones, tambores y casas de juguete. En las calles participaba en bravas peleas de colegiales. Habría lucha, boxeo, crueles desafíos. El cuerpo, magullado y herido, se sentiría gozoso en su libre crecimiento.

La débil constitución física de Rousseau niño se iba haciendo maravillosamente robusta. Desconoció en absoluto la educación enfermiza del "caballerito", que se convertirá, a los treinta años, en una "perfecta dama". Pero si el cuerpo se desarrollaba vigorosamente, también el espíritu cultivábase con rigor bajo el régimen ginebrino. Llevábanlo los jueves y domingos a la catedral, donde los pastores, tal como era costumbre en sus predecesores del pasado siglo, sermoneaban resonantemente sobre la "nueva Sodoma" en que Ginebra se estaba convirtiendo debido a la declinación de la moral pública, a la "corrupción de nuestros hijos". Evidentemente, la imaginación del joven fué cautivada por estas jeremiadas que oyó por vez primera cuando comenzaba a ponderar la proclamación de la "majestad de las Escrituras" y la "santidad del Evangelio". (El tono moral de los viejos protestantes persistirá en él y se agudizará aún más en sus propios folletos tendenciosos).

Aunque otros muchachos preferían sus juegos inocentes y por dinero, Juan Jacobo jamás puso objeción a los servicios religiosos, desnudos de liturgia y de ritual, a la manera calvinista, que le conmovían con su solemnidad de salmos cantados a cuatro voces con acompañamiento de órgano en las penumbras del templo abovedado.

Consideré una gran cosa el predicar, dice. Quizá él también podría un día llegar a ser un gran pastor. A una edad temprana comenzó a componer sermones propios...

Pero se le preparó otro destino. Colocóselo, sin duda para que llegara a ser un notario, en la oficina del señor Masseron, escribano de la ciudad. Sin embargo, su patrono sufrió con él un completo desengaño y le despidió después de algunas semanas de prueba. "Una innoble ocupación —observa Rousseau— que no iba bien con mi carácter altivo."

Después de algunas consideraciones, los Bernard y los Rousseau realizaron nuevos esfuerzos para hallarle un destino al muchacho bajo su custodia. Entonces entró Juan Jacobo de aprendiz con el maestro grabador Abel Ducommun, el 26 de abril de 1725, como leemos en el viejo contrato:

> Y durante cuyo tiempo el señor Ducommun se compromete a enseñar al susodicho Rousseau, aprendiz, su profesión de grabador, teniendo a su cargo también la alimentación y el alojamiento del referido aprendiz durante el lapso establecido, y su educación, instruyéndole en el temor a Dios y las buenas costumbres, tal como corresponde a un jefe de familia.

A los trece años, vióse el pequeño muchacho privado de libertad y legalmente sujeto a la larga carrera de trabajo que el dominio de la profesión exigía.

Cuando Juan Jacobo llegó a su taller, Abel Ducommun, maestro grabador de la Rue de Villeneuve, tenía apenas treinta años. No era el artesano maduro y responsable a quien Gabriel Bernard debió haber confiado el alma de su sobrino, sino un sujeto "tosco y violento". Por su brutalidad, su negligencia y los repetidos castigos que le propinaba, logró empañar los años infantiles de Juan Jacobo y corromper casi por completo su carácter "avispado y cariñoso". Los entretenimientos más inofensivos y agradables del niño fueron suplantados por los "más bajos gustos y la más ruin desvergüenza". Olvidó su educación, la historia, los hechos de la antigüedad y la Biblia. Al cabo de unos años perdidos en el obscuro taller de Ducommun, Juan Jacobo no era sino un aprendiz moralmente degradado. Bajo tal tiranía hízose perezoso, ra-

tero y mentiroso; siguiendo el ejemplo de los que le rodeaban y de nuevos compañeros bribones, comenzó a cometer pequeños hurtos, por los cuales se le aplaudía.

Robó espárragos en un huerto vecino, para luego hacer lo propio con las manzanas de la despensa de su patrono. Ducommun le cogió infraganti, se cuadró frente a él mientras con los brazos cruzados le amenazaba silenciosamente. A lo que habrá seguido sin duda el inevitable castigo. "En fuerza de sufrir malos tratos no tardé en hacerme menos sensible." El robo y el castigo iban de la mano, eran gemelos. "Tocábale a él (a Rousseau) cometer el robo, y dejaba el castigo a su amo"(!). Y continuaría así, birlando alimentos, herramientas que le agradaban, pequeños trozos de metal con los que hacía medallones que obsequiaba a sus amigos, hasta ser nuevamente descubierto y castigado... Sus días tenían el carácter rígidamente circunscripto de la vida de un artesano medieval en la vieja Ginebra. Durante los años que estuvo con Ducommun aprendió el joven a manejar el buril con habilidad y firmeza y adquirió también el buen gusto para los grabados, que conservó siempre. Pero los estrechos horizontes del taller eran los del oficio que el estupefacto muchacho, si es que alguna vez pensó en ello, creyó que ejercería toda la vida. Le vemos en ocasiones con una expresión de hambre y hasta asensual, mientras su torpe amo se regala con camaradas, alimentos y vino. Juan Jacobo estaba llamado a ser tan belicoso y antojadizo como su padre; pero las rudas manos de Ducommun, cayendo sobre él a una edad impresionable, sirvieron para quebrar su voluntad.

Los domingos, con sus horas tranquilas en la iglesia, sus visitas a parientes de las afueras de la ciudad, o sus viajes hasta lo de su padre, eran sus días más dichosos. En casa de Bernard se entretenía aún con Abraham. Como con éste, en 1726, había visitado a un titiritero italiano, llamado Gamba-Corta, que se presentó en Ginebra, pasaban el rato haciendo muñecos y planeando pequeñas comedias. Pero esta amistad debilitóse algo con el tiempo en virtud de que Ducommun había dado a los Bernard malos informes del aprendiz. Recuerda Rousseau con amargura el distanciamiento de Abraham: "Creo que debió haber sido su madre quien determinó este cambio. El vivía en el *barrio alto*, en tanto que yo, pobre aprendiz, habitaba en el de San Gervasio. Entre los dos, a pesar del nacimiento, no existía igualdad." Sin embargo, nuevos horizontes se abrieron para él en el invierno de 1726-1727. Había una vieja llamada La Tribu que alquilaba libros a los jóvenes, algunos de dudosa moralidad, que le valieron repetidas censuras de las autoridades. Por estos días leía Juan Jacobo continuamente: por la calle, cuando le enviaban a algo, en el taller o en el retrete, donde su patrono iba a espiarle, para sorprenderle, castigarlo y apoderarse de sus libros. No obstante, las novelas que se procuraba de La Tribu eran las delicias de su vida, y cuando no podía pagarle los pocos centavos que exigía, llevábale sus camisas, corbatas y prendas de vestir.

Aunque por estos días parecía exteriormente malhumorado, taciturno y un mátalas callando, sentía que una nueva zona de aventuras, un nuevo aspecto de la vida se le revelaba. Podía evadirse de la ruindad de sus compañeros y amos, del mundo harto familiar y prosaico, carente de belleza, en el que como un bien mostrenco yacía más abajo que el polvo, para hallar refugio y compensación en el brillante mundo de la imaginación, en que sentíase el héroe de las novelas que devoraba.

En su vida real, rodeábanlo compañeros de juego viciosos, tenía a menudo hambre y andaba siempre andrajoso. Aunque su conciencia prematura era afectada en cierto modo por el ejemplo de sus compañeros, podemos ver cómo su naturaleza, aun en la pubertad, iba adquiriendo fatalmente su forma singular. Nada de estos amigotes que le rodeaban arraigaba en verdad en su corazón. Transformado ahora, imperceptiblemente, en un joven lánguido y soñador, anhelaba placeres cuyos objetos percibía apenas obscuramente. Arrebatado por los vértigos o la visión de fantasías conmovedoras parecía ahora ahora inspirado. Toda esta patética y encantada crisis fué interpretada por él admirablemente en años posteriores, cuando escribió:

> En tan extraño trance, mi inquieta imaginación tomó un rumbo que hubo de salvarme de mí mismo, calmando mi sensualidad naciente. Consistió el artificio en alimentarme de cuantas situaciones me hubieron de interesar en mis lecturas, recordándolas, variándolas, combinándolas y apropiándomelas de tal manera que llegaba a convertirme en uno de los personajes que imaginaba, que me veía colocado en las situaciones más en consonancia con mi gusto y, en fin, que el artificioso estado en que me veía me hacía olvidar el verdadero, aquel otro que tanto me apesadumbraba.

El desembarazado gozo que hallaba en las ensoñaciones, el hábito de aislarse en una vida interior embellecida, apoderóse de él, como le ocurriría mucho después, con creciente fuerza. Empezó a vagar perezosamente, en sus horas libres, por las afueras de la ciudad, siguiendo el laberinto de sus sueños.

Al pasar por los terraplenes y puertas de los castillos, imaginábase dentro de ellos, conversando con hombres y mujeres, cuyos rostros y vestidos se grababan tan hondamente en su alma que, instantes después, pasado el trance, podía recordarlos vívidamente. Años más tarde, según relató a un amigo, visitó en verdad uno de estos castillos entrevistos, y no pudo reprimir un grito de asombro al ver que sus moradores asemejábanse exactamente a aquéllos de su lejana visión juvenil. Fué durante uno de estos paseos por el país vecino cuando Rousseau escribió con sus uñas en la puerta del Castillo du Matheray: *J. J. Rousseau, ciudadano de Ginebra. 1727.*

Este humilde y castigadísimo aprendiz sentíase interiormente heroico. Muchas veces, impulsado por las nuevas fuerzas, las nuevas savias que brotaban en él, abandonábase a los grandes sueños que le sacudían, le mantenían en silencio y hacían latir vertiginosamente su

corazón y girar salvajemente los ojos. Veíase vagando siempre, participando ávidamente en hechos caballerescos en un país desconocido, lejos de la cadena de montañas que circundaban el lago azul de Ginebra; imaginaba insignias ondulantes, aplausos atronadores para su gloria, mientras multitudes de damas de elevada alcurnia y cabelleras doradas le sonreían. O sentíase el protector y amante de una encantadora princesa —o condesa, por lo menos— cuya vida sólo él había podido salvar: un morador de su castillo y el amigo dilecto de su hermano. Pero ¿estábanle tales inefables cosas reservadas? ¿Es que no hay, acaso, sueños tan poderosos como para embelesar y transformar toda una vida?...

Entretanto, el moreno Ducommun dejábase arrebatar por la ira ante la mirada brillante del joven. Emergiendo de sus pesados transportes, el joven inerte doblegábase para soportar los acostumbrados golpes.

A los catorce años —no a los once, como recuerda Rousseau— despertáronse en el adolescente apático, tímido y romántico, las posibilidades reales de galantear y amar.

En Nyon, donde iba a visitar a su padre, conoció a la señora Vulson, que "haciame mil caricias mientras su hija me convirtió en su novio". Concibió una pasión muy imperiosa por la señorita Vulson, que simulaba estimar sus ocurrencias, frases y atenciones, para ocultar sin duda su interés por otros galanes mayores. El ver a algún hombre aproximarse a ella, convirtióse para él en una tortura. No obstante, como distingue muy acertadamente, su pasión era espiritual. A su lado no sentía sino tranquilidad y gustaba solazarse con sus favores.

Un glorioso día la señorita Vulson llegó a Ginebra, ostensiblemente para ver al muchacho, pero en realidad —como se enteró éste para desdicha suya— con el propósito de comprar su vestido de boda. Su amor se convirtió en cenizas... Veinte años más tarde, al verla en el lago, en otro bote, la reconoció y se alejó remando rápidamente.

Otro más oculto *amourette*, a esa edad, señala el visible desarrollo de su perversión sexual particular. Había en Nyon una contemporánea de la señorita Vulson, llamada la señorita Gotón. Esta pequeña tirana, "sin ser hermosa, tenía un rostro y ojos que no se podían olvidar fácilmente." Con sus modales precoces, hoscos, aveníase esta joven a las disposiciones de Juan Jacobo, evidenciadas ya en la rectoría de Bossey. Durante sus *tête-à-tête*, tratábale ella como a un niño, permitiéndose las mayores libertades, sin dejar jamás que se las tomara con ella". Dice Rousseau que representaba con él el papel de "maestra de escuela", es decir, que pudo haberlo flagelado, ya que, al parecer, los niños traviesos de la ciudad, que todo lo espían, ven y saben, estaban bien informados del pequeño escándalo, pues al cruzar él la Plaza de Constance oíalos murmurar en tono burlón: *Gotón titac Rousseau.*

Quizá fué una ilusión producida por su remordimiento y su temor. Pero sea como fuere, su oculto masoquismo infantil, despertado

en la casa de los Lambercier, fué posteriormente nutrido por la pervertida pequeña Goton, a quien pronto se apartó de él.

Esta muchacha, a la que asociaba con secretos placeres agridulces, obsesiona su visión de adolescente, borrando todo lo demás. De suerte que la desviación se torna decisiva, mientras las pasiones pervertidas operan obscuramente en su subconsciencia. La experiencia y la razón llegan para espantar a estos demonios, pero su impresión en la blanda naturaleza del niño, no obstante todos los factores de transformación y sublimación, fija el molde que ya no se romperá jamás.

Sus días transcurren ora lenta, ora vertiginosamente entre abundantes plegarias y cantos de salmos, en medio de inflexibles artesanos, entre travesuras con sus rapaces compañeros de juego, castigos de un amo brutal y liberación mediante hechiceras lecturas de increíbles novelas del siglo XVII. Y hasta entre tímidos experimentos eróticos.

A los dieciséis años, era Rousseau un muchacho lastimoso y deslumbrado, a pesar de la mala crianza recibida, que se agitaba desalentadamente por el barrio mugriento de Ginebra.

> De esta suerte —dice— llegué a los dieciséis años inquieto, cansado de todo y de mí mismo, aburrido de mi situación, ajeno a los placeres propios de mi edad, devorado por deseos cuyo objeto me era desconocido, llorando por causas imprecisas, suspirando sin saber por qué y, por último, acariciando con cariño mis quimeras, ya que nada equivalente a ellas veía en torno de mí.

Los domingos, después de la misa, vagaba libremente por las campiñas lejanas durante horas enteras, algunas veces con sus groseros amigos, pero más a menudo y preferentemente solo, abstraído en sus cálidas visiones y sin deseos de volver a su aborrecido banco. Este hábito de vagar que le transportaba, llenábase también de pesadumbre. Dos veces halló cerradas las puertas de la ciudad y conoció el dichoso infortunio de pasar la noche en el campo, bajo las estrellas, noche a la que ponía fin el rocío de la aurora y la grande, increíble salida del sol.

La primera vez que esto le ocurrió fué severamente castigado por Ducommun; la segunda, lo atontaron a golpes brutales y le amenazaron con un castigo más terrible aún si volvía a incurrir en tal delito.

Cierta luminosa tarde de un domingo, hallóse nuevamente a una milla de distancia de las puertas de la ciudad al oír la retreta. Presa de un súbito pánico apresura el paso; oye luego el redoblar de los tambores y emprende una loca carrera. Su corazón late fuertemente; corre resollando. Distingue ya en sus puestos a los centinelas, a quienes llama con ahogados gritos. A veinte pasos de las puertas ve cómo comienza a levantarse el primer puente. "El espectáculo de aquellas terribles astas que se agitan, siniestro y fatal augurio de la desdichada suerte que me aguardaba, me hace estremecer."

Las puertas se cierran en sus narices. En el primer acceso de desesperación se deja caer en la explanada de las fortificaciones y em-

pieza a morder el polvo. Sus compañeros le alcanzan y ríen simplemente de su mala estrella. Como él, los más de ellos se hallan frente a un castigo que soportarán estoicamente.

Otro es ahora el parecer de Juan Jacobo. Grita, llora, se rebela inconteniblemente contra las blasfemias, los castigos, las pesadas cadenas que le aguardan detrás de aquellas puertas. Se levanta y jura a sus amigos que jamás regresará a lo de su amo. Por la mañana, al entrar ellos en la ciudad, se despide y ruégales únicamente informar en secreto a su primo Abraham Bernard la resolución adoptada y el lugar donde le aguardaría, pues desea verlo antes de su partida.

CAPÍTULO II

EL VAGABUNDO

1

La ira y el terror sentidos durante las largas horas de la noche fueron substituídos, al rayar la aurora, por el placer embriagador de su libertad. Durante los tres o cuatro días que siguieron a su huída de Ginebra, rondó Juan Jacobo por los suburbios de la ciudad sin perder de vista sus torres y muros.

Su primo Abraham Bernard, secretamente informado de la situación, fué a su encuentro, en el lugar convenido, el lunes 15 de mayo de 1728, llevando algunos obsequios, particularmente una espadita que el joven fugitivo habrá de usar durante mucho tiempo. Aleccionado sin duda por los Bernard, Abraham, aunque negándose a seguir al rebelde Juan Jacobo, nada hizo, al parecer, por desalentarlo de sus propósitos. Y, mostrándose al final profundamente conmovido por el pensamiento de no ver más a su compañero, tan resuelto a desertar de su amo, de su oficio, de sus tutores y de su país, derramó algunas lágrimas hipócritas y se volvió.

La libertad, sueño perenne por el que marcha Rousseau hacia el fin de los caminos, lejos del paisaje familiar, no iba a ser derrotada por un amo, haciéndole emprender su regreso.

Solo, sin dinero, movíase el joven con confianza por las zonas luminosas que se extendían fuera de su estrecha ciudad. "Iba a encontrarme a cada paso con festines, tesoros, aventuras, amigos dispuestos a servirme, mujeres deseosas de complacerme." El universo celebraría sus méritos. Su mirada quijotesca divisa un castillo en la lejanía azul. Allí, "favorito de los señores, amante de la hija, amigo del hermano y protector de los vecinos", sería feliz, no requeriría nada más.

"¿Qué hubiera sido Juan Jacobo —se pregunta después—, de no haberse lanzado por los caminos abiertos en el fatal momento en que las puertas de Ginebra se cerraron para él?"

Esta hora señaló el comienzo de su largo proceso de miseria y de gloria. Si hubiese caído en manos de un patrono mejor, reflexionaba, habría vivido la obscura vida de un artesano. Habría vivido una vida apacible, humilde, en el seno de su familia, de sus amigos, de su religión y de su país. "Habría sido un buen cristiano, buen ciudadano, buen padre de familia."

Pero, en verdad, su naturaleza compleja, original, ¿no se habría quebrantado, degradado, en el sombrío mercado de Ginebra? Olvidado, como su padre, por los parientes ricos, circunscriptos a su mesa de trabajo, habría sido un borracho perdido. En cambio, al romper súbitamente el rígido molde, se había liberado. Como su hermano Fran-

cisco, abandonóse al *Wanderlust* de los Rousseau, prefiriendo los peligros, las tentaciones, los horrores del camino abierto.

Durante unos días, campesinos de los aledaños de la ciudad alimentaron y alojaron a Juan Jacobo. Poco después, en sus vagancias, transpuso la frontera Suiza y hallóse en la aldehuela de Confignon, perteneciente a Saboya, país gobernado por el rey católico de Sardinia. Allí, por una mezcla de "curiosidad" y de hambre, llamó a la puerta del interesante cura párroco local, Benoît de Pontverre, quien le invitó a comer [1].

El nombre de este viejo sacerdote era famoso en la región. No en vano un ascendiente suyo, en el siglo XVI, había fundado la Orden de los Caballeros de la Cuchara. (En un banquete de nobles católicos, realizado en Saboya, se hizo el juramento de reconquistar a Ginebra y de "comerse" en cuchara a sus heréticos ciudadanos).

Pero eso había ocurrido hacía mucho tiempo. En un período ulterior, en que el estado de guerra era menos sangriento, el último de los Pontverre había sido designado a este puesto de avanzada del reino católico en virtud de su habilidad para atraerse a los calvinistas extraviados y convertirlos a la antigua fe.

En ambos lados de la frontera Suiza, había una desenfrenada carrera en procura de prosélitos. El santo señor de Bernex, obispo de la cercana Annecy y obispo titular de Ginebra, soñaba hasta en reconquistar a la ciudad de Calvino. Había obtenido la ayuda del Papa así como la del rey de Sardinia, Víctor Amadeo II, cuyas subvenciones se distribuían desde Turín y Annecy, en Piamonte y Saboya, respectivamente. El niño extraviado de los cantones suizos gozaba de un premio especial: tenía, bajo ciertas condiciones, asegurada su ayuda y hospitalidad...

Pontverre formaba parte de la red barredera en la que caían todos los vagabundos de la frontera, proscriptos, hombres y mujeres sin reputación que no tenían escrúpulos en ser convertidos y bautizados, de vez en cuando, por un honorario. ¿Sabía esto Juan Jacobo al dirigirse, como al azar, a la casa del cura párroco? ¿Oyó algo respecto a esta dorada promesa a lo largo del camino? No soñaba en ser un converso, ni sabía lo que ello significaba; pero tampoco sintió repulsión alguna cuando el cura rezador de rosario e idólatra, de pie frente a él, le hablaba de las bendiciones de la Santa Iglesia. En su estado de deliciosa holganza y hambre persistente, carecía de planes determinados para la salvación de su alma. Devoraba comida excelente y bebía vino del bueno. "No podía ser tan buen teólogo como convidado, y su vino Frangi, que tuve por excelente, argumentaba con tanta fuerza en favor suyo, que hubiérame avergonzado de hacer callar a tan buen huésped." El clérigo puso fin a su largo argumento: "El señor le llama:

(1) Cree P. M. Masson que Rousseau ya había sido "visto", para su conversión, por misioneros católicos.

vaya a Annecy; allí encontrará a una buena señora, muy caritativa, a quien los beneficios que el rey le otorga permiten apartar a otras almas del horror en que ella misma se viera sumida." Alegremente se puso en marcha por el camino a Annecy, provisto de una carta para cierta señora de Warens. Deambuló por viñedos, granjas y castillos, bajo cuyas ventanas se detenía a cantar canciones, "admirables canciones que no hacían asomar a damas ni a doncellas". En dos días llega a Annecy. Era el Domingo de Ramos del año 1728 (21 de marzo). Aunque poco entusiasmado por la entrevista con una agente de la caridad, golpea a la casa de la señora de Warens y se entera de que acababa de salir para la iglesia. Corre en su busca y la alcanza en un pasadizo detrás de su casa junto a un pequeño canal. Ella se vuelve. En lugar de la vieja beata imaginada, se halla frente a una mujer joven, de menos de treinta años, ojos azules, abundante cabellera rubia y rostro "de tez deslumbradora, rebosante de encantos." No bien hubo ella, sonriente, tomado su carta, resuelve Rousseau adherir a una religión predicada por tales celestiales misioneros. Aparta ella la vista de la carta para mirarle con curiosidad. Era él un joven de dieciséis años, pequeño pero bien formado, de piernas bien contorneadas, talante desenvuelto, rostro expresivo, cabellos negros y ojos, aunque pequeños y hundidos, extraordinariamente vivos y luminosos. Esta descripción pertenece al mismo Rousseau, si bien la califica diciendo que nada sabía él entonces del mundo, y que sus maneras eran tímidas y torpes. Podemos creer que poseía en su temprana edad cierta gracia y viveza de espíritu, hechizo por el que tanto se le perdonó, y hasta cierta belleza física, que muchos testificaron.

La señora de Warens, que cumplía misteriosas funciones en la política de Sardinia y de Roma, pensó, en su primer impulso —nos cuenta Rousseau—, enviarlo de vuelta a sus parientes. Pero no se atrevió. "Tan joven, y errante ya por el mundo —díjole en tono acariciador—. Es una verdadera lástima." Después de una pausa, agregó: "Espéreme en mi casa y diga que le den de comer; cuando salga de misa hablaremos."

El joven Rousseau estaba encantado. Durante mucho tiempo tuvo la convicción incurable de que alguna bella dama aristocrática, por una mirada de sus ojos, le ayudaría a alcanzar su estrella.

"Este instante decidió todo mi carácter", dice; y suspira por una balaustrada de oro que señalase el lugar donde por vez primera encontró a su singular benefactora. (La hay).

Durante algunos días permaneció en Annecy como huésped fascinado de la proselitista de cabellos dorados. Pero no estaba solo en la extraña casa de la señora de Warens: había también un matrimonio rústico y muchos desconocidos sospechosos, de los que nunca faltaban en ella. Juan Jacobo contó bien la historia de su vida. Tenía, aún a esa edad, una manera tan vivaz de confesar sus faltas y desventuras que arrancaba lágrimas de compasión.

La tierna simpatía y los sanos consejos con que la señora de Warens le respondió, hiciéronle entregarse al sueño de vivir siempre bajo su amable protección.

Pero, ¿qué hacer con el desamparado muchacho? No había aprendido un oficio; y aunque lo supiera, apenas podía practicarlo en la empobrecida y atrasada Saboya.

No obstante, el camino quedó expedito. Se puso en ejecución una comedia familiar.

Durante el almuerzo, uno de los habitués del lugar, el zafio y tosco Sabrán, salió con una proposición que pareció ocurrírsele de pronto e inconteniblemente. Y era la de que Rousseau fuese enviado a Turín para instruirse en el Hospicio de los Catecúmenos; una vez aceptado por la Santa Madre Iglesia, podría asegurarse, mediante la caridad de aquellas almas piadosas, un puesto conveniente para él. En cuanto a los gastos del viaje, seguramente los costearía el obispo de Annecy. Al parecer, a la señora de Warens le interesó la idea. Después de consultar con el obispo de Bernex, entregó a Rousseau algún dinero y le envió, juntamente con el matrimonio Sabrán, a Turín.

Sometióse Rousseau con facilidad a las órdenes recibidas. Con pequeños obsequios, un poco de ropa y algunas monedas, y después de una afectuosa despedida, volvió nuevamente a tomar el camino abierto, junto a sus dos compañeros, rumbo a Turín, más allá de los Alpes.

Desde un hogar, que no era tal, encaminóse hacia una Italia lejana y desconocida. Pero si bien carecía de hogar, por lo menos no se sentía ya solo. ¿Acaso los agentes de la Iglesia de Roma no le proveerían de buena comida y vinos potables? Además, los modales delicados de la baronesa de Warens habían cautivado al pícaro muchacho. Su voz le hacía "estremecer" el corazón. Su espíritu y su ternura calmaban las crisis y el terror de su rebeldía, que era cuanto él necesitaba por el momento. Se decía que fuese donde fuese, estaría siempre bajo su protección; ella le había dicho que lo observaría, que no lo olvidaría. ¡Menos aún la olvidaría él!

¿Y la familia Rousseau? El tío Gabriel Bernard salió de Ginebra en su busca; llegó hasta el pueblo de Confignon y, al enterarse de que el muchacho había partido para Annecy, sacudió la cabeza y se volvió.

"Dijérase que mis parientes conspiraban con mi sino para entregarme a la suerte que me aguardaba."

Su padre partió a buscarlo, en caballo, de Nyon, con un amigo relojero y algo poeta festivo y filósofo. Deteniéndose muchas veces para beber, ambos persiguieron a Juan Jacobo con la mayor despreocupación. Isaac Rousseau llegó hasta Annecy, se entrevistó con la señora de Warens y derramó algunas lágrimas por su hijo prófugo. Luego, en lugar de proseguir hasta Chambéry, donde seguramente interceptaría al fugitivo, ¡regresó a Suiza!

"Era mi padre... un buen padre —dice Rousseau—. Me amaba tiernamente; pero asimismo amaba sus placeres." En Nyon se había vuelto a casar, y tenía otros intereses; además estaba envejeciendo. En ausencia de los dos hijos, la renta que a éstos correspondía de la herencia materna quedaría para él. Haya o no este pensamiento influído en él de manera directa o inconscientemente, lo cierto es que retardó el paso de su perseguimiento.

"Joven, vigoroso, lleno de salud, de confianza en mí mismo, me hallaba en ese breve pero hermoso período de la vida en que su expansiva plenitud extiende, por decirlo así, nuestro ser por todas nuestras sensaciones y embellece a nuestros ojos la naturaleza entera con el encanto de nuestra existencia." En una primavera alpina el *protégé* y preferido caballero de la baronesa de Warens marchaba impasiblemente. ¡Tan joven y ya por el mundo, cruzando, como Aníbal, las grandes montañas! Hubo muchas y agradables pausas. Saciaba su apetito, que era prodigioso, sin pensar en el mañana. Todos los objetos que veía le anunciaban una felicidad próxima. "Imaginaba festines rústicos, en las casas, en los prados, bulliciosos juegos, baños, pescas en las riberas, sabrosas frutas en los árboles, voluptuosas entrevistas a su sombra, jarros de leche y de nata en las montañas, una agradable holganza, la paz, la sencillez, el placer de ir sin saber a dónde."

Un viaje a pie, a través de Saboya, en plena juventud, lleva fácilmente a un estado arrobado de auto expansión en el seno de una naturaleza soberbia. Las montañas se elevan enhiestas desde las calles de las ciudades de colorido brillante: hileras superpuestas de montañas silenciosas, cubiertas de abetos. La luz es luminosa y cae en todas partes sobre formas encantadoramente accidentales. Solamente desde las mayores alturas no se ve sino una silvestre aridez, que recuerda los eriales del océano nórdico; en los pasos boscosos, por debajo de la línea de nieve, puede recogerse violetas. El tiempo es variable: ora una brisa acariciante, ora una súbita granizada que obliga a huir precipitadamente, resollando, hacia un valle sonriente donde reina otra estación; abundan las flores de lis, la hierba es de un verde tierno y el sol calcina. En estas montañas, calmadas ya la sed y la deliciosa fatiga, nos asalta, en medio del mayor bienestar, la misma disposición de ánimo que hemos heredado de Juan Jacobo, el temor de estar viviendo un sueño excelso y de felicidad física perfecta que pronto habrá de desvanecerse.

No una semana, como permanecimos nosotros, sino tres de esta embriagadora libertad y goce purísimos pasó el joven Rousseau en los Alpes espectaculares, siempre variados y grandiosos.

Llegados a Turín, los tres alegres viajeros fueron de inmediato alojados en el Hospicio del Espíritu Santo. Los sacerdotes —ante cuyas negras sotanas el calvinista Juan Jacobo se estremecía de miedo— recibiéronles con sus estereotipadas sonrisas habituales. Y la gruesa puer-

ta con barras de hierro cerróse detrás de ellos con doble vuelta de llave. En la lobreguez del lugar, sintió Juan Jacobo todo el terror de la enormidad del paso fatal que había dado alegremente.

2

En la autobiografía que Rousseau escribió, valido de sus recuerdos, cuarenta años después, dijo, refiriéndose al castigo recibido en Bossey: "Ya he dado el paso inicial y más doloroso en el cenagoso y sombrío laberinto de mis confesiones." Aun más doloroso debe haber sido para él el relato de su conversión en el Hospicio del Espíritu Santo de Turín, en el año 1728. Pero hemos de distinguir siempre al Rousseau de los diecisiete años, proscripto, sin un céntimo, carente de sentido moral, más en cuanto a las formas de la religión que a sus principios, del Rousseau anciano que describe, mucho después, valiéndose del recuerdo —sin duda con la mayor sinceridad— las agonías de conciencia y todas las gradaciones del remordimiento, del horror y de la posesión de sí mismo que le condujeron a su salvación personal. Más aún: él mismo admite que carecía de cartas y documentos a qué atenerse al narrar estos lejanos hechos, cuyas lagunas llena con lo que "debió haber ocurrido", y que nos da, en síntesis, la "verdad poética".

Los relatos del *Emilio* y los posteriores de *Las Confesiones* se contradicen y prestan a la confusión. Pero los viejos registros, recientemente recuperados, arrojan mucha luz al respecto; nos dan hasta la fecha exacta de la llegada y del bautizo de un tal "Rosso", merced a cuya vívida descripción, conocemos hasta los nombres de sus compañeros conversos [2].

Llegó al monasterio el 12 de abril. Si bien la buena comida que le proporcionó el cura de Pontverre habíale sugerido que "el papismo relacionábase en cierto modo con las diversiones y las golosinas", percibe ahora que ha contraído un compromiso solemne con el que apenas había contado. La oscuridad del Hospicio, la figura repelente de los administradores a quienes fué confiada su conciencia, le deprimían profundamente. Durante mucho tiempo había adquirido en Ginebra "aquella particular aversión de nuestra ciudad hacia el catolicismo, donde lo consideraban como una horrible idolatría y nos pintaban a su clero con los más negros colores." Y hallábase ahora rodeado de los

(2) L. Benedetto y P. M. Masson han publicado el facsimil del registro del Hospital, que aclara esta fase importante y formativa, desfigurada en *Las Confesiones* y mal interpretada por los primeros comentaristas. La rapidez de su conversión: nueve días, elimina toda seriedad o decencia en su media vuelta; nos induce a creer que lo que pasó en Turín careció de sinceridad y que Rousseau se había preparado ya espiritualmente, desde hacía tiempo, en alguna parte de las cercanías de Ginebra, para el acontecimiento. El hecho establecido de que permaneció en el Hospicio, después de la conversión, durante dos meses más, es aún más perjudicial. Se trata de un "cambio", como observa Masson, y no de una conversión substancial. Por lo demás, las descripciones de Rousseau acerca del lugar y de los hechos ocurridos allí, tales como el ritual, tienen visos de verosimilitud y precisión que han sido corroborados por las investigaciones.

"más terribles rufianes", que se decían moros o judíos a fin de ser convertidos ora a una religión, ora a la otra, en España o Italia, Suiza o Alemania. En otro departamento se hallaban las mujeres conversas, traídas a la fuerza, "las más grandes prostitutas y las más repulsivas aventureras"... ¿Pero quién era Juan Jacobo para arrojar la piedra el primero? Muchísimos años después nos dice Rousseau, en una reflexión *a posteriori*, que fuere cual fuere la religión verdadera sabía él que iba a vender la propia y a merced del escarnio de todos los hombres. Narra que, en su angustia, buscó pero sin éxito la manera de huir, lo que le determinó "a resistirse firmemente a fin de ganar tiempo" (*Emilio*). O nos cuenta el acto de "corrupción" contra su persona intentado por un moro, pasado ligeramente por alto por los administradores, quienes le censuraron ¡por protestar! (*Las Confesiones*). Por lo que, después de todo, se dispuso a apresurar su abjuración a fin de escapar lo más pronto posible del degradante lugar...

Pero todo esto, así como el relato de las discusiones teológicas en que se llevaba en parte los honores, está profundamente coloreado por la humillación con que recordaba estas escenas absurdas.

Nos inclinamos a creer que se trataba de una criatura desvalida que sólo de una manera vaga podía darse cuenta de sus pecados.

Todo su comportamiento fué más *automático* de lo que él admite. No había para él otra salida. Aun cuando hubiese deseado regresar a Ginebra, impedíaselo el juramento de no volver más a ella y, todavía más, el cruce dificultoso de las montañas, solo y sin dinero. Fué catequizado, examinado, exhortado. Sometióse. Y abjuró; no en dos meses como él dice, sino en *nueve días*. Después de haber sido juzgado por sus mentores suficientemente instruído y bien dispuesto, le vistieron, según relata, con una toga gris, le sometieron a la ceremonia del bautizo y le realizaron una cuestación. Con el visto bueno del Padre Inquisidor y unas pocas liras en el bolsillo, le despidieron fríamente. Todo el episodio, descripto en *Las Confesiones*, está impregnado en el odio que, en el momento de escribirlas, sentía hacia la Iglesia Romana.

¿Cómo olvidar la repugnante aventura con el moro pederasta "Ruben", vinculada a los días de su conversión?

Este hombre, cuya tez amarillenta, rostro cicatrizado e inflamados ojos horrorizaban a Juan Jacobo, afectó al principio un gran cariño hacia él. "Tomábase cada vez mayores libertades y hacíame las más singulares proposiciones." De pronto hallóse trabado en lucha con él, presa del pánico y profiriendo gritos de terror. Consiguió desasirse, clamó en demanda de auxilio y se quejó en voz alta. Pero los directores de la institución hicieron caso omiso. En verdad, lo increparon a él por promover escándalo en lugar sagrado y le aconsejaron guardar silencio. Un sacerdote le explicó muy cínicamente que "tales cosas acontecían a menudo en el mundo", que hasta a él mismo le habían ocurrido... Y sin la menor dificultad el abyecto "Ruben" fué vestido de blanco, bautizado y recibido en el seno de la Santa Iglesia. Pero

sabemos que a "Ruben", levantino de Aleppo, se le bautizó el 1º de mayo y dejó el hospicio el 8 de mayo de 1728, y que Rousseau permaneció allí, por lo menos, un mes más, a partir de esta fecha, pues habla de una joven judía, de Amsterdam, que llegó y se fué durante su estancia, de "ojos picarescos", con la que sintió deseos de relacionarse. Pero durante dos meses le fué imposible acercarse a ella "tan custodiada estaba por el santo misionero que se esforzaba por convertirla con más celo que inteligencia." (Consta en los viejos registros que una tal Judith Komes, cuya edad y origen responden a la descripción de Rousseau, entró en el Hospicio el 14 de abril y salió el 13 de junio).

Juan Jacobo permaneció allí, después de su bautismo, más de dos meses, insensible a los "horrores" de la institución, recibiendo mayor instrucción y, finalmente, una carta de recomendación, sin la cual difícilmente pudo haber hallado algo que hacer en Turín como protestante recién convertido.

En este período carecía Rousseau de sentido religioso y su conciencia moral apenas se insinuaba. Era su destino poseer ambas cosas en un grado tal de desarrollo que superó al de casi todos sus contemporáneos. Fué cavilando sobre sus "pecados", sobre su vida en Turín, otra vez en la humillación, cómo la conciencia y Dios llegaron a interesarle tan profundamente. Es importante tener presente su falsa conversión cuando le vemos abogar en el *Emilio*, escrito en 1760, por que la religión no se enseñe a los niños, si es que se desea preservar su fe:

> Hace treinta años, en una ciudad italiana, un joven exilado vióse reducido a los últimos extremos de la miseria. Había nacido calvinista, pero a consecuencia de su desvarío se convirtió en un fugitivo... Por el pan cambio de religión. Había en esa ciudad un hospicio para prosélitos... Oyó extraños dogmas; vió costumbres, de las que casi cae víctima, más extrañas aún; quizo huir, pero se le aprisionó; se quejó y fué castigado por sus quejas; sintióse tratado como criminal porque no quiso ceder al crimen... No vió sino viles sirvientes impregnados de infamia que le insultaban, o se complacían del mismo crimen, que se mofaban de su resistencia y le instaban a imitarlos. A no ser por un eclesiástico honesto que llegó al hospicio por ciertos negocios y a quien halló la manera de consultar en secreto, se hubiera perdido para siempre. Este honesto eclesiástico era un pobre vicario saboyano.

Recordaba particularmente la bajeza y degradación del momento. Pero también había hallado amigos que le protegieron y consolaron. El bondadoso clérigo era el abate Gaîme, que se convertiría en el modelo del vicario saboyano del *Emilio*.

3

Liberado del Hospicio, un día de julio de 1728, exploró al azar y tranquilamente la gran ciudad italiana. Con su pequeño equipaje debajo del brazo, admiró los monumentos, vagó por el palacio del rey, escuchó con deleite la ejecución de una espléndida orquesta sinfónica.

Sin saber dónde ir, deambuló despreocupadamente; su vida a la deriva, llegó a ser, en sí misma, una asombrosa novela picaresca.

Al fin de ese bello día, se procuró una cama, al precio de un sueldo, en el cobertizo de una casa de huéspedes a cargo de la esposa de un soldado. Esta, así como sus hijos y sus huéspedes, dormían en la misma pieza. La mujer, que le trataba con cariño, era desgreñada, desordenada y "juraba como un carretero".

Avido de paseos —Rousseau pasea eternamente; llega a ser el más grande caminador de Europa—, erraba y miraba con asombro, sin temer al hambre ni a la indigencia. Poseía en sí mismo grandes recursos; podía reducir sus necesidades al infinito; bastábanle un trozo de pan, un poco de vino y un banco a la caída del crepúsculo. Cuando su última moneda no pudiese cambiarse por otras de menor valor, entonces la providencia o su estrella vendrían en su ayuda.

A través de los cristales de un escaparate, Juan Jacobo contempla un rostro seductor y de súbito se siente locamente enamorado. "Era una morena muy viva." No se trataba de la dama de un castillo sino de la dueña de un negocio. La señora Basile era bondadosa. Hizo pasar al joven hambriento, dióle abundante comida y un lugar para dormir, en tanto que él pretendía retribuirle manejando su buril. Ausente el esposo, un viejo vendedor, que todo lo observaba, vigilaba a la pareja.

La señora Basile era modesta y tímida. Pero fué bajo su influjo que Rousseau gustó por vez primera "el más dulce y más puro de los placeres del amor."

Un día subió ella a su cuarto y Rousseau la siguió apresuradamente. Púsose a bordar junto a la ventana, de espaldas a la puerta. Observaba él con calma su gracia, la blancura de su cuello, su cabellera ornada con flores. De pronto, hincándose de rodillas a la entrada del cuarto, alargó silenciosamente sus brazos hacia ella en un movimiento apasionado, "convencido y seguro de que no podía verme ni mirarme; pero había en la chimenea un espejo que me hizo traición." Ambos permanecieron mudos, casi sin respirar, manteniéndose Rousseau en su embelesada sumisión, que prefería a todo lo demás. Luego volvió ella ligeramente su cabeza y le indicó con la mano la estera que había a sus pies.

"Estaba mudo, inmóvil", dice Rousseau. La agitación, el gozo, la gratitud y ese temor de desagradarla se confundían en su palpitante corazón. En la interesante versión de un fragmento recientemente exhumado dice: "No osaba respirar ni levantar la vista, y en las ocasiones que tuve la temeridad de apoyar mi mano sobre su rodilla, hícelo con tal suavidad que me pareció que ella no la sentía." Pero en la versión definitiva de *Las Confesiones* testa Rousseau lo de la mano en la rodilla. Hay en esta versión más reverencia y más pulcritud en la disposición general. Aunque igualmente confundida, la señora Basile no levantaba los ojos de la labor durante el celestial y furtivo instante. Los pasos de una criada que se acerca interrumpen el arrobamiento.

—Levántate — murmura extendiendo su mano, que en el acto cubre él con precoces y ardientes besos.

Algunas semanas después, prevenido por el cancerbero de su esposa, regresa el celoso marido y Juan Jacobo es ignominiosamente despedido de la casa.

Destinado por su nacimiento a ser un burgués ginebrino, Juan Jacobo, cuyo padre habíale inculcado tantas pasiones republicanas, conoció en Turín la desdichada suerte de los lacayos de librea. Existencia aborrecida y ajena que vivió, primero, en el *hôtel* de la vieja condesa de Vercellis y, después, durante un lapso mayor, en el de la influyente familia Govone. No desempeñó en ellos el rol de "favorito" vagamente soñado para sus talentos juveniles, sino más bien el de un mandadero que pasa inadvertido, siempre atento a la señal y al llamado de los demás, en un ambiente de sórdidas querellas de puertas adentro, entre criados envidiosos.

Tremendas amarguras e indignaciones, tales como pocos otros pensadores de la época conocieron, significaron para Rousseau estos días. *He aquí el insperado fin a que me habían conducido todas mis bellas esperanzas.*

Su primera ama, la señora de Vercellis, era culta y mantenía una copiosa correspondencia en francés, que Rousseau escribía con su mano hábil de grabador. Pero la pobre mujer agonizaba de cáncer. Durante la confusión que siguió a su muerte, Rousseau, influenciado tal vez por los que le rodeaban, birló un pequeño objeto: una cinta rosa y plata, que pronto fué descubierta entre sus cosas. Severamente interrogado en presencia de todos, Juan Jacobo balbuceó, enrojeció y, presa de la vergüenza —como creyó—, acusó a la criada Mariquita de quien dijo haberla recibido.

Pero Mariquita —joven bella y de bondadosa índole— era tenida en muy buen concepto por su acrisolada honradez. La acusación, que dejó a todos perplejos, sorprendió a ella aún más. Juan Jacobo la amaba y pronunció su nombre, *porque estaba ella siempre presente en sus pensamientos.*

"¡Ah, Rousseau, yo había creído que era usted bueno! —dijo ella llorando—. ¡Cuán desdichada me hace! Pero yo no quisiera estar en lugar suyo." Procedió él así, intimidado por sus amos, pero no escapó al remordimiento. Recordó toda su vida a la pobre y calumniada muchacha. Declarar esto en *Las Confesiones* costóle un esfuerzo verdaderamente terrible. Y la visión de la inocente Mariquita, arrojada por su culpa al arroyo, le obsesionaba en sus noches de insomnio [3].

Los meses de indigencia que siguieron fueron los peores del adolescente solitario. Despedido, al igual que Mariquita, vagó por las calles de Turín. Por estos días tuvo la conciencia mórbida de su pasión

(3) "Esta carga ha pesado en mi conciencia hasta hoy y puedo decir que el deseo de librarme de ella ha contribuido, en gran medida, a la resolución de escribir mis *Confesiones*."

física; pero su timidez le apartó de las mujeres, particularmente de las mujeres públicas, que le horrorizaban. También en esta etapa de su vida tiene lugar en él una singular y transitoria manifestación de sus impulsos sexuales perturbados, que se evidencia en su tendencia al exhibicionismo. Frecuenta callejas obscuras, sitios ocultos donde "pudiese mostrarse de lejos a las miradas de las mujeres en el estado en que hubiera deseado verse a su lado." Su locura condujo a un cómico desastre.

Había escogido como teatro de sus operaciones un patio con un pozo, al que las muchachas de la vecindad acudían en busca de agua...

Algunas de las que se sintieron ofendidas dieron la voz de alarma; pronto oyó Juan Jacobo la voz de un hombre que descendía hacia los cuevas; huyó, internándose en un profundo y oscuro escondrijo; pero fué aprehendido por el guardián, un hombretón de sable y bigotes enormes, a quien seguían cinco viejas armadas de palos de escoba. Para salir de este berenjenal, imploró desesperadamente misericordia. Dijo ser "un joven extranjero, de elevada alcurnia, que había perdido la cabeza, y huído de la casa paterna, porque le querían encerrar." Conmovióse el hombretón, y protegiéndolo de las amenazas de las viejas, dejólo en libertad.

Tales extravagancias del atormentado adolescente no nos parecen ya terriblemente perversas y extrañas. Pero amenazaban al desamparado paria con peligros desconocidos e incalculables pesadumbres y demasías. Afortunadamente halló a tiempo un amigo en el joven abate Gaîme, ya mencionado, que era mayordomo, de origen campesino, y actuaba como tutor de los hijos de un noble del lugar.

El abate Gaîme, que cobró al joven Rousseau un gran afecto, fué durante un tiempo su profesor de filosofía. ¿Era en verdad el espíritu seleccionado con que nos los describe en las elocuentes páginas del *Emilio*? Hasta un personaje mediocre puede proporcionar inspirador auxilio cuando tiende su mano a un joven trastornado por la melancolía, agotado por prácticas viciosas, postrado y lloroso en su triste transición. El alma del joven es como un cáliz abierto al bálsamo de las palabras bienhechoras.

Pero Gaîme, que tenía treinta y seis años, era tan paciente y bondadoso como culto.

"En el curso de mis gustos y de mis ideas me había creído siempre demasiado alto o demasiado bajo", dice Rousseau con sutileza. El abate le habló con afabilidad de su carácter y de lo que prometía. Debajo de tanta incertidumbre, de tanto entusiasmo persistente y de las extravagancias sexuales a él confesadas, había entrevisto el espíritu ardiente del joven; y había percibido que era esta persistencia genuina la que había debilitado la fe y la moral del interesante granuja. Como maestro y amigo nutrió la mentalidad del muchacho con buenos libros, de los que hacíale copiar fragmentos. Además, trazó al joven Rousseau "un cuadro exacto de la vida hmana", de la que tenía yo falsas ideas; me hizo ver cómo, en la adversidad, el hombre prudente siem-

pre puede encaminarse a la felicidad... cómo no existe verdadera felicidad sin la virtud y cómo ésta es compatible con todos los estados... finalmente, cómo, si cada uno pudiera leer en el corazón del prójimo, serían mucho más los que desearían bajar que los que anhelaran subir."

Era notablemente tolerante respecto a todas las sectas, y sostiene Rousseau (aunque nos parece improbable) que finalmente le instó a volver a su hogar, pedir perdón a sus familiares y reasumir la religión de sus padres.

Una mañana condujo a su joven discípulo a las alturas de las afueras de Turín denominadas "Il Monte", a cuyo pie corre el río Po. A lo lejos, hacia la izquierda, distinguíase la cadena de los Alpes, en la que sobresalía, todo blanco y rosado en la aurora, el Monte Viso. En este majestuoso sitio, mientras observaba la lenta subida del sol, pronunció el abate Gaime para Juan Jacobo un bello sermón. Fué como si desease dar un alma al perdido muchacho. Predicóle, por vez primera, según declara Rousseau, aquella religión natural, independiente de las autoridades, de los dogmas y de los milagros, y cuyos principios son Dios, la inmortalidad del alma, la caridad en la tierra y la recompensa o el castigo después de la muerte.

Fué la primera enseñanza que prendió en su espíritu, ávido, en sus desvaríos, de las certezas y consuelos de la fe. Las palabras del joven abate causáronle una viva emoción. Desde entonces siempre se "levantará con *élan* y caerán en el desfallecimiento." Pero todos estos decaimientos, que se reiteran hasta la adquisición de un verdadero conocimiento propio, evidencian que el sacerdote —idealizado posteriormente como el oráculo de la "Profesión de Fe" de Rousseau— habíale dejado "un germen de virtud y de religión que jamás se extinguió en su corazón y que para fructificar sólo esperaba los cuidados de una mano más querida."

Nuevamente, en diciembre de 1728, ofreciósele a Rousseau un lugar en el servicio doméstico de una casa, esta vez junto al Conde di Govone, jefe de una familia influyente en el reino. Era todavía un lacayo, pero no pasó aquí inadvertida la inteligencia despierta que su rostro reflejaba. Se convirtió en el secretario y copista del hijo menor del conde, que le protegía e instruía. Con un poco de severidad y previsión, podía, mediante la disciplina, la devoción y el estudio constante del latín y del italiano, llegar a vincularse permanentemente a esta poderosa familia; podía llegar a ser secretario de una embajada.

Entretanto, mientras servía la mesa, la nieta del conde, la señorita de Breglio, cuyo vestido cortesano negro destacaba su cuello, hombros y senos, su bella figura, le había llamado poderosamente la atención. Pronto nuestro incorregible lacayo se sintió enamorado de la orgullosa muchacha, quien, para su desdicha, le ignoraba completamente. Cierto día en que, respondiendo a unas palabras amables que el hermano de ella le había dirigido, hizo un bello discurso, sintióse transportado al recibir una mirada de la joven que al fin pareció admitir su existencia.

Otra tarde, durante una gran comida, prestó oídos a una discusión acerca del lema de la casa que, escrito en francés antiguo, decía: *Tel fiert qui ne tue pas.* Estos piamonteses no podían interpretarlo; entonces el anciano conde di Govone, percatándose de la vivaz mirada de Rousseau, le autorizó a hablar. Explicó éste que la palabra *fiert,* motivo de la discusión, provenía de *ferit,* de modo que el lema quería decir: *Tel frappe qui ne tue pas.* Todos quedaron atónitos. Fué uno de esos momentos "que vuelven las cosas a su orden natural y vengan al mérito de los ultrajes de la fortuna." La señorita de Breglio dirigió a Juan Jacobo una intensa mirada y pidióle que le sirviera agua. Pero al llenar el vaso apoderóse de él tal turbación que derramó el agua sobre el plato y el vestido de la joven...

Allí terminó el romance. No obstante tener una carrera por delante —y haber escrito, indudablemente, orgullosos informes sobre sus progresos a su padre y a la señora de Warens, que se hallaba en Annecy—, todo se convirtió en cenizas, puesto que, al final del largo proceso de aplicación, ningún amante corazón femenino se le ofrecía. Por fortuna, en este período le atraían más las aventuras y vagancias. Una instintiva independencia hízole desprenderse hasta de la más razonable de las cadenas.

"Si a veces he rehusado brillantes perspectivas de fortuna —escribe a su padre dos años después, a los diecinueve años, refiriéndose a su interludio en Turín—, es *porque he preferido una obscura libertad a una brillante servidumbre.*

La llegada de un joven ginebrino, insensato y jovial, dado a las más desenfrenadas travesuras y humoradas, fortaleció su deseo de abandonar la ciudad italiana, cruzar los Alpes y volver a Saboya, al lado de la señora de Warens. Concibieron ambos el plan de ganarse el sustento a lo largo del camino entreteniendo al público mediante una maravillosa fuentecita de Herón que el hijo del conde di Govone había obsequiado a Rousseau. Después de seis meses de servidumbre, y a pesar de los bondadosos consejos para retenerlo, lanzóse nuevamente Juan Jacobo al camino abierto con su amigo Bâcle, fabricante de pelucas.

Era a principios del verano de 1729. "Los montes, los prados, los bosques, los arroyos y los pueblos se sucedían sin fin y sin intervalos con nuevos atractivos." Encaminándose hacia el monte Cénis, pasaron por Modane y Chambéry siempre riendo, realizando, desde la carretera, muchas excursiones.

Después, rota la fuente, que había causado una pobre sensación, y terminado el dinero, decidieron seguir por el camino más directo. Cerca de Annecy, luego de meditarlo bien, resolvió Juan Jacobo separarse de su compañero.

¿Qué secretas seguridades, pensamientos o simpatías le indujeron a confiar en la señora de Warens y a regresar a su umbral? El le había

escrito; ella le tenía por bien colocado. ¿Qué clase de bienvenida le esperaba ahora al llegar con las manos vacías e implorar misericordia a la caritativa y guapa señora?

"Para comprender mi delirio en esa época —dice— sería preciso conocer hasta qué punto es susceptible mi corazón de entusiasmarse con las cosas más insignificantes y cuán locamente se embriaga, por vano que sea muchas veces. Vienen a acariciar mi idea favorita los planes más caprichosos, más infantiles y más locos, presentándome como muy verosímil su realización."

Andrajoso y con los pies llagados llegó a la casa de Annecy, junto al canal del Petit-Thiou, y nuevamente se detuvo en su puerta. Rápidamente el muchacho de diecisiete años, tímido, vagabundo, sensual e imaginativo, leyó en los ojos tranquilos y bondadosos de la señora de Warens y luego, "en un rapto del más grande júbilo, se precipitó a sus plantas y llevó la mano de ella a sus labios."

Lo confesó todo: la historia de su pobreza, de sus humillaciones, de sus aventuras, de su cruce de las montañas, con la elocuencia natural que le caracterizaba cuando se hallaba profundamente conmovido. Al final del relato, la señora de Warens le abrazó maravillada y consultó a su doncella sobre la posibilidad de dar albergue al muchacho. "Yo no me atrevía a respirar durante aquella deliberación", confiesa. Y descubrimos así cómo, en medio de sus transportes, observaba de soslayo los preparativos para alojarlo en la casa.

"Dirán lo que quieran —murmuró la señora—, pero ya que la Providencia me lo devuelve, estoy resuelta a no abandonarle."

CAPÍTULO III

LA SEÑORA DE WARENS

Abandonado por su padre y sus parientes cercanos, era el joven Rousseau un paria, de espíritu amilanado por el castigo y de naturaleza furtiva y amargada por los años de aprendizaje y servidumbre. Había roto con su estrecha ciudad natal; pero no era fácil para él hacer pie en parte alguna de la relativamente rígida sociedad feudal de los comienzos del siglo XVIII. Durante tres o cuatro años semeja un fantasma, un nómada vagando por todos los caminos. No está ligado, apegado a nada; es un objeto remolineando en el espacio y merodeando aquí y acullá, en todos los barrios del mundo y en todos los niveles de la escala humana. Si el paso de sus vagancias se acorta poco a poco y su temperamento se halla cada vez más cerca de un hogar, de un centro magnético, débese ello a la influencia que en él ejerce la señora de Warens. Fué su destino, en verdad, ser rescatado por una sucesión de mujeres extraordinarias. Su encuentro con la señora de Warens fué el más decisivo de su vida, pasada a los pies de las *grandes dames* del siglo XVIII. Dió ella a Juan Jacobo un alma, dijo el historiador Michelet. Y él, a su vez, la inmortalizó. Durante muchos años, más de una década, la naturaleza de Rousseau fué moldeada por las manos afectuosas y fantásticas de la señora de Warens.

¿Quién era la señora de Warens? ¿Misionera? ¿Espía? ¿Devota? ¿Libertina? ¿Intrigante?

Francisca Luisa de la Tour, baronesa de Warens, nació en 1699, en Veval, pequeña ciudad del cantón suizo de Vaud, junto a las playas del Lago de Ginebra. Era hija de un próspero caballero suizo llamado Juan Bautista de La Tour. Muerta su madre siendo ella una niña, envióselа a vivir con sus tías en Basset, ciudad no muy distante de Veval, rodeada por sonrientes colinas y viñedos, y desde donde podía verse el hermoso lago y las montañas. En 1708, colocósela de pupila con el celebrado pietista Francisco Magny, de Veval. Este santo caballero de cabellos canos gozaba de cierta fama de oráculo local. Eran de su agrado el leer constantemente las Escrituras, el cantar salmos y el meditar sobre las verdades eternas. Pertenecía a una fraternidad mística cuyos miembros, colocándose por encima de las sectas, desaprobaban no poco a Lutero, mientras daban menos importancia aún a los católicos.

Remando en el lago, junto a sus jóvenes discípulas, desplegaba sus curiosas doctrinas con tanto ardor y animación que, en ocasiones, daba lugar al escándalo. Los principios de la secta de Magny —algunos de los cuales arraigaron en definitiva profundamente en Rousseau— alentaban cierta independencia por la que, por sobre las formas rituales, se anteponía al sentido individual de la virtud a todo lo demás,

en tanto que el sentimiento de la piedad ocupaba lugar principalísimo en la vida del corazón. De Magny adquirió la joven su indiferencia respecto a las cuestiones motivo de discusión entre las iglesias rivales. El dogma único era la idea del Ser Supremo, de una Providencia todo poderosa, presente por doquier, obscureciendo a todas las otras ideas teológicas... En las cuestiones religiosas sobre las que gustaba discurrir, llegó a ser algo así como una casuista. En otros aspectos, tales como sus conocimientos físico-químicos, desacostumbrados a la sazón en una mujer, su educación era extraordinaria.

Con gran ceremonia local, casóse a los catorce años con el capitán Sebastián Isaac de Loys, después barón de Warens. Antes de su matrimonio, según se ha escrito, y parece poco creíble a su edad, "la señora de Warens acostumbraba deleitar a toda la gente de la vecindad con sus alegres ocurrencias y animadas tertulias. Su casa era el centro de reunión de las mayores y más amables personas. "Juegos rurales, excursiones, música, bailes, con refrescos de fruta, crema, pasteles, se disfrutaban allí con frecuencia." Pero hay noticias de que después de su matrimonio, impelida por sus ambiciones mundanas, llevó una vida más alegre aún. Se movía constantemente; emprendía centenares de proyectos a la vez; gastaba con prodigalidad, distribuyendo su caridad sin retaceos. Como su abuelo, que había ejercido la medicina en Montpellier, componía elixires, bálsamos, tinturas, remedios. Entreteníase con la alquimia. Su viejo mentor Magny, a cuyos oídos habían llegado sus excesos, le escribió amonestaciones. Ella le contestó: "Después de todo me siento muy poco ligada al ambiente material que me rodea. *Hago las cosas con una indiferencia que a veces me sorprende.*"

Cuenta Rousseau que cierto filósofo libertino de Tavel abrumó a la señora de Warens con sus sofismas, y convenciéndola de que la castidad física era indiferente al universo, ¡él mismo la sedujo!

Con el propósito de aumentar sus ingresos y de mejorar su situación económica se inició en los negocios y edificó una fábrica cerca de Vevey. Su socio se convirtió en su amante. Era una de sus máximas atraerse a quienes le servían, vinculándolos a su persona. Pero el negocio no marchaba; el río inundó la fábrica; los charlatanes abusaron de ella; los gastos personales agotaron el capital. Por el verano de 1725, la mayor parte de los 180.000 francos de su propia herencia habían desaparecido.

Emprendió después un viaje de salud a Aix-les-Bains, a través de la frontera, y en su gira por Chambéry y Saboya, cobró gran afecto a este encantador país y a sus gentes, en tanto su pequeño mundo suizo parecióle, a la vez, torpe y precario para ella.

Se vinculó con personas de la Corte de Sardinia. No sabemos qué intrigas se incubaron apelando a su vanidad, qué exagerados temores o pasiones precipitaron sus extraños movimientos. ¿Había ocultado el estado de sus negocios a su esposo, cuyo dinero se hallaba, en cierta

medida, involucrado? ¿Previó, acaso, al escapar de su ruina, un lugar glorioso para sí obtenido al precio de un audaz golpe de jugador?

En julio de 1726, se separó afectuosamente de su esposo rumbo a los baños de Evian, ubicados en territorio saboyano, al otro lado del Lago de Ginebra.

"Era una perfecta actriz" — exclamaba después el señor de Warens, casi con admiración.

Su llegada a Evian-les-Bains coincidió con la del Rey Víctor Amadeo II y de su Corte, entre quienes estaba el venerable Monseigneur de Bernex, obispo de Annecy.

Presa de su propio drama penetró en la iglesia durante la misa, cuando el rey y su séquito se hallaban allí. Agarrándose de la toga del obispo, se arrojó a sus pies, sollozando, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. *In manus tuas, domine, comendo spiritum meum!*

El obispo, atónito, le ordenó que se levantase y habló seriamente un instante con ella. Terminada la misa, y después de escucharla, el viejo y piadoso cruzado se sintió profundamente conmovido. Era una victoria sobre las seducciones del mundo, un milagro para la Santa Madre Iglesia (!). El ejemplo de esta noble señora provocaría una gran sensación y arrastraría a muchos nuevos prosélitos de las tierras protestantes. Corrió Bernex a informar al Rey, quien concedió una audiencia a la señora de Warens.

Según relató ella posteriormente a Rousseau, el Rey de Sardinia se sintió visiblemente afectado por su belleza. ¿Anhelaba ser otra favorita, otra Marchesa di Spigno? Teatralmente arrodillada ante el ferviente príncipe católico, le habló de la luz que la había iluminado y le previno que todos los suizos de Vevey hallábanse en armas y podían en cualquier momento cruzar el lago, incendiar a Evian y rescatarla por la fuerza. Destacando su inmenso sacrificio, imploró su protección y pan.

—Te concedo la una y no te faltará lo otro — le había respondido Víctor Amadeo.

Guardias reales custodiaban su alojamiento. A fin de evitar inconvenientes, y quizás el escándalo, envióla el Rey, al día siguiente, en su propia litera, a Annecy, donde le ordenó permanecer a cargo del obispo. Sin embargo, su verdadero estado pronto fué conocido por el gobierno de Vaud. No podía llegar a ser monja porque era casada... Pero podía ser un agente útil en misiones secretas o semidiplomáticas. Se la instruyó para vivir modestamente en Annecy, donde debía cumplir una misión extraoficial: la de interceptar a los conversos de allende la frontera y enviarlos a Turín. Desde entonces, su casa estuvo llena de gentuza, intrigantes, espías, vagabundos. El Rey le acordó una pensión de mil quinientas libras.

Las esperanzas de la señora de Warens de llegar a una brillante posición como dama de servicio en la Corte de Turín o de Chambery, se desvanecieron. Había jugado y perdido. Aparentemente se resignó como pudo a su dudosa suerte, mientras proyectaba, con su habitual

desasosiego, mejorarla mediante algún golpe sensacional ulterior. Poco después de estos acontecimientos, su valet, que la había servido desde hacía mucho tiempo, dejó Suiza para volver a unirse a su patrona en Annecy.

2

Cuando Juan Jacobo volvió a hallarla, en Annecy, hacía dos años que vivía con aires de extrema piedad, en una casa vieja, donde, si bien había poco lujo, se servía una comida decorosa y abundante. Su servidumbre se componía de una linda doncella suiza, llamada Merceret, una cocinera, dos ocasionales conductores de alquiler para la silla de manos, y el valet Claudio Anet, vinculado a su familia desde la infancia, y que ahora desempeñaba el doble rol de administrador sobrio y leal y secreto amante. Como una obligación más fué Juan Jacobo adoptado temporalmente en esta casa, siempre alborotada y en deuda. Al fin conoció él el gozo de las buenas comidas. Desde que su huéspeda tenía poco apetito, comía él por tres —como dice—, y una sensación de bienestar le invadía.

Conoció también la indulgencia y la simpatía maternales, que muy raramente había hallado. Al principio, la señora de Warens inspiróle sentimientos de "serenidad, seguridad y la paz de su corazón". (Por esta razón, ha dicho él, no pudo en realidad haber estado enamorado de ella.)

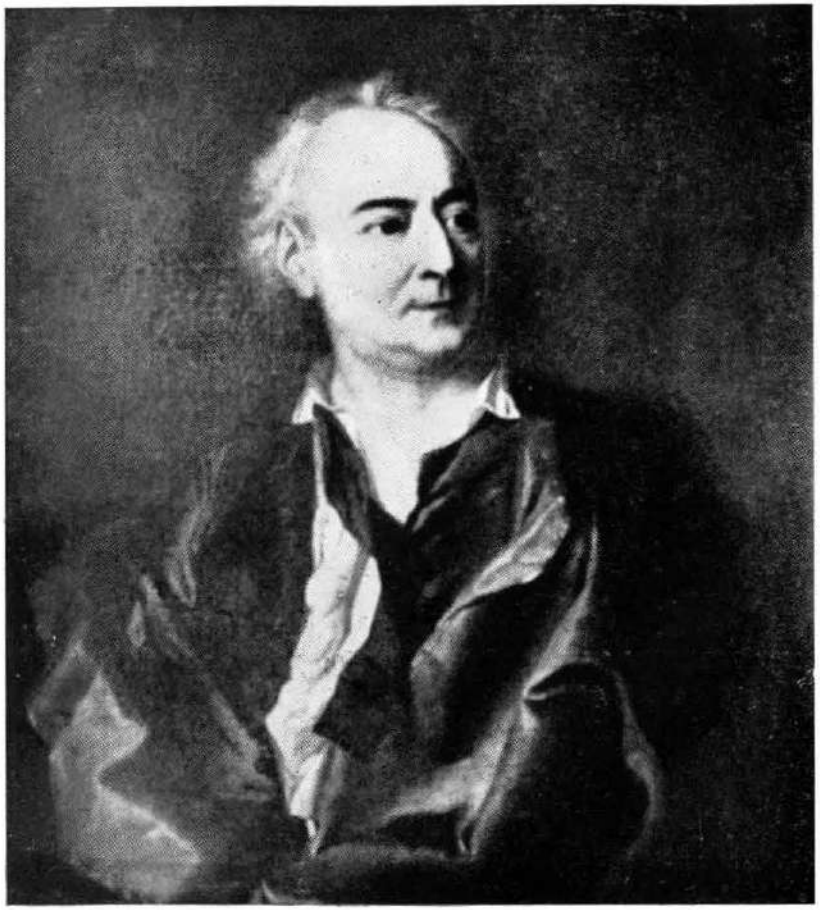
Llamábalo ella *petit*, y él *maman*. Sus relaciones fueron las de madre e hijo. Sus sentimientos hacia ella no eran otros que los filiales. Esta relación de madre a hijo coloreó el largo afecto mutuo. Singular apego, en quienes algunos han advertido las posibilidades de una conexión masoquística inconsciente. El la adoraba y, en sus primeros meses, no se separaba de ella. Penetraba en su cuarto, anheloso de los *tête-à-tête*, hasta de los intervalos silenciosos, cuando meditaba ella sobre sus planes y problemas, y podía contemplar su figura, más bien rolliza y suelta, su pecho abultado —era además un poco baja—, sus bellos ojos, su abundante cabellera rubia. Cuando atendía a otros, presa de pequeños arranques de celos infantiles, maldecía en voz alta. Besaba furtivamente la almohada sobre la que ella había dormido, ¡la silla donde se había sentado! De esta manera totalmente afeminada, singularísima en él, se enredaba en el corazón de la señora de Warens.

Podemos creer que, en este período, no sintió pasión física por ella. Había vuelto de Italia no como había ido. Como lo confiesa explícitamente, regresó "virgen aunque no ya inocente". Era un joven de sangre ardiente y delirios pasionales. En su perplejidad había aprendido "esa peligrosa substitución que burla a la naturaleza... a expensas de la salud, la robustez y a veces de la vida."

Amaba a la señora Warens, su *maman*, con la imaginación, y acostumbraba, antes de acostarse, a rodearse de objetos que recordaban a la persona querida. Eran tan suaves los sentimientos que ella le

MADAME DE WARENS *Pintor desconocido*

Se presume que es un retrato antiguamente en posesión del Obispo de Bernex, y que data de 1727.



DENIS DIDEROT *Van Loo*

inspiraba y despertábanle tan inexplicables estados de ánimo y fantasías que no se atrevía a moverse o a declararse a ella, a ¡estar a solas con otra mujer!

El buen humor y la alegría imperaban en la casa de la amable baronesa. El bondadoso padre Gross, por ejemplo, superior del seminario lazarista, la visitaba a menudo y era su pecado delicioso atar el corsé de la señora de Warens. Cuando se movía ella alegremente de uno a otro lado del cuarto, seguíala arrebolado, exclamando: "¡Oh, por favor, quédese quieta un momento, señora, se lo ruego!"

Ocupaba a Juan Jacobo en la copia de notas comerciales, la transcripción de memorias, la clasificación de yerbas, la pulverización de drogas y la destilación de pociones en alambiques. Le proporcionaba libros para leer: *El Espectador* de Puffendorf, *La Henriada* de Voltaire, y, sobre todo, el genialmente excéptico *Diccionario* de Bayle, el cual, a pesar de su profesado catolicismo, leía ella continuamente con placer. Y todo esto mientras infinidad de mendigos o vagos llegaban y se iban de la casa. El le leía a ella y ella, moralizando, pontificando a su manera positiva, procuraba esclarecer la mente y la conciencia del muchacho.

Con su adhesión a la Iglesia de Roma, obtuvo Juan Jacobo protectores que no sólo se preocupaban por nutrir su mente y su espíritu inmortal sino también por ponerlo en condiciones de ganarse el propio sustento. Se consultó al obispo, así como a cierto astuto caballero del círculo de la señora de Warens, un expatriado suizo llamado Paul d' Aubonne quien, después de examinar al joven, expresó que, no obstante la vivacidad de su rostro, nada prometía en cuanto a inteligencia y capacidad. La más elevada función a la que podía aspirar, declaró este juez, era la de un cura de aldea. Cuenta el pobre Juan Jacobo que en tales emergencias o pruebas pasaba siempre por un estúpido, porque las palabras le afluían lentamente, los sentimientos o la vergüenza le inhibían, y las ideas, en el apuro, se contrarrestaban entre sí. El sentimiento, que llenaba su alma más rápidamente que la luz, le encandilaba, le abrasaba, sin iluminarlo.

A principios del otoño de 1729 entró Rousseau al seminario lazarista local que presidía el mismo padre Gross que se deleitaba atando los corsés a las damas. Se resignó más fácilmente a la nueva religión y a la nueva carrera, pero su naturaleza impaciente e indisciplinada, que por sobre todas las cosas anhelaba, después de haber gustado el consuelo de la ternura, la diversión, halló ahora insípidos sus estudios y oscurecida la luz de sus días. Un fraile repugnante con cara de sátiro viejo hízole detestar el latín, y el padre superior envióle otro instructor, un joven llamado Gâtier. Rousseau se encariñó con este agradable y encantador abate, que tenía un "corazón sensible" y era paciente y amable. (Al componer el retrato del *Vicario Saboyano* también tuvo presente la personalidad de este tolerante y culto sacerdote).

El joven seminarista adelantaba poco en su estudio, especialmente después de la partida del abate Gâtier, y se llevó consigo, para consolarse, un libro de música que le había regalado su patrona. Como ya le había ella enseñado a cantar y a tocar un poco el clavicordio, esta nueva ocupación le deleitaba más que todas las demás.

Los monjes franciscanos y los jesuitas que frecuentaban la casa de la señora de Warens y le trataban con dulzura, habían inculcado una conmovedora fe al nuevo converso de diecisiete años, hasta el punto de hacerle creer, aunque transitoriamente, en los hechos sobrenaturales. Los domingos, en que quedaba libre, corría Rousseau a ver a su *maman*, quien le llamaba *petit chat*. Cierto día, se produjo un incendio en el vecino Convento de los Cordeliers, cuyas llamas amenazaron la casa de su benefactora. Todos contribuían a sacar el mobiliario. El anciano obispo de Bernex, que se hallaba presente, se encaminó de pronto hacia el jardín, donde se arrodilló y comenzó a orar, actitud que los demás imitaron. Al instante cambió la dirección del viento, ¡y la casa se salvó! Un milagro... Algunos años después, los amigos del virtuoso obispo, que preparaban su biografía, se dieron en reunir los testimonios del milagro, y Rousseau, que había presenciado el hecho, suscribió un certificado por el que juraba lo que había visto.

Su devoción era entonces sincera, pero, después de unos meses de prueba, fué despedido del seminario y regresó a la casa de la señora de Warens con un informe desfavorable. Aunque francamente era Juan Jacobo una pesada carga, no desesperaba ella de él fácilmente. Puesto que insistía en su pasión por la música, arreglóselas para que, en lugar del latín, aprendiese las escalas.

Al efecto, habló a cierto Nicoloz, llamado Le Maître, organista de la catedral de Annecy. Colocó a Juan Jacobo de pensionista con este viejo y alegre músico que amaba grandemente su arte y, aún más, su copa de vino. Su casa distaba poco de la de *maman*, por lo que Rousseau podía verla en cualquier momento. Su vida era una plenitud de canciones: coros, pequeñas sinfonías, voces infantiles y arias antiguas ejecutadas en violines acariciaban siempre sus oídos. Fué Rousseau muy feliz en sus estudios durante estos meses invernales, si bien la disciplina y la regularidad del trabajo, en este período, terminaban siempre por desalentarlo.

Fué una de las fases de su juventud que pudo recordar siempre con más nitidez. Recordaba la temperatura de la atmósfera, los olores, los colores; nunca olvidó cierta aria ejecutada un domingo de adviento, antes del alba, en las gradas de la catedral, que, envolviéndole desde cierta distancia, le despertó de su sueño. La llegada a su pequeño círculo de un músico charlatán que se llamaba Venture de Villeneuve, un bribón que deslumbraba a todo el mundo con su estro, bastó para que Juan Jacobo, imitando al sujeto original, cometiera varias locuras. Además, su maestro, que trabajaba mucho, también bebía mucho, y tropezó con dificultades en la catedral, donde era maestro de coro.

Cierto día, enfurecido por una nimiedad, resolvió irse de Annecy y dejar plantados a sus clericales amos para los servicios de Pascuas.

La señora de Warens, que gozaba de la confianza de Le Maître, no pudo disuadirlo y solícitamente, al parecer, ordenó a Juan Jacobo a acompañar a su maestro de música hasta Lyon y a servirlo en todo lo posible. En la obscuridad, ella y Claudio Anet les ayudaron a empaquetar y sacar una gran caja de música, para cuyo transporte habían de alquilar un asno en el pueblo vecino. Hubo una notable precipitación en estas medidas y en el apuro con que Juan Jacobo fué empujado junto a su maestro.

Con la celebración de las Pascuas, y la primavera, volvía a reinar en la carretera el alborozo familiar. Marchaba Rousseau alegremente con su avinado amigo. Hicieron muchos altos en el camino para ejecutar música con los maestros locales. Llegados a Lyon se detuvieron en la taberna de Nuestra Señora de la Piedad, de la calle Sirène. Aquí su naturaleza poética y semisalvaje, a la que los verdes jardines contemplados en Annecy desde una ventana, el sonido de las campanas y la música lejana, habían embelesado, cometió otro de los crímenes que le harían cavilar mucho después.

En una de las calles de Lyons, Le Maître fué acometido por uno de sus frecuentes ataques de *delirium tremens*. Asustado Rousseau, que veía cómo su maestro se retorcía en un charco de la calzada, pidió socorro a los transeúntes, a quienes informó dónde aquél se alojaba. Luego, en medio de la excitación general, y presa del pánico, huyó.

No podía pensar en nada —declaraba—, excepto en regresar al lado de la señora de Warens; en nada que no fuese el temor de perderla (!). "La ternura y la verdad de mi cariño hacia ella habían desarraigado de mi alma todos los proyectos imaginarios, todos los delirios de la ambición. No veía ya otra felicidad que la de vivir a su lado."

Marchaba tan rápida y distraídamente que poco reparó en lo que atrás dejaba. Al llegar a Annecy se enteró de que la señora de Warens había partido, hacía unos días, para París. Nadie sabía por qué, ni por cuánto tiempo. Excepto la criada, que había quedado para cuidarla, la casa estaba vacía.

3

"Llego y no la encuentro. ¡Figúrese mi sorpresa y mi dolor!", dice en *Las Confesiones*.

Durante algunos días rondó desconsoladamente por Annecy, lo bastante como para que le ocurriese una aventura, más deliciosa que las muchas que le siguieron y cuyas beatíficas notas perduraron serenamente en su alma por sobre la multitud de sus recuerdos.

A la aurora de una mañana de julio, Juan Jacobo se levantó y, después de vestirse precipitadamente, se lanzó al campo para presen-

ciar la salida del sol. Un suave verdor cubría toda la tierra; los ruiseñores gorjeaban para él y todos los pájaros cantaban al unísono como despidiendo a la primavera y dando la bienvenida a un hermoso día de verano, idilio que Juan Jacobo ha inmortalizado merced a la singular lozanía de su exquisita sensibilidad para tales cosas.

"Habíame alejado insensiblemente de la ciudad; el calor aumentaba y yo marchaba por la sombra de un valle a lo largo de un riachuelo." Era el Mélèse, un murmurante riachuelo pequeño que afluye al río Fier. De pronto oyó pisadas de caballos que se aproximaban y, luego, voces que le llamaban por su nombre. Volvióse y vió a dos muchachas a caballo: la señorita de Graffenried y la de Galley, a quienes había conocido en Annecy. La señorita de Graffenried era una nueva conversa de Berna, tenía diecisiete años y vivía, como compañera, en casa de la señorita de Galley. Se dirigían a Toune, esa mañana, a pasar el día en el viejo Castillo de la Tour, perteneciente a la familia Galley. La dificultad en que se hallaban consistía en su impericia para cruzar con sus cabalgaduras la corriente. Metióse Rousseau en el riacho, cogió a ambos caballos por las bridas y los cruzó. Saludó después a las jóvenes e iba a despedirse, cuando, cambiadas entre ellas unas palabras por lo bajo, dijo la señorita de Graffenried:

—¡Oh, no, no, no nos abandone así! Se ha mojado por nuestra causa. Estamos obligadas a facilitarle un medio para que se seque. Venga con nosotras, por favor; está usted arrestado.

—Sí, sí —exclamó la señorita de Galley, riendo de su azoramiento—, suba a la grupa de ese caballo. Usted es nuestro prisionero de guerra.

Con el corazón latiendo salvajemente, montó Rousseau detrás de la señorita de Graffenried y, para sostenerse, se abrazó a su delicada cintura. Riendo y charlando incesantemente, llegaron por fin al "castillo", que no era sino una vieja casa insignificante.

Mientras preparaban el almuerzo se percataron de que no había vino en el pobre y apartado valle. Pero no era necesario para embriagarse, aseguró el galán a las damas.

Comieron en la cocina de la granja, en una mesa larga; Rousseau sentado en un escabel de tres pies y las dos muchachas en sendos bancos, una a cada lado de él. Para Rousseau este almuerzo tuvo un encanto rústico y una alegría tales como jamás pudo hallar en las grandes mansiones de París (!). En verdad, ¡cuán raramente se nos presentan días de tan "simple, inocente, verdadero" placer!

En el huerto, bajo los cerezos, cuyos frutos iban a servirles de postre, bebieron el delicioso café mezclado con crema pura, preparado por Rousseau en un fuego al aire libre.

Desde uno de esos árboles, al que había trepado, arrojaba Juan Jacobo manojos de cerezas a sus encantadoras compañeras. Hubo un momento en que la señorita de Galley, avanzando el delantal e inclinando hacia atrás la cabeza, presentaba tan hermoso objetivo que, con gran puntería, dejó él caer un racimo de rojas cerezas en su seno.

—Lástima que mis labios no sean también cerezas, que de buena gana se los echaría de igual modo.

Por la tarde los tres amigos, que juntos habían retozado durante doce horas, y entre quienes "reinaba tan tierna unión" como si se conociesen de siglos, se dispusieron a emprender el regreso al pueblo.

El dulce recuerdo de aquella arrobadora jornada "nada costó a aquellas niñas." En separadas ocasiones, mientras jugaba en el huerto, sólo había besado las manos de ellas. Pero el sentimiento que les unía, el afecto sin rubor ni misterio, era superior a los otros placeres, a cuyo logro las costumbres del siglo XVIII permitían los procedimientos más directos. Habrá quienes rían de estas aventuras galantes que terminaban sólo con el beso en la mano de una dama, pero sostiene Rousseau que ha gozado él mucho más que quienes empezaban audazmente por donde él terminaba. "En cuanto a mí —dice en *Las Confesiones*— el recuerdo de ese día tan hermoso me conmueve más y se despierta más frecuentemente en mi espíritu que el de cualesquiera otros placeres que haya gozado en la vida."

Su literatura estaba destinada a revivir los fatigados gustos del siglo con un nuevo estremecimiento: *la voluptuosidad de las costumbres inocentes.*

Aunque Juan Jacobo procuró verlas nuevamente, y no podía olvidar a la señorita de Graffenried, no volvieron a encontrarse jamás.

Abandonado por la señora de Warens, interrumpió sus estudios musicales y consiguió un mísero alojamiento en la casa de un zapatero remendón. De no ser el preferido de las criadas y sirvientas de la vecindad, habría perecido de inanición. Siempre las mujeres preservaban a Juan Jacobo, querube de sirvientas y duquesas, que se entretenían con él, siempre inocentemente. La señorita Merceret, por ejemplo, la linda criada a quien *maman* había dejado al cuidado de su casa, y su amiga, la costurera Giraud, le adoraban e importunaban despiadadamente, pero no se acordaban de alimentarlo con igual fervor. En ocasiones, si bien no frecuentes, quiso él rebelarse. Acusa a la señorita Giraud, la costurera, de cuarentona: "Su hocico negro y seco olía a tabaco y me enfermaba" (Rousseau es en esto demasiado cruel. Según los registros contaba ella entonces apenas veintiocho años.) La pequeña Merceret le agradaba más. No teniendo noticias de su ama desde hacía dos meses, la señorita Merceret decidió volver a casa de su padre, que residía en Friburgo, Suiza, e invitó a Juan Jacobo, con motivos nada difíciles de comprender, a que la acompañase y protegiese durante el viaje...

Como nada lo detiene ahora —a la señora de Warens como si la hubiese tragado la tierra—, vuelve a despertarse en él, a principios del verano de 1730, su hábito de la vagancia fantástica y de la aventura, y pierde así durante casi dos años el hilo del orden que casi tenía en las manos. Nuevas aventuras y prodigiosos movimientos que tienen el azaroso carácter de una vida que ha perdido su equilibrio, su centro magnético. Vive por el momento sin introspección o sorpresa. Inter-

valos de fortuna alternan con el desastre y la pobreza desnuda. Reflexiona apenas; soporta estólidamente los golpes del destino, la lluvia, el viento y el frío, como las bestias del campo. Esta es ahora su única educación. No es más que un proscripto de la sociedad con planes para abrirse camino en ella, vagos e intermitentes; es uno de los primeros bohemios, "hijo libre de la naturaleza". Sueña, siente y, lo que es más sorprendente, sobrevive a las estaciones de 1730 y 1731 (1).

Si bien conserva él sólo un recuerdo confuso de estas extravagantes andanzas por Francia y Suiza (puesto que la mente tiende a olvidar los padecimientos sufridos), sus efectos son profundos.

Dada la enorme facultad de auto-contemplación, que florecía en él lentamente, los años de vagancias le fueron formando como no lo hicieron los seminarios y los libros con todos sus contemporáneos; años que contribuyeron definitivamente a la formación de una naturaleza original, independiente, (tan rara entre los filósofos de la época), familiarizada con todos los extremos de la vida.

Refiriéndose a este período, expresó Rousseau que carecía de testimonios en forma de notas o cartas a que atenerse. Su relato del mismo, en líneas generales, es sorprendente. Los documentos recobrados recientemente permiten seguir los pasos de sus andanzas y evocar los perfiles, la significación, el encanto mudable de estos años de hambre.

Carente de dinero, aceptó sin mayores escrúpulos la obsequiosidad de la criada Merceret. Poco importaba ello en tanto se hallara nuevamente en los caminos abiertos, rumbo hacia el Lago de Ginebra, pasando por Nyon, donde, una vez más, podría ver a su padre.

Los jóvenes caminantes se alojaban juntos a lo largo del camino, pero la "simplicidad" de Juan Jacobo era tal... que la criada se disgustaba y enfriaba cada vez más. Y así fríamente y con algunas pocas lágrimas se separaron en Friburgo.

Una vez más, siguiendo su propia estrella de libertad, tomó por uno de los recodos del camino. Merceret habría deseado gozar un poco con él, y presentarlo luego a su padre como novio, con miras al matrimonio. Pudo Rousseau haber seguido la profesión del padre de Merceret y vivido la humilde vida de un músico en Suiza. Pero se evadió de todo esto.

Sin un céntimo y arrepentido se presentó en Nyon a su padre. En este punto debemos apartarnos un poco de su relato referente a la entrevista con su padre y su madrastra, de la "cordial bienvenida" que le dieron y de las "lágrimas afectuosas" derramadas en brazos de Isaac Rousseau.

La verdad es que nada hicieron por retenerlo, y que todas sus tentativas en procura de ayuda para sus planes fracasaron. ¡Ni siquiera le invitaron a quedarse a cenar! Sospechamos una amarga discusión; Isaac Rousseau debió haber regañado a su apóstata hijo por su traición

(1) Al trazar los movimientos de Rousseau durante este oscuro período, he seguido la cronología de L. J. Courtois, publicada en los *Annales de la Société J. J. Rousseau*, Vol. XV, 1923, Ginebra.

y por sus locuras; debió haberlo censurado duramente por su deserción de sus benefactores y su conversión al catolicismo. Sean cuales fueren los motivos —vanidad o ingenuidad— que tuvo Rousseau después de exaltar la memoria de su endurecido padre, hay razones para creer que el encuentro, después de una ausencia de dos años, terminó con estas terribles palabras: *Ya no eres mi hijo.*

Cerrada la puerta, siguió penosamente su camino, con algunos rodeos, hacia la ciudad de Lausana, a fin de consolarse "regalando sus ojos con el hermoso lago que allí se ve en toda su extensión". Por aquel entonces, dos siglos atrás, nadie prestaba atención a las bellezas naturales de Suiza, que estaban al alcance de todos los ojos. En cuanto al hambre, eran los mesoneros confiados y hospitalarios en aquellos días anteriores a la gran invasión de turistas, de los cuales el desarrapado vagabundo fué predecesor y la más directa causa.

Gastados los últimos céntimos recordó las "vivezas" de su amigo Venture de Villeneuve, el charlatán que vivía del ingenio. El joven Rousseau asumió entonces un aire de esplendidez que hacía abrir la boca a la gente rústica y se anunciaba como "Vausore de Villeneuve", maestro de música parisiense venido un poco a menos por el momento.

"Habíame convertido en maestro de canto —exclama— sin saber música, me jactaba delante de todo el mundo y me las daba de compositor." Presentado a un burgués local amante de la música, y que daba conciertos en su casa, púsose a trabajar con gusto en la composición de una pieza para él. Dos semanas después el pequeño compositor, dirigía su música con la mayor gravedad. Pero jamás una cacofonía tal, desde los comienzos de la música, había martirizado los oídos humanos. Tanto el auditorio como los ejecutantes rieron hasta las lágrimas. "¡Qué música de los diablos! ¡Qué demonio de algazara!"

No obstante, las gentes de Lausana fueron bondadosas con él durante un tiempo, y le recomendaron algunos alumnos. ¿Por qué hallaba, en su juventud, gentes tan buenas?, se preguntaría más tarde. Porque eran "gentes del pueblo en quienes la voz de la naturaleza se hace escuchar más a menudo".

En sus ratos de ocio emprendía largos y solitarios paseos. Así, llega un día a Vevey, donde había nacido la señora de Warens, y permanece allí dos días. Ronda por la encantadora pequeña ciudad y contempla desde sus playas, lleno de emoción, el lago, las montañas majestuosas y el cielo límpido. Su alma es arrebata por ese embeleso, entonces tan personal en él, de anhelos y aspiraciones con los que va a llenar el universo entero; y frustrado, halla alivio en la melancolía, y ¡derrama copiosas lágrimas que humedecen toda su vestidura!

¿Dónde, por Dios, hállase su amada señora de Warens? ¿No sabía que él vagaba por el mundo en la indigencia? ¿Por qué no daba señales de vida? ¿Acaso le había olvidado? Se negaba a creerlo. Había oído ciertos rumores referentes a ella, pero no se atrevía a inquirir más por temor de que resultaran ciertos.

Sus lecciones de música no prosperaron en Lausana y, en octubre de 1730, se mudó a la ciudad vecina de Neuchâtel, donde, con renovadas esperanzas, ofreció sus dudosos servicios.

A fuerza de enseñar, aprendió él mismo algo de música y, lo que es más, se las arregló para pasar el invierno de 1730-1731 sin perecer de frío.

Este vagar de uno a otro pueblo, llevando a las peores tabernas como fianza su mísero equipaje, era una existencia precaria. Suspiraba por la señora de Warens e imploraba constantemente misericordia en cartas que no eran contestadas. Las apelaciones en igual sentido a su padre, sólo conmovían a las piedras.

Deambulando, como era costumbre, a lo largo de las orillas del Lago de Neuchâtel, se introdujo cierto día, a principios de la primavera de 1731, en un mesón, donde se topó con una brillante aventura, la cual, esperanzada y cómicamente, le sacó a flote por un tiempo y reveló a su indisciplinada naturaleza nuevos y más promisorios recursos. La fortuna le sonrió en la persona de un sujeto de barba tostada, que usaba la falda púrpura y el bonete de un prelado griego y se refrescaba en el mesón. Era extranjero y tenía dificultad en expresarse. Rousseau, que hablándole en alta voz en italiano se hacía entender, fué adoptado como intérprete utilísimo.

El extranjero, de porte noble y bien puesto, explicóle que era un eclesiástico griego, "un archimandrita de Jerusalén", y estaba autorizado para hacer cuestaciones de dinero por toda Europa, destinadas al restablecimiento del Santo Sepulcro y a la ayuda de los cristianos pobres de Palestina.

Llamábase padre Atanasio Pablo, de la Orden de San Pedro y San Pablo, de Jerusalén, y llevaba consigo documentos, certificados, pasaportes de la zarina, del emperador, etcétera... Previas algunas conversaciones, el errante maestro de música de diecinueve años consintió alegremente en abandonar su profesión y convertirse en secretario del "prelado", una carrera que prometía gloria, aventuras, viajes incesantes y que, finalmente, le conduciría a la fabulosa Tierra Santa. "Sin garantía, sin ninguna seguridad de mi conocimiento, me entregué en sus manos, y desde el día siguiente vime en camino de Jerusalén" (!).

Los archivos de la Suiza francesa, por donde Rousseau vagó tanto tiempo, contienen precisas referencias sobre los movimientos de la extraña pareja. Estuvieron primeramente en Friburgo, donde se les dió una cálida acogida, y obtuvieron del ayuntamiento donaciones y alojamiento gratis por un mes, el 16 de abril de 1731. Cuatro días después toda esta caridad fué revocada y ambos agentes fueron despedidos a puntapiés de la ciudad. En Berna, ciudad mucho más importante, tropezaron con mayores dificultades. El joven secretario se vió obligado a pronunciar ante el Senado de Berna un discurso público, el primero y último de su vida, que resultó eficaz. En los archivos del Senado existe una orden de 10 coronas del Tesoro a beneficio del padre Atanasio Pablo, fechada el 25 de abril de 1731. Por aquellos días, Rousseau se alimentaba espléndidamente; su escuálida figura se rellenaba... En la vieja ciudad de Soleure recibióselos al principio con apropiada dignidad. Pero el embajador de Francia ante los cuerpos helvéticos, señor de Bonac, cayó de súbito sobre ellos. No sólo estaba al corriente de todo lo relacionado con la Tierra Santa y las jóvenes levantinas, en virtud de su larga residencia en Constantinopla, sino que también sabía distinguir al primer golpe de vista a un parisiense. El "prelado" fué arrestado y conducido a la cárcel; al joven Rousseau, que pasaba por parisiense, se le interrogó y, debido a su extrema juventud, tratóselo con mayor lenidad. ¡Jerusalén perdida!

El señor de Bonac, un francés talentoso y culto al parecer, halló conmovedores y divertidos a la vez los desastres del joven. Y le proporcionó, momentáneamente, una habitación en la casa de la embajada, diciéndole que en ese mismo cuarto había vivido "un Rousseau grande". (El viejo poeta Juan Bautista Rousseau). Y de este modo, el Rousseau más pequeño, a fin de no ser eclipsado, animóse a escribir una oda a la señora de Bonac, su huéspeda.

Con muchas excusas y el ejercicio de cierto picaresco encanto se aseguró un tratamiento gentil, eludió la prisión y hasta conquistó la protección de sus acusadores.

Pronto regresó a la vecina ciudad de Neuchâtel, donde nuevamente ensayó sus improductivas lecciones de música. Pero su espantosa necesidad, su hambre, le hicieron levantar una alarma general: escribió a todos aquellos de quienes se acordaba, particularmente al anciano obispo de Bernex, en Annecy, en procura de un "certificado de buena conducta", a fin de presentarlo a los esposos de Bonac, que le habían prometido ayudarle.

Nuevamente debemos apartarnos del relato de *Las Confesiones*, confuso e ingenuo en este punto. Hay una primera carta auténtica de Rousseau, escrita en Neuchâtel a fines de la primavera de 1731, a la edad de diecinueve años, que revela su patético empeño y arroja plena luz sobre el joven vagabundo en este período. Notamos que fué virtualmente desoído por la infinitamente paciente señora de Warens y que sus súplicas quedaron sin contestación.

Escribe él, probablemente a fines de mayo de 1731, a la señorita Giraud, refiriéndose a su "desgracia ante los ojos de la señora de Warens". (¿No había, acaso, abandonado al pobre músico Le Maître en Lyon tan atolondradamente que hizo perder al pobre borracho su caja de música, de la que dependía su propia vida? Y sus andanzas con la criada de la señora de Warens por cantones protestantes no hacían más que confirmar la sospecha de que estaba desertando de sus protectores católicos). Rogaba a la señorita de Girard que le bienquistara con la señora de Warens. "Hizo usted mal —dice— *en inquirir si deseaba yo que ella supiese mi dirección.* ¿Puedo tener secreto alguno para una persona a quien tanto debo? No como otra rebanada de pan que la que recibo de ella; si no fuera por los desvelos de esta caritativa señora quizá hubiera muerto de hambre. Si he podido

subsistir hasta ahora ha sido merced a la ciencia que ella me ha procurado. Apresúrese, señorita, a interceder por mí y procure obtener permiso para justificarme ante ella." En cuanto a la señorita Giraud, muéstrase agradecido de que se acuerde un poco de él. Ratifica su adhesión incondicional a la nueva fe adoptada. "Tenga la seguridad de que mi religión está profundamente grabada en mi alma y de que nadie podrá posiblemente destruirla." Se enorgullece aquí (en bien de la señora de Warens) de la constancia con que ha rehusado volver a su propio hogar y cuenta cómo se vió obligado a cambiar su nombre y a correr el riesgo de ser tomado por un trapacero o un espía. Todo está claramente destinado a la señora de Warens, aunque dice que "preferiría morir antes de enterarla de que se halla sin un céntimo".

En el más lastimero de los tonos escribe al mismo tiempo a su padre, recabándole dinero y haciendo un solemne llamado a los lazos sanguíneos: "A pesar de su triste aseveración de que *no me considera ya hijo suyo,* me atrevo a apelar a usted nuevamente como al mejor de los padres. Sus ojos se llenarían de lágrimas si conociese mi verdadera situación. Debo admitir que me hallo en Neuchâtel en el más calamitoso aprieto a que me ha conducido mi propia imprudencia." Había contraído deudas que le imposibilitaban ahora abandonar el lugar. Y termina: "Hónreme con una respuesta; *será la primera que reciba de sus manos.*"

Llegaron por fin del obispo de Annecy —con propósitos sectarios sin duda— satisfactorias recomendaciones para el ministro francés, que rescataron a Juan Jacobo de los apuros en que se hallaba y que parecían perseguirlo sin solución de continuidad.

Vió nuevamente en Soleure a de Bonac, de quien obtuvo un centenar de francos y algunas cartas de recomendación para personas residentes en París, especialmente una dirigida al coronel Godard, oficial suizo al servicio de Francia, que necesitaba un tutor para sus sobrinos.

La idea de su liberación de una muerte paulatina y obscura y la visión de un futuro luminoso y tranquilo en París, cuyo resplandor casi mítico de Ciudad Luz brillaba en Europa desde los días de oro de Luis XIV, reanimaron al joven Rousseau, quien partió rápida y regocijadamente rumbo a Francia.

Hizo el largo viaje en dos semanas. Halló deleite en todo, y, como cuando gozaba de buena salud y tenía dinero en el bolsillo, caminó a trancos, incansablemente, a lo largo de la carretera que atraviesa Belfort.

Pero no conquistó a París en su primer asalto. Además, la ciudad le desilusionó, como sucede con todas las maravillas largamente soñadas y le ocurrió al ver el mar por vez primera.

Se detuvo en el mugriento barrio de Saint-Denis y percibió principalmente las escenas de las calles sórdidas y hediondas: viejas casas ennegrecidas, mendigos, carreteros, ladrones, prostitutas y pregoneros por todas partes. Los curiosos fragmentos de sus primeros escritos, recuperados por Dufour, nos hablan de casas extrañas, de pobreza inhumana, de inmundicias, de hombres desesperanzados y de mujeres junto a las ventanas de sus chozas o vaciando sobre las cabezas de los transeúntes sus tinas de agua sucia. Entre estas notas, extraídas de una especie de diario que llevaba el joven de diecinueve años, en 1731, se halla la vivaz descripción de "Una casa de la calle Saint-Denis". Estas gentes vivían en un solo cuarto: sus bacines se mezclaban con los utensilios de cocina; sus riñas tenían lugar al aire libre. Las mujeres metían una bulla infernal; los hombres cometían las peores maldades. Vió en la calle Saint-Denis a una mujer dirigir un torrente de insultos a su esposo, que los recibía cortés, angelicalmente. "Cuando su cara mitad hubo terminado, levantó entonces fríamente su bastón y la molió a palos, dejándola más muerta que viva sobre el pavimento; luego fueron ambos a beber juntos con sus amigos."

¿Quién puede decir que el joven Rousseau no reflexionaba ya sobre las ideas generales? Estos meses de hambre y vagancia retardaron profundamente su educación formal, pero ¿no lo contemplaba todo con los ojos bien abiertos, no lo observaba y recordaba todo? Era todavía un creyente, un católico devoto, que andaba millas enteras para asistir a misa, pero su fe, aun entonces, no era irracional. Dios había hecho el mundo, lo controlaba, lo dirigía de acuerdo a Sus ideas; pero desde el notable punto de vista ventajoso del suburbio de Saint-Denis, ¿dirigía Dios también a los *hombres* o los obligaba a actuar siempre en concordancia con su luz?

Ni su carácter ni preparación tendían a hacerle deseable su permanencia en París. La pesada ciudad debió, en este período, haber espantado y enloquecido al "hijo libre de la naturaleza". Había en París, sin duda alguna, una pomposa magnificencia, pero sus extranjeros ojos sólo podían contemplar —como lo harían siempre, y muy raras veces los nativos— juntas a la miseria y la opulencia, en abrumador contraste, y la plomiza esclavitud que gemía bajo el peso del fausto jerárquico que soportaba.

Estas cosas desconcertaban su entendimiento. . .

Además, las personas influyentes, a las que había sido recomendado, le recibieron con indiferencia. En cuanto a la señora de Warens, que al parecer se hallaba en la gran capital y a la que aparentemente buscaba —*Las Confesiones* en este punto nos descarrían—, es posible que conociese sus movimientos y tal vez su paradero.

El ofrecimiento del coronel Godard, que requería un tutor, así como otras perspectivas, se convirtieron en humo. Se trataba simplemente de ser un empleado de jerarquía o un lacayo, y a esto se opuso indignadamente con una decisión que comienza a sorprendernos.

Terminada su "misteriosa misión", la señora de Warens había vuelto a Saboya, no *dos meses antes,* como él dice, sino casi un año antes, como sin duda sabía él entonces, a juzgar por las referencias contenidas en la carta de Neuchâtel, de 1731. Después de siete u ocho semanas de permanencia en París, cansado de esperar un puesto ilusorio y nuevamente en la miseria, emprende su regreso a pie. En su

camino de retorno hizo una pausa para escribir una sátira contra el mezquino coronel Godard.

Su tránsito hacia Lyon, a través de las colinas de Vosges y a lo largo del valle Saône, fué uno de los más felices de sus innumerables viajes pedestres. "Nunca he pensado tanto, o vivido tanto —exclama—, he sido tan yo mismo como en los viajes que he hecho a pie y solo. El andar tiene para mí algo que anima y aviva mis ideas. La vista del campo, la sucesión de espectáculos agradables, el aire fresco, el buen apetito, la libertad del mesón, la ausencia de todo lo que pudiese hacerme sentir mi dependencia o recordar mi situación, todo esto libera mi alma, me comunica una mayor audacia de pensamiento. Dispongo así de toda la Naturaleza a mi arbitrio."

Ningún gran escritor de los últimos siglos, como observó Lord Morley, debió tan poco a la literatura, en lo que se refiere a la parte más característica de su obra. Fué él formado por la vida, no en el sentido del contacto con un gran número de personas activas e importantes, sino en el más raro de la libre sumisión a la plenitud de sus propias impresiones. Mientras los otros pensadores del siglo XVIII: Voltaire, algo antes, Hume y Diderot, ejercitaban su entendimiento en el estudio de las letras y las ciencias, la órbita de Rousseau era por entero diferente, precisamente como lo serían en efecto sus pensamientos, rebeldes a la tradición y a la falacia intelectual. En su propia juventud singular no hizo más que vagar como un paria por los caminos de Europa, compartiendo la rústica comida de las chozas campesinas y pasando las noches en cuevas y agujeros en los campos o en las desoladas calles de las ciudades. Sus aventuras fueron provechosas en el más amplio sentido de la palabra; su ejemplo no ha dejado de hacerse sentir desde entonces, como lo evidencia el hecho de las generaciones tras generaciones de adolescentes impelidas, en determinado momento, a romper sus amarras para conocer algo de la "vida real".

Hemos señalado ya cómo se retardó el desarrollo intelectual de Rousseau. Esta postergación fué, en cierto modo, un bien. Después de todo, siguió siendo un espíritu libre, completamente inadaptado a los valores de la sociedad que le rodeaba, y capaz de juzgarla con el desinterés del que nada tiene que perder. En tanto los demás se "comprometían" pronto durante sus años más impresionables mediante las mil y una transacciones que los convencionalismos sociales exigen, continuó él sin afinidades morales o intelectuales de mucha monta. Si tenemos en cuenta lo absoluto y jerárquico del viejo régimen, comprenderemos cuán funesta debió haber sido para la conciencia individual la adaptación al mismo. ¿Qué le aconteció a Racine en Versalles? Y el espíritu de La Bruyère, ¿no fué acaso quebrantado bajo los puños de las camisas de los terribles condes que eran sus patrones?

¿No volvió Voltaire, apenas llegado del exilio, bajo momentánea indulgencia y agachándose para obtener el favor del Borbón? El primitivo Rousseau, en realidad, no había adaptado su temperamento al mundo. Sólo conoció su inferioridad y su irremediable pobreza, destino que no supo eludir, ni por el cual su indomable imaginación le hizo sentirse despreciable. Cuando el conocimiento del mundo llegó a él era demasiado tarde, era simplemente imposible adaptarse. Tenía que ser por fuerza un rebelde perenne.

Observa ahora todas las cosas libremente, sin que nada lo desvíe hacia los caminos trillados. De esta suerte se estampan en él extraordinariamente algunas experiencias de este tiempo. Narra en *Las Confesiones* cómo, vagando por un camino lateral, un día de septiembre de 1731, medio muerto de hambre y de sed, llama a la puerta de un campesino y le pide de comer, por lo que fuere. En vez de la hospitalidad, tan común y espontánea en Suiza, el desconfiado y pobre campesino francés que tenía delante sólo le ofrece un tosco pan de cebada, diciendo que era todo cuanto tenía para él mismo. Rousseau lo come con placer, engulle también la leche desnatada y queda evidentemente con hambre. Percatándose el campesino del tipo de huésped que le había tocado, levanta una trampa que se hallaba cerca de la pared y saca un excelente pan moreno, un poco de carne y una botella del delicioso vino de Borgoña, a lo que añade una sabrosa tortilla hecha con muchos huevos. Luego explica a Rousseau con amargura que le había confundido con un inspector de bodegas. Ocultaba el vino a causa de las contribuciones, y las provisiones en virtud de los impuestos aún más onerosos que pesaban sobre ellas. Y le dice que el día que se sospeche que no se moría de hambre sería arruinado por los tributos. Rousseau se impresiona profundamente.

"Este fué el germen —dirá— de ese odio inextinguible que después hubo de desarrollarse en mi corazón contra las vejaciones que sufre el pueblo desdichado y contra sus opresores. *Aquel hombre no se atrevía a comer el pan que ganaba con el sudor de su frente*, y si quería evitar su ruina, no tenía más remedio que manifestar una miseria igual a la que le rodeaba."

Con la pasión de la libertad, fijada durante sus años de abandono, nutrióse también en él su odio inextinguible a la rígida sociedad feudal que, en efecto, le había arrojado de su seno.

Su estrella de los caminos fué buena y mala. Ora un sujeto que mira de soslayo se le acerca con las mismas proposiciones que le habían horrorizado en el monasterio de Turín; ora otro, oyéndole cantar arias largas con excelente voz a lo largo del camino, le ofrece trabajo y refugio en su casa durante un tiempo. Supo de esas noches frías pasadas en los campos hasta la aurora a fin de ahorrar sus pocos centavos para el pan del día siguiente, "pues había mucho menor peligro de morir de sueño que de hambre"(!). Sin embargo, conoció otras en que el universo entero fué bondadoso con él; en que halló un agradable nicho, un refugio, la puerta falsa de una terraza; en que las copas de los árboles le servían de dosel y un ruiseñor le arrullaría con su canto. "Me acosté voluptuosamente... dulce fué mi sueño, más dulce

el despertar. Era ya bien de día y mis soñolientos ojos contemplaron el sol, el agua, el verdor, un paisaje admirable. Me levanté, me limpié la ropa: tenía hambre y me dirigí alegremente a la ciudad, resuelto a gastar en un buen desayuno las dos piezas de seis blancas que me quedaban. De tan buen humor estaba que fui cantando por todo el camino."

Quizá no volvió a conocer tan completa privación como la soportada en la vida primitiva, totalmente nómada, que vivió durante la mayor parte de los cuatro años que siguieron a su huída de Ginebra.

En ocasiones parecía como si su vida, al margen de la sociedad, nada tuviese de común con la ya establecida suerte del príncipe, del burgués, del campesino y del siervo. No podemos ignorar las singulares impresiones que recibirá de ahora en adelante y le darán tal decidida inclinación.

Había visto y conocido, se había sometido sin reservas a un mundo que otros atisbaban solamente a través de las ventanas de sus estudios o al correr de sus carruajes. Había mirado a través de su propia perspectiva.

Ciertamente no temía Rousseau al mundo externo ni pareció jamás asustarse demasiado del hambre, del frío o del mañana. Tampoco le amedrentaba la gente de los pueblos y de las ciudades, la gente común de la que nadie pensaba virtualmente en aquellos días sino con repulsión. Temía a los ricos y a los poderosos, cuyos carruajes le salpicaban de barro mientras andaba penosamente por los caminos. Conocía bien a los pobres y les sabía esencialmente buenos. Ellos se portaban bondadosamente con él. El mismo surgió de sus tinieblas, hecho que no negaría jamás.

Este muchacho que ha dormido bajo las estrellas, que ha conocido la vida nocturna de las guaridas y de los antros, será el filósofo que con un fervor desconocido habrá de combatir al viejo régimen.

Pero ahora, al comenzar el otoño de 1731, andaba cerca de los veinte años, y su niñez se había prolongado demasiado. Continuó buscando a la señora de Warens y, en Lyons, volvió a encontrar su rastro. Inquiriendo a una amiga de ella, a quien previamente se había dirigido por carta, supo que era cierto que la señora de Warens se hallaba radicada en Chambéry. Permaneció unos días en la casa de esta buena señora, con quien pasaba el tiempo leyéndole el *Gil Blas*, hasta que recibió una carta y un giro de la señora de Warens. Sus fechorías fueron perdonadas; se enteró de que un empleo le aguardaba en Chambéry y, en resumen, de que volvería a ser bien recibido en la nueva casa.

CAPÍTULO IV

CHAMBERY. ESCENAS DE LA VIDA PROVINCIAL

1

La maravillosa provinciana que "dió alma" a Juan Jacobo, sigue siendo una figura de misterio atrayente, que no pocos han procurado desentrañar. A pesar de lo mucho que hemos sabido de ella, y de lo mucho que revela Juan Jacobo, su naturaleza permanece en su mayor parte sombría e inescrutable.

Algo apasionado y tierno debió haber, por ejemplo, en sus sentimientos hacia el irresponsable muchacho desamparado que regresaba una y otra vez para arrojarse clamoroso en sus brazos. Esto no podemos negarlo, así como no podemos explicárnoslo del todo bien, aunque vislumbramos motivos de mutuo interés. Ni podemos ignorar, frente a las reyertas y deserciones, los oscuros, imponderables deseos que empujaban repetidamente a Juan Jacobo hacia ella. Pero lo realmente maravilloso es que la señora de Warens, no obstante lo mal que andaban sus asuntos en este período, piense todavía en él, lo perdone y le pida cordialmente que vuelva a su casa de Chambéry.

La noche en que Juan Jacobo partió secretamente de Annecy con el músico Le Maître, alrededor de dieciocho meses atrás, fué de intensa agitación para la señora de Warens y su valet. No bien el excéntrico maestro y su aún más excéntrico discípulo hubieron partido, ella y Claudio Anet apresuraron los preparativos para su secreto viaje. Cubrió ella su rostro con un velo, tomó un carruaje y se dirigió a Seyssel; allí se embarcó en el Rhône hacia Lyon, desde donde prosiguió bien pronto rumbo a París. La guerra entre Francia y Austria parecía inminente, a causa de los abusos de esta última potencia en Italia. Documentos de los archivos de Turín sugieren que se le *ordenó* dirigirse a París para unirse al personal del embajador de Sardinia en ésa, conde Maffei. Entre tanto el rey Víctor Amadeo, aliado de Francia, observaba atentamente los hechos y multiplicaba el número de espías en París.

La señora de Warens se entrevistó en París con el aventurero suizo Paul d'Aubonne, que había sido de su círculo íntimo en Annecy. D'Aubonne, proveniente, como ella, del cantón de Vaud, tenía entre manos varios planes: entre ellos un complot contra su propio país, que le había expulsado de su seno y al que esperaba, mediante la insurrección, echar en manos de sus viejos enemigos de Saboya y Piamonte.

En medio de estos formidables y silenciosos solevantamientos, la señora de Warens (que según Rousseau había nacido "para los grandes negocios)" estremecíase ante la posibilidad de restaurar su fortuna o elevarla con un brillante golpe o señalado servicio.

Pero en julio de 1730 disipóse la amenaza de guerra entre las dos grandes potencias y la secreta misión de la señora de Warrens llegó a su fin.

Vinculada al plan traicionero de D'Aubonne, que, como instrumento suyo, conocía completamente, o en parte, escribió al rey Víctor solicitándole permiso para dirigirse a Turín, a fin de hablarle privadamente sobre "asuntos de gran importancia para el Estado". El rey se lo acordó, aunque al parecer irritado por no haber utilizado los oficios del embajador, "más seguros y rápidos".

Al parecer, se produjo de pronto una disensión entre ambos conspiradores. Después de la partida de la señora de Warens, D'Aubonne alarma a toda la embajada de París. Despacho tras despacho se intercambian rápidamente entre París y Turín, mientras se halla ella de viaje y protesta de que se le sigan los rastros, se le impida cruzar la frontera y se *la cuide de toda posible comunicación con su propio pueblo*. Como todos los renegados que abandonan un país por otro, gozaba la señora de Warens de poca confianza en una crisis. Con todo, sus acciones eran, al parecer, honradas. Llegó a Turín por una ruta directa. El rey había recibido ya por correo los planes de D'Aubonne, que rechazó al momento, escribiendo a ese efecto a Maffei, en París. Al día siguiente, 3 de setiembre de 1730, adopta la largamente meditada y sensacional resolución de abdicar en favor de su hijo Carlos Manuel III y de retirarse de la vida pública para vivir al lado de su amada.

Temiendo por la suerte de sus propios intereses, la señora de Warens apela al nuevo rey en el sentido de que no se le suspenda la pensión y se le permita, por razones de salud, trasladarse de Annecy a la ciudad de Rumilly. Había fracasado una vez más en sus acariciados planes de elevarse; pero Rumilly se hallaba solamente a veinte millas, aproximadamente, de Chambéry, capital de Saboya, donde pensaba ella radicarse eventualmente, con la esperanza de desenvolverse mejor allí que en las pequeñas ciudades.

No se le retiró la pensión, pero se le requirió que viviese simple y obscuramente y que su conducta fuese "aún más ejemplar" que antes.

En septiembre de 1731 había desaparecido la excitación. Al volver cómodamente de sus fantásticas vagancias, halló Rousseau a su *maman* instalada en Chambery en una vieja y sombría casa, a la que se llegaba por una larga y estrecha calleja. Fué bien recibido, alojado en una habitación de esta casa y, lo que es más, empleado en la Oficina Gubernamental de Provisión de Tierras, lo que, por vez primera en su vida, le hizo ganar lo suficiente como para bien vivir.

Faltaban allí el jardín, el riachuelo y el paisaje que veía desde su cuarto de Annecy. Su habitación era la más obscura y triste de la tambaleante casa, de patio poco ventilado, y bajo cuyos pisos podridos menudeaban perceptiblemente las ratas. (Con toda ostentación la pía señora de Warens se había mudado a esta morada decadente). Sus quehaceres de empleado eran lo suficientemente limitados y tediosos como para humedecer los ojos del hasta entonces vagabundo libre. Pero

la experiencia, si bien no había mejorado todavía su facultad de juicio, había servido para moderar sus planes románticos. Además, se hallaba, al fin, "con ella; a sus pies".

La encantadora vieja ciudad de Chambéry, a la sazón asiento ducal y, ocasionalmente, de la Corte de Saboya y del gobierno de Piemonte, duerme aún sobre el desplomado declive de los Alpes, que parecen elevarse enhiestos desde el fin de sus calles principales, sobre las que arrojan sus sombras gigantescas. De su vida en tiempos de Rousseau hablan con elocuencia suma las vivaces cartas de la señora Wortley-Montagu, que permaneció allí en el mismo período. Era Saboya una de las provincias montañosas más pobres de Europa; con todo, su pueblo era alegre y vivía bien.

El orgullo de sus nobles y aristócratas corría apenas con su pobreza. No obstante, con poca cosa podían gozar de largas y suculentas fiestas, el buen vino y la música.

La situación económica de la casa de la señora de Warens, que todavía administraba el sobrio Claudio Anet, mejoró algo aquí. A juzgar por el testimonio de las personas que la frecuentaban y de las ceremonias y bautismos en que figura su nombre, gozaba evidentemente de un buen pasar. La visitaban ciertos miembros de la vieja nobleza saboyana, tales como el conde de Bellegarde y el conde Charlier, que tenía en común con la señora de Warens su pasión por la alquimia. Allí iba también el amable Francisco José de Conzié, conde de las Charmettes, caballero de vasta cultura que, al parecer, había abandonado el ejército para vivir junto a su madre de las rentas del patrimonio familiar. (Fué Conzié, entre otros, quien se hizo amigo del joven Rousseau y estimuló su gusto por la buena literatura.) No faltaba el círculo de bondadosos eclesiásticos de negras sotanas para quienes la casa de la señora de Warens se convirtió en su centro habitual. Entre estos sacerdotes, franciscanos o jesuítas, a quienes acostumbraba Rousseau llamar "tíos", hallábanse el abate Leonardo, que mucho contribuyó a su instrucción, al padre Hémet, "venerable y sabio", a quien eligió como su confesor, y un colega de éste, el padre Coppier, a quien llegó a profesar un gran afecto. Concurrían, además, ciertos sacerdotes como el padre Caton y el abate Palais, músicos excelentes ambos, quienes —un año después, al abandonar Rousseau la Oficina de Provisión de Tierras—, le hicieron progresar en el arte musical. Y, finalmente, aunque de menor jerarquía en la escala de Chambery, visitábanla comerciantes y artesanos, tales como los Lards, a cuya estúpida y hermosa hija Rousseau enseñaba la música, el doctor Grossi, que atendía a la "familia" Warens y, particularmente, Charbonnel, el comerciante que la surtía de provisiones y con quien se hallaba siempre endeudada.

Los encantos de la señora de Warens en los días en que hacía los honores a tan "distinguida sociedad", y que describe Rousseau efusivamente, son también destacados con cierta objetividad por su amigo y contemporáneo Conzié:

Su figura era hermosa, pero no se destacaba a causa de su excesivo *embonpoint*, que redondeaba algo sus espaldas y abultaba demasiado sus senos. Pero su franqueza y la alegría de su expresión hacían olvidar estos defectos: su risa era seductora, su tez blanca y rosada, la vivacidad de su rostro reflejaba la de su alma y revestía de une energía poco común a sus palabras. Carecía de toda pretensión y todo en ella sugería sinceridad, humanidad, benevolencia; no trasuntaba en lo más mínimo el deseo de seducir por su talento o por su cara...

La gracia de su conversación, su riqueza mental, debida a sus muchas lecturas, hacíanla, no obstante, tan atrayente y amable que determinaron mi apego a su case, a la que concurría diariamente y donde a menudo comía con Juan Jacobo, cuya educación había ella emprendido *con ternura maternal* y como una benefactora, y a lo que respondía él siempre dócil y hasta sumisamente. Entre las cualidades de su corazón se hallaban la generosidad y la liberalidad.

Acompañada en el clavicordio por Rousseau o por el padre Caton, solía la señora de Warens cantar, con excelente voz, en estas reuniones. En ocasiones, cierto maestro de baile llamado Roche, juntamente con su hijo, que tocaba el violín y el violoncelo, daba conciertos.

Cuando se inició la guerra de sucesión polaca, con los regimientos y oficiales que pasaban por Chambéry, llegó también a la humilde Saboya la música francesa. Rousseau enamoróse de Rameau y se aseguró, para su estudio, el *Tratado sobre la Armonía*, del famoso músico cortesano. (Después del desafortunado Le Maître, nadie en Saboya sabía algo de armonía y composición.) Aprendió también los aires y cantatas de ciertos músicos del siglo XVIII, tales como Bernier y Clairambault y reanudó su estudio de la música con más candorosa confianza que nunca.

Merced al afecto de la señora de Warens, que asoleaba su guardarropa y procuraba que nada faltase en él, impresionaba a las gentes de Chambéry, a los veintiún años, cada vez más encantadora y definidamente. En esta etapa de su vida, pasada a los pies de la tierna benefactora, su mentalidad crece lenta y mesuradamente. Gracias a ella, hallóse "en medio de la buena sociedad, admitido y solicitado en las mejores casas; bien recibido y festejado en todas partes. Señoras amables me recibían... no veía más que objetos agradables, ni olía más que a azahar y rosa."

Los negocios de la casa manejábalos todavía el fiel valet Claudio Anet, que era "formal y hasta grave... lento, reflexivo, circunspecto en su conducta", pero de pasiones impetuosas que "le devoraban en su interior". En una ocasión en que fué pesadamente injuriado por la señora de Warens, a raíz de una reyerta, intentó suicidarse ingiriendo un veneno. Presa de un intenso remordimiento, hizo ella cuando estuvo a su alcance para salvarlo. Este incidente, ocurrido a poco del regreso de Rousseau de París, reveló a éste la verdadera naturaleza de las relaciones de ambos. Fácilmente se reconcilió con la idea y su afecto se hizo extensivo al hombre que "vivía en más intimidad que él mismo" con la adorada baronesa. Anet, por su parte, llegó a ser un

amigo y consejero leal del joven protegido. "Vivíamos felices, unidos por un lazo que sólo pudo romper la muerte".

Refiérese Rousseau embrolladamente en varias ocasiones a las costumbres libres, a las curiosas máximas y a la *frialdad* de la señora de Warens. "Pudo haber dormido con veinte hombres sin sentir su conciencia perturbada, ni siquiera deseo alguno." Creía que las relaciones sexuales, así como la fidelidad conyugal, eran cuestiones de mera discreción ante la política social, y que carecían de toda otra significación. Su naturaleza, de acuerdo a Rousseau, era reflexiva, sistemática, razonadora en exceso. "Jamás honraba con el nombre de virtud una abstinencia que tan poco le costaba." ¿Puede todo este sistema ser verdadero? A renglón seguido nos dice Rousseau que nunca traficó ella con sus favores, los que, después de sus primeras flaquezas, concedía únicamente *al desdichado*. ¿A desheredados como Claudio Anet y él mismo? Por otro testimonio sabemos que durante este período vivió ella una vida aparentemente ejemplar, sin dar lugar, en la chismosa Chambéry, a murmuraciones de escándalo, que le habrían cerrado las puertas y amenazado su pensión real. Se sabe que el Conde de Conzié, después amigo de Rousseau y uno de los testigos presenciales de la escena, hizo a la señora de Warens proposiciones amorosas que fueron rechazadas. Se nos ocurre entonces que por discreción utilizaba como amantes únicamente a sus sirvientes.

En el otoño de 1733, al regresar del campo la gente bien nacida de la ciudad, las lecciones de música que Rousseau daba se tornaron más numerosas. Fué entonces cuando las mujeres de Chambéry, con sus salidas, sus aproximaciones audaces, sus besos y ardientes apretones de mano durante esas lecciones, echaron a perder un poco a Juan Jacobo. No hubo una sola de sus alumnas que no recordase como encantadora. La señorita Menthon, muy seductora y rubia; la simpática señorita de Charlier, hija del conde Charlier; la escultural señorita Lard, indolente, pasiva y soberbiamente hermosa, y, sobre todo, su madre, grosera y picada de viruelas, quien, en presencia del propio esposo, se exaltaba y daba a Juan Jacobo tales ardientes besos que la señora de Warens, a quien contaba él estos triunfos, no dejó de ver los "peligros" a que se exponía.

En cuanto a la "iniciación" sexual de Rousseau, las tradiciones transmitidas son demasiado originales y perfectas para ser perturbadas. Frente a los complejos, encontrados motivos que se hallan involucrados, no tenemos, para alterar su incomparable relato, más documentos que el de su propio testimonio ni más fundamentos que nuestras sospechas.

La señora de Warens se tornó en sus enseñanzas más grave y didáctica que nunca. Sin ser familiar ni severa, sus maneras sugerían que algo pasaba en su alma que exigía una explicación. En su ansiedad imploró Rousseau al fin una aclaración. Ella postergó su respuesta. Cierta mañana, quizá uno de los últimos bellos días de octubre, condújole a su pequeño jardín, en las cercanías de Chambéry, y dispuso que no fueran molestados durante la mayor parte del día. Allí, en la rústica

y pequeña casa mantuvo con él una larga y seria conversación, "más destinada a elevarme que a seducirme, y que hablaba más a mi corazón que a mis sentidos". Sus graves preliminares inquietaron a Juan Jacobo, a quien, al parecer, quería ella, sobre todo, salvar de las *asechanzas del mundo*...

Al fin comprendió él cuáles eran los deseos de la señora de Warens, anunciados con solemnes condiciones, conforme a su espíritu típicamente sistemático: debía él ser devoto y caritativo, pensar mucho en el Ser Supremo, ser también discreto, jurar el silencio, y sería "de hoy en adelante tratado como un hombre", compartiría su amor con Claudio Anet, a quien debía continuar respetando y querer fraternalmente.

"Tan luego como supe el precio, no oí más y me apresuré a consentir en todo."

El mismo favorecido admite después que acaso fué ésta la conquista más singular que haya tenido lugar en la historia de los amores. Y más singular aún fué el hecho que la perspectiva le dejase abatido y melancólico. Tenía entonces veintiún años, y la señora de Warens treinta y cuatro, pero conservaba toda la belleza que, cinco años atrás, había él contemplado, puesto que radicaba más en su expresión que en la perfección de sus rasgos. Empero él la amaba, como declara repetidamente, no como a una amante, sino como a una "madre" o a una amiga, con suprema devoción.

Podemos comprender cómo su anhelo ardiente de "ser hombre y parecerlo", frustrado o desviado durante tanto tiempo, es ahora dominado por un sentimiento filial; podemos explicarnos su clamor: "¿Cómo pude ver aproximarse la ocasión —se le había dado una semana de plazo para decidirse— con más dolor que placer? ¿Por qué en lugar de la voluptuosidad que debía embriagarme sentí casi repugnancia y miedo?"

¿Era la repulsión de compartir a la señora de Warens con otro hombre? No. Esta partición de sus encantos no determina en él, por el momento, tantos escrúpulos de conciencia, como ciertos otros elementos. No había nacido para ser celoso. Lo que perturbaba su espíritu eran sus sentimientos que, después de cinco años de candorosa vida en común, se habían tornado más tiernos, *pero menos sensuales.*

¿No sería demasiado tarde?

"A fuerza de llamarla *mamá*, de usar con ella la familiaridad de un hijo, hube de acostumbrarme a tenerme por tal... Para mí era más que una hermana, más que una amiga, más aún que una amada. La quería demasiado para codiciarla; he ahí lo que veo más claro en mis ideas."

Hay quienes han ridiculizado esta explicación, que es poco galante. Pero la propia clarividencia de Rousseau arroja una luz clara sobre la poderosa decepción o psicosis que le dominaba. Hallóse por vez primera en los brazos de una mujer que adoraba. Las delicias del momento fueron ensombrecidas por la tristeza y el desaliento. "Por dos o tres veces, abrazándola con efusión, inundé su pecho de lágrimas. *Fué como si estuviese cometiendo un incesto.*"

¿Y Claudio Anet? Era un hombre reservado y silencioso; sus pensamientos eran inescrutables. Pero todo estaba tácitamente sobreentendido. Además compartía, al parecer, los principios de su amante.

> Aunque tan joven como ella, era tan juicioso y grave que nos consideraba casi como dos niños dignos de indulgencia, y nosotros veíamos en él un hombre respetable cuya estimación debíamos conservar. Así fué cómo entre los tres se estableció una unión acaso sin ejemplo en toda la tierra. Nuestras aspiraciones, nuestros cuidados, nuestros corazones marchaban al unísono y nada traspasaba los límites de este reducido círculo.
>
> La costumbre de vivir juntos, y con exclusión de otro alguno, fué tan grande que si a la hora de comer faltaba alguno de los tres, o sobrevenía un cuarto, todo se desbarataba, y a pesar de nuestras relaciones personales, las entrevistas a solas nos eran menos gratas que la reunión.

Durante cinco o seis meses Juan Jacobo fué el amante auxiliar de la extraordinaria baronesa de Warens. Este experimento único de *hogar duandrico* o triple duró hasta la primavera de 1734, en que Claudio Anet falleció de pleuresía.

2

Durante diez años Rousseau floreció libremente en Saboya bajo el predominio de la baronesa de Warens, "madre y amante"; su alma era como un jardín cuidado con la mayor indulgencia: los brotes salvajes mezclábanse con las plantas formales, cuyo crecimiento entorpecían; deseos inestables, furtivos, juntos a rasgos generosos e imaginativos.

Muerto Claudio Anet, el del hábito negro, la peluca cuidadosamente peinada, los modales serios y silenciosos, la posición y la responsabilidad de Rousseau se elevaron. Juntos él y su amada lloraron la pérdida del consecuente y leal amigo, que por su servidumbre vitalicia tenía en sí "la virtud de los grandes hombres". Mientras lloraba, cruzó por la mente de Rousseau la idea de que heredaría los hermosos trajes y la ropa blanca de Anet, innoble reflexión que confesó de inmediato a la señora de Warens. Esta le reprende y vuelve él a llorar. (Hallo la rapidez con que confiesa todo a *maman* no menos reveladora que el incidente mismo.) Para ella la muerte de Claudio Anet era una pérdida irreparable, pues únicamente su celosa vigilancia de las tareas había evitado el derrumbe de la casa.

El joven Rousseau, de mirar lánguido e intermitentes *wanderlusts*, se convierte ahora en el amo de la casa y el superintendente de todos los intrincados y piadosos asuntos de la señora de Warens. Nada le deleitaba tanto como la idea de trabajar asiduamente para la mujer que adoraba. (Cuando pensaba en trabajar.) Pero aun cuando hubiese sido apto —que no lo era— para regular las dificultades con que tro-

pezaba esta mujer de negocios insensatos, ¿podía salvarla? Imposible era equilibrar el reducido presupuesto; todo se hallaba en desorden; las entradas de la señora de Warens: mil quinientas libras que recibía del Gobierno y las provenientes de otras fuentes, que sumaban algunos centenares, estaban hipotecadas. Deudas por todas partes. Juan Jacobo se quejaba, sollozaba, argüía con ella —como relata—, pero inútilmente: estaba obligado a dejar que todo marchara como antes; ocultaba algunos luises, para salvarlos de la ruina general, pero ella los hallaba y, en su agradable sorpresa, los gastaba en pequeños regalos y favores para él, tales como una espada de plata, hebillas para sus zapatos, camisas de lienzo.

La señora de Warens era valiente e *insouciante* frente a la miseria creciente que pesaba sobre la vieja y sombría casa de Chambéry, en tanto que sus fuerzas y juventud declinaban. Para Rousseau estos aprietos sólo sirvieron para poner de manifiesto su carácter dual; por un lado sentía el ferviente deseo de retribuir con importantes servicios toda la bondad que le había sido prodigada; meditaba planes para lograr su propia independencia y salvar a la mujer a quien debía su verdadera vida; por el otro, confiesa, "tenía un carácter veleidoso, un deseo de ir y venir que más bien se hallaba amortiguado que extinguido." Dice que le representaba la ruina que continuamente la amenazaba, pero que, como nunca cumplía ella sus promesas de enmendarse, le asaltaba a menudo el deseo de huir del tormento de las deudas y de los acreedores, de "apartar los ojos" del mal que no podía mitigar.

Aunque precariamente, Rousseau tenía un hogar, una madre y amante cariñosa que le dispensaba, si bien abstraídamente y con intermitencias, casi toda su atención; pero el gitano que había en él anhelante de la libertad de los caminos abiertos y de nuevos escenarios, aunque se apaciguaba lentamente, no estaba todavía subyugado. Creemos que en la situación de Chambéry, de ser sostenido por alguna disciplina moral, ésta habría tenido que surgir desde "adentro", fenómeno muy raro. Las ansias de indolencia, libre vagancia, secreta evasión de toda restricción física, le asaltaban aún en mansas oleadas.

—Emprendí excursiones a Nyon, a Ginebra, a Lyon —dice el hijo libre de la naturaleza— que, si adormecían algo mi dolor secreto, aumentaban sus motivos a causa de mis gastos. Estos viajes eran, desde luego, costeados por las arcas maltrechas de la señora de Warens, ya que —observa con sorprendente liviandad—, de todos modos el dinero sería gastado.

En agosto de 1733, a los veintiún años de edad, regresó de Ginebra, donde había ido con el honrado propósito de obtener el pequeño legado dejado por su madre y ayudar así a su *maman*, pero tenía cuatro años menos de la edad legal para heredar en Ginebra, y su padre le había contestado con una carta de "perfecto gascón", es decir, no le había contestado en absoluto.

Al año siguiente, en junio de 1734, deseando proseguir sus estudios musicales, partió, equipado una vez más por la señora de Warens, para Ginebra y Nyon; atravesó la ciudad fronteriza de Rousses, en Francia, y se detuvo en Besançon a fin de visitar a uno de los más famosos maestros de música de la región, el abate Blanchard, quien lo recibió bien y se mostró grandemente impresionado por las aptitudes del joven, que prometió perfeccionar. En razón de que él mismo estaba a punto de obtener un nuevo puesto en la capilla del Rey de Paris, sugirió que dentro de dos años, a lo sumo, podría Rousseau reunírsele allí. Muy entusiasmado escribió él a su patrona el 29 de junio de 1734: "He resuelto, por lo tanto, regresar dentro de algunos días a Chambéry, donde me entretendré enseñando durante los dos años que quedan". ¡Cuán reveladoras de indecisión y del mal estado de las cosas imperante en el hogar son las siguientes líneas!

Por favor, dígame si seré recibido con placer y si obtendré alumnos. No pienso partir (para Chambéry) *si no me necesitan allí*... Será un tesoro y un milagro para Saboya contar con un músico. Además, todos aquellos que comparten mis ideas tendrán razón en estar contentos, y usted, señora, en particular, *si se tomara la molestia de practicarlas algunas veces*. (¿Habían reñido por sus asuntos financieros?).

Hágame el favor de responderme a vuelta de correo; y, en caso que no haya lugar para mí en Chambéry, ruégole tenga la bondad de decírmelo. Como aún tengo dos perspectivas para escoger, me tomaré la libertad de consultar su opinión sobre si ir directamente a París con M. Blanchard o ver (nuevamente) al embajador en Soleure.

En resumen, no me arrepiento de haber hecho este pequeño viaje, que puede ser muy útil para mí en el futuro. Espero sus órdenes, señora, sumisamente y me reitero su respetuoso servidor (1).

Se entera de repente por su padre de que el equipaje que debía enviarle desde Suiza había sido detenido en la Aduana de Rousses, a causa de una sospechosa parodia antijansenista del *Mitridates*, de Racine, hallada en su ropa. Creyéndose de pronto una persona no grata en Francia, abandona la rosada perspectiva de París ofrecida por Blanchard y regresa a Chambéry clandestinamente y sin gloria en julio de 1734.

Los años que siguieron a la muerte de Claudio Anet, en que Juan Jacobo se desenvolvía en primer plano y precariamente al lado de la baronesa de Warens, fueron más bien sombríos que felices. Vivía sólo el momento, eludiendo casi con cobardía toda sujeción o preocupación. Y así, al año siguiente, en el mes de junio, escapa una vez más a Lyon, realizando un amplio viaje a pie.

Cuatro años antes, al pasar por Lyon, después de su primera aventura en París, mientras visitaba a la señora de Châtelet, en un con-

(1) Hay algunas dudas en cuanto a la fecha de esta carta, ubicada al principio en 1732 y, luego, en 1735. Aunque Dufour, en la moderna versión de la correspondencia de Rousseau, tiende a datarla en 1732, la sugestión de L. J. Courtois (en el *Bulletin de l'Institut Genevois*, 1922), de que debe atribuirse al año 1734, nos parece, cronológicamente, la más plausible.

vento de aquella ciudad, había conocido a una hermosa niña de once años llamada Susana Serre, que tenía ahora quince, y era muy bonita. Ciertos fragmentos (destinados al principio para *Las Confesiones*, pero que nunca utilizó) sugieren su redescubrimiento, durante la misteriosa visita a Lyon en 1735, de la señorita Serre, la de los ojos hechiceros. Es posible que se hubiera enamorado —cosa harto fácil en él—, y que, en su arrebato, haya cometido alguna locura o extravagancia, como él mismo declara, o, por lo menos, considerado la posibilidad de abandonar a la señora de Warens, con quien mantiene en este período un precipitado cambio de cartas. Pero súbitamente y con lágrimas en los ojos vuelve a sus brazos. El 26 de junio de 1735 escribe a su padre:

Gracias a Dios he vuelto nuevamente a la señora de Warens. Las locuras más breves son las más perdonables. Si esto es verdad, entonces nadie es más merecedor de perdón que yo. Cierto es que debo a la bondad de la señora de Warens mi retorno al sano juicio: más aún lo es que fueron su prudencia y su generosidad las que decidieron mi regreso después de estos últimos extravíos... Aunque comprendo bien que después de mis últimos pasos puede usted considerar que carece de fundamentos para tener fe en la solidez de mi reflexión, puede usted también estar seguro de que no he cometido el disparate de dejar de lado el decoro adecuado a tales ocasiones. Para evitarle toda ansiedad, escribí a la señora de Warens el día de mi partida.

Las pocas referencias de estas cartas, veladas y torpes, muy poco revelan en cuanto a las misteriosas llegadas y partidas del indómito joven. Sólo en esta ocasión sospechamos que la señora de Warens, una vez más, le liberó de sus deudas y del peligro.

La de Rousseau es una adolescencia prolongada, llena de embeleso y de infortunio. Su mentalidad está en retardo. Hay en él innumerables movimientos confusos, arranques, como si buscara intermitente y atormentadamente un lugar en el mundo, en tanto que sus nacientes ambiciones obscuras, casi a su pesar, entran en conflicto con los límites que le rodean.

En cuanto a la señora de Warens —que era catorce años mayor aunque él siempre la alude en términos de sentimental adoración y de gratitud—, estamos convencidos de que su apoyo a Juan Jacobo fué sutil, de que por el amor físico obtuvo éste su protección, pero no la estabilidad ni la serenidad...

En el invierno de 1735-1736 se produce un cambio notable en la índole y en los intereses de Rousseau. Se aparta por el momento de la música, que tan poco le había aprovechado, y se fija ahora nuevos rumbos y otra carrera. A instancias de Conzié, que poseía una excelente biblioteca, entrégase a la prolongada lectura de cuanto cae en sus manos, con la esperanza de desarrollar su intelecto lo suficiente como para aspirar a la secretaría de algún noble, o, por lo menos, de llegar a ser el tutor de un personaje. Una vez más escribe, con su

inextinguible optimismo, a su padre, en contestación a las insistentes preguntas que éste le formula acerca de sus propósitos en la vida:

Estoy de acuerdo con usted, querido padre, sobre la necesidad de la elección temprana y de la prosecusión de una carrera. Veamos qué sería mejor para mí en la presente situación. En primer lugar, podría practicar música, de la que conozco lo bastante para ello; en segundo lugar, el poco talento que poseo para escribir (me refiero al estilo) podría facilitarme una posición como secretario de algún noble; finalmente, podría en pocos años y con algo más de experiencia, convertirme en el tutor de algunos jóvenes de alcurnia.

Ahora bien —razona—, la música no conduce a los grandes honores, pero es una profesión segura porque se dirige a la debilidad de los hombres. Y entretanto, concluye volublemente, puede servir como un substituto temporario. Pero por lo que más inclinación siente —"no se sorprenda, padre querido"—, es por el puesto de tutor de algún joven calificado. Y se prepara para poder realizar este trabajo a la brevedad posible.

He esbozado un plan de estudios que he dividido en dos grupos principales: el primero incluye toda suerte de conocimientos útiles y agradables, todo lo que puede servir para iluminar la mente y embellecerla con esas nociones; el segundo, abarca los medios tendientes a preparar al corazón para la sabiduría y la virtud. La muy bondadosa señora de Warens me proveerá los libros necesarios y yo procuraré progresar lo más rápidamente posible y emplear mi tiempo de modo que no haya lugar para la ociosidad.

Además, todo el mundo puede dar fe de mi buena conducta. Practico las buenas costumbres... Tengo fe religiosa y temo a Dios; por lo demás, no se me escapan, dado como soy a las flaquezas y cargado de errores, los muchos defectos que me quedan por corregir. Con todo, sería una suerte para los jóvenes caer en manos de personas que odiasen el vicio y amasen la virtud tanto como yo.

En cuanto a ciencias de las *belles lettres* conozco lo bastante para instruir a los jóvenes caballeros, ya que la misión de un tutor no sólo consiste en dar lecciones sino en procurar también que sean ellas provechosas...

Nada tengo que decir respecto a las objeciones que pudieran hacerse a mi irregular conducta anterior...

Sólo dentro de algunos años, y con más experiencia, podré emprender la supervisión de los demás. Me propongo corregir totalmente mis defectos y espero lograrlo.

Como carta dirigida a un padre, si bien hábil, es antipática. No obstante, alienta la más firme de sus resoluciones hasta el momento y contiene el germen de ciertas nociones anti-intelectuales y sentimentales que le son propias; el corazón debe ser "preparado para la virtud"; las lecciones no sólo deben darse sino ser también "provechosas". Nadie, excepto él mismo, pensó jamás que fuese él capaz de desempeñar en su juventud, ni en su madurez, semejante rol. Sin embargo, lo que más profundamente le atraía era dirigir la conciencia de los demás. Estaba evolucionando, aunque imperceptiblemente. Sus planes eran más prescientes que nunca. Una nota de gratitud más consistente so-

naba en él, puesto que pensaba en la señora de Warens, a cuyos pies se había ahora determinado a pasar el resto de sus días, a fin de auxiliarla por todos los medios a su alcance.

Por su parte, adhiriendo a su plan, corrobora ella su nueva diligencia: "sólo se quejaba de sus estudios excesivos".

Conzié le había traído un libro asombroso: "Cartas sobre el inglés" (*Lettres Philosophiques*), de Voltaire, al que Rousseau alude erróneamente, confundiéndolo con el titulado *Cartas al príncipe real Federico de Prusia*, publicado en un período muy posterior. Hubo de recibir con cierto asombro este informe relativo a un gobierno inglés democrático, así como ciertas nociones de John Locke y de Newton. He aquí un libro que, aunque interpretativo en su mayor parte, abrió nuevos horizontes al siglo XVIII, al que, según Taine y otros historiadores, convirtió en cosmopolita, librepensador, materialista, libertario y progresista, en tanto que el siglo de oro de Luis XIV había sido elocuente en demasía, pero completamente cristiano, monárquico y rígidamente autoritario. Pero lo que más le arrebató fué el estilo agudo y chispeante de Voltaire, rebosante del "genio francés para la claridad", que anhela ahora emular. ¿Ser como Voltaire?... Una quimera, pues la gloria del poeta filósofo, aun en 1730, cubría toda Europa y su resplandor se extendía desde las capitales hasta los más humildes gabinetes de las más obscuras y remotas provincias. Leyó Rousseau muchos libros, que más adelante examinaremos. Conzié, testigo presencial, destaca que tenía él "tan decidida pasión por la lectura que la señora insistía en hacerle emprender el estudio de la medicina, a lo que él no quiso consentir."

Notamos que ahora se apodera de él cierta melancolía y el amor a la soledad. Su robusta salud se resiente. Los asuntos domésticos, que penden de un hilo, le perturban profundamente. También su enfermedad, entonces de moda y conocida por "vapours", le aflige; llora y suspira sin causa. Siente "escapársele la vida sin haberla disfrutado", hasta que, finalmente, cae completamente enfermo. Este estado de depresión es diagnosticado por él acertadamente: lo atribuye a sus "pasiones", a su "necesidad de amar".

"Poseía una madre tierna —dice—, una amiga adorada. *Necesitaba una amante*", pues él no "gozaba" físicamente a la señora de Warens, como declara repetidamente. Imaginaba otro ser, en mil formas distintas, en cuyos brazos no sólo hubiera "sollozado de ternura". Inferimos, triste pero inevitablemente, que, a los treinta y siete años, era ella ya demasiado vieja. Con todo, cuidó a Rousseau durante su enfermedad como jamás madre alguna atendió a un hijo. A veces, por la noche, cuando más débil y desfalleciente se hallaba, se dirigía él penosamente hasta su cama y, cogiéndole las manos, lloraba con ella, "como si las lágrimas fuesen un alimento y un consuelo." Y regresaba de estas entrevistas nocturnas más tranquilo y fortificado. Estas crisis nerviosas unían a ambos más íntimamente, les hacían más inseparables y necesarios entre sí. Toda su felicidad —descartadas la carne y la edad— residía en esta mutua posesión de sus almas.

Observa Conzié que "un notable amor a la soledad y un desprecio instintivo hacia los hombres" eran ahora evidentes en el alma enferma y atormentada de Rousseau, que sentía la necesidad de una vida apacible, lejos de los terribles asuntos, negociaciones, intrigas, especulaciones, que no prometían más que la ruina, vivida en la atmósfera más pura y serena del campo. Y suplicóla dejar la sombría casa de Chambéry para vivir juntos en algún humilde rincón forestal, lejos del mundo.

—Tu proyecto es magnífico —replicaba ella—, mas es preciso contar con medios de vida. Si dejo mi pensión, me expongo a perder el pan.

No obstante, se dieron a la búsqueda de una casa de campo en las afueras de la ciudad, hasta que, finalmente, alquilaron una en el valle de las Charmettes, a tres millas de Chambéry y cerca de la heredad del señor Conzié, donde pusieron manos a la obra en el verano de 1736. Se dispuso que Rousseau permanecería en el campo y que ella, ocasionalmente, iría a pasar unos días con él.

Ascendiendo desde Chambéry hacia el sud, por un camino serpenteante que se elevaba por el pie de las colinas, se llegaba al hermoso valle, que yacía entre elevadas cumbres a través de las cuales, entre huertos, viñedos y olorosos prados, se deslizaba un arroyuelo. Habiendo dejado su silla de manos (pues estaba muy gorda entonces), trepaba la señora de Warens la colina, del brazo de Rousseau, cuando de repente unas flores azules y brillantes dentro de un cerco le llamaron la atención.

—Mira una vincaperla aún en flor — exclamó gozosa.

Desde entonces la vincaperla común se convirtió para Juan Jacobo en su símbolo sentimental favorito de la felicidad vivida, que acarició y recordó eternamente. Ante la pequeña y rústica casa abrazó a la señora de Warens, mientras vertía lágrimas de ternura y alegría.

—Esta es la mansión de la dicha y de la inocencia —exclamó románticamente—. Si no las encontramos aquí, no hay que buscarlas en ninguna parte (2).

(2) El relato del idilio vivido en las Charmettes, que constituyen las páginas más luminosas de *Las Confesiones*, aparece ahora, a través de la verificación de los datos realizada por agudos investigadores en los últimos veinte años, totalmente impreciso y desproporcionado. Las razones de ello estriban principalmente en que el novelista que había en Rousseau alteró los hechos a fin de destacar lo mejor posible este período de su vida, dándole la disposición artística, la hilación y perfección de forma que la vida raras veces posee.

Recordará el lector el orden de sucesión seguido en *Las Confesiones* (del cual nos apartamos una vez radicalmente) que coloca el idilio en el lapso comprendido entre 1737 y 1740. La ininterrumpida bienaventuranza termina dramáticamente, según Rousseau, con la intrusión de un rival —Wintzinried— con quien la señora de Warens pide ahora a Rousseau que la comparta. Descorazonado abandona éste Saboya para siempre y continúa su carrera en París...

Pero sabemos que fué en 1737 cuando le sobrevino el accidente de laboratorio que le enceguecio momentáneamente. En este momento cercano a la muerte hizo su testamento. En julio de 1737, a juzgar por ciertos acontecimiento públicos por

3

Juan Jacobo, que cuenta ahora veinticinco años y los pasos de cuya juventud hemos dilatado, tiene aún el carácter de una criatura selvática, medio salvaje, medio animal, rindiéndose por momentos a sus inestables accesos de alegría o temor, pero entregándose a todo cada vez más de lleno y apasionadamente.

Conviene fijar definida y sinceramente este período, a fin de que toda la significación de su irregular y fantástica línea juvenil pueda ser relacionada con el desenvolvimiento de su genio.

El valle de las Charmettes, de las cercanías de Chambéry, merced a la estancia de Rousseau allí, ha sido reverenciado por generaciones de hombres como la solitaria y paradisíaca residencia de un joven enamorado a la vez de las ideas y del amor. Precisamente cuando el proceso tardío de su desarrollo intelectual comienza a apoderarse prodigiosamente de él, empieza también a oprimirle su característica melancolía. Fué reflexivo y espiritual, aunque no drásticamente. A pesar del lento cambio de marea que se operaba en él, su principal corriente era todavía sentimental. En los años 1736 y 1737, contrariamente a los siguientes, tenía ya el carácter dual de una intensa aspiración intelectual y una dramática inestabilidad pasional.

Semi comprometido ya en la vida de las ideas, era aún una criatura *sentimental*. Hay en nuestros días tan clamorosos debates sobre la cuestión de la disciplina y el decoro, que es bueno ponderar el prominente ejemplo del elemento sentimental en Rousseau antes que el tiempo y la experiencia le transformaran en el "almacén de ideas" a que estaba destinado a convertirse.

Todas sus verdades, todas sus ideas luminosas, se remontan, en última instancia, a su vida sentimental, pues Rousseau, como nadie, sentía profundamente, vivía con más intensidad, se entregaba más libremente a la experiencia inmediata: sentía la salida del sol, el viento, la piedad, la ira, a través de un mecanismo sensorial emotivo cuya escala era infinitamente más grande que la de los demás hombres, porque se abandona a él mucho más.

él presenciados, había ido a Ginebra a recoger su herencia; y al regresar, en setiembre, a Chambéry, se encontró con su nuevo rival —Wintzinried— y resolvió con el propósito de "curarse", dirigirse a Montpellier, ciudad en que permaneció hasta la primavera de 1738. Aquí tienen lugar las aventuras amorosas que él mal ubica. A su regreso, en 1738, se instala realmente en la casa de campo de las Charmettes, *como exilado*, y prosigue los estudios intensos, la vida intelectual rigurosa de ésta muy fecundísima fase de juventud, descripta en el libro VI de *Las Confesiones*. Los cuatro años de 1738 a 1740 se dividen en dos períodos diferentes: los dos primeros años agitados e infelices, interrumpidos por sus escapadas y aventuras características, y los dos últimos, tranquilos y dedicados al estudio.

Este período, tan importante en la formación de la mentalidad de Rousseau, es tratado con inevitable confusión por Morley y todos los biógrafos franceses que precedieron a los hallazgos de Ritter, Dufour y Masson desde 1890 a 1920.

Todo lo que hay de útil, bello y fecundo en su contribución intelectual (así como sus limitaciones), débese a la gran libertad y al conflicto de sus sentimientos. Podemos ser lógicos, racionalizar nuestras acciones, pero existe también una misteriosa lógica que nos convierte en seres duales y nos impulsa a abrazar los valores de la vida sentimental y a soportar una implacable "censura" interior.

Cuando ignoramos rigurosamente el goce romántico del momento inmediato, aprendemos después, a nuestro pesar, que el universo por el que mostramos demasiada solicitud, nos ignora a su vez. Y si la enfermedad y el tormento caen sobre nosotros posteriormente (como en el caso del pobre Rousseau), ya que no somos sino gusanos, mayor será nuestra amargura por habernos privado de los pocos instantes divinos que una vez se nos ofrecieron.

Existe sin duda alguna la vida espiritual, la vida del intelecto de los hombres de ciencia y de los creadores. Pero ¿no es acaso la medida de esa vida el sabor emocional, la osadía, el abandono con que se la abraza?

Rousseau vivía en su juventud para aquellos instantes, los buscaba ávidamente durante los años pasados en las Charmettes. Su existencia estuvo, al principio, totalmente entregada a la plenitud de sus sentidos y a su ser físico, y *posteriormente*, a todas las facultades mentales. Es éste un programa de cultura humana que, bajo nuevos y modernos nombres, ha sido actualizado por ciertos sectores.

La tardía autoeducación de Rousseau comienza aparentemente con una ola de entusiasmo, que continúa durante un año. Cerca hallábase la heredad del culto Conzié, que se enorgullecía de poseer una laguna para nadar y un pabellón de verano dedicado a las musas. Ante todo contenía éste una excelente biblioteca, de donde procuróse Rousseau los volúmenes de literatura, teología, física y matemáticas, que comenzó a estudiar. Se suscribió al *Mercure de France*, diario al que remitió una canción, puesta en música, que se publicó, como su primera colaboración, en 1737. A fin de desarrollar su propia mentalidad, comenzó a escribir; con miras a convertirse en un buen *tutor*, redactó en un cuaderno voluminoso sus *Reflexiones Morales y Críticas*. Poseía cuadernos de ejercicios en los que dibujaba con la mayor prolijidad círculos y triángulos cuyos teoremas desarrollaba en la página opuesta. Algunos fragmentos exhumados por Dufour pertenecen ciertamente a esta época: "Sobre las mujeres"; "Sobre Dios"; "Sobre la elocuencia"; "Ensayo sobre los sucesos importantes de los cuales han sido las mujeres la causa secreta". Sobre este último tema, escribe: "Me limitaré a dar alguna idea de los hechos memorables que se atribuyen a causas sublimes, pero que sólo deben su origen a la secreta inspiración de las mujeres." Estos tanteos poseen, en parte, las huellas casuísticas de la señora de Warens. Igual influencia se nota en su esfuerzo sobre la "Cronología universal o historia general de todos los tiempos desde la creación del mundo hasta el presente, compuesta y ordenada por Rousseau para su propio uso."

Aislado durante algunos meses, con sus muchos libros, en la casa de campo de las Charmettes, era feliz en su soledad. Levantábase con el sol y era feliz; veía a veces a su *maman* y era feliz; recorría los bosques, las lomas, vagaba por los valles, leía, entregábase al ocio, trabajaba en el jardín, cogía frutas, hacía trabajos culinarios y la felicidad le seguía dondequiera.

El día de la festividad de San Luis, 25 de agosto de 1736, él y la señora de Warens realizaron placentera excursión descripta en el libro V de *Las Confesiones* a la falda opuesta del valle.

"Todo parecía coadyuvar a la felicidad de esta jornada." Poco antes había llovido, no se levantaba polvo alguno, los arroyos fluían apaciblemente, un zéfiro blando se metía en los ojos, el cielo, sin nubes, tenía la serenidad de sus corazones.

Maman caminaba sin desmayos; anduvieron de colina en colina, de bosque en bosque, reposando de vez en cuando, en la sombra, olvidados de las horas. Comieron en la casa de un campesino, juntamente con su rústica familia. ¡Cuán bondadosos eran estos humildes saboyanos! De lujo parecióles la sencilla comida. Bebieron el café en el huerto. La belleza del día, la conversación afectuosa y apasionada, los detalles del lugar, trajéronle de pronto a la memoria un sueño que, siete u ocho años atrás, había tenido en Annecy.

Es enteramente posible que, como relata, abrazando a su amante, exclamase: "*Maman, Maman*, este día me fué prometido mucho tiempo hace y nada veo mejor para nosotros. Gracias a ti mi felicidad llega a su colmo. ¡Ojalá no decaiga en adelante! Ojalá tarde en acabar como en dejar de agradarme, pues entonces no concluiría sino con mi vida."

4

Pero en los comienzos del verano de 1737, un peligroso accidente detuvo el dulce fluir de los acontecimientos, como si una gigantesca mano invisible lo dispusiera, dando lugar a una nueva y prolongada agitación.

Interesado en los experimentos químicos de cierto fraile jacobita, que vivía cerca de Chambéry, quería Rousseau, con sus propios conocimientos, llegar a ser un brujo; y mientras se hallaba entregado a un experimento para hacer tinta invisible, el oropimente macerado con cal viva y agua comenzó a fermentar y, antes de que pudiera destaparla, estalló la botella como una bomba, desparramando su líquido en su cara, sus ojos y su boca. Se metió en la cama, esperó su última hora y redactó su testamento:

En veintisiete de junio de mil setecientos treinta y siete, en Chambéry, Juan Jacobo Rousseau, hijo de Isaac Rousseau, nacido en Ginebra... considerando la posibilidad de su muerte y la incertidumbre de su hora dicta su testamento como sigue: hace en primer lugar la señal de la cruz, invocando el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo... recomienda su alma a Dios, su creador, rogándole misericordia, por el mérito de nuestro Señor Jesucristo y la intercesión de Nuestra Santísima Virgen y de San Juan y Santa Juana sus patronos, y recibir su alma en el Sagrado Paraíso, y declara su voluntad de vivir y morir en la santa fe de la Iglesia Católica Apostólica Romana.

Es un documento extenso, redactado en términos ortodoxos, con varios pequeños legados, como un anticipo a ciertos monasterios para que le oficien misas a su alma, y por el que lega el remanente a "Francisca Luisa de la Tour, Condesa de Warens". Lo que revela este documento, es la angustia y el terror súbitos que asaltaron a un ser por el momento pío y católico, embargado por el miedo a la muerte y al infierno jansenista, tal como lo describieran Pascal y los sombríos predicadores de Port-Royal.

Restablecióse completa y rápidamente. Teniendo al fin la edad legal, se apresuró a ir a Ginebra donde recibió la herencia dejada por su señora madre y recabó asimismo la parte correspondiente a su hermano, desaparecido desde hacía mucho tiempo. Durante estos procedimientos oficiales, se le obligó a residir, por apóstata, fuera de la ciudad, en el monasterio de Cluses.

El librero Jacques Barillot le sirvió de intermediario. Podemos precisar la fecha de esta gestión mediante las referencias de Rousseau relativas a las revueltas civiles de agosto de 1738, cuando ve a Jacques Barillot y a su hijo armarse por la mañana para tomar partidos opuestos en el conflicto.

Con su pequeña fortuna y los muchos libros que había adquirido, vuelve poco después a Chambéry. "Volé a depositarla a los pies de *maman*... Ella me recibió con esa sencillez de las almas nobles. Además, este dinero se empleó totalmente en mí." Casi la mitad se debía al proveedor Charbonnel; el resto era apenas una pequeña parte de lo que él debía a la señora de Warens por sus años de manutención.

Pero era demasiado tarde. Un joven extranjero, Juan Wintzinried (que posteriormente se hacía llamar De Courtilles) se había instalado ahora en su lugar, al lado de la voluble señora de Warens.

¿Voluble? Teniendo en cuenta el tortuoso laberinto de sus numerosas "partidas a la francesa" y vagancias, ¿podía alguien ser más voluble que Juan Jacobo? ¿No disparaba en cada oportunidad en alas de sus pequeños *amourettes*? En el revuelto estado de los negocios de su patrona, ¿no era él, acaso, pese a sus protestas de buena voluntad y solicitud, un pésimo administrador?

Era demasiado arrebatado, informal y sospechamos que también *indiscreto*. Debieron haber existido algunas murmuraciones de escándalo respecto a su posición en la casa, que hacían peligrar a la señora de Warens. Hubieron, sin duda, reyertas. El mismo distingue en su crónica entre el afecto que sentía por *maman* y su apagado amor físico.

Ahora bien: los rasgos característicos de Wintzinried, también nacido en Vaud, Suiza, eran completamente opuestos a los de Juan

Jacobo. Era un joven alto, pálido, pelirrubio, animoso (anteriormente fabricante de pelucas, dice Rousseau despechadamente, pero sin pruebas), que se distinguía por su elegancia y celo extraordinarios puestos al servicio de la señora de Warens. En la granja de las cercanías de Chambéry podía oírsele trabajar ruidosamente en el arado, en el campo de heno, en los graneros, en el corral, en el bosque. Rousseau le llamaba *Tra-la-lá*. Para la afligida señora de Warens, que disponía de Rousseau, Wintzinried debió haberle parecido como enviado del cielo.

¿Qué le quedaba a aquél? ¿Compartir sumisamente con otro hombre a la señora de Warens mientras habitaba los cuartos destinados a la servidumbre? Pagóle ella con la misma moneda. Y hubo él de conformarse con el papel desempeñado cuatro años antes por el infortunado Claudio Anet.

Nos adelantamos en *Las Confesiones*, a fin de ubicar estos sucesos, atribuídos a 1740, en una crisis anterior de 1737. Dice ella que su conducta fué censurable, pero que su corazón "se conservó siempre puro". Que "argumentó" con él de acuerdo a sus principios corrientes. No debía él comportarse como un tonto; el amor físico no era una cuestión vital para ellos; debía, podía quedarse, si lo deseaba, y formar parte de la trinidad hogareña. Pero ¡no!, gimió él. Se rebeló. Aunque su pasión se había "amortecido", estalló en cólera de celos. Concibió entonces el plan de abandonar la casa, plan que ella, lejos de objetar, apoyó.

Sabemos también que por ese entonces Rousseau estaba enfermo. Como había aprendido algo de fisiología en los libros de medicina de la señora, llegó a la conclusión —como un hipocondríaco imaginativo— de que tenía un pólipo en el corazón. Decidió entonces dirigirse a la Universidad de Montpellier, destacado centro del conocimiento médico en aquellos días— a fin de ser curado allí por el cirujano doctor Fizes, pues se hallaba "delgado como un esqueleto y pálido como la muerte". Los motivos son bastante confusos y obscuros; se marcha por su salud, porque necesita un cambio de escenario, pero más simplemente porque nadie quiere que se quede. Sin embargo, lo evidente es que la agitación que le impulsaba a menudo a volar por el mundo no se le había desvanecido aún, a los veinticinco años.

En route, escribe una carta a la señora de Warens, desde Grenoble, que pone claramente de manifiesto la tensión existente: "He estado aquí dos días... Me tratan con tal amistad y solicitud, que dejar Chambéry *es como hallarse en un mundo nuevo*. Salgo mañana para Montpellier. Estoy mortificado por no haber recibido carta suya."

Maman le escribía raras veces, tan raras que alarmábase él cada vez más. Entretanto, un encuentro feliz en el camino a Montpellier le hace olvidar su aflicción y el mal estado de sus asuntos en Saboya.

En una posada del camino hacia el sudeste se encontró con gente francesa de buen tono que viajaba en su misma dirección. Con su instinto aventurero selectivo trabó relación y se unió a ella, posando, por

alguna razón antojadiza, de joven inglés llamado Dudding, exilado en Francia a causa de su religión. Sus compañeros eran una sencilla y animosa mujer de cuarenta años, la señora Larnage, a quien acompañaba un anciano noble, el marqués de Taulignan y una mujer recién casada, la señora du Colombier.

Fué la señora de Larnage —nótese cómo le gusta el tipo de matrona, pues según los descubrimientos de los investigadores modernos había tenido ya cinco hijos— quien más le atrajo.

En San Marcelino, acompañóla un domingo a misa, ocasión que aprovechó la mujer para hacerle mil cumplidos y prodigarle pequeñas atenciones que, momentáneamente, le despertaron el temor de que estaba siendo víctima de alguna tomadura de pelo. Pero pronto vió que era lo que de él se esperaba. Atrevióse a ser galante. Como la nueva desposada se había separado de ellos en una vuelta del camino, hallaron la manera de pasar por alto al viejo marqués.

La señora de Larnage, según su relato, era cada vez más audaz. ¿Fué un momento de liberación de los cuidados y obligaciones para con el esposo, la familia y el hogar? "Aunque viviese cien años —dice Rousseau— nunca olvidaría a esta encantadora mujer." Y declara solemnemente que por vez primera gozó durante cuatro o cinco noches en las tabernas del camino "la embriaguez de la más dulce voluptuosidad'". La fisonomía de ella no era nada extraordinario. "Podíasela ver sin amarla, mas no poseerla sin adorarla." Por varias y extrañas razones creyó que fué ésta la primera y última vez que gozó a la mujer. "Puedo asegurar que debo a la señora Larnage no morir sin haber conocido el placer." Con *maman* no había conocido tal ardiente voluptuosidad; turbábalo un sentimiento de tristeza y una melancólica opresión en su corazón. Con la señora de Larnage "se entregaba a sus sentidos con gusto, con confianza."

Siguieron rumbo a Montpellier no sin soportar las bromas cínicas del viejo noble que les había observado. Resolvieron volverse a encontrar, seis semanas después, y que Rousseau pasaría el invierno en la Villa Saint-Andéol, donde vivía la señora de Larnage, bajo su protección y cuidado. Al separarse ofreció la generosa mujer al joven algún dinero, puesto que parecía necesitarlo, mas él lo rechazó con dignidad.

Mas bien embriagado, vagó Rousseau por la ciudad, visitando, entre otras escenas, el gran acueducto de Remoulins, llamado Pont du Gard, donde exclamó: *¿Por qué no nací romano?* Luego se dirigió a Montpellier.

El célebre doctor Fizes tomó a broma la enfermedad de Juan Jacobo. Palmeando al paciente el hombro, y entre muecas y guiñadas, aconsejóle pasarla bien, a beber su buen vaso de vino de vez en cuando y a seguir una dieta sencilla. (¿No pudo este digno médico haber sido un profeta jovial del psicoanálisis?)

Montpellier era una ciudad opaca. La sala de disección de la Facultad de Medicina, con la hediondez de sus cadáveres, horrorizó a Juan Jacobo. Entristecido y sin dinero, piensa en la señora de Warens, a quien, el 27 de octubre de 1737, escribe:

Ha transcurrido un mes desde mi llegada a Montpellier y, aunque le he escrito varias veces, aún no he recibido una palabra suya. Puede imaginarse mi inquietud y lo difícil de mi situación. Si dentro de tres semanas no me contesta, me veré obligado a salir de aquí en la más completa confusión y a regresar a Chambéry como pueda...

P. S. Al cerrar esta carta recibo la suya del 12 del corriente. Es un tanto doloroso que la primera carta que tengo el honor de recibir deba estar llena de reproches. Estoy de acuerdo en que los merezco todos.

La señora de Warens le ordena permanecer allí y no regresar antes de la festividad de San Juan, o sea, antes de fines de junio del año siguiente. El se rebela: "No lo haré, aunque me llenasen de oro. En mi vida he visto un lugar para vivir más aburrido y desagradable que Montpellier. La comida era mala, el vino era malo, el viento cruel. Termina la carta con untuosos recuerdos para sus "tíos", los padres Hémet y Coppier.

El tono mesurado de estas cartas sugiere que pasaban por manos que podían abrirlas. En diciembre vuelve a escribirle la señora de Warens, informándole que le envía dinero y refiriéndose a la útil actividad de Wintzinried, su nuevo administrador. Su deseo de que Rousseau prolongase hasta julio su estancia en Montpellier se explica por el hecho de haber arrendado por ese entonces una nueva propiedad rural en el valle de las Charmettes, de las cercanías de Chambéry, desde donde Juan Jacobo, después de aquella fecha, podría ser despedido evitándose todo posible escándalo. Pero el hastiado y solitario joven, a quien también muerde el remordimiento de su conducta ligera, es vencido por sus sentimientos. Se abate y cesa en sus esfuerzos tendientes a obtener, por correspondencia, otro puesto. Todo lo que le importa —¡con cuánta firmeza traducen estas viejas cartas su invencible y extraño apego!— es estar cerca de la señora de Warens. En diciembre de 1737 estalla:

¡Oh, querida *maman!* Preferiría estar con D. (¿De Courtilles-Wintzinried?), trabajar en las rudas faenas rurales, a lograr una fortuna por otros medios. Inútil es creer que podría vivir de otra manera. Se lo he dicho muchas veces antes de ahora y lo siento con más ardor que nunca. Si obtengo este favor, sea cual fuere mi fortuna, nada me importará. Cuando se piensa como yo, no es difícil adivinar las importantes razones que la apartan de mí. ¡Por Dios!, arregle usted las cosas de modo que no muera de desesperación. Lo apruebo todo, me someto a todo, excepto aquel punto sobre el que no puedo consentir. ¡Ay! ¿No es usted ya mi querida *maman?* He vivido demasiado en pocos meses. Sabe usted que hay una condición que me haría aceptar la cosa con la mayor alegría. Pero únicamente una. Usted me comprende.

¿Cuáles eran las exigencias de ella? ¿Que viviese él bajo otro techo? Faltan cartas. Pero Mugnier, destacado estudioso de los archivos locales, estima que el escándalo amenazaba la pensión de la señora de Warens. Debió ella haber exigido que él viviese lejos de ella, pretensión que este querría hacer extensiva a Wintzinried. En su carta de principios de diciembre hay acentos de celos, llantos de un pobre niño abandonado, mucho más colérico y celoso de lo que él se pinta en *Las Confesiones.*

Hacia febrero de 1738, no pudiendo contenerse por más tiempo, se precipita a Chambéry, sin pensar en volver a ver a la maravillosamente atenta señora de Larnage. Fué recibido con frialdad, y se establecieron las nuevas condiciones con la mayor franqueza posible.

"Señora, esto me matará, y usted me echará de menos", dice en *Las Confesiones.*

"Ven, eres un niño grande —replicóle ella con una tranquilidad enloquecedora—; nadie muere por tales cosas." Sostuvo que Rousseau nada perdería; todo continuaría como antes: su amistad para con él sería la misma, y sus derechos, los mismos, y que, "al compartirlos con otro no se le privaba en realidad de nada."

Recuerda él que la intensidad de sus sentimientos le "precipitaron a los pies de ella", donde, "abrazado a sus rodillas, derramó torrentes de lágrimas."

"No, *maman,* te amo demasiado para envilecerte, tu posesión me es demasiado apreciada para compartirla." De aquí en más sólo la honraría con su adoración desinteresada sin "mancillar" más el amor de ambos.

Sin embargo, las pruebas no ratifican este comportamiento; antes bien, evidencian la reanudación, de todos modos intermitente, de la "trinidad doméstica". Hizo Rousseau las paces con el joven Wintzinried, a quien procuró —tal es su pretensión— educar y estimar como a un hermano. En verdad, fué "relegado a la propiedad de las Charmettes, recientemente arrendada, del capitán Noëray, donde permaneció, en virtual exilio, desde los comienzos de la primavera de 1738. No sorprende que en la paz y soledad de esta hermosa residencia —que se conserva aún en Saboya, y se conoce por la "ermita" de Rousseau— hallase nuevos y más elevados consuelos.

Consumido por sus muchas andanzas y tormentos, envejecía, mientras su poderosa naturaleza moral se afirmaba en medio de sus extrañas condiciones. Allí, lugar tan vívidamente descripto en sus memorias, comenzó su estada de dos años; en la soledad de este ameno valle fué nuevamente "el hijo libre de la Naturaleza", pero entregado ahora a la vida intelectual más intensa.

En los meses siguientes envía desde las Charmettes a la señora de Warens cartas lastimeras y sumisas:

"¿No le incita la imaginación a hacer un pequeño viaje al campo, por un día?" ¡Oh, no la veía desde hacía un mes entero! Envía sus

buenos augurios a su "hermano". Y más tarde, al año siguiente: "¡Piense que hace más de un mes que me hallo privado de la felicidad de verla!" En ocasiones disputa con Wintzinried, para luego, a instancias de ella, pedirle humildemente excusas. Suplica a la señora de Warens que lo perdone y que (al aproximarse las Pascuas) fuese en persona a otorgarle el perdón.

Toda la enredada historia, con sus muchos tanteos, tantas partidas en falso y colapsos es por entero diferente, y hasta más semejante a la vida, que el idilio narrado en *Las Confesiones*. ¡En qué olvido y descuido le tiene en esos días, al parecer, la singular baronesa de Warens!

Pero en el valle de las Charmettes la felicidad se apodera invariablemente de él. Está siempre contento de hallarse entre los verdes campos. Los estudios, en esta etapa, más profundos de lo que pudo haber creído, le embargan por completo.

Su gozo durante estos dos años, que él recuerda, es bello y apacible, quizá debido únicamente a que *"maman raras veces le visita"*.

Estos fecundos años, en que se entregó apasionadamente al mejoramiento de su intelecto, fueron erróneamente asociados al tormentoso período anterior de dos años, pasados en alguna choza desconocida de este valle.

CAPÍTULO V

LAS CHARMETTES. – EL "ALMACEN DE IDEAS"

1

La casa llamada de las Charmettes, ocupada después de la primavera de 1738, mucho más bonita que las dos o tres utilizadas anteriormente, era cómoda y simple. Hallábase en el declive de una colina y tenía, arriba, un viñedo y, abajo, un huerto agradable: "el huerto de la señora de Warens". Al frente de la casa había un jardín terraplenado, con una fuente, un palomar y una hilera de colmenares de abejas. Debajo de la larga pared de la terraza, un apacentadero descendía en declive hacia el camino principal. En el lado opuesto de la casa, más arriba del valle, distinguíase una arboleda de castaños. Nada faltaba allí para una vida de bienaventuranza rural. El jardín, la vendimia, la recolección de frutos absorbían a Juan Jacobo. Cobró afición a los animales domésticos y la caza del lugar. Vivía en paz y, cuando iba a la ciudad, era como si fuese al exilio. No podía dejar las Charmettes "sin besar la tierra y los árboles", sin volver muchas veces la mirada.

> *De esta época arranca el breve tiempo de mi felicidad* —exclama— y se deslizan los rapidísimos y apacibles instantes que me autorizan a decir que *he vivido*. ¡Instantes hermosos y tan añorados! ¡Empezad nuevamente vuestro agradable curso¡ ¡Deslizáos por mi memoria, no como en la realidad lo hicísteis, sino con más lentitud!

Había leído ya mucho. Aparte de los sermones de algunos pastores y sacerdotes, o de las oscilantes admoniciones de la señora de Warens, carecía aún de un "sistema", de disciplina intelectual. En la soledad, sus libros, que operaban en una mente libre, abandonada a sí misma, se tornaron hechos tremendamente dramáticos; en el silencio del valle las ideas vibraban hondamente. Se había trazado para sí "un plan de estudios destinado a formar mi corazón y cultivar mi entendimiento", había escrito poco antes a su padre y a otros. Sediento de saber, trabaja apasionadamente. Cuanto aprendía no lo debía a la sumisión o la memoria, sino a su propio esfuerzo de *autodidacto*. Las noticias acerca de sus andanzas y escándalos cesaron por un tiempo. En cambio se difundieron acerca del joven recluso más extraños rumores, que atravesaron las montañas y llegaron, en Suiza, distante cincuenta millas, hasta los oídos de su padre.

"Supe hace algunos días —escribió Isaac Rousseau en una de sus raras cartas— que mi hijo ha estado soplando. De ser cierto, lo siento mucho por él. Sólo a la ruina pueden conducir esos eternos experimentos químicos."

¿Se había Juan Jacobo convertido en un brujo, o un alquimista ansioso de descubrir la piedra filosofal? Indudablemente lo era en cierto modo. Con su inteligencia más abierta que nunca buscaba una filosofía de la vida. Sólo y sin más ayuda que el pobre material científico que poseía entonces Saboya, se planteaba y trataba de resolver las cuestiones eternas: ¿Qué es el hombre, la Naturaleza, Dios, la vida?

"Decía para mí: empecemos por formar *un almacén de ideas*, verdaderas o falsas, pero claras, hasta que mi cabeza posea datos suficientes para comparar y escoger." Esto es precisamente lo que hizo. Como dice, se propuso adquirir, absorber todos los conocimientos existentes. Podemos seguir su curso a través de la lista de libros adquiridos por él —libros carísimos entonces—, de los recibidos en préstamo, de los mencionados o citados por él, de los fragmentos de cartas de la época, así como de las notas marginales de sus manuscritos que revelan la orientación de sus pensamientos.

No podemos dejar de maravillarnos de cómo Rousseau, el perezoso, el "joven salvaje", indócil y desamparado durante tanto tiempo, un buen día —como levantándose a sí mismo desde los cordones de sus zapatos—, se decidiera a llegar a ser un hombre de letras y un sabio. ¿Cómo con su extraño fondo y su pasado desordenado y hasta vicioso llegó a emprender semejante curso? Es evidente que los primeros pasos fueron impulsados por la curiosidad y la afectuosa señora de Warens o los bondadosos sacerdotes que le rodeaban; que se le condujo cada vez más lejos hasta que, de pronto, hallóse andando por sí mismo, luego a trancos vigorosos, y cercando la presa de las grandes fuerzas morales directoras hasta entonces insospechadas. Resplandores de coraje moral hemos visto ya en ciertas prematuras cartas suyas, como en la que defiende su huída del lacayismo en Turín. La dolorosa desobediencia a su curso juvenil es en sí misma, más que un síntoma de torpe adquiescencia, el signo promisorio de una oscura lucha interior.

Cuando reflexionamos sobre los extraños senderos que el genio toma a menudo, percibimos que su perturbadora energía, al brotar imperceptiblemente, provoca notables desórdenes o crea por sí misma un sin fin de dificultades especiales. Pero en este caso había en definitiva —por lo que debemos siempre agradecer a la señora de Warens— hermosas condiciones. Y Juan Jacobo, de tan interesante linaje burgués, descendiente de los neuróticos Rousseau y de los inteligentes Bernard, fué salvado de la corrupción de los profundos abismos en que se había hundido. Hacia 1738, a los veintiséis años, comienza finalmente a florecer.

El año anterior, no bien hubo recibido su pequeño legado, encargó a un librero de Ginebra una formidable lista de volúmenes, destinados a su propia ilustración. La lista comprendía una enciclopedia; el *Hoffmanni Lexicon*, la *Arithmetica Universalis*, de Newton, los *Eléments de Mathématique*, del padre Lamy, el famoso "Diccionario" de Bayle, entonces el manual de todos los librepensadores. En todas partes se

procuraba obras de filosofía, teología, matemáticas, ciencias, muchas de ellas oscuras, hoy desacreditadas, y sólo conocidas en su época que, debemos recordarlo, fué llamada el Siglo de las Luces. La fuerza motriz de unos dos siglos de descubrimientos y revoluciones científicas que se apropió durante el Renacimiento de toda la fecunda y gigantesca labor de Copérnico y Bacon, de Galileo y Kepler, de Descartes y Leibnitz, de Newton y Locke, presionaba entonces sobre las instituciones e ideas de una Europa que, en verdad, en cuanto a la gran masa de hombres se refiere, apenas había salido de las formas feudales. Eran tiempos de esclarecimiento, en que, gracias a la propaganda del formidable publicista Voltaire, el público inteligente seguía con creciente interés las aventuras científicas de la época, tales como las expediciones de Maupertius a la zona ártica, de La Condamine a los trópicos, para medir los grados de latitud.

Declara el joven de la Charmettes que "esperaba con impaciencia, como toda Europa, el resultado de estos famosos viajes y leía con avidez los informes de la Real Academia".

Leemos en sus mediocres poesías juveniles, como "El Huerto de la Señora de Warens" en que celebra a la vez a su patrona y a sus propios estudios fecundos, de qué manera con Leibnitz, Malebranche y Newton su razón "se eleva a la mayor altura", al examinar las leyes de los cuerpos y del pensamiento; cómo con Locke recopila "la historia de las ideas" y como

Con Kepler, Wallis, Barrow, Raynaud, Pascal,
Dejé atrás a Arquímedes y seguí a L'Hôpital.

Conoce, entonces, la emoción del saber adquirido por el propio esfuerzo, y se siente arrastrado, como por una fuerza irresistible, mucho más allá del plan de estudios de un pequeño tutor. Percibió que su comprensión de las matemáticas ¡supera a la del grande y viejo Arquímedes! Luego se aventura un poco en los cálculos "siguiendo al marqués de L'Hôpital".

Las anécdotas de sus primeros y torpes experimentos en química, física y astronomía, fueron redactadas por el propio Rousseau. En 1736 casi se queda ciego, y ahora, dos años después, adquiriere un planisferio con el fin de estudiar los cuerpos celestes; en noches frías lo coloca en su jardín, en un marco, cerca de una bujía puesta dentro de un cubo para iluminarlo.

Unos campesinos que pasaban por el camino, al ver su bonete y su fantástica máquina, echan a correr y claman por todas partes que Rousseau es un mago que por las noches practica la magia negra (1).

Su método de autoeducación tenía características singulares que no recordamos en hombre alguno. Sus días se dividían en períodos regulares de trabajos en el jardín, lectura literaria al aire libre y meditaciones o plegarias también al descubierto, preferentemente en el huer-

to. El joven que hasta hacía poco había sido indolente, inservible, entregábase inmediatamente después del desayuno al estudio de los filósofos y de los teólogos: Descartes, Leibnitz, Pascal, Locke y otros. Halléndolos contradictorios, lucha, en su confusión, por reconciliar sus opiniones a fin de "armonizar todo el conocimiento". Pronto se ve saltando de un trabajo a otro sin terminar ninguno ni progresar en absoluto. Renuncia entonces al ingenuo plan de conciliar a los metafísicos y se propone leer a cada autor por separado "para adoptar y seguir sus ideas sin mezclarlas con las mías o las de otro." Se vuelve *pasivo* y puramente receptivo. De esta manera su mente llegaría a ser "un almacén de ideas", las cuales podría después, mediante el juicio, "seleccionar y combinar".

Aunque muchos comentaristas, como Lord Morley, han señalado que este método revela una debilidad esencial y falta de claridad y disciplina en el pensamiento de Rousseau, percibimos de inmediato que era el más adecuado a su situación y a su temperamento de germinación lenta.

"Carecía Rousseau de sistema, de filosofía con qué empezar —comenta P. M. Masson con agudeza en su medular y compendiosa obra *La Religión de Juan Jacobo Rousseau*—, pero esta verdadera docilidad, esta inestabilidad hicieron posible que la originalidad de su temperamento se afirmara completamente, de modo que la falta de una cultura precoz, la vida provinciana, la soledad, al evitar a Juan Jacobo la tiranía de los sistemas ya confeccionados y dejar librado su profundo yo a sus propios destinos espirituales, sirvieron en definitiva para emanciparlo."

Más aún: en su monumental estudio de la vida interior y del desarrollo religioso de Rousseau, ha evidenciado Masson cómo todas las acusaciones de plagio hechas contra él carecen de fundamento.

Lo nuevo y lozano de su pensamiento, las convicciones personales que le dominarían, tenían su origen en la contemplación profunda de su propia naturaleza y de la experiencia.

Los pocos libros que tenía los devoró ávidamente en el silencio que le rodeaba. Se nutría en ellos lentamente, solo y lejos de las exigencias sociales corrientes, a las que adaptaban sus contemporáneos como Montesquieu, Voltaire y Diderot, hombres que consumían un centenar o un millar de libros por año.

Sus estudios, en cierto importante sentido, no eran voluntariamente *pasivos*. Su deseo de leer a cada filósofo por separado, propiamente interpretado, debe haber tenido como motivo la ventaja de no acercarse jamás a un autor con una vara de medir preparada de antemano. De este modo, imparcialmente, pudo permitirse la libertad de leer ciertos trabajos "maldecidos" de Spinoza o Bayle o Voltaire, que estaban prohibidos a los creyentes, y que él medía por sí mismo, pues su mente juzga mientras anda a tientas. En sus prematuros versos didácticos, le vemos comentando, conforme a su propia inclinación, todo lo

que lee: "la herejía de Descartes"... "el muy frívolo Voltaire", etc.

Pero todo su método, de absoluta sumisión a las ideas que se le ofrecían, nos impresionaría favorablemente si juzgásemos por los resultados, puesto que, al cabo, llegó a ser una mentalidad original e independiente, una *mentalidad fuente*, que si bien no completó sus propios trabajos, dió a luz tantas sugestiones fecundas, tantas ideas vivas, que muchos sistemas filosóficos parecen tener en él su punto de partida.

El mundo que contemplaba era el mundo natural de Isaac Newton, precisamente ya bien definido por el siglo XVIII europeo. En septiembre de 1738, después de estudiarlo mucho, contestó afirmativamente a la siguiente encuesta del *Mercure de France* —órgano más bien moderado y religioso—: "¿Es el mundo que habitamos una esfera?" Si antes de Newton los hombres se habían preguntado respecto a su Dios, su fe y su destino, en los comienzos del siglo XVIII las conclusiones religiosas fueron más vastas, aunque ocultamente, agitadas. La fe de Rousseau, su noción del cosmos, cuya fijación percibimos en su testamento de 1736, sufren ahora serias modificaciones.

De aquí en adelante su apasionado y nuevo interés por la ciencia y la historia natural forma parte de su temperamento religioso. Aunque era oficialmente católico, los "oscurantistas" Bossuet y Francisco de Sales, con su Dios glorioso de "grandes y terribles lecciones", ya no lo conmovían. Como ellos, creía Juan Jacobo en una Providencia universal, pero el suyo era el Dios del corazón y de la Naturaleza, una Naturaleza organizada, accesible a la razón y hasta "benevolente". El temor a un Dios vengativo, al diablo y a la eterna condenación en el infierno —¿cómo eludir con éxito a los tres?— solía sobrecogerle cuando leía los coléricos folletos de Pascal o la *Lógica* de Port-Royal. Pero pronto se desprendió, como de un traje viejo, de las supersticiones jansenistas.

Había en el siglo XVII otros teólogos, tales como el Padre Lamy y Claville, a quienes entusiasmaban la ciencia y la Naturaleza. El padre Lamy escribió, hacia 1680, en su *Entretiens sur les Sciences*, que "es posible usar las ciencias para desarrollar el intelecto, cultivar el corazón y, al mismo tiempo, llegar uno a ser útil a la Iglesia". Estos manuales de ciencia, destinados a despertar en los monjes holgazanes el deseo de conquistar los nuevos conocimientos, eran los libros que ponían en las manos de Rousseau los jesuítas Coppier y Hémet, quienes lo admiraban y, a menudo, hacían largas excursiones a fin de visitarlo.

Debió haber leído en el *Rationarium Temporum* (como supone Masson) que "hay ciertas ideas generales que todos deberían poseer, pues sirven maravillosamente para formar el intelecto." El verdadero hombre de ciencia debe aprender "a ver a Dios en todas Sus obras, estudiar únicamente para saber más y servir a El mejor". Tales notas, pulsadas por teólogos no escolásticos de fama transitoria, deben haber

estimulado al joven Rousseau mucho más que los grandes libros de la época, porque apelaban directamente a su temperamento.

Lamy, más que Bacon o Newton, llegó a ser su breviario científico. *"Somos la obra de Dios* —leyó en Lamy—, *no tenemos por consiguiente razón para creer que nuestra naturaleza es mala."* Este concepto adhirió para siempre en su alma. Leyó después en Claville, filósofo de los sentimientos y adversario del "escolasticismo", que "la Naturaleza armoniza con la religión", pero que, más allá de las profundidades de la ciencia, debemos buscar "el humilde conocimiento de nosotros mismos", que es en definitiva el más fecundo de los conocimientos.

Los primeros fragmentos versificados de Rousseau, notas marginales y cartas de la época, evidencian que examinaba él estas cuestiones, y que sus convicciones experimentaban una firme evolución y adoptaban los "colores" particulares característicos de sus tratados de moral. Pero, además de los apologistas católicos, le impresionaron grandemente los buenos escritores protestantes de la época: Addison, Clarke y otros. Los *Spectator Papers*, vastamente traducidos por aquellos días, "le hicieron bien", como declaró entonces. Pero el católico Pope parecía menos complaciente y más estimulante que los otros escritores ingleses. Su *Ensayo sobre el Hombre* consoló a Rousseau; hablóle de una religión racional o natural, de un Dios de "plegarias universales", a quien tanto el sabio como el salvaje habían adorado en todos los tiempos bajo diferentes disfraces.

Con el tiempo, el protestante que había en Rousseau se reafirma y adopta algunas de las cualidades psicológicas del pietismo que floreció en la Suiza francesa, y del que la señora de Warens jamás pudo desprenderse. Fué ella quien, en verdad, durante largos *tête-à-tête*, le liberó de su obsesionante temor al infierno. Puesto que todo en ella era sistemático, también su religión, aunque pueda parecernos, ahora, desconcertante, absurda e insensata, estaba sistematizada. "Los creyentes, por lo general, se forjan un Dios a su propia imagen y semejanza", y la señora de Warens, dice Rousseau, no podía concebir un Dios vengativo o furioso, sino un Dios clemente y misericordioso. No creía ella en el infierno, sino que, en su lugar, concebía un Purgatorio lo suficientemente animado, tanto como para ubicar de alguna manera las almas de los malos. Y en verdad, como observa Juan Jacobo, "los malos, así en este mundo como en el otro, han sido siempre un estorbo."

Comenzó a olvidar a la serpiente y al pecado original, los tormentos del infierno y la redención. En su corazón no era un católico más rígido que la señora de Warens. La confesión ante el sacerdote perdió para él toda significación; las ceremonias externas de la Santa Madre Iglesia llegaron a parecerle insensatas.

2

No menos que las obras científicas o de instrucción general, la literatura comenzó a apoderarse de él, como nunca, en las Charmettes. La idea de escribir debió haberla concebido como parte integrante de la formación de un caballero culto. Realizó determinados esfuerzos para aprender el latín con la ayuda de un diccionario. Se detuvo un tiempo con el "amable" Horacio; aprendió de memoria las églogas de Virgilio, tradujo a Tácito, a quien mucho admiraba. Leyó a Platón en latín, aunque, a fin de conocer mejor al gran filósofo poeta, intentó intrépidamente en una ocasión aprender el griego sin maestros.

Durante estos años leyó también codiciosamente la literatura francesa, desde Rabelais a Voltaire, de la que adquirió un conocimiento verdaderamente notable, particularmente en lo que se refiere a sus obras clásicas, que releyó muchas veces. Impregnóse de Corneille y de Molière; hizo de Voltaire, "genio sutil", su modelo en el estilo y empezó a escribir sus vacilantes versos didácticos, comunes entonces, los cuales perduraron como el único fruto de esta etapa formativa, de este período de formación, y en modo alguno revelan al gran maestro de la elocuencia que tan tarde se despertaría en él. Los primeros poemas epistolares sirven principalmente para ilustrarnos con más precisión que las retrospectivas *Confesiones* acerca de su estado mental y sus preocupaciones del momento. Podemos distinguir fácilmente lo que le conmovía y dejaba en él alguna huella. Sin duda alguna el joven Rousseau fué perturbado por Montaigne, escéptico genial, estoico elocuente, que por toda piadosa profesión tenía la de trabajar, evidentemente, para despojarnos de todas las inocencias con que nos iniciamos en la vida. (Sin embargo, aprendió más de Montaigne que de casi todos los demás.) Y La Bruyère con su irónica y cruel clarividencia, llenó también de desasosiego su corazón. Pascal, con sus "misterios impenetrables" y su horror al *pecado*, se posesionó de él solo por un momento, para dejarlo luego con un hastío permanente.

Quien más le conmovió fué Fénelon, el arzobispo benevolente, autor del *Télémaque* y de *Education des Filles*. Fénelon, que con su propia humanidad, simplicidad y amor al mundo natural había resistido a la estrecha ortodoxia, era, a fines del siglo XVII, el gran adversario del cardenal Bossuet. Fué el "buen Fénelon" el único de los cristianos famosos del período reciente a quien pudo entregarse por entero. Este moralista y poeta había revelado a una "generación demasiado civilizada" la bella simplicidad de todas las cosas vivientes. En sus páginas, la Naturaleza se muestra equitativa e indulgente, hay encendidos mensajes de esperanza, de fraternidad y de verdad, placeres perdurables. Había en él espléndidos exorcios sobre el noble ordenamiento del universo y los prodigios de la vida. La conciencia moral de Fénelon, que guía por el mundo al imaginario Telémaco, el inmortal mentor que ama a los niños, ejerce sobre Rousseau una pedurable in-

fluencia. De este modo su propio carácter, a pesar de los múltiples traspiés, adhiere a la conciencia moral, mientras vaga por los laberintos del conocimiento, que, desde ahora en adelante, le atraerán interminable y tentadoramente. "Si Fénelon hubiese vivido en mi tiempo —exclama ya entrado en años a Bernardino de Saint-Pierre— yo hubiera procurado ser su lacayo, su valet."

Sigamos sus juveniles tanteos en sus versos epistolares. Nos dice cómo, a pesar de lo mucho que le atraía, volvió la espalda a Montaigne, que podía "reír tranquilamente de las miserias humanas"; cómo protestaba en su interior contra "el infiel hipócrita de Newton"; nos habla de los extravíos de Descartes, soberbio, pero pura "novela". Y en cuanto a Voltaire:

Leerte caro siempre será a mi corazón
Mas se aparta mi gusto de los escritos frívolos
Cuyo autor sólo piensa en distraer su ingenio.

Se había fijado en él una actitud vitalicia de admiración encandilada y de aversión hacia su gran contemporáneo.

Lo que el joven Rousseau requería de los "buenos libros" que leía en la soledad de las Charmettes, a los veinticinco años, era el refuerzo de la conciencia moral como guía para la verdad. *Para mí, el corazón más que la mente tiene sus necesidades*, había escrito ya, alrededor de 1739.

Destaquemos el carácter particular asumido por su credo en el período provincial de inmadurez y por el cual "Dios había llegado a ser la más elevada fórmula conocida para la expansión de los sentidos... mientras colmaba Rousseau la medida de su dicha creando e invocando a un ser supremo concordante con los hermosos paisajes y los jardines con sol."

Las creencias morales y filosóficas se forman ahora en Rosseau, mucho antes de conocer en París a ciertos hombres, que se atribuirán el haberlo iluminado. En su mayor parte tales creencias fueron derivadas de o sugeridas por pensadores de un orden inferior. Hasta de las novelas o cuentos mediocres de principios del siglo XVIII, como las de Marivaux, y sobre todo del delicioso Abate Prévost, autor de *Manon Lescaut*, a quien leía apasionadamente, extrajo Rousseau algunas de sus ideas directrices. Extraía estas ideas más bien que otras porque su herencia y experiencia le habían predispuesto a adoptarlas y a construir sobre ellas.

En 1732 el abate Prévost había publicado *Cleveland*, cuyo protagonista predica a los aborígenes de América la religión natural de la conciencia y de la fraternidad humana. Allí, en los desiertos, donde reinan la honestidad y la inocencia, "entre las almas salvajes, cuya naturaleza es genuina y buena, era posible al fin predicar una religión primitiva y verdadera." *Debe seguirse la inspiración de la Naturaleza*,

es el principio que surge de la vieja novela. (Desde luego, ¡había naturalistas antes de Rousseau!) El héroe de la novela, Cleveland, dice: *Me convencí de que los simples impulsos de la Naturaleza, cuando no están corrompidos por el vicio, jamás se oponen a la inocencia; no necesitan ser reprimidos sino únicamente moderados por la razón.* A los veintisiete años se siente Rousseau hechizado por las grandes verdades que allí descubre. Al fin tenía su sistema.

En su prematura rapsodia autobiográfica para la señora de Warens, escribe:

...En "Cleveland" observo a la Natura
Revelarse a mis ojos conmovedora y siempre pura

Vagas ideas de una moral universal, de una religión primitiva, de una Naturaleza inocente, obsesionan ahora al recluso de Saboya. Ciertos desasosiegos le torturan, resultantes en parte de su educación cristiana y, en parte, de su gran disposición para las emociones religiosas, sin las cuales jamás hubiera llegado a ser Juan Jacobo Rousseau. Su fe era más positiva cuando se hallaba al aire libre, leyendo o meditando junto a la fuente, o paseando por el huerto. "Nunca me ha gustado orar en una habitación." En el jardín, donde "todas las cosas inocentes y afables le amaban", donde las palomas se posaban en sus hombros y en su cabeza mientras leía, donde las abejas que había pacientemente adiestrado serpeaban por sus manos, donde toda la Naturaleza parecía bella, apacible, comprensible, allí podía contemplar al Ser Supremo en Sus obras y sentir su corazón elevarse a Él. Por su fe, *nada pedía para sí* entonces, excepto una vida tranquila e inocente, libre del vicio y del dolor. El acto de rezar era algo pasivo y blando, un acto de admiración y de contemplación más que de importuna solicitación, "pues en presencia del dispensador de los bienes verdaderos, el mejor modo de obtenerlos es merecerlos."

Su sensibilidad peculiar frente a la Naturaleza, el panteísmo que Rousseau iba a transmitir a generaciones de románticos, eran sosegados e infinitamente tranquilos. Contrariamente a sus últimos discípulos, que se debatían en escenas de desolación y de violencia, amaba los riachos antes que los torrentes, las fuentes más que los océanos, las amenas colinas y sus valles, más que las grandes montañas. Y así, en estos tranquilos estados de ánimo, dando vueltas en su espíritu soñador a las imágenes y a los pensamientos *a posteriori*, las verdades le llegaban en grandes iluminaciones súbitas o "trances".

Las ideas se cristalizaban lentamente en su interior. "Diríase que mi corazón y mi inteligencia no pertenecen al mismo individuo", confiesa.

Lo siento todo, pero nada veo. Estoy como arrebatado, pero estúpido... Esta lentitud de pensamiento y esta viveza de sensibilidad no sólo me dominan en la conversación, sino hasta cuando trabajo solo. En mi cerebro las ideas se ordenan con una dificultad increíble; allí fermentan hasta conmoverme, enardecerme,

ponerme en estado febril; y en medio de esta emoción nada veo distintamente ni sabría escribir una palabra. Poco a poco toda esta batahola va cesando, se despeja el caos y cada cosa (como la escena de un escenario rodante) se coloca en su sitio, pero muy lentamente y después de una agitación confusa y prolongada.

De sus paseos por los campos y los bosques en las mañanas de verano, y de las escenas de la cosecha o de la vendimia en el otoño, pasa a escribir, en el retiro de su estudio, "plegarias" que poseen una curiosa mezcla del calvinista ginebrino hereditario, del católico externo, por adopción, y —ya— del deísta sincero adorador de la Naturaleza, que domina su mentalidad subconsciente y asoma en él cada vez más.

Padre de las misericordias... mi corazón se eleva en tu presencia para ofrecerte el homenaje y la adoración que te debe. Impregnada de tu inmensa majestad e infinita grandeza, mi alma se humilla ante ti...

¡Oh, mi Dios! Perdona todos los pecados que he cometido; dígnate tener piedad de mis flaquezas; destruye en mí todos los vicios a que ellas me condujeron. Mi conciencia díceme cuán culpable soy. Siento que los placeres todos, que mis pasiones, con exclusión de mi virtud, me han dibujado, han llegado a ser peores que la misma ilusión y se tornan en una aborrecible fuente de amargura... Avergonzado de mis pasadas culpas resuelvo enmendarlas con una conducta recta y prudente. Seré indulgente con los demás y severo conmigo mismo; resistiré las tentaciones; viviré puro; seré sobrio, moderado en todo.

Pasaba días enteros, y semanas, como si estuviera separado del torpe mundo externo y muy por encima de él. Fué presa de profundas crisis religiosas y debió haber tenido numerosos "trances" —mucho antes de aquellos famosos de años posteriores—, de los cuales salía de repente exaltado, previendo para sí algún destino heroico, resplandeciente. Cierto día leyó en un viejo libro (de Claville): "Nace a veces en el mundo un alma privilegiada para perpetuar la idea de *lo que fué Natura en su pureza*". ¿No sería ésta su misión? Y más adelante: "¡Ah, cuán glorioso sería poseer un alma así, impuesta desde lo alto con el deber de justificar las intenciones del Creador al hacer el mundo, y de mostrar con su virtud que éste se retrotrae a los tiempos primitivos!"

La idea de retornar a una fe y virtud primitivas, comenzó ciertamente a fascinar a Rousseau en las Charmettes. En verdad, su constitución mental se fijó allí virtualmente para siempre. Había sido oprimido, frustrado: había sufrido y cometido iniquidades. Pero finalmente se serenó y fué dueño de sí mismo. La fe, instintiva en él, le consolaba, particularmente en la forma entonces adquirida, dándole la certeza de ser él "la obra de Dios", un hijo de la Naturaleza. Mirando a su corazón, lo halló bondadoso y alentó esperanzas para él.

Los pasados en las Charmettes fueron ciertamente años paradisíacos, pues hasta las últimas horas de su vida asomábase Rousseau a ellos con pesadumbre. *Fuí lo que quise ser; hice lo que debía haber hecho.* Anheló una casa en el campo y la tuvo, quiso vivir junto a su *maman* y lo consiguió en parte. Se propuso desarrollar su mente, y pronto

tuvo conciencia de los sorprendentes resultados obtenidos mientras trabajaba solo, y de sus profundas facultades, del vigor de su alma, semejante al parecer al de las personas que le rodeaban.

Aunque menos articulado que en el futuro, tenía ya un plan de vida bucólicos, solitario y de estudio, que invariablemente le hacía feliz.

De esta suerte se formó, en su mente, la imagen perdurable del "Paraíso" de las Charmettes, representativa para él de la vida pura y buena. En alas de la necesidad, de la aventura o de la pasión, tomará por muchas otras direcciones, pero la "vida natural", dondequiera él se halle, le atraerá, siempre. Cuanto más se apartaba de ella tanto más maldecida pareciale su suerte. Este conflicto, causa de sus tormentos y de su salvación, es el gran drama de su vida.

Pero ahora el mundo presionaba sobre el joven recluso y le conducía hacia adelante.

3

Se opera en Rousseau una gran transformación durante los dos últimos años pasados en la casa de campo. El carácter y la conciencia parecen emerger lentamente, y percibimos ya en él cierta dignidad en sus relaciones con sus amigos sacerdotes y la sociedad de Chambéry. Hay gente que va a las Charmettes para gustar su conversación, y que regresa con buenos informes de sus principios. También sus cartas poseen una calidad más patente. Habla humildemente de su necesidad de adquirir modales de buen tono. En una carta fechada el 3 de abril de 1740 y escrita en solicitación de trabajo como tutor, dice en vena personalísima: "Los principios que profeso me han hecho olvidar a menudo la cultura de las facultades mentales en favor de los sentimientos del corazón, *y más bien he deseado pensar rectamente que saber mucho.*"

Cuando ocasionalmente surgía alguna crisis en los asuntos de la señora de Warens: altercados sobre la propiedad, las mercancías, las deudas o los latrocinios de los charlatanes, o cuando había delicadas propuestas que hacer al gobierno, entonces más que a Wintzinried apelaba a Rousseau, quien en nombre de ella y con buena ortografía redactaba documentos claros y vigorosos.

Estas crisis se producían ahora con mayor frecuencia. La fortuna de la señora de Warens, así como la de Rousseau, habían descendido, en 1740, a su más bajo nivel. Aunque vivía éste en soledad, cabalmente entregado al procedimiento heroico de autoeducación, grandes ansiedades y peligros le interrumpían y distraían a menudo.

Se perciben acentos de desdicha en ciertos versos tristes de *El Huerto.* (Publicado privadamente en Londres, en 1739, en forma de folleto.) Todo lo que posee, toda su bienaventurada existencia solitaria, lo debe y atribuye a la señora de Warens.

Virtuosa Warens: por ti he logrado
La dicha verdadera y consistentes bienes.

Y nuevamente:

Oh tú, Warens prudente, de Minerva discípula
Aunque no hacer más versos prometí
De tu bondad los frutos de nuevo he de cantar.

Estos versos crudos, que él mismo jamás admiró, eran una apología a su manera de vivir, ¡tan improductiva a los ojos del vulgo!, y a su ideal de sencillez y reposo en el seno de la Naturaleza, donde podía reflexionar a sus anchas sobre "las leyes naturales, los principios ocultos que mueven el universo."

¡Así hubiera permanecido eternamente, con el arrobador Montaigne o el "divino" Platón, bajo la densa sombra de un viejo árbol! Pero esto jamás pudo ser. El peligro acechaba. Alude él al destino como queriéndolo apartar de su benefactora. ¿No era verdad que las lenguas murmuraban a menudo de la extraña pareja y del aún más extraño trío, y que se procuraba separarlos?

Corazones ruines y almas mercenarias,
Mediante insinuaciones más crueles que benéficas (sic),
Separarme de ti intentaron un centenar de veces.

La situación es oscura, pero ni idílica ni agradable. Rousseau mismo nos dice que, hacia 1740, se sintió "nada" en la vida de la señora de Warens, mientras Wintzinried lo era "todo". ¿No había fracasado como administrador? ¿Había sido alguna vez más que una carga para ella?

En cambio, su menos culto rival era más favorecido por la señora de Warens, de quien era la luz de su vida y para quien, a pesar de sus notorias infidelidades con las criadas, se convirtió en su báculo y sostén. Además, teniendo en cuenta los raros principios sobre el amor físico que ella sustentaba, es muy posible que Rousseau la hubiese herido con cualquier abstinencia practicada.

El desarrollo de la conciencia moral en un ser a quien nada fué dado al respecto por la familia ni por la sociedad, es un fenómeno extraordinario, digno de observación.

Pero, ¿agradaba más a la baronesa que Juan Jacobo "la amase demasiado para degradarla"? En el renunciamiento o la frialdad de Rousseau, ciertos comentarios mundanos han visto, no sin humor, la principal fuente del desapego. Con toda su filosofía, la señora de Warens era una mujer, y hasta el mismo Rousseau llegó a sospechar que nunca le perdonó ella por "las privaciones que se había impuesto". Aunque se simulen aprobarla, es ésta una de las cosas que las mujeres jamás perdonan.

Sea como fuere, se le estaba alejando suavemente. Tenía veintiocho años y era hora que su devoción por el "conocimiento superior" le condujera a alguna situación en el mundo. En marzo de 1739 escribió una carta servil al gobernador general de Saboya, en que solicitaba una pensión con motivo de su mala salud, su vida virtuosa y sus talentos (!). (Aunque es posible que este documento no haya sido enviado.)

Poco después proyecta un plan de mejoramiento del sistema de diligencias para el tránsito de mercaderías a través de los Alpes y lo propone sin éxito al gobierno. Finalmente, volviendo a sus estudios musicales, inventa un sistema de notación de cifras, con el cual creía que los estudiantes podrían aprender a leer música en tres meses.

Busca capital para éste y los otros planes, pero al cabo acepta una plaza de tutor que se le ofrece en abril de 1740. Fué la señora de Warens quien había dispuesto, mediante un amigo, que Juan Jacobo fuese a Lyon en calidad de preceptor de los dos hijos del señor de Mably, gran preboste de aquella ciudad. Después de haber "formado sus gustos" y facilitádole el tiempo para educarse, en la medida que sus malos negocios lo permitieron, sintióse ella aliviada al enviarlo al mundo a realizar sus planes.

No vaya a creerse que se separaron enojados. Siempre se apartaba de ella con muchas lágrimas y un millar de miradas retrospectivas. El "sensible" e impulsivo joven —pues a ratos asoma en él ya su carácter definitivo— se aleja de su amado valle de las Charmettes, así como de su benefactora, con el alma desgarrada.

Ella, por su parte, perdona a su "ahijado" casi todo. Al parecer aprovechaba todas sus partidas para ocuparse tiernamente de su guardarropa. En una carta fechada en 1740 reprende él amablemente a la señora de Warens por haber *adquirido* lino para sus camisas y haberlas agramado y tejido ella misma. Tan pronto como se aleja de su umbral comienza a escribirle constantes y solícitas cartas, que evidencian su preocupación por la salud de la baronesa. Todos los testimonios corroboran el perdurable afecto descripto en su autobiografía.

En Lyon, "ornamento de Francia", como él mismo califica a la ciudad donde las artes y la industria florecían juntamente, comienza a manejarse solo, lejos de su querido valle, para abrirse camino al lado de otros seres humanos y bajo condiciones favorables.

Fué como si sus facultades, tanto tiempo detenidas en su desarrollo, y tal vez por eso mismo, sobresalieran entonces más. Ciertos hombres cultos y de talento, a quienes halló en Lyon, formaron su círculo de amigos y se interesaron por él. Entre ellos, encontrábanse el músico David, que le había albergado en un desdichado viaje anterior, el "bueno" de Parisot, poeta y cirujano, y el profesor Carlos Borde, de la Academia de Lyon, que le alentó a escribir, aunque terminó por arrepentirse grandemente del consejo.

El señor Mably, que le tenía a su servicio, era, no obstante la severidad de su cargo, un hombre indulgente e ilustre. El sueldo de Rousseau fué fijado en cuatrocientos francos anuales, pero sus perspectivas eran más promisorias que este emolumento. En la influyente casa del

señor Mably tuvo ocasión de conocer a los hermanos de éste, jóvenes ambos de grandes condiciones, siendo el uno el abate de Mably, que llegó a ser famoso en el Siglo de las Luces como historiador y economista, y el otro el abate de Condillac, cuya celebridad iba a ser mayor aún como filósofo y principal discípulo francés de Juan Locke. Ocurriósele al melancólico Rousseau que de la dueña de casa, señora de Mably, podría sacar también partido, por lo que, al principio, comenzó a suspirarle con discreción. No obstante percibirlo, no le respondió ella en absoluto, y puesto que "todas sus miradas y suspiros eran en vano", pronto se cansó de ellos.

Puesto a sí mismo a prueba, la evolución de Rousseau se acelera; su carácter asume una calidad más definida aún y se particulariza por una especie de *malaise* permanente, de melancolía y hasta de misantropía.

Ciertos fragmentos primeros de su pluma nos dan una clara vislumbre de su vida interior en esos momentos. Como maestro, fué Rousseau un fracaso notable. Sufría por sus discípulos, aunque el mayor, Sainte Marie, le agradaba. En su distracción, perdía él, de quien se esperaba que transmitiese a sus alumnos el espíritu de la razón, la suya propia. Empero, escudriña atentamente a los dos niños durante un año y se dedica fervorosamente a aprender cómo se desenvuelve la mentalidad infantil, cuáles son sus intereses y flaquezas. Incorpora sus observaciones en una "nota" sobre el método educacional que debía usarse para el niño Sainte Marie, que presenta a Mably en 1740. Esta nota es una anticipación del *Emilio*, escrito más de veinte años después.

En su prematuro manuscrito, remítese Rousseau a principios que se oponían a frenar los instintos infantiles. Era escéptico en cuanto a la enseñanza disciplinada —la única entonces prevalente—, porque precipitaban al niño precisamente hacia los perniciosos impulsos prohibidos, a los que "se abandonaría en la primera oportunidad". Los principios del *Emilio*, como vemos, son el fruto de una reflexión prolongada durante más de veinte años y dirigida, desde el más temprano período, contra los métodos de enseñanza jesuíticos. Sin embargo, hay también divergencias entre su posición primera y la ulterior. El joven Rousseau respeta a la sociedad, lucha por ser hombre de mundo. Sostiene ahora que es por el contacto precoz y constante con los otros seres humanos cómo el joven llega a comprender al mundo y a adquirir los buenos modales: es mediante "la primera mujer que le inspira el gusto" cómo llega a conocer a Racine y Molière, Rameau y Voltaire, pues la mundanalidad tiende a calmar las pasiones. "Todas las grandes pasiones se producen casi siempre en los corazones solitarios y melancólicos."

Rousseau no quería hacer de su primer alumno un "salvaje feliz"; por el contrario, como tiene la preocupación de explicar, anhelaba exponerlo al mundo con moderación. El mismo, según confiesa en una digresión revelante, está poco preparado para el mundo cortés. *Sé que en más de una ocasión me han considerado un carácter triste y misantrópico, escasamente apropiado para transmitir la suavidad y los finos modales a vuestro hijo, en fin, un sujeto rústico y pedante que nada sabe de la sociedad y aún menos en cuanto a formar a un joven alumno.*

En breves trazos, dolorosos y memorables, describe su propio carácter. Admite poseer una tendencia hacia la melancolía, pues vivió siempre en la soledad, "enfermo durante mucho tiempo, languideciendo físicamente, considerando el fin de sus días como la cosa más familiar."

Su alma ha estado siempre "abierta al dolor"; más aún: es la víctima de una invencible tirantez que le torna silencioso y hasta *taciturno* en presencia de las personas. Afirma finalmente en este inestimable documento que siempre sintió una "profunda indiferencia hacia lo que otros consideraban brillante"; la opinión del mundo apenas lo conmueve. No obstante, si cuantos le menospreciaban le hubiesen tratado íntimamente habrían hallado en "la dulzura de carácter" su más grande virtud.

Sin embargo, cada vez se parecía menos al tímido y torpe "hijo libre de la Naturaleza". En la opulenta e industriosa Lyon había caído en un círculo de gentes intensamente civilizadas y hasta "libertinas" en el viejo sentido de libertad de pensamiento. El profesor Borde, amigo de Voltaire, con quien mantenía correspondencia, observaba sus primeros versos. En su "Epístola a Borde" de 1741, muestra Rousseau la influencia de este hijo del Siglo de las Luces. Se proclama "hecho de vanas quimeras"; lejos de declamar contra la civilización moderna, se "estremece al pensar en la superstición y la ignorancia"; elogia al lujo y al comercio, que hacían prosperar la riqueza y desviar a la mente de la peligrosa ociosidad, y, finalmente, alaba a las artes y las ciencias "por haber dorado nuestras cadenas, embellecido el mundo y multiplicado los bienes de la Naturaleza." No era ya el risible Don Quijote de unos ocho años atrás; "los juegos del Parnaso" le fascinan ahora. "Lyon, seductora morada de los hijos de Pluto", habíale enseñado los placeres verdaderos. El que no había sido "sino un niño desamparado y orgulloso, cuya burlesca arrogancia entremezclábase cómicamente con su infantil vena romancesca", se amansaba a la sazón en un "clima menos salvaje". Oye por vez primera conversaciones inteligentes, *bons mots*, versos elegantes; siente con Borde, Parisot, David y otros, todos los atractivos de una vida animada y mundana, así como los placeres de buen gusto; el embeleso de las bellas artes resplandece ante sus ojos extasiados. "Me estoy volviendo más sabio" dice, en efecto, a Borde y a Parisot (a quien dedica también una de sus primeras "Epístolas"). Respecto a las grandes fuerzas que operan en la sociedad, ya no deseo ni simpatizo con la pobreza y la vagancia."

La fe tranquila con que había emergido de las Charmettes, también fué sometida a prueba, objeciones, alteraciones. La "superstición" debía desecharse para siempre. Y agrega socarronamente: "¿Debo afectar el gesto de los beatos sirviendo al Cielo para hacerme un lugar

y asegurarme con la hipocresía el éxito de mis planes? ¡No! ¡No puedo obligar a mi alma sincera a disfrazar así su carácter!"

El curso de su progreso mundano, el abandono de todas sus "quimeras", están tan claramente señalados por él en estos primeros fragmentos que, aunque ineptos, nos dan un cuadro mucho más candoroso de su alma en esta etapa que *Las Confesiones*. Pero al contemplar esta evolución se siente anonadado por la incertidumbre y la sensación de pérdida genuina. ¿No eran las Charmettes algo perfecto en sí mismo? ¿Podría cualquier beneficio mundano reemplazar alguna vez la libertad, el alborozo sentidos allí? Esta dualidad suya es todavía visible en la temporada de 1741-1742. Todas sus oscilaciones, dudas, partidas en falso, están determinadas por esta dualidad, hasta que cierto día es presa de una gran crisis. Piensa en la señora de Warens. ¡Oh! ¿qué elegiría? ¿La civilización? ¿La Naturaleza? ¿No había hallado en el apacible valle, donde vivió de conformidad con todas las cosas animadas, la "edad de oro", la vida buena y natural? ¿No era un hijo de la libre Ginebra? Era un "republicano orgulloso que conocía poco las costumbres de Francia". Y en sociedad, como hombre de letras —"¡oh! ¿qué haré allí tímidamente?" ¿Debía por fuerza adular vilmente a "los grandes", arte que no se le había enseñado en la juventud?

Podía compartir el Poder Sumo
Con sólo haber nacido, me enseñaron.
Aunque débil y obscuro ciudadano,
Era de la común soberanía...
Sin arrepentimiento allí vivimos,
Ignorados y humildes, pero al menos
Gozamos libertad entre los muros.

Hasta en el Rousseau joven hay un fervor dramático, una pasión por la igualdad. Si desde su infancia había valorado su ahora perdida "ciudadanía", más aún estimaba los goces serenos, la paz interior de sus días pasados cerca de Chambéry. Su alma entonces hallábase dividida.

4

Después de un año de ensayo como autor, renuncia y emprende su regreso, en mayo de 1741, para hacer una breve visita a la señora de Warens, golpeada por la pobreza. No la había olvidado; por ella había vendido su vajilla de plata; le había remitido dinero propio. Halló todo en desorden. La casa, cargada de deudas, se derrumbaba. Muchos vínculos le unían a ella; muchos recuerdos le arrastraban a su lado (!). Sin embargo, como las ratas que huyen de un barco que se hunde, se despidió.

Regresa a Lyon en julio de ese año, después de la melancólica visita en que "buscaba un pasado inexistente ya y que no podía renacer", pues la señora de Warens tenía entonces cuarenta años...

Su corazón estaba inquieto. Debido al poco poder que la matrona señora de Chambéry ejercía todavía sobre su naturaleza exótica, después de catorce años, emprendía él pequeños experimentos o *amourettes*, de los cuales no ha dicho todo en la primera parte de *Las Confesiones*. Hay una extraña carta dirigida a la señorita la Buissière, ubicada por los últimos editores de su correspondencia en 1741, que refleja con vivacidad el callejón sin salida de su frustración erótica.

Cierto día, en Lyon, sigue a esa muchacha a los baños. La contempla allí, ¡oh cielos!, y le escribe una carta anónima en el estilo peculiar de ataque acostumbrado a principios del siglo XVIII, antes de ponerse en boga el sentimentalismo:

> Apenas me atrevo a confesarle, señorita, las circunstancias a que debo la dicha de haberla visto y el tormento de amarla... Lo que vi no fué tanto su figura esbelta y ligera, sus contornos garbosos... la frescura de lirios profusamente desparramada sobre su persona, como esa mata de suaves cabellos, hija del pudor y la inocencia, cubriéndole el rostro, cuando perversamente me ofrecí a su vista y la descubrí mientras cantaba usted una copla.

De este modo florido alaba sus ojos, su forma, su alma y se refiere a la terrible confusión que todo esto causó a su corazón. ¡Y la culpa es de ella! "No vaya usted más a los baños o sea más discreta." No estampa su nombre a esta efusión de sátiro sino que firma: "El hombre que más la ama y la estima."

Al parecer, no tuvo consecuencias este detallado relato de su contemplación a hurtadillas, si bien la dama conservó la carta y puso en ella el nombre del filósofo que la había escrito [1].

Una aventura de mucha mayor magnitud se posesionó pronto de su anhelante corazón, la que, no obstante el poco espacio que le dedicó en el relato dramatizado de sus años juveniles, sabemos, por notas y fragmentos exhumados en la Biblioteca de Neuchâtel, significó un importante paso en su desarrollo erótico. La "Epístola a Parisot", de 1742, habla misteriosamente de "su tranquilo corazón herido *por vez primera*, mientras el amor, feliz de tentarlo, le enseñó "a suspirar" a través de unos bellos ojos.

Era Susana Serre, a quien había visto antes varias veces y a la que volvió a encontrar años después, quien le había deslumbrado con sus encantos ya maduros. No obstante, le dedica una pequeña parte de *Las Confesiones*, tal vez a causa de las exigencias literarias o de la vaguedad de sus recuerdos, en los que la señora de Warens llegó a ser la figura dominante. Pero en este período el amor a su "madre amante" y la influencia de ésta sobre él se habían esfumado; su pasión, frustrada en los viejos canales o muy perturbada por sus excesos privados, se fija ahora en una hermosa joven de su edad, que se adaptaba

(1) P. P. Plan, en la *Correspondance Générale* atribuye esta carta anónima de Rousseau, a 1741, en virtud de los rasgos característicos de su letra por esa época.

notablemente a sus necesidades particulares, pues tenía una inclinación sádica perceptible.

En las "notas" sobre Susana Serre suprimidas por Rousseau hay una corriente emotiva dual de adoración y de sumisión. Sus recuerdos, escritos muchos años después, son genuinos:

Mi corazón estaba tranquilo a su lado y nada deseaba... La palabra amor no fué siquiera pronunciada entre nosotros. Pero no puedo desprenderme de la firme convicción de haber sido apasionadamente amado por ella... ¡Oh!, cómo un "te amo", dicho de la manera que podríamos imaginar, habría, en nuestro extraño estado, resultado frío. Estoy convencido de que si uno de nosotros hubiera dicho "te amo", le hubiese replicado el otro al instante: "Ya no me amas"...

Y si en esta situación nuestros ojos se hubiesen encontrado un solo momento no hubiéramos sido dueños de nosotros mismos, se habría ella perdido. Si bien evitábamos mirarnos mientras estábamos solos, éramos capaces de controlarnos cuando estábamos en presencia de otros; la influencia de nuestras miradas nos decía cuán grande habría sido el peligro en un *tête-à-tête*.

Obsérvese qué imperioso y casi tierno aparece el carácter amatorio de Susana Serre entre sus recuerdos, y excita al más o menos consciente masoquismo de Rousseau con una mezcla de dolor y goce. Ella no cede, no quiere abandonarse a él.

Esta severidad era para mí cien veces más deliciosa que, de habérmelos otorgado, sus favores. Parecíame que me trataba como a un objeto que le pertenecía; que me aceptaba como a algo de su propiedad, que se posesionaba de mí. Ya no me rogaba que hiciese algo; me ordenaba.

Me ordenaba leer y leía, leía mal; era difícil hacerlo bien ante ella. Dos o tres veces me hallaba erorres. Finalmente me ordenaba callar. Yo me emocionaba mucho y le rogaba que me permitiese continuar. Ella sufría. Luego reasumía yo la lectura como nunca lo hiciera en la vida...

Una vez, ¡oh cielos!, sólo una vez, mi boca se rozó con la suya. ¡Oh!, recuerdo: ¿te perderá en la tumba?

Durante esta estancia su afecto hacia mí pareció duplicarse. La hallé algo más gentil y tierna en sus caricias, y mi pobre corazón, siempre sediento, recibía con fuertes latidos las manifestaciones de su amistad.

"Me parece que somos muy buenos amigos" —me dijo—. "Sí —contesté—, y hubiéramos podido serlo más aún. ¡Ah, cómo te hubiese amado! Pero para ello *hubieran sido necesarias cinco condiciones*, de las cuales, la más fácil es insalvable y no debemos soñar en ello."

Permaneció ella confundida y nada contestó. Era natural, pero no lo fué cierta expresión de sus ojos que acompañó al silencio, incomprensible para mí, en ese momento y que no olvidaré mientras viva...

Este movimiento casi imperceptible repelió por siempre a mi corazón (2).

Estas escenas, recordadas por un anciano, son vivaces. ¿Le perturbaron ellas mucho, no obstante querer él revelarlo todo, puesto que se referían a los más profundos secretos de su naturaleza? No creemos

(2) Los fragmentos sobre Susana Serre, a la que se refiere suscintamente en *Las Confesiones*, fueron descubiertos posteriormente entre los manuscritos de Rousseau y depositados en la Biblioteca de Neuchâtel, Suiza, hace más de un siglo.

que fuese Rousseau un pervertido en grado sumo, sino más bien en una forma que se reconoce por "sublimada". Quizá el carácter de las almas muy apasionadas y femeninas que se entregan plenamente a las exigencias del amor sea inherentemente masoquista.

Su amor con Susana Serre fué atribulado y breve, pero ejerció en él más influencia que la reconocida en el corto pasaje alusivo de *Las Confesiones*. La transferencia de los afectos de su *maman* a esta joven beldad enérgica y perturbadora tendrá para él las más extremas consecuencias. Se excitaba violentamente, era una cosa palpitante entre sus manos, a sus pies. De haberla poseído habría hallado una solución clara y feliz a su problema sexual. De entonces en más todos sus planes, determinados por éste, se habrían alterado formidablemente o quizá reducido...

Nos lo sugiere la desconcertante carta "a la señorita..." que ha sido clasificada como perteneciente a este período (1741-42).

Me he expuesto al peligro de no verla más —comienza—; y el volver a contemplarla ha justificado mis temores y reabierto todas las heridas de mi corazón. He terminado por perder la poca razón que me quedaba y no sirvo más que para adorarla. Desde que no espero ni deseo curarme de ello mi trastorno se agrava... Comprendo, señorita, que por su parte no hay posibilidad de ceder, pues soy un joven sin fortuna, que no puedo ofrecerle más que mi corazón. (Volvemos a percibir una nota de dolor placentero).

Me ha tratado usted con increíble crueldad, y si en ocasiones ha sido usted complaciente conmigo, me ha hecho pagar tan cara ese complacencia que juraría no tiene usted otro propósito que el de *torturarme*.

Con todo, cree que su corazón, "como la cara de ella", está hecho para el amor. En realidad ha llegado a saber, sin duda alguna, que vive ella en concubinato con otro hombre y, por casualidad, también el nombre del feliz mortal que supo conquistarla. ¡Oh!, si en cambio hubiera ella escuchado a Rousseau, "me atrevo a afirmar que le habría hecho conocer la verdadera felicidad". Es evidente que procura transmitirle algo de su ardiente pasión. Está arrebatado, dice; cree morir cuando piensa en poseerla. Y al mismo tiempo le ruega que no se haga monja...

Como no era ambicioso, había decidido pasar el resto de sus días "como filósofo en un retiro que se me ofrecía: *usted ha destruído todos mis hermosos planes.*" Fué, pues, Susana Serre, la causa de su apresurado regreso de Lyon, desde Chambéry, para una segunda estada. Como le era imposible vivir lejos de ella, emprendía viajes, trazaba planes, tales como el de la notación musical, cuyo fracaso atribuía a su mala estrella... Es arrancado del solitario celibato en que se había refugiado. Nuevas agitaciones, ambiciones, esperanzas, que le poseen y dominan, se concentran en Susana Serre; y a pesar de su postración se esfuerza en realizarlas. Sin embargo, iba a ser desviado de su intención originaria.

El hecho es relatado muy diferentemente en el libro sexto de *Las Confesiones*. "Ella no tenía nada y yo tampoco", dice. Las "cinco condiciones" a que se refiere en los fragmentos suprimidos señalan también este estado de cosas. Sus situaciones eran demasiado semejantes para unirlos, y "con las miras que yo llevaba estaba muy lejos de pensar en el matrimonio." Por otra parte, había un joven comerciante llamado Genève que deseaba casarse con Susana Serre. Rousseau le conoció y parecióle de buen carácter. "Persuadido de que con él sería dichosa y para no turbar sus inocentes amores me apresuré a partir, haciendo votos por la felicidad de esta encantadora joven."(!). Según él, Susana Serre murió dos o tres años después del matrimonio [3].

Todo el episodio narrado en *Las Confesiones*, con su moraleja: "El recuerdo del bien que hemos hecho recompensa nuestros sacrificios en aras de la virtud y del deber", nos hace pensar en Goethe abandonando a Federico y a Carlota para seguir el curso de su destino célebre. Pero en el caso de Rousseau, es evidente que fué él rechazado o, por lo menos, que hubo de retirarse ante un rival más afortunado.

Fué frustrado en su amor. Debió haber vuelto al silencio de las Charmettes con las manos vacías y amargura en el corazón, y contemplado de nuevo con dolor las marchitas bellezas de *maman*. No era él ahora muy joven. A los treinta años, su inquieta expresión estaba surcada por las huellas de la ansiedad, la melancolía y el sentimiento de la incertidumbre y de la frustración, que se habían apoderado de él firmemente. El carácter de Saint-Preux, en *La Nueva Eloísa*, recuerda claramente al de Rousseau en su juventud: enfermo no sólo por el amor sino también por la fe. Es un joven de "corazón sensible", impulsivo, amante, ávido de afectos. Sus ideales son nobles y humanos; su carne es débil. Suspira a solas; llora con nueva e inmensa *amargura universal* al sentir destrozados sus más caros designios por la indiferencia del mundo que le rodea.

Un buen libro, un amigo, libertad, paz...
Para la eterna dicha, ¿debemos desear más?

Pero todo el idilio de Chambéry o del valle de las Charmettes se desvaneció al llegar allí, una vez más, en el invierno de 1742.

"Lo dejé todo, renuncié a todo, partí, volé con el mismo arrebato de mi juventud primera para arrojarme de nuevo a sus pies." Mas, ¡ay!, nada era lo mismo. El jardín, los árboles frutales, la fuente de las Charmettes, ya no le consolaban. Durante algunos meses, enfermo del cuerpo y con el corazón hastiado, permanece en la misma situación que antes había dejado. Su único goce era encerrarse en su gabinete

(3) Los archivos parroquiales de Lyon evidencian que la señorita Serre se casó en realidad con un tal Juan Victor Gnève en 1745, casi tres años después que Rousseau había partido de Lyon. Un año *antes* del matrimonio había tenido un hijo y vivió lo bastante como para engendrar dos más, uno en 1752.

para trabajar duramente en su proyecto musical. Finalmente, en junio de 1742 (todos sus planes convergían al logro de algún éxito para salvar a su "tierna *maman*", que atravesaba entonces aprietos desesperantes), parte de Saboya.

No deseaba la gloria, dirá después. Sin embargo, habíale llegado la hora, como a tantos otros provincianos de talento, impulsados por la necesidad, la oportunidad o la ambición hacia el más amplio escenario de la resplandeciente capital (un banquero de Lyon le proveyó de los fondos necesarios para llevar a cabo en París sus planes musicales). No era ya uno de esos jóvenes impresionables y despreocupados que iban a la metrópolis en busca de fortuna. Sus muchas privaciones y desengaños habían delineado su rostro y ensombrecido sus bellos ojos obscuros. En gran parte, estaba ya formado por las manos de una mujer. Tenía respecto de sí mismo menos ilusiones que sus jóvenes contemporáneos y tal vez una confianza mucho menor. Poseía, en fin, cierta filosofía de la vida, cierta fe, que no podía aun precisar claramente con palabras, pero que estaban simbolizadas por el valle de las Charmettes.

Durante el mes siguiente, julio de 1742, estuvo nuevamente en Lyon, donde solicitó a los Mably, y otros, cartas de recomendación, y vió por última vez a Susana Serre. Tomó luego la diligencia rumbo a París, llevando en su alma aquel sentimentalismo moral helvético que tanto hubo de caracterizarlo.

LIBRO II

El Sentimental

Capítulo VI

EN PARIS: EL ALMA DUAL

1

Aureolaba al París galante del siglo XVIII un resplandor de prestigio y de gloria que era el fruto cultural de muchas generaciones. En tiempos de Luis XV era París una ciudad muy civilizada, cosmopolita y, sobre todo, alegre. Las suntuosas mansiones sobre ambas orillas del río, el estrépito de los carruajes, las fiestas, los bailes de máscara, los largos y anhelados convites, el notable teatro de Corneille y de Molière, la ópera, la interminable bulla de las conversaciones y de las bromas en animados cafés, plazas públicas o jardines, eran algunas de las tantas atracciones terrenas que conspiraban contra el alma, invitándola a un placentero olvido. Entre coetáneos enteramente corteses, sabían los franceses divertirse, pasar la vida en una sucesión encantadora de entretenimientos. Sus maneras externas eran gentiles, precisas y delicadas. Como en parte alguna de Europa, sus conversaciones estaban llenas de alusiones al drama, la poesía y la filosofía; frente a un crepúsculo pintado por Watteau y, posteriormente, por Fragonard, las relaciones privadas entre hombres y mujeres se volvían audaces y saladas.

¿Quién en aquellos días deseaba vivir en las profundidades del campo? Cabalgaban los hombres un centenar de leguas sin más propósito que el de asistir a un banquete o a la representación de una ópera y regresar de inmediato. El talento era atraído como por un gran imán hacia esta metrópolis de 600.000 almas, que le brindaba abundantes oportunidades. Hasta Rousseau, como tantos otros, estimulará a los jóvenes a ir a París alguna vez en su vida, a fin de completar su educación. "El espíritu dominante en la sociedad parisiense —dice— induce a pensar con claridad y amplía el intelecto. El que tenga una chispa de genio, viva un año en París. Pronto será lo que es capaz de ser; de lo contrario, no será nada."

Pero en la Ciudad Luz había odiosos contrastes, que se fijaron en la mente del obscuro provinciano, que llegó allí en 1742, después de un viaje en diligencia de diez días, y se instaló cerca de la Sorbona, en el Hotel de San Quintín, ubicado en el callejón de la Rue des Cordiers: "calle vil, hotel vil, habitación vil". Contempló las negras paredes de las viejas moradas. En verdad, como dijera Voltaire, era París tan villano como noble. Las brillantes carrozas se precipitaban orgullosamente por las estrechas calles empedradas con guijarros, por sobre el barro, las basuras y los excrementos, atropellando a menudo a mendigos, pregoneros y toda suerte de charlatanes que pululaban también en la soberbia capital.

Aunque trayendo consigo su lánguida inestabilidad, su silencioso anhelo de certezas, había Rousseau dejado de ser un adolescente impresionable, capaz de adaptarse sumisamente a la vida que le rodeaba. No era ya el tosco vagabundo a quien toda esta opulencia y miseria había desconcertado diez años atrás. Era, sin duda, "tímido y torpe", como a sí mismo se describe, "ignoraba en absoluto las costumbres sociales", pero, a la verdad, su timidez no constituía ya un obstáculo para él.

Educado por una mujer, se le acogerá con estima en una sociedad dirigida casi por mujeres. Sabía congraciarse y manifestar su sensibilidad de una manera que atraía, sin ofrecer quizá peligro.

"Un joven que llega a París con una cara regular (la suya fué considerada notablemente hermosa) y hace vislumbrar su talento, está siempre seguro de hallar buena acogida" —dice Rousseau—. Fuera de esto no explica los pasos de su progreso, enteramente asombrosos. Con respecto a todos los esfuerzos frenéticos, los planes y campañas a que el talentoso desconocido es impulsado por la miseria, guarda silencio. La proverbial hospitalidad mental y la curiosidad de los parisienses debió haberlo auxiliado grandemente. El mismo, pese a lo que haya podido decir en días posteriores, agradeció siempre el vivo interés, la afabilidad y hasta las fáciles promesas de ayuda que hallaba por doquier.

Mediante cartas de recomendación, provistas en su mayor parte por el abate de Mably, de Lyon, conoció, entre otros, al padre Castel, filósofo jesuíta y algo músico, al sabio y académico Réaumur y a Claudio de Bose, de Lyon, que tenía también alguna función académica. En su hotel se relacionó con un mercader suizo llamado Daniel Roguin, que llegó a ser su amigo perdurable. Esta amistad, a su vez, determinó su encuentro con Dionisio Diderot, joven filósofo llegado recientemente de provincia que se interesaba vivamente por todo cuanto existía debajo del sol, incluso el nuevo invento musical de Rousseau.

Fragua planes, escribe fragmentos, poemas epistolares —donde la ciencia se mezcla gravemente con el pietismo suizo— que son placenteramente aprobados por los escritores consagrados a quienes recurre, tales como el delicioso y satírico Marivaux y el célebre Fontenelle. Estos hombres, lejos de rechazarlo, se forman del porvenir de Rousseau un concepto optimista, vislumbran vagamente sus facultades, ocultas durante años, y que se expresaban más a través de su personalidad que de sus trabajos visibles.

El 23 de agosto de 1742, a la semana o dos de su arribo, es presentado por Réaumur a la Academia de Ciencias, donde lee su "Plan para los nuevos signos musicales", en el que fundaba grandes esperanzas de revolucionar las bellas artes y alcanzar de un salto "aquella celebridad que en París corre pareja con la fortuna".

Los distinguidos miembros de la Academia dictaminaron que el sistema no era nuevo ni útil; sostuvieron que tales inventos habían sido ya proyectados y que no conducían a nada. Sin embargo, le concedieron un "certificado" por el que atestiguaban la claridad e inteligencia con que había expuesto sus ideas.

Fué el gran compositor Rameau quien vió al momento la debilidad del sistema de Rousseau. Las indicaciones numeradas en lugar de las tradicionales notas son muy ingeniosas, pero "exigen una operación de la inteligencia que no siempre permite seguir la rapidez de la ejecución, mientras que las notas, por su posición, se manifiestan a la vista sin el concurso de ese trabajo" (el de visualizar la posición).

No obstante, comenzó Rousseau a preparar obstinadamente, para la publicación, su trabajo titulado "Disertación sobre la música moderna". En una ciudad donde nada por el estilo pasaba inadvertido, tuvo éste su pequeña fama: mereció menciones en gacetas y dió lugar a cartas favorables y adversas. Unos pocos alumnos que intentaron aprender la música por "el nuevo método" le mantuvieron en su brega durante algunos meses. Pero bien pronto desapareció todo interés por el asunto y Juan Jacobo, en una indigencia que le era familiar, subsistió tranquila, pasivamente, hasta consumir, con lentitud, el saldo de sus quince piezas de oro.

Durante hermosas mañanas leía poemas en los jardines de Luxemburgo, jugaba con habilidad al ajedrez con hombres de la talla de Philidor y, con cierta tristeza y perplejidad, escuchaba interminables charlas en los cafés frecuentados por los *illuminati*.

En verdad, fué vencido por la envidia ante la facilidad de palabra y la seducción de las conversaciones que oía en todas partes. Era el lenguaje francés a la sazón una sana moneda corriente con la que toda Europa anhelaba traficar. El poeta de los "allobrogians" oyó discusiones sobre "poesía, filosofía y amor; sobre los sentimientos y los hombres; sobre los reyes y los dioses; sobre el espacio, el tiempo, la vida y la muerte".

En este nuevo día de la Civilización, oyó hablar de las "leyes de la naturaleza", de la prevista "victoria de la razón". Se embriagó con las ideas generales. Al recuperarse, hallóse fascinado y abatido a la vez.

El francés, como ha dicho Taine, amaba la compañía —que el extranjero suizo tanto necesitaba—, sentíase cómodo en ella. Por instinto desconocía el embarazo de las razas nórdicas, las poderosas pasiones meridionales. Conversar no significaba para él esfuerzo alguno; no tenía que vencer la natural torpeza ni tendía a las reflexiones graves. Todo era sutil, brillante, ligero, variado; el intercambio de atenciones, favores, halagos, era un aire nativo que se respiraba sin dificultad. En esta interminable *causerie*, la gente se divertía y entretenía a los demás.

Para el parisiense típico (escribe Taine en su excelente análisis de la época), la conversación es como el vuelo de un pájaro; con cautela, excitado por el movimiento de los demás, se desliza de idea en idea, a saltos, con vueltas y rodeos

inesperados, ora precipitadamente a tierra, ora elevándose a las más altas cumbres, sin caer jamás en agujeros, enredarse en los breñales ni exigir de las miles de materias acariciadas más que la diversidad y la alegría de sus aspectos.

Todo este estro y elegancia, todo este "genio de la claridad" francesa, terminaban por desconcertar al visitante, preocupado y confundido, sin agilidad ni lucidez mentales, pero en quien las pasiones se acumulaban por el esfuerzo de una larga y desordenada reflexión.

Las cartas de Saint-Preux en *La Nueva Eloísa,* que tan precisamente pintan las impresiones del joven Rousseau en París, reflejan sus profundas reservas y recelos de entonces.

Sin duda, había sido recibido amablemente, pero el gran hechizo, las conveniencias mundanas de la vida social no eran, en verdad, para los como él, pobres y rotosos. Con mucho azoramiento había realizado esfuerzos para encaramarse algo por sobre su rutina, pero había fracasado ruidosamente.

Se habría reconciliado con su poca fortuna —nos dice— de no haber encontrado nuevamente en un café al padre Castel y recibido de éste un consejo sano.

—Puesto que los músicos y los hombres de ciencia no le son de utilidad —díjole el eclesiástico—, cambie el tono e intente con las mujeres.

Después de indicarle ciertas damas, y de prometerle hablar a algunas de ellas, como la condesa de Bésenval, cuyo marido era un suizo acaudalado, y su encantadora hija, la marquesa de Broglie, envió a Rousseau a la señora Dupin, famosa beldad y esposa de uno de los poderosos asentistas generales.

—En síntesis —concluyó—, en París *nada se hace sino por mediación de las mujeres.* Admírelas, cortéjelas, pero cuídese de enamorarse de ellas.

¿Las mujeres de París? En sus salones cortejaban y halagaban a los talentos proscriptos hacía rato por la Corte de Versalles, que conservaba a la sazón tan sólo el simulacro del esplendor cultural de Luis XV.

Fuera de los lujosos recintos del Borbón, las viejas y rígidas barreras de casta desaparecían. Aunque persistían en ellos las brutales distinciones y las leyes terribles seguían en vigor, hasta los aristócratas preferían entonces ignorarlas; y la tolerancia, la igualdad de costumbres se difundían rápidamente al promediar la centuria. Voltaire había proclamado que "hasta un hacendista de origen común" podía llegar a ser un gran ministro, un general valiente. Empero, solamente a los nobles con un árbol genealógico de cuatrocientos años les era dable acercarse al déspota.

En el movimiento que estaba destruyendo firmemente las antiguas y duras costumbres, el impulso dado por las mujeres de Francia era factor preponderante. Imponían ellas la moda para todo el mundo y perseguían a los hombres de letras como a la misma moda. Las mujeres de París eran imperiosas, teníaselas por "hechiceras, seductoras, astutas", según consta en un pasaje de *La Nueva Eloísa,* famoso por su crítica de la época. Pero para el extranjero suizo, lleno de sentimientos delicados, "sus atrevimientos eran chocantes, su coquetería repulsiva, sus modales inmodestos". Las mujeres francesas, en general, carecían de belleza; sus vestidos eran más afectados que suntuosos; sabían comportarse con cierta *désinvolture,* eran, en su mayoría, delgadas, de cinturas estrechas, terriblemente ceñidas por el corsé, y de senos amplios, que exponían libremente. Además, se pintaban con el mayor descaro. No eran, en efecto, bellas, pero sus rasgos, extraordinariamente expresivos, compensaban la afectación, particularmente sus ojos, que impresionaban por su brillo y vivacidad.

También sus costumbres, como las vió Rousseau, eran escandalosas. Hombres y mujeres iban y venían con la mayor libertad. El contrato matrimonial estaba desprovisto de toda significación en París, excepto la de separar efectivamente a los esposos, que se avergonzaban de aparecer gustándose recíprocamente y que, en los más de los casos, vivían separados, dormían en cuartos distintos y se hacían anunciar mutuamente al visitarse. "Para las más de las mujeres —observa Rousseau— el amante era el amigo íntimo de confianza vinculado a la casa."

Pero creía de corazón que la mujer francesa "era buena a pesar de sí misma." Su aire licencioso y sus afeites, que obedecían a un propósito exhibicionista, no podían ocultar el buen sentido y la generosidad subyacentes en ellas. Además, su educación era sólida: ¡se podía hablar de los problemas más áridos ante una mujer hermosa! Las parisienses sabían razonar y eran tan buenas contendoras como los hombres. Parecían decidirlo, moverlo todo. Y si en este mundo corrupto tanto daño se hacía por su intermedio, Rousseau, por su parte, creía que eran los designios perversos de los hombres que se cumplían a pesar de las mujeres.

A fin de mejorar su suerte, visita Rousseau, en primer lugar, a la señora de Bésenval, quien le recibe amablemente, y halla que su hija, la marquesa de Broglie, está experimentando con su discutido método de notación musical. Cuando se le invita a almorzar, todo su magro y melancólico ser se siente dichoso. Pero de pronto se da cuenta, horrorizado, a través de una mirada o de un gesto, de que se le quería hacer comer con la servidumbre, pues la señora de Bésenval, merced a su origen polaco, "no tenía idea de la consideración debida al talento".

Humillado y lleno de indignación quiere retirarse, a pesar de su hambre, pretextando un "asunto importante" en otra parte. Pero la hija, percatándose de la situación, murmura algunas palabras al oído de la madre, quien, al instante, cambia de tono y le insta con firmeza a quedarse a comer con las dueñas de casa. Ablandado por la amabilidad de la señora de Broglie, decide aceptar el ofrecimiento.

Asiste también a la comida el señor Guillermo de Lamoignon, gran magistrado de sesenta años e inmensamente rico. Juan Jacobo no se luce en la mesa. Sólo oye aquella "insubstancial jerga de París, llena de palabritas, de delicadas alusiones", de la que su naturaleza desconfiaba y se resentía. Pero, después del café, se venga en el salón. Saca de su bolsillo su "Epístola a Parisot" y lee con pasión sus vacilantes versos, tan de confesonario, con su historia de niño abandonado, de miseria y autoeducación. Cuando recordamos las audaces referencias de este escrito prematuro a las libertades del ciudadano republicano, su articulado menosprecio a los poderosos y los ricos, no deja de sorprendernos que los tres oyentes aristócratas sollozaran con el autor.

Tan convencida está la joven marquesa de Broglie de que este provinciano hará fortuna en París, que le obsequió un libro de Duclos, recientemente aparecido y titulado: *Confesiones del conde...*" "Usted debe consultar este libro a menudo —le dice—, será un buen mentor para usted."

Después de este dudoso triunfo, que le había hecho experimentar junto con el sabor de su capacidad una honda sensación de su humilde lugar, llama Rousseau, con su carta de recomendación del padre Castel, a las puertas de la señora Dupin. Esta hija legitimada del gran hacendista Samuel Bernard era todavía una de las mujeres más hermosas de París. Cuando le hizo pasar a su tocador, según se estilaba entonces, y la vió ataviándose, no fué ya dueño de su corazón. Al contemplarla con los brazos desnudos, el cabello caído y el peinador suelto, sintióse de súbito violentamente enamorado, y creyó hallarse frente a un gran vuelco de su destino.

La señora Dupin recibió a Juan Jacobo y a su trabajo amabilísimamente; hasta parecióle al autor versada en música. Era su salón uno de los más brillantes y opulentos de la ciudad: "No se ven aquí más que grandes celebridades, hombres de letras, mujeres bellas, embajadores, duques, cintas azules, en una palabra: los grandes." Veíase a Voltaire, Buffon, Fontenelle, Saint-Pierre, conversando con la princesa de Rohan, la señora Hervey o la de Mirepoix. Juan Jacobo iba allí a comer tres veces por semana ardiendo en deseos de poner su corazón a los pies de tan bella como afortunada huéspeda, quien, con imperceptibles indirectas, le mantenía a raya y no se daba por aludida. Con todo, lleno de esperanzas, sentóse en el melancólico cuarto del hotel en que se hospedaba a escribirle, en un mar de palabras, la historia de su pasión volcánica. Había olvidado el consejo del jesuíta.

Unas pocas y frías palabras reprobatorias y de admonición fué cuanto obtuvo de la gran dama, que se alejó de él más que nunca. Su gran pasión se extinguió y su alma sintióse cruelmente humillada.

El pobre aspirante, a quien apenas se tenía en cuenta, continuó visitándola hasta que un íntimo de la casa, Dupin de Francueil, pidióle con la mayor discreción que interrumpiera sus visitas...

De la manera más absurda había Juan Jacobo transgredido un código no escrito, artificial, de cuyas veleidades nada conocía. Los amores de la Dupin, como los de tantas otras grandes damas, podían ser notorios, podían suscitar hasta cuchicheos relativos a un enredo incestuoso con el atrayente hijastro, pero la discreción estaba a la orden del día. La ceremonia de tomar un amante era algo trascendental; se ponderaba todo: la posición, la familia, las ventajas sociales, y el concubinaje era reconocido y hasta aprobado, especialmente cuando duraba un tiempo largo.

Abatido en su frustración, amargado y solo, piensa Rousseau únicamente en el desastre sufrido. Sus apasionadas declaraciones no se han conservado, pero tenemos la justificación de su actitud, escrita tres días después, el 9 de abril de 1743, en la que podemos medir toda la "inferioridad" que se le hizo sentir:

> Percibo con la mayor tristeza que he merecido caer en desgracia ante sus ojos; siento los efectos de ello hasta cuando recibo sus amabilidades. Su indulgencia, señora, me ha hecho volver a mis sentidos aún antes de que me alcanzara su menosprecio, y me atrevo ahora a implorar su gracia... No hay esfuerzo del que no me sienta capaz a fin de reconquistar su estima... Así tendrá usted la satisfacción de haber salvado de la desesperación al más infortunado de los hombres. También le suplico, señora, perdonar la libertad que me he tomado de escribirle esta carta y de incluir en ella la nota que me hizo el honor de pedirme para leer. Con el más profundo respeto me honro en ser, señora, su más humilde y obediente servidor.

Aunque la carta y la "nota" fueron secreta y cuidadosamente conservadas durante un siglo y medio entre los papeles de la señora Dupin, no prestó ella oídos a esta instancia. La "nota" en cuestión eran los apuntes escritos en Lyon para la educación del hijo de Mably. La versión ulterior, recobrada con la carpeta de la señora Dupin, evidencia una perceptible conversión del eremita saboyano a las costumbres parisienses (1), pese a las humillaciones y reveses sufridos.

Había padecido derrotas; se sentía aún identificado con los desheredados de la tierra. Empero, soportó los contrastes en silencio y formuló, a su vez, el solemne voto de triunfar y vengarse. Acuciados sus apetitos por lo que había vislumbrado, se entregó de lleno a la búsqueda de ventajas. Con el propósito de componer una ópera que le hiciera famoso de pronto, encerróse en su cuarto días enteros.

A pesar de su desconsuelo e inadaptabilidad al medio durante estos años, su disciplina moral no se había relajado. Asistía todas las noches a la representación de obras de Molière y de Corneille, desde una platea que costaba veinte *sous*.

Su proyecto, a la manera de los maestros clásicos, era algo heroico: escribir un ballet relativo a los amores de un poeta, llamado

(1) *Le Portefeuille de Madame Dupin*, publicado en 1886 por Hipólito Buffenoir, reveló éstos y muchísimos otros papeles "perdidos" durante un siglo.

"Las musas galantes". El primer acto trataría de Tasso, el segundo de Ovidio y el tercero de Anacreonte. Escribió en un tremendo arrobamiento. Imaginándose en el rol de su héroe, sintióse él mismo Tasso, "pasó una noche cien veces más deliciosa en sus transportes ficticios con la imaginada princesa de Ferrara que la que hubiera logrado en los brazos de la misma princesa en persona".

El veneno de la ambición, de las codicias prácticas, mundanas, del que se había creído a salvo en las Charmettes, le devora. Por el momento, trabaja transfigurado por su musa. Pero cuando el hambre le acosa y la oportunidad se le presenta de súbito, abandona la línea del drama musical con la indecisión que todavía caracterizaba su naturaleza.

Por mediación de la señora de Broglie, que había llorado sobre sus versos, se le ofreció el cargo de secretario del embajador en Venecia. Su excelente conocimiento del idioma italiano fué considerado mérito suficiente para ello. Se le asignó dinero para el viaje y un sueldo de mil francos anuales. Para su espíritu imaginativo, su alejamiento de París significaba un largo viaje, que le hechizaba, y las perspectivas de seguir la carrera diplomática.

De modo que su progreso en París fué, a pesar de todo, importante. Había dado una vaga impresión de su capacidad: había conocido las ambiciones, las tentaciones, la propia elevación y, al mismo tiempo, la íntima contrariedad de ver cómo ciertos valores anteriormente acariciados huían de su alma.

El interludio de un año en Venecia al servicio del gobierno francés, aunque en sí mismo intrascendente, contribuyó notablemente a vigorizar su intelecto, ampliar los horizontes de su interés y acrecentar, frente a las crueles experiencias, su orgullo y decisión.

2

Durante el largo viaje, que fué placentero, volvió Rousseau a visitar Lyon y Chambéry, hecho éste que no sabemos si olvidó o quiso negar. Fué un viaje lento, accidentado, de gastos extraordinarios y encuentros agradables. Entre Marsella e Italia, a consecuencia de la Guerra de Sucesión Española, entonces en su apogeo, sufrió desventuras y corrió albures. En cierto lazareto de Tolón, con motivo de una plaga, permaneció en cuarentena durante doce días, que pasó aislado y con la misma serenidad que había afrontado los peligros físicos durante la arriesgada primavera de su juventud. Después de dos meses de pausado viajar, apareció Rousseau ante su patrono, que le odiaba aún antes de haberlo visto.

Desde Chambéry, observaba la señora de Warens los pasos de su protegido "ahijado". Le había visto, sin duda, a mediados del verano de 1743, y había notado en él importantes cambios, como el delirio de sus anhelos prodigiosos y su oscura ambición, que como

nadie había vislumbrado en él, y también aquella sombría, romántica propensión de su alma a luchar contra el mundo. Su ternura le seguía por doquier.

En las cartas que Rousseau, impulsado por el remordimiento, vuelve a enviarle después de un lapso de olvido, percibimos, entre otras cosas, la aparición de un orgullo increíble, profundamente arraigado, así como la humildad instintiva que siempre le lleva a identificarse con los desheredados de la tierra.

Juzga en Venecia a sus amigos y adquiere la conciencia de sus propios recursos y fuerzas. Describe a su Excelencia el Embajador Pedro Augusto, conde de Montaigu, como a un viejo granadero ignorante, suspicaz y hasta venal. Un mar de papeles oficiales aguardaban al secretario, que, al parecer, cumplía sus deberes con capacidad, inteligencia y hasta cierta habilidad administrativa.

Viajaba por la encantada y vieja ciudad en una góndola oficial; vivía sin privaciones, comiendo "pollos y palomas todos los días", de lo que su patrono se quejaba. Bajo ese cómodo y hasta suntuoso régimen su estómago era dichoso, en tanto su intelecto comenzaba a observar con la mayor atención cuanto ocurría a su alrededor.

Como una de sus funciones era la remisión al Ministerio de Relaciones Exteriores de París de informes confidenciales relativos a los movimientos del gobierno veneciano, puesto que Montaigu no sabía redactar, aprendía muchas cosas que le abrían la mente. Las sesiones del Senado, a las que asistía con frecuencia, le permitieron escudriñar el mecanismo de la ciudad-Estado "republicana", de viejas tradiciones, y de su antigua Constitución. Vió que en Venecia, como en su Ginebra natal, una aristocracia sagaz gobernaba con mano de hierro, conservaba sus antiguos privilegios y mantenía a la masa del pueblo bajo contralor. Reflexionando profundamente sobre lo que veía, comienza a interesarse por las cuestiones de gobierno, e inicia, en todas, el bosquejo de un sistema de teoría política de largo alcance que denomina "Instituciones Políticas". El germen de su *Contrato Social*, se remonta, pues, a sus días venecianos.

En la vetusta y bella ciudad, donde los Carnavales duraban seis meses, halla Juan Jacobo entre los jóvenes del servicio diplomático vinculaciones más mundanas y libertinas. Meses después, el 29 de noviembre de 1743, escribe que ha cambiado algo su filosofía a fin de adaptarla a la de quienes le rodeaban, "de modo que corre a los teatros con máscara y capa, tan orgulloso como si se hubiese tratado de una costumbre de toda su vida".

Gozaba francamente la compañía de los nuevos amigos: Carrió, Altuna, de la embajada de España, Le Blond, del consulado francés, y ciertos jóvenes caballeros italianos que amaban el juego y las mujeres. Asistía a bailes, tertulias, conciertos, en los que participaban también las esposas o amantes de estos amigos, así como a la impre-

sionante catedral de Venecia y a la ópera. Llegó a concebir una gran pasión por la música italiana. Al escuchar por primera vez las barcarolas se le ocurrió que "en verdad recién entonces supo lo que era cantar". Por su pasión y matices, las melodías de los maestros italianos le parecieron infinitamente superiores a las almidonadas cadencias de Rameau y de Lully. El lenguaje y la celestial fluidez de las voces italianas oídas en el coro de la ópera le hicieron repulsivos el tono y la dicción franceses. Esta decidida parcialidad por el estilo musical italiano, la introducirá un día de buen grado al público francés, pese a sus protestas, mediante sus propias composiciones.

Entre otros motivos de satisfacción, la Venecia del siglo XVIII se vanagloriaba de sus famosas cortesanas. Los amigos de Rousseau, perturbados por su singular y casi ominosa "continencia", no dejaron piedra sin mover a fin de inducirlo a acercarse a ellas. Sus experimentos en este sentido, que prefirió relatar con lujo de detalles, tuvieron los ordinarios efectos eróticos perturbadores.

Su primera visita a una beldad pública, La Paduana, es la historia corriente del joven que requiere únicamente a la cortesana que cante y, profundamente conmovido, deja después un ducado sobre la mesa y huye. Pero la joven, orgullosa de su oficio, le llama y expresa sus escrúpulos: no puede aceptar "lo que no ha ganado". Rousseau, que termina por ceder y eliminarlos en una forma que estima "no peligrosa", sufre durante las semanas siguientes tormentos de terror, desde luego injustificables...

Un segundo experimento evidencia la gran *insuficiencia* que tan llanamente había alentado en sí mismo a través de prolongados "malos hábitos". A la sazón, había en el puerto un barco francés —el *Capitán Oliver*— cuya oficialidad y tripulación estaban en deuda con el secretario, que las había salvado del arresto y de la confiscación de sus mercaderías.

Llevóse a cabo una comida en su honor, a la que llegó en una espléndida góndola la bella prostituta Zulietta —sorpresa preparada de antemano—, con el propósito de hechizar y llevarse a Rousseau.

Muy impresionado por su belleza, la acompaña, sin pensarlo mucho, a su alojamiento, donde la ve *in vestito di confidenza*. Y revela allí toda la angustia de su espíritu romántico (y protestante), ya lamentándose de que "la naturaleza no le había hecho para gozar", ya llorando ante el amor físico su repulsión y arrepentimiento.

> Entré en la alcoba de una cortesana como en el santuario del amor y de la belleza, cuya divinidad creí ver en su persona... De pronto, en lugar de ser devorado por la llama del deseo, sentí un frío mortal correr por mis venas y, desfalleciente, me senté y empecé a llorar como un niño.

Ninguno de los encantos prostituídos de la dama, ni las sedas, ni la dulzura de su aliento pueden reanimar al contrito célibe. A punto de rendirse al deleite infinito, la idea del castigo y un pequeño defecto de la mujer (*téton borgne!*) le hacen sentirse con seguridad en "los

brazos de una especie de monstruo, desecho de la naturaleza, de los hombres y del amor."

Aturdida, desesperada, la infeliz Zulietta escucha desvaríos sin comprenderlos, se aparta y profiere la despectiva frase que él no olvidará jamás: "Zanetto, *lascia le donne e studia la matemática.*"

¡Oh, si "Zanetto" hubiera hecho caso a esta admonición y huído de las damas para siempre! De sangre ardiente, pero físicamente ineficaz o debilitado, no podía rechazarlas ni ser feliz con ellas. Era la suya una líbido rica pero desviada, en que la incapacidad física obedecía a necesidades vagamente pervertidas. Con sus grandes atractivos hubiera podido ejercer una gran influencia sobre las mujeres, economizar energías y lograr en ellas o en sí mismo la serenidad de la realización.

Dedicó la mayor parte del año pasado en Venecia al "estudio de las matemáticas" y de otras cuestiones abstractas. En el joven secretario español don Manuel Altuna, que era su amigo y tenía diez años menos, halló un "alma fuerte" que, indudablemente, influyó sobre él. Era Altuna un joven de grandes conocimientos, sobrio y rigurosamente religioso. Al parecer tuvo en esa época con Rousseau muchas discusiones, según se desprende de la correspondencia que mantuvieron con posterioridad. El catolicismo de Roussean se había alterado profundamente. Había sometido su religión al régimen de "la razón": su aborrecimiento al "fanatismo" se agudizaba en él, así como su desconfianza a los "harto intrigantes" jesuítas, a quienes había una vez admirado y tenido por mentores. Comienza en él una importante fase de auto cuestionario que sacude a la vez sus ideales simples y la fe primitiva concebida en la soledad de las Charmettes y lo aleja a la postre tanto del catolicismo como del protestantismo.

El externamente sereno y tranquilo período de Venecia, valioso únicamente por su silenciosa y lenta evolución y por la aparición en él de encontrados y agudos elementos, sufre, en mayo de 1744, una repentina y violenta interrupción. Varios motivos dan lugar a una gran disensión: el prolongado y costoso viaje a Venecia del Secretario, realizado el año anterior, su insistencia en vivir, en lugar de otros agentes, en el edificio de la embajada, su exigencia de una góndola para uso personal, un clavicordio, un uniforme y una espada, pretensiones que nos parecen deliciosas en un ex lacayo y vagabundo, provocan un hondo resentimiento en su desconfiada y estúpida Excelencia.

El poderoso hombrecillo que era Juan Jacobo jamás pudo comprender por qué el pago de su sueldo estaba siempre atrasado. A los reproches por alguna supuesta deficiencia anteponía la humillante exigencia de los salarios que se le adeudaban. Pero Montaigu no fué en esto al parecer fraudulento. El mismo esperaba durante años el cobro de sus haberes, de los que pagaba a su secretario, a consecuen-

cia de las finanzas desastrosas de Luis XV, y sin duda consideraría más discreto no divulgar, en aquellos turbulentos días de guerra, esta situación. Rousseau, que odiaba al "imbécil" Embajador, quería recuperar, injustificadamente, parte del dinero gastado en sus viajes. Pero si el secretario permanecía en su cargo era sencillamente porque no había otro disponible que supiese escribir en italiano. Continuó desempeñando él solo, como insiste, todas las funciones de la Embajada, hasta que, el 4 de agosto de 1744, sobrevino un violentísimo altercado y se le amenazó con una paliza y el despido. Juan Jacobo fué presa de la ira. Durante dos semanas, en las que se alojó en las casas de sus amigos, se sintió devorado por la indignación y víctima de la mayor injusticia. Escribió cartas tras cartas, llenas de pasión, al Ministerio de Relaciones Exteriores de París. Se quejó a quienes le habían recomendado, a sus amigos, a todo París, del mal trato sufrido y de la considerable suma que se le adeudaba. El encono le había sacado de sus casillas.

Por su parte, el igualmente irascible Montaigu escribió también a París, y su severa descripción del joven no carece de cierto valor gráfico:

"Debo informarle —escribió a cierto mediador en esta provincia, el 15 de agosto de 1744— cómo hemos sido ambos engañados por el señor Rousseau. Su temperamento y su insolencia, *resultantes de la elevada opinión que de sí mismo tiene, y su locura* son las causas por las que se encuentra en el estado lastimoso que le vemos.

"Lo eché como a un valet malo —continúa el excéntrico oficial— por su insolencia. Tenía motivos para considerarlo un espía." El mismo Rousseau nos da la clave de cómo esta sospecha pudo haberse originado cuando nos dice en *Las Confesiones*: "Por lo menos una veintena de veces estuve tentado de cifrar algo muy diferente de lo que él me dictaba." Existen otras quejas relativas a la arrogancia del joven. Además cometió Rousseau la tontería de no disimular el desprecio que sentía por su jefe, sonriéndose burlonamente mientras éste le dictaba o, cuando hacía una pausa para dar con una palabra que no llegaba fácilmente, "hojeando un libro y mirándole con lástima"(!). Aunque hay mucha falacia y mala voluntad en el informe del superior, hace pensar que el carácter de Rousseau se tornaba cada vez más complejo.

En París, donde llega, después de muchos trastornos, el 11 de octubre de 1744, adopta actitudes que tienen algo de la rebeldía de su padre. Protesta con una vehemencia que está muy lejos de la timidez del amilanado aprendiz grabador de Ginebra. El hecho que el gobierno de París prestase oídos de mercader y nada hiciese para restituírle la mayor parte de su sueldo de un año, fué para él una experiencia asombrosa. Comienza a comprender, como él mismo observa en uno de sus muchos alegatos, que "en caso de diferencia entre amo y siervo, es siempre este último quien está equivocado".

La señora de Bésenval, a quien debía el paso adelante dado, le cierra ahora las puertas en sus narices como para desvincularse completamente de él. Ardiendo de indignación, Rousseau le escribe:

Padecí un error, señora: la creí justa y en cambio no es usted más que *noble*. Debí haberlo recordado. Debí haber percibido que era impropio para un extranjero y plebeyo como yo quejarse contra un caballero. Si el destino me volviese a colocar en las manos de un embajador de la misma calaña, deberé sufrir sin lamentarme. Si carece de dignidad, de elevación de alma, es porque la nobleza dispensa de todo esto: si, en una de las ciudades más inmorales, se vincula a todo lo vil, es porque sus antepasados le han provisto de bastante honor; si puede unirse a truhanes, ser él mismo uno de ellos, no pagarle a un servidor el salario, ¡ah, entonces, señora, no me queda otro remedio que pensar en cuán afortunado es no ser hijo de las propias obras! ¿Quiénes eran esos antepasados? Personas sin reputación, sin fortuna, iguales a mí: tenían talento y supieron labrarse un nombre; pero la Naturaleza, que siembra las semillas del bien y del mal les ha dado una descendencia despreciable, cuya fastuosidad la aleja de los grandes que la engendraron.

Esta carta juvenil dirigida a una señora de la nobleza es un testimonio elocuente de que el secretario, músico y tutor, sin un céntimo en el bolsillo, ha adherido al creciente ejército de los que se rebelaban contra el viejo régimen. Su mordaz discurso es la cristalización de su amargo descontento; percibimos en él las primeras notas de la ciudadanía igualitaria y creemos con él que esta injusticia puso más leña en la hoguera de su odio al despotismo, el cual, "sacrificando el verdadero bien público y la verdadera justicia a una necesidad de orden aparente" no hace más que añadir *la sanción de la autoridad pública a la opresión del débil y la iniquidad del fuerte*. Era un hombre de indignación. Profundamente herido en su sensibilidad, observaba a su alrededor e identificaba en los demás sus propias heridas y cadenas. Inadaptado por completo al viejo orden, habrá de combatir también a la Iglesia y a todas las instituciones que lo sostenían.

3

Le vemos nuevamente en París, humillado, a la deriva, frente a las perennes decepciones, buscando casi letárgicamente su fortuna. En la naturaleza del Rousseau de este período había algo femenino, pasivo, "introvertido", como decimos ahora, aunque alternando con manifestaciones de coraje. Así se nos reveló en los años de semi letargo en que parecía tener el alma de un discípulo que buscaba secretamente orientación y sustento.

Durante los restantes meses del año 1744 vivió con el virtuoso don Manuel Altuna, que también había regresado de Venecia, en aposentos de la calle Saint-Honoré, sobre la populosa orilla derecha del Sena. El joven español compartía generosamente con él su cartera y nutría también su alma con prédicas sobre el valor humano y la

fuerza correctiva de la fe católica rígidamente sustentada. Altuna era casto y tolerante, orgulloso sin vanidad, tranquilo y racional; distribuía con imparcialidad las horas del día: tanto tiempo para las plegarias, tanto para el estudio de los filósofos y de los hombres de ciencia. Acordaron entre ambos un plan: Rousseau iría a la casa ancestral de Altuna, en el país vasco, donde permanecería compartiendo su fortuna como amigo, consejero y maestro. Pero cuando Altuna partió, en marzo de 1745, este plan, tan grato al corazón de Rousseau, había sido olvidado.

Volvió a vivir solo en el obscuro cuarto del Hotel San Quintín, en el barrio latino. Mientras trabajaba allí con intermitencias en su tantas veces interrumpida ópera, cayó muy fácilmente bajo la influencia de los camaradas inescrupulosos que le rodeaban y del espíritu ocioso y libertino del ambiente. Comía a menudo en el restaurante de la señora la Salle, en un callejón cercano a la Opera, donde oficiales jóvenes y estudiantes se divertían entre sí contando anécdotas picantes y ponían fin a sus comidas cortejando a las muchachas que trabajaban en una tienda del otro lado del callejón.

Una de las jactancias que Rousseau oyó con más frecuencia se refería al depósito de bastardos, hasta dos cada uno, en la Casa de los Expósitos de París.

Con estos compañeros, bien pudo Rousseau, como Saint-Preux, haber pasado alguna noche de comilona y francachela con mujeres públicas como la que describe en los episodios parisienses de *La Nueva Eloísa*.

Pudo en sus despertares haber sentido angustias, repugnancia de sí mismo, pero lo cierto es que la conciencia calvinista estaba entonces muda y que únicamente la timidez y la pobreza, más que las leyes de la virtud y de la devoción, le restringían.

> Usted conoce mis creencias en ciertos puntos (escribía poco después a Altuna): son invariables, *pues se basan en la evidencia y la demostración*, que, sean cuales fueren las doctrinas que abracemos, son las únicas armas de que disponemos para establecerlas. Aunque mi fe pueda enseñarme muchas cosas que no están al alcance de mi razón, es primariamente ésta la que me ha forzado a someterme a mi fe.

En aquel invierno, entre esplendorosas y desenfrenadas escenas, la alegría de París traspuso todos los límites conocidos. El 23 de enero de 1745 toda la Nación celebraba el matrimonio del Delfín. Visitó Juan Jacobo los edificios públicos y se regaló opíparamente con el populacho en las reposterías callejeras instaladas aquella noche y provistas por el Rey de abundantes alimentos y bebidas. De estas regocijadas escenas hizo Rousseau una descripción para la señora de Warens. Había en el palacio de Versalles quince mil bailarines y era tal la fastuosidad de los disfraces, que un amigo suyo exclamó: "Madame la Delfina es un sol cuya presencia licúa todo el oro del reino."

Vió a toda la *canaille* del Tercer Estado danzando y brincando, bebiendo y atracándose en los lugares públicos dispuestos al efecto, de donde se retiraban estupefactos o asqueados.

Su apego a *maman* no se había enfriado aún. Realizaba en París pequeñas comisiones relacionadas con sus empresas: veía y escudriñaba a los agentes enviados por ella, a quienes les anticipaba un éxito "lleno de ceros": escribía cartas en su nombre y hasta, cuando podía procurárselo, le giraba dinero. "Ay, *maman* —exclama en una carta del 25 de febrero de 1745—, pienso en usted, la amo... Por lo demás, tengo muchos planes y pocas esperanzas, pero me seducen siempre los que tienen la dicha de terminar mis días con usted." Pero como a la sazón se abandonaba enteramente a la filosofía del momento, pronto su vinculación con la señora de Warens sufre un gran cambio.

En la mesa del Hotel San Quintín fijó su atención en una joven lavandera que servía allí y, conforme a la costumbre de la época, comía con los huéspedes. Le impresionó, como relata, "su aspecto modesto, su mirada viva y dulce". Había dos jóvenes abates jaraneros que, acuciados por la propietaria, comenzaron a fastidiar a la pobre muchacha con insinuaciones obscenas. Juan Jacobo salió en su defensa y fué redondamente zaherido por sus escrúpulos. Pero él la defendió con mayor vigor y pronto la joven empezó a mirar a su protector con un aire de conmovedora gratitud. Torpemente comenzó a arrastrarle el ala.

"Era como yo tímida... La correspondencia de nuestras almas y el concurso de nuestras disposiciones produjeron bien pronto su natural efecto. Vi en ella una joven tierna, sencilla y sin coquetería."

A su manera sumisa, prosternándose instintivamente, la requirió de amores. ¡Había vivido tan solo, convertido en un ser inestable y desgarrado por sus apetencias físicas tan ardientes como "ineficaces"!

Que alguien compartiera su soledad, se le vinculase sinceramente, velara por él, era pedir demasiado para quien se creía a sí mismo sin esperanzas ni consuelo, un desheredado. Para él, que había sufrido en otros medios tantos desaires y humillaciones, ¿no era mejor que fuesen ambos pobres, menos aún que el polvo? Con sus empobrecidos padres —el uno un oficial insignificante y la otra una tendera arruinada—, Teresa Levasseur había llegado recientemente de Orléans para trabajar en París en las más humildes tareas. Era de cara regularmente hermosa, pero no sabía leer ni escribir. Excepto la vida, que ya conocía a su manera campesina, lo ignoraba todo. Lo increíble es que este joven músico o filósofo, de fisonomía y ojos bellos, extraordinariamente amable y encantador, pese a su gastada vestimenta casi señorial, le declarase su amor, ¡y en qué extravagantes y caballerescos términos! Ella suspiraba: en su rostro se dibujaba una sombra de temor o embarazo que la hacía aparecer como deseando explicar

algo sin saber cómo... "Creyendo que me advertía que mi salud corría riesgo —relata Rousseau—, caí en una perplejidad que... envenenó mi felicidad." Sobreponiéndose a cierta perturbación y desconfianza, Teresa Levasseur, que contaba veinticuatro años, explicó que siendo casi una niña había tenido, en su provincia, una "única aventura". Triste historia. En una escena de la más conmovedora comedia, la pequeña lavandera confiesa no ser ya virgen. "*¡Virginidad* —exclamó Rousseau, aliviado—. ¿Es posible buscar eso en París?... ¡Ah! Teresa mía, yo soy harto afortunado poseyéndote prudente y sana, aunque no halle lo que no buscaba."

Una noche se unieron. El perdido, solo, azorado Rousseau halló en el pecho de esta hija de la pobreza una ternura perdurable y consoladora: podía tener arrobamientos, llorar a su manera de dicha o de piedad a sí mismo y, con todo, sentirse incólume. Esta mujer, que le adoraba como a un Dios, como a un ser incomprensible y omnisciente, lo tenía en sus rodillas, accedía a sus fantasías pervertidas o hechiceras, le consolaba como ninguna de las grandes damas evocadas en sus sueños pudo hacerlo jamás. Ante todo ¿no era acaso cierto que nunca le heriría?

Juan Jacobo le hizo promesas extravagantes; pero le anticipó que "jamás la abandonaría, aunque no se casaría tampoco". Pronto la pobre e ignorante niña (hecho que no sorprende vista la necesidad que tenía Rousseau de una seguridad curativa, en este sentido vital, y de reposo espiritual), ejerció sobre él una poderosa influencia que se acrecentó prodigiosamente con el correr de los años.

Al principio, imitando a los hombres que le rodeaban, no había buscado más que el "placer" y la conveniencia. Conocía las cualidades humildes de la compañera a quien había unido su lastimosa suerte y la derrota de todas las elevadas y románticas ambiciones amorosas acariciadas.

"En lugar de la *extinguida ambición* necesitaba otro sentimiento que llenase mi corazón." En la supuesta simplicidad y mansedumbre de Teresa halló los goces comunes, que eran los únicos que entonces anhelaba. Comenzó a enriquecerla transmitiéndole todas sus pasiones, hijas de la necesidad, la gratitud y el terror.

Vulgar, ignorante, "estúpida", si se prefiere, pero sensata y leal, era mil veces mejor que las grandes damas llenas de artificios.

Muy a menudo, como le ocurre a muchos filósofos, hacía Rousseau de la necesidad una virtud. En vano luchó por enseñarle algo, por elevar su mente. Contrarrestados sus esfuerzos por la torpeza casi risible de su amante, terminó por alabar su ignorancia a todo el mundo. Gracias a su "simplicidad" sería más feliz y estaría más seguro de su amor y de sus cuidados...

A la pobre Teresa Levasseur, necesaria "sucesora de *maman*", a quien tanto se ha condenado, debe también perdonársele mucho. Tuvo la desventura de unir su vida a la de un hombre de genio, de

rayos y tormentas. Ni siquiera sabía hablar correctamente; carecía de buenos modales y sus disparates causaban dondequiera una disimulada hilaridad; jamás pudo aprender los meses del año, a contar el dinero o a calcular el precio de algo. Enseñarle las horas, fué un trastorno para Rousseau, que hasta llegó a confeccionar un "diccionario" de sus frases, sin otro propósito que el de divertir a los otros. Sólo sabía cocinar y algunas cosas más... Contrariamente a la Madame du Châtelet, de Voltaire, o la Cristina, de Goethe, mujeres superiores, la pobre Teresa jamás inspiraba. Hizo un gran daño a Rousseau al vincularlo a su familia, que vivía en la calle Saint-Jacques. Su padre estaba asilado, pero su señora madre, taimada, tiránica, intrigante, pegóse a ellos y llegó a adquirir un gran poder maléfico sobre el amante de su hija. Los hermanos y hermanas de Teresa eran caracteres mezquinos, ladrones, "hambrientos", ¡una pandilla de sanguijuelas!

Con todo, infinitamente más dichoso y animado, iba a menudo Juan Jacobo a la mugrienta vivienda de la calle Saint-Jacques a unirse con esta escuálida familia. Como sus ingresos habían mejorado algo, la pandilla de los Levasseur, como una nube negra, le amenazaba con sus crecientes exigencias.

Tranquilizado y recuperada su "suficiencia" sexual, en tres meses puso fin a su ópera *Las musas galantes*, relativa a los amores de los grandes poetas. Mas ¿cómo capitalizar este trabajo? En un mundo jamás penetrado por Teresa, tenía consejeros serviciales. Se entrevistó con el acaudalado Dupin de Francueil, el mismo que le había cerrado las puertas de la señora Dupin, quien de pronto —caso harto raro— le cobró un gran afecto y hasta le ofreció algún trabajo para hacer. Se puso en contacto con el joven Diderot, el suizo Daniel Roguin y también con otro suizo llamado Gauffecourt, que había conocido en el círculo de Chambéry y que ahora prosperaba en París en virtud de un negocio cuyo monopolio había arrancado a la Corte. Fué éste quien lo introdujo finalmente en la casa de otro gran asentista general y protector de las bellas artes, Alejandro le Riche de la Poupelinière, llamado por Voltaire "Mecenas" o "Pluto Apolo".

En verdad, el salón de la señora de la Poupelinière, famosa beldad con la que este rentista se había casado, era por aquellos días el camino obligado a la Opera. Se la llamaba Polimnia, musa de la poesía lírica, porque era la protectora de Rameau. En excéntricos y delicados banquetes que se realizaban en la mansión de la Poupelinière, cantaban los poetas alabanzas a sus huéspedes, y una orquesta privada ejecutaba música ante un centenar de invitados. La casa de campo que ambos tenían en Passy, así como la casa consistorial de la calle de Richelieu, estaban siempre en el corazón de la vida del siglo XVIII. Mientras se abría camino en esta casa, no obstante su timidez y su hambre, Rousseau veía a las gentes poderosas y corruptas de la tierra. Conoció a la bella e ingeniosa señora d'Etiolle, poco "antes de los días de su fortuna" como Madame de Pompadour: al duque de Riche-

lieu, amigo de Voltaire y héroe de dudosas victorias militares, acerca del cual circulaban tantos rumores fantásticos. Se murmuraba que Richelieu, un gran "conquistador", había penetrado en el tocador de la señora de la Poupelinière a través de una chimenea falsa, descubierta un día por su cornudo marido. A la sazón los vendedores callejeros obsequiaban a las gentes de París, que todo lo transformaban en canciones y juguetes, con un juguete extraño: "la chimenea falsa de Poupelinière". Era éste el mundo resplandeciente en que Rousseau, si quería subsistir, debía abrirse camino. Abundaban en él las charlas, los chismes mujeriles y el "buen tono", tan artificial que impedía la expresión de todo sentimiento genuino.

Lleno de recelos y con un sentimiento todavía oscuro en él, buscaba Rousseau la oportunidad de sobresalir. Se acercó a Rameau, el viejo músico cortesano, quien hasta se negó a escuchar su ópera. Pero la Poupelinière ofreció su orquesta para que la ejecutase a manera de ensayo. Eran los salones de París artificiales, insinceros, corruptos, pero no carecían de curiosidad: casi todos los recién llegados podían lograr en ellos la oportunidad de destacarse y algo equivalente al certificado de una academia. Cuando "Las musas galantes", primera ópera de Juan Jacobo, fué ejecutada en la casa de la Poupelinière, se hallaban presentes Rameau y Richelieu. Este último, que amaba toda composición musical nueva, escuchó placenteramente, así como otros personajes allí reunidos, el trabajo del compositor novel, cuyo estilo era, al parecer, una transición entre la música francesa y la italiana. Rameau fué un juez severo:

> Lo que me impresionó fué que el trabajo tenía hermosos aires para el violín, al estilo italiano, mientras que todo lo malo era de estilo francés... Esto me sorprendió, pero pronto dime cuenta de que no había hecho más que componer música francesa y plagiar los pasajes italianos.

Rousseau no "plagiaba" conscientemente. Pero en música la imitación es mucho más condenable que en las otras artes. El duque de Richelieu, bastante menos exigente que Rameau, se deleitó con las composiciones del novicio y le ofreció graciosamente el encargo de revisar y corregir una ópera ballet escrita por Rameau, en colaboración con Voltaire, que debía representarse en un festival por realizarse en el teatro de la Opera y en los jardines de Versalles. Atareado como de costumbre en un centenar de asuntos, Voltaire, que había descartado la obra en cuestión, "Las fiestas de Ramiro", como "entretenimiento para una mujer", consintió alegremente que fuera aumentada por otras manos. Para Rousseau, que había sido alentado por el señorialmente fastidioso Richelieu, y estaba trepando los escalones de la celebridad, fué un momento de embriaguez.

El 11 de diciembre de 1745 escribe una trémula carta a Voltaire, "filósofo" y poeta dramático cuya gloria sobrepujaba a la de la rea-

leza y cuya trayectoria, como toda la juventud europea, había seguido durante años:

> Durante quince años he trabajado para hacerme digno de su consideración y de la amabilidad con que favorece a las musas jóvenes en quienes descubre usted algún talento. Por haber escrito una ópera me encuentro metamorfoseado, no sé cómo, en músico. Es en esta calidad, señor, que el duque de Richelieu me ha confiado las escenas de "La princesa de Navarra".

En su bello estilo y el más respetuoso tono, no exento de la excesiva adulación, que tanto agradaba a Voltaire, requiérele permiso para introducir al trabajo proyectado como una ópera los pequeños retoques necesarios para adaptarlo a la forma del ballet. Y concluye:

> Sea cual fuere el éxito de mis débiles esfuerzos, será gloria suficiente para mí si me procuran el honor de serle conocido y de mostrarle la admiración y el profundo respeto con que tengo el honor de ser, señor, su más humilde y obediente servidor.

La respuesta de Voltaire —que le creyó uno de los protegidos de Richelieu—, es cortés y humilde:

> Reúne usted dos talentos que hasta ahora han existido separados. He aquí dos poderosos motivos para que le aprecie y procure quererle. Siento que los emplee en una obra que no es muy digna de ellos.

El primer contacto entre Rousseau y Voltaire fué de lo más afectuoso... Sin embargo, esta modesta tarea no le produjo más que disgustos. Vió representar el trabajo en la Opera, pero no su nombre en el programa. No es extraño que después de aquella misma noche riñese con la señora de la Poupelinière y con Rameau, se enfermase y permaneciese seis meses en cama. Era el invierno de 1746. Unicamente Teresa le atendía y consolaba en su miseria y desesperación.

4

Uno de los grandes días del siglo fué para Francia el 21 de enero de 1746, día en que concedióse oficialmente a los jóvenes filósofos Diderot y d'Alembert el privilegio de publicar su proyectada Enciclopedia. Al promediar el siglo XVIII, no eran los filósofos propiamente metafísicos, sino que constituían simplemente el partido de la razón, que se oponía al de la oscuridad, la tradición, la reacción y el absolutismo. Existía ya un grupo de ellos, discretamente auxiliado por Voltaire, que abogaba por la libertad de prensa y de pensamiento, por las reformas liberales, la libertad de comercio y el libre uso de los inventos científicos y de las máquinas. Con tales ideas, eran considerados por los magistrados públicos, así como por los ministros de la época, como agentes del mal. Ser filósofo significaba ser un librepensador, un "libertino", un impío adorador de la carne y del demonio. No obstante,

el partido de los filósofos prosperaba con el correr de los años, y se hacía cada vez más atrevido. En la Enciclopedia, concebida al principio por Diderot como uno de los diccionarios entonces de moda de Bayle, Voltaire o Chambers, se pensaba a la sazón acumular una impresionante masa de conocimientos, cuya verdad y fuerza debía convertirse en arma poderosa contra el despotismo de la intolerancia.

El exuberante Diderot, en cuyo cerebro bullía un millar de ideas, tenía a su lado al colega d'Alembert y toda la "joven generación" prometedora de Francia: Condillac, Helvecio, Raynal, Toussaint, de Holbach. En su búsqueda de adeptos, consideró las posibilidades de Juan Jacobo Rousseau, como las de un ser tímido, aunque apasionado, vacilante en el decir, pero por momentos poseído de una original y vibrante elocuencia. Susceptible en alto grado a los escepticismos y a las rebeldías de los filósofos, anhelando escapar de la inercia y la indecisión, Rousseau se unió al grupo. Se le invitó a escribir para la Enciclopedia, primer proyecto de este tipo que se ampliaba y animaba cada semana más, sobre música, economía política y otros tópicos.

Diderot, como ninguno de los hombres que había conocido, deleitaba, fascinaba, trastornaba su alma. Este plebeyo, rústico, impetuoso hijo de un cuchillero de aldea, poseía un inmenso y confuso almacén de conocimientos; había conocido la inopia y sufrido en París, donde se abrió paso lentamente, abandonando para siempre a los jesuítas que le habían educado. Diderot tronaba, gesticulaba; tenía la cabeza maciza de un orador de la antigua Grecia y los ojos ardientes. Era agresivo, en tanto Rousseau parecía apocado y manso; era rudo o grosero, mientras Rousseau "sensitivo" y "refinado". Sacudía, aguijoneaba, envolvía al soñador y vagabundo suizo. Fué Diderot quien reveló a éste, "en un torrente de ideas", la ciencia del porvenir, a la cual despertaban entonces todas las mentes de la época que, después de dos siglos de controversias e investigaciones, adherían, casi con pavor, a las aparentemente establecidas leyes de la Naturaleza. La vida humana, otrora regida por las tradiciones y en nombre de Dios, iba en adelante a ser sometida a las reglas de la razón mediante la cual el hombre se adaptaría a las "leyes inmutables y universales de la naturaleza".

Diderot, como los demás pensadores de la nueva generación, tenía una curiosidad infinita; manejaba un material de información formidable; trabajaba asiduamente junto a Réaumur, d'Alembert, Buffon, Voltaire y muchos otros, en los nuevos instrumentos, termómetros, prismas, en las teorías matemáticas y biológicas, y se familiarizaba con las ciencias, la industria y el comercio. Procuraba heroicamente poseer, en un período científico moderno en que ello no parecía ya posible, todo el conocimiento universal. En cambio, llegó a ser el más grande "popularizador" del conocimiento.

Fué Rousseau bien recibido en el círculo de los enciclopedistas, a quienes envidiaba su desenvoltura, su ingenio, sus seductoras y audaces conversaciones. Con estupefacción oíales discurrir sobre las mayores generalidades relativas al arte, la poesía, la filosofía, el amor, el sentimiento; les veía alborozados con su descubrimiento del mundo racional de Kepler y Newton y su posesión de la llave del universo físico. La impiedad de su teología chocaba a Rousseau, que había crecido entre graves padres jesuítas y no oía hablar más que del "sistema de la naturaleza", del "cristianismo desenmascarado", de las iglesias desmanteladas y de los cielos sin dioses. Muchos de ellos, como Helvecio y de Holbach, eran francamente ateos y materialistas. Diderot, que sentía en sí mismo un fervor religioso, se había vuelto panteísta, sin duda, al abandonar a los católicos; predicaba la "religión natural", la adoración de la Naturaleza, a Rousseau, cuyo espíritu estaba asaz propenso a compartirla. "¡Oh, Naturaleza —exclamaba aquél— eres la fuente fecunda de todas las verdades!" Y Rousseau casi lloraba de alegría. Diderot, que le excitaba e inspiraba, dejó en él profundas huellas. Pero ¿abrazó Rousseau la idea de Diderot sobre la Naturaleza? No. Los filósofos a quienes debía sus excitaciones, su alegría, la embriaguez de las ideas, también perturbaban su alma. En la Naturaleza de Rousseau, vista con los ojos de sus teólogos preferidos de las Charmettes, chapados a la antigua, Clarke, Claville y Lamy, existía un principio básico que ponía a todos los hombres, al mismo tiempo, bajo una ley moral común. Pero Diderot declaraba, en la versión anotada de los escritos filosóficos de Shattesbury para Rousseau, que "no existía en parte alguna principio moral ni reglas para la virtud" que no pudiesen ser contradecidos por las costumbres y condiciones de otras razas o climas del mundo. Se oponía con hechos y ejemplos a todas las naciones de sistemas morales establecidos... ¿Podía tal filosofía tener otras consecuencias que la de atormentar más el alma de Rousseau y tornarla más inestable aún?

"Diderot tenía una Nanette como yo una Teresa —dice—; era un punto más de contacto entre los dos." Pero Diderot se casó al fin con su Nanette, a quien, siendo su esposo, engañaba frecuentemente. Rousseau, en cambio, que no se había casado con Teresa, le era fiel. La pasión de Diderot por la Naturaleza semejaba en cierto modo al deseo de un niño de nuestros días de "controlar" una locomotora monstruosa. En Rousseau el sentido de la Naturaleza se cristalizaba diferentemente...

El escepticismo audaz de los otros filósofos le penetraba y sacudía. "El placer y el dolor —escribía Helvecio— son las fuentes principales de la moral universal, y el sentimiento del propio interés es la única base sobre la que puede fundarse un sistema moral." Ponían ellos en tela de juicio todos los impulsos del corazón, los sentimientos, las instituciones; ridiculizaban el matrimonio. En cuanto al estado civil —decía Diderot— "sólo hay una guerra: el soberano contra el pueblo... Examinad nuestras instituciones civiles y reli-

giosas; hallaréis a la especie humana siglo tras siglo encorvada bajo el yugo de un puñado de truhanes."

Sea como fuere, el bando de los filósofos estaba unido en su odio contra la Iglesia ortodoxa y particularmente contra los jesuítas, quienes, según ellos, jugaban dentro de la descarriada sociedad el más siniestro de los roles. "Aplastad la Infame", era el grito de guerra de Voltaire repetido por los jóvenes que le defendían y llenaban las memorables páginas de la Enciclopedia.

De Holbach, joven barón alemán de veinticinco años, congregaba en su lujosa y acogedora mansión a este círculo de pensadores intrépidos pero amigos de los convites. Alrededor de su generosa mesa las conversaciones eran tan libérrimas como ignoradas por el gobierno brutal. Introducido por Diderot, halló Rousseau en de Holbach a una persona amabilísima, pero cuya lengua licenciosa y burlona perturbaba su naturaleza candorosa. En una descripción del brillante joven alemán dice Diderot: "Imaginar un sátiro alegre, mordaz, indecente y nervioso en medio de espíritus apacibles, delicados, castos. Así era él entre nosotros." Pero Rousseau, a su manera hosca, dijo de él: *"¡Era demasiado rico!"*

Es evidente que las creencias de Rousseau se modificaron mucho al contacto con estos hombres, cuyos escritos secretos, publicados a menudo anónimamente en Holanda, leía. En una carta dirigida a Altuna en 1737, percibimos su positiva incredulidad respecto a las "revelaciones" y "misterios". No es ya católico pero continúa siendo cristiano en el más libre sentido, en perseguimiento de lo que llama "la religión natural". Aborrece ante todo la oscuridad del fanatismo ignorante.

Su conversión general por ese entonces a las costumbres de París y al pensamiento "libertino" de la época fué extrínsecamente completa. Veíasele correr todas las noches a la Opera o al teatro, participar en alegres comidas, admirar, emular a los filósofos, someterse al consejo de Diderot, que llegó a ser su maestro querido, su Aristarco. Queriendo ser, como ellos, periodista, intentó fundar con d'Alembert y Diderot una hoja burlona: *Le Persifleur*. Como ellos, halagaba a los ricos; y llegó a obtener el cargo rutinario de secretario del simpático Dupin de Francueil, cargo que, aunque insignificante en sí mismo, le proveía pan y techo. Como ellos, anhelaba honra y provecho, frecuentaba los salones, quería, a su manera tímida, impresionar a la gente. Sus amigos se interesaban por él y hasta lo mimaban. ¿Pero era en realidad uno de ellos?

El incansable Marmontel, que frecuentaba la casa del barón de Holbach, describe al Rousseau de los treinta años, en la época de su prolongada iniciación, en los siguientes términos:

> Cuando conocí a Rousseau... no había tomado *color* como lo haría a partir de entonces y no dejaba traslucir la ambición de formar una secta propia. Su orgullo no había nacido aún o se ocultaba bajo una cortesía exterior apocada y, en ocasiones, hasta obsequiosa y humilde. Pero a través de su tímida reserva percibíase al receloso, cuya mirada baja lo observaba todo con una atención sombría. No se le recibió menos amablemente que a los demás y tratábasele con las mismas atenciones y consideración que se hubieran utilizado con una mujer caprichosa y trivial. A causa de su ego perturbado, quisquilloso, susceptible, que había de ser consentido, estaba un poco echado a perder... Componía a la sazón música para "El adivino de la aldea" y cantaba en el clavicordio aires de su propia creación, que nos encantaron, no menos que la elocuencia del estilo medular de su primer ensayo filosófico.

Por esa época, en que flotaba dentro de la civilización de París, gozando su música, sus tragedias, sus tertulias, sus conferencias sobre química, toda la vida intelectual, entre jóvenes (los más menores que él) que se estimulaban recíprocamente en grado sumo y soñaban con un nuevo orden social que posteriormente iba a ser invocado merced a su inteligente y concertado esfuerzo, ¿no debió Rousseau haber producido una más feliz impresión? ¿Qué gusano le carcomía en su interior? ¿Qué era lo que vejaba su alma, su conciencia? ¿Acaso el ateísmo de Diderot, con su pretensión de que "todos los mundos andaban descarriados mientras éste estaba accidentalmente organizado para nosotros", le robaba su juvenil y serena tranquilidad?

Fué como si secretas llagas, una sensación de pecado y degradación se fijasen en él, a pesar de todo, en un momento en que la fortuna y la oportunidad misma parecían sonreír a sus propósitos. Soportaba entonces algo equivalente a una nueva "conversión". Iba a tener muchas hasta el final de sus días, que sólo le reportarían una satisfacción parcial. Por todos sus notables progresos en el mundo su alma soportaba una silenciosa batalla. Nos hacemos cargo de su "amargura", anunciada en una época en que se había entregado a los placeres y a la buena compañía. Como él mismo destacará en un período posterior de su vida, jamás podría juzgársele por la compañía que frecuentaba. Se abandonaba "casi antes de reflexionar", pero por debajo de esta disposición pasiva su otro yo más profundo valoraba y juzgaba sus acciones. Pese a su adhesión a los filósofos y los enciclopedistas, perturbaban éstos su sueño. En su curioso y poco conocido manuscrito de este período sobre las "Instituciones Químicas", escribe: "Debemos empezar por descartar las francas hipótesis de los filósofos... felices sólo por ignorar su ignorancia... de los fenómenos más simples de la Naturaleza. Un ser inteligente es el principio activo de todas las cosas. *La construcción de un cuerpo organizado únicamente mediante las leyes del movimiento es una fantasía y, dudarlo, una insensatez."* Se atormentará con la lectura de los *Pensamientos filosóficos*, de su amigo Diderot, que acababan de ser suprimidos, destinados a la hoguera por el gobierno de entonces, y que, por momentos, le cautivaban, desgarraban y repelían. Huirá también del salón de los esposos Francueil para comer con Teresa y su numerosa familia. Esta gente ignorante, pobre y hasta viciosa, ¿no era acaso me-

nos artificial, no se hallaba más cerca de él que los hablanchines pretenciosos que había dejado?

De modo que la de Juan Jacobo era, a la sazón, en verdad, un alma dual, y todos los actos de rebeldía o extremos violentos que haya amagado adoptar no pueden ser justamente atribuídos tan sólo a la necesidad de paradoja o la vanidad.

Ya que todos los talentos debían agregarse a algún miembro de la sociedad opulento o poderoso, volvió a golpear las puertas de la señora Dupin, la misma que una vez habíale desairado con crueldad. Fué secretario de ella y de su hijastro Dupin de Francueil. Luego, al elevarse éste al cargo de recaudador general de rentas, estuvo exclusivamente a su servicio, auxiliándolo primero en sus labores privadas sobre química, pues preparaba un trabajo general sobre la materia y, algunos años después, convirtiéndose en su cajero, plaza lucrativa que producía mil francos anuales.

Era ya tiempo que Rousseau se empinase algo en el mundo. El negocio de "llegar", narrado con soltura de lengua en los diarios de hombres de letras tan desmedidos como Marmontel, parece haber sido en Rousseau un asunto lento, imperceptible y secretamente doloroso. En parte, mientras trabajaba insinceramente para sus amos, había llegado a ser una "persona mundana". Pero los progresos sociales, que seducían a otros literatos, le hacían sufrir cierta humillación. Constantemente se daba cuenta de su propia "torpeza". De ningún modo parecía posible una trayectoria de heroica independencia, tal como el hijo de la republicana Ginebra había concebido para sí en sus sueños. Estaba a merced de los demás, cuestión ésta que, observada más profundamente, le desconcertaba en grado sumo. Estaba obligado a utilizar su conocimiento accidental de la música en la composición de pequeñas piezas para ocasiones sociales, tertulias, cumpleaños; debía hacer uso de su mediocre inclinación poética para escribir, a requerimiento, versos triviales que él mismo menospreciaba y le hacían sentirse disminuído. En síntesis, vivía atado por los compromisos. Cuando el digno Altuna le escribe desde el país vasco trayéndole a la memoria su plan de alejamiento del mundo, profiere, en medio de su presurosa y atareada vida parisiense, un grito de pesar. Había abandonado el sueño melancólico que fuera para él una poderosa realidad en las Charmettes. "¡Qué crueles ordalías me impone al recordarme siempre un plan que pudo haber sido la esperanza de mi vida! Más que nunca su ejecución consolaría mi pobre corazón, sumido en la amargura, y me brindaría el reposo necesario a mi salud."

Hubo de soportar una lucha interior para alejar de su mente la idea de una vida simple, natural, vivida en el país de Altuna o en provincias, junto a la señora de Warens.

Las vinculaciones logradas por Rousseau entre 1745 y 1751 son, en líneas generales, las que llenaron las lágrimas de su vida. Después de esta nueva estancia en París es como si el escenario estuviese ya preparado y todos los roles asignados para la larga tragicomedia que va a comenzar.

Francueil, su benefactor, era joven, tenía "un rostro hermoso, elegante figura y talento de sobra". Su esposa, fea pero piadosa y dulce, había cobrado un gran afecto al secretario, que si bien a los treinta y cinco años no personificaba ya a un joven prometedor, gozaba, desde la representación de su ópera y su destacada colaboración con Voltaire y Rameau, de cierta reputación local. Pero, merced a Francueil, Rousseau se había relacionado con muchas otras mujeres encantadoras e ingeniosas, particularmente en los círculos de los "hacendistas", donde, a la verdad, los filósofos plebeyos, "mal vestidos y despeinados", no eran admitidos. Supuesto lo mejor, estimulaban las mujeres a los hombres de letras, aunque también los fastidiaban, y los mantenían pendientes a su alrededor como a un tipo de ornamento moderno y más elegante para su posición social. "Nos acostumbran a discutir con gracia y claridad los temas más áridos y espinosos" —dice Diderot con gratitud en una de sus cartas—. "Hablamos a ellas incesantemente; deseamos que nos escuchen; fastidiarlas o cansarlas nos asusta; de aquí que desarrollemos una manera de explicarnos particularmente clara, fácil, *que se transfiere de nuestra conversación a nuestro estilo literario.*"

Fué por intermedio de Francueil que Rousseau conoció a la joven Luisa de Esclavelles d'Epinay, en 1746, poco después de su casamiento con La Live d'Epinay, hijo de un rico asentista general. Esta mujer animosa, vibrante, sofisticada, célebre por sus vinculaciones con los filósofos del siglo, hubo de hallar pronto en su matrimonio una desdichada experiencia y, siguiendo las costumbres de su esposo, de aceptar inmediatamente como amante oficial al afable y culto Francueil. No era hermosa de cara, pero el materialismo del siglo XVIII toleraba el rostro de la mujer y admiraba su talento. Hasta Rousseau, cuando llegó a ser amigo y a gozar la delicada posición de confidente de ella, de su amante y de la desventurada y devota esposa de Francueil, reconoció su talento.

Aún menos bella que la señora d'Epinay —aunque menos "libertina" también— era su cuñada menor, Sofía de Bellegarde, que contaba entonces dieciocho años y pronto se convertiría en la condesa de Houdetot.

"La primera vez que la vi —dice— fué poco antes de su matrimonio (en 1748). Me habló durante un largo rato con la seductora familiaridad que es natural en ella. La hallé muy agradable..." La señora Sofía de Houdetot también fué desdichada en su matrimonio y, conforme a lo que era una costumbre general en las clases elevadas, tuvo pronto un amante: Saint-Lambert. Este poeta y galantea-

dor, famoso por su conquista de la dama de Voltaire, también llegará a integrar el círculo de amigos íntimos de Rousseau.

El hechizo de una sociedad tan terrenalmente emancipada no dejó de impregnarse en Rousseau y de compensarle en oportunidad por ciertos secretos déficits en que había incurrido. Con Francueil y su facción fué varias veces al viejo y bello castillo de Chenonceaux, en Touraine, a orillas del río Cher, entonces propiedad de los Dupin, y que todavía perdura como un monumento primoroso de la arquitectura del siglo XVI. Allí, entre aristócratas espléndidamente ataviados, vivió, como huésped de los señores del castillo, el sueño de su muchachez. Era el bardo y el músico del castillo. Para entretenimiento de sus amigos, compuso durante su estancia en él una pepequeña mascarada o ballet, que debía ser representado por ellos: *L'Allée de Sylvie,* que es quizá la mejor de sus composiciones ligeras. Hay en esta pieza cierto melancólico lamento, ciertas contrasugestiones que nos hacen pensar en su oposición en ella a la *Promenade du Sceptique, ou les Allées*, de Diderot, no publicado todavía. En esta fantasía pastoral, muy siglo XVIII, hay tonos reveladores:

Dulce y encantador ensueño,
soledad amable y querida,
¡así podáis embelesarme siempre!
De mi triste y lenta carrera
nada suavizaría la miseria
si yo cesara de amaros.
Huíd de este dichoso asilo,
huíd de mi alma tranquila,
vanos y tumultuosos proyectos...

Es su talante bucólico favorito. En la soledad de estas arboledas, el poeta se consuela, en alas del ensueño, de "la miseria de su lenta y triste trayectoria", y anhela la disipación de todos sus planes vanos, tumultuosos, que, prometiendo la felicidad y sabiduría posibles, sólo le reportaron la vaciedad.

Escucha también a la voz del amor que "hace callar a la razón", pues la filosofía es sólo para la "vejez". Hace, además, al considerar sus nuevas afiliaciones, una severa crítica al partido de los filósofos, consejeros del "vicio" y contra el "fanático austero", del que se ha liberado. Hasta en esto se perciben en él todavía una "vida religiosa" oscura, suprimida, las ocultas fuentes sentimentales o espirituales que le hacen discrepar con sus compañeros de grupo, así como cierto melancólico hechizo —algo nuevo para aquellos días bulliciosos— que debe haber conmovido a sus benefactores y atraído sus simpatías hacia un "pobre diablo" de autor.

También la señora d'Epinay, en el verano de 1748, le invita a su castillo de las afueras de París, donde tiene lugar la representación de un acomedia trivial de Rousseau: *L'engagement téméraire* (en la que él mismo desempeña un papel deslucidamente), y se ejecutan varios tríos y canciones.

En sus agrias *Memorias*, que, como sabemos, son indignas ya de crédito, pero que contienen no obstante ligeras sugestiones involuntarias de la verdad, o por lo menos del efecto que causaba en este período [2] a las personas que le rodeaban, describe la señora d'Epinay vívidamente su primera impresión de Rousseau:

> Aunque no es cortés, o carece por lo menos del don de la cortesía, hace cumplidos. Ignora al parecer las costumbres en sociedad, pero salta a la vista que es infinitamente inteligente. Su tez es morena, y sus ojos rebosantes de fuego dan gran vivacidad a su expresión. Cuando nos habla y mira parece hermoso, pero cuando tratamos de recordarlo, su imagen es siempre fea. Dícese que soporta una enfermedad que le angustia y que oculta cuidadosamente por alguna razón de vanidad. Creo que es ésta la causa de que de vez en cuando se muestre malhumorado.

Y la señora de Maupéon, con quien ha estado ella conversando, le observa que Juan Jacobo parece "un pobre diablo de autor, tan miserable como Job, con talento y vanidad bastante para cuatro. Dicen que su historia es tan extravagante como su persona. Sus ojos expresan que el amor juega una gran parte en su novela."

Si en esta época nos impresiona por los constantes síntomas de sus recónditos conflictos interiores, más sintomática nos parece la dualidad de su vida, agudamente dividida entre la buena y elegante compañía de filósofos y hacendistas, y la escondida Teresa Levasseur.

De los confines de la elegancia y la civilización, o sea del castillo provincial en que había sido felizmente fecundo, vuelve un día, en el otoño de 1746, a su secreta compañera —a quien temía aún mostrar en público—, y a la existencia escondida y sórdida que era su inexplicable destino privado. Una sucesión de acontecimientos desdichados conspiraban en contra suya para robarle su paz espiritual y las pocas verdades que sostenía.

"Mientras yo engordaba en Chenonceaux —dice—, mi pobre Teresa engrosaba por otro estilo." El embarazo estaba irreparablemente adelantado. Muy llanamente expresa en la más terrible de sus confesiones que la conmoción del hecho encontró a su conciencia saturada. Seguía las costumbres de cuantos veía a su alrededor. Los caballeros promiscuos que frecuentaba, los oficiales del restaurante de la Opera, donde iba a comer, habían sido siempre, en tales emergencias, muy expeditivos en su procedimiento.

El llanto del vástago indeseado, que vió la luz en el invierno de 1746-47, llena de angustias al pobre y aturdido padre y lacera el corazón de la infeliz y postrada madre. A la desventurada Teresa se la convence de que debe abandonar al hijo: "Ya que son éstas las costumbres del país, cuando se vive en él bien pueden seguirse", fue-

(2) Ver *Apéndice*, nota A.

ron las primeras reflexiones de Rousseau, hijo él mismo de padres desalmados que habían abandonado, casi, a sus hijos a los elementos. "Sin el menor escrúpulo" logró esta vez que Teresa compartiese sus puntos de vista, y el recién nacido, con algunas marcas de identificación, "del modo acostumbrado", fué conducido por la partera al *Hospice des Enfants Trouvés*, la Casa de los Niños Expósitos de París.

Ha dado Rousseau varias razones contradictorias para justificar este crimen, que en efecto llegó a ser el infanticidio, puesto que jamás se supo nada de ninguno de sus bastardos. La actitud asumida, a la que Teresa "consintió sollozando", fué en sí misma automática, impulsada por la más envilecedora y terrible necesidad de auto conservación. En una carta escrita cinco años después (20 de abril de 1751), a la dócil señora de Francueil, expresa con amargura su desesperación, su propia culpa, admitiendo la consumación de lo que era su horrible secreto: "Usted conoce, señora, mi situación, los grandes sufrimientos con que gano el pan de cada día. ¿Cómo podía, pues, alimentar a toda una familia?" Atribuye a la miseria la antinatural negación de sus deberes paternos. "Sí, señora, llevé a mis hijos a la Casa de los Niños Expósitos... Si mi pobreza y mis enfermedades me han impedido cumplir un deber tan caro a mi corazón, debe usted apiadarse de mí y no reprocharme el crimen cometido." Esto es tan simple como las costumbres de los extraños seres de apariencia humana que se arrastraban en los más profundos abismos del reinado de Luis XV.

Posteriormente, en el invierno de 1747-48, al cometer el segundo de estos crímenes, meditó más largamente sobre la cuestión: reunió nuevos y más sutiles sofismas para condonar el terrible asunto. ¿No había Platón sugerido la entrega de los hijos al Estado a fin de que, más que un apéndice de la familia, fueran ciudadanos?... Reflexionaba sobre los motivos de su actitud, los invertía en una continua y furtiva agitación, viéndolos siempre bajo nuevas luces. Fueron llagas que ulceraron en él eternamente; y quienes escarnecen al filósofo, al célebre *educador* por abandonar a sus hijos, no se dan cuenta de los tormentos que su conciencia sufría, pues no olvidaba sus crímenes, que significaron su atadura vitalicia a la ignorante mujer— a quien se había unido al principio nada más que "por placer"—, por el vínculo de sus pecados íntimos, de sus lágrimas y de su expiación en común. Pronto la acerca aún más a sí.

En Suiza, Isaac Rousseau, envejecido y olvidado, muere en marzo de 1747. "A no ser por mi aturdimiento —escribe su hijo— hubiera sentido esta pérdida, como lo hice después, más agudamente." Recibió la herencia correspondiente a su hermano mayor, desaparecido en Alemania y a quien se tenía por muerto desde hacía treinta años, que ascendía a unos 3.000 francos. Hubieran podido llevar una vida algo mejor, pero entonces toda la familia Levasseur se había propuesto vivir a sus expensas.

Hacia fines de 1749, siendo aún empleado bien remunerado de Francueil, vive con Teresa en una habitación del cuarto piso del Hotel de Languedoc, sito en la calle de Grenelle-Saint-Honoré, y los Levasseur —"seis o siete de ellos"—, dos pisos más arriba. Teresa estaba enteramente bajo la influencia de su madre y de sus parientes, uno de los cuales, por lo menos, el que robó la ropa blanca de Rousseau, era ladrón. Con todo, estaba él convencido de que su corazón era angelical. Era cariñosa y buena cocinera.

Los placeres de ambos eran sencillos: pequeños paseos por los suburbios y cenas junto a la ventana, sentados uno frente al otro en pequeñas sillas sobre una maleta. "De modo que la ventana nos servía de mesa, respirábamos el aire libre, podíamos ver los alrededores y los transeúntes; y aunque nos hallábamos en el cuarto piso estábamos como comiendo en la calle." No se pueden negar las preferencias de Juan Jacobo por las comodidades más humildes y su contentamiento con ellas. Un cuarto de pan moreno, algunas cerezas, un poco de queso y medio cuartillo de vino, bastaban para su refrigerio, sazonado por la "verdadera amistad, la confianza, la dulzura de alma". A veces, al anochecer, permanecían en su sillas como enajenados en la obscuridad, contemplando las titilantes luces, la agitación ardiente de vagas figuras en las calles obscuras, hasta que la anciana bajaba para enviarlos a la cama.

Dice Rousseau que su apego a Teresa Levasseur no era amor, pero lo cierto es que se intensificaba. Pensaba que podía manejarla a su antojo y que ella complacería sus fantasías, sus hábitos, sus sospechas, y le serviría como un subordinado en sus enfermedades, en su *insuficiencia* sexual.

En carta fechada el 26 de agosto de 1744 y dirigida a la señora de Warens, a la que jamás olvidó por completo, revela que nuevas miserias vinieron a nublar sus días. El verano de ese año señaló la erupción de su "cruel y humillante enfermedad" que, si no le acortó la vida, como temía, se tradujo en un intervalo de dolor intenso.

En verdad, era robustísimo, había andado millares de millas, había soportado el hambre y el frío. Las enfermedades que había padecido, influenza y otras por el estilo, le habían afectado algo el oído y, más definidamente, su imaginación hipocondríaca y sus nervios, otrora altamente organizados.

Experimentaba entonces cólicos agudos, fiebre, transpiración, ardores dolorosos, "retención de orina" y todos los síntomas molestos de la congestión de la uretra. Como a la sazón poco se conocía respecto a su curación, sufrió durante toda su vida esta enfermedad, que fué la causa de sus extraños hábitos de timidez e irritabilidad y, al obligarle a descargar frecuentemente la vejiga, de su anhelo de soledad (3).

(3) La teoría de la señora F. Mac Donald, de la posible impotencia sexual de Rousseau y de su consecuente decepción ante el nacimiento de sus hijos, ha sido confutada. *Apéndice*, nota B., sobre las en enfermedades de Rousseau.

Entre sus molestias, su deseo de eludir la presencia de los demás —que se convirtieron con el correr de los años en una misantropía positiva y le caracterizaron como un ser extraño— por un lado, y el verdadero deleite que le proporcionaban sus amigos selectos y el hechizo que sabía ejercer sobre ellos, por el otro, sufría tormentos indecibles.

En 1749 anhelaba todavía el trato seductor de los literatos y enciclopedistas parisienses. Era dócil ante una cultura con la que había entrado en contacto demasiado tarde: lleno de admiración por Diderot, Condillac y los huéspedes que hallaba en las comidas de Pablo de Holbach, procuraba aún convertirse en un hombre de "buen gusto", de "buen sentido" y, a pesar de sus dudas, en un "caballero cortés".

Un nuevo amigo, que compendia todo lo que él envidia y, al mismo tiempo, todo lo que su apasionado corazón esquiva, penetra entonces en su mundo. Melchor Grimm, joven alemán de veinticinco años, hijo de un pastor, llega a París y le es presentado en un grupo vinculado a un príncipe alemán que a la sazón visitaba Francia. Como Rousseau, Grimm, en estos juveniles días, amaba la música italiana; era un sentimentalista arrebatado que se entregaba a los más extravagantes amoríos románticos. Veíasele, en sus estados emocionales, llorando en los jardines de las Tullerías, sacando su pañuelo cuando creía que nadie le miraba. Pero bien pronto abandona Grimm tales posturas y llega a ser "el más parisiense de los parisienses". Rousseau habíase deleitado con él, tardes enteras, en que comían juntos, y toda una noche, ejecutando duetos en su habitación. Con cierta angustia observaba cómo su amigo, a quien quería entrañablemente, se convertía con rapidez en el más imperturbable de los hombres del mundo, en un ser "que no amaba al país", que se creía a sí mismo hecho para los salones y los galanteos, en una palabra, para prosperar. Poseía Grimm una mentalidad clara y mordaz, una verdadera agudeza crítica que muy pocos podían resistir. Este recién llegado, a quien Rousseau descubrió e introdujo por todas partes, iba a realizar una carrera extraordinaria, a tener un éxito tal en sociedad como ni él mismo soñara jamás; se convertirá en el suave, brillante defensor de las artes, las ciencias y de todas las consumaciones de una civilización artificial, y, finalmente, se alejará de Rousseau.

No sabemos si Juan Jacobo era consciente de sus impulsos alternados para adaptarse y combatir al mundo que le rodeaba. Pero salta a la vista que en 1749, a los treinta y siete años, se daba cuenta de lo poco que, en verdad, había hecho para libertar a las fuerzas —vagamente sentidas en sí mismo— que podían acercarlo a los bienes que buscaba. Sin duda había el mundo frustrado sus esperanzas. Había creído, "como suizo", que un trabajo bien realizado tendría finalmente éxito; pero percibía que para ello "eran necesarios otros talentos que no poseía ni deseaba".

La gloria burlaba en todas partes sus persecuciones indecisas; había fracasado en el teatro como poeta-músico, de igual modo que como

"inventor" ante la Academia. Podía gritar contra el dinero. (Era duro necesitarlo en el París resplandeciente). Hubieron días de gran confusión y desequilibrio emocionales en que su vida era un estado de "oprobio y miseria". Las estúpidas tareas que realizaba le impacientaban y encolerizaban; su corazón estaba "vacío como un globo aerostático", según dice en una carta del momento. Y cómo las humillaciones y hasta los desastres pudieron acumularse en él: el siniestro abandono de sus hijos, el tormento de su misteriosa enfermedad, que ningún médico de la época podía curar, la sordidez de su vida privada, su carencia de toda significación o valor.

Al enterarse de que su amigo Diderot se hallaba preso por haber publicado su sediciosa "Carta sobre los ciegos", el 25 de agosto de 1749, sufrió una súbita conmoción. Corrió a la prisión de Vincennes a ver a su desdichado amigo y le abrazó y lloró con él apasionadamente. (Aquellos días fueron famosos por sus lágrimas).

Escribió cartas suplicantes al gobierno, que acababa de suprimir por un tiempo la Enciclopedia; dirigió fantásticos mensajes a la amante del rey, Madame de Pompadour, que no fueron contestados. ¿Iría su amigo Diderot a pasar su vida en la cárcel, observando el sol, el cielo, el mundo de los seres humanos, a través de una rejilla? Era un mundo loco, una sociedad más loca aún. Tuvo momentos de desesperación en que de la fatiga total se deslizaba a los ensueños deliciosos. Lo único que entonces le consolaba eran esos encantadores, asfixiantes desbordamientos del recuerdo —que aunque por un tiempo apaciguado jamás habíale abandonado— de una vida más simple y sana, vivida en medio de la vegetación de Saboya y llena de fe en una Naturaleza sonriente y en su inescrutable autor.

Capítulo VII

EL TRANCE. – ROUSSEAU ENCADENADO

Les grandes pensées viennent du coeur!. — VAUVENARGUES.

1

Durante el verano de 1749, caminaba a menudo las cinco millas que separan a París de Vincennes para visitar a Diderot, a quien se trataba ahora con más clemencia, permitiéndosele andar con sus amigos por los jardines externos de la prisión. (Lo que más debió haber perturbado la mente de Diderot, en medio de sus batallas por la libertad de pensamiento, era la idea de que su amante del momento le estaba probablemente engañando).

Como eran días de calor intenso, en que a veces desfallecía de fatiga, había Rousseau adquirido el hábito de llevar consigo algún periódico, que leía mientras andaba más despaciosamente. Una tarde muy calurosa, leyendo, rumbo a Vincennes, el *Mercure de France*, tropezó de súbito con el tema del ensayo propuesto, como de costumbre, por la Academia de Dijón para optar al premio del año siguiente:

"El progreso de las ciencias y de las artes ¿ha contribuído a purificar o a corromper las costumbres?"

"Instantáneamente se abrieron a mis ojos nuevos horizontes y me volví *otro hombre*", relata en el libro octavo de *Las Confesiones*. La cuestión implícita, que dió rienda suelta a sus emociones, le subyugó poderosamente.

En la revelante carta que posteriormente, en 1762, escribió a Malesherbes, afirma que si algo podía semejarse a una "inspiración" repentina era la conmoción que sintió al leer esas líneas:

> Sentíme de pronto deslumbrado por un millar de luces resplandecientes; una multitud de ideas vívidas se apiñaban en mi mente con tal fuerza y confusión que me sumieron en una agitación indecible; sentía mi cabeza remolinear como la de un borracho. Sobrecogióme una violenta palpitación que hacía latir mi corazón de una manera insoportable; faltándome el aliento para seguir andando, me desplomé debajo de uno de los árboles del camino, donde permanecí durante media hora en un grado tal de excitación que, al levantarme, noté la parte anterior de mi chaqueta totalmente humedecida por mis lágrimas, aunque inconsciente en absoluto de haberlas derramado. ¡Ah, Señor! Si hubiera podido escribir tan sólo la cuarta parte de lo que vi y sentí debajo del árbol, con la misma claridad, habría revelado todas las contradicciones de nuestro sistema social; con qué simplicidad hubiera demostrado que *el hombre es naturalmente bueno y que únicamente nuestras instituciones le hicieron malo.*

Todo nos induce a creer —varios relatos de Rousseau, el testimonio de Diderot— que esta crisis o trance le sobrevino cerca de Vin-

cennes y, como otras crisis nerviosas, aunque con mayor intensidad, condújole a la decisiva y transmutatoria experiencia "religiosa" en la que vió aclarársele cuanto tenía delante: todo su destino, su misión, el camino que seguiría hasta el fin de sus días. Este trance no fué más que un momento de "auto-hipnosis", una sublevación de sus deseos latentes, un religioso "echar fuera los demonios". Pero era evidentemente inevitable. Todo su pasado, sus desatinos, las angustias de su genio inarticulado, pisoteado, trabado e impotente, le indujeron finalmente a insistir en sus derechos, a pregonar a son de trompetas el problema supremo de la civilización, que —en ese instante de encandilamiento— veía como la antítesis fatal entre la "naturaleza humana" buena, libre y el "estado de la civilización", que le encadenaba y envenenaba. Describirá el conflicto perenne entre la esencia candorosa, intuitiva de los sentimientos y el hombre civil, social, disciplinado, artificial, que no era más que el peón de ajedrez de la civilización. Aquí estaba la raíz del trastorno, el veneno de la cultura. Rousseau creía esto. La frustración de todas las nociones pintorescas o heroicas que se fijaron en su mente infantil con la lectura de Plutarco, de todo el sentido de su bondad innata, de su espíritu libre y de su idealismo, le indujeron a creerlo. Al mismo tiempo, su largo estudio del contraste existente entre el acrecentamiento de la cultura y la intensificación de los males sociales, le habían llevado a "menospreciar a su siglo" y a sus contemporáneos: de éstos había pensado hacía rato apartar su espíritu. Confundiendo entonces la causa de su temperamento con la de la verdad, resolvió aventurarse en la paradoja del filósofo que denuncia a la ciencia y la cultura.

Relata cómo, iluminado por un sabio de Oriente, vió con claridad su derrotero: la crítica vibrante de la civilización; la proposición del retorno al estado natural de libertad e igualdad; el bosquejo de un sistema educacional que alejase el alma del hombre de los envilecedores efectos de las instituciones sociales. Todo esto lo concibió al momento. Contemplando su propia alma, ponderando las causas de sus pasos vacilantes, sus propios errores —incluso la monstruosa renunciación de sus hijos— llegó a la conclusión que él, Juan Jacobo Rousseau, a no ser por la sociedad, con sus prejuicios, tradiciones, desigualdades, su tiranía milenaria, que le habían hecho vicioso e innoble, hubiera sido un hombre bueno. El París de sus amos y colegas, por su aire gentil, su cultura, sus ropajes suntuosos, aparecía ante él como un escenario en que imperaban la molicie, la decadencia, la liviandad y la hipocresía. Y, sentado en el césped, escribió con lápiz una peroración, en la que comparaba la gran capital de Francia con la Roma decadente:

> Oh, Fabricio, ¿qué habría sentido vuestro elevado espíritu si, vuelto a la vida, hubiera contemplado la pomposidad de la Roma salvada una vez por vuestras armas? Oh, Dioses —hubiérais exclamado— ¿qué fué de aquellos techos bardados, de aquellos corazones rústicos que un día albergaron la moderación y la vir-

tud? ¿Qué funestos esplendores han sucedido a la antigua simplicidad romana? ¿Qué es este extraño lenguaje? ¿Qué son estas maneras afeminadas, aquellos edificios?

Llegado a Vincennes, en un estado de excitación rayano en el delirio, expresó a Diderot sus ideas y le leyó la *Prosopopeya* de Fabricio. "Diderot —dice en *Las Confesiones*— me exhortó a dar libre vuelo a mis ideas y a concurrir al certamen de Dijon. Esta entrevista, efectuada en un momento de gran saturación, ha dado lugar a muchas conjeturas. Al cabo de una ruidosa discusión, pretendían los amigos de Diderot que fué éste quien instó a Rousseau a tomar el lado negativo de la cuestión y afirmar que el progreso de las artes y las ciencias, lejos de mejorar a la humanidad, la había degradado. De modo que habría sido Diderot el causante del gran vuelco en el destino espiritual de Rousseau, puesto que todos sus famosos volúmenes de la década que siguió a la entrevista de ambos tienen vinculación entre sí y están estrechamente ligados al primer "Discurso". Pero nuestro escrutinio de todos los tanteos anteriores de Rousseau, en tantísimos fragmentos y cartas, pone de manifiesto que su inclinación estaba ya determinada y que el cargo es insostenible. El mismo Diderot, que estaba ya familiarizado con el espíritu crítico y faccioso de Rousseau, recuerda que sus palabras fueron las siguientes:

El partido que va usted a tomar es el único que ningún otro adoptaría.

Regresado a París, sumergióse Rousseau en su trabajo, dejando de lado toda otra ocupapción. Una esperanza y un entusiasmo inmensos le sostenían, exactamente como si estuviera poseído por alguna revelación religiosa. Permanecía en cama, con los ojos cerrados, invirtiendo repetidas veces sus frases y párrafos. Era un esfuerzo intenso y penoso. "Consagraba sus noches de insomnio" al *Discurso*, luchando con un tropel de ideas y soluciones que, en gran confusión, le presionaban, hasta quedar resueltas en conceptos claros que le estimulaban. Llamaba a la señora Levasseur, madre de Teresa, que sabía escribir bien, para dictarle rápidamente desde su cama todo lo que había concebido durante la noche. Es éste ún método singular de composición que caracteriza *par excellence* al genio temperamental neurótico. Terminado el trabajo, que fué alabado por sus amigos Diderot y Grimm, a quienes lo había confiado, remitiólo, en las primeras semanas de 1750, a la Academia de Dijon y se olvidó de él. Pero, meses después, el 3 de agosto de 1750, supo que había sido premiado con una medalla de oro y trescientos francos. En el otoño de 1750 —después de tan larga espera (frisaba en los cuarenta)— hallóse, de la noche a la mañana, como por milagro, famoso: no por la importancia del premio sino porque Diderot, que había dispuesto la publicación del libro, le notificó inmediatamente su prodigioso éxito público: *Su discurso toma por asalto a todo el mundo.*

Poco después el mismo Diderot descartaba el *Discurso sobre las artes y las ciencias* por demasiado retórico y de lógica deficiente. A pesar de su tonalidad estridente y su aire ingeniosamente paradojal, contenía un vigor y una indignación que únicamente el más conspicuo de sus contemporáneos podía igualar: alentaba una nota de sinceridad raramente sonada por ese grande hombre; finalmente, señalaba los males, las llagas, las ansiedades de la época, que había sentido en carne propia. Ante todo, la primera disertación de Rousseau —no nos ríamos del ex-valet y músico errante— tenía el carácter de una ferviente prédica moral, que provenía directamente de su conciencia de protestante atormentada, y que hizo que toda Europa tuviese de pronto conocimiento de un nuevo oráculo.

Como tantos comentaristas han observado, la cultura del período había "sobrevivido por sí misma". La literatura estaba en manos de hombres mediocres. Sólo Rousseau comienza a percibir las debilidades, de las que no escapa ni siquiera Voltaire, a quien apostrofa en su *Discurso* audazmente: "Oh, Arouet, ¿por qué continúa usted no haciendo más que divertir nuestro entendimiento?"

Había una presunción tan estrecha de la cultura del siglo, que hacía sospechar en su esencial desvinculación con la vida. ¿Qué aportaban todos los diletantes que se entretenían en los laboratorios, o los libertinos que no dejaban de hacer, a cada paso de sus limitadas trayectorias, sutiles distinciones morales? En los salones y los cafés, en todas partes, el hechizo de semejante cultura estaba destinado a la venta. Rousseau era ajeno a este juego en la medida de su temperamental ineptitud para ello. Voltaire y los enciclopedistas, por su parte, ignoraban lo que ocurría en las capas inferiores de la sociedad, más allá de la *bonne compagnie;* se contentaban con las luces que poseían. ¿No habían ganado brillantes campañas en pro de la civilización, contra la Infame y los oscurantistas? Pero lo esencial en la crítica de Rousseau era que las viejas concepciones, al alejarse de la vida, habían sumergido los verdaderos valores y perdido de vista a la humanidad.

Comienza Rousseau con el argumento histórico vago característico del siglo: como Montesquieu y Voltaire, pasa revista a lo que se conocía entonces por civilizaciones de Egipto y Persia, Grecia y Roma. En el proceso comparativo de las civilizaciones —tal como se hace hoy— notamos que Rousseau aprobaba las virtudes "primitivas", la simplicidad, la bravura, el patriotismo: las "virtudes" típicas de Esparta y de la antigua Roma, que no se consideraban ya de moda. Pero cuando la civilización, en cada caso, llegaba a su apogeo —sostiene— (en gran parte como Sócrates, Tácito y Montaigne), debajo de la resplandeciente superficie sólo avanzaban la sofistería, la inmoralidad, la flaqueza, hasta que, en un último resplandor, la civilización moría.

De suerte que la Europa occidental había emergido también de la "barbarie". Mientras gobiernos y leyes, después de la Edad Me-

dia, aseguraban el bienestar de los pueblos, las letras y las ciencias desparramaban "guirnaldas de flores sobre las cadenas de hierro" y frenaban en ellos el sentimiento de *aquella libertad para la que parecían haber nacido, y les hacían amar su esclavitud.* Poco después, a consecuencia de las instituciones y convenciones corruptoras, una uniformidad vil y engañosa imperaba sobre las costumbres humanas, y todas las mentes parecían fundidas en el mismo molde. Ciertamente, la naturaleza humana no era mejor en tiempos remotos, pero las costumbres naturales, rústicas (es decir, las primitivas) aseguraban y facilitaban la comprensión entre los hombres, los liberaban del peligro o de la injusticia de los unos sobre los otros. En cambio, a la sazón "se veía regir dondequiera la moda, la cortesía, el decoro; jamás la independencia o la originalidad. No se sabía ya con quiénes, amigos o enemigos, se trataba... No había ya amistades honestas, ni verdadera estima, ni confianza profunda. En su lugar, sospechas, sombras, temores, reservas, odios, traiciones, se ocultaban bajo el inmutable y pérfido velo de la cortesía, esa jactanciosa urbanidad que debemos a la cultura de nuestro siglo!"

Era el suyo un clamor sincero, involuntario, contra la licencia y la perversidad, que, como nadie ignoraba entonces, prevalecía en los altos lugares: una diatriba contra una cultura vuelta harto visiblemente, por tales portavoces como Voltaire, hacia los principios del placer, de la conveniencia y, ante todo, del *savoir faire,* como dicen los franceses, mientras los tiranos reales aplaudían el espectáculo de "esclavos felices, pobres de espíritu, corteses y dóciles, apropiados para la servidumbre", merced a la enseñanza de las artes y las ciencias.

¡Cuán diferente del de Voltaire era el sentido de los valores de Rousseau! Volviendo al gran adversario de éste, notamos cómo el otrora poeta cortesano (tan comprometido en todas las conexiones con los grandes disolutos de la época, a quienes había ofrecido todo el halago de que era capaz) se regía por una teoría especial de los valores y de la historia. Es la cultura de los menos, según lo concibe en el *Siglo de Luis XIV,* lo que hace los siglos de Pericles, de Augusto, de los Médici, de Luis el Grande —y finalmente, ¡de Voltaire y Federico!— los momentos supremos de la humanidad. Para Rousseau había también un desideratum subjetivo, aunque más saludable. Volviéndose de tanto lujo afeminado y convencionalismo hipócrita dice: "Es así cómo la disolución de las costumbres... nutre a su vez la degradación del gusto. Si por ventura, entre estos hombres distinguidos por su talento llegase *alguien con firmeza de alma* que rehusase allanarse al espíritu del siglo, o a rebajarse mediante producciones pueriles, ¡pobre de él!, *morirá* en la miseria y el olvido!"

Es curioso, y también paradójico, que Juan Jacobo Rousseau, a quien el público conocía apenas como músico y miembro del partido de los enciclopedistas, se volviese contra sus propios colegas e instase, como Platón, el destierro de los poetas o, como en Esparta, la expulsión

de los filósofos, de los artistas y de los hombres de ciencia. Este filósofo condenaba a los químicos y los astrónomos; denunciaba a los metafísicos y a sus disputas eternas; sostenía uno la existencia de la materia; otro que el mundo estaba compuesto únicamente de elementos físicos; otro más, que no existían el vicio ni la virtud, que los hombres eran lobos que podían devorarse entre sí.

Cada filósofo exclama: "Venid a mí, que jamás engaño a nadie." Pero como resultado de estas lecciones, ¿eran las gentes de Francia más prósperas, mejor gobernadas, menos perversas?

El mensaje de Rousseau era simple y, en el más profundo sentido, "reaccionario". Afirmaba que los hombres habían conocido una vez condiciones más felices, paradisíacas, de sencillez y libertad, a las que podrían retornar desde esta sociedad torpemente esclava y lujuriosa con sólo conocer el medio o tener el coraje necesario. Nuevamente sus críticas golpeaban el lado más flaco de la cultura del siglo XVIII. *En tanto el poder esté en un lado y la prudencia y el saber en otro, los pensadores tendrán únicamente ideas insignificantes, no consumarán más que hechos mezquinos, y el pueblo continuará siendo vil, corrompido e infeliz.*

Con esto aclaraba los más grandes puntos en discusión de su tiempo. Definía el *malaise,* el atormentador problema de una generación que estaba de hecho al borde de la bancarrota. Busquen consuelo en otra parte, exhortaba; dejen de ser sofistas pusilánimes que se deleitan conversando en vísperas del desastre que tantos barruntaron, y traten de hallar nuevas experiencias, nuevas verdades (en el corazón humano, en el yo espontáneo y natural) que les permitan un nuevo comienzo y una nueva esperanza. Deben sobre todo volver a reflexionar sobre lo que los hombres han dejado detrás: *el hombre de la Naturaleza.* ¿Volver a la Naturaleza? Estas palabras sonaban entonces a cómico. "Oh, ¿arrastrarse a cuatro patas?" Voltaire se mofaba. Con todo, si traducimos al lenguaje de hoy la concepción religiosa o psicológica de Rousseau de una "caída", de un estado anterior de gracia como explicación de la frustración y represión humanas, lejos de parecer absurda prefigura el método del psicoanalista del siglo XX. Tampoco nos parece hoy absurdo su propuesto plan para la renovación del vigor y del coraje mediante el abandono de todas las posibles hipocresías, formalidades, *inhibiciones* convencionales. El mismo utilizará estos principios (del psicoanálisis) para "expeler" sus propias desventuras diabólicas, sus desengaños, sus humillaciones. Debemos tener en cuenta el vigor de estos principios al contemplar las figuras románticas y hasta titánicas, que, al finalizar el siglo, se nutrieron en sus enseñanzas: las Madame de Stäel, los Mirabeau, Robespierre, Saint-Just, Châteaubriand y Bonaparte.

Diderot, amigo de Rousseau y uno de los hombres más clarividentes del siglo, reconoció al instante la verdad de sus críticas. Sostuvo que "sus consecuencias eran exactas, su procedimiento lógico equivoca-

do". La fuerza galvanizadora de las críticas de Rousseau puede ser juzgada por las violentas controversias que empezaron de pronto en 1751 y prevalecieron durante años. Había en su primer vuelo filosófico muchas contradicciones, extravagancias y paradojas que no escapaban a sus contemporáneos. No edificó, como Descartes o Spinoza, una "catedral de ideas"; era un hombre que vivía sus ideas a través de la experiencia y la acción. Publicado el "Discurso", sus ideas, como lo harían siempre, engendraron enemigos violentos y partidarios. Vióse envuelto en polémicas, que le ocuparon durante muchos meses, con ciertos antagonistas formidables: el profesor Borde, de Lyon, su viejo benefactor, el abate Gautier y aquel patrono de la cultura: Estanislao Lescinski, rey titular de Polonia y duque de Lorena (o su "Fantasma").

A las objeciones opuestas por estos adversarios contestaba Rousseau muy dignamente y con sorprendente habilidad y firmeza. En sus réplicas, que fueron siempre incorporadas en el "Discurso sobre las Artes y las Ciencias", sus teorías perdieron algo de su extravagancia inicial: teorías que fueron después desarrolladas, modificadas, cristalizadas. Pero el hilo conductor de su pensamiento puede seguirse con facilidad a través de los debates subsiguientes. Podemos observar en esta etapa la evolución y ampliación de sus ideas.

Continuó sosteniendo la proposición de que los hombres habían, en cierto modo, renunciado a sus "derechos naturales" y que originariamente habían sido destinados a vivir más libres y dichosos. Pero desechó la paradoja de condenar abiertamente la ciencia y se limitó a oponerse al diletantismo y elogiar entre tanto a los grandes "preceptores del hombre", tales como Francisco Bacon, quien "jamás se molestaba en ser el discípulo de alguien". En su réplica a Borde dice en una nota al pie: *Pienso que el hombre es naturalmente bueno.* Si el hombre era naturalmente bueno, entonces la doctrina católica del "pecado original" debía ser descartada. En adelante, buscará, como declara, una religión más "humana", mediante el desarrollo de los aspectos caritativos de las enseñanzas de Jesús. Percibía indudablemente que para poner las cosas en su lugar era necesaria otra disposición mental que la de los filósofos ordinarios del partido de la Enciclopedia; se necesitaba la religión, pero no el catolicismo ni el calvinismo; quizá ni siquiera el cristianismo... El otrora pasivo y melancólico ser, transfigurado entonces por "el primer reconocimiento público de su talento", replicó intrépidamente al rey Estanislao: *La primera fuente del mal es la desigualdad.* Estos tanteos, estas frases, son guías que señalan en la dirección de las certezas que perseguirá y capturará después por sí mismo.

El carácter de Rousseau, plenamente evidenciado durante estas controversias, parecía atraer la imaginación pública. Al dirigirse al rey Estanislao, observaba que "en el terreno de la razón los hombres retornan a los derechos naturales y *reconquistan su primitiva igualdad*".

Y finalizaba con una paradoja que convulsionó a la sazón a todo el mundo: "Si yo fuera el cacique de alguna nación africana colgaría a todos los europeos que cruzasen la frontera." No podemos dar importancia a la oportunidad del primer "Discurso" de Rousseau. No nos concierne ya contestar sus ataques a la ciencia y a la cultura, que creía permanentemente divorciadas del bien público y de la responsabilidad social. No sentimos ya esa separación de igual manera que en los últimos períodos del Renacimiento europeo, debido en gran parte a las indignadas polémicas de Rousseau, que desviaron la corriente del siglo XVIII y contribuyeron a mejorar la condición. Sus propios colegas en el campo cultural, tales como Diderot y d'Alembert, reconocieron, lo que es bastante extraño, la pertinencia y verdad de su criticismo. No percibían aún la importante solución de continuidad que había entre ellos y Rousseau, y obligaba a éste a tomar una posición independiente y central en las grandes controversias del siglo. Estaban contestes en admitir, en el acto, que el hombre no había mejorado mucho por su alejamiento de la vida rústica y primitiva, a la que Rousseau había dedicado tales elocuentes himnos de alabanzas.

En diarios del período se consigna el difundido efecto del primer "Discurso" de Rousseau. Escribiendo sobre Suard, dice Garat:

> Fué en este momento que una voz madura, aunque todavía desconocida, surgió, no del desierto o la floresta sino de las verdaderas tinieblas de aquellos círculos y academias y de esa filosofía cuya luz alimentaba tantas esperanzas... y, en nombre de la verdad, acusó a la especie humana, a las artes, las letras, las ciencias y a la sociedad misma... Y no sólo produjo un escándalo general sino también una admiración y una especie de terror que eran casi universales.

2

Se había convertido en "otro hombre". Su fortuna había cambiado de golpe, y la celebridad y la holgura, tan penosamente buscadas, se hicieron presentes, pero en las *condiciones por él exigidas.* El hombre de cuarenta años, que se había manifestado irresoluto y letárgico, incapaz de concentrarse sin un esfuerzo lento y penoso, que requería toda su fuerza de voluntad, aprovechaba al parecer rápidamente todas las coyunturas favorables. Podemos percibir los elementos de orgullo o ambición devoradores que siempre habían operado en él oscuramente. Al echar un vistazo a los errores de su pasado, debidos, en parte, a sí mismo y, en parte, a la familia y al ambiente, se nos aparecen de una manera vaga las enormes dificultades y humillaciones evocadas por esa misma complejidad, intensidad, brillantez que, en los individuos conspicuos, llamamos genio.

Cuando es la necesidad egotista, la fuerza del yo, que estalla libre de inhibiciones, tenemos el espectáculo de la megalomanía. Pero en Rousseau, el triunfo individual, o el "echar fuera los demonios" —

implícito en su ataque a la civilización de su tiempo— se identifica con el drama de su siglo, con la aflicción de las masas humanas.

El aplauso popular tributado al intrépido igualitario y amigo de la humanidad tenía algo de apasionado; decíase de él en su tiempo que había tocado "el corazón de los hombres". Sólo necesitaba entonces *s'embourgeoiser*, escuchar a sus patronos: Francueil, la señora Dupin, etc., bastándole medir sus pasos para gozar todos los frutos mundanales ofrecidos, según la moda, a un hombre de letras. Las puertas se abrieron para él en todas partes; halagadoras atenciones le presionaban. Sin embargo, se apartó de estos amistosos ofrecimientos y emprendió resueltamente y con cierta satisfacción interior su propia "reforma personal", adoptando los severos principios anunciados en su "Discurso" (!). Hubo consternación entre sus amigos; y un interés más vivo aún por la nueva celebridad que surgía, entre los aristócratas y las esposas de los asentistas generales, a quienes su trabajo había producido un nuevo estremecimiento.

Había llegado a esta espartana decisión de auto-reforma como consecuencia de una de las "crisis" que señalan cada paso de su trayectoria. En diciembre de 1750 cae enfermo y se angustia durante largas semanas. Sus amigos ricos le envían dos cirujanos distinguidos; uno de ellos, Morand, le pronostica seis meses de vida. En aquellas horas oscuras de fiebre y dolor, encadenado a su cama, pasa revista a todas sus desdichas del pasado y se entrega a las más sombrías reflexiones. Era cruel morir cuando tantas esperanzas y tanta potencialidad fermentaban en él. Seis semanas después abandona el lecho algo aliviado; no obstante, había llegado a una firme resolución respecto a la reforma de su vida personal. He aquí su admirable decisión:

> Renuncié para siempre a todo proyecto de fortuna y de prosperidad. Resuelto a pasar en la independencia y la pobreza el poco tiempo que me restaba de vida, empleé todas las fuerzas de mi alma en romper las cadenas de la opinión y en hacer con valor todo lo que me parecía bien, sin preocuparme para nada del juicio de los hombres.

A Francueil, recaudador general de rentas, que le tenía entonces empleado y deseaba únicamente jactarse un poco de su protegido, le anunció que renunciaba a su cargo de cajero. Francueil estimó que era una locura abandonar una plaza que le reportaba su holgura económica. Fué inútil todo razonamiento. ¿Cómo podía predicar el desinterés —se preguntaba Rousseau— y custodiar al mismo tiempo una caja de caudales?

Se desprendió de su espada; se negó a usar medias blancas y botones dorados; usó una peluca redonda sencilla y vendió su reloj, pensando con satisfacción que ya no tendría necesidad de saber la hora. Al mismo tiempo anunció a todos sus amigos —que veían en su *bizarrerie* una nueva pasión por la notoriedad— que se había convertido en un copista a tantos centavos la página. Esta ocupación, para la que

sentíase competente a causa de la firmeza de su pulso, le agradaba, pues le permitiría ganarse honrada y modestamente la vida y disponer a su antojo parte de su tiempo. ¡Al fin trabajaría sólo para sí y sería libre!

"Soy libre —escribió entonces a una culta señora de su amistad. — Una felicidad que anhelaba gozar antes de morir." Y a otro conocido —Valmalette, *maître d'hôtel* del rey— expresó:

> Mi querido amigo: era ayer enfermo y perezoso. Hoy soy enfermo, perezoso y libre; hoy, que mando al diablo a toda la gente de la Corte y todos los reyes de la tierra, que con sus blasones, títulos y riquezas no pueden hacerme dar un simple paso...

La reforma suntuaria de Rousseau causó una famosa sensación en los salones y calles de París, sensación que se repetirá frente a todo lo que, en adelante, hará. Sostenían los parisienses sofisticados y lenguaces que no creía él en una sola de las palabras de su "Discurso" y que no se proponía más que pasmar a las gentes. En su libro había firmado: "Juan Jacobo Rousseau, ciudadano de Ginebra". Legalmente había perdido desde hacía tiempo, por abjuración de la fe nativa, su ciudadanía, pero se asió al título con orgullo. Además, el apellido Rousseau era común en Francia; había muchos hasta entre los profesionales de las letras. El poeta de una generación precedente, Juan Bautista Rousseau, a quien siempre se presentaba a nuestro Juan Jacobo como digno de emulación, era citado antes de 1751 como "Rousseau el Grande". Este título fué eclipsado cuando se popularizó el de "ciudadano Rousseau". Las multitudes parisienses iban a visitar al celebrado filósofo, humildemente vestidas; le ofrecían mucha música para copiar, con lo que hacía un buen negocio, aplicando siempre a pobres y ricos, uniformemente, una tarifa modesta.

"*Soy tosco* —exlama en uno de sus fragmentos de ese tiempo—. *Soy tosco, bruto, descortés,* carezco de convencionalismos; no doy un céntimo por vuestros *cortesanos;* soy un *bárbaro.*" Escribió esto en diciembre de 1752, en el prefacio de una comedia titulada "Narciso o el amante de sí mismo". Debió haber desconcertado a todos los intelectuales de la ciudad, "corteses maestrillos circulantes"... ¿Qué hicieron de él sus cofrades, "los filósofos galantes"? Predicaba Rousseau la humildad, la pobreza, la simplicidad, la independencia, la ignorancia y hasta la castidad. Por aquellos días "todo París repetía sus sarcasmos mordaces", sus tiradas contra la cultura, la artificialidad, la pedantería libresca, los ejemplos de su antiintelectualismo, que hacían recordar al devoto Pascal. Con todo, era todavía amigo de los enciclopedistas y se le consideraba —como observó Fréron— "en liga con ellos para la defensa y el ataque". Los mismos enciclopedistas amaban la paradoja: Diderot colocaba a su otrora discípulo entre los grandes

nombres del período, al lado de Voltaire y d'Alembert, y Rousseau hacía lo mismo con Diderot en sus propios escritos de la época.

El "oso" parecía a la sazón dejarse conducir por sus amigos "como un cordero"; sus ataques iban dirigidos contra la sociedad y sus lealtades personales eran fervientes. (Además, existía aún una contradicción en su perseguimiento de la carrera literaria). Un año o dos después, en 1753 y 1754, se felicitaba todavía por la elección de sus amigos, cuya compañía acariciaba, no así la de la "gran sociedad", que no le preocupaba. Otros filósofos se hicieron también amigos suyos: Duclos, escritor de "cuentos morales" a lo Marivaux; el gentil y viejo abate Prévost, Marmontel, los jóvenes escritores del círculo de Holbach y ciertos personajes suizos, tales como el "bueno" de Mussard. Se deleitaba con los más de este grupo, como si estuviese convencido de la igualdad de sus causas: "demoler la insostenible estructura del prejuicio nacional... hacer grandes incursiones en el campo de la filosofía." Ni él ni ellos percibían aún sus discrepancias.

El *Discurso sobre las Artes y las Ciencias* tuvo sobre el mismo Rousseau un efecto enorme; pero, en realidad, su transformación se prolongó durante un lapso de años. Marchará rumbo a su digno ideal para luego retroceder o caer en el desaliento, del que se sobrepondrá una vez más para continuar avanzando de nuevo.

Las fáciles conquistas de sí mismos de los individuos enteramente cerebrales no resultaban muy fecundas. Son las contradicciones las que hacen de Juan Jacobo un hombre soberbiamente humano.

Cualquier "limpieza interior" habría implicado su separación de los degradantes Levasseur, que le habían convertido en su presa. Pero no podía hacerlo por muchas razones. La compañera de su vida privada era muy conocida en París; no sólo la mostraba en público, sino que la hacía recibir en su lugar a grandes personajes. ¿No le había ella confortado durante sus meses de enfermedad, atendido como nadie, excepto la señora de Warens? Necesitábala y se apegaba a ella más que nunca. Además, conducíanle sus principios a alabar las cualidades campesinas, la simplicidad, la ignorancia de su compañera. Su persistencia en unir su suerte a la de una hija de la pobreza era una actitud que lo acreditaba. Teresa, como algunos comentaristas han señalado, quizá haya sido su "fortuna".

Los Levasseur, a su vez, se asían a Teresa. Para capitalizar el favor que Juan Jacobo había conquistado, la señora Levasseur, y hasta la misma Teresa, se mostraban ante sus amigos ricos aduladoras, lastimeras y obsequiosas; se quejaban de la existencia mezquina a que las obligaban los renunciamientos de aquél y aceptaban secretamente regalos que consistían en alimentos costosos, ropas, dinero, lo que el austero ciudadano ignoraba en absoluto. El mismo Rousseau dice que los Levasseur eran unos bribones. Uno de los motivos que dió por el abandono de sus hijos a la inclusa fué el temor de verlos criados por la familia de su amante.

En el preciso instante en que su primer "Discurso" era tan ampliamente aplaudido, y aparecía ante el público como un hombre de virtud severa y desinteresada, Teresa da a luz su tercer hijo. Nuevamente vuelve a examinar la actitud que adoptaría. ¿Cómo podía ser sordo al llamado de la Naturaleza, menospreciando sin escrúpulos el más dulce de los deberes? "No lo siento así y lo digo abiertamente... Jamás ni por un solo instante de su vida ha podido ser Juan Jacobo un hombre sin sentimientos, sin entrañas, un padre desnaturalizado." Reflexionaba Rousseau sobre el destino de sus hijos a la luz del derecho natural, la justicia y la razón, y se convencía a sí mismo, mediante una asombrosa serie de sofismas, de que al "destinarlos a ser obreros y campesinos antes que aventureros o caballeros andantes de la fortuna" realizaba "un acto de ciudadano y de padre". Considerábase "un miembro de la República de Platón". Era mejor que sus hijos fuesen criados así. Otros motivos "racionalizados" expuestos por él en este período revelan la medida en que él mismo era todavía uno de aquellos *filosofistas* a quienes atacaba. En una carta del 20 de abril de 1751 preguntaba a la señora de Francueil (que le había reprochado previamente) cómo podría, cargado de hijos, escribir lo que sentía y creía. Por su parte, nunca había escrito por dinero, sino únicamente cuando una inspiración heroica lo impulsaba. A menudo rehusaba ofrecimientos generosos para trabajar en diarios, diciendo que era incapaz de escribir lo que se le ordenaba. ¿Debía verse obligado a buscar protección, inclinarse a las intrigas, adular a los superiores, en fin, soportar "todas aquellas infamias que justamente me horrorizan? ¡Oh, nutrir a mis hijos y a la madre con la sangre de los infelices! No, señora, mejor que sean huérfanos a que tengan por padre a un canalla." Pero ¿por qué entonces no se había casado a fin de que sus hijos pudiesen un día ser legitimados? No le convenía contraer una obligación eterna que ningún principio sancionaba.

—No debe usted tener hijos si no puede alimentarlos — habíale ella manifestado.

—Pero, perdón —replica—; la Naturaleza quiere que los tengamos puesto que la tierra produce lo suficiente para todas las gentes del mundo.

Y estalla el revolucionario en un grito, mordaz, amenazante: *Es nuestra clase, la riqueza de los ricos, la que me roba el pan de mis hijos.*

Porque algunos miles de personas tenían en Francia el privilegio de indigestarse diariamente, millones de padres carecían de medios para alimentar a sus hijos. ¡Oh!, se le privaba del placer de ver a sus vástagos. "Por eso el divino Platón deseaba que todos los niños fuesen criados por la República, desconocidos por sus padres e hijos del Estado."

El mismo, meditando sobre su pasado, confesará todos sus crímenes y tormentos. Pudo dar, para justificar su propia misión independiente, muchas razones contradictorias de doctrina, pobreza o temor,

como hizo en *Las Confesiones,* publicadas después de su muerte. No obstante, surge a través de estas afirmaciones cuán *atómica,* cuán dura fué en verdad su actitud; tenemos la sensación de que todas sus justificaciones se le ocurrieron *después del acto.* Al reflexionar con el corazón desgarrado no se le ocultaba que era el único hecho que no podía ser justificado ni explicado. Era la única mancha perdurable de su nombre, y consideró mejor revelarla él mismo (1).

De aquí en adelante tendremos el espectáculo de un Rousseau cada vez más virtuoso, aunque todavía "viviendo en pecado" y cometiendo en otras dos ocasiones el mismo crimen monstruoso.

Se fué convirtiendo cada vez más en el producto de sus propias especulaciones libres, transfigurado en parte por sus ataques a la corrupción y sus alegatos especiales en favor de las viejas virtudes espartanas. Empero, el camino de la virtud admitía algunas desviaciones del deber, ciertas reincidencias. Incurre en una pasajera "infidelidad" a Teresa de la que habla con repugnancia. Es el episodio de una alegre comida con libertinos convivales, Grimm entre ellos, el disfrute, por turno, de los favores de una pobre muchacha de la calle, y la súbita, llorosa confesión de su falta a Teresa, quien le perdona con "la sencillez y bondad de su corazón".

Juan Jacobo se estaba convirtiendo en un puritano, pero un puritano del siglo XVIII. Sus flaquezas carnales, sus secretos pecados no eran para él, evidentemente, más que jalones a lo largo del camino de su salvación personal. Con un esfuerzo heroico sobreponíase a sus debilidades, a sus flaquezas, para salir de ellas más severamente virtuoso que antes.

No sólo menospreciaba entonces la opinión del mundo sino que tenía un verdadero placer en afrontarla u oponerse a ella (rasgo éste que se fija en todos sus adictos románticos). En su juventud habíale parecido natural, como bohemio, huir de cuanto suponía un modo de vivir estrictamente convencional y vagar por los caminos de Europa. Poseía entonces nuevos recursos y gozaba de confianza y reputación, pero nuevamente obedecrá a su pasión instintiva de verdadero anarquista por la libertad individual: resistirá sobre todo las opiniones restrictivas de los demás, que podían frustrar el libre

(1) Si los documentos que hemos visto nos dan una noción exacta de la manera en que las instituciones del siglo XVIII velaban por los hijos de nadie, nacidos fuera del matrimonio, podemos muy bien creer que los más de los hijos de Rousseau no escaparon a la muerte por desnutrición, crueldad o enfermedad. Jamás rastro alguno fué hallado de ninguno de los cinco. La señora de Luxembourg, que investigó el asunto en 1761, o no quiso revelar sus resultados o fueron éstos infructuosos. La señora Federica MacDonald cree que no eran hijos de Rousseau, a quien Teresa engañaba haciéndolos pasar por tales. Otros le han juzgado impotente, pero su enfermedad particular de la vejiga, que acrecentaba con la vejez el dolor del acto sexual, no era causa de impotencia. Era Rousseau nervioso, patológico, hipocondríaco, pero, como bien podemos juzgar, ni frío ni impotente. Su suspicacia le habría revelado antes que nadie la infidelidad de Teresa, que, en realidad, le fué fiel durante toda su vida. Las sucesivas confesiones de culpa, su remordimiento vivo, prolongado durante más de treinta años, pesan más que la sospecha vagamente fundada de que sus hijos abandonados fueron un mito.

juego de su temperamento. Sus cartas de la época hablan duramente de los vicios de París, donde los "charlatanes insolentes aplastan al talento humilde." Su desprecio alcanza por igual a nobles y burgueses. A Marcet, amigo de su extinto padre, que vivía en Ginebra, escribe el 28 de mayo de 1751: *A fuerza de vivir entre esclavos, he sentido el valor de la libertad.* Y, meditando sobre su extraña situación, exclama: "¡Cuán feliz es usted viviendo en el seno de su familia y de su país, entre hombres, y obedeciendo únicamente a las leyes, es decir, a la Razón!"

Una de las cosas de Juan Jacobo que más dió que hablar fué su reputada resistencia a los encantos de las mujeres elegantes, inducido por "los severos principios que había adoptado". Estaba en el candelero. Su cuarto se llenaba de gente que iba a ver al hombre bizarro que había rechazado la fortuna y asumido un oficio humilde. Las mujeres empleaban un millar de ardides para asegurarse su presencia a la hora de comer. También la "virtud" se volvió un tópico de moda: era frecuente, después de 1751, oír pronunciar esa palabra por hombres y mujeres *illuminati.*

Aprendió Juan Jacobo que no era fácil retornar a una vida simple o persistir en ser pobre e independiente. No disponía de su tiempo; estaba sujeto a visitas molestas, regalos indeseables, que su "ama" —como llamaba a Teresa— y su regañona madre recibían para sí codiciosamente. Estas mujeres, para quienes "la pobreza honrada" no era, en modo alguno, de su gusto, le reñirían, indudablemente, en privado por sus caprichos. Harto cansado y aturdido el ya hombre célebre, que tanto vivía para el público, afectó un comportamiento cínico y agreste. En el círculo de sus amigos llegó a tenérsele por algo así como un misántropo, y la talentosa señora d'Epinay le llamaba "oso". Las molestias e importunaciones diarias —nos dice— hacíanle menos agradable su vida en París. Cuando se veía libre, prefería pasear solo por la campiña circundante, provisto de una libreta y un lápiz, y "soñar en su sistema". Es innegable que la ronda de convites, los asuntos, las disputas, "toda la tumultuosa vida parisiense", que a otros hechizaba, hacíale sentirse incómodo. Los filósofos, el estímulo de sus amigos le desasosegaban; burlábanse de su modo de vivir; eran dados a las fisgas, que no podía tolerar fácilmente. En resumen, era violento ser en París un hombre virtuoso. En ocasiones, hallaba consuelo paseando tranquilamente por callejuelas campestres y también abandonándose a su talento musical.

A partir del instante en que se hubo "hallado a sí mismo" evidenció siempre, hasta cierto punto, la obstinada voluntad del inventor y del precursor. Créese hoy que, hacia 1752, figura entre las quimeras que acariciaba la de inventar una máquina "para la navegación aérea", mediante la cual pudiesen los hombres ¡imitar el vuelo de los pájaros! Pero pronto renunció a ello, como antes lo había hecho con el

invento de la notación musical por cifras en lugar de notas. Mas como la música habíale apasionado siempre directamente, comenzó a componer ciertas piezas en un estilo nuevo, enteramente distinto al de la escuela tradicional francesa de Rameau y Lully. A causa de este nuevo estilo, que había concebido después de deleitarse mucho en la música italiana, más libre y simple, oída en Venecia diez años atrás, iba a verse envuelto, juntamente con su amigo Grimm, en inflamadas controversias, en una verdadera guerra de folletos contra el gusto musical opuesto. Juan Jacobo, con el grupo musical de Philidor, Duni y, mucho después, Gluck y Grétry, estaba por la simplificación, para poner fin a los pormenores pedantescos de las interminables fugas, imitaciones, contrafugas, dobles fugas, y "otras tonterías complejas que el oído no podía soportar ni la razón justificar", como dice en su "Carta sobre la Música francesa".

La música de Rousseau y sus colaboradores, que tenía, a la manera italiana, acentos de lozanía, sencillez y una mayor libertad emocional, era recibida con agrado por una generación cansada del clasicismo "artificial" de Rameau. Mediante la pequeña pero furiosa revolución que Rousseau realizó en la ópera, contribuyó a preparar, en Francia por lo menos, el camino del romanticismo musical, seguido por Weber y, finalmente, Beethoven.

En la primavera de 1752 visitó, en Passy, la casa de campo de cierto joyero retirado —Mussard—, también algo filósofo y músico, que contaba en su haber, como geólogo *amateur*, algunos tratados sobre los fósiles. Ante Mussard y el venerable abate Prévost, ejecutó allí, en el salón, ciertas arias de una ópera cómica que estaba componiendo "para su propia distracción: *El adivino de la Aldea*, inspirada en sus ensueños relativos a la vida pastoral sencilla, inocente, por la que, como decía a menudo, su corazón suspiraba.

Una vez terminada y sometida a un ensayo previo, obtuvo esta ópera el honor de ser representada, el 17 de octubre, en el palacio real de Fontainebleau. Era una comedia sencilla, basada en una fiesta campestre, en la que cierto viejo campesino, a quien se tenía por brujo, enseña a Colette cómo reconquistar a Colin despertando sus celos. Hay en ella muchas canciones breves y tiernas y danzas aldeanas. La *obertura*, otrora familiar en los programas de concierto europeos y raramente ejecutada hoy, nos conmueve aún con su estilo característico del siglo XVIII. Su composición es simple, dulce y enteramente agradable. Toda la ópera, quizá no muy original, comparada con otros trabajos del período, y hasta inconscientemente derivativa, llamó en su tiempo poderosamente la atención. El rey y su querida quedaron encantados. Luis XV, según supo después Rousseau, "canturreaba, con la más desafinada de las voces de su reino", arias del *Adivino de la aldea*, y Madame de Pompadour insistía en asumir, en una ejecución posterior, el rol del muchacho Colin. El hecho que el compositor de la música fuese también el autor de los versos del libreto no pasó inadvertido. Cuando oyeron la pieza quedaron fascinados; entretanto, lograba Rousseau no sólo considerables recompensas en dinero, sino también aquella fama popular directa que acompaña a todo éxito teatral.

El día del estreno de su ópera se presentó en el teatro real de Fontainebleau con su traje de todos los días y una peluca despeinada. Sentóse en un palco, entre damas que lo rodeaban, a plena vista del rey y de Madame de Pompadour. Al encenderse las luces y ser contemplado por tantas personas espléndidamente ataviadas, comenzó a sentirse incómodo, pero se tranquilizó diciendo para sus adentros: "Puesto que estoy para ver representada mi obra, nadie tiene más derecho que yo a gozar del fruto de mi trabajo." Notó luego que las miradas que le dirigían eran indulgentes y la recepción de la ópera más indulgente aún. En presencia del rey no había aplausos; pero se percibía, a medida que la representación avanzaba, un creciente murmullo de aprobación y el suave cuchicheo admirativo de las mujeres. Ante la candidez y dulzura de su propia música, conmovióse hasta las lágrimas, pero al echar una mirada a su alrededor, comprobó que, por lo menos, no estaba solo en su arrobamiento...

Su primer impulso, después del éxito, fué salir precipitadamente del teatro para aliviarse de la agitación y del acorralamiento sufridos durante toda la tarde. Al día siguiente recibió una requisitoria para comparecer ante el rey y recibir, en audiencia matinal, sus cumplidos. Ante la idea de una entrevista con Su Majestad, fué presa de un súbito temor. Su debilidad nerviosa, su enfermedad interna, la necesidad de descargar con frecuencia la vejiga, le hicieron enfermar de miedo, hasta el desvanecimiento. Pese a lo mucho que con ello perdería, decidió eludir la audiencia. Alegando mala salud, anunció que debía dejar Fontainebleau al momento, y huyó de París.

Perdía con este movimiento, sin duda, una pensión vitalicia, pero se "libraba del yugo que le habría impuesto". Se hubiera visto obligado durante toda su vida a la adulación o el silencio. "Sin abandonar el semblante y tono severo que había adoptado —explica—, quería mostrarme agradecido al honor que me dispensaba tan gran monarca. Era forzoso envolver alguna verdad grande y útil en una alabanza delicada y merecida." Pero no era para él posible. No podemos precisar —como observa Julio Lemaître— si obró impulsado por su orgullo de republicano o por el temor de verse obligado a "salir disparando". Inferimos que hubo un poco de ambas cosas. Aceptar grandes honores tangibles y recompensas —como reflexionó después— hubiera significado decir "adiós a la verdad, a la libertad, al coraje". Renunciando a ellos, "adoptaba una posición concordante con sus principios".

Una carta de la época —recientemente hallada—, fechada el 13 de febrero de 1735, y dirigida a la señora de Warens, evidencia que Rousseau se daba perfecta cuenta del significado de su actitud. Refiérese en ella a una ejecución de su ópera en el Castillo de Bellevue, ordenada por Madame de Pompadour. "Como todo esto será representado

por los señores y damas de la Corte... *por consiguiente no iré.* Además, habiendo preferido no ser presentado al rey, nada quiero hacer que pudiera mostrarme como buscando otra oportunidad. Con toda esta gloria continúo viviendo de mi oficio de copista, al que debo mi independencia y debería, si pudiera ser lograda sin la suya y sin salud, mi felicidad."

Ante su sorpresa, sus amigos Diderot y Grimm le increparon severamente por la tontería de descuidar sus intereses, o, cuando menos, los de su mujer. Pero, entre las masas, su popularidad creció enormemente; su rechazo de la audiencia real fué causa de una gran agitación y admiración, y sirvió, como todas sus actitudes de entonces, para atraer la atención hacia sus ideas. Las gentes hablaban dondequiera del austero republicano que había rehuído la presencia y el amparo de la realeza... En su *Correspondencia* secreta, Grimm da un ejemplo de la agreste "rudeza" de Rousseau por aquellos días. Durante una representación de la famosa ópera en París, cierto príncipe se acercó al autor para expresarle sus congratulaciones.

El príncipe: "Señor, ¿puedo hacerle un cumplido?

Rousseau: *Sí, con tal que sea corto.*

CAPÍTULO VIII

EL CIUDADANO JUAN JACOBO

Esta generación tiene una tendencia marcada hacia la cordura cobarde, y, buscando dondequiera la utilidad, se limita, inducida por la prudencia, a no hacer nada bueno o malo. Prefiero grandemente la audacia generosa que, procurando en definitiva realizar el bien, puede a veces sacudir el yugo infantil de la circunspección. — Correspondencia con Perdriau, 1755.

1

Estos años más bien de animación y prosperidad pasados en París, apresuraron el desarrollo y contribuyeron a la completa formación de Rousseau, que llega a ser entonces "enteramente Juan Jacobo", el legendario Juan Jacobo. A los cuarenta años no se había decidido aún entre la carrera de las letras y la música. Sostenía que lo que había escrito había sido "para sí mismo", más que para la obtención de dinero o de la gloria literaria. Cierto es que casi todas sus actitudes eran *ocasionales,* es decir, impulsadas por sus necesidades externas o internas del momento. Sea como fuere estaba cristalizando como un "carácter" en París, semejante a los heroicos prototipos que había admirado en Plutarco durante los días lejanos de su infancia.

Había aún llagas dolorosas en su naturaleza, y pecados a los que habíase aferrado en secreto. ¿No habían nacido dos hijos suyos entre 1751 y 1754, que había abandonado mientras alardeaba en París con la "reforma" de su vida? Sin embargo, como estas contradicciones invariablemente le angustiaban, intentará, a gran costo personal, poner fin a sus flaquezas, a sus apetencias sensuales. En procura de esta finalidad, muy clara y contagiosa, emanada, más que de las teorías, de la contemplación de sus experiencias, hondamente sentidas o, como solía decir, "de su corazón".

Hallábase muy atareado copiando música para sus clientes por las mañanas y escribiendo en sus ratos de ocio. El éxito de su ópera habíale producido una buena suma de dinero, cinco mil francos por seis semanas de trabajo, suficientes, en virtud de su economía rigurosa y su alejamiento de toda ostentación exterior, para subsistir durante años. Por ésta y otras razones gozaba de una notoriedad especial. Hasta su fama llegó a perturbarle. Durante las tumultuosas controversias musicales de 1753 —año en que también los magistrados del Parlamento y los jesuítas bullían en una disensión religiosa—, los músicos de la Opera, enfurecidos por sus diatribas contra las canciones y composición musical francesas, le quemaron en efigie, y le negaron su entrada libre a la Opera. Esta privación humilló al "primitivo", al enemigo de

la civilización, al "hurón" que había invadido a París. Ciertas anotaciones diarias del ministro D'Argenson revelan que hubo en la Corte una momentánea discusión relativa al envío de cierto Rousseau, ginebrino, a la Bastilla o al exilio. Abundaron las polémicas y los libelos. Cuando se hizo pintar su retrato por el entonces en boga La Tour, Marmontel le satirizó en coplas; y Fréron declaró que tenía "la ambición de ser silbado". Empero, su virtud pública, su "pureza", así como sus obstinadas excentricidades, atrajeron muchos partidarios.

Atenciones y halagos llegáronle también de varias damas de la nobleza. Frente a la blandura de ellas, hecho por el que otrora hubiera perdido su cabeza, se mantenía a raya. La joven y hermosa señora de Chenonceaux, casada con un hijo de la señora Dupin, tocó su corazón susceptible, pero él limitóse a hablarle sobre educación. Entre otras, la marquesa de Créqui, mujer distinguida y muy reverenciada que seguía las artes y las letras, a cuyos devotos había abierto sus puertas, inició una correspondencia con Juan Jacobo, quien empleó con ella ese juego de seducción y compunción, de avance y retirada, típico de su comportamiento con las mujeres que le interesaban.

Pero de ahora en más *impónese con severidad sus propias condiciones*. Rechaza invitaciones a comer, para asistir abiertamente a las óperas italianas que a la sazón se representaban en París. Otras veces se niega a visitar a la señora de Créqui, que fácilmente hubiera consentido en ser su protectora, porque debe trabajar, "ganar cuarenta *sous* diarios para vivir". Posterga la entrevista para la semana próxima, en que tendrá el honor de verla: "El copista recibirá su salario y Juan Jacobo, ya que no debe rehuirlos, los cumplidos que usted le dispense."

Las *Memorias* de la señora d'Epinay, a pesar de sus exageraciones deliberadas y de ser, en general, indignas de confianza, contienen episodios que reflejan en parte el candor arisco, la honradez incisiva y la impetuosidad de Rousseau, pues la amante de Francueil poseía el don genuino de hacer aparecer en sus relatos vivas a las personas. Registra ella la siguiente conversación mantenida con el Ciudadano en el parque de su castillo:

Señora d'Epinay: ¿Por qué no le veo en mi casa desde hace un siglo?

Rousseau: Porque cuando vengo no deseo ver a nadie más que a usted... Bonita figura haría en su círculo, lleno de petimetres caminando en punta de pies; esto no es para mí.

Señora d'Epinay: Es usted muy severo e injusto... ¿Sabe que me hace temblar? No me atrevo a preguntarle qué piensa de mí; con todo, tengo un gran deseo de saberlo.

Rousseau: Si ello le agrada prométole la misma franqueza; y si usted no queda satisfecha con lo que hoy es, podrá estarlo, sin duda, con lo que será cuando haya olvidado a todas esas damas y caballeros distinguidos. ¡Le juro que éstos degradarían a la naturaleza más pura que haya el cielo formado!

Señora d'Epinay: Ah, Rousseau... pero veamos qué piensa usted de mí. En primer término, olvídese de mi cara; sé que no soy hermosa.

Rousseau: Quizá debiera comenzar, señora, por lo que se dice de usted, a fin de juzgar mejor lo que pienso de ello. Dícese que carece usted de carácter, que es una mujer bondadosa, aunque falsa, con tendencia a la intriga, inconstante, ligera, llena de sutilezas, pretensiones y talento, el cual, según la opinión, es en usted muy superficial.

Señora d'Epinay: ¡Señor, señor!, ¿se dice eso de mí?... Si usted supiera cuán lejos está todo ello de mí. (El la defiende, pero la acusa de acciones contradictorias que se reflejan malamente sobre ella, y de muy grandes incertidumbres).

Rousseau: En cuanto a los principios, carece usted en absoluto de ideas claras al respecto. ¿Cómo podría tenerlas viviendo en una sociedad que no tiene ninguno? No obstante, posee usted coraje, elevación, una especie de virtud. Si se rodea de personas de buen carácter llegará a ser, estoy seguro, una mujer de gran mérito. Pero no le prometo que por ello se hable mejor de usted.

Señora d'Epinay: En tanto mis amigos me hagan justicia, y mi corazón no sea humillado por sus opiniones, todo irá bien... Pero usted, Rousseau, ¿no me pregunta qué pienso de usted?

Rousseau: Señora, es porque quizá no tenga ansiedad de saberlo.

Señora d'Epinay: Bien: (riendo) tal indiferencia no me desagrada.

En todos estos contactos percíbese el temperamento especial que lo separa de la multitud de talentos que pueblan París. Se perciben, por lo menos exteriormente, el recio fervor moral de algún antiguo predicador, el efecto de principios rígidamente sustentados y tonos democráticos vigorosos. Todo esto era nuevo en su tiempo y producto del molde de su pensamiento particularmente individual, de su educación, más singular aún, y de la juventud extraña, prolongada, novelesca, llena de miserias y frustraciones, de la que había emergido. Su espíritu cambiante no pasa inadvertido por sus contemporáneos, en cuya compañía sus estados de pasividad alternan con estallidos de independencia combativa o luchas de elocuencia, al punto de dar la impresión de estar nadando contra la poderosa corriente.

Durante sus convites, gozaba el barón Pablo de Holbach acuciando, despertando al "bárbaro", como complacíase en llamarlo Diderot. Relata de Holbach que la conversación de Rousseau no era distinguida. "Pero cuando se le contradecía llegaba a la sublimidad o a la insensatez. Debo reprocharme el haber a menudo recurrido a las contradiciones para incitarlo a esos momentos de brillantez e inspiración." No era Rousseau un ingenio delicado de los tantos; cuando se le provocaba, transfigurado por la indignación y la pasión, dejaba de chapucear con inseguridad los lugares comunes y estallaba en un torrente de elocuencia. Poco después, cuando se daba cuenta de que estaba sirviendo de hazmerreír al irónico barón de Holbach y a Grimm, de que sus convicciones profundas eran en cierto modo objeto de burlas, fastidiado y colérico abandonaba su compañía. Las aseveraciones de Holbach y de Grimm confirman el resentimiento de Rousseau contra ellos, tantas

veces mencionados en *Las Confesiones*. Sus entusiasmos, sus creencias serias y apasionadas le convertirán en un adversario del ingenio parisiense.

En febrero de 1754 tuvo lugar en la casa de Holbach una comida entre enciclopedistas, a la que el barón había invitado a un poeta eclesiástico, el abate Petit, a fin de que leyera ante Rousseau, Diderot, Marmontel, Grimm y Saint-Lambert, una tragedia suya. La obra era absurda y la conversación del cura más ridícula aún. En tonos corteses los filósofos reunidos burláronse con creciente intensidad, mientras el fraile, lleno de buena comida y de vino, se henchía más aún de vanidad. De pronto Rousseau, que había permanecido silencioso, levantóse furiosamente, cogió el manuscrito del poeta ridiculizado y lo arrojó al piso.

"Su trabajo es indigno —exclamó—, y lo que tiene usted que decir acerca de él, absurdo. ¿No ve que esta gente se está burlando de usted? ¡Por Dios, váyase y sermonee en su aldea!" Ante esta inesperada interrupción de su pequeño juego, tuvo Holbach palabras duras para Rousseau, quien al fin, indignado por las extravagancias e hipocresías de los filósofos, se alejó del lugar. Y no volvió hasta algunos años después, cuando fué a consolar al barón de Holbach por la muerte de su esposa. Pero en el grupo de los enciclopedistas se había abierto una brecha de la que el público nada sabía.

En verdad, había muchos puntos de diferencia entre él y los otros. "En lugar de eliminar mis dudas y afianzar mis convicciones —recuerda— habían sacudido todas mis certezas... pues estos ardientes misioneros del ateísmo y dogmáticos absolutos se irritaban cuando alguien difería de ellos en algún tópico..." Diderot, por quien sentía un gran afecto, era quizá quien más le intranquilizaba. "Oh Dios —había escrito Diderot en un trabajo reciente—, mírame como soy: un fragmento necesariamente organizado de la eterna y necesaria materia, o tal vez tu criatura." Pero de todos modos, aun cuando existiese, Dios era superfluo: "Si hago el bien es sin esfuerzo; si me abandono al mal, ¡es sin pensar en Ti!"

¿Y no había Rousseau declarado su fe, durante las polémicas sobre su primer "Discurso", a la faz de la chocarrería y del escepticismo? Toda su posición estaba basada en los valores y la moralidad del Evangelio, "ese libro divino que es todo cuanto un cristiano necesita", sin el cual no eran más que futilezas "el arte y la pompa" de la Iglesia. Adhirió a sus convicciones religiosas como si sintiese instintivamente que todas las oportunidades de la revolución moral, toda la esperanza del futuro, dependían de ellas.

En otra comida más elegante, ofrecida por la brillante actriz señorita Quinault, Rousseau estuvo presente con su amigo Duclos, el chispeante autor de *Considérations sur les Moeurs*, Saint-Lambert, la señora d'Epinay y otros. La conversación era libre y hombres y mujeres desbordaban de irreligión. Duclos, con su voz atronadora, y

RETRATO DE MADAME D'EPINAY *Liotard*

FRANCOIS DE SAINT LAMBERT *Pintor desconocido*

De la colección de H. Buffenoir

Saint-Lambert, con la suya suave y burlona de cortesano, rivalizaban en sus condenaciones a la fe. Disgustada por sus irreverencias, la señorita Quinault suplicóles respetar por lo menos la "religión natural".

—No tengo más consideración por ésa que por las otras — exclamó Saint-Lambert.

Sólo Rousseau, protestando embarazadamente, asumió la defensa del Evangelio; sostuvo que su fe cristiana sólo adhería a sus preceptos morales, porque emanaban de un código natural. Insistió Saint-Lambert en sus befas hasta que Rousseau estalló con ira.

—Si es cobardía hablar mal de un amigo ausente, es un crimen hacerlo del Dios de alguien que está presente! Y yo, caballeros, creo en Dios. ¡Me retiraré si agregan ustedes una palabra más en ese sentido!

El relato de la conversación pertenece a la señora d'Epinay. No obstante, refleja fielmente el estado de la creencia de Rousseau hacia 1754. El *tête-à-tête* mantenido al día siguiente con la señora d'Epinay, en el que pidióle ésta que explicase su "explosión", parece aún más digno de fe.

—Señora —le contestó—, a veces, mientras reflexiono con las manos sobre mis ojos, en medio de la sombra de la noche, soy de la opinión de *ellos*. Pero mire —exclamó irguiendo la cabeza y con los ojos inspirados—, la salida del sol, al disolver las nubes que cubren la tierra y revelarme una naturaleza resplandeciente y maravilloso, disipa al mismo tiempo las tinieblas de mi espíritu, y recupero mi fe, mi Dios, mi creencia en Él; y me prosterno en su presencia.

Casi con la devoción de su juventud prosiguió hablando de los bienes verdaderos que la fe reporta, aun cuando no fuera más que una ilusión. Luego, atribuyendo la incredulidad, la indignidad y la tiranía a una clase social, expresó que *esta fe, sobre todo, nos ayuda a soportar los vejámenes y las atrocidades de los grandes y los ricos. Mi alma no es cruel, pero cuando pienso que no hay justicia en este mundo para aquellos monstruos, me complace pensar en la existencia de un infierno para ellos.* Estas palabras, con su pasión por los pobres, contra una sociedad fundada en el privilegio, con su odio violento a la "canalla" de los grandes señores, "los ricos que me roban el pan de mis hijos", que destierran a los pobres que anhelan reivindicar sus derechos... "banda de ociosos que viven con el sudor del pueblo", son, sin duda, de Juan Jacobo.

Cansado de tantas charlas y dialécticas, el plebeyo a quien el sentimiento de justicia arrebataba y, no obstante, hacíale sentirse orgulloso de su miseria, lacerado entre el odio y la fe, el escarnio y la devoción, pensó a menudo huir del "reñidero" de la capital y buscar en la soledad los más elevados intereses personales, asociados ya en su alma a los del bien público. En una vieja edición de su "Carta sobre la Música francesa", publicada en 1753, escribió algunas reflexiones desatinadas que ponen al descubierto la volubilidad de sus estados de áni-

mo: *Es hora de renunciar, de una vez por todas, a mis versos y a mi música, y dedicar el ocio de que dispongo en ocupaciones más útiles y satisfactorias, si no en beneficio del público, para el mío propio.*

El mismo describe en sus recuerdos el cambio decisivo operado en su espíritu en estos días parisienses, y, aunque substraemos algo del lenguaje extravagante que usa, creemos, con todo, en los solevantamientos íntimos extraordinarios que dieron lugar en él a la "gran revolución" por la que "otro orden moral se abrió a mis ojos".

Los diez años que siguieron a su crisis de Vincennes vivióloS como inspirado por un fervor sobrehumano. Virtualmente todos los escritos que le hicieron célebre fueron completados en este intervalo. Meditando finalmente sobre este milagro, ha dicho:

> Hasta entonces había sido bueno; desde aquel momento fuí virtuoso, o al menos, *apasionado por la virtud.* Esta embriaguez había empezado en mi cabeza, pero hubo de pasar luego a mi corazón. El más noble orgullo germinó entre los despojos de la desarraigada vanidad... Y durante los años que duró esta efervescencia nada hubo grande y bello, capaz de tomar asiento en el corazón humano, de que no fuese capaz el mío... He aquí de dónde nació mi súbita elocuencia; he aquí cómo se derramó en mis primeros libros ese fuego celestial que me abrasaba y del cual no había fulgurado la menor chispa durante cuarenta años, porque aún no estaba encendido.
>
> Me sentía verdaderamente transformado; mis amigos y mis conocidos no me reconocían ya; no era ya aquel hombre tímido, y más bien vergonzoso que modesto, a quien desconcertaba la menor chanza y a quien hacía sonrojarse la mirada de una mujer. Audaz, orgulloso, intrépido, llevaba a todas partes la más firme seguridad. El desprecio que mis profundas meditaciones habíanme inspirado por las costumbres, las máximas y los prejuicios de mi siglo me hacían insensible a las burlas de los que estaban atosigados con ellas, y *aplastaba sus agudezas con mis sentencias como aplastaría un insecto con mis dedos.* Todo París repetía los acres y mordaces sarcasmos del hombre que dos años antes y diez después no ha sabido hallar lo que debía decir ni la palabra que debía emplear (1).

Se vió a sí mismo, *deseó* ser, uno de los ángeles solitarios y brillantes de la tierra. Es verdad que conocía a largos intervalos el entusiasmo, la confianza, la embriaguez, de los profetas humanos tal como se han mostrado entre nosotros. Parecía descender de sus montañas suizas y savoyanas y estallar sobre París como uno de sus "hurones" favoritos denunciando a los ídolos de la época mientras impulsaba su propia visión en los más apasionados tonos que se hubieran oído en todo un siglo.

(1) Aún más extraño que el pasaje de *Las Confesiones* citado es el tono megalómano con que alude otra vez a su "revolución" en los "Diálogos o Rousseau juzgado por él mismo", escritos cuando oscilaba en una oscura demencia: "Tuvo chispas geniales que el pueblo vió fulgurar en sus escritos durante diez años de fiebre y delirio... Su corazón, que se encendía ante la idea de la felicidad futura del género humano y el honor de contribuir a ella, le dictaba un lenguaje digno de tan alta empresa, y por un momento asombró a toda Europa con producciones en que las almas vulgares no veían más que una brillante elocuencia, pero los que moraban en las regiones etéreas reconocían con gozo en el autor a uno de los suyos."

2

En noviembre de 1753, los espíritus emprendedores que había entre los académicos de Dijon consideraron que el certamen para ese año debía nuevamente referirse a un tema sugestivo: *¿Cuál es el origen de la desigualdad entre los hombres? ¿Está ella autorizada por la ley natural?* Esta cuestión había absorbido a Rousseau más que todas las otras; y como escribir acerca de ella estaba dentro de sus propósitos, resolvió intervenir nuevamente en el concurso.

A fin de meditar con mayor tranquilidad había vagado mucho por las afueras de París, en la floresta de Saint-Germain, unas veces solo, otras con Teresa, esforzándose en imaginar, entre las densas arboledas, los "tiempos primitivos del hombre". Había concebido la vida del ser humano en el "estado natural" y, estudiando su evolución hasta llegar al "hombre artificial" de la sociedad civilizada, habíase convencido de que en esta "pretendida perfección se hallaba la verdadera fuente de las miserias humanas." Fué por esta época —hacia 1754—, mientras trabajaba en su "Discurso sobre la desigualdad", que comenzó a expresarse, en cartas y controversias, con demagógica vehemencia.

El carácter deductivo y dogmático del tratado sobre la desigualdad aparece desde sus primeras frases. Propónese Rousseau pintar un cuadro luminoso del hombre en su estado primitivo, para quien las desigualdades no existían; seguir luego los rastros de su progreso y trazar un terrible contraste mediante la descripción de los millones de seres humanos que encaraban su suerte diaria en confusa y negra desesperación, mientras un puñado de hombres insensatos reinaba sobre ellos. La particular distinción de la acometida de Rousseau radica en la derechura con que adopta la causa de los desheredados, causa que el envejecido Montesquieu y el escudriñador Voltaire jamás habían defendido sinceramente.

Los racionalistas del siglo XVIII, como sabemos, habían dejado de tomar como sanción a la voluntad divina, pero fundaban la autoridad de sus doctrinas en lo que concebían como la historia y la evolución del mundo natural, imperfectamente vislumbradas entonces y carentes en absoluto de método científico. A la manera de sus contemporáneos, también Rousseau sumergióse en las obscuras épocas prehistóricas y ofreció su hipótesis acerca de cómo vivían entonces los hombres y en qué condiciones. Como los caribes de Venezuela o los aborígenes de Tahití —de los que hablábase a la sazón— el hombre natural vivía desnudo y sin armas entre las bestias; desconocía las enfermedades; sus sentidos de la vista y del olfato eran agudos, sus miembros vigorosos; ignoraba las contribuciones, las deudas, los vicios mundanales. En resumen, era ciertamente más dichoso que los estadistas o los lacayos de los últimos tiempos — feliz porque ignorante. Estaba limitado a sus deseos físicos y no conocía el amor, "titilante amor... que conduce a los hombres civilizados a los excesos pasionales". Ignorante del amor, era,

no obstante, dado a la piedad, "un sentimiento natural que, moderando el egoísmo individual, concurre a la conservación de todo el grupo". En su breve revista de la especie humana, substituye Rousseau en el hombre aborigen el instinto gregario, al cual otros, antes y después, atribuían generalmente el hábito de vivir en grupos sociales, por el de la piedad.

Errante en las selvas, sin artes ni industrias, sin palabra, sin habitación, sin necesidad alguna de sus semejantes, como sin deseo alguno de perjudicarles, el hombre salvaje, sujeto a pocas pasiones y bastándose a sí mismo, no tenía más que los sentimientos y las luces propias de su estado...

Su inteligencia no progresaba más que su vanidad. No había educación ni progreso; las generaciones se multiplicaban sin cambios; y como cada generación partía siempre del mismo punto, los siglos se deslizaban con toda la tranquilidad de las primeras edades; la especie era ya vieja y el individuo seguía siempre niño.

En este primer estado de cosas, observa Rousseau, *no había justicia ni desigualdad.* Las diferencias en la condición de los hombres eran desatendibles. ¿Por qué la Naturaleza había de darles otras desigualdades que ciertas diferencias físicas de poca significación? En el estado de naturaleza los hombres eran iguales y buenos.

Después de muchos siglos desarrollóse una segunda fase de la cultura humana mediante una serie de accidentes o la acción de influencias climáticas y regionales, analizadas antes por Montesquieu. El limitado desarrollo de las facultades racionales despertó ciertas ideas rudimentarias de trabajo en común y de obligaciones mutuas, que fueron utilizadas con miras a una subsistencia mejor y mayores comodidades. Si la primera etapa había sido pura, la segunda —cuando los hombres vivían en familias y tribus— era *casi perfecta.* A Juan Jacobo hubiera agradado detener el "progreso" en esta fase, que pinta con no poco lirismo.

Mientras los hombres se contentaron con sus cabañas rústicas; mientras se limitaron a coser su vestido de piel, a ponerse por adorno conchas y plumas, a pintarse el cuerpo de varios colores... en una palabra: mientras sólo se dedicaron a trabajos que cualquiera podía hacer por sí, y a las artes que no necesitaban del concurso de muchas manos, vivieron libres, sanos, buenos y felices, disfrutando siempre entre sí la dulzura del trato independiente. Pero desde el momento que un hombre tuvo necesidad del auxilio de otro, desde que se advirtió que era útil a uno solo tener provisiones para dos, la igualdad desapareció, *introdújose la propiedad,* fué necesario el trabajo y las extensas selvas se trocaron en sonrientes campiñas que hubieron de regarse con el sudor de los hombres y en las cuales vieron estos siempre germinar y crecer con las semillas, la esclavitud y la miseria.

No podemos ya considerar de importancia la doctrina de Rousseau sobre la igualdad "natural" originaria de los hombres, fundada en motivos de equilibrio y necesidad. Pero el desarrollo, en su "Discurso sobre la desigualdad", de una teoría de la injusticia de la propiedad —

advertida ya oscuramente por algunos contemporáneos suyos, pero en parte alguna tan claramente expuesta— es una cuestión de tremenda importancia para Europa.

Con el cultivo de la tierra vino la partición de los campos y el reconocimiento de la propiedad, que dieron lugar a las primeras leyes y a la primera sociedad civil. El hombre que por vez primera (para emplear la terminología de Rousseau), cercando un terreno dijo: *Esto es mío,* y halló personas bastante simples para creerlo, fué el archicriminal de todos los tiempos.

¡Cuántos crímenes, guerras, asesinatos, miserias y horrores habría ahorrado a la especie humana el que, arrancando las estacas o arrasando el foso, hubiese gritado a sus semejantes: "¡Guardáos de escuchar a este impostor! ¡Estáis perdidos si olvidáis que los frutos son para todos y que la tierra no es de nadie!"

Pues, ¿cómo pudo surgir en el mundo —pregunta Rousseau— cualquier noción de los derechos de propiedad si no del trabajo? No se concibe bien qué puede el hombre alegar, excepto el trabajo, para apropiarse de las cosas que no ha hecho. *Unicamente el trabajo da al cultivador de la tierra derechos sobre la cosecha.* Este pasaje del segundo "Discurso", en el que concede solamente al trabajo los derechos de propiedad, ha sido generalmente considerado como el punto de vista de la doctrina de Carlos Marx. Dada su posición en el siglo XVIII, no podía Rousseau haber desarrollado la idea del colectivismo económico del comunismo, tan plenamente madura hoy; por su archi-individualismo hubiera quizá objetado en grado sumo al comunismo, pese a su temperamento igualitario. Empero, sentía la necesidad moral de alguna forma de socialización, tal como la bosquejada vagamente poco después por su contemporáneo y resentido discípulo, el abate Morelly, a cuya articulación contribuyó.

Su concepción de la unión social o pacto es irónica. Del desorden y la lucha debió haber surgido la necesidad de paz y seguridad. "Unámonos, dicen los poderosos y los astutos, para garantizar al débil de la opresión, establezcamos reglas de justicia y de paz a las cuales deban todos allanarse." Era como si dijesen: Renunciad a nosotros lo poco que tenéis y os lo cuidaremos por vosotros. De esta suerte, en una "tercera y decisiva etapa", tendiendo nuevas cadenas alrededor de los pobres y dando nuevo poder a los ricos, nació el pacto social que "trocó la usurpación hábil en derecho irrevocable, para el provecho de algunos hombres avaros y ambiciosos, y sometió en adelante a todo el género humano al trabajo, la esclavitud y la miseria desesperanzada". Desde entonces, pese a los parches y enmiendas de que el pacto social fué incesantemente objeto, las desigualdades naturales entre los hombres se profundizaron y, entre ricos y pobres, se ampliaron las disensiones. *En cambio, debieron librarse de las obligaciones y arrojar todo el material viejo, como hizo Licurgo en Esparta.*

En etapas posteriores de la cultura humana, veíase regir la fuerza; el déspota era amo mientras seguía siendo el más fuerte. *La fuerza lo sostiene: sólo la fuerza podrá derribarlo.* Con esta denuncia, ligeramente encubierta, del derecho divino monárquico, dió a la Revolución Francesa su vocabulario. Pero más que todo —a pesar de la cronología y del análisis no científicos de muchas partes de su "Discurso"— le dió a la Revolución el dogma de que los hombres eran en su origen buenos, iguales y libres, en algún estado de naturaleza paradisíaco, de donde se los había conducido a la esclavitud.

Mediante el contraste espantoso entre el "estado natural" y la condición artificial y miserable a que habían evolucionado los europeos, lanzó Rousseau su mensaje, cuyo influjo, en los lejanos días del Borbón, apenas podemos precisar. Por último, expresa en su "Discurso sobre la desigualdad":

El salvaje sólo respiraba calma y libertad y ni quería más que vivir y estar ocioso... El ciudadano bien vigilado (del estado civil), siempre activo, suda, se agita, se atormenta sin cesar en busca de ocupaciones todavía más laboriosas; trabaja hasta morir; a fin de mantenerse en su condición de caballero se precipita a la muerte (en guerra). Hace la corte a los grandes, que aborrece, y a los ricos, a quienes desprecia; nada economiza para obtener el honor de servirlos... y, orgulloso de su esclavitud, habla con desdén de aquéllos que no tienen el honor de compartirla.

¡Qué espectáculo para un caribe los trabajos penosos y envidiados de un ministro europeo! Cuántas muertes crueles preferiría el salvaje al horror de semejante vida, que, con frecuencia, ni siquiera está dulcificada por el placer de hacer bien.

La desigualdad prevalente entre las gentes civilizadas —concluye— es "antinatural", puesto que es contrario a las leyes de la Naturaleza (cualesquiera sean las formas como se las defina), "el que un niño mande a una persona mayor, que un imbécil sirva de guía al sabio y que un puñado de personas rebose de superfluidades mientras la multitud hambrienta carece de lo necesario."

El "Discurso de la desigualdad", que evidenció un progreso con relación al primer ensayo de Rousseau, tanto en la ejecución como en la densidad de pensamiento, apuntaba ya la dirección de su obra ulterior, que sería, conforme habíalo prometido, "el examen del pacto social fundamental." Tal vehemencia, tal amargura en el ataque al orden imperante, eran desconocidas en su tiempo.

A pesar de ciertas absurdidades, que pasamos por alto, tales como el fantástico argumento en pro del retorno a la selva y las ensoñadas visiones de la vida primitiva, el ataque fulminante de Rousseau poseía en su forma y consecuencias la más poderosa lógica. Habíase introducido en el nervio vital del cuerpo social enfermo. Nadie ignoraba entonces que aludía a las contribuciones onerosas e injustas de la época, bajo las cuales gemían sin esperanza las masas laboriosas, mientras

el clero y la nobleza, virtualmente inmunes, prosperaban a sus anchas. En el fondo de su tratado había un poderoso alegato contra las restricciones impuestas por el gobierno, por la terminación de sus intervenciones sin objeto y arbitrarias en los asuntos humanos, alegato que, en víspera de la gran revolución industrial, dará un tremendo impulso a los acontecimientos. Y mientras Montesquieu, Voltaire y los enciclopedistas, que poco conocían acerca de las necesidades y pasiones de las clases más menesterosas del pueblo, a las que estaban lejos de creer originariamente buenas, se habían mostrado nada más que irónicos, y separados en sus concepciones de la humanidad, Rousseau, por el contrario, surgiendo de los más profundos abismos, había dado por fin expresión al anhelo silencioso de sufragio e igualdad universales.

Prosiguió en sus diatribas insolentes contra los ídolos de su tiempo, la ciencia y la filosofía, contra todo el tipo de cultura que tenía por delante y que al parecer excusaban el privilegio o explicaban cortésmente, o disculpaban, la injusticia. Hallábase la civilización en una fase cínicamente transitoria, cuyas consecuencias benéficas para las grandes multitudes eran insignificantes. Con su temperamento democrático, no podía Rousseau olvidar que tanto gusto por la literatura, tanta curiosidad científica corrían parejas con la difusión de los males y de la miseria; sostenía, por lo tanto, que esto era la consecuencia de aquello. Esta sociedad brillante y refinada, que tomaba a chacota la "reforma" de Juan Jacobo, copista de música, ¿no había hecho del lujo la verdadera condición de su cultura y de sus placeres?

¡Oh, algún día los nuevos espartanos debían hacer "una limpieza" de todo esto!... (2).

3

En estos momentos de gran inquietud interior sus pensamientos volvíanse hacia su pequeña patria de Ginebra. Como casi todos los ginebrinos, jamás pudo desligarse de su ciudad nativa; no dejaba de preguntarse qué se decía o pensaba de él en Ginebra, no obstante haber huído de ella en su juventud y haberla olvidado casi por completo en los últimos diez años. Ahora, después de tan larga ausencia, la pequeña ciudad-Estado adquiría para él virtudes más encantadoras y fantásticas; en ella habíanle sido inculcados sus sentimientos republicanos; allí las leyes y las tradiciones, a pesar de la aristocracia imperante, serían semejantes a las de la sociedad liberada por la que luchaba. Como música sedante llegábanle de Ginebra (ciudad que había marchitado su infancia) el dulce halago de invitaciones formuladas por respetables compatriotas. ¿No había incurrido en la debilidad de llamarse "Ciudadano de Ginebra", título que no le pertenecía? Pero

(2) El "Discurso sobre la desigualdad" fué publicado en el verano de 1755, es decir, un año después. Tocaba Rousseau en él cuestiones a las que los más preferían cerrar los ojos. Había que proceder con cautela en aquellos días para eludir la censura.

tenía un plan: el expatriado tendría un gesto para con el pedazo de suelo protestante acariciado, reincorporándose a la fe nacional, tal vez para radicarse allí como un nativo ilustre.

Resolvió dedicar su "Discurso sobre la desigualdad" a la República de Ginebra:

> *Magníficos, honorabilísimos y soberanos Pares*... durante cuarenta años he trabajado para ser digno de ofreceros un homenaje público... Teniendo la buena fortuna de haber nacido entre vosotros, ¿cómo podía yo meditar sobre la igualdad que la Naturaleza ha establecido entre los hombres y las desigualdades por éstos instituídas sin tener presente esa profunda sabiduría con la cual el orden público y la felicidad de los individuos se mantienen en vuestro Estado cerca de la ley natural y del bien colectivo?

Así, en este estilo grandilocuente, tratando de paliar tontamente la injusticia y la intolerancia de los ancianos de Ginebra, recuerda su infancia libre y gozosa, a su humilde padre, que tenía junto a sus herramientas libros de Tácito y de Plutarco, y "nutría su alma con las más sublimes verdades" y el respeto debido a la "moderación, prudencia y virtud" de los consejeros ginebrinos. ¡Oh, si hubiese podido vivir su vida en aquella tierra bendita, dejando tras de sí la memoria de un hombre bueno, de un compatriota honrado y laborioso! En cambio, "menos dichoso, o tardíamente esclarecido, me veo reducido a vivir en otros climas una trayectoria inestable y lánguida, lamentando vanamente la paz y el reposo perdidos a causa de una juventud imprudente."

En buena hora sus diatribas habían alarmado y sacado de quicio a los pares del Consejo Magnífico. "Usted nos halaga demasiado —escribióle modestamente uno de ellos—. Nos representa como deberíamos ser y no como en realidad somos. Sus sabios preceptos nos aprovecharán a todos." No obstante, Rousseau, en uno de sus arrebatos característicos, el 1º de junio de 1754, partió de París rumbo a Ginebra como hacia una "tierra prometida".

Teresa le acompañó, y también el viejo Gauffecourt, que siguió en el mismo carruaje hasta Lyon. Durante las paradas, mientras Rousseau descendía a caminar un poco para desentumecer sus miembros, Gauffecourt, que era un viejo calavera de sesenta años, hacía a Teresa proposiciones audaces y llegó hasta ofrecerle dinero y leerle libros pornográficos.

Enterado de las indignidades que su "ama" soportaba, tuvo Rousseau un momento de indignación contra su traidor amigo, pero se contuvo y se deshizo discretamente del viejo asentista suizo. Nunca fué un hombre celoso.

Hubo una detención memorable en Chambéry. ¡Qué bueno era volver a ver a la tierna benefactora de su juventud, su "madre", entre estas colinas y montañas familiares! Pero ¡cuánto había descendido en

el mundo la pobre baronesa! Hallábase en la más agobiante pobreza. Hasta se murmuraba que vivía en vergüenza solazando a un anciano caballero del lugar. Habían fracasado sus fantásticas empresas en la manufactura de jabón y de seda. Muchas veces habían llegado hasta Rousseau, en París, sus suplicantes pedidos de ayuda, que hallaron eco en su corazón susceptible, pese a su propia proximidad con la miseria. Entre los frecuentes giros que Rousseau le enviara, hay uno de doscientos cuarenta francos, considerable dadas las circunstancias, hecho en 1753, después del éxito de su ópera. Pero también le había reprochado su modo de vida. Le habría dicho, sin duda, que eran inútiles las ayudas que le proporcionaba, pues en medio de sus penurias, habíale ella escrito, con su rara ortografía, una carta, la última de las que se tiene conocimiento, en la que expresaba:

> No es el Golpe que me ha herido sino la Mano de quien lo dió; si eres capaz de un momento de reflexión te dirás lo que podría responder a tus cartas; a pesar de ello soy y seré siempre tu madre bondadosa. Adiós.

El encuentro de junio fué de reconciliación. Rousseau había perdonado una vez más. A los cincuenta y cinco años, nada quedaba de la belleza de la señora de Warens, destruída por la edad y el infortunio. "La vi nuevamente. ¡En qué estado, Dios mío! De su primitiva *virtud*, ¿qué le quedaba?"

Como único recurso le propuso dejar el país e irse a vivir con él "pues quería consagrar mi vida y la de Teresa a hacer dichosa la suya". Pero, a pesar de la extraordinaria simpatía entre ambas "amantes" de Juan Jacobo, no quiso la pobre baronesa compartir la vida de aquél con la ex lavandera y su madre.

En Ginebra, donde también la señora de Warens se dirigió posteriormente, volvieron a verla. Como carecía ella de dinero para volver a Chambéry, Rousseau, que no lo llevaba consigo, obtúvolo de sus huéspedes y se lo envió el mismo día por Teresa. "¡Pobre *maman!*", recuerda.

> Séame permitido citar aquí un nuevo rasgo de su corazón. La última alhaja que le quedaba era una pequeña sortija, y se la quitó del dedo para ponérsela a Teresa, que se la volvió a poner al punto, besando y regando con lágrimas aquella noble mano.

Fué ésta la última vez que vió a la señora de Warens que, ocho años después, en un momento en que sus pensamientos estaban lejos de ella, moría en oscura pobreza. Al enterarse de su muerte, díjose Rousseau entre lágrimas que no había "pagado su deuda" con ella, como debió hacerlo, siguiéndola hasta su última hora y compartiendo su suerte cualquiera que fuese. "Me condolí de su suerte, mas no la seguí."

La llegada del hijo del relojero a Ginebra fué la señal para las ovaciones generosas. Los rumores de su arribo se difundieron rápida-

mente por la ciudad; gentes de todas las clases sociales iban a festejar y halagar al héroe de triunfos musicales y de célebres proezas literarias. Permaneció en una casa suburbana de Eaux-Vives, sobre la orilla del lago. Sintióse conmovido y encantado. Escribió a París que la libertad allí parecía bien establecida; que el gobierno era tranquilo, los ciudadanos inteligentes, conscientes de sus derechos, "pero respetuosos de los derechos de los demás". Muchos burgueses influyentes, miembros del Consejo de los Doscientos, respetados ministros y profesores —para quienes su existencia había pasado inadvertida—, gentes de caras suizas, agudas, severas, ascéticas, como se ven en los viejos grabados, le agasajaban y buscaban su compañía, le solicitaban que se estableciera en Ginebra. Entre sus partidarios ardientes figuraban Juan Francisco de Luc, maestro relojero y algo político, el talentoso joven pastor Paul Moulton, a quien le cobró un afecto perdurable, y consumados hombres de letras, como el profesor Vernet, de la Academia de Ginebra, y Jacobo Vernes, a todos los cuales puso en conocimiento de las últimas noticias y de los últimos destellos de la gran capital. Seguía siendo, en cierto grado, uno de los misioneros de la Enciclopedia, a la que cultos ginebrinos habían contribuído con artículos. A no ser por Teresa Levasseur, que hallábase allí perdida y a quien había prometido su regreso a Francia, tal vez hubiera permanecido en Ginebra, pues la seriedad de sus pastores, formales, volubles, muy libres y deístas en su mayoría, agradábale mucho más que la atmósfera parisiense. Entre ellos, se hallaba como en su casa. Si bien no pudieron persuadirlo de que se quedase en Ginebra, se las arreglaron para obtener, sobre las tentaciones del inicuo mundo católico externo, una victoria notable. Después de muchas conversaciones secretas, casi una conspiración, diríamos, estuvo Rousseau de acuerdo en comparecer ante el Consistorio y reincorporarse a la Iglesia Protestante.

Fué ésta una segunda conversión: del papismo al calvinismo original de su juventud. Esta actitud fué objeto de muchos escarnios para su alma religiosa, "que oscilaba entre el ateísmo y el bautismo de campanario", que era la de "un falso católico, la de un falso protestante". Pero la afirmación de Rousseau sobre el acontecimiento es clara e inequívoca. Era un cristiano, si bien un cristiano inconsciente que, no creyendo en dogmas, misterios o revelaciones, deseaba organiza su vida moral en sentido tradicional. La filosofía, que habíale hecho romper con el galimatías que alborotaba o perturbaba la fe de los hombres, no había podido evitar que se apegase aún más a la "esencia de la religión". Como la señora de Warens habíale enseñado, era indiferente a las formas externas de la adoración; sentía que "el Evangelio era el mismo para todos los cristianos". Correspondía al poder soberano fijar en cada país el culto y el dogma apropiado y a los ciudadanos, en consecuencia, profesar lo prescripto por la ley. Era, en resumen, una profesión de fe civil más que una conversión religiosa, un gesto patriótico de retorno espiritual a su país.

"Si quería ser ciudadano, debía ser protestante."

El 29 de julio de 1754 fué solemnemente admitido por el Consistorio en la comunión, recibido por la Iglesia Nacional de Ginebra, y le fueron concedidos todos los derechos de la ciudadanía. Los ministros fueron con él muy indulgentes; le habían allanado el camino, reconociendo su "timidez" y su enfermedad y cerrando un poco los ojos al vago período de su sometimiento a Roma. Habían ahorrado al interesante expatriado la humillación del catequismo con todos los tópicos de la fe, así como toda genuflexión ante ellos. Un solo escrúpulo habíalos turbado en cierto modo: la presencia de la francesa Teresa Levasseur en calidad de compañera suya.

El informe de De Luc, amigo de Rousseau, que había sido designado para "investigar" esta cuestión, pronto disipó las objeciones. Confidencialmente habíale éste confesado que a la sazón Teresa no era más que "una hermana", y una criada.

"Si mi situación hubiese sido conocida por aquellas personas —dijo el filósofo— se hubieran convencido de que en absoluto podía justificar sus sospechas... He estado sujeto durante mucho tiempo a los más crueles sufrimientos, debido al mal incurable de retención de orina, causado por una congestión de la uretra, que bloquea el canal a tal punto que ni los cáteters del famoso doctor Daran pueden ser introducidos allí." Los ministros quedaron encantados con sus hallazgos, pues en aquellos días la idea de la castidad total, aunque obligada, infundía el mayor respeto.

¿No es éste un cuento antojadizo? El mismo Rousseau relata en *Las Confesiones* cómo durante cierto período (¿1754 o 1755?) había dejado de tener toda relación física con Teresa: "Temía reincidir en el crimen —dice— y, no deseando correr otros riesgos, preferí condenarme a la abstinencia." Sea como fuere, lo cierto es que no hubieron más hijos ilegítimos secretamente abandonados. Pero a las severas contricciones de un alma cada vez más escrupulosa y disciplinada debemos añadir la fuerza coercitiva de su enfermedad, que, si bien no lo convertía en impotente, hacía sin duda alguna doloroso el amor físico. Podía tener aún momentos de flaqueza, pero la fuerza de los principios fué oportunamente auxiliada por los ardores dolorosos de su cruel enfermedad.

De buen o mal grado, Juan Jacobo hallábase, en verdad, "ebrio de virtud".

4

Con el alma llena de los más agradables recuerdos de Ginebra, de sus espléndidos suburbios y de sus ciudadanos libres, regresó a París para proseguir su vida de antes, comiendo con d'Alembert, Grimm o Diderot, y visitando a las señoras d'Epinay, de Créqui, Dupin o Chenonceaux.

La publicación del *Discurso sobre la desigualdad,* postergada hasta fines de la primavera de 1755, apareció con el alborotador efecto y el éxito que gozaban todos los escritos de Rousseau.

En los días de Luis XV el destino de los escritos no convencionales era incierto y a menudo terrible. Montesquieu, Voltaire y muchos otros publicaban sus obras en el exterior y *anónimamente.* Con todo, estos trabajos solían ser suprimidos por la censura de la Corte, del Parlamento, de la Iglesia, o del colegio teológico de la Sorbona. De todas partes podían los autores sufrir persecusiones mediante las temidas *lettres de cachet,* por las que podían ser encarcelados sin proceso previo. Todo lo suprimido por la censura circulaba secretamente por toda Francia y era adquirido por el público curioso a precios exhorbitantes. Los escritos que no se suprimían tenían ese "genio de la elocuencia" que el ingenioso abate Galiani definió como "el arte de decirlo todo sin ir a la Bastilla por ello." También entonces las producciones intelectuales estaban sujetas a la piratería, que hacía perder a los autores la mayor parte de sus ganancias potenciales. Pero esta vez Rousseau, como Helvecio, de Holbach, Diderot, se decidió a hacer su publicación en Holanda, mediante el librero Marcos Miguel Rey, un ginebrino que centralizaba sus actividades en Amsterdam, y a firmar su trabajo con su propio nombre. Las pruebas iban y venían lentamente por correo. Más de un año transcurrió antes que el *Discurso sobre el Origen de la Desigualdad entre los Hombres* viese la luz, en 1755.

Si alguna vez hubo pensado seriamente en radicarse en su ciudad natal, el efecto causado por su libro en los espíritus dominantes de Ginebra pronto lo convenció de su error. Enteróse Rousseau de que, en realidad, hubo allí, en los círculos elevados, mucha consternación por la índole de su trabajo, que podía causar un revuelo en las masas ginebrinas no emancipadas.

No; después de esto, nada había que hacer en Ginebra; además Voltaire hallábase entonces radicado en ella. Este filósofo, después de sus infortunados años pasados en Potsdam, ora en adulación, ora en rebeldía, ante Federico, y después de intentos similares de éxitos cortesanos ante Madame de Pompadour y el Rey Luis, habíase decidido a vivir permanentemente en exilio voluntario en el Castillo "Les Délices", muy cerca de la frontera franco-ginebrina.

Enriquecido a lo largo de su múltiple trayectoria por la usura y la extorsión, vivía ahora como un gran señor, con un séquito enorme, poseía un teatro privado, entreteníase prodigiosamente, vivía con su oro y bebía todo el café que deseaba.

"Ese hombre causará una revolución en Ginebra" — dice Rousseau mucho después en *Las Confesiones,* queriendo significar que introduciría allí el tono, las costumbres, el cinismo que el ciudadano Rousseau había hallado tan detestables en París.

Desde entonces tuve a Ginebra por perdida, y no me equivoqué. ¿Qué habría hecho yo solo, tímido, sin facilidad de palabra, contra un hombre arrogante, glorioso, sustentado por el apoyo de los grandes, dotado de una brillante locuacidad y siendo ya el ídolo de las mujeres y de las jóvenes?

Sin embargo, en 1755, contábase Rousseau todavía entre los admiradores de Voltaire, según surge de sus cartas: "El espíritu más sutil, el más amable de los hombres... Se podría pasar toda una vida a sus rodillas."

Pero cuando Voltaire recibió el trabajo sobre la desigualdad, su natural escepticismo de las doctrinas de Rousseau sintióse estimulado y movióle a remitir, en 30 de agosto de 1755, una carta al hijo del relojero:

Acabo de recibir, señor, su nuevo libro contra la especie humana, y le agradezco por ello... Pinta usted con verdaderos colores los horrores de la sociedad humana... Jamás he visto tanto talento empleado para volvernos estúpidos... Leyendo su libro siéntese el deseo de andar a cuatro patas. Empero como, por desgracia, hace más de sesenta años que perdí ese hábito, me es imposible asumirlo nuevamente y debo dejar esa postura natural a quienes sean más dignos de ella que usted y yo. Tampoco puedo ir a buscar a los indios de Canadá, primero, porque mis enfermedades necesitan un médico europeo; segundo, porque la guerra está por declararse en ese país y el ejemplo de nuestros pueblos ha convertido a los salvajes casi en tan malvados como nosotros. Me limito a ser un salvaje tranquilo en el retiro solitario que he escogido en su patria, donde usted debería estar...

Admita que ni Cicerón, ni Lucrecio fueron los causantes de las proscripciones de Mario, de Sila, del corrompido Antonio... Los grandes crímenes fueron cometidos únicamente por ignorantes célebres. Lo que hace y hará siempre de este mundo un valle de lágrimas es la insaciable codicia de los hombres, desde Kubla Khan, que no sabía leer, hasta un empleado de Aduana, que no sabe sumar. Las letras nutren el alma, la corrigen, la consuelan y contribuyen a nuestra gloria, aun cuando escribamos contra ellas; usted es como Aquiles que se rebeló contra la gloria, y como Malebranche, cuya brillante imaginación le llevó a escribir contra la imaginación.

M. Chapuis me dice que su salud está muy mala; debe usted venir a radicarse en su aire nativo, gozar la libertad, beber conmigo la leche de nuestras vacas y ramonear bajo nuestros árboles. Soy muy filosóficamente, y con la más tierna estima, su más humilde y obediente servidor.

V.

Esta carta de deliciosa ironía, de claro discernimiento de los aspectos ridículos de un argumento, que desmenuza por reducción al absurdo, pinta a Voltaire en su mejor modalidad. Podemos contentarnos con la defensa que hace de los buenos poetas y filósofos, pero ¿merecían la mayor parte de los cargos formulados por Rousseau ser descartados tan a la ligera? El mismo Voltaire se había quejado en una oportunidad de que había en París treinta mil charlas intelectuales. ¿Y con qué resultado? La mitad del siglo XVIII, con *Cándido* y el *Emilio,* todavía sin escribir, ¿no es, acaso, en lo que al arte se

refiere, uno de los lapsos inútiles de la historia de Francia? ¡Cuánto más pobre que cien años antes y cien después! Persistió Rousseau en su conjetura de que el período era de decadencia; había muchas cabezas vacías en los cafés y teatros de París. Su respuesta humilde no se hizo esperar. Rendía en ella homenaje a Voltaire, pero se mostraba receloso en cuanto a ramonear en su huerto, donde solamente podría hallar "hojas de loto". Voltaire honraba a Ginebra con su residencia en ella. Pero de pronto con la mayor seriedad y dignidad le implora: "Embellezca el asilo que ha escogido. Alumbre a un pueblo digno de sus lecciones; usted, que tan bien sabe pintar las virtudes y la libertad, enséñenos a acariciarlas dentro de nuestras paredes como en sus libros." Tales términos fueron para Voltaire desconcertantes e incomprensibles. Los dos hombres estaban en sus ideas más distanciados de lo que creían.

Empero, a juzgar por la multiplicación de folletos y réplicas, en 1755 y 1756, las ideas de Rousseau circulaban con gran vigor. Se admiraba su coraje, aplaudíasele, se le silbaba, se le envidiaba. Ridiculizábasele por su elogio al "hombre orangután", así como por "acordar una dosis excesiva de piedad al populacho". También circularon rumores de un arresto inminente, según una nota alarmante de la señora de Créqui. Por aquellos días hallábase al parecer solo, "nadando contra la corriente". Su tono se hizo más incisivo; discrepaba invariablemente, en el campo enciclopédico, con sus amigos, como buscando a tientas la formación de una "secta" propia.

El quinto volumen de la Enciclopedia incluía el ensayo de Rousseau sobre economía política, en el que instaba al gobierno a seguir una política que buscase el bienestar de los ciudadanos y la nivelación de las grandes desigualdades de fortuna. En este escrito está prefigurada su noción del pacto social. "Tenéis necesidad de mí —dice el poderoso—, porque soy rico y sois pobres; hagamos un convenio: os permitiré el honor de servirme a condición de que renunciéis a todo a causa de la molestia que me tomo en gobernaros."

Mantenía entonces correspondencia con un centenar de personas que le escribían desde casi todos los rincones de Europa; preparaba para la Enciclopedia artículos sobre música en que "acosaba" a la escuela de Rameau; editaba los trabajos del abate de Saint Pierre, que le habían sido confiados; copiaba música para ganarse el sustento; discutía a menudo con Diderot; presentaba sus respetos a damas aristocráticas o huía de ellas cuando estaba enfermo; en fin, vivía en una continua confusión y efervescencia que le hacía aparecer la vida en París cada vez más pesada.

Su celebridad no le permitía gozar de tranquilidad en la capital, pero su pensamiento retornaba siempre, mediante un gran esfuerzo de voluntad, por el que vencía a su instintiva pereza intelectual, a aquellas "altas empresas en bien de los hombres", al "sistema" en que soñaba intermitentemente. Durante el verano pasado en Ginebra había gustado una existencia más serena, cerca del campo; y ahora sentía con creciente intensidad que para realizar los planes que desde 1743 venía acariciando debía abandonar París y radicarse en algún rústico retiro. Las condiciones deliciosas de semejante retiro le fueron ofrecidas en 1755 por la señora d'Epinay.

La amistad entre ambos se había intensificado en extremo. Sentíase ella desdichada porque su amante, Francueil, la había abandonado. Sabemos por sus propias memorias que había transmitido a éste una enfermedad, adquirida a su vez de su atolondrado marido. Hubo escándalo a su alrededor, y Grimm, que la había conocido por mediación de Rousseau, convirtióse en su campeón, y, según la leyenda, batióse en duelo por ella. Pronto la vinculación entre Grimm y la señora d'Epinay alcanzó el máximo de ternura e intimidad. Durante estos cataclismos emocionales consolábala Rousseau grandemente, pues se le creía "incorruptible" y era estimado como un consejero sabio; no obstante, entre sus amigos íntimos era capaz de condescender, de mostrar una simpatía cordial y un deseo de agradar casi femeninos. Sus cartas a la señora d'Epinay se tornan entonces voluminosas; habla en ellas, mientras se halla enfermo, de cuánto echa de menos su presencia, sus ojos; su conversación le encanta; la necesita; únicamente su ausencia es su "gran desventura". Ofrécele ella enviarle su médico, pero Rousseau pone dificultades y le suplica "no unirse con aquellos amigos importunos que, deseando hacerme vivir como ellos, me harían morir de disgustos." Hay una nota de impaciencia con sus amigos en esta carta; e insinúa repetidamente el deseo de vivir tranquilamente en alguna parte de las profundidades del campo.

En el verano de ese año fué a pasar una quincena en el castillo de la señora d'Epinay, ubicado en el valle de Montmorency, cuyas alturas escarpadas y boscosas, cerca de Saint-Denis —suburbio de París— con sus arrebatadoras vistas del Sena, hechizaron al Ciudadano. Toda la heredad, y especialmente el viejo castillo, estaban siendo vigorosamente renovadas por el señor d'Epinay. Rousseau y la dueña del dominio anduvieron en viaje de inspección una milla a través del gran parque, hasta el pequeño estanque, cerca del bosque de Montmorency, y llegaron hasta una casita muy destrozada conocida de antiguo con el nombre de *Ermitage*.

Este solitario y atractivo lugar llamó poderosamente su atención:

—¡Ah, señora, qué sitio tan delicioso para vivir en él! He aquí un asilo ex profeso para mí.

La señora de d'Epinay hizo reparar y pintar la casa, y cuando su "oso" volvió a verla, en septiembre, en lugar de la vieja ruina halló una casa de campo deliciosa, de cinco habitaciones bastante amplias para tres personas, totalmente restaurada y amueblada con excelente gusto.

—Mi querido oso —díjole—, he aquí su asilo; se lo ofrece la amistad; espero que le quitará la cruel idea de alejarse de mí.

Declara Rousseau que en su vida se sintió tan conmovido. "Bañé con lágrimas la bienhechora mano de mi amiga." Fué como si a través de una puerta recién abierta se le ofreciese una existencia de luz. Sin embargo, vaciló. ¿Acaso su idea de volver a Ginebra lo contuvo? La señora d'Epinay supo de Rousseau que todo lo que éste deseaba entonces era, en verdad, asegurarse hasta el fin de sus días su independencia y su tranquilidad.

Una choza en el campo y un centenar de coronas al año para gastos de subsistencia era cuanto necesitaba. Con la mayor delicadeza habíale ofrecido, junto con la casa, la pequeña pensión, y aún mayor si lo deseaba, pues también ella, como tantas otras aristócratas modernas, cazaba su "león". ¿Acaso no estaba el ginebrino Rousseau, con Diderot y d'Alembert, clasificado entre los destinados a la inmortalidad? Pero el reconocimiento de estos motivos, que asustaron a su naturaleza indómita, hizo retroceder a Rousseau, cuyo espíritu jamás había podido soportar las exigencias invisibles pero odiosas del patronazgo. Desde que insistía en su título de plebeyo era para él una cuestión de honor rechazar los obsequios y el dinero que se le ofrecía. Era esta actitud suya una especie de venganza contra las infinitas afrentas de los poderosos que había soportado. No; prefería mil veces más ganar su precaria subsistencia. Acosado por los escrúpulos y el temor de imprevistas complicaciones, reflexionó antes de dar este paso trascendente.

Su propuesta me ha helado el corazón —le escribió el 17 de marzo de 1756—; cuán mal calcula usted sus intereses al tratar de convertir en *valet* a un amigo, si cree que tales alicientes pueden determinarme. No me hallo en peligro de perecer de hambre. Lo que más me importa es la manera de asegurarme la más perfecta independencia. Hice cuanto pude en París para lograrla y he fracasado. Todavía la busco más apasionadamente que nunca... Recuerde, no soy de los que se venden. Creo que su corazón percibe el valor de nuestra amistad, pero tengo razones para sospechar que la suya es para mí más necesaria que la mía para usted, pues tiene *compensaciones* de las que yo carezco y *a las que he renunciado para siempre.*

Alude a la aventura amorosa con su nuevo admirador, Grimm, a quien no podía ni quería reemplazar. La respuesta de la señora d'Epinay es tolerante y convincente:

Su carta es tan extravagante que lo lamento por usted. Es necesario, sin duda alguna, tener el entendimiento embotado para irritarse ante un ofrecimiento dictado por la amistad y suponer que tengo la estúpida vanidad de poseer esclavos que me sirvan.

El le replica en el acto:

No puedo soportar el que me crea enfadado ni el pensamiento de que mis expresiones la hayan ofendido. He utilizado la palabra "valet" refiriéndome a la degradación a que el abandono de mis principios me habría arrojado... La independencia que anhelo no es la liberación del trabajo; deseo ganar mi pan; gozo en ello. Pero *no quiero, pudiendo evitarlo, estar sujeto a ningún otro deber.*

Como primera medida renunció a la pensión, pues preveía en ella la esclavitud.

Los escrúpulos del Ciudadano, en una época en que la adulación y el patronazgo eran universales en el mundo culto, son en verdad extraordinarios, pero hubieran tenido más valor de haber sido más inflexibles...

Después de obtener en conversaciones otras seguridades y de meditarlo mucho, escribe el 22 de marzo de 1756:

Al fin, señora, he tomado una decisión; se sorprenderá usted al saber que se ha llevado la victoria. Iré a pasar las Pascuas en el *Ermitage,* donde permaneceré lo más que pueda o mientras usted me aguante o me soporte. Mañana iré a verla y conversaremos sobre el particular, pero le suplico que guarde el secreto.

Al recibir esta carta, el gozo de la encantadora dama fué tal que apenas pudo contenerse. Como las señoras del Châtelet, de la Poupelinière y de Geoffrin, como la señorita de l'Espinasse y tantas otras, tenía, al fin, su hombre célebre.

Con el propósito de ayudarle a trasladarse a Epinay, envióle el domingo 9 de abril de 1756 a su jardinero y a su súbdito Linant, con un carro. Rousseau se había desprendido ya de muchos de sus libros y de abundantes piezas musicales. Poco después la señora d'Epinay llegaba con su coche y le conducía, juntamente con sus dos "amas de casa" al *Ermitage.*

En esta estación los caminos se hallaban en malas condiciones, por lo que el carruaje no pudo llegar hasta el bosque donde se hallaba la pequeña choza. La señora Levasseur, que tenía más de sesenta años, era gorda y pesada; para conducirla a la casa hubo necesidad de clavar recias barandas a una silla y lograr que mozos de cordel la transportasen en ella. Las Levasseur no se sentían, al parecer, felices con este cambio.

Melancólico, como sumergido en sus pensamientos, Rousseau marchaba adelante. Su partida de París era, sin duda, un paso decisivo.

"Dejé atrás al mundo y su pompa."

Capítulo IX

EL *ERMITAGE*

El amor es un mal puro, amargo, acerbo, agradable sólo en sus comienzos.

Sainte-Beuve.

1

Narra Rousseau con su sensibilidad lozana para las cosas campestres:

> Aunque hacía mucho frío y aún había nieve, la tierra empezaba ya a vegetar; veíanse violetas y prímulas, apuntaban las yemas de los árboles y en la noche misma de mi llegada se oyó por vez primera el canto del ruiseñor que cantó en el bosque que había junto a la casa.

Al despertar, después de un ligero sueño, el gorjeo de los pájaros en su ventana le recordó de súbito que no se hallaba más en la obscura calle de Grenelle. Embelesado, vistióse rápidamente y salió a explorar los campos vecinos, los senderos, los sotos. Examinado el valle, planeó aquellos paseos largos, solitarios, que tanto anhelaba para su paz espiritual y corporal. Este solitario y atractivo lugar estaba hecho para él. Al fin *había vuelto a su mundo.*

Augunos años después escribía a Malesherbes: "Sólo empecé a vivir el 9 de abril de 1756. ¿Qué período de mi vida creéis que recuerdo más a menudo?... El de mi retiro, de mis paseos solitarios, aquellos días deliciosos, fugaces, pasados sólo conmigo mismo, con mi buena y simple compañera, mi perro amado, mi viejo gato, con los pájaros y los ciervos del bosque, con toda la "Naturaleza y su inconcebible autor."

La soledad reinaba en el *Ermitage* ubicado apenas a media milla al oeste de la laboriosa aldea de Montmorency, en la extremidad occidental de su floresta, sobre una altura desde donde se divisaba el ancho valle del Sena por el que corría, en una extensión de diez millas, la carretera de París.

Estaba Rousseau cansado de los salones, de las fuentes, de los jardines ingleses, de los terraplenes y de quienes se los exhibían siempre que se le invitaba a la campiña; y más aún de los folletos, los clavicordios, las poesías, las charlas insubstanciales y los almuerzos a la hora de la cena y las cenas cuando hubiera preferido dormir, de los lacayos hambrientos que devoraban con los ojos su alimento y su vino, en fin, de todo ese mundo parisiense elegante y artificial dentro del cual habría agradado a sus amigos mantenerlo. Su pensamiento

no florecía entre muchos, era incapaz de aprovechar una coyuntura para brillar, como lo hacían de Holbach o Voltaire, de divertirse, como Grimm, con humoradas secas y serias. Hablaba únicamente cuando un sentimiento intenso o una gran indignación lo impulsaban: sus amigos gozaban discutiendo con él, provocándole hasta llevarlo al grado de excitación en que se tornaba interesante para ellos. Pero, en ocasiones, dejábalo esto fatigado y, además, indeciblemente fastidiado. Por su parte necesitaba que un amigo le escuchase, preferentemente una mujer de inteligencia despierta, para poder desarrollar con lentitud la fina trama de sus fantasías, sus reflexiones, conjeturas y pesadumbres, intensamente sentidas. En los *tête-à-tête* ejercía un extraordinario influjo sobre el oyente. Su mentalidad parecía entonces elevarse vigorosamente y revolotear por sobre los movimientos más íntimos del corazón. Las grandes damas que una docena de años atrás habían puesto en su lugar al torpe joven provinciano gustaban ahora la fascinación que este hombre les producía. ¿Cómo explicar, de otro modo, frente a sus defectos y exigencias las palabras de la duquesa de Luxemburgo y las de su bella y famosa amiga, la condesa de Boufflers?: *"Adieu,* al más amable y querido de los hombres". Y las de la señora d'Epinay: "Es inimaginablemente dulce charlar con él... Enternece a mi corazón la manera sencilla y al mismo tiempo original con que relata sus infortunios." Pero para ello debía Rousseau imponer antes *sus propias condiciones.* "Aprenda mi diccionario —había dicho a esta confidente favorita— si quiere que nos entendamos. Créame, si lo desea, que mis expresiones raras veces tienen el sentido corriente; es siempre mi corazón quien le habla y algún día comprenderá que su lenguaje no es como el de los demás."

Impelido a la vida social "contra su voluntad" jamás había dejado de anhelar la villa de las Charmettes, las montañas saboyanas, la dulce vida conocida allí. Se hallaba, pues, en su elemento nativo; era dueño de su tiempo; los días podían transcurrir despaciosamente mientras gozase de independencia y aislamiento, que era lo que en verdad anhelaba por sobre todas las cosas. La soledad era lo mejor para su cruel y humillante enfermedad que le obligaba a descargar con frecuencia la vejiga a lo largo de los silenciosos senderos campestres. La soledad y la paz eran lo mejor para su alma atormentada, volcada entonces con innegable amargura sobre las multitudes de semejantes que defendía ruidosamente; por ellas podía emerger de la confusión y oscuridad penosas hacia la súbita claridad, como el estrepitoso ordenamiento del escenario para un nuevo acto.

¿Independencia? La casa le había sido provista generosamente por la señora d'Epinay, pero la comida pagábala él con obstinación. ¡Cuántos escrúpulos de conciencia había sentido ante este modesto patronazgo, en una época en que el pensamiento sólo podía exhibir mediante el patronazgo! ¡Cuántas cartas intercambiadas, cuántos avances y retiradas antes de consentir! Pero ahora la delgada y vibrante señora d'E-

pinay era su amiga. Amaba ésta el estudio y se vanagloriaba de sus cartas, que no carecían ciertamente de ingenio y de gracia. No era hermosa; pero su nariz revelaba inteligencia y poseía una boca expresiva y ojos delicados. Toda su cara era de tipo perfectamente francés.

Rousseau iba a ser "su grande hombre": tener en su propio séquito a un hombre prominente era un gesto familiar para la esposa de un gran asentista general que se enorgullecía de su posición y de sus talentos. El crédito de la señora d'Epinay se había resentido no poco recientemente. La Live d'Epinay, su esposo, era un manirroto que estaba dilapidando su fortuna: le había dado dos hijos y una enfermedad y la veía muy raras veces. Al rompimiento de la señora d'Epinay con su distinguido amante, Dupin de Francueil, había seguido el concubinaje más condenable con Melchor Grimm. Poseía éste cualidades brillantes, firmeza, confianza en sí mismo, virtudes raras en aquellos días. Perseguía la Gloria sin vacilaciones. No obstante, la actitud de la señora d'Epinay tenía un aire de desesperación, como si después que Francueil la hubo abandonado, se hubiese contentado con lo que estuviese al alcance de sus manos. Más aún, el curioso código de la época respetaba el primer concubinaje de una mujer, particularmente cuando duraba y se mantenía dentro de la discreción, puesto que el matrimonio era en gran parte una cuestión mercantil y política; ¡pero cuando se permitía un segundo o un tercer amante, entonces era considerada adúltera!

Esta circunstancia contribuyó no poco a la decisión de la señora d'Epinay de convertirse en la protectora del "virtuoso" Ciudadano Rousseau, quien mostraba a la sazón todos los síntomas de ser un hombre de moda en potencia. Sería éste su amigo, su gloria y también un biombo para su mal mirada vinculación con Grimm.

Si bien fueron estos motivos tangibles los que la arrastraron hacia el filósofo, sería injusto negar que sentía por Juan Jacobo el más vivo afecto. Le creía simplemente un alma solitaria y desdichada; esperaba allanar sus días, más que con sus críticas, con la indulgencia y la expresión de su más completa simpatía; la prosperidad de Rousseau redundaría también en favor de su crédito. A cambio del delicioso retiro que le había ofrecido, ¿no llegaría éste a convertirse en su "tierno esclavo"? Le había extendido su mano; se había extenuado sobremanera el primer día de su traslado al *Ermitage*. Y sonriendo bajo sus golpes faltos de tacto, luchando por amansar a su "oso", se comportaba con él con encantadora paciencia, buen humor y prudencia. Durante un tiempo fué para él, según sus propias palabras imaginativas, "como una sombra que, rondando a su alrededor, le conducía a la felicidad a pesar de él mismo."

Rousseau, por su parte, era en extremo sensible a su deleitosa situación, al placer que le proporcionaba su seductora y animosa amiga. Había previsto y aceptado cierta sumisión. Se haría un deber visitarla en su castillo de la Chevrette, que distaba dos millas, "edificio triste y magnífico", según lo describe Diderot, con alargados jardines ingleses, terraplenes descendiendo hasta las albercas, con uno o dos cisnes convencionales. La vería a intervalos de pocos días, cuando no estuviese muy acompañada y pudiese conversar a solas con ella. A este "yugo" se sometió al principio muy voluntariamente.

Mas, ¡ay!, en su propio mundo doméstico poco había en qué deleitarse. En la soledad, abandonados como estaban a sí mismos, los defectos de Teresa aparecían más notorios que nunca. Su alma campesina, carente de vida interior, se nutría de celos secretos cuando Rousseau vagaba por el castillo vecino. Era poco más que una ama y una enfermera. Jamás había sentido él la menor chispa de amor por ella. Ante esta extraña confesión cabe preguntarse qué servicios privados, qué íntimas perversiones le amarraban a ambas mujeres. Según su propia afirmación, no había hallado en Teresa más que la satisfacción de sus necesidades sexuales, a las que por un tiempo había renunciado. Pero lo peor era que no le agradaba vivir en el campo. No podía disimular la ojeriza que tenía —y más aún su anciana madre— a la vida rústica, que tanto enajenaba a Rousseau. Jamás pudo éste mejorar la mentalidad de la pobre muchacha; y aunque atado por las experiencias, sufrimientos y pecados comunes —vínculo poderosísimo— su corazón se fué alejando insensiblemente. En la soledad del campo —observa— se siente como nunca "el valor de una compañera inteligente". La halló sin duda en la señora d'Epinay.

Mas no quería ser un viejo galante. Esto le horrorizaba como a nadie. Los besos que voluntariamente le prodigaba eran besos fraternales, desposeídos de toda sensualidad. Queríala como amiga. (En las vengativas páginas de *Las Confesiones* nos habla de largos silencios y tensiones a su lado, pero no lo creemos). Existían dos buenas razones que lo inhabilitaban a convertirse en su amante: era pálida, delgada y "chata como la mano". Bastaba esto para hacerle olvidar su sexo ante ella. ¿Una "mujer sin senos"? Además había otro motivo que mucho le atemorizaba: el secreto de la enfermedad adquirida de su marido y transmitida a su primer amante, que éste le había soplado. Su fulgor vivo, sus grandes e inquietos ojos oscuros y su tez pálida le hechizaban, pero aunque espléndida en su exterior, estaba por dentro podrida.

Por tal motivo, tampoco la señora d'Epinay quería que Rousseau fuese su amante, pero le habría agradado que *él quisiese serlo de ella*. Era para él todo interés y solicitud; se intercambiaron innumerables mensajes, alarmas, notas dulces. Empero, durante el primer año la sumisión no fué pesada. La señora iba poco al castillo. Estaban por medio París y su pasión por Grimm, quien con motivo del estallido de la Guerra de Siete años se preparaba para partir al frente, al servicio del mariscal d'Estrées.

Para Grimm —ambicioso, razonador frío y calculador— la conquista de la señora d'Epinay había sido un golpe brillante. Mientras

hacía los preparativos de su partida a las campañas, reflexionaba si era prudente dejar al ardiente filósofo suizo tan cerca de su dama. Además, la apasionada amistad que unía ambos en los primeros años que se conocieron se había enfriado mucho. Hacía cinco años que Rousseau se había hecho famoso, pero era una celebridad que carecía del sentido del buen humor. Ante su protesta del acosamiento de que el público de París le hacía víctima, Grimm le propuso que instalase un café cerca del palacio real y recibiese a la multitud con bebidas y café. Pero a Rousseau no le agradaban estas mofas, mientras que Grimm detestaba a los reformadores morales y los discursos largos, excepto cuando le brindaban la oportunidad de perforarlos con una frase. Lo que Grimm dijo de su viejo amigo a la señora d'Epinay no estaba destinado, ciertamente, a mejorar las relaciones de ambos.

En un bosque al sudeste del *Ermitage* se hallaban el parque y el castillo de la señora d'Epinay y, alrededor de dos millas al noroeste, el castillo más pequeño de Eaubonne, donde su cuñada, la condesa Sofía de Houdetot, habíase radicado después del verano de 1756. Conocía Rousseau a esta dama, pero no mucho todavía, no tanto como a su amante, Saint-Lambert, quien también se alistaba a dirigirse al frente de guerra. Pero Saint-Lambert, mucho menos calculador que Grimm, por el contrario, habló bien de Rousseau a su amante, a quien escribió instándola a "cultivar la amistad" del destacado hombre que engalaba el distrito rural y a que, de vez en cuando, le enviase noticias de él. Rousseau, que había visto a la señora de Houdetot muchas veces en convites realizados en París, la recordaba como a una joven de veintisiete años, alegre e impulsiva; había sido con él en extremo solícita, pero no había respondido a sus invitaciones.

En esos momentos, el estruendo de una gran guerra cubría a Europa. Franceses, rusos y austríacos marchaban a rodear al expeditivo e implacable rey prusiano. Pronto Saint-Lambert partiría para el frente y Grimm, urgido por su patrono, el duque de Orleáns, se uniría al estado mayor del mariscal d'Estrées: también el feo noblecillo que era el marido de la señora de Houdetot debía partir, circunstancia por la que las dos damas abandonaron la capital para vivir en el retiro de sus casas de campo hasta el regreso de los soldados. El valle debía estar despejado de amantes; y fueron encomendadas a Rousseau para esparcimiento y custodia. Tenía el filósofo en su haber muchas profesiones de virtud austera; frisaba en los cuarenta y cinco años; estaba enfermo y se le suponía, tal vez, impotente...

La gran comedia que se prepara en el valle de Montmorency durante la campaña de Westfalia en la Guerra de los Siete Años, no es de mero interés en sí misma, sino una cosa superlativamente buena a su modo; tuvo efectos de largo alcance en los trabajos de más de un filósofo, en las campañas y revoluciones literarias, en todo el curso del pensamiento europeo. Los trastornos del muy hostigado Federico, las

maniobras de Pitt y el fluctuante mapa de Europa parecían cosas baladíes, fenómenos superficiales comparados con las tormentas que se levantan en Montmorency, sumergen al eremita en sus bosques y dividen los campos intelectuales de Europa.

2

También Diderot, desde París, juega su parte en el drama de Montmorency, participando a veces, con efecto desastroso, desde fuera del escenario, como una voz fatal o coro. Está inclinado sobre el séptimo volumen de la Enciclopedia, agobiado con un millar de planes descabellados. Con todo, se cree en el deber de manejar a sus amigos, de vigilarlos e intervenir en sus asuntos aunque más no fuese por aquello de que "no hay cuestión donde no intervenga".

Diderot había alentado, aguijoneado a su amigo; se había preocupado por la publicación de su primer "Discurso"; le había invitado a escribir sobre música y economía para la Enciclopedia, aunque era éste, en su mayor parte, un trabajo *ad honorem*. Cuatro años atrás, a su vez, había reprochado a Rousseau por rehusar la pensión del rey. Habíase entrometido en todo como guía; en combinación con Grimm había intentado apartar a Rousseau de las Levasseur, mujeres cuya influencia consideraba perniciosa para "el carácter receloso, humillado, melancólico" de aquél.

> No se puede concebir una incongruencia más triste (dice de Holbach) que la existente entre este genio y Teresa. Diderot, Grimm y yo organizamos una conspiración amistosa contra el bizarro y ridículo vínculo. Herido por nuestro celo, indignóse por nuestra desaprobación y desde entonces sintió una verdadera ira contra nuestra filosofía antiteresana.

Es posible que los filósofos tuviesen razón, en cuanto a aquella desaprobación, en vista de la frecuencia con que la "ama" les iba con cuentos de miseria, trabajo excesivo y aceptaba de ellos regalos y sumas regulares de dinero sin el consentimiento de Rousseau. Pero cuando medimos la fuerza del vínculo entre Juan Jacobo y su tierna Teresa comprendemos cómo sus intrusiones debían afectar su alma.

Más aún: su decisión de vivir permanentemente en el campo fué otro punto de discordia. En cuanto sus amigos se enteraron de ello, comenzaron a acosarlo con sus bromas. Helo aquí, exclamaban, monstruosamente vanidoso y ávido de notoriedad. ¡Cuán paradójico resultaba que el Amante de la Humanidad huyese de sus semejantes y se convirtiese en el más puro de los misántropos! Predijeron alegremente que en menos de tres meses se vería obligado a volver a París. Esto sólo bastaba para mantenerlo por siempre en el *Ermitage*.

Era una época en que París "absorbía a las provincias". Antes de Juan Jacobo nada era menos elegante que vivir apartado en el seno de la Naturaleza. De ningún modo podía Diderot imaginar qué haría su amigo sin los cafés, la *Gazette* diaria y las comidas de París. Rous-

seau, a quien había orientado, se alejaba de su protección y procuraba ya volar solo. Pero sabe el cielo a qué locas ideas arribaría en su soledad. No se nos escapa la creciente divergencia doctrinaria. Los enciclopedistas habían aplaudido sus audaces paradojas, le habían acompañado con fervor cuando defendía la igualdad, cuando maldecía a la sociedad de su tiempo; pero su seria "reforma" personal y suntuaria, que tanto había llamado la atención, su papel de filósofo que renuncia a todas las ventajas mundanas, que despierta admiración en todas partes, sólo inspiraba recelos a sus amigos. Con su "retorno a la Naturaleza" todos ellos, materialistas y positivistas, nada tenían que hacer, por cuanto "la Naturaleza" sería un libro abierto que leerían con sus nuevos instrumentos científicos, a fin de medir y controlar todos los movimientos de la vida y del alma. Dudaban amargamente sus colegas del lado espiritual de Rousseau, que reconocía en los hombres algo por encima de sus propiedades físicoquímicas — ese impulso tan personal y heterodoxo que provocaría una reacción deística y contribuiría al arrebato místico y la pasión de la revolución.

En verdad, el mensaje religioso de Rousseau no iba a ofender, como los dogmas católicos, el pensar racional de la época, aunque heriría a los materialistas. Iba a convertirse en una fuerza solitaria entre los partidos irreconciliables de los católicos romanos, protestantes y enciclopedistas. Sus amigos temían que se volcase al campo de los jesuítas y los encabezase contra ellos.

La desavenencia fermentó por causas personales: el cisma, por causas intelectuales. Rousseau, modelo eterno del temperamento complejo del genio, ha sido llamado un "monstruo de ingratitud" por algunos de sus amigos, y por críticos tales como Sainte-Beuve y Schérer.

Sus amigos, en cambio, no pueden ciertamente ser considerados inocentes del todo en cuanto a los celos. Pero toda la controversia alrededor de un temperamento considerado por una facción "heroico y angelical" y por la otra "demoníaco", en guerra con todo el mundo, tiene aspectos más profundos y fecundos.

Las facultades de Rousseau se cristalizan entonces en formas particulares y fatales, de igual modo que las heridas y debilidades de su disposición. No es posible aventurarse a corregir el lado débil sin vejar o exasperar el lado heroico y sagrado. Sus amigos literatos, a quienes comenzaba a eclipsar vagamente, no procuraban ya consentirlo, sino molestarlo. En ocasiones le halagaban y se sometían; raramente le comprendían, como d'Alembert por ejemplo, que se mantenía alejado de él. D'Alembert escribió posteriormente al irritado Voltaire: "Juan Jacobo es una persona enferma, muy inteligente, pero únicamente cuando está afiebrado. Es necesario no curarle ni denostarle." Ninguno de sus amigos íntimos, Diderot, de Holbach o Grimm, vió tan claro como d'Alembert en años posteriores. Tampoco pudieron ponerse fácilmente en armonía con su sentimiento impulsivo, sus estados pasionales y su clarividencia casi mística.

El "bárbaro", huyendo de la razón, buscaba las fuerzas simples e indivisibles de la vida. Nadaba instintivamente al frente de aquella gran corriente del sentimiento romántico, que renacía a mediados del siglo XVIII y se difundía rápidamente a través de Europa.

De su *Diccionario de Música,* escrito en este período, destacamos su definición de la naturaleza del genio:

> No pregunte, joven artista, qué es el genio. Si lo tiene lo sentirá en su interior; si no, jamás lo comprenderá. El genio del músico abarca al mundo entero en su arte... Las emociones que expresa hállalas en las profundidades de su corazón... Su alma tiene un sentido de la vida que nunca le abandona y que comunica a los corazones capaces de comprenderlo.

Es la concepción extravagante, "angelical", de los Byron, Musset y Hugo que le sucedieron; pero debemos recordar que este "sentido de la vida", resucitado antes por Rousseau, fué la fuente de aquella renovación en la literatura, el lenguaje y el arte mismo, que la fatigada cultura clásica del período exigía. Rousseau encabezará la nueva literatura europea para la que los tiempos estaban ya maduros. "En nombre del arte, condena Rousseau las actividades artísticas de su tiempo", escribe un investigador sagaz. Pero su juicio contiene el germen de un arte nuevo basado en realidades espirituales más profundas" (1).

Percibiendo en sí mismo esta más grande riqueza, actúa solo, poseído por sus visiones, por el momento confusas, torturadas, pero inmensamente fecundas.

Está destinado a carecer de amigos: necesita la soledad.

Pero no es, sin embargo, un "monstruo de la ingratitud": rechaza por anticipado los favores, de manera que no necesita dar las gracias. Las maniobras molestas de sus amigos, que indignarían a los más de nosotros, son las causas de sus quejas contra ellos. En el *Ermitage,* le vemos volver su gratitud hacia la buena señora d'Epinay; sus paseos solitarios le colman de buen humor y afecto para toda la humanidad, a la que, en verdad, parece amar más a la distancia. En deleite hasta se imagina caminando junto a su viejo amigo Diderot, a quien señala las bellezas del paisaje circundante.

> No sé (escribió a la señora d'Epinay) si alguna vez gozaré la presencia de Diderot aquí; sólo podría ser ello posible por mediación de mi viejo amigo Grimm. Quizá pueda éste y me procure la visita del amigo que le proporcioné y comparta conmigo el placer que recibiré.

Pero se hubiera quedado helado si hubiese sabido que en ese mismo momento, su "viejo amigo" estaba *escribiendo contra él para el público en un órgano clandestino.* A juzgar por esto, existía ya entre sus amigos una gran animadversión contra él.

(1) Heinrich von Stein, *Die Entstehung der Neueren Aesthetik.* Stuttgart, 1866.

En 1753 había Grimm obtenido el remunerativo cargo de editar un diario secreto, que publicaba todos los hechos literarios y sociales de París. *La Correspondance Littéraire*, poco conocida en su tiempo, era subsidiada con largueza por la duquesa de Saxe-Gotha; estaba suscripta a ella Catalina la Grande y circulaba entre una veintena de cabezas coronadas de Europa. Diderot, entre otros, colaboraba en el diario, que, aunque de poca circulación, tenía gran influencia y una finalidad notable. Era muy superior a cualquiera de los diarios de su tiempo en sus relatos críticos detallados de cuanto acontecía en el mundo culto y elegante. Desconocido en Europa, el frío, circunspecto y minucioso Grimm, un misterio para sus contemporáneos, se convirtió en el periodista más grande de su tiempo.

En julio de 1756 Grimm publicó, para solaz de sus pocos lectores, una "carta imaginaria" escrita por Diderot, que pretendía ser la respuesta admonitoria a un filósofo pobre que, habiendo abandonado París para vivir en campestre retiro, acosaba a sus amigos con solicitaciones de ayuda. En las quejas del filósofo veía Diderot únicamente "los efectos naturales de un temperamento amargado por las humillaciones y feroz." *Poco después estos términos se aplicaban de ordinario abiertamente a Rousseau.* Y en esta vena moralizadora extravagante continúa Diderot zahiriendo a su amigo:

> ¿Qué diablos quiere decir con toda esa batahola acerca de la piedad que necesita se le tenga, de las cosas malas dichas y hechas contra usted, de la ruina que se le busca, de los pozos que se le cavan y de los precipicios a que se le conduce? ¡Por Dios, hombre, deje estas eternas acusaciones y jeremiadas y vuelva a vivir entre los hombres de quienes se queja, a fin de verlos como son, y ponga punto final a ese torrente de invectivas que viene derramando dsde hace *cuatro años*... A los ojos del pueblo sus costumbres son detestables; a los ojos de los filósofos, estrechas, semifalsas y semiverdaderas.

Y concluye Diderot refutando las supuestas doctrinas de su amigo, diciendo que "correctamente hablando no hay otras causas que las físicas; en consecuencia, no hay libertad de acción y las palabras virtud y vicio carecen de significación."

Se alude francamente a Rousseau, que hasta ese momento sólo se había quejado del disgusto que sus amigos le ocasionaban cuando intentaban manejar sus asuntos o prestarle servicios que no deseaba.

Ignorante de los celos y de la animosidad que había dejado detrás suyo, en París, hallábase absorbido en la meditación profunda de planes para futuros trabajos. Durante más de una década había estado preparando su largo estudio sobre las instituciones políticas, en que las cuestiones básicas del gobierno, de las leyes y de la política debían ser examinadas. Era un trabajo audaz para la época, por lo que había preferido no hablar con nadie del *Contrato Social*.

Otra de las tareas que lo absorbían era la edición de los escritos póstumos del abate de Saint-Pierre, que le había sido confiada por la

familia del espléndido visionario. De los veinte volúmenes manuscritos de Saint-Pierre, pronto preparó y publicó *Un Plan para la Paz Perpetua* en que fueron incorporadas algunas de sus ideas. A instancias de su amiga la señora de Chenonceaux, que se interesaba por la educación de su hijo, había también emprendido la composición de un manual o sistema de educación, que fué el germen del *Emilio*. Y, finalmente, se ocupaba en un *Diccionario de Música*, que pronto iba a ser olvidado, pero que tuvo para él gran consecuencia. Expondría en él sus teorías sobre la música y confundiría a hombres como de Holbach, que le creía un impostor musical, o como Grimm, que había divulgado su incapacidad de copiar música con precisión. Fué un período fecundo. La mayor parte de los trabajos planeados, así como ciertos proyectos inesperados, tales como el de *La Nueva Eloísa*, los ejecutará durante su estancia de seis años en Montmorency. Durante el verano y el otoño se sumergía en largos ensueños, mientras vagaba solo por el campo. El, que había desempeñado el papel de austero reformador de las costumbres, tornábase lánguido y flotaba en el edredón de sus sueños. Sentía la necesidad del amor y no hallaba quién se lo inspirara, según sus propias palabras.

Recurrió entonces a las quimeras. "No viendo nada real que satisficiese mi delirio, lo distraje con un mundo ideal... Imaginaba criaturas y sociedades perfectas, amigos seguros, tiernos y fieles." Concibió una tortuosa novela de amor y amistad: dos mujeres afectuosas se amaban entre sí y un hombre que, amando a la una, sentía poco menos por la otra. Ubicólas, juntamente con su drama, en un hermoso valle suizo, cerca del acariciado Lago de Ginebra, y comenzó a escribir las cartas de sus tres caracteres, Clara, Julia y Saint-Preux, de *Julia o La Nueva Eloísa*.

Sufrió compunciones. Haber atacado la literatura, el drama y las artes y concluir escribiendo una tras otra las efusiones sensuales de pasión afiebrada que componen las dos primeras partes de su novela. "¡Cómo se burlaría usted de mí si supiese en qué trabajo ando! —escribe a un amigo de Ginebra—. ¡Y lo peor es el placer con que lo hago!"

En septiembre, sobrevino una desagradable interrupción. El jardinero empleado por la señora d'Epinay para el cuidado del solar y del huerto, resultó ser un ladrón que no sólo se apoderaba de los frutos de los árboles sino también del vino de la bodega de Rousseau. Habiendo sido despedido, rondaba el hombre por los alrededores de la casa solitaria con algunos compinches de su calaña, amenazando venganza. Escribió a la señora d'Epinay, que se hallaba en París, pidiéndole una escopeta o pistolas para su propia defensa.

Gran alarma en París. "¿Qué? —contestó su huéspeda—. ¿De qué me habla, amigo mío? ¿De pistolas? ¡Escopetas! Al disponer que residiese usted en el *Ermitage* quería que disfrutase de paz." De un joven amigo residente en París, llamado Deleyre, que poseía el genio

de lo impropio e irritante, llególe una carta que debió haber sido inspirada por Diderot: "Mi querido Ciudadano: No creo que sea usted feliz donde se halla... Diderot y yo iremos a sitiarlo y, como deseamos traerlo de vuelta a París como cautivo, no escatimaremos esfuerzos por conquistarlo." Esto ocurría en octubre de 1756. El filósofo armado fué motivo de vejaciones. Escribió a la señora d'Epinay:

Estoy resuelto, cualesquiera sean las consecuencias, a pasar el invierno en el *Ermitage;* nada hará cambiar mi resolución, que ni aún usted tiene el derecho de alterar, ya que tal fué nuestro acuerdo al venir aquí. No corro riesgo alguno...

Dejemos de lado estas cosas, mi buena amiga; no logrará más que hacerme desdichado, pues *no puedo soportar que se me contradiga* y, con la razón, soy testarudo... Me conmueve su ansiedad. Ruégole que se calme. Quiérame y todo andará bien.

Solícitos mensajes se cambiaron entre ambos durante el invierno. La señora d'Epinay, que le enviaba ropas para su "ama", hízole llegar, en una ocasión, un zagalejo de franela inglesa a fin de que se hiciese confeccionar una chaqueta abrigada. "Esta atención más que amistosa —dice— me pareció tan tierna, como si se hubiese despojado para vestirme, y, lleno de emoción, besé llorando repetidas veces la carta y el zagalejo. Teresa creyó que me había vuelto loco."

Por el momento la señora d'Epinay sabía cómo manejar a su "salvaje", pero debemos destacar, frente al acosamiento de sus amigos para que volviese a París, las amenazantes palabras: *no puedo soportar que se me contradiga.*

Estaba su ánimo tranquilo al recibir, en febrero de 1757, un ejemplar de la pieza de Diderot, *El Hijo Natural*, que leyó "con el interés que inspira el trabajo de un amigo". De pronto se detuvo en un personaje que, al parecer, le aludía y le llenó de indignación.

Constancia a Dorval: Usted me engaña... Ha recibido los más raros talentos; acerca de ellos, a mí y a la sociedad nos debe una explicación. Deje, si le place, que esta multitud de seres inútiles se aparte de la sociedad, pero usted no puede hacerlo, me atrevo a decir, sin cometer un crimen... ¿Renuncia a ella? Apelo a su corazón para que retire sus palabras; él le dirá que los hombres buenos viven en sociedad; *sólo viven aislados los perversos.*

Había Diderot asestado un golpe al eremita de Montmorency. Para él, que siempre hablaba y gesticulaba en público, había algo monstruoso en la vida solitaria.

Rousseau se encolerizó. No dudaba de que la admonición *sólo viven aislados los perversos,* estaba dirigida a él.

Yo quería entrañablemente a Diderot (dice en *Las Confesiones*). Le tenía una estimación sincera y estaba completamente persuadido de que me correspondía con iguales sentimientos. Pero cansado de su infatigable obstinación en contrariar eternamente todos mis gustos, mis inclinaciones, mi modo de vivir, irritado de ver a un hombre más joven que yo querer gobernarme a la fuerza como a un niño; fastidiado con tantas citas dadas por él sin comparecer a ninguna; de aguardarlo inútilmente tres o cuatro veces al mes y comer solo, *después* de haber ido a su encuentro hasta Saint-Denis, tenía ya lleno el corazón de agravios. Esto último me pareció grave y me hirió más profundamente. Le escribí quejándome, pero con una dulzura y enternecimiento que me hizo inundar el papel de lágrimas; mi carta era bastante conmovedora para hacerlas también derramar a él. Nadie es capaz de adivinar cuál fué su respuesta (2).

Diderot contestó:

Veo que en lo tocante a los eremitas no es usted de mi opinión; enhorabuena; diga de ellos todo lo bueno que quiera, yo sólo pensaré bien de usted y aún habría mucho que decir si se le pudiera hablar sin que se enfadara. *¡Una mujer de ochenta años!*, etc. Lo saludo y abrazo. Espero su respuesta para ir a buscarlo en Saint-Denis y hasta en Montmorency. Allí *adieu.* Lo compadezco por el mal tiempo que tiene.

¡Adiós, Ciudadano! Pero admita que un ermitaño es una especie rara de ciudadano.

De inmediato Rousseau escribió a la señora d'Epinay —el 13 de marzo de 1757— que la carta de Diderot le había perforado el alma. "Me ahogaría —exclama— si no pudiera volcar mis pesadumbres a un amigo." Pensaban que se proponía matar a la señora de Levasseur (que tenía sesenta y no ochenta años). Habíala recogido de la calle, la había mantenido y en parte por ella había renunciado a vivir en su patria. Estaba contenta. Luego deja escapar su amargura, su sospecha. Grimm estaba a la cabeza de todo esto:

Veo lo que está ocurriendo: Grimm no se sentirá feliz hasta distanciarme de todos los amigos que le he procurado. Filósofos de la ciudad, si tal es vuestro carácter, entonces me place ser un "perverso". Era dichoso en mi retiro; la soledad no me pesaba... Pero no volveré a poner mis pies en París; lo juro de una vez por todas.

La señora d'Epinay procuró calmar su cólera:

Guárdese de la fermentación causada por una palabra adversa oída casualmente en la soledad... Sus quejas contra Diderot no están más fundadas que sus sospechas de Grimm: lo compadezco.

En una segunda carta volvía Diderot a interesarse por la vieja Levasseur. Respecto a ella Rousseau no hacía más que contentarse con "sofismas inhumanos". ¿No quería Rousseau ir a París?

Bien; el sábado por la mañana, a pesar del tiempo, saldré para el *Ermitage.* Iré a pie, ya que mi fortuna no me permite hacerlo de otra manera. Justo es que me vengue de usted por todos los agravios que me ha inferido en *los últimos*

(2) La carta tierna de Rousseau jamás fué hallada. En los libros VII y VIII de *Las Confesiones* habla de la desaparición de muchas cartas relacionadas con la querella con Diderot, mediante la connivencia de la señora Levasseur y, tal vez, de Teresa.

cuatro años. (La misma frase de la carta anónima inserta en la *Correspondance Littéraire*). El más opulento de sus amigos no puede permitirse el lujo de alquilar un carruaje; y todo para encontrarse en el camino al *Ermitage,* a algún filósofo pedestre, bastón en mano, calado hasta los huesos y cubierto de barro hasta la cintura. No obstante, dondequiera usted se oculte, le seguirá la amistad de los filósofos y el interés que se toman por la señora Levasseur. Viva, amigo mío; viva y no tema que ella se muera de hambre... Adiós, hasta el sábado.

Extraño recado para un hombre suspicaz y melancólico. No sirvió ciertamente para amenguar su suspicacia... Juan Jacobo se enfureció. Como la señora d'Epinay había vuelto al castillo, le escribió, fuera de sí, en demanda de consejo. "Por Dios, calme su corazón —contestóle ella—; está usted exasperado; como amigo y filósofo, debe en esta emergencia comportarse con serenidad."

A lo largo del valle, cuatro cartas, intercambiadas entre ambos, fueron y vinieron en un día. Rousseau no debía escribir a Diderot en esos términos. "Usted está enfermo —exclama ella—. ¿Quién puede asegurarme que algún día no me ocurra a mí lo mismo que a Diderot?" Prevaleció sobre la pasión de Rousseau, quien aceptó no escribir a Diderot, en tanto le enviaba ella una carta pidiéndole que no fuese el sábado.

Lleno de ira, Diderot le escribe:

Lo comprendo todo; usted me hubiera llenado de insultos o cerrado la puerta en la cara... Oh, Rousseau, se está volviendo *perverso, injusto, cruel, feroz* (los mismos adjetivos que en la carta anónima), y me hace llorar de pesadumbre.

Una semana después, a principios de abril de 1757, llegaron de súbito a su fin estas hostilidades absurdas. "El filósofo viene a verme" —dice Rousseau sin comentarios en una carta remitida a su confidenta. A estas tempestuosas y lagrimosas escenas, que ambos hombres sentimentales parecían gozar, siguió la paz o, por lo menos, una tregua. Habría sido "doloroso para el honor de la filosofía —como Deleyre, amigo de ambos, observó—, si mentalidades mezquinas se enterasen del altercado." Había corrido sangre negra. Pero la diferencia con Diderot pronto quedó sumergida por una más grande aventura: "la única vez que he estado en verdad enamorado."

3

Pocos meses antes, a mediados del invierno, habíase Rousseau encerrado en su choza para escribir, junto al fuego, las apasionadas cartas de Julia y Saint-Preux, de *La Nueva Eloísa.* Hallábase tranquilamente perdido en sus dulces y penetrantes ensueños, cuando una visita inesperada llegó al solitario castillo para robarle, en otro sentido que el asunto Diderot, toda la paz de su espíritu.

Debe haber sido al finalizar enero que la jovial condesa de Houdetot, a instancias de Saint-Lambert, resolvió visitar a Rousseau y llevarle noticias de su amante. Su cochero, más allá del molino de

Clairvaux, intentando cortar camino al *Ermitage,* se apartó de la carretera y se empantanó en una estrecha callejuela. Alegremente la señora de Houdetot se aventuró a hacer el resto del camino a pie. Pronto sus zapatos y su vestido se cubrieron de barro y fueron desgarrados por las zarzas. Desgreñada y andrajosa llegó finalmente al *Ermitage;* a pesar del barro y de la mojadura, sus carcajadas, a las que pronto adhirió el filósofo, horadaron el aire tranquilo del bosque. Como debía cambiarse de ropa, Teresa la proveyó de lo necesario y le sirvió una colación sencilla que restauró sus fuerzas. Era ya tarde, de modo que su permanencia fué breve; pero dejó tras suyo heridas profundas. El impresionable corazón de Rousseau, desde las imaginarias nubes de huríes, bajó a la tierra para emprender un nuevo y vertiginoso vuelo.

El hecho tuvo lugar alrededor del 30 de enero de 1757, y no en el verano de 1756 como *Las Confesiones* sugieren. Al día siguiente, la señora de Houdetot le escribió para agradecerle:

Mi querido Ciudadano: Devuélvole los vestidos que tuvo la gentileza de prestarme. Al regresar hallé el camino en mejores condiciones, lo que, debo decírselo, me ha alegrado, por cuanto facilita ello mucho la posibilidad de volver a verle. Lamento haber estado tan poco con usted. Quédese en sus bosques, desde que es en ellos feliz, pero permita que nos quejemos de que le agraden tanto. Lo lamentaría menos si fuera más libre y estuviera siempre segura de no molestarle. Adiós, mi querido Ciudadano; ruégole agradecer a la señorita Levasseur toda la amabilidad que me ha dispensado.

Dos días después, hallándose Rousseau en París, donde había ido a ver a su amigo Gauffecourt, que estaba enfermo (el mismo que había pretendido seducir a Teresa, y con quien, no obstante, se había reconciliado), escribió a la señora d'Epinay informándole de la visita de su cuñada y pidiéndole que agradeciese a la condesa su amable carta. "Necesitaba asegurarme de que la fatiga excesiva por ella experimentada no tuvo malas consecuencias."

La señora de Houdetot había dado la noticia del anticipado regreso de Saint-Lambert, de Menorca. Pero en la primavera de 1757 comenzaron las campañas de la Guerra de Siete Años y el conde de Houdetot y Grimm habían partido ya, a principios de abril, para el frente. La señora d'Epinay anota tristemente en su diario: "Tan sólo a un ser hecho de menos." Sus amigos, el barón de Holbach, Margency, la señora de Houdetot y también Saint-Lambert, que todavía se hallaba en Francia, fueron a expresarle sus condolencias. Ella continúa:

La condesa de Houdetot vino ayer a verme y a despedirse. Tiene un alma hermosa, es sencilla, cándida, sentimental. Con la partida de su esposo, está primorosamente embriagada de alegría y todo el mundo, para ella, es dichoso. Estuvo ayer tan juguetona como una cachorra. El marqués de Saint-Lambert la acompañaba.

Pero poco días después también Saint-Lambert fué llamado a unirse a las tropas de reserva del príncipe de Soubise y tocóle a la señora de Houdetot caer en desesperación. Las acres *Memorias* anotan: "No puede ella conservar el dominio de sí misma y revela su pesar con una franqueza que es, en el fondo, muy estimable, pero por entero embarazosa para quienes la rodean."

La señora d'Epinay fué a pasar la temporada en la Chevrette y su cuñada en la casa de Eaubonne, que distaba de aquélla unas tres millas. Esta última propiedad más se parecía a una casa solariega que a un castillo. Daba frente a un camino polvoriento y tenía interceptada la vista del Valle del Sena. Su pequeño parque o jardín estaba rodeado por las altas paredes de la suntuosa heredad de Meaux. Era "una casa fea", según la señora d'Epinay. "Casa encantadora", dijo de ella Rousseau.

Fué por ese entonces, cuando los amantes de ambas mujeres habían partido para el frente de guerra y competían éstas en su retiro por el consuelo de Juan Jacobo, con quien contaban, que "el retorno de la primavera duplicó su tierno delirio y sus transportes eróticos".

Escribía aquellos pasajes de ardor voluptuoso y fantasía lacrimosa cuando recibió inesperadamente, por segunda vez, la visita de la señora de Houdetot, que había venido desde Eaubonne a caballo y en traje de montar. Aunque esta manera de vestir no agradaba a Rousseau, le impresionó el carácter pintoresco de la dama, de la que se enamoró perdidamente. *"Fué la primera y única vez en mi vida."*

La condesa de Houdetot (Isabel Sofía Francisca de Bellegarde) tenía veintisiete años. No era bella: su cara estaba algo desfigurada por la viruela; era corta de vista; tenía ojos demasiado redondos, nariz carente de belleza y cutis amarillento (!). Pero, en contraste, su cuello y sus brazos eran de una blancura deslumbrante; por lo demás, era bien formada: poseía manos y pies encantadores, "una selva de cabellos negros" que le llegaban hasta las rodillas, cierto gracioso abandono en sus movimientos y una vivacidad física tal que apuñaleaba el corazón del filósofo. Era naturalmente ingeniosa: se caracterizaba por la jovialidad, la veleidad y el candor; abundaban en ella las ocurrencias, tan agradables como impulsivas, que se le escapaban a pesar suyo. Más aún: sabía tocar bien el clavicordio y componía versos elegantes. Como la señora d'Epinay, era mucho más atractiva que bella; no podía ocultar sus sentimientos. Como sólo le era dable ser dulce, afectuosa y leal, nadie pensaba mal de ella y carecía de enemigos. Vió en ella Rousseau a la mujer de naturaleza instintivamente generosa, que pintaría con colores idealizados; pero su impresión está corroborada en otros documentos y memorias y hasta por mujeres contemporáneas.

Siendo muy joven aún, habíase casado con un pequeño y feo aristócrata normando, por cuyo rango tenía acceso en la Corte de Versalles, cosa que le estaba negada a la señora d'Epinay, nueva rica. Conforme a los valores de la época —no compartidos desde luego por las familias más pías— su conquista de Saint-Lambert había aumentado grandemente su reputación. Había conservado la estimación de su familia, de sus amigos y hasta de su esposo, quien, según se admitía, nada podía decir "en tanto se comportase con discreción."

Para Rousseau era angelical, "la única perfecta", y Saint-Lambert "su virtud", en quien había hallado todas las cualidades mentales, el talento y la virtud, de que su esposo carecía. Y agrega Rousseau: "Si algo tienen de perdonable las costumbres de este siglo es sin duda un afecto depurado por su duración y honrado por sus efectos."

Conocía el vínculo que unía a Madame de Houdetot y Saint-Lambert, que le profesaba la más elevada consideración. (Seguía Rousseau sus ideas hasta los extremos, como puede verse en su volumen *Saisons*, descriptivo y didáctico, versificado sin poesía, escrito doce años después, en el que creía que la creciente amistad entre ellos sería valiosa para los tres).

Y lo más perfecto era que a la señora de Houdetot le agradaban los largos paseos campestres. En una tarde de abril devolvióle Rousseau la visita. Anduvieron y herborizaron. Candorosamente hablóle de su amor por Saint-Lambert. "¡Oh fuerza contagiosa del amor; oyéndola, sintiéndome comprendido por ella, me sentía dominado de un delicioso temblor que jamás había experimentado junto a nadie." Ella le hablaba sencilla, confidencial, íntimamente de todos los movimientos de su gran pasión. El se deleitaba escuchándola y perdiéndose en los secretos del corazón.

> Ella hablaba y yo me sentía conmovido... Creía no hacer más que tomar interés por sus sentimientos. Tragaba a grandes sorbos el veneno del que sólo gustaba la dulzura. En fin, sin que uno ni otro lo notásemos, me inspiró todo lo que expresaba sentir por su amante.

¡Pablo y Francesca leyendo juntos otro libro y en otra época del amor!

El ciudadano profiere un grito de amargura: "¡Ay de mí! ¡Cuán tarde se me ocurrió y cuánto me hizo sufrir una pasión, tan desgraciada como viva, por una mujer cuyo corazón llenaba otro amor!" El austero Ciudadano tenía cuarenta y cinco años y temía en exceso el papel absurdo del galanteador viejo y achacoso. Pero se hallaba en una edad en que las personas se asen fuertemente al amor, ponen en juego su inteligencia madura, su energía, su pasión, y todo lo arriesgan, en su desesperación, en la última oportunidad de despertar el amor en otro ser más joven.

En las últimas semanas de mayo, vióla nuevamente en el *Ermitage;* en la casa de la señora d'Epinay y en su propia casa de Eaubonne, cuando ella le expresó que deseaba estar "completamente sola". Paseaba con ella por su jardín y a través del parque lindero, cuya llave

de acceso aquélla poseía. Rousseau, que en los bosques solitarios de Montmorency se había embriagado con su anhelo autoerótico de dríades y diosas, pronto vió a su Julia en la señora de Houdetot.

"Y a poco no vi más que a la señora de Houdetot, revestida de todas las perfecciones con que acababa de adornar al ídolo de mi imaginación" (3).

Agradaba a Sofía pasear con él, hablarle de su amante ausente, cosa que hacía con todos, incluso su marido; pero con Rousseau, como excepción, sentía un nuevo hechizo: el de entrar en fantasías y detalles voluptuosos, senderos por el cual la conducía de muy buen grado. Como ante ella sentíase muy cómodo y confiado (otras damas de la nobleza, la *signorina* di Breglio, en Turín, la señora de Mably, en Lyon, la señora Dupin, en París, le habían puesto en su lugar) su conversación se tornaba inflamada elocuente y hondamente seductora. En síntesis, la condesa de Houdetot, sin preocuparse mucho de su actitud, llegó a descubrir en un *tête-à-tête* la fascinante naturaleza original, algo afeminada, y por entero lisonjera que tantas mujeres del siglo XVIII gozaron en Juan Jacobo. Consistía su hechizo, a nuestro modo de ver, en el grado asombroso a que llegaba su idealización de la mujer que tenía delante, en una época en que los más de los hombres cortejaban con propiedad, licencia y galanura, pero jamás con el lenguaje empleado para la propia religión. Era una nueva droga, un nuevo estremecimiento, que Juan Jacobo suministraba a su siglo: el amor romántico, que hacía ruborizar de dicha a las mujeres.

A la señora de Houdetot, muy irreflexiva y siempre locamente enamorada de Saint-Lambert, descríbesela como utilizando a Rousseau por confidente y guardián, mientras ella significaba para él la existencia de los tres en dulce y virtuosa compañía. "De nada me hablaba con tanto placer como de la íntima y dulce sociedad que podríamos formar entre los tres." Esta noción, como han destacado algunos psicólogos, pudo haber incendiado con un millar de antorchas —y también flagelado— el alma de quien había vivido tanto en el triple hogar de la señora de Warens. ¿Sentía esto la señora de Houdetot? ¿Jugaba tan sólo con él para distraerse de sus molestas vacaciones de algunos meses? Imprudente, voluble, sentimental, diariamente escribía a Saint-Lambert, contándole sus frecuentes entrevistas con el filósofo y el tema principal de sus conversaciones (Saint-Lambert): le aseguraba que sólo vivía esperando su regreso. Después vagaba por el distrito rural junto al perdidamente enamorado Rousseau. Hubieron

(3) A juzgar por las cartas remitidas por Rousseau a su obsequioso amigo Deleyre, en el otoño de 1756, en que le hablaba de *La Nueva Eloísa*, este trabajo lo había comenzado unos seis meses antes de enamorarse de la señora de Houdetot. Por aquel tiempo había concebido el carácter intelectual, virtuoso, sentimental, de Julia y escrito ya, en éxtasis, los dos primeros libros de su voluminosa novela. Presumimos que gran parte de su asunto con la señora de Houdetot, todas las consecuencias morales, etcétera, entraron en las últimas partes de la novela. Durante la primavera y parte del verano de 1757, época de su enamoramiento, dejó de trabajar en ella.

momentos en que él se apartaba para deliberar sobre los principios relativos a su comportamiento con la amante de su amigo, y en que, perturbado por la vergüenza o los presentimientos, se denostaba a sí mismo. Retorciéndose las manos, llorando en la floresta, maldiciendo a las mujeres de su casa, se preguntaba qué había sido de sus doctrinas para verse impulsado a "abusar de un tesoro confiado por la amistad". Pero no había manera de refrenar su gran ambición. Tenía que confesársela a Sofía, expresarle abiertamente sus sentimientos, que, por otra parte, saltaban a la vista.

Mas otro temor le acosa, algo terrible para su orgullo: cruza por su mente como un fucilazo la idea de que la señora se esté divirtiendo con él —¡así era, en efecto!— y burlándose en sus cartas a Saint-Lambert: de que todo no era más que un complot para convertirlo en un bufón, para castigarlo por su extravagancia y deslealtad mediante la comedia del Ciudadano Rousseau enamorado.

Se detiene para hacer el inventario de su corazón. Nuevamente va a visitar a su vieja confidente, la señora d'Epinay, a quien lleva piadosamente, como anota ésta, "dos partes de una novela empezada el invierno último... un trabajo que es la delicia de su vida, una quimera que le es muy cara". A ella no le agrada. La estima artificial, inverosímil, fría. Pero cómo manifestarle esta opinión. El, por su parte, hojeando a la ligera las páginas de su literatura, en las que había puesto sus esperanzas, las desaprueba ingenuamente. Teniendo en cuenta cómo anhelaba ella sobresalir con sus cuentos cortos, cartas, retratos, ser otra madame de Lafayette o igualar a Madame de Sévigné, podemos medir la intensidad del golpe. Cierta discordia y frialdad se interpuso entre el castillo y el *Ermitage*.

Volvió a su más exhuberante, simple y candorosa Sofía, a quien expresó, sacándose un peso de encima, su oscura sospecha de que ella no hacía más que burlarse de la "amistad" fatal, sobrehumana, que le profesaba. Negó ella vituperiosamente estos cargos; y podemos creerla. Se tornó toda aflicción y piedad para él. Dice Rousseau: "Me tenía estimación y benevolencia. Tuvo lástima de mi locura, la compadeció sin halagarla, y *procuró curarme de ella*." En verdad, lo que la condesa deseaba era conservar a su amante y, al mismo tiempo, a un amigo precioso; censurábale con mucha dulzura y le exhortaba a volver a su juicio.

Le hablaba después de Saint-Lambert... Pero el imperceptible efecto de sadismo que ello ejercía en el arrebato masoquista oscuramente identificado en Rousseau era quizá la peor de las curas. Asediábala para que le testimoniase su amistad liberal y le demostrase la compasiva consideración que le tenía.

"Es posible no conceder nada a los sentidos cuando se les quiere negar algo", observa en un momento más filosófico. El juego se tornó peligroso: Sofía, que había empezado en un tono de muy tierna amistad, consentíale ahora aquellos "favores a medias" que, si por su íntimo

abandono desvanecían sus sospechas, por su naturaleza limitada le enardecían aún más. "Culpable sin remordimiento, pronto lo fuí desmedidamente." Entre el *Ermitage* y la casa de Eaubonne había casi una legua —nos dice—, camino que acortaba cruzando las colinas de Andilly.

> Mientras caminaba hacia su casa iba pensando en la benévola acogida que me dispensaría, en el beso que me esperaba a mi llegada. Este solo beso, este beso funesto, aún antes de recibirlo, me enardecía hasta el extremo que se me turbaba la vista, mis rodillas temblaban tan violentamente que... a punto de desvanecerme veíame obligado a detenerme y tomar asiento.

Sofía de Houdetot, siempre observada por ojos inflamados de odio (los de Teresa Levasseur, la pobre lavandera, y de su campesina madre, que ignoraban qué demonio poseía a su amo), acudía, desde su casa en Eubonne, a las citas convenidas con su amigo, que tenían lugar en un terraplén ameno y boscoso, a la vista de Eaubonne, conocido localmente por Monte Olimpo (4).

Hacíalo en un tílbury tirado por un mulo, acompañada unas veces por sus sirvientes, que dejaba detrás suyo, en la floresta, y, otras, por una parienta necia, la señora de Blainville, a quien hacía aguardar en el camino que entraba al bosque. En otras ocasiones, utilizando una llave que le confiaba la bondadosa señora de Verdelin, amante del marqués de Margency —su vecino hacia el Este—, cruzaba sola el parque de Margency e iba al encuentro del suspirante filósofo, que la esperaba en el Monte Olimpo, tendido bajo los grandes castaños y escribiendo entre tanto sus volcánicos mensajes (tan banales hoy, pero a la sazón enteramente asombrosos, algo nuevo en el mundo) que colocaba en el nicho de un árbol.

Ciegos a todo lo demás, ni Rousseau, ni la señora de Houdetot advertían las miradas que les seguían por doquier. Sus paseos en los bosques de Montmorency llegaron a ser una leyenda en la vecindad.

Transcurrieron semanas sin que el filósofo visitara o escribiera a la señora d'Epinay. No había observado las fórmulas del esclavo consagrado a su patrona.

La dama de la Chevrette escribe a su amante Grimm que se hallaba en Westfalia, sobre el río Wesel; sus alusiones tienen un dejo de amargura. "Estuvo ayer aquí la condesa, más alegre y enloquecida que nunca... Me desagrada porque estoy lejos de compartir sus sentimientos." Grimm contesta rápidamente: "¿Por qué está la condesa tan alegre? ¿No siente la ausencia de Saint-Lambert? Perdón. La condesa está, en verdad, desolada por la ausencia del marqués. ¿Cuándo el pesar le impidió alguna vez estar alegre? Llora con sinceridad y ríe al mismo tiempo." Lo que Grimm dice de Rousseau es poco placentero. Fué un error hacerle permanecer en el *Ermitage*: la soledad oscurecería su imaginación; vería a sus amigos injustos, desagradecidos, y a la señora d'Epinay más que a nadie. "Si le rechaza algo la acusará de haberle obligado a vivir cerca de usted e impedido regresar a su país."

(4) En este sitio la Convención revolucionaria erigió a Rousseau una estatua.

Contéstale ella a principios de junio de 1757 que Rousseau había comido en el castillo una sola vez durante el mes de mayo, con ocasión de la visita que le hicieran el barón de Holbach y su señora. ¿Dónde había estado? ¡Ah, el hombre "no era sincero"! Y termina con una nota de amargura: "Es duro, después de todo, que un filósofo se nos escape en el momento que menos lo esperamos."

¿Dónde en realidad anduvo Rousseau? Según *Las Confesiones*, iba a menudo a comer y dormir en casa de la señora de Houdetot. Esto debió haber ocurrido varias veces durante mayo. Hallábanse ambos en términos de amistad técnicamente escandalosos. En determinado momento habla de horas pasadas en el tocador de Sofía, hecho que niega en otro.

Hubo una visita memorable en que, luego de cenar solos, salieron al jardín de la señora de Houdetot para gozar el plenilunio de una noche de junio. En la parte postrera del jardín, que daba al camino, había un soto espeso, a través del cual se introdujeron en un lindo bosquecillo ornado por una cascada. Allí, sentado en el césped, a los pies de Sofía, frente a la cascada de brillante plata y bajo la copa de una acacia en flor, su elocuencia desbordaba sin límites, mientras ella, enternecida por sus vehementes abrazos (aunque recordando siempre y virtuosamente a su amante), le concedía aquellas libertades y favores que sellaban una amistad sin mácula.

"Nada me rehusó de cuanto puede conceder la más tierna amistad", nos cuenta Rousseau confundidamente; "nada me concedió que pudiera hacerla infiel." Olvidábase de todo lo demás. Soltaba prendas sin cálculos previos. Entregábase con la vehemencia arrebatadora de las almas fuertes, egoístas, que se dan al cabo, pues el amor es una entrega de sí, una transferencia, un "depósito" del yo en otro ego, ante el cual se postra, junto al cual reposa y al que se prende con olvido de todas las cosas pasadas y futuras. La docilidad al amor de un gran ego anárquico como el del Ciudadano de Ginebra es aún más quebradiza, vehemente, como el quebranto del hielo en primavera. Al fin conocía, en su madurez, el retoño lejano de su juventud. La profunda ternura de Sofía era un anticipo de las influencias maternales que le cubrirían; el vaivén de su coquetería anunciaba las dulces crueldades que secretamente adoraba. Veíase maravillosamente unido, y a toda costa, con esta joven inteligente, calificada y, a sus ojos, *hermosa*. Le cantaba con acentos fascinantes.

Aquella noche, 5 de junio de 1757, según podemos calcular por el plenilunio aludido, estuvo "sublime". Derramó en las rodillas de Sofía lágrimas enternecedoras. ¡Y cuántas le hizo derramar, a pesar de ella!

Ambos estábamos ebrios de amor; ella por su amante; yo por ella; nuestros suspiros y deliciosas lágrimas se confundían. Mutuos confidentes, nuestros sentimientos eran tan afines que no podían menos que confundirse en algún punto. Y, no obstante, en el seno de esta peligrosa embriaguez, jamás se olvidó de sí un momento.

Finalmente, en un arranque involuntario, ella exclamó:

—*¡Oh, no existe otro hombre más digno de ser amado, ni hay amante alguno que ame como usted!*

Estas palabras no las olvidó jamás; recordóselas en dos ocasiones. Sin embargo, prosiguieron en otra clave. "Pero su amigo Saint-Lambert nos oye y mi corazón es incapaz de amar dos veces."

Esta entrevista dejóle tan sólo, según sus palabras, un recuerdo inmortal de inocencia y placer. Al cabo de dos horas pasadas en el solitario bosquecillo, bajo la acacia empapada de luna, se aparta ella de los brazos de su amigo "tan intacta, tan pura como había entrado".

"Y afirmo y juro que si alguna vez, arrastrado por mis sentidos, he intentado hacerle cometer una infidelidad, nunca lo he deseado verdaderamente —declara con solemnidad en *Las Confesiones*—. *Hubiera podido cometer el crimen; hay más: en mi fantasía lo cometí cien veces,* pero envilecer a mi Sofía, ¡eso nunca! La amaba demasiado para querer poseerla."

Por su parte Sofía, aunque sorprendida por sus propias emociones y consciente del peligro a que la vehemencia y los transportes de Rousseau la sometían, observaba bien la escena. Nos ha dejado otra versión de la *soirée* en el bosquecillo de Euabonne, a la luz de la luna, relatada mucho después en dos ocasiones, que ha llegado a ser tradicional en el reverenciado valle.

La pared que cercaba el jardín estaba separada del camino principal por algunos árboles solamente. Mientras el filósofo yacía, sollozando, a las rodillas de Sofía, que se hallaba poseída por un gran temor, un carrero que pasaba por el lugar profirió un grito blasfemo: "¡Eh! ¡Váyanse al...!"

Entonces rompió ella la tensión en que se hallaba con una risa larga, incontenible y, quizá, nerviosa. ¡Era tan característico en ella! Y de este modo, según su propia confesión, se "salvó". Entretanto, Rousseau se levantaba "furioso y desconcertado".

CAPÍTULO X

MODO DE AMAR DE ROUSSEAU

En el caso particular de Rousseau, no quisiera confundir el genio con la locura, pero no dudaría en considerar la cualidad de su genio profundamente vinculada a la exaltación que un día le condujo a la locura.

BRUNETIÈRE.

1

Las carcajadas juveniles de la condesa, al claro de luna de una noche de junio, habían roto el embeleso en que Juan Jacobo se hallaba. De aquí en más, consciente del peligro que ella corría, retrocede. Ella no le verá más a solas, no se citará con él sino en el campo neutral del castillo de la señora d'Epinay y bajo su vigilancia. Pero, como la sospechada pareja, contrariamente a su actitud anterior, concurría ahora con demasiada frecuencia, el juego saltaba a la vista. La señora d'Epinay "sofoca su ira" abrumándolos con atenciones y solicitudes. Rousseau era "franco, torpe, orgulloso", observan las *Memorias,* y la señora de Houdetot, "ingenua, aturdida". Eran ambos un espectáculo para los huéspedes de la casa, que sólo deseaban reír. El barón de Holbach, especialmente, parecía a Rousseau más jovial que de costumbre; no hacía más que guiñar el ojo al eremita y observaciones socarronas o saladas. El aire estaba impregnado de insinuaciones y amenazas.

También Rousseau sufrió una reacción que fué como el reflujo de una marea. Al principio, nada le consolaba. Permanecía en cama llorando; cuando no le era posible ver a su Sofía, vagaba solo por el bosque, lamentándose.

El drama de amor de Rousseau, amor de nuevo cuño, pudo ser leído por las generaciones siguientes en *La Nueva Eloísa* y *Las Confesiones,* donde lo dijo todo. Que lo haya dicho todo, con su genio para percibir las menores vibraciones de su vida interior, no es una razón para considerarlo un ser "desatado, emponzoñado por una manía erótica que se elevaba en lentas nubes de vapor mefítico", como lo hizo uno de sus primeros biógrafos, el victoriano Lord Morley. Poco hay en todas aquellas páginas purpúreas que, en el caso de un individuo cuya poderosa pasión ha sido desviada, pudiésemos considerar hoy anormal. Pero para el siglo XVIII el modo de amar de Rousseau era nuevo.

Basta echar un vistazo a las cartas del famoso galanteador Saint-Lambert y examinarlas en su relación con la señora de Houdetot, para notar la enorme diferencia. El amor no es, en sí mismo, algo "ori-

ginariamente bueno". El concubinaje cortesano, como el matrimonio, está subordinado a la conveniencia, la propiedad, la discreción. En verdad, ama aquél a la señora de Houdetot —con quien vivió al cabo de medio siglo— mas no debe ella abrumarle con sus caprichos impulsivos; ha de preocuparse en ir convenientemente vestida a los bailes de la Opera; no debe aguardar a que le escriba a menudo, porque está atareado con sus deberes militares, etc., etc. Y, en resumen, concluye: "Deseo tu felicidad y te amo con sensatez". Se ha observado que los conquistadores del siglo XVIII tenían frío el corazón. Eran licenciosos y molestos; la aventura amorosa respondía a la necesidad de variación, bien entendida y calculada con realismo. Era, repetimos, una cuestión de moda dominada por las exigencias sociales de la circunspección artificiosa.

De su gran aventura amorosa iba Rousseau a derivar tan sólo humillación y remordimiento; pero ese su modo de amar triunfó en el siglo por su llamado lozano, poderoso, a los sentimientos de hombres y mujeres de todas partes. Mientras los demás trataban a flor de piel las exigencias del sexo, como algo que terminaba en el matrimonio, en una sucesión de concubinajes o seducciones, deteníase él a examinar desembarazadamente cada estremecimiento del corazón, todas las agitaciones morales y físicas que el amor despertaba. Abrió nuevas zonas de emoción, a la sazón deslumbrantes, embriagadoras; hoy, enteramente familiares. Fué una revolución en las costumbres domésticas no menos importante que la provocada por sus teorías sociales.

En primer lugar, comienza el amor en un estado de naturaleza o de inocencia: los miembros de uno y otro sexo se mueven, en el valle de Montmorency, como en la novela filosófica *La Nueva Eloísa*, por sus impulsos mutuos; indiferentes o desatentos a la opinión de la sociedad, moran en algún jardín paradisíaco; más que dada a la licencia, la mujer es "naturalmente buena", angelical, leal con sus amigos, incapaz de provocar odio o enemistad, a tal punto que "esta conformidad mucho contribuyó a mi pasión por ella." (No sonríamos, ¡es él sincero!) El amante, a su vez, no solamente es bueno, sino también *sensitivo*, es decir, sentimental, absorbido en sus emociones. Luego, como en *La Nueva Eloísa*, son ambos vencidos por la explosión de su pasión volcánica. Nada del juego insípido de la coquetería y el galanteo corrientes. Los amantes son objetos que flotan en una tormenta que sacude al mundo y los colores del firmamento. La devoción, la íntima veneración del uno a la conciencia o el cuerpo del otro son inofensivas, puras, porque no atañen a nada más. El cruel despertar, la catástrofe, llega con la conciencia de la opinión, de la oposición del mundo.

El amor es al principio inocente: la sociedad lo ha corrompido. Hay desigualdades sociales, como en *La Nueva Eloísa*: la mujer rica y el hombre pobre; u obstáculos morales, como la existencia de una obligación anterior (Saint-Lambert). Su amor se hace entonces "adúltero" o "escandaloso". La etapa tercera, importante, larga, es de re-

ajuste y retirada. En Rousseau se desarrolla con una plenitud de miradas retrospectivas, de doctrinas morales; dos pasos atrás y uno adelante; entre tanto, el remordimiento y un millar de recuerdos increpantes asaltan a los amantes. Y así, al despertar de este trance, examinaba Rousseau las asechanzas del mundo que le rodeaba.

El primer estado de inconsciencia respecto a cuanto existía alrededor de ellos ha pasado ya. Pero ahora que la señora de Houdetot deja de concederle las intimidades anteriores, vuélcase el filósofo en cartas terribles, largas, llenas de efusiones temerarias. En una de las pocas que no fueron quemadas por la condesa, en razón de que jamás se la envió, de veinte páginas, dice:

> Ven, Sofía; déjame afligir tu injusto corazón, permíteme a mi vez ser piadoso contigo. ¿Por qué debo eludirte cuando me has quitado la razón, el honor, la vida?... ¡Ah, Sofía!, recuerda aquellos días de felicidad que, para mi tormento, no puedo olvidar, aquella llama invisible que me proporcionó una segunda vida, más preciosa que la primera, al infundir a mi alma y mis sentidos todo el vigor de la juventud. ¡Cuántas veces me dijiste en el bosquecillo, junto a la cascada: *Usted es el amante más tierno que he conocido. Jamás nadie amó como usted!*
>
> ¿Dejar de ser tu amigo? Querida, encantadora Sofía, ¿es posible a mi alma vivir sin amarte?... ¿Recuerdas el Monte Olimpo, las palabras escritas con lápiz en un roble? ¡Habría dado el universo por un instante de dicha, pero degradarte, Sofía, eso no! Aun cuando hubiese podido, era imposible; te amaba demasiado para poseerte. (El mismo lenguaje que en *Las Confesiones*).
>
> ¡Oh! ¿No experimentaré otra vez ese celestial temblor, aquel fuego vivo y devorador, más fugaz que el rayo...? ¡Inefable momento! ¿Qué corazón, qué hombre, qué Dios podría renunciar a ti después de haberte conocido? Tus ojos no eludían entonces los míos; sus miradas no eran frías; me tomabas del brazo en nuestros paseos, sin preocuparte mucho en ocultar tus encantos. En nuestro último encuentro, cuando desplegaste nuevos hechizos para inflamarme con otro fuego, dos veces me miraste mientras bailabas. Todos tus movimientos quedaron impresos en las profundidades de mi alma; mis ávidos ojos seguían cada uno de tus pasos... Cruel, restitúyeme la amistad que me es tan cara; me la has ofrecido; no tienes el derecho de quitármela.

A pesar de este torrente de apóstrofes, de tan lastimera súplica por el retorno a las viejas bases, el régimen de separación siguió en vigencia. Restableciéndose lentamente, a las pocas semanas, llega Rousseau a una *segunda etapa* de arrepentimiento: más distante y racional, no la tutea ya:

> Empiezo a sentir los efectos de las terribles agitaciones que me han hecho sufrir tanto tiempo y que han agotado mi corazón, mis sentidos, todo mi ser, y, angustiado por la privación más cruel, siento toda la depresión que sigue a los más dulces placeres.

Su conciencia actúa ahora como si le acusase de alguna falta grande, o presintiese la acusación.

> Mis promesas jamás han engañado a nadie. Usted ha visto la fuerza con que las he mantenido... No, Sofía; podré morir de cólera, pero no la envileceré.

Usted es *suya*. Si fuese mía perdería al poseerla a la mujer que reverencio, o se la quitaría a un amigo que me es querido. En tanto continúe siendo a mis ojos lo que es, jamás traicionaré a mi amigo, sino que le devolveré a la que ha puesto a mi custodia tan pura como la he recibido. *En mi imaginación el crimen ha sido ya cometido un centenar de veces.*

La última frase del segundo fragmento ha sido utilizada casi literalmente en *Las Confesiones*. Es posible que Rousseau haya enviado esto a la señora de Houdetot. La excesiva sutileza moral es típica en él, pero, en general, son estas líneas mucho más moderadas que las contenidas en la precedente explosión y señalan una segunda fase de la gran retirada del amor.

No sonríamos ante estas pintorescas efusiones escritas en un estilo que ahora podríamos calificar de solemne. Hay en estas viejas cartas un temerario abandono a la emoción, alusiones extravagantes e indecorosas que fueron una nota sorprendente en el siglo de Rousseau. Sofía era su musa, y las afiebradas expresiones anímicas de su temperamento original llegaron a ser la canción de cuna de una nueva literatura. Las mujeres que la leían se horrorizaban y hechizaban a la vez, en lo más profundo de su corazón, por los casi intolerables reflejos —como a ellas les parecían— de vida palpitante de un alma fuerte en agonía.

No podemos ignorar la acción decisiva que entonces operaba en aquella alma sacudida. El drama de los últimos siete años, con su lenta ascensión del hombre a la celebridad, había sido superado por el drama interior del amor tardío que le siguió. Con sorprendente deleite había descubierto la afinidad existente entre la naturaleza de Sofía y la suya, y, como todos los que aman intensamente, Juan Jacobo lo hubiera osado, desechado todo. Había olvidado sus enfermedades; había olvidado, sin duda alguna, cuando se tambaleaba ante aquellas celestiales puertas, hasta su "virtud"; no había hecho más que engendrar futuros contrastes y humillaciones. Enfermó. Desde su lecho, gemía feliz en su dolor, a tal punto que sus mujeres, fuera de sí, propalaban que había perdido el juicio. Bajo esta profunda depresión, su vieja dolencia reapareció muy agravada: ardores agudos le aquejaban; el cólico, la infección, el tormento, se extendían por sus intestinos, miembros y espalda, de tal modo que yacía encadenado a su miseria, ora lamentándose, ora mirando silenciosamente con ojos enfermos a través de una ventana. De sobreponerse una vez más a esta crisis, con las magníficas reservas de su voluntad y vigor, no sería ya lo que fué, sino más genio que nunca.

Mientras el filósofo, entre muchas vacilaciones y recaídas, convalecía lentamente de sus heridas durante el mes de junio, la tormenta que se preparaba sobre el valle y sus encantados residentes estalló en él.

Cierto día fué a visitar a la señora de Houdetot y la halló muy abatida, con huellas de lágrimas en sus ojos.

—¡Oh! —replicó ella a sus súplicas—. Temo que sus locuras me van a costar la tranquilidad de mi existencia. ¡Saint-Lambert está informado! Nos han jugado una mala partida y se ha hablado mal de mí. Mas no importa, rompamos del todo, o sea usted como debe ser.

Quedó estupefacto. ¿Quién se lo había soplado a Saint-Lambert y qué le habían dicho? ¿Que en su ausencia había Rousseau vivido en "íntima y escandalosa unión" con la condesa? Como las palabras de Saint-Lambert habían sido reservadas, era imposible saberlo. Lloró Juan Jacobo con ira y piedad por la mujer calumniada. Al instante pensó en los celos de la señora d'Epinay, en otras escenas suyas derivadas de su sospechada debilidad por Saint-Lambert. Pensó en Grimm, que odiaba a la condesa porque una vez lo había desairado en sus pretensiones, y en que Grimm, que estaba en permanente comunicación con la señora d'Epinay, veía todos los días a Saint-Lambert en el campamento de Westfalia.

Sí, había dado en la tecla: era todo, aunque oscuro, terriblemente cierto. Grimm y la señora d'Epinay les habían traicionado. Sus sospechas se trocaron en certezas cuando supo por Teresa cómo ésta había sido interrogada en el castillo, mientras la señora le requería las cartas de la señora de Houdetot y hasta le inspeccionaba el delantal.

Con ciertos detalles que recordaba y algunos cuchicheos oídos a medias se fué tejiendo en su cerebro una trama de intrigas y rencor. Había sido remiso al no cortejar a su huéspeda; había fracasado en todas aquellas formas de tierna sumisión que ella requería, cosa que no le había perdonado. ¿No había, acaso, mientras paseaba él con un amigo, penetrado en su estudio y presionado a la señora Levasseur para que le mostrase sus cartas? De haber sabido dónde se hallaban, la traidora vieja se las hubiera mostrado. Fijadas sus sospechas, entregóse a un delirio iracundo contra sus calumniadores.

En este preciso momento llega a sus manos una carta de la mujer en quien sospechaba la más negra perfidia.

¿Por qué no le veo, amigo mío? Me tiene preocupada. ¡Me había prometido tantas veces que no haría más que ir y venir del *Ermitage!* Contando con su promesa le he dejado libre, ¡y deja pasar una semana sin venir!

En el acto escribe una nota extraña, amenazante, y la envía por Teresa al castillo.

Nada puedo decirle todavía. Aguardo a estar mejor informado; y lo estaré tarde o temprano. Interin, esté segura de que la inocencia ultrajada hallará un defensor bastante enérgico para hacer que los calumniadores tengan que arrepentirse, sean quienes fueren.

La señora d'Epinay contesta al momento y un tercer mensaje cruza volando el parque:

Su carta me hace temblar, ¿Qué significa? La he leído más de veinte veces, sin comprenderla. Sólo veo en ella que se halla usted inquieto y atormentado, y espera dejar de estarlo para hablarme de ello. Amigo mío, ¿qué se ha hecho de aquella amistad, qué de aquella confianza y cómo la he perdido? Sea lo que quiera, venga esta tarde, se lo suplico... Usted se halla cruelmente agitado. Quisiera calmarlo, mas como ignoro el motivo de su congoja, no sé qué decirle, sino que seré tan desgraciada como usted hasta que le haya visto aquí a las seis en punto; de lo contrario salgo mañana para el *Ermitage* sin reparar en el tiempo que haga ni en el estado de mi salud (1).

El iracundo eremita no tenía fe en estas declaraciones de ignorancia. Sin pensar en él ni en las consecuencias, envió rápidamente al castillo, al caer la tarde, esta carta, que era la cuarta:

No puedo ir a verla ni recibir su visita mientras dure la inquietud en que me hallo. La confianza de que me habla ya no le será fácil recobrarla. En su solicitud no veo ahora más que el deseo de sacar de las confidencias de otro alguna ventaja que convenga a sus miras, y mi corazón, tan dispuesto a explayarse en otro que me abra para recibirle, se cierra a los ardides y a la sutileza. Pero todavía podré combatir con honradez sus arterías. En la dificultad que experimenta en comprender mi esquela reconozco su acostumbrada destreza. ¿Me cree bastante incauto para pensar que no la ha comprendido? Me explicaré más claramente para que usted me entienda menos aún.

Dos amantes perfectamente unidos y dignos de amarse me son queridos. Presumo que se ha intentado desunirlos y que han querido servirse de mí para despertar los celos en uno de los dos.

Así, pues, la mujer a quien más estimo y respeto ha sido acusada de la infamia de dividir su corazón y su persona entre dos amantes, y yo, que no carezco de delicadeza ni de orgullo, de ser uno de estos dos infames complacientes...

No creo que la incertidumbre en que me hallo desde hace unos días pueda durar mucho tiempo. No tardaré en saber si me he equivocado. Entonces *quizá tendré que reparar grandes agravios, y nada habré hecho en la vida con tanto gusto.* Pero, ¿quiere saber cómo expiaré mis faltas durante el poco tiempo que me resta pasar cerca de usted? Haciendo lo que no haría ningún otro; diciéndole francamente lo que piensa de usted el mundo y las brechas que tiene que cubrir en su reputación. A pesar de todos los pretendidos amigos que la rodean, cuando me vea desaparecer podrá despedirse de la verdad, porque no hallará nadie que se la diga.

Nada podía ser más calculado para enfurecer a la dama del castillo que las enérgicas líneas de esta diatriba, citada de ordinario como "la carta atroz". Si Rousseau había sido lastimado, había devuelto brutalmente el golpe, al dirigirlo a los lugares más sensibles, al recordarle que conocía sus secretos y su humillación.

Muy entrada la noche, una quinta carta cruza del castillo al *Ermitage*:

No esperaba su carta de esta mañana; comprendo la de esta tarde, pero no tema que alguna vez la conteste... ¡Yo emplear perfidias y sutilezas con usted!

(1) La versión de esta carta, citada en *Las Confesiones*, es correcta, de acuerdo al original; la de la señora d'Epinay en sus *Memorias* está alterada, como demuestra Dufour.

¡Yo, acusada de la más negra infamia! Adiós. Siento verle llegar a esto. Adiós; no sé lo que me digo... Adiós; me apresuraré a perdonarle. Puede venir cuando quiera. Será recibido mejor de lo que merecen sus sospechas. Solamente le prevengo que no se cuide de mi reputación. Mi conducta es buena; esto me basta. Más aún: ignoraba completamente lo sucedido a esas dos personas que me son tan queridas como a usted (2).

Después de haber hecho lo peor, de haber dirigido "los insultos más directos y atroces", como él mismo, más calmado, reconoce posteriormente, a una persona demasiado predispuesta a odiarlo, sumergióse en la más profunda confusión. Tenía el convencimiento de que conocía ella perfectamente bien cuál era la causa de su perturbación, pero le había colocado en la situación de ir a verla al momento o abandonar el *Ermitage*. Hubiera sido más prudente esperar hasta tener pruebas más tangibles que la garrulería de Teresa o las interferencias de la señora de Houdetot. ¿Cómo explicarse ahora sin comprometer a una de ellas? Decidió ir a verla.

Ambos tenían sus razones para no llevar la disputa a sus extremos.

A mi llegada, la señora d'Epinay se echó en mis brazos hecha un mar de lágrimas. Esta inesperada acogida, de parte de una antigua amiga, me conmovió profundamente y me hizo llorar también. Le dirigí algunas palabras sin sentido; ella hizo lo mismo y todo paró aquí. La comida estaba servida y nos sentamos a la mesa.

¿Era su amiga de diez años capaz de la "negra infamia" de informar a Saint-Lambert de sus encuentros con Sofía y de insinuarle que Rousseau había traicionado su confianza?

Podemos examinar el relato contenido en las *Memorias*, en que Rousseau aparece loco y su compañera como la única culpable de la querella, teniendo siempre presente las últimas investigaciones que han demostrado cómo el trabajo fué alterado con el propósito de ensombrecer el carácter de aquél.

2

¿Quién había hablado y qué había dicho? Es un viejo misterio, una intriga trascendental sobre la que se derramaron océanos de tinta. Entre los cargos y relatos contradictorios de *Las Confesiones*, demasiado parciales y afiebrados, y las falsificadas *Memorias* de la señora d'Epinay, que indujeron a Sainte-Beuve a calificar a Rousseau de

(2) En las *Memorias*, testimonio indigno de confianza, ella escribe: Le compadezco, Rousseau. Si no le creyese loco, o al borde de la locura, no me tomaría la molestia de contestarle. Me gustaría que comprendiese que no le toleraré esta extravagancia. Si está dispuesto a cambiar el tono y reparar la injuria que me ha hecho, puede venir aquí de nuevo, pero únicamente con esa condición."

Las cartas utilizadas por Rousseau son de puño y letra de la señora d'Epinay y están depositadas, con su manuscrito, en la Biblioteca de Neuchâtel.

mentiroso y "canalla disimulado", preferimos seguir nuestro propio camino.

La señora d'Epinay, que iba a pasar las temporadas veraniegas a Montmorency, había observado cómo su cuñada ganaba a Rousseau y le alejaba de ella.

Las alusiones breves y mordaces que le escribía a Grimm, y que podemos leer, indican que seguía el asunto desde el comienzo.

Teresa Levasseur vino a verme... Me dijo que la señora de Houdetot visita al eremita casi todos los días y que éste había ordenado a sus mujeres que no me dieran cuenta de ello. La pequeña Levasseur está celosa.

Más tarde, precisamente por la fecha en que tenía lugar la *soirée* junto a la cascada de Eaubonne, comenta que, tres días antes, Rousseau le mandó decir por el jardinero que se hallaba enfermo.

La misma noche envié un criado a casa de la condesa; estaba él allí, solo con ella, y desde hacía dos días. Me pareció esto tan extraño que creía estar soñando. Vino a pasar el día conmigo; parecía turbado, pero le hice creer que nada sabía ni observaba.

Pocos días después le escribe a Grimm nuevamente:

Las Levasseur han hallado una carta. No sé de qué se trata; no deseando entrar en detalles dije a Teresa: "Hija mía, debe usted quemar, sin leer, las cartas que encuentra, o devolverlas a las personas a quienes pertenecen."

Hace luego mención de un luis que le obsequia a la vieja Levasseur, que se quejaba de su pobreza. Cuesta desestimar la sospecha de que la carta y la pieza de oro fueron un acto de trueque.

A despecho de la señora d'Epinay, sus celos, su curiosidad, se tornan cada vez más transparentes. "Debo contarle —le escribe a Grimm—, una de las hablillas de nuestro cantón." Y le relata el escándalo de los encuentros solitarios de Rousseau con la señora de Houdetot, que Teresa había estado difundiendo por todas partes. Pero agrega piadosamente que Teresa, presa de los celos, charlaba y mentía tontamente, pues la condesa no tenía otro propósito que el de "filosofar sobre la moral, la virtud, el amor, la amistad y otras cosas por el estilo", segura de la virtud del eremita, sólo buscaba en él guía y consuelo.

La narración prosigue ahora en las *Memorias* con otra clave. En un pasaje que tiene todos los síntomas de haber sido reescrito a inspiración de los enemigos de Rousseau, para contrarrestar las esperadas *Confesiones*, el episodio de las cinco cartas va precedido por la afirmación de que la pasión de aquél por la condesa era en definitiva cierta; de que, sabiéndola profundamente apegada a Saint-Lambert y disimulando su amor,

utilizaba su ardor y elocuencia para despertarle escrúpulos acerca de su vinculación con el marqués. Al fracasar en esto, pretendía que también la señora d'Epinay amaba al marqués, a quien procuraba secretamente apartar de Sofía.

Por este tiempo recibió el marqués una carta anónima en que se le informaba que Rousseau y la señora de Houdetot vivían juntos de la manera más íntima y escandalosa, lo que se le corroboraba mediante la mención de circunstancias reales calumniosamente solapadas... *Siempre he sospechado de Teresa.*

¿Una carta anónima enviada por Teresa era, pues, el origen de todo el agravio? Pero ni Juan Jacobo, si la señora de Houdetot creyeron nunca en la traición de Teresa. Innegablemente era ella celosa, pero también humilde y sumisa. ¿Fué la carta anónima un mito?

Tenemos un indicio en el pasaje de las *Memorias* de la señora d'Epinay en que Grimm se notifica del enamoramiento alocado de Rousseau y lo discute con su amada.

"Lo que usted cuenta de Rousseau parece por entero extraordinario; y esas misteriosas visitas a la condesa mucho más aún. (Deja aquí de escribir porque alguien entra en su tienda de campaña.)

Fuí precisamente interrumpido por la llegada de Saint-Lambert; pasé la tarde con él. Naturalmente, hablamos un poco de usted... Refirióse al mal que Rousseau me ha hecho; cree que usted le ha trastornado desde hace mucho y que yo me he convertido en su *bête noire.*

Grimm aparece aquí demasiado estúpido, obstinadamente celoso. Lo lógico es que hubiera exclamado a Saint-Lambert: "¡Pero, no!, ¡no es a la señora d'Epinay sino a la condesa de Houdetot a quien Rousseau ama!"

Como los dos hombres se veían a menudo no le faltó a Grimm la oportunidad de cometer una indiscreción, de insinuar el escándalo o de referirse a él abiertamente. Todas las conjeturas parecen conducir a esta conclusión.

Es posible que Grimm deseara una ruptura que alejase al filósofo de su *Emilia.* Mas la indigna querella quedó pronto encubierta por una escena de fingida reconciliación. Los dos relatos de la misma difieren notablemente. En la de la señora d'Epinay, *ella* se muestra altanera, mientras Rousseau reconoce humildemente su error, y se arroja a sus pies dando señales de la desesperación más violenta. "Me juró que su vida no alcanzaría para reparar su falta." En *Las Confesiones* dice: "Yo protesté que *si mis sospechas eran infundadas* emplearía mi vida entera en reparar mi injusticia." Para inmenso alivio de la señora de Houdetot los dos estaban nuevamente en paz. (¡Qué terrible le habría resultado que su nombre circulase por París junto al de Rousseau!).

Volvieron a practicar las fórmulas afectuosas anteriores, las mismas solícitas preguntas acerca de la salud de cada uno, como si nada hubiera ocurrido.

Pero nos inclinamos a desconfiar de semejante armisticio.

3

El hombre emocional, que se había abandonado a su pasión durante tres meses, comienza a retirarse ahora rápidamente. No estaba totalmente "curado". No estaba libre, como se vería después, del acosador remordimiento, ni de su *tic* para las querellas súbitas, violentas y los mayores despropósitos. El deleite que la vida, los afectos apasionados, le proporcionaban, contrastaba con su necesidad de independencia absoluta, la que, al triunfar después sobre todos sus otros deseos, le brindará finalmente una paz interior particular. Entretanto la comedia continúa en una escala ascendente de intrigas.

La carta dirigida a la señora de Houdetot el 10 de julio de 1757, señala una nueva etapa de resignación. Del amor sólo queda un pálido reflejo. Emplea los términos corrientes de derrota dignificada: "Aquí están, señora, las cartas que me ha pedido." En tono sereno se refiere a diversas noticias; se interesa cortésmente por el próximo viaje de ella a Normandía.

¡Oh, señora!, ¿qué será de nuestros encantadores paseos, en los que hablábamos de todo lo que podía interesar a corazones buenos y sensibles? Se terminaron las caminatas a La Chevrette, a Euabonne; y el *Ermitage*, desde que dejó usted de visitarlo, parece la misma soledad.

El requerimiento de sus cartas por la dama le alarmó (las de Rousseau habían sido quemadas). "¡Oh, tales cartas no se arrojan al fuego!" Hay también algo misterioso en los movimientos que Rousseau anuncia en esta carta. Está por dirigirse a París para ver a Diderot, comer con él y pasar el día siguiente en su casa.

El nuevo y gran acontecimiento que cambia y da colorido a toda la comedia es el anunciado regreso de Saint-Lambert, en misión confidencial. ¡Saint-Lambert se dirige a Montmorency! ¿No ansía Rousseau ver a su amigo por cuya causa ha entretenido a la solitaria condesa durante la primavera? Más o menos. Rumbo a París se cruza con ellos.

—Usted sabe, señora —dice—, cuánto deseo abrazar al señor Saint-Lambert. Si puede conseguir que se detenga en casa de Diderot, seguramente me hallará allí y tendré entonces el más vivo placer de verle.

Pero sabe bien que Saint-Lambert no le visitará en la casa de Diderot. Con todo, espera ver en esa semana a la pareja en casa de la señora d'Epinay, a la hora de comer, y le pide que le informe acerca de su llegada al castillo.

En síntesis, toda la carta, a pesar de su sujeción, alienta la más grande perturbación, pues Saint-Lambert, que descuella a sus ojos como un individuo suave, dueño de sí, de maneras impecables, le perturba.

En París, permaneció Rousseau a puertas cerradas con Diderot, leyendo durante dos días y gran parte de una noche, *La Nueva Eloísa*.

Diderot objetó, con justicia, las dos primeras partes, por redundantes y cargadas de palabras. Pero el novelista, que también las había conceptuado de igual modo, no podía corregirlas.

Habíalas compuesto en rápida sucesión, con su extravagancia, su sinceridad, su realidad de sentimiento.

Diderot conservaba de esta visita una narración de muy mal gusto. En sus curiosos *Tablets* —serie de notas que guardaba en su escritorio— registraba todo el mal que los hombres le hacían y ¡todo el bien que él les proporcionaba! Allí, en un relato especial titulado *Los siete crímenes de Juan Jacobo Rousseau*, describe cómo su amigo, permitiéndole apenas comer o beber, le mantuvo sin piedad trabajando en su novela. Terminada su revisión, Diderot le habló del plan para un nuevo trabajo que tenía entre manos y le suplicó que le ayudase. "Eso es demasiado difícil —le contestó el eremita—; además es tarde, y no estoy acostumbrado a velar. Debo marcharme mañana a las seis; es hora de dormir", y, sin más, dejando petrificado a Diderot, se fué a la cama.

Sea cual fuere la verdad de esta historia, lo cierto es que se la trasladó a las *Memorias* de la señora d'Epinay, como tantas otras anécdotas de Diderot, con el propósito sistemático de desacreditar más tarde a Rousseau.

El mismo "monstruo", menos aterrador para nosotros, en vista de la multitud de estados temperamentales complejos en que posteriormente se halló, trajo de esta visita los más agradables recuerdos. Aunque el manuscrito de su novela había estado en las manos de Diderot durante meses —como cuenta Rousseau— sin que se dignara leerlo, no le guardaba resentimiento alguno, y sólo recordaba entonces... "¡cuántos agravios puede borrar el abrazo de un amigo!".

Es posible que, en confianza, le haya abierto su pecho a Diderot, confesando su pasión por la señora de Houdetot y las contricciones que, en consideración a Saint-Lambert, indudablemente sentía; y que aquél le haya aconsejado decirle o escribirle todo a éste.

Pero de ahora en más la historia pasa del valle de Montmorency a París.

Al día siguiente, regresa Rousseau al *Ermitage*, y por la noche de ese mismo día un carruaje llega de La Chevrette para conducirle al Castillo a cenar con la señora d'Epinay. A su llegada, Saint-Lambert y la señora de Houdetot se hallaban allí.

"La condesa —anota la señora d'Epinay con celosa pluma— entró con el aire de una reina de bambalinas en el momento de la catástrofe... Saint-Lambert y ella parecían muy serios, y Rousseau poco más alegre. Terminada la comida, decidí retirarme, con el pretexto de que necesitaba descansar." En realidad, como sus huéspedes deben haber notado, los había dejado "plantados" allí.

Aunque invitado a visitar el castillo el día siguiente, Saint-Lambert, que debía regresar al ejército dentro de quince días, resolvió no hacerlo.

"¡Qué extraño —anota la señora d'Epinay—, el marqués se ha marchado sin volver, enviándome sus excusas." En verdad, no era nada extraño. Saint-Lambert, con su exquisito sentido de la situación, deseaba aparecer ante todo el mundo con la señora de Houdetot y Rousseau, como si nada hubiese, en realidad, ocurrido.

Consumado esto, podía, no yendo más, expresar sus sentimientos verdaderos. Y su omisión fué tanto más notable por la circunstancia que ese día, después de pasar de largo por las puertas del castillo, se presentó con la señora de Houdetot en el *Ermitage* y expresó a Rousseau su deseo de comer con él (!)

Aunque la autoridad de la corte y su prestigio habían declinado mucho a mediados del siglo XVIII, las maneras, bajo el reinado de Luis XV y de Madame de Pompadour, eran todavía tenidas en cuenta. Una gran dama se enorgullecía de saber precisamente qué tono de salutación debía usar para un asentista general, la esposa de un financista o un príncipe de linaje. En esta escuela, el atractivo Saint-Lambert, aunque filósofo escéptico y genial, había sido educado desde la cuna. Sabía cuándo debía obrar con moderación y buenos modales y cuándo con dureza.

"¡Ya puede juzgarse con cuánto placer los recibiría!", exclama Rousseau, refiriéndose a esta memorable visita. La comida en la casa del eremita nada dejó que desear, pues uno de los secretos del hogar era la habilidad incomparable de Teresa para cocinar.

El buen entendimiento de la pareja agradó a Rousseau, según nos cuenta. Sentíase feliz de no haber perturbado su felicidad. "Hallábala yo tan amable amando a Saint-Lambert, que difícilmente podía imaginar que hubiese podido serlo tanto amándome a mí mismo. Jamás he mirado a su amante como mi rival, sino como mi amigo." A juzgar por la frase de una carta de la señora de Houdetot: "No le dije a la sazón todo", nos inclinamos a creer que Saint-Lambert no se hallaba al principio bien informado. El suspicaz amante estaba en guardia; sabía que el mentor había flaqueado algo y se había enamorado; sabía también que había cometido la indiscreción de dar pábulo a la chismería.

Saint-Lambert estuvo un poco duro al principio; aunque con alguna indulgencia, increpó a su amigo. Sintió Rousseau que había perdido algo de la estimación del poeta, pero nada de su amistad. Después de todo —protesta— la culpa fué de Saint-Lambert; de ellos dos, y el daño insignificante. "¿Era yo quien había buscado a su dama? ¿No me la había enviado él mismo? ¿Podía negarme a recibirla? *En mi lugar habría hecho lo mismo que yo, quizá peor.*"

Era Saint-Lambert bastante filósofo para no admitir la verdad de este aserto. No obstante, le agradaba humillar un poco al Ciudadano y explotar su timidez y confusión.

La escena es deliciosa. Después de la comida, sintiéndose cogido y desamparado, sacó Rousseau una larga carta dirigida a Voltaire, escrita el año anterior, de la que Saint-Lambert tenía alguna referencia. Era una respuesta, en defensa de la Providencia, al poema pesimista de Voltaire sobre el terremoto de Lisboa de 1756. Saint-Lambert se durmió mientras él leía el folleto. "Y yo, otrora tan orgulloso y hoy tan apocado, no me atreví a interrumpir la lectura, y continué leyendo mientras él seguía roncando." ¡Tales eran la humillación de Rousseau y la venganza de Saint-Lambert!

El margués, como la señora d'Epinay insistía en llamarle, compareció con bondad, discreción y tolerancia. Nunca más atormentó a Rousseau o se quejó de él a los demás. Y el eremita de Montmorency sentíase complacido por la afabilidad que había sabido conservar y reinaba entre los tres; le deleitaba la perspectiva de algo que habría gozado tanto como el amor mismo: la de ser confidente del amor de la señora de Houdetot y Saint-Lambert; sería el director de sus almas; florecería la tríade; y la compleja relación vendríale como de perlas para estimularle con todos los deliciosos matices y misterios del corazón humano, que podría convertir en literatura.

Era su destino sufrir una cruel decepción. Cuando el cortesano genial, que se había quedado dormido mientras el hombre famoso leía, hubo partido nuevamente al frente de guerra, el cambio operado en la señora de Houdetot fué demasiado notable. En quince días ninguno de los dos había repetido la visita. Y el encuentro amable, con su tono apagado de buena voluntad, que pareció el preludio de un vínculo de amistad extraordinario, semejaban ahora la señal de una ruptura.

Jamás pudo Rousseau comprenderlo. Era como si una mano poderosa impeliese a la gentil señora de Houdetot a cesar todo trato con él, a cerrar su puerta a toda correspondencia. Por su parte, no anhelaba más que "curar" su pasión de la manera corriente, es decir, viéndola a menudo. Pero en la actitud de la condesa, no veía más que aturdimiento, desconcierto, frialdad. Algo había ocurrido que alteraba su comportamiento hacia él. Como sus visitas la hacían francamente desdichada, pidióle finalmente que las espaciara más.

Rousseau se acongojó. Hundióse en un nuevo desaliento y padeció fiebre y delirios. Creyó llegada su última hora. Alarmadas las Levasseur, notificaron a la señora d'Epinay, que le envió su médico.

Después, recobrado su vigor, sacando fuerzas de flaquezas, se dirigió pesadamente a Eaubonne.

> Confiaba en hallar a la señora de Houdetot calmada y alegre —escribió a la señora d'Epinay en agosto—. La encontré enferma y regresé peor de lo que había ido. Debo apartarme completamente de la sociedad y vivir solo hasta que *todo se termine en una u otra forma.*

Vaga amenaza de suicidio. En las *Memorias*, la señora d'Epinay

anota la misma amenaza. Ha ido a verle y lo ha hallado en un estado lastimoso.

Solo con ella, derrotado e impotente, retorna a la vieja intimidad. Solloza en su desesperación, como ella relata, le declara que si no se apiada de él, "no tendrá otro recurso que su melancolía y se matará".

A esto ofrécele ella un consejo singular: *Haría mejor en no sentir tanto coraje para ser virtuoso.*

¡Qué materialismo! ¡Qué candor! Verdaderamente abundaban en el siglo los moralistas incorregibles.

4

No hay drama sin su hazmerreír. El trágico Rousseau, cabalgando en el *Ermitage*, en medio de la tormenta, tuvo su bufón en Alejandro Deleyre, poeta mediocre que había abrazado el partido de los enciclopedistas. Hacía Deleyre frecuentes visitas a Montmorency y soportaba de buen grado las severas críticas de su maestro, a quien traía los chismes de París.

El 4 de julio de 1757 le había escrito: "¡Cuán hermosa debió haber sido la luna de anoche en sus bosques! ¡Cuán dichosos Julia (de *La Nueva Eloísa*) y su amigo deben haberse sentido!" (Estaba el pobre atrasado en un mes). Pero más inepta aún fué la carta que envió una semana después, donde se reflejaba la chismografía de París, y que el filósofo recibió en un momento de postración.

Dígame, por favor, cuándo el eremita terminará con sus recados. Se murmura que vaga de castillo en castillo, visitando a las beldades de la vecindad. Buena gracia me haría ver capturado por una de esas hechiceras al que tantas buenas recetas contra el encantamiento me dió antes. Si fuera Ariosto, cantaría a Jacobo el Eremita mejor que Tasso a Pedro, y haría resonar el valle de Montmorency con los nombres de nuevas Herminias y Bradamantes. Eaubonne y La Chevrette tendrían mis mejores versos.

Rousseau estaba furioso; esperaba vengarse de su insignificante discípulo. En cuanto al espíritu del Ciudadano, que vivía tan intensamente cada momento, abandonándose alternativamente a los deseos y a la desesperación, sorprende que no haya sido sacudido desde su base y que sobreviviese a la ordalía. Las extremas fluctuaciones de sus sentimientos, la angustia de su pasión sofocada habían determinado la recaída de su cruel y humillante enfermedad. En esas noches de agosto creyó morir; y, desvelado, comenzó a escribir, por las mañanas, en el delirio de su fiebre, las *Cartas Morales*, esos clamores contritos hallados después entre sus papeles.

"Empiezo —escribe en uno de esos fragmentos— una correspondencia sin precedentes y que jamás será imitada. (Muy semejante a las primeras frases sonoras de *Las Confesiones*). Pero como su corazón nada tiene que decir al mío prefiero sufragar solo los gastos de una correspondencia que únicamente a usted le sería onerosa y a la cual no podría contribuir más que con palabras." Esta correspondencia secreta, que escribe a su propio escritorio, le inspira máximas a cada paso y le consuela. "¡Oh, nada hay como el candor para elevar el alma y mantener, mediante la conquista del propio respeto, el derecho al respeto ajeno!" No es necesario que Sofía le conteste. La cree una de sus criaturas "naturalmente buenas", pero con el alma endurecida, tal vez por la riqueza o la ignorancia de la adversidad. Estas cartas no son para que las lea ahora sino cuando haya dejado él de existir, ¡sólo entonces podrá doblar sus páginas y aprender las conmovedoras lecciones que contienen! El valle está solitario. Hasta la señora d'Epinay — ¡perdida *Emilia*!— dejó de ser un recurso, puesto que, fastidiada, se había marchado a París para auxiliar a la baronesa de Holbach, que estaba por dar a luz un hijo. Rousseau le escribe patéticamente: "Continúo, querida amiga, mortificado y enfermo... Tan pronto como termine de ayudar al nacimiento de ese niño, vuelva a la Chevrette."

Aproximábase la festividad de la aldea d'Epinay, que se celebraba el 15 de septiembre. Como La Live d'Epinay, el despreocupado y jovial asentista general, se proponía hacer, con tal motivo, una de sus raras visitas, encomendó a Rousseau escribir música para la ocasión.

Compuso éste un motete en el estilo de la música sagrada: "He aquí la música de la enfermedad" — dice a la señora d'Epinay. Pero es inútil componer música capaz de ablandar el corazón de Sofía, escribir para su propio alivio cartas morales; no puede soportar el régimen de separación, de cartas cada quince días que se había impuesto. Como último recurso, ocúrresele una idea singular, inaudita: la de ¡quejarse a Saint-Lambert de la frialdad de su amada para con su confidente!

La célebre "Carta de queja" está fechada el 4 de septiembre de 1757:

En el momento que mis más queridos amigos me abandonaban (¿Diderot?) debí a usted una amiga que me consoló de todo, a la que me encariñé a medida que me hablaba de usted. Durante cuatro años no ha dejado de formularme invitaciones y yo, que siempre he evitado nuevas relaciones, no he podido eludirlas. La vi. Adquirí el dulce hábito de verla. Estaba solo y triste... Conversábamos de usted, del bueno y asaz negligente Diderot, del desagradecido Grimm y de muchos otros.

Todo ha cambiado, salvo mi corazón. Me recibe con frialdad; hasta de usted apenas me habla; halla un centenar de razones para evitarme... No comprendo qué significa este cambio. Si lo merezco, deben decírmelo. Me consideraré despedido.

Sin embargo, es a usted a quien pido una explicación de la conducta de ella. ¿Acaso no es usted quien le inspira todos sus sentimientos? ¿Quién lo sabe mejor que yo? Dígame, pues, a qué se debe esta repentina frialdad. ¿Creyó usted que buscaba menoscabarla ante ella y que, por una mal concebida virtud, me volví pérfido e impostor? ¡No, no, Saint-Lambert! El pecho de Juan Jacobo jamás contendrá el corazón de un traidor.

¡Traidor no, impostor no! Pero, en uno de los pasajes más centrífugos de la larga epístola, amenaza, se jacta de sus derechos como director de conciencias. "En cuanto a vuestras relaciones —dice— no les dejaré en inocente seguridad". Es esta crítica lo que ambos amantes más temen. Discurre luego sobre ¡las ventajas para Saint-Lambert que su amante tenga un amigo que le quiera (a Saint-Lambert) y en quien confiar su pasión por Saint-Lambert!

¿Dónde está el amante que, hablando de la persona amada a su amigo, no se enternece más? ¿Dónde está el corazón rebosante que, en ausencia del ser amado, no tiene necesidad de abrirse a otro corazón?... Oh, ¿no le resulta dulce que, en su ausencia, haya un ser sensible con quien su amante guste hablar de usted y que, oyéndola a su vez, es dichoso?

Es ésta una nueva elocuencia a la que Rousseau ha llegado por extrañas exigencias, no exentas, en nuestra opinión, de aflicciones y peligros para los sujetos.

"Si ustedes dos prefieren permanecer distanciados de mí —concluye terriblemente— me replegaré en mí mismo, moriré solo y abandonado, y ya no podrán acordarse de mí sin arrepentimiento."

Terminada esta carta asombrosa, la despachó al ejército, donde vagó durante algunas semanas en pos de Saint-Lambert, a la sazón abatido e invalidado por una enfermedad. Ora con aprensión, ora con alegría, aguardaba Rousseau la respuesta.

CAPÍTULO XI

LA CASA DE LAS PASIONES

Permítame decir que es usted el más loco, pero el menos culpable.
SAINT-LAMBERT.

1

Una vez frustrado el amor retrocede del objeto amado al yo herido y lo circunda, vigila y consuela fanáticamente contra toda afrenta ulterior. Con la vigilancia permanente de la paranoia, el alma humillada duerme junto a sus armas: los ojos tristes sólo despiertan y brillan ante la sospecha. Todo, al parecer, ha perdido: la amistad, el amor... y el ser entero, soberbiamente organizado para la guerra contra todo el mundo, despliega entonces energías inconcebibles.

La comedia de cóleras, celos, venganzas, continúa, a lo largo del otoño de 1757, en escala ascendente. El tranquilo *Ermitage* fué, en verdad, una casa de las pasiones. Los movimientos de Rousseau son en adelante, y con frecuencia, patéticos, pero inhumanamente tensos. Cada paso, cada nueva fase del desastre, marcan un perceptible progreso hacia la liberación de lazos reales o imaginarios, hacia una manía que es fatal, pero también sorprendentemente fecunda.

A mediados de septiembre regresa Grimm de la guerra y provoca una nueva tirantez en el valle. Era arrogante con todos: Rousseau le encuentra, a la sazón, "orondo y vanidoso". Porque pasaba horas enteras en su *toilet*, lustrándose las uñas y empolvándose el rostro, se le apodaba "el almizclero".

La víspera del regreso de Grimm, Rousseau, que se hallaba de visita en el Castillo, fué trasladado de la habitación para huéspedes de honor a otro aposento. (Tenía aquélla una puerta secreta que se comunicaba con el tocador de la señora d'Epinay). Grimm era el amo de la casa y *él* nada. ¿No había pretendido por doquier que Rousseau era su protegido? "Yo le había procurado todos sus amigos —deploraba Juan Jacobo—, mientras que él jamás me proporcionó ninguno de los suyos."

Sin duda, el crítico cortesano le trataba entonces con deliberada rudeza. Pretendía ignorarle. Durante un tiempo había dejado de simpatizar con el filósofo, cuyas quejas en su contra habían llegado a sus oídos. Además, no entraba en sus planes tolerar a otro tan cerca de su amante.

Pero la señora d'Epinay, como era notorio, había intentado reconciliarlos. La señora de Houdetot, inclinada también a la paz, escribió encantadoramente: "No puedo expresarle la dicha que siento al verle nuevamente reincorporado al seno de sus amigos. No está hecho

para vivir separado de ellos. Son tan dignos de usted como usted de ellos." Veíalos a todos viviendo en paz, inspirándose entre sí labores fecundas. "No puedo decirle cuánto me conmueve el cuadro de su unión con los cuatro amigos (Saint-Lambert, Grimm, Diderot y usted). Oh, la amistad entre ustedes debe perdurar." El cuarto era, sin lugar a dudas, la señora d'Epinay.

El le contesta tristemente: *"Bien sabe qué debería yo pensar de la señora d'Epinay.* En lo que respecta a usted, me entrega a otros amigos para librarse de mí." No había perdonado a la señora d'Epinay y, en cuanto a Grimm, poco se había ablandado.

No obstante, el encuentro, bastante cómico por cierto, se produce, en la primera semana de octubre. De acuerdo a las *Memorias*, corrió hacia Grimm y le extendió su mano, no como alguien que va a ser perdonado por sus faltas, sino como un amigo generoso que ofrece su perdón al otro. Más tarde, a solas con él, le dice:

—Oh, mi querido Grimm, desde ahora en más vivamos en armonía y olvidemos el pasado.

Grimm replicó riendo:

—Le aseguro que lo ocurrido entre nosotros es la menor de mis zozobras.

Advierte luego a la señora d'Epinay:

—Debería sentirse encantada. Me humillé bastante para conformar a ustedes dos, pero no me arrepentiré de mi conducta si me restituye el corazón de mi amigo.

La versión dada en *Las Confesiones* es diferente: "Me dejé persuadir... En una palabra, como lo había hecho varias veces con Diderot y con el barón de Holbach, por inclinación y debilidad juntamente, di todas las satisfacciones que tenía derecho a exigir. Fuí a buscar a Grimm, como otro Jorge Dandin, a excusarme de los agravios que él me había inferido." Hízole Grimm entonces una larga arenga relativa a sus raras pero numerosas virtudes, y terminó acordando a Rousseau un frío ósculo de paz.

"Estábamos reconciliados; fué un consuelo... Pero era dudoso que semejante avenencia cambiase su modo de obrar conmigo. Sólo sirvió para quitarme a mí el derecho de quejarme."

Sea como fuere, lo cierto es que hubo una creciente tirantez entre los huéspedes del Castillo. En el festival de Saint-Denis —santo patrono d'Epinay—, al que asistió una numerosa concurrencia, hubo música y fué representada en privado una comedia frívola compuesta por la señora d'Epinay con la colaboración de Rousseau. La atmósfera estaba completamente envenenada. Sofía de Houdetot, que también asistió, y Rousseau, sólo pudieron cambiar algunas miradas de pesar.

Aquella noche La Chevrette parecía un manicomio. Grimm estaba "como en su casa", mientras el señor del Castillo toleraba su embarazo y hasta su azoramiento, "ignorando lo que pasaba en esta casa". El juego y las mujeres habían despojado al otrora opulento asentista

general. En Versalles, era inminente su separación de la lista de asentistas generales. El castillo, "triste y suntuoso", ahora desquiciado, debía ser alquilado o cerrar sus puertas. ¡Mandaba allí tan poco su dueño! Rousseau y Diderot le recordaban como un sujeto cordial, pero Emilia d'Epinay, por razones privadas, le odiaba. A la mañana siguiente, cuando se disponía a huir, le fué interceptado el paso y, ante las burlas y silbidos de la multitud de parásitos, obligósele a entregar todo el dinero que llevaba consigo y a firmar una nota para su madre, dictada por Grimm, el ocupante de su cama.

Se recibieron, al fin, noticias de Saint-Lambert. Había sido víctima de un ataque de parálisis y se le había enviado a los baños de Aix-la-Chapelle. La señora de Houdetot sumergióse en un mar de congojas.

"Apiádese de mí —escribió el 19 de octubre a Rousseau—. Calmaría mi dolor, si fuese mi sufrimiento susceptible de alivio, con los consuelos de la amistad. Confío en que vendrá el viernes a verme en La Chevrette."

Saint-Lambert se hallaba seriamente enfermo. En medio de sus trastornos, tuvo el suficiente dominio de sí como para escribir a Rousseau desde Wolfenbütel, el 11 de octubre de 1757, la interesante y tan largamente esperada respuesta a su quejumbrosa carta:

> No acuse a nuestra amiga de ligereza o frialdad; es incapaz de la una y de la otra. Sólo yo tengo la culpa de su conducta. Fuí yo quien procuró unir a ustedes dos y, ciertamente, no me arrepiento de ello. Unir a quienes más quiero y estimo es un anhelo permanente de mi corazón; siempre he imaginado el cuadro seductor de cómo pasaría mi vida en Eaubonne, junto a ella y usted, si pudiésemos persuadirle a ello. (También Saint-Lambert amaba la tríade). He aquí, pues, la causa de todo el agravio o, en otras palabras, de mi estupidez. En mi última visita creí notar un cambio en ella; la amo profundamente para perder predominio en su corazón sin percibirlo al momento y sin sentirlo cruelmente. Confieso que le creí a usted el causante de lo que había perdido. Conocía la austeridad de sus principios, de los que ella misma me habló con tal respeto que mi amor se resintió y bastó para que cobrara temor a una intimidad que tanto había deseado; comprenderá usted cómo, una vez poseído por esta idea, podía cruzar por mi cerebro toda noción falsa y absurda. He hecho a tres personas desdichadas. Sólo yo debería continuar en ese estado porque soy el único que tiene motivos para arrepentirse... Ni ella ni yo hemos dejado de quererle y estimarle. Perdónenos; siga amándonos; merecemos su corazón y quedará satisfecho de los nuestros. No obstante, recojo su promesa de *no hablar jamás contra el afecto que nos une*... Considéreme su amigo, tráteme como tal y tenga la seguridad de que esta amistad será una de las delicias de mi vida.

De la más diplomática de las maneras, pidiéndosele que perdonara, Rousseau fué perdonado. Es evidente que lo que Saint-Lambert más temía era el ataque moral de aquél, pues hasta Sofía, haciéndose sin duda eco de los puntos de vista de su amante, le había escrito a Rousseau: "Respete y no condene una pasión en la que hemos sido

capaces de poner tanta honestidad; y desde el lugar sublime a que usted pueda llegar, perdone a dos corazones a quienes la virtud jamás abandonará."

De todos modos, aquella carta, que tanto necesitaba, le arrebató. Sofía aflojó un poco. Pudo entonces cartearse con ella nuevamente, mediante un mensajero que iba y venía cada quince días. En adelante Saint-Lambert —según sus palabras— sería "la virtud" de Sofía. Puesto que habíale ésta pedido "reglas morales para su uso", continuó escribiendo sus "Cartas morales". Con cierta tranquilidad reasumió trabajo sobre la *Julia*, del que ella observó: "un trabajo que debe deleitar su corazón". Siempre con la idea de mantenerle en actividad, de distraer su tormentoso cerebro, instóle Sofía que le copiara las cartas de *La Nueva Eloísa*, en las que esperaba verse transfigurada.

2

Pero no fué más que la paz de un instante, pronto deshecha por una nueva crisis en sus asuntos que significó para él "la gran revolución de su destino, la catástrofe que dividió su vida en dos partes".

Halló un día a la señora d'Epinay, que le había bandado buscar, perturbada y confusa. Habíase apoderado de ella, según le expresó, una extraña enfermedad, por lo que tenía resuelto ir a Ginebra a fin de ponerse al cuidado del doctor Tronchin, uno de los médicos más destacados de la época y amigo de los amigos de Rousseau.

Dada la frialdad entre ambos, la invitación era extraña. La idea de volver a visitar Ginebra habíale sin duda asaltado a menudo, pero no le fué esta vez posible tomar en serio la proposición. ¿Cómo podía, con su salud quebrantada, acompañar a una mujer enferma y hacer, en el rigor del invierno, un largo viaje? Según ambas versiones, la señora d'Epinay no insistió más en el asunto, y pronto la conversación se circunscribió a los preparativos del viaje. Acompañada de su hijo y del de su tutor, partiría dentro de quince días. Terminó por persuadir a su esposo para que, en lugar del Ciudadano de Ginebra, también la acompañase. Durante los días que precedieron a su partida, su amistad con Rousseau, que la cumplimentaba y le expresaba sus buenos augurios, se mantuvo aparentemente en términos cordiales.

Al día siguiente supo Rousseau por rumores del castillo que le trajo Teresa, oídos del maestresala, que los había oído de la doncella, que la señora d'Epinay ¡estaba *enceinte* e iba a Ginebra para dar a luz, secretamente, un hijo! Se quedó anonadado, como encandilado por un millar de luces. ¡Oh, qué lindo espectáculo habría dado! Veíase pavoneándose por su ciudad natal como rodrigón de la señora d'Epinay. Muchas personas estaban convencidas de que era él el amante, persistían en creerlo; rumores a los que ella, que sólo se sentía humillada cuando el chisme vinculaba a Rousseau con otra mujer, no había prestado atención, porque la halagaban sobre manera.

La trampa, de la que aparentemente había escapado, le causó mucha risa.

Pocos días después, el 22 de octubre de 1757, sobrevino un nuevo incidente. Llega una carta del exhuberante, del indiscreto Diderot, que se entrometía en los asuntos de Rousseau por la sencilla razón de siempre: la de que no le incumbía intervenir.

> He nacido para quererle y causarle sinsabores. Acabo de saber que la señora d'Epinay va a Ginebra y no se dice que usted la acompaña. Amigo mío: si está contento de ella debe acompañarla; si le tiene disgustado, con más razón aún. *¿Acaso le molesta el peso de las obligaciones que con ella tiene?* Pues he ahí una ocasión propicia para librarse... Va a un país donde se hallará como caída de las nubes. Está enferma y necesitará entretenimiento y distracciones. ¡Invierno! Escúcheme, amigo mío. *¿Está su salud peor que hace un mes?*... En su lugar, tomaría un bastón y la seguiría. Y luego, ¿no teme que se interprete mal su conducta? Se le tachará de ingrato o de que le retiene algún motivo secreto.

El temblor de cólera con que, conforme narra, leyó este mensaje, sugiere que hasta pudo herirle físicamente. Veía obscuramente a Diderot, Grimm y la señora d'Epinay complotándose para su ruina. Tan pronto como se calmó lo suficiente redactó la réplica de su orgullo ultrajado:

> Mi querido amigo: Usted no puede conocer el peso de mis obligaciones para con la señora d'Epinay, ni hasta qué punto me sujetan, ni si ella realmente me necesita en su viaje, ni si desea que yo la acompañe, ni si me es posible hacerlo, ni las razones que pueda yo tener para abstenerme...
>
> Convengamos en que prescribirme tan dogmáticamente lo que debo hacer sin hallarse bien enterado es obrar como un perfecto idiota. Y lo peor es que *el consejo no proviene de usted.*

Armado con esta respuesta y la carta absurda de Diderot, se apresuró a afrontar a Grimm y la señora d'Epinay, a quienes, como declara, leyóles orgullosamente ambas cartas y los puso "fuera de combate". Grimm, incapaz de sostener la ferocidad de su mirada, bajó los ojos. Mas *Las Confesiones* nos informan, en el tono deprimente de la manía de persecución que en adelante llena sus páginas, que "en el fondo de su alma, Grimm juraba mi perdición y estoy seguro de que ambos estuvieron de acuerdo antes de separarse".

Es difícil imaginar por qué la señora d'Epinay quería a Rousseau la acompañase. Es posible que sólo anhelase *su ofrecimiento para acompañarla* a fin de excusarse luego. De ser en verdad la naturaleza de la emergencia como el rumor y la tradición han sostenido desde entonces, Rousseau era un acompañante imposible. Uno de los motivos más concebibles quizá haya sido el separarle de la señora de Houdetot, con la total aprobación de la dama asediada.

Cuando la señora d'Epinay abandonó el valle, la mañana del 25 de octubre, las apariencias externas de amabilidad seguían imperando. El la acompañó hasta su carruaje y hubo entre los viejos amigos una

despedida tierna e hipócrita, apagada y fría para una separación después de diez años de apasionada amistad...

Inmediatamente después dirigióse apresuradamente a Eaubonne, donde halló a Sofía de Houdetot preparándose también para dejar, ese mismo día, el valle.

La estación se había puesto mala con la llegada de las lluvias y las heladas. Todos, excepto el eremita, se disponían a regresar a sus casas de París, diseminadas a lo largo de las orillas del Sena, donde residían entonces las gentes bien nacidas. Rousseau exclamó que recordaría aquel día como el más puro y dulce de su vida. "Su recuerdo —dijo a Sofía—, jamás me abandonará." Las cuatro o cinco horas que pasaron juntos, dentro de los límites que se habían impuesto, sintiéronse, una vez más, recíprocamente dichosos. Volvieron a hablar de Saint-Lambert, que se proponía renunciar al ejército para vivir el resto de sus días junto a su amada. Esta noticia, y la proyectada unión entre los tres, en la que estábale reservado el sitio del mejor amigo, hicieron verter a Rousseau lágrimas de alegría. Volvió a decirle a Sofía que su amante era "una de sus virtudes". Estas palabras, que ella guardaría para recordárselas, la conmovieron.

La señora de Houdetot, que era la encarnación del tacto y de la gracia, le suplicó que evitara toda posible disensión con sus amigos. Temía por sí misma. Cuando Rousseau le mostró la carta de Diderot y leyó estas palabras: "Se le tachará de que le retiene algún otro motivo secreto", percibió al instante la insinuación de que se quedaba por ella. Le hubiera podido convencer de que fuese a Ginebra, pero como no pudo sino conmoverse ante sus razones de enfermedad, pobreza y obligaciones para con sus mujeres, se limitó a instarle a permanecer en adelante, tranquilo. Lo más conveniente era que se excusase ante sus amigos, explicándose o disculpándose ante Grimm, que estaba fuera de la cuestión, a fin de que la señora de Houdetot quedara a salvo de toda influencia en su negativa. Sobre todo, no debía abandonar el *Ermitage*, actitud que se sentía obligado a asumir. Prometióle cumplir estos deberes para bien de ella.

"Al despedirnos —dice Rousseau— ella me besó en presencia de su servidumbre. Este beso, tan diferente de los que le había arrebatado bajo el follaje, me probó que había recobrado el imperio sobre mí mismo." Y de esta suerte, después de tan larga amistad con la una y de tan apasionado amor por la otra, despidióse el mismo día de ambas mujeres.

3

Mucho después, al escribir sus *Confesiones*, preguntábase si había obrado con prudencia al hacer un drama del viaje de la señora d'Epinay a Ginebra. De haber permanecido en silencio, todo el mundo habría caído en el olvido. He aquí los términos escritos al día siguiente de la partida de sus amigas, con que, a instancias de la señora de

Houdetot, se excusa ante Grimm y se ofrece para ir a Ginebra:

"¿Por qué todos mis amigos sostienen que debí acompañar a la señora d'Epinay? ¿Soy yo o ellos quienes están equivocados? ¿Muestran todos aquella mezquina parcialidad tendiente a *favorecer al rico y cargar al pobre con un centenar de deberes inútiles?*"

La carta, que no podemos creer directamente dirigida al amante de su patrona, continúa con reflexiones que jamás le fueron perdonadas. Se pregunta si la obligación de seguir a la señora d'Epinay se debe a la amistad, a la gratitud, o a la utilidad que como ginebrino podría prestarle.

"Si la señora d'Epinay me ha brindado su amistad, yo le he proporcionado la mía, mayor aún." Como siempre se lo manifestaba, pudo prescindir de su bondad. ¿Qué había hecho por él? Cuando, por encima de todo, quiso volver a Ginebra, removió cielo y tierra para que se quedase. "Con solicitaciones y hasta *intrigas* venció mi larga resistencia... Y me dejé conducir al *Ermitage*. Lo que hizo a pesar suyo. Sus amigos afectuosos jamás le habían reportado tranquilidad alguna. Pertenecía a los demás, no era ya libre. Veíase obligado a entretener a la señora d'Epinay, cuando se hallaba sola. Después de haberse sacrificado por amistad, debía sacrificarse por gratitud. Y amargamente estalla: "¡Es necesario ser pobre, carecer de valet, aborrecer los disturbios y tener un alma como la mía para saber lo que ha significado para mí vivir en casas ajenas! Durante dos años había sido importunado en ellas por una veintena de criados, a los que daba grandes propinas, no obstante lo cual debía lustrarse sus zapatos por las mañanas; agobiado por las indigestiones que le hacían siempre suspirar por la comida sencilla de su hogar.

"¿Cómo es posible comparar los servicios de la señora d'Epinay con mi paz sacrificada y dos años de *esclavitud*? Dígame, ¿quién tiene más obligaciones para con el otro?"

Sorprende el tono de muchacho mal criado que campea en toda la carta, a lo largo de una docena de páginas. Se queja de su enfermedad, de las posibilidades de morir durante el viaje y de lo que se diría del Ciudadano Rousseau integrando el séquito de una mujer rica. ¿Podía aceptarle su dinero? ¡Oh, la amistad no era sino vasallaje e ilotismo! Después de dar tantas obvias razones para no ir, y de perder el derecho a la poca buena voluntad que aún quedaba en sus amigos, termina preguntando a Grimm qué debía honradamente hacer. Si cree éste que su deber es ir, debe enviarle de inmediato un mensajero a París y partirá al momento. Evidentemente, no espera que le llame; pero su posición, como él mismo comprende, es muy falsa.

En cuanto a mi permanencia en el *Ermitage*, percibo claramente que no debería prolongarla, aun cuando seguiré pagando al jardinero. Pero en consideración a la señora d'Epinay no puedo marcharme con un aire de descontento que sugiriese una querella entre nosotros. Admito que me será duro trasladarme en esta estación; preferiría aguardar hasta la primavera, en que mi partida parecería

más natural y estoy resuelto a buscar un retiro desconocido para *todos esos bárbaros tiranos* que se dicen mis amigos.

Después de haber enviado a Grimm, en lugar de sus excusas, esta prolija y amarga diatriba (¡era tan característico en él ser tormentoso, excesivo y, con todo, indeciso, malgastar sus energías en cóleras vanas!), aguardó su respuesta. Como ésta no llegaba, escribió, en su tormento, a todo el mundo: Saint-Lambert, Sofía... incluso a la señora d'Epinay. Veía por todas partes espías y conjurados. Por vez primera comienza a hablar de una "liga" en su contra, de la "intriga" y de la "tiranía" de que se siente víctima.

La respuesta de Grimm, que al fin llega, era curiosamente breve y vaga. Decíale que la partida desde París de la señora d'Epinay había sido momentáneamente postergada; que debía aguardar tranquilamente en el *Ermitage* hasta que se le informase qué debía hacer.

En realidad, Grimm se sintió satisfecho, pero, como de costumbre, contuvo su indignación. La señora d'Epinay lloró por sus flaquezas, que habían consistido en ser generosa y benévola con su "oso"; en miles de formas le había prodigado atenciones y afectos que no le podría restituir jamás; y bastó la mención de su "tiempo sacrificado" (¿entonces se había fastidiado?) y de las "indigestiones" para convertirla en una tigresa.

Grimm habría preferido diferir, evitar ulteriores explosiones. Pero como después de la partida de la señora d'Epinay continuó Rousseau hostigándole a que le respondiera, Grimm devolvió el golpe al eremita. "Hice lo que pude para no responder directamente a su horrible excusación. Consulto mis obligaciones sólo conmigo y mis amigos, a quienes usted calumnia." Tiene luego palabras iracundas contra "la negrura, la duplicidad" de Rousseau, contra "todo su monstruoso sistema, los odiosos principios de su ingratitud." No le perdonará ni le verá más. Le prohibe continuar "perturbando su alma". Le pide que guarde silencio, pues la carta atroz está en sus manos y puede utilizarla en cualquier momento en defensa de su conducta.

El golpe de Grimm se produjo el 3 de noviembre de 1757. Día "de aflicción y duelo", anota Juan Jacobo. Se dispone a retirarse del *Ermitage*.

Señora —escribe a la condesa—, todos los que me amaban me odian, y usted conoce mi corazón. Sólo me queda allí una esperanza. De usted depende confirmarla o destruirla... Me voy del *Ermitage*. El tiempo frío y las órdenes que usted me ha impuesto me impiden ir a París.

Sofía está enferma y no le contesta de inmediato. Rousseau irrumpe en las más ruidosas lamentaciones: "¡Estoy abandonado de todos!... *¡acusado de todos los crímenes!*"

La señora de Houdetot se apresura a auxiliarle. Aunque aterrada por los grandes clamores del hombre herido, es toda compasión y paciencia. La correspondencia entre ambos tórnase nuevamente voluminosa. Sabiendo que cada paso está atestado de peligros, procede en sus cartas subsiguientes con precaución y delicadeza:

Querido Ciudadano... piense en lo que voy a decirle. Tal vez no haya sido usted moderado. No abandone el *Ermitage*. Si lo ha hecho, vuelva a él. No escriba a nadie; es lo que, en nombre de la amistad, le recomiendo.

Y él la reprocha: *"¡Querido Ciudadano,* me llama!". Admite que cuando le escribió a Grimm se hallaba fuera de sí, que insultó por escrito a Diderot y, le suplica, que interceda ante sus amigos para salvarle! "¡Oh, alborozo! ¡Ah, orgullo! ¡Oh, mi Diderot!... ¡Ah, Saint-Lambert!"

Tenga calma, tenga calma, tenga calma, le pide ella repetidamente. "No se vaya del *Ermitage*. Pese mis razones... Usted ha sufrido, amigo mío, una horrible tormenta. Luche por contener esa impetuosidad que tanto daño le hace."

El alma oscura y torturada del hombre vuelca ante ella su furor. Se le castiga y se le imputan todos los crímenes

Por no haber adulado y servido a una mujer pérfida. *Mis excursiones a Esaubonne jamás me fueron perdonadas.* Juró ella separarnos. Procuró sembrar la discordia en mi humilde hogar, donde reinan la paz y la pobreza. Atrevióse a instar a una persona allegada a mí (la señora Levasseur) a que me abandonase sin avisarme y a refugiarse en su casa.

Todo esto lo sabía por Teresa. Vemos cómo las dos campesinas, a la sazón, alimentaban con sus cuentos su pasión enfermiza.

No había recibido palabra de Diderot, que, como de costumbre, habría intervenido. El 12 de noviembre envía Rousseau a Teresa, con un mensaje, a París, y, dos días después, llega al fin una carta del pintoresco enciclopedista: "En verdad, excepto yo, ningún otro amigo le queda, pero es cierto que yo le quedo a usted." Por lo demás, debido a sus críticas severas, poco le consoló esta comunicación. Enterado de que busca alojamiento en la aldea cercana de Montmorency le insta a permanecer en el *Ermitage*. Y Saint-Lambert hace otro tanto. Este último, hombre de raro sentido común, le dice: "Usted es el más loco de todos, pero el menos culpable. Sus amigos debieran perdonarle fácilmente. Ellos le afiebraron; no deberían responsabilizarle por lo consumado en sus arrebatos."

A la señora de Houdetot, que se había esforzado por mantenerle en el *Ermitage*, le nuncia, para ganar tiempo, que permanecería en él hasta que le sacasen a latigazos.

Hacia el 23 de noviembre, tiene al fin noticias de la señora d'Epinay, entonces en Ginebra:

Lo siento por usted. Su conducta me hace temer por usted. No es natural pasar la vida sospechando de nuestros amigos o insultándolos. Todo lo que puedo decirle es que abusa de la paciencia que, por amistad, le he tenido hasta ahora.

Nuevamente se alza Rousseau, impulsado por su orgullo altanero:

Se ha extinguido la amistad entre nosotros, señora —le escribe—. No he olvidado las mercedes que le debo; cualquier otra explicación sería inútil; yo tengo el testimonio de mi conciencia: le remito a la suya.

He querido salir del *Ermitage*, como era mi deber; pero pretenden que permanezca en él hasta la primavera, y puesto que lo quieren mis amigos, esperaré aquella estación aquí, si consiente en ello.

Después de renovadas instancias, y a principios de diciembre, visitó Diderot al desdichado recluso. Este encuentro no se menciona en *Las Confesiones*. Las *Memorias* de la señora d'Epinay contienen solamente una carta de Diderot a Grimm, en la que se describe la visita. Si bien todo el relato está obscurecido por las reflexiones posteriores de su espíritu agraviado, por su acento y su estilo pertenece indudablemente a Diderot.

El hombre es un bellaco. Le vi, la reproché con toda la fuerza de mi honradez la enormidad de su conducta. La irritada pasión que puso en su defensa me apenó. Adiós, amigo mío, seamos y continuemos siendo hombres honrados... Adiós, le abrazo afectuosamente. Me arrojo a sus brazos como un ser asustado... Este hombre se interpone entre mi trabajo y yo y perturba mi mente; es como si tuviera a mi vera a un condenado. Es ciertamente un condenado. (Palabras mayores para un ateísta). ¡Oh, qué espectáculo el de un hombre perverso y feroz! ¡Ojalá no le vuelva a ver más; me haría creer en los demonios y en el infierno. No estoy seguro de que no haya querido matarme. Se oían sus gritos desde el fondo del jardín... y yo le vi. Adiós, amigo mío (1).

Diderot, como los otros amigos de los últimos doce años, pudo haber hecho algo por el desdichado Rousseau, que no era "perverso" sino un hombre extremadamente enfermo. Le vió dando pasos en el jardín, en su primera gran crisis, con sus facciones desfiguradas, llameante, falseado, levantando sus brazos temblorosos, emitiendo un torrente de expresiones desarticuladas de ira, temor, odio.

El dramático encuentro entre los dos hombres mejor dotados de la época, oscilando entre la locura y las lágrimas, iba a tener las más funestas consecuencias. Respecto a los asuntos del valle de Montmorency, Diderot no permaneció ya silencioso. Un secreto entre tres o cuatro personas se desparramó por todos los salones de París. Salta a la vista que Grimm permitió a otras personas leer la "carta atroz" de Rousseau. El tonto Deleyre, refiriéndose a los chismes de la Capital, declaró que se había visto diariamente obligado a asumir la defensa de su maestro, indignado por lo que se decía de Rousseau.

4

Era una forma de abatimiento, de postración, en que el cuerpo, los nervios y, sobre todo, el orgullo de Rousseau agonizaban. En cada fase subsiguiente de la innecesaria situación tensa, no da paso alguno

(1) Diderot y Grimm hicieron circular esta carta por París.

en el que exhiba una sensatez normal. Desbarra en cada nueva oportunidad y recibe por ello un castigo extraordinario.

El último acto del indigno drama se abre con la hiriente carta de despedida que le remite la señora d'Epinay, desde Ginebra, y que él recibe alrededor del 10 de diciembre:

Puesto que quería salir del *Ermitage*, y sentía que debía hacerlo, me extraña que sus amigos le hayan retenido. De mí sabré decirle que no consulto a mis amigos acerca de mis deberes, y nada más tengo que decirle acerca de los suyos.

Rousseau se hallaba entonces mucho más calmado. En el término de cinco días, a pesar del mal tiempo y de los caminos intransitables, se traslada a una cosa con jardines que le arrienda un señor Mathas, procurador fiscal en la aldea de Montmorency. Hace también una limpieza en su casa. Pone en la calle a la señora Levasseur, la vieja, "una serpiente alimentada en mi pecho". Tenía demasiadas pruebas de sus chismes, sobornos y deslealtades para soportarla por más tiempo. A pesar de las lágrimas de la hija, la envía a París a vivir con sus hijos, comprometiéndose a costear su subsistencia. Teresa se queda para servirle.

"Al fin me veo libre —informa a la señora de Houdetot—. Puedo ahora reasumir aquella franqueza e independencia de carácter que me ha brindado la Naturaleza." La frase, tomada al azar de las *Cartas Morales* a Sofía, hoy recuperadas, encierra, respecto a él, la más profunda verdad.

Sus amistades eran demasiado apasionadas; su corazón, excesivamente orgulloso, y su mente asaz inclinada a la megalomanía, como para que pudiese soportar algo que no fuese la más completa autonomía.

Enajenado de todo vínculo, libre de obligaciones y servicios, a los que tan mal respondía, pudo recuperar nuevamente su serenidad. Pero aún quedaba Sofía...

Escaramuzas y retiradas integran la última etapa de su comercio epistolar con la condesa. Avanza en sus cartas como para asirse a ella, que lo elude en lo posible, por lo que, poco después, se aleja. Percibe una creciente frialdad en ella y observa más adelante, con justeza, que esta agitación reabría viejas heridas y comunicaba a su correspondencia un aire tan tormentoso que la disgustaba completamente.

"Admito que mi amistad se le ha vuelto cargosa —le escribe el 17 de diciembre—; lo noto." Le hace una larga disertación sobre la amistad y reconoce, al releerla, que ni él mismo la entiende. "Adiós, Sofía —concluye—; adiós, mi querida y digna amiga."

No teniendo noticias de ella, vuelve a explotar el 19 de diciembre:

Su barbaridad es inconcebible, es indigna de usted. Su silencio es una crueldad refinada, sin precedentes. ¡Oh, Dios!... si pudiese así doblegarla iría a esperarla a su puerta, me postraría ante usted, feliz de ser pisoteado por las patas

de sus caballos, aplastado por las ruedas de su carruaje, para arrancarle de esta suerte, al menos, el arrepentimiento de mi muerte... Oh, búrlese si puede.

Estos clamores enormes de desesperación y delirio no son nada nuevo para Sofía de Houdetot. Dispuesta a volverlo a la razón, le contesta pidiéndole guardar una mayor compostura. Salta a la vista que procura desembarazarse imperceptiblemente de la elocuencia imperiosa, torrencial, de su fanático genio.

"Mi amistad hacia las personas que estimo, no seré yo quien la cambie. No soy de las que pueden ser persuadidas a abandonar a un amigo desdichado." Sin embargo, desde ahora en más, deja de darle consejos —paso razonabilísimo, desde que él no los seguía—, y le previene, al mismo tiempo, que sus cartas deben ser más breves y menos frecuentes.

Al comenzar el nuevo año —1758— continúa en el mismo tono: "Sigue usted siendo injusto conmigo. Por Dios, modérese. Cuide su razón y su salud... siga copiando."

Una nueva y terrible sospecha cruza el alma de Rousseau. Todo lo que ella quería era su "copia". Nuevamente encolerizado le escribe el 5 de enero de 1758: "Puesto que en lugar de sentirse honrada con mi amistad se avergüenza de ella, se la retiro. ¡Cómo ha cambiado usted! Entonces no era una condesa... Veo claramente en sus cartas que *lo que usted más estima es el dinero.*" Como ella le había hablado solícitamente de pagarle, le dice ¡que se consiga otro copista!

Soporta ella sus insultos con calma; acepta la ruptura de relaciones "que han llegado a ser demasiado tormentosas"... "Sus cartas me hacen temblar y veo cuán duro sería vivir en paz con usted y sin temer cada día nuevas tormentas." Rompe sin rencor y sin amargura.

Rousseau se excusa completamente; pero a cada nueva tormenta la condesa se retira un poco más. En enero le informa que su esposo ha regresado del ejército y, en nombre de la *discreción*, le encarece limitar aún más su correspondencia:

Mi esposo puede creer que tengo un corazón tierno y excusarme una debilidad (Saint-Lambert), pero la calumnia (su amistad con Rousseau) le hará perder su fe en mí.

Hay en marzo un intervalo de silencio, y el 23 de ese mes, contestando una nota de ella, Rousseau dice: "Me alegro que todavía se acuerde de mí. Pensando que me había olvidado por completo, dejé de trabajar en la copia de su ejemplar."

La señora de Houdetot, cuya ternura persistía a pesar de los insultos, y que le había perdonado tantas injusticias y agravios, se ofende. "Le ruego reasumir la copia." —le dice con firmeza—. Anhelaba ante todo la posesión, que compartiría con Saint-Lambert, del hermoso manuscrito de la *Julia*. Nuevamente él cede y le promete enmendarse.

La última palabra, el rompimiento definitivo, se produce en la primavera de 1758, el 6 de mayo, poco después del regreso de Saint-Lambert de Aix-la-Chapelle.

"Debo quejarme de su indiscreción y la de sus amigos" — le escribe entonces la señora de Houdetot.

Habría mantenido toda mi vida el secreto de su desdichado amor; ha hablado de él a personas que lo han hecho público y han vertido opiniones que pueden lastimar mi reputación. Estos rumores llegaron hace algún tiempo a mi amigo, a quien afectó mucho que hiciese un secreto de una pasión que nunca halagué, y que no le mencioné con la esperanza de que entrase usted en razón y continuase siendo nuestro amigo. Noté en él un cambio que casi me cuesta la vida. Al final me hizo justicia, y su regreso me devolvió la paz. Por mi reputación debo romper todo contacto con usted... Puede estar seguro del buen concepto en que le tenemos... y, lejos de complicarnos con las personas que quieren injuriarle, hablamos siempre de usted con estimación. No deje de enviar noticias suyas; nunca dejaré de interesarme por usted. Adiós.

Supo que el fin había llegado. No habló ni escribió más a la señora de Houdetot. Después de este último golpe, que le desgarró de dolor y amargura, volvió su atención a Diderot. Era éste, bien lo sabía, quien deliberadamente, o por una indiscreción involuntaria, había revelado a Saint-Lambert el objeto de su pasión, el grado de intimidad que había gozado con la señora de Houdetot, tan definidamente comprometedor a los ojos del mundo. Perder a Diderot para siempre érale igualmente duro.

La irresponsabilidad de Diderot en estas grandes perturbaciones ha sido mal interpretada: había eludido la sanción con más facilidad de lo que merecía. La explicación que dió a Marmontel, publicada en el segundo volumen de las *Memorias* de éste, es pura invención, y podemos examinarla a la luz de los documentos actuales:

Conoce usted la infortunada pasión de Rousseau por la señora H...? Tuvo un día la precipitación de declarársele de un modo que la ofendió. (¡Nos consta cómo se complacía ella en sus declaraciones!) Algún tiempo después vino a París, a verme. "Soy un hombre perdido —me dijo—. He aquí lo que ha pasado." Y me contó su aventura. "Bien, ¿dónde está la desventura?" "Pero no ve que ella le escribirá a L. y le dirá que procuré seducirla? ¿Y duda usted de que me acusará de insolente y pérfido? Me he hecho un enemigo mortal para toda la vida." Le contesté fríamente: "De ninguna manera. L. es un hombre justo. Lo que usted debe hacer es escribirle sin demora, confesarle todo e implorarle su perdón por una transgresión momentánea. Le puedo asegurar que la recordará para estimarle aún más por ella."

Según Diderot, Rousseau se sintió transportado de dicha y se prometió escribir a Saint-Lambert de acuerdo a lo aconsejado. Cuando posteriormente Diderot —según el alegato de éste— se encontró con Saint-Lambert, le halló muy indignado contra Rousseau. Pero, ¿no había recibido una carta de excusación del eremita? No, le replicó el

marqués, sino "una que sólo con el bastón podía contestarse. Un tejido de falsedades en que procura arrojar toda la culpa de su falta a la señora de Houdetot." Diderot, desconcertado, describió entonces el arrepentimiento y la aflicción de Rousseau, a fin de que Saint-Lambert se apiadara de él. Fué por esto —dice— que Rousseau le acusó de traición. La misma versión fué presentada burdamente, con la connivencia de Diderot, en las *Memorias* de la señora d'Epinay (2).

Empero, conocemos la famosa carta de queja de Rousseau a Saint-Lambert. Sabemos con qué extraordinaria gentileza y afecto éste le contestó. El carácter de ambos documentos difiere enormemente con el de la relación de Diderot. Rousseau no había escrito la carta que Diderot le aconsejó. Y el encuentro de éste con Saint-Lambert había tenido lugar seis o siete meses después de la carta de septiembre. El enciclopedista, pues, había sencillamente charlado con demasiada libertad en el verano de 1758, y Saint-Lambert, consecuentemente, había decidido no saber más nada de Rousseau.

En los últimos días de 1757, llegó al *Ermitage* el séptimo volumen de la Enciclopedia; contenía un artículo sobre Ginebra, escrito por d'Alembert, que Rousseau esperaba con el más grande interés. No obstante su enfermedad y su melancolía, las opiniones de d'Alembert sobre la sociedad y la religión ginebrinas le aguijonearon sobremanera y decidió contestar al momento. Como era para él una distracción, trabajó con rapidez y gran entusiasmo durante enero y febrero de 1758 en la *Carta a d'Alembert sobre el teatro*, uno de sus más sagaces folletos, que mereció gran nombradía en su tiempo. Al recibir la carta de ruptura de la señora de Houdetot, el 6 de mayo, se hallaba ocupado en las pruebas de este trabajo. Habiendo resuelto romper públicamente con Diderot, insertó entonces en las primeras páginas de su prefacio el reproche a su viejo amigo, que causó, al finalizar el año 1758, una gran sensación general: "Tuve un Aristarco severo y juicioso; no le tengo ni le deseo ya; pero lo deploraré incesantemente y le echaré de menos más en mi corazón que en mis escritos."

En una nota al pie, en latín, que todos los que estaban en el secreto podían entender, citó al *Eclesiástico*:

> Si has desenvainado la espada contra tu amigo, no desesperes, pues el retorno es posible; si has permitido que una palabra dura se te escapara, no temas: la reconciliación es todavía posible; sólo deja de serlo cuando hay ultraje, reprobación, insolencia, revelación de secretos y la injuria de la traición; entonces tu amigo se apartará de ti.

De este modo anunció Rousseau su ruptura con Diderot y el partido de los enciclopedistas de Francia. La señora d'Epinay, Grimm, Diderot y Sofía de Houdetot habíanse terminado. El efecto, como veremos, fué de inmediato intolerablemente penoso, pero inmensamente saludable. Liberóse así del hechizo de los apegos asaz estrechos y también de sus "cadenas".

(2) El pasaje en las *Memorias* de la señora d'Epinay, cuidadosamente estudiado, es aún más incriminatorio. "Diderot (a Saint-Lambert): ¿No le escribió Rousseau una carta pidiéndole perdón por sus transgresiones? —Saint-Lambert: No. Unicamente me escribió quejándose de la frialdad de la señora de H. hacia él. ¿Qué transgresión? —Diderot: Pero si prometió que le pediría perdón, porque se sentía culpable, etc."

Cuando la querella de los filósofos se divulgó, sus ecos fueron prolongados en el París parlero; el caso de Rousseau versus Diderot se comentaba en todos los cafés y en todas las salas de recibo. Hasta el mariscal de Castrées, hombre de elevada nobleza exclamó: "¡Oh, dioses, donde quiera que voy no oigo hablar más que de Rousseau y este Diderot! ¡Cuándo se vió semejante cosa! Gentes de la más baja condición que no poseen siquiera casa propia, que viven en el cuarto piso!"

En la mañana de la publicación de la *Carta a d'Alembert* cayó, como fruta madura del árbol, su último y viejo amigo, Saint-Lambert, a quien le había obsequiado el libro. Le escribió:

"No puedo aceptar el presente; esta atrocidad me exaspera... Diferimos demasiado para que podamos estar de acuerdo. Le ruego que olvide mi existencia."

☆

LIBRO TERCERO

El Profeta de la Revolución

Capítulo XII

CONTRA VOLTAIRE Y COMPAÑIA

Voltaire... ese genio sutil y alma mezquina.

Rousseau.

Rousseau... un falso hermano que ha traicionado la filosofía, un perro rabioso que muerde a todos, un bastardo de Diógenes, aunque a veces escribe como Platón.

Voltaire.

1

En medio del invierno, a través del hielo y la nieve, había acarreado resueltamente, desde el *Ermitage*, todos sus bártulos y se había instalado en la residencia campestre de Mathas, en Montmorency. La casa se hallaba en estado ruinoso, pero tenía un lindo jardín triangular, circundado por tres senderos. A su frente había un terraplén sombreado por una hilera de tilos, desde donde una senda conducía a los restos de una vieja torre feudal llamada "el calabozo". Esta torre, que carecía de tejado, pero que por su elevación dominaba una perspectiva espléndida y completa del valle que tanto amaba, fué utilizada por Rousseau como gabinete de trabajo. Distaba mucho de ser como el *Ermitage*, reconstruído y amueblado expresamente para él.

La primavera de 1756 había comenzado auspiciosamente para Juan Jacobo: habíase visto rodeado de amigos y mujeres encantadoras; un tardío florecimiento del amor y la esperanza habían estremecido su corazón. El verano de 1758 hallóle solo, desolado, frío; únicamente Teresa y su enfermedad física no le abandonaban jamás. Pero si había muerto el amor, si tantos vínculos afectivos habían llegado a su fin, también habían concluído, por lo menos, la agitación y la esperanza.

A partir de entonces permanece en guardia, con los brazos cruzados; no quiere amigos íntimos y, sobre todo, amigos literatos. Y con mayor austeridad aún cierra su tierno corazón a las mujeres. Se ha dicho que era incapaz de conservar a sus amigos, y podemos creerlo en un individuo juzgado por Kraft Ebing de fatal desequilibrio, nervios altamente organizados y "constitución neuópata" por herencia.

El mismo Rousseau se defiende de este cargo dando una larga nómina de abogados locales, curas, monjes, trabajadores y, más tarde, otra vez, duques y condesas, con quienes permaneció en términos amistosos. No podía retenerlos, pero tampoco podía servir a amigos atrayentes, partidarios y hasta fanáticos.

"Desde que me hube desprendido del yugo de mis tiranos —dice— llevaba una vida apacible y tranquila." Trabajaba con amor en su *Carta a d'Alembert sobre el teatro,* escrita con "ternura y piedad de sí mismo". El tema le seducía; era el de la defensa de Ginebra contra las asechanzas de la civilización. En este escrito polémico idealizaría a su país "libre"; hasta dramatizaría su propio rol en él, oponiéndose al partido enciclopedista de Diderot y Grimm y a cuantos le habían herido. A menudo enterneciale tanto lo que escribía que llenaba el papel de lágrimas. En su helado calabozo, sin otro refugio contra el viento y la nieve, "sin otro fuego para calentarse que el de su corazón", en tres semanas terminó su ataque contra el teatro.

Esta crisis nos ha dejado la clara evidencia de la combinación del genio y la morbosidad. La crisis del *Ermitage* había despertado en él tremendas energías; el desamparo y el tormento interior parecían espolearle, darle nuevas fuerzas para recorrer a trancos un camino nuevo. No sólo porque inició una arremetida general contra los filósofos y el sector voltaireano, que no era más que la realización de su secreta hostilidad, largamente sentida, sino porque cambió su estilo y, apartándose del modo didáctico en que los enciclopedistas estudiaban el pro y el contra de todo, dióse a los vuelos de la imaginación que liberaron al poeta y novelista que había en él. Algo del amargo escepticismo que Diderot habíale imbuído, fué entonces, como dice, hecho a un lado y substituído por un tono más suave y tierno. La *Carta a d'Alembert,* que señaló una nueva fase de su evolución, fué evidentemente el mejor de sus folletos escritos hasta ese momento.

Los psicólogos, pues, no vacilan en señalar el amor frustrado con Sofía de Houdetot y el simultáneo rompimiento con todos sus amigos íntimos, como un gran "punto culminante". El momento ha sido estudiado como una crisis mental y a la vez religosa. P. M. Mason, en su ensayo sobre *La Religión de Juan Jacobo Rousseau,* destaca el aspecto de la reversión de su fe. Rousseau se ve "castigado" por su desvío de los principios, por sus "pecados": lee la Biblia con fervor, retorna a su Dios, el Dios de las Charmettes, para consuelo de los males terrenos; es otro Job ayunando, humillando su carne; su fe, momentáneamente sacudida, se reafirma y pide a la vez al cielo venganza para sus "enemigos". No se puede negar el resucitado impulso religioso, que pronto le conducirá por nuevos senderos.

Pero éste no es más que un solo aspecto del gran tumulto, de la fermentación de sus cualidades morales y mentales, que le conducen a la megalomanía, y comienza a oír dondequiera voces, chismes, acusaciones, persecusiones, rumores sobre su secreta culpa y su perversidad para con todo el mundo. Ve extenderse una vasta red de intrigas destinada a mancillar por siempre su nombre. Y, levantándose en esta hora fatal, dirige a sus adversarios sospechados e invisibles, con la fuerza sobrehumana de un gigante, golpes terribles. Ante tantos peligros e infortunios procura ser más grande y puro, brillar más aún; pondrá todavía más belleza y vigor en sus escritos, a fin de ganar para la verdad a las oprimidas y descarriadas multitudes con las que se identificaba.

El primer período en que se manifiesta en él la demencia delusoria, aunque en menor grado que diez años después, había comenzado ya. Evidentemente, estaba a la sazón algo enloquecido por la sospecha y el temor imaginario respecto a cuanto concernía a su vida privada. Pero frente a su mesa de trabajo su mentalidad no se resentía de atrofia alguna; por el contrario, sus facultades se agudizaban más. Viviendo en una exaltación tremenda durante los cuatro años siguientes (y al borde de la locura), completará las obras maestras, largamente planeadas, que harán su gloria inmortal.

El vigoroso, si bien sofístico, folleto de 1758, ocupa un lugar importantísimo entre los escritos de Rousseau. Es el desarrollo consecuente y lógico de la posición tomada en sus primeros dos *Discursos,* que ilumina todos sus trabajos doctrinarios ulteriores: *La Nueva Eloísa,* novela didáctica, *El Contrato Social* y el *Emilio,* obras en sí mismas mucho más sólidas y coherentes en sus expresiones que la atormentada vida del filósofo. La *Carta sobre el teatro* marca un sistema en el pensamiento del siglo. Pero para ver esto más claramente debemos seguir paso a paso el desvío de Rousseau del pensamiento característico de la época.

2

Tal pensamiento característico era el de Voltaire, y Juan Jacobo, como toda la juventud del siglo XVIII, habíase nutrido en las *Cartas Inglesas,* que parecían introducir la Edad de la Razón. Debemos recordar cómo, después de una centuria elocuente y fecunda, pero profundamente amante del orden, la jerarquía y el oscurantismo en sus expresiones culturales, el siglo XVIII se entregó a una especie de embriaguez de progreso, reforma, irreligión, cosmopolitismo, esclarecimiento. Lo que merced a Voltaire se veía más vívidamente era la posibilidad de la gran transformación, acercando a la sociedad humana la ética, los ideales y las industrias, transformación que habría parecido asaz increíble a los brillantes apologistas de Luis XIV.

En este proceso de esclarecimiento, difícil es medir el papel que, como primer periodista y publicista de la época, desempeñó Voltaire. En su larga vida, este feo y diminuto parisiense vivió casi todas las fases del siglo XVIII en Europa. Las páginas de sus dramas y de sus obras didácticas son para nosotros insulsas, pero su verdadero genio consistía en difundir ideas, formar la opinión pública mediante su conversación en los salones o el torrente de folletos y, sobre todo, las cartas, que eran leídas en todas partes con más avidez que las gacetas de aquellos días. Las corrientes intelectuales del siglo vibraban en Voltaire y fluían de él libremente. Impuesto de las ventajas (para traficar) de la democracia de la clase media inglesa, que había estudiado du-

rante su exilio en Inglaterra, abogaba vigorosamente por una monarquía limitada, por la libertad de prensa y la igualdad de la justicia. Por encima de todo, sostuvo una guerra permanente contra "la Infame" Iglesia romana. Aun cuando poco nuevo, original, había creado, y los laureles pendían sin hojas en su frente, su papel en una Europa de transición moral drástica parece haber sido incalculable.

Pero todo su arte de la vida, su método, su espíritu, contrastan notablemente con los de Rousseau. Desde su iniciación procuró Voltaire —como ha observado Goethe— "ser contado entre los señores de la tierra". "Difícilmente nadie se hizo tan *dependiente* para llegar a ser independiente". Estuvo en varias oportunidades aliado con la aristocracia política de su siglo, con Madame de Pompadour, con Choiseul, ministro de Francia, y con las familias dirigentes de Ginebra, donde a la sazón residía.

Mientras Rousseau firmaba audazmente sus escritos, empleaba Voltaire miles de tretas para ocultar su identidad; sus libros eran siempre anónimos o editados con pseudónimos desconcertantes; y esta práctica corrupta, que debía según él al ambiente y a sus enemigos, le permitía conservar su libertad y acrecentar su poder. En la medida que el Esclarecimiento podía ser difundido en *la bonne compagnie* estaba satisfecho.

"Las masas serán siempre estúpidas y bárbaras; son bueyes que necesitan el yugo, el látigo y el heno."

Tal criterio era para el Ciudadano Rousseau, un hijo del pueblo, particularmente objetable. "Me quejo —escribió en una ocasión— del desprecio a los pobres que Voltaire muestra en cada oportunidad."

Juan Jacobo era pobre e independiente; Voltaire, sicofante, glorioso, opulento. En público, Rousseau hablaba con llaneza, era honrado, aunque tímido. Voltaire, con su cara marchita, su nariz larga y sus ojos resplandecientes, era infinitamente más ágil y ameno en sus alocuciones. Entre pillo y usurero, era también un mentiroso habitual. Como Rousseau, era unas veces generoso e intrépido; otras, neurótico y egoísta. Mientras éste hablaba siempre en nombre de la "virtud", era aquél, casi por convención, licencioso. *Le clair génie français* desbordaba en Voltaire, que era universalmente considerado como el verdadero modelo del espíritu francés o gálico: lógico sin profundidad; simpático sin excesos; enemigo del oscurantismo y del dogma: ingenioso, desvergonzado, locuaz, salado, pero de imaginación ni ardua ni grande. En síntesis, Voltaire no era más que un hombre de libros y realizaciones mundanas; en cambio Rousseau era un "original", un "primitivo" prodigioso. Tanto "savoir-faire", tanta prosperidad práctica y cinismo concluyeron por azorar al soñador y sensual suizo, cuya mente anhelaba lo absoluto. Los primeros contactos entre ambos habían sido tranquilos. Sin embargo, la oposición profunda no salió a relucir sino en 1756.

En oportunidad del gran terremoto de Lisboa, que destruyó a la Capital portuguesa, Voltaire habíase conmovido grandemente y extraído al momento del notable desastre una lección para el público, un "argumento terrible" contra el optimismo y el dogma de la voluntad divina. Publicó en 1756 su *Epístola sobre el terremoto de Lisboa,* disertación en versos flúidos y fríos que puede considerarse la antítesis del optimista y celebrado *Ensayo sobre el hombre,* de Pope, traducido por el mismo Voltaire algunos años antes. Ofrece en ella una concepción del mundo como escenario de las fuerzas más ciegas y dañinas entre las cuales está el hombre condenado a morir: el "todo está bien" de los optimistas no es más que una burla cruel.

Que faut-il, ô mortel? il faut souffrir,
Se soumettre en silence, adorer et mourir!

Mientras antes (1747) había sostenido, en *Zadig,* que no podemos conocer los designios de la Providencia, que los hombres cometían un error al querer juzgar el todo, del que no percibían más que una parte ínfima, reflejaba ahora los recelos de los espíritus típicamente no filosóficos, que no están en su interior preparados para el desastre de una erupción volcánica o un dolor de muelas. Puesto que Lisboa perecía mientras París danzaba —declaraba— era una locura asociar tanto mal con las consumaciones de una Inteligencia divina, o persistir en la creencia de la voluntad libre. Los hombres no eran más que objetos flotantes, átomos atormentados, juguetes de un destino cruel. Voltaire había enviado este desesperanzado documento a los tres contemporáneos franceses que más estimaba: d'Alembert, Diderot y Rousseau. "Ellos me comprenderán —escribió a Thieriot, pensando en los ejércitos eclesiásticos enemigos—; ellos no me atacán."

Pero Rousseau, a quien no se le dijo que Voltaire le había hecho el cumplido de enviarle el *Poema sobre Lisboa,* "no lo comprendió", ni simpatizó con él. En la reclusión del *Ermitage,* lejos del bullicio del mundo amado y exaltado por Voltaire, meditó largamente este mensaje del hombre que englobaba todas aquellas artes y lujos que le llenaban de recelos. Si la carta que Voltaire le dirigió en 1755 acerca de la desigualdad había sido una broma ligera, era éste un trabajo insidioso, desolador y, para su talento extremadamente serio, la última flor de la "corrupción". Había Rousseau tomado la posición socrática de que los males humanos provienen más del conocimiento falso que de la ignorancia. Las cosas del mundo eran los ídolos de los hombres, que, cuando se los arrebataban de pronto, se lamentaban. Rousseau advertía profundamente otros aspectos de la vida ignorados por Voltaire: poseía un sentimiento genuino, que se agudizó durante estos años de soledad, de los deberes sociales, de la conciencia individual, de Dios. Ciertamente, estaba contra el culto de la ortodoxia falso y cruel, del mismo modo que lo estaba contra el culto igualmente sectario del Esclarecimiento. No temía tanto la destrucción de las instituciones religiosas como la del impulso religioso, pues había perdido

hacía rato la fe en las mojigangas y revelaciones; pero había reconocido siempre que la religión satisface enormes necesidades humanas. Creyó oportuno escribir una réplica a la *Epístola* de Voltaire, oponiendo al pesimismo de éste su propio optimismo (filosófico) e iniciar así, si Voltaire estaba dispuesto a ello, un gran debate público. Su larga carta (del 18 de agosto de 1756) comienza respetuosamente; aunque amaba a Voltaire y le reverenciaba como a su maestro, habíase sentido inclinado a señalar sinceramente los errores de su trabajo. En lugar de proporcionarle consuelo, habíale el poeta acongojado con su sombrío relato. "El poema de Pope, al exponer las calamidades como una consecuencia necesaria de la constitución y la naturaleza del universo, mitiga mis infortunios y me inclina a la paciencia. Pero usted clama: sufre por siempre desventurado mortal; si un Dios te hubiera creado habría podido, con sólo quererlo, evitar tus dolores; no esperes que éstos terminen, pues no puede discernirse otra razón de tu existencia que la de languidecer y morir."

Gravemente resume Rousseau su propia tesis sobre la superioridad del estado de naturaleza respecto al estado social. ¿No surgen, acaso, todos los males morales y físicos más de los juicios humanos particulares que del proceso del universo? Si las gentes de Lisboa hubiesen estado diseminadas sobre la faz de la tierra, en lugar de concentradas en veinte mil casas de siete pisos, ¿habrían sufrido en la misma meddia? Y si tantos habían perecido en el intento de rescatar dinero y bienes, ¿no saltaba a la vista que el hombre civilizado era menos digno de salvación que sus *efectos*? La misma muerte, declara, no es un mal, sino parte inevitable del "sistema de circulación" entre hombres, animales y vegetales del reino natural. "Muero y me comen los gusanos; pero mis hijos, mis hermanos vivirán como yo he vivido."

Lo que más exasperó a Rousseau fué que Voltaire, en ese mismo poema, había pretendido creer en Dios, al afirmar que "no era un poema contra Dios". ¿Pero cómo podía suponer que todo era malo en la tierra y aceptar, no obstante, la idea de un Dios justo? El mismo Juan Jacobo había sufrido, quizá como nadie, miserias indecibles. Pero había asumido la clara posición de imputar todas las humanas desdichas a los abusos del poder y del conocimiento. Aunque a menudo habíala visto sombría, había en la "Naturaleza" esperanzas de redención; la corriente de la vida podía aún fluir con pureza y vigor. "Todas las cosas son para bien", dice. "¿Para bien de quién?", pregunta Voltaire. "Para bien, a la larga."

Arriba Rousseau a un axioma mucho más filosófico: en el proceso universal no hay males particulares. En lugar de decir, "todo está bien" o "todo está mal" dirá: "El todo, o el conjunto, es bueno." El perfecto conocimiento del mundo sobrepasa nuestro entendimiento. Esto explica las causas de los males particulares. Al fracasar en ello, el ser humano atribuye tal conocimiento perfecto a una inteligencia universal, la inteligencia de Dios. Es Rousseau en el *Ermitage* de

Montmorency tan fervoroso creyente como lo era veinte años atrás en las Charmettes, de Saboya. Pero notamos que, en el ínterin, su religión se había madurado y vuelto racional: "Debemos creer que los acontecimientos particulares no son nada a los ojos del Señor del universo; que su Providencia es únicamente universal; que se contenta El con la conservación de los tipos y las especies, y dirige al cosmos sin preocuparse de cómo pasa cada individuo su corta existencia." De modo que deja un espacio al libre albedrío individual, a la opción entre el bien y el mal.

Los dos pilares en que descansa la fe de Roussean son la existencia de Dios y la inmortalidad del alma. "La idea más elevada que puedo formarme de la Providencia es que cada ser material está dispuesto de la mejor manera posible en relación al todo... La cuestión de la Providencia está vinculada a la de la inmortalidad del alma, en que, felizmente, creo." Y prosigue razonando, a la manera usual, dentro de un círculo vicioso. "Si Dios existe, es perfecto, sabio, todopoderoso y justo; si es sabio y todopoderoso, mi alma es inmortal; si mi alma es inmortal, treinta años de vida no son nada para mí, y son quizá necesarios al universo."

¿Pero, hay una Providencia? ¿Existe Dios? Aquí Rousseau, como las almas que se vuelven instintivamente hacia la religión, da el paso negativo de razonar por eliminación, de creer por el terror de la inexistencia de Dios. "Todas las sutilezas de los metafísicos no me harán dudar un solo instante —exclama— de la inmortalidad del alma o de la existencia de una Providencia benévola. *La siento, la creo, la deseo, la espero, la defenderé hasta mi último aliento.*" Renovóse en él a la sazón el viejo pietismo que en su impresionable juventud le había inculcado la señora de Warens. "Creo en Dios tan firmemente como en cualquier otra verdad, porque... creer o no creer son, en definitiva, cosas que dependen de mí."

Después de las apasionadas controversias del siglo XVI en Inglaterra y Europa, el deísmo no era algo nuevo en el mundo. Pero en Rousseau había éste ganado un interesante vocero, destinado a dar a la religión de su tiempo, en sus escritos posteriores, aún más definitivamente portentosos, ciertos rasgos particulares de "progreso" y tolerancia. De todos modos, ante tantos renovados debates e interpretaciones, y después de su letargo ortodoxo, volvió la religión a convertirse en algo *vivo* y *continuo* (1).

En una peroración extraña y más bien personal, concluye Rousseau contrastando su desdichada suerte, su soledad y pobreza, con la

(1) Masson, en su volumen III de *La Religión de Juan Jacobo Rousseau*, como tantos otros estudiosos, señala la resurrección del catolicismo, estimulada por el antiintelectualismo de Rousseau. Châteaubriand y José de Maistre (cuya obra *Les soirées de Saint-Pétersbourg*, Baudelaire, el dandy, devoraba) son ejemplos prominentes de las inesperadas influencias de Rousseau a este respecto. Abierto por el autor del *Emilio* un gran espacio para el impulso religioso, quienes le siguieron dieron lugar a la religión tradicional.

fortuna de Voltaire, predilecto, ayer, de Versalles y Potsdam, señor del castillo y propietario de factorías, hoy.

No puedo dejar de destacar, señor, en esta carta, una singular oposición entre usted y yo. Saciado de gloria y desilusionado de vanas grandezas, vive usted libremente en la mayor opulencia; seguro de su inmortalidad, filosofa tranquilamente sobre la naturaleza del alma, y cuando su cuerpo o su espíritu padecen, tiene en el doctor Tronchin un médico y un amigo: con todo, no ve más que males sobre la tierra. Y yo, un hombre oscuro, pobre, atormentado por una enfermedad incurable, medito con placer en mi retiro y hallo que todo está bien. ¿De dónde provienen estas contradicciones? Usted mismo lo ha explicado: usted goza, pero yo espero, y la esperanza todo lo embellece.

La audacia de semejante lenguaje, que nadie utilizaba con Voltaire, le asombró. Halló esta carta impertinente y vanidosa. Extraordinariamente desconcertado por el ataque, no demostró, empero, lo que resulta harto extraño, mayor empeño en contestarlo. Quizá presintiese el advenimiento de una fuerza nueva. Para secreta desilusión de Rousseau, envióle una respuesta evasiva, lacónica, postponiendo el debate y negándole autorización para publicar la carta en folleto. Sabiendo que era infructuoso hacerlo, invitó a Rousseau a vivir con él un tiempo en el Castillo. La *Carta sobre la Providencia* fué publicada "accidentalmente" cuatro años después, en 1760. Pero la situación de vigilante neutralidad entre ambos hombres había cambiado profundamente.

3

El artículo de d'Alembert sobre Ginebra, aparecido en la Enciclopedia en diciembre de 1757, despertó en aquellos días acaloradas discusiones y, como sensación adicional, precipitó el rompimiento público entre Rousseau y sus antiguos colegas del partido enciclopédico.

Muy agasajado por conspicuos personajes durante su viaje a Suiza, y también muy protegido por Voltaire, el famoso editor de la Enciclopedia, había regresado con impresiones agradables y encontradas. Había hecho un cuadro amable de la vida pública y privada en la pequeña "república de abejas", laudando sus buenas leyes, la justicia, la libertad, la responsabilidad y hasta la inteligencia de los ginebrinos. Pero, comparada con París, había hallado a la capital protestante algo sombría. Aunque sus pastores eran en su mayor parte "socinianos esclarecidos", o deístas, había aún en Ginebra demasiado puritanismo rudo. El Consistorio fiscalizaba todavía las costumbres individuales, prohibía aún la representación de obras teatrales, y los ginebrinos evidenciaban la falta de tino, de tacto, de sentimientos delicados y, en verdad, de la cultura que París celebraba. En una larga digresión (admitióse ampliamente que requerida por Voltaire), urgía el establecimiento de un teatro municipal en Ginebra, según el modelo oficial del teatro francés, pues para los voltairanos el teatro difundía luz y

tolerancia. Una República esclarecida debía destruir el bárbaro prejuicio contra la profesión de comediante. "La estancia en esta ciudad —continúa d'Alembert— que muchos franceses consideran triste porque falta el teatro, se convertiría en un intervalo de placeres honrados, en conformidad con la filosofía y la libertad. La literatura prosperaría sin el acrecentamiento del libertinaje y Ginebra uniría la sabiduría de Lacedemonia con la cortesía de Atenas."

Indignadísimo, el Consistorio de los pastores de Ginebra publicó una solemne réplica al "cargo" de deísmo formulado contra sus miembros en la Enciclopedia. Pero Rousseau, que a principios de 1758 rumiaba amargamente sus derrotas, había sido sacudido por la furia polémica.

En estas maniobras había visto el espíritu intrigante, la mano astuta de Voltaire. Por ahora, Voltaire había perdido todo derecho a su estimación. ¿No tendía a implantar en Ginebra los placeres y gustos de París, a destruir su vieja simplicidad mediante la difusión de los lujos y de la licencia teatral? ¡Para satisfacer su vanidad con la representación de sus propias obras quería corromper a la ciudad-Estado que Rousseau había celebrado por sus virtudes espartanas! ¡Oh! era entonces allí el amo de la opinión; el lujo, la vanidad, la coquetería, el homosexualismo —todo— invadirían pronto la ciudad a la que Juan Jacobo había anhelado regresar, y no se atrevía hacerlo ahora a causa de la presencia de Voltaire en ella. "¡Así son vuestros autores y filósofos! —escribió amargamente a un amigo en Ginebra—. Siempre los guía un interés particular, y el bien público es siempre su pretexto."

En tal estado de indignación y, con todo, no exento de piedad, escribió, en la primavera de 1758, su *Carta abierta a d'Alembert sobre el Teatro.*

Reanudó en ella el "primitivo" su gran campaña contra la cultura. Literalmente considerada, era la carta un ataque a las corrupciones del escenario, un sermón sobre los efectos morales perniciosos del teatro y de la literatura dramática —por lo menos de aquel tiempo— y se la ubica con ciertos famosos folletos reaccionarios, tales como el excelso discurso de Boussuet contra el drama y *A short View of the Stage*, de Jeremy Collier. Sostenía que un teatro público influiría malamente en una ciudad pequeña como Ginebra; escarnecía la pretensión de que las buenas obras teatrales predicaban al pueblo lecciones morales o lo purificaban "mediante la piedad o el terror" y, en general, parecía odiar, como Catón, "la introducción de sutiles oradores de Grecia"; con esta denunciación del medio predilecto de Voltaire, complementaba sus dos *Discursos anteriores.* En realidad, más allá de las escuetas líneas de su razonamiento especioso, que nadie tomó a la sazón en serio, si se considera al folleto de Rousseau ampliamente dirigido al espíritu y la literatura de su época, tenía una significación mucho

mayor; llevando adelante su disensión con el temperamento reinante de la época y con ciertas tradiciones agonizantes, expresó nuevas posiciones, que tuvieron un gran efecto inmediato.

Hizo un cuadro idealizado de su ciudad natal, con sus maneras sencillas, sus viejas costumbres decentes y sus tradiciones republicanas; describió —siempre con el París contemporáneo como siniestro telón de fondo— los entretenimientos locales, las fiestas, los deportes, náuticos o rústicos, todo, como ilustración colorida de su teoría de que únicamente en un estado republicano pequeño podía hallarse una felicidad "en consonancia con la Naturaleza y la igualdad". ¿Qué acontecería a este Estado si sus laboriosos artesanos y ciudadanos se aficionasen a haraganear en el teatro, si se introdujeran cada vez más las intrigas amorosas de las ciudades, y la sociedad, bajo la dirección de las mujeres y su coquetería, adoptase un aire enteramente afeminado? Aludía con supremo escarnio a la vida en los salones y serrallos de París. En lugar de ciudadanos vigorosos, hechos al boxeo, las carreras, las luchas, imaginaba alguna mujer de París reuniendo a su alrededor un grupo de individuos "más parecidos a mujeres que a hombres". (Fué éste un duro golpe contra la perversión prevalente). Veía en su imaginación "a estos mequetrefes, siempre constreñidos a sus prisiones voluntarias... levantándose, sentándose, yendo y viniendo incesantemente de la chimenea a la ventana, subiendo y bajando cien veces una mampara, revoloteando de uno a otro cuarto, dando vueltas y haciendo piruetas por la habitación, mientras la mujer idolatrada, con las piernas extendidas e inmóviles sobre el *chaise-longue,* tan sólo con su lengua y sus ojos daba señales de vida."

Prorrumpía en invectivas contra el falso brillo de las artes y las letras, contra las decepciones, los celos, las ambiciones de la Civilización. Sus flechas penetraban profundamente; sabía bien su público qué significaban sus diatribas; y al actuar belicosamente contra la corriente de la época, al formular su paradójica protesta en nombre de lo simple, de lo natural y de lo primitivo, él mismo sentía que estaba realizando un "trabajo de hombre".

Solo, en su tiempo, asumió la defensa de las viejas costumbres familiares gentilicias, cuando las mujeres vivían en un retiro modesto que les permitía cumplir adecuadamente sus grandes deberes maternales. Denunció a las "mujeres emancipadas" (refiriéndose, por supuesto, a la señora d'Epinay, que en esos precisos momentos deleitaba a Voltaire, que la llamaba la *belle Philosophe,* con divertidas anécdotas del Ciudadano). "¿Hay en parte alguna del mundo un espectáculo tan enternecedor, tan honroso como el de una madre rodeada por sus hijos, procurando la dicha de su esposo y administrando prudentemente su hogar?", exclama el eremita. Tales alegatos anticipan, desde luego, los pasajes bucólicos de *La Nueva Eloísa,* que había abandonado por el momento para combatir a Voltaire y compañía. (Apenas podemos imaginar cómo sonaría la novedad en los oídos parisienses).

Poco importaba a un gran monarca que todos sus súbditos se afeminasen, en tanto fuese con ello mejor obedecido; pero el tono con que Rousseau concluía era desafiante: "*¡una República debe estar compuesta por hombres!*"

Aunque matizada con lo pintoresco y sentimental, la concepción de Rousseau acerca de la vida conveniente en una República es antigua, espartana y rígida. Lejos de alentar, con su sentido de lo primitivo, la lobreguez, urgía entonces ciertas formas "naturales" de distracción popular. Para reemplazar los placeres corruptores de las grandes ciudades, quería suplantar el falso teatro de tiranos y héroes ficticios, de pasiones destempladas, con la renovación de espectáculos, procesiones cívicas, juegos folklóricos, "*en que las gentes fueran a la vez actores y espectadores*". Recomendaba los bailes y las fiestas populares de Ginebra, donde jóvenes y viejos de ambos sexos y de todas las clases sociales se reunían, comían y danzaban; hablaba con fervor de los *picnics,* las competiciones y juegos atléticos, las revistas militares, al aire libre, que podían satisfacer las exigencias de holgorio de la comunidad. Ciertamente, los patriotas, amoldados a tales espectáculos, que había presenciado en la vieja Ginebra, no eran sujetos refinados; sus palabras, sin humoradas ni cumplidos, eran ásperas y vigorosas. ¡Hasta podían beber copiosamente! "Si nuestro suizo bebe demasiado... los bebedores son, por regla general, gente franca, bondadosa, recta y valiente." Formuló esta notable apelación a las fiestas populares con el recuerdo del festival de la Plaza de San Gervasio, al que había asistido en su infancia, cuando los milicianos de regreso bailaban alrededor de la fuente con las gentes todas del distrito, embriagados de confraternidad y patriotismo; cuando su padre, vencido al fin por la emoción, le dijo: "Juan Jacobo: ¡ama a tu patria!" La vivaz descripción de este espontáneo festival en San Gervasio (que hemos citado ya como un episodio de su juventud), cuando los ejércitos cobardes y mal dirigidos de Madame de Pompadour retrocedían desordenadamente en todas partes, causó una profunda impresión en sus lectores, no se dieron perfecta cuenta de cuán insignificantes eran en Francia la fraternidad y el patriotismo. Por un lado, señalaba Rousseau la manera de recuperar las viejas costumbres, las danzas, las vestimentas, las ceremonias tradicionales, que hablan claramente del alma profunda de la especie, y de las que todo el siglo XIX se ocuparía por el otro, anunciaba aquella "fraternidad" o sentimiento público que iría a electrizar a las grandes asambleas del populacho y a las cenas revolucionarias realizadas mucho después en el Campo de Marte de París, cuando las damas elegantes y aristocráticas, que él menospreciaba, huían a millares ante la amenaza de la guillotina.

El Ciudadano Rousseau, que como espectador apasionado había asistido antes a las óperas y comedias, era a la sazón, sin duda, algo fanático. Sus ataques, sus largos análisis del *Misántropo,* de Molière, o del *Mahoma,* de Voltaire, destinados a demostrar que el drama no nos

hace admirar la virtud y aborrecer el vicio, están llenos de sofismas y no nos conmueven más que la falacia contraria de que la única función del arte es la de enseñarnos lecciones morales directas. Lo más significativo para nosotros es que Rousseau, antes que nadie, y con el discernimiento del genio, vió que la gran escuela clásica *había terminado*. El teatro, la literatura de la época, bajo la égida de Voltaire, conservaba las restricciones formales de Malherbe y de Corneille, pero nada de la vitalidad de los grandes hombres del siglo XVIII. Los dramas de Voltaire eran altisonantes, llenos de circunloquios que evitaban los "contrastes demasiado grandes" de un Shakespeare, que escribía "sin gusto" y "como un salvaje borracho". Rousseau, con su destructividad más saludable, ponía en ridículo a una cultura de "cuello duro". Como éste percibía y Carlyle expresó después, "en todo Voltaire no había una sola idea original". En sus setenta volúmenes no había "ni una brizna de hierba". Fué por ese entonces que ciertos discípulos de Voltaire discutían hasta la abolición de la misma poesía, ¡por demasiado "bárbaro"! Vemos aquí la futileza de pretender conservar o volver a formas pretéritas, sean clásicas o medioevales, después que se han ahuecado y perdido todo valor vivo. Oponiéndose a la opinión, las tradiciones, las academias, exigía Rousseau formas que, una vez más, expresasen realmente los más verdaderos sentimientos personales. Protestaba contra las convenciones literarias, contra el lenguaje pomposo, los artificios de una época pasada, en nombre de las emociones humanas, que requerían un arte vivo que reflejase la vida del pueblo, de los artesanos y burgueses, en lugar de aquellos títeres antiguos o aristocráticos que todavía andaban con paso majestuoso, dentro de sus armaduras, por los escenarios.

¿No sería deseable (dice) que nuestros autores sublimes se dignasen descender un poco de su altura permanente y nos ablandasen a veces con su visión de la humanidad sencilla y sufriente, no sea que, apiadándonos tan sólo de las personas peculiarmente desventuradas (se refiere a los caracteres irreales de la antigüedad) terminemos por no apiadarnos de nadie? Los antiguos tenían héroes y ponían hombres en los escenarios; en cambio nosotros *ponemos en ellos únicamente héroes y apenas tenemos hombres.*

El llamamiento de Rousseau produjo la revolución romántica por la que Shakespeare, en medio de un gran tumulto (en Alemania) fué redescubierto, y puso de manifiesto a algunos pintores largamente olvidados en los sótanos de los museos. En la literatura del siglo siguiente pulularán los campesinos y artesanos; y el lenguaje donde no había crecido ni una brizna de hierba, se cubrirá —gracias a Juan Jacobo y sus miríadas de discípulos— de forestas, praderas y toda clase de vegetación. El comienzo de la revolución romántica en las artes, debemos recordarlo, surgió de la necesidad proclamada por Rousseau de una mayor verdad, de un mayor "realismo" en la presentación, más que de ideas formales, de sentimientos. *La carta a d'Alembert* fué, en realidad, como ahora lo vemos, un toque de difuntos para la longeva tradición clásica. Pero Voltaire, en su castillo cerca de Ginebra, nada pudo entender de esto; nada pudo hacer frente al llamado de una literatura de "humanidad simple y sufriente".

4

Voltaire se consternó y encolerizó. Publicado el libro de Rousseau en 1758, originó una tormenta memorable: alrededor de cuatrocientos folletos de ataque y defensa aparecieron durante los años siguientes. No solamente su ruptura pública con el partido de los filósofos fué un acontecimiento histórico del período, sino que también causó sensación su impedimento del designio de Voltaire — puesto que las autoridades ginebrinas se animaron a cerrar el teatro del grande hombre. Las palabras de Rousseau, llenas de combustible, fueron oportunas, pues a muchos espíritus impacientes e igualitarios, cansados del cinismo de los oscurantistas, así como de los intelectuales aristócratas, pareció la suya una nota conductora aguda. Voltaire "se dirige a la mente —decían—, Rousseau, al corazón".

Desde 1758 el movimiento progresista se dividió en dos corrientes: racionalista y *moderada*, una; emocional y *revolucionaria*, la otra.

Sacándose la careta de amigo servicial, comportóse Voltaire como si de pronto se hubiese sentido aguijoneado, y promovió la alarma en todas partes. Voltaire era un enemigo peligroso. Nadie, excepto Rousseau, habíase atrevido a retar a tan grande hombre, que utilizaba un centenar de ardides, mantenía correspondencia con todo el mundo civilizado, contaba con un cuerpo completo de acólitos intrigantes o folletistas, y tenía a su disposición toda una industria tipográfica. Tan suspicaz como el mismo Rousseau, estaba convencido de que la *Carta sobre el Teatro* apuntaba contra él y conocía, al parecer de antemano, la embestida. "¿Es cierto —escribió a d'Alembert— que Rousseau está escribiendo contra usted?... Dícese que llega su sacrilegio hasta atacar al drama, que se está convirtiendo en Ginebra en el tercer sacramento." Voltaire se abandonó a las invectivas espléndidas. Dijo que Rousseau era un "hermano falso", que había "incurrido en apostasía" contra las cosas del intelecto, principalmente contra la literatura, el drama, de la escuela voltairana. ¿Se había convertido en un padre de la Iglesia? ¡Los desertores que luchaban contra su patria debían ser ahorcados!... Y después: "Este insigne loco que, con sólo dejarse conducir por sus cofrades de la Enciclopedia, hubiera podido ser algo, se ha metido en su cabeza la idea de formar un *bando propio*! Oh, los integrantes del pequeño rebaño (de filósofos) descienden a devorarse entre sí."

Pero, presa de uno de sus característicos pánicos repentinos, entonces injustificados, trasladóse de Ginebra, con todos sus bagajes, a

una propiedad situada algunas millas más allá, junto a la frontera, llamada Tournay; aproximadamente un año después, instalóse muy cerca del linde franco-ginebrino, en el castillo de Ferney, donde vivió sin ser molestado hasta el fin de sus días. Rousseau era indudablemente popular entre los pequeños burgueses y ciertos pastores de Ginebra; era imposible convencer a Voltaire de que Juan Jacobo no estaba tramando una "intriga" contra él. Vinculó siempre el temor que le había alejado de la vecindad de Ginebra al menospreciado "ex-lacayo", que escribía con el fervor de un profeta fanático. En adelante, la sola mención del nombre de Rousseau bastaba para despertar en Voltaire una cólera irrefrenable. Se vengó en una serie de cartas difamatorias, en innumerables folletos, que escribía secretamente, o instigaba, cuya paternidad negaba después con el mayor descaro. Sus insultos eran frecuentemente innobles, puesto que se referían sarcásticamente a la descendencia plebeya de Rousseau.

Durante un tiempo llevó Juan Jacobo la mejor parte. Conservó su admiración por Voltaire e hizo caso omiso de los insultos que le alcanzaban indirectamente. Sin embargo, hubo un incidente entre ambos cuando la carta de Rousseau a Voltaire *Sobre la Providencia*, de 1756, en un acto de piratería, fué publicada, en 1760, en Berlín. Rousseau escribió a Voltaire declarándole que en modo alguno había intervenido en esta indiscreción. Luego, perdiendo su paciencia y buen tono, estalla de pronto:

> No estoy contento de usted, señor; me ha inferido muchos agravios que he sentido muy profundamente, yo, su discípulo y admirador. En pago del refugio que le ha dispensado, usted ha arruinado a Ginebra; en retribución de las alabanzas que de usted les hice, ha enloquecido a mis compatriotas. (Es indudable la frialdad hacia Rousseau, en las cartas de la época, de ciertos ginebrinos eminentes). Usted ha imposibilitado mi regreso al país natal; me hará morir en tierra extraña, privado de todo consuelo, sin más honor que el de ser arrojado a un arroyo, mientras se le tributan a usted en mi patria todos los honores que un hombre puede esperar en vida. En resumen, puesto que usted lo ha querido, *le odio*, pero con el sentimiento de un hombre que, de haberlo usted deseado, hubiese sido, no obstante, capaz de quererle. De todos los sentimientos que me ha inspirado sólo conservo en mi corazón admiración para su genio sutil y amor para sus escritos. Jamás seré menguado en el respeto que les es debido ni en la conducta que tal respeto exige.

Carta amargamente recelosa que revela la intermitente manía de persecución que se apoderaba entonces del pobre Rousseau. Voltaire, que nunca replicó directamente a esta carta, fué devorado permanentemente por la inquina. Nada pudo consolar el orgullo del anciano, del que tenemos una descripción en que aparece llorando de ira mientras habla de Juan Jacobo con la señora Denis, su sobrina y fiel servidora en Ferney.

En adelante no se detendrá en bajeza alguna para castigar y humillar al pobre Ciudadano, víctima de todas las calamidades de un

Job. Se ha dicho que si la crueldad de Voltaire con su rival se hubiese conocido, se le habrían erigido menos monumentos. En 1760, y posteriormente, el irritado hombre se entregó a tales explosiones de cólera como las contenidas en esta carta dirigida a d'Alembert:

> He recibido de Juan Jacobo Rousseau una larga carta. Se ha vuelto completamente loco... Después de haber hecho una mala comedia, escribe contra el teatro; escribe contra Francia, que le nutre; halla cuatro o cinco duelas podridas del barril de Diógenes y se ase a ellas para ladrarnos; abandona a sus amigos. Me dirige ¡a mí! la más insultante de las cartas que fanático alguno haya podido garabatear jamás... Si no se tratara de un pobre pigmeo inconsecuente, henchido de vanidad, no habría daño alguno, pero a la insolencia ha añadido la infamia de intrigar con los socinianos pedantes de ésta, a fin de impedirme poseer un teatro mío en Tournay o, cuando menos, de evitar que sus compatriotas hagan teatro conmigo. Si con esta treta mezquina se propone prepararse un regreso triunfal a las calles miserables de donde surgió, no le perdonaré jamás la canallada. Hasta de Platón me habría vengado si me hubiese jugado semejante treta; con más razón de un lacayo de Diógenes. El autor de *La Nouvelle Héloïse* no es más que un bellaco rencoroso.

Como ningún otro hombre de Europa, se había expuesto Rousseau a la cólera de Voltaire. Estaba solo; pero sentíase mejor en la soledad. Si antes había manifestado ciertos rasgos de coraje moral, a la sazón parecía heroico, indomable.

Capítulo XIII

ELOISA, O EL GENIO DEL ROMANTICISMO

Buenas gentes con quienes durante un tiempo tanto me ha gustado vivir y que me habéis consolado de las injurias de los perversos, id lejos a buscar a vuestros semejantes. Huid de las ciudades; no es en ellas donde los encontraréis.

1

En la pequeña casa de campo de Montlouis, en Montmorency, vivió Juan Jacobo un interludio de paz de cinco años. Lapso de pocos años de labor fecunda en que su genio funcionó espléndidamente y durante el cual compuso su obra más elocuente. Había vivido con intensidad; había comenzado a escribir a los cuarenta años, aproximadamente; y ahora, humillado, rebosante de fervor insaciable, sentía su corazón conmovido, como dice con orgullo, por la visión de la "futura felicidad de la especie humana", que le inspiraba un lenguaje digno de la más elevada empresa, a tal punto que bien pronto toda Europa quedó atónita ante la elocuencia de su verbo.

Allí, en Montmorency, completó los grandes libros proféticos y morales que el siglo iba a absorber tan profundamente. ¿Es que no había estado Juan Jacobo trabajando durante veinte años en sus teorías políticas que dieron nacimiento al *Contrato Social*? ¿No había estado estos veinte años soñando con su "sistema" educacional? El esfuerzo tremendo del pensar independiente y constructivo, la excelente expresión de las conclusiones deducidas y la eliminación de las que no pueden ubicarse —imposible casi siempre— son actividades que asociamos con el genio, funciones especializadas de la mente que tan a menudo han provocado la excitabilidad nerviosa que nos hemos inclinado a vincular al genio con la locura. Todos tenemos momentos de locura, fobias, neurosis. Juan Jacobo tenía su megalomanía: poseía la conciencia de su grandeza interior, que contrastaba con la de su personalidad externa absurda, llamada ahora "complejo de inferioridad". Las torturas de su inferioridad, que le herían y frustraban, atribuíalas a quienes le rodeaban; el mundo estaba enfermo, y lo eludía; la ciudad era perversa; sus amigos, "traidores"; y se alejaba de ellos. Se perdió a sí mismo escribiendo *La Nueva Eloísa* —comenzada en 1756 e interrumpida únicamente para componer la *Carta sobre el teatro*— y se consoló. La manía de persecución amainó; estaba latente en él; había heredado de su padre extravagante los *tics* mentales; un primo hermano suyo sufría alucinaciones. La advertimos hasta en sus cartas de los instantes más dichosos; pero tampoco

se nos escapa que hubiera podido calmarse completamente y dejarle en paz consigo mismo y con el mundo si las condiciones de vida feliz y las nuevas amistades de Montlouis hubieran prevalecido...

Miraba a sus amigos anteriores con una desconfianza sombría y permanente. "No se tome la molestia de defenderme contra lo que se dice en público" — escribió en una extraña carta, el 5 de abril de 1759, al suizo Lenieps.

> Le daría mucho que hacer... Tengo en París y por todas partes enemigos ocultos (había puesto "enemigos secretos" y lo tachó) que nunca perdonarán los agravios que me infirieron, *porque contrariamente al ofendido, que lo hace a veces, el ofensor jamás perdona.* Comprenderá usted lo desigual de la lucha. Pueden ellos hacer circular en la sociedad los rumores que deseen sin que yo lo sepa o pueda defenderme... Satisfacen su venganza pretendiendo ser generosos. Ocultan bajo la capa de la amistad el puñal y son capaces de estrangular a uno mientras fingen apiadarse de él. "¡Pobre Ciudadano! No es malo de corazón, pero tiene una mala cabeza." Dejan caer algunas palabras obscuras, vagas, que pronto los filósofos de menos valía recojen y difunden; en concilios secretos preparan el veneno que están determinados a desparramar en la opinión pública.

Demasiado excitado para continuar estas sombrías conjeturas, deja Rousseau la pluma y da por terminada esta carta morbosa, salpicada con sus lágrimas histéricas, que señala una etapa del progreso invisible de su manía; es una recaída de la que se restablece por un tiempo.

Después de abandonar el *Ermitage*, enfermo, solo, sin ninguno de sus viejos amigos, termina, no obstante, las últimas cuatro partes de *La Nueva Eloisa* y las envía a su editor de Holanda, en mayo de 1759.

Los males de su carne, los síntomas de su demencia ulterior, en modo alguno se reflejan en la célebre novela, cuyas últimas partes, escritas durante el año triste, están llenas de ternura y serenidad singulares. Si con su *Carta a d'Alembert* había procurado justificar sus principios, anunciados en los *Discursos*, y su modo de vivir, en la *Eloísa*, que espejaba toda su naturaleza, tal como era y anhelaba ser, había logrado la más completa y desembarazada expresión de sí mismo.

Se había propuesto, quizá, escribir un ensayo o "cartas", al estilo de la época, que loasen al amor y defendiesen su pureza y sus derechos naturales contra los reclamos de la "civilización" o de la sociedad. Y había terminado escribiendo una novela, contradicción que él mismo admite al punto en su prefacio, pues dice: "Se espera que seamos siempre consecuentes; no lo creo posible, pero la honradez perenne lo es y me esforzaré en lograrla."

Después de tanto teorizar como filósofo se había realizado dando paso al novelista de gran imaginación que había en él. Pero, ¿no estaban todas sus doctrinas acariciadas vivas en esta novela didáctica, con digresiones y discursos prolijos? Estaban en ella, idealizados, el

vagabundo y pedagogo suizo, orador sofista y protestante, su idilio amoroso, la Naturaleza benévola, el defensor de los plebeyos, el vocero de la igualdad y la tolerancia, el individualista rebelde y, no obstante, republicano y, por encima de todo, el moralista ferviente que combatía por la virtud y la humanidad. Esta voluminosa novela de la vida provincial fué como una ola refrescante para un siglo esclarecido y fatigado a la vez, atormentado por sus achaques y su esperanza de redención.

"Supo hacer de la virtud una *pasión* —dice sagazmente Madame de Staël, en 1788, en vísperas de un gran cataclismo—. Después de leer *La Nueva Eloísa* —continúa— se siente uno más vivificado por el amor a la virtud y el llamamiento de los deberes; las costumbres sencillas, la benevolencia, así como la idea de un retiro rústico, nos fascinan."

Julia o *La Nueva Eloísa,* es una novela barroca, desproporcionada, ingenua, retórica, lacrimosa; el lector moderno que por casualidad se extravía en sus laberintos, precipítase groseramente hacia el final de sus mil páginas. Concedido esto, debemos afirmar que se trata de uno de los grandes mojones en la historia de las artes humanas, uno de esos libros decisivos, tan originales en su tiempo, tan ricos en invenciones y en *hallazgos* que desvían la corriente de una centuria y comienzan una nueva dinastía literaria. Siendo un libro que abre nuevos rumbos, carece de importancia perfeccionar o completar sus formas turbulentas; éstas quedan para ser examinadas y agotadas por una multitud de continuadores. El genio de *La Nueva Eloísa* es el de la independencia solitaria, desafiante, de Rousseau, que ha vuelto sus espaldas a los ídolos de la sociedad y a las falacias de sus contemporáneos, en procura del desideratum de conocerse a sí mismo a través de su propia experiencia y de sus infatigables reflexiones.

Nosotros, que hemos tenido un siglo y medio de literatura romántica, cuyo modelo y precursora fué *La Nueva Eloísa,* que estamos tan habituados a los problemas del corazón y los personajes sentimentales que recitan rapsodias sobre escenas campestres, apenas podemos concebir cómo los hombres, y especialmente las mujeres del siglo XVIII, creían estar bebiendo en nuevas fuentes, o descubriendo nuevos horizontes, nuevos mirajes de goce y amor, dignos de contemplación.

Y todo porque ellos, cuando apareció la novela de Juan Jacobo, en febrero de 1761, estaban igualmente hartos de la literatura y la mentalidad clásicas. En el teatro de Crébillon y de Voltaire no hallaban más que los sedimentos de la edad de oro de Luis XIV; franceses como muñecos insignificantes, en situaciones y vestimentas antiguas, disimulados con nombres griegos y latinos. Solamente Diderot, amigo de Rousseau, había comenzado a escribir ciertas "tragedias burguesas". Era el simulacro de Racine o de Molière sin el aliento de sus vidas. En la novela de aventuras picarescas de Lesage, los episodios se sucedían sin razón ni directiva. Los cuentos y novelas de Marivaux contenían ingeniosos relatos satíricos, pero igualmente enjutos, de las costumbres de

la época, Los había también con adulterios e intrigas interminables, en que campeaba el ingenio inocuo y el frío libertinaje, y que jamás transmitían convicciones o realidades. Había mucha moralización fácil en toda esta literatura, particularmente la de Marivaux, más bien de tipo especioso, compartida un tanto hasta por Rousseau. Pero la gente del siglo no sólo estaba hastiada de las producciones de los Crébillon, Voltaire, Piron, Marivaux, sino hasta sinceramente disgustada con los clásicos del siglo anterior.

"La idea del destino, de un hado inevitable, de la ira de los dioses —escribe Madame de Staël—, enervaba el interés en *Fedra* y todos los amores descriptos por los antiguos." Los tiesos accesorios utilizados por quienes adherían aún a la vieja tradición literaria y la representaban fueron sucedidos por nuevos elementos de libertad e innovación artísticas. No estaban ya en esta nueva novela los antiguos "Hados" y no se sabía nunca, como señala Madame de Staël, dónde conducirían "las inclinaciones del corazón, los sentimientos tiernos y ardientes, pero suaves y apasionados" de Rousseau. ¿Quién, antes que él, hubiera soñado jamás que las "abrasadoras agitaciones del corazón humano" podían ser expresadas por la literatura? Para su época, Rousseau "puso en acción y dramatizó grandes ideas morales." Fué él quien, en aquellos días marchitos, pulsó las primeras notas líricas del romanticismo, investidas ya con todo su carácter, y que tan familiares nos resultan ahora; sus aspiraciones y lamentos infinitos; su afición a las lágrimas, las viejas ruinas, la tristeza y la contemplación de la muerte; su búsqueda de las escenas bellas o pintorescas y de los contrastes conmovedores o terribles, a toda orquesta después del pianísimo, o atronador fortísimo luego del delicado solo.

Fué entonces Rousseau quien, dando rienda suelta a su alma, hizo irrupción en la época con una pasión y profundidad de sentimiento jamás vistas por los lectores de los cuentos didácticos de Voltaire, Duclós o Marmontel, y que parecían felizmente indecorosas. En una prosa por momentos sonora y pomposa, como la de un orador que no se aventurase más que a la belleza y los temas grandiosos, pero con inesperados matices de ternura, compasión, melancolía, compuso sus "cartas de dos amantes de una aldea al pie de los Alpes"; puso de manifiesto la tragedia de su desventurada pasión reciente, los recuerdos de sus años pasados, como provinciano, en París, su ira contra las clases pudientes, sus sueños agrestes de cascadas y lagos azules, sus visiones desde las cimas de las montañas.

2

Fué durante la primavera vivida en el *Ermitage* que Juan Jacobo, dando paso a su "tierno delirio", había concebido el vago plan de *La Nueva Eloísa.* En éxtasis había vagado solo con los "moradores" de su imaginación, soñando con las dos fieles amigas, Julia y Clara;

rubia la una, morena la otra. A una de ellas habíala concedido al tierno amante y tutor Saint-Preux. Sin más preparación ni reflexión que ésta, había comenzado a escribir sus cartas, simplemente para su propia satisfacción. Con su hábito de asociar la emoción con algún sitio encantador, había pensado ubicar el drama bucólico en las Islas Borromeas, del Lago Mayor, pero decidióse luego por las orillas de su Lago de Ginebra, en Vevey, donde había nacido su amada señora de Warens, lugar que en la novela llama Clarens.

No tenía al principio plan determinado alguno, excepto el de dar libre vuelo, a su manera vicaria, "al deseo de amar que no había podido satisfacer y que me consumía".

Se notará que la novela fué comenzada como medio de realización de un deseo, a la manera de Richardson, entonces ampliamente traducido y popular por sus novelas sentimentales, si bien limitadas.

Escritas al azar varias epístolas entre los tres personajes, pronto quedaron completadas las dos primeras partes del libro (un tercio del mismo), casi antes de que el autor hubiese concebido o proyectado el conjunto, y sin orden de sucesión o enlace.

Nos dice en *Las Confesiones* que al verse escribiendo, él, el Ciudadano Rousseau, una novela, se embarazó. ¡Después de los severos principios enunciados, las máximas austeras, las invectivas contra los libros afeminados, de amor y languidez! "Me reproché, me avergoncé de ello." En verdad, jamás pareció enorgullecerse de su novela, que calificó en otro lugar de "un monumento a una debilidad pasajera" (1). Las últimas partes están dedicadas a la virtud, es decir, al propósito a la sazón anticonvencional de mejorar las buenas costumbres y de difundir la santidad del matrimonio. Presumimos que este motivo debe haberse fijado en él durante los años siguientes, después de su encuentro con la señora de Houdetot y los consiguientes desengaños. En un pensamiento *a posteriori* dice que su propósito fué otro: el de reconciliar a los partidos filosófico y clerical que se debatían entonces en una lucha enconada, mediante un llamado a la tolerancia religiosa, a través de la descripción de un esposo ateo viviendo en hermosa paz doméstica con su devota esposa...

Saint-Preux es el espejo de Rousseau. Por vez primera el sentimental, el hombre de "nervios", aparece en la literatura. Sensitivo, intelectual, melancólico, un provinciano plebeyo que predica el amor a la Naturaleza, declama contra la sofisticación estéril, la inercia y las injusticias de la época, que obedece siempre a los dictados de su corazón más que a los de su cerebro; su historia fué interpretada por el público como la del propio Juan Jacobo; y de esta suerte levantó para sí una ola de simpatía y admiración. El héroe es un joven filósofo, tutor de Julia, moza de noble alcurnia. Como Rousseau, él la ama y aspira a la mano de la joven, cuya posición social está por encima de la suya. Es el papel característico que a menudo había Rousseau soñado en su juventud desempeñar en un castillo de provincia. La otra integrante del trío es Clara, amiga de Julia, despejada y discreta confidente de ambos.

(1) ¡Cuán menos humano, menos afín a nuestros problemas personales de encontradas emociones habría sido Juan Jacobo si, como hombre de principios, no hubiese sido nunca inconsecuente y, con certero e impío rigor, hubiese destruído todo impulso descarriado, contradictorio! Pero en tales casos, ¡cuán poco la necesidad de consuelo o de realización se relaciona con las reglas de la virtud o los "principios"! Su propia experiencia, su sinceridad acerca de ella, nos hace volver a reflexionar en la lucha eterna entre la pasión y el entendimiento; su triunfo sobre su "pasado" —motivo tan poco comprendido de *Las Confesiones*— le conduce a su apoteosis.

Julia, la "nueva Eloísa", es virtuosa, culta, generosa, leal, la encarnación de la bondad y de la gracia, en todas sus cartas a su nuevo y más despierto Abelardo del siglo XVIII. Como Saint-Preux, todo lo razona y moraliza, pero, como él, es también una criatura sentimental. Estos seres son impulsados el uno hacia el otro con una fuerza terrible. Es como si estuvieran solos en el jardín del Edén, como si nada más existiese en el mundo, ni el cinismo, ni los epigramas de Voltaire. Su pasión borra todas las otras cosas. Lo que sienten en sí mismos y obedecen sin cálculos es la voz de la Naturaleza. "Ah —dice Saint-Preux—, si pudiésemos experimentar milenios en un cuarto de hora, de nada serviría contar tristemente los días vividos... la sabiduría bien puede hablar por tu boca, *la voz de la Naturaleza es la más fuerte*."

La pasión sexual, tratada antes de Rousseau como algo que conducía discreta, obscenamente, a los adulterios amables —realizados con decoro— es contemplada como un bien en sí misma. "El verdadero amor es un fuego que trasmite todo su calor a los otros sentimientos y les infunde nuevo vigor"; es puro porque es "la voz de Natura". Una vez sentido, este noble entusiasmo no debe ser *reprimido*, debe ser tan sólo "rectificado". El amor es el "camino de la virtud", y ambos, Julia y Saint-Preux, siéntense virtuosos en la medida que el amor llena sus corazones y embarga sus almas.

De esta suerte, Julia razona para sí en sus cartas; su pasión por Saint-Preux es la cosa más pura y dulce de la Naturaleza entera. Sus pensamientos son exaltados. "¿No tiene una finalidad buena y loable? ¿No anima a las almas grandes y vigorosas... elevándolas por encima de sí mismas hasta menospreciar los móviles perversos y mezquinos?" ¿No era, finalmente, un instinto natural y no era el hombre naturalmente bueno? El imperio del amor era supremo; pero en él ninguna desigualdad social era admisible; de posición social tan diferentes, creían que no debían someter sus sentimientos a otra ley que la del "padre común que ordena unirse a los corazones". Su sinceridad era superior a todo lo demás; su pasión se justifica por su ardor. Escribe Saint-Preux a su amante que el vínculo que los une es el más sagrado de los compromisos, carente tan sólo de una declaración pública. Y Clara, despejada confidente de ambos, que a menudo se conducía como intermediaria, comenta: *"Vuestras almas son tan extraordinarias que no*

pueden ser juzgadas conforme a las reglas comunes. Vuestra dicha no está en el mismo sendero ni es de la misma especie que la de los otros seres." He aquí una concepción de la vida que— después de las concepciones ortodoxas hieráticas del siglo XVIII en Francia— parece profundamente individualista y hasta anárquica y que tendrá prolongados ecos en la vida de los poetas como asimismo de los dictadores.

También la idealización de la pasión sexual hecha por Rousseau, en tales términos de belleza y bondad que la revisten de la perfección moral de algún culto religioso, tendrá en las generaciones siguientes una mayor fortuna que cualesquiera de las ideas de él emanadas. Va a ser experimentada por toda Europa, desde Goethe, Cowper y Byron, hasta llegar finalmente a Dumas (hijo) y su *Dama de las Camelias*: "Duerme en paz, Margarita; mucho te será perdonado porque has amado mucho." La exaltación victoriana del amor tiene sus raíces en el canto triunfal de Rousseau a la sensualidad.

Abandonándose a los ensueños ardientes y las sofisterías de su pasión, describe a Saint-Preux expirando de voluptuosidad con motivo de una secreta visita al tocador de su dama. La llama de su deseo se expande a todos los "vestigios de ella": su peinador, sus sedas. Desfallece bajo un "perfume imperceptible, más suave que la rosa, más sutil que el iris." En estos transportes hay algo de la licencia del siglo XVIII, pero también —como dirá Rousseau— "algo del alma" incorporado a ellos. Debemos advertir que en la época de Rousseau había infinitamente más contigüidad, sinceridad y vivacidad en las agitaciones de sus absurdos personajes que en toda la otra literatura.

Después de algunas "tentativas", la dulce Julia se entrega a su tutor sin resistencia alguna. "He caído —exclama— en un abismo de ignominia de donde jamás una doncella regresa. Y si vivo es únicamente para ser desdichada." Es éste un procedimiento original asombroso, ya que en el siglo XVIII las jóvenes de buena familia eran *siempre vírgenes* hasta los quince años, aproximadamente, en que contraían nupcias. La licencia comenzaba después del matrimonio. De aquí en más hay un retroceso. Julia se vuelve una moralista semejante al autor del *Discurso sobre las artes.* Del drama de su experiencia pecaminosa nace su conciencia moral. El padre no tolera la idea del casamiento de la pareja; ha prometido su hija a un viejo amigo, el barón Wolmar, procedente de un país septentrional. En esta coyuntura aparece en la historia un personaje inglés, lord Bomston, que hace al anciano hacendado un alegato en favor de su amigo Saint-Preux.

Pronuncia un discurso contra la aristocracia: "Cáspita, dijo mi señor, piense lo que quiera de mí, me sentiría muy humillado si no tuviera más pruebas de mi mérito que la de un hombre muerto hace quinientos años." Insértase aquí una larga discusión sobre la recia y vieja Inglaterra, sus libertades e igualdades, no sin efecto en el auditorio. Pero el anciano caballero es inexorable; Julia queda transida de dolor y Saint-Preux se aleja, al servicio de lord Bomston, con oscuros pensamientos de suicidio. Retrocede, sin embargo, y se aventura a una trayectoria de filósofo en París, fortalecido por prolíficas cartas morales de Julia, las que durante seis años —¡raro espectáculo de amor duradero!— le inmunizan contra los vicios de París.

En la novela de Rousseau las digresiones —estallidos de oratoria interpolados— son de la mayor importancia. Ciertas doctrinas típicas, que se difundieron en la segunda mitad del siglo XVIII, están vívidamente expuestas en el barco romántico que, en su primera forma, tenía un espacio de carga ilimitado.

Las cartas de Saint-Preux a Julia, por ejemplo, filosofan sobre los temas predilectos de Rousseau. Ataca a los hombres de ciencia y a sus pretensiones de descubrir las verdades definitivas. "Una vez abierto el entendimiento por el hábito de reflexionar, es siempre mejor seguir mi modo de pensar; *aprender las cosas por sí mismo más que por los libros*". Jamás pierde el autor la oportunidad de batir el parche antilibresco. Era él a la sazón un hombre culto y refinado; pero hay veces, como dice Emilio Faguet, en que la gente sufre ciertamente por haber leído mucho y haría mejor en arrojar sus libros. Y Julia, una *rousseauísta* informada, aconseja a su amante en París: *Escuche únicamente a sus deseos; siga sólo sus inclinaciones naturales.* De este modo estaría a salvo de las asechanzas y los vicios del mundo.

La grandiosidad y la belleza de la Naturaleza es otro de sus temas preferidos. En adelante, vinculará cada matiz de la emoción a un lugar natural: una frondosa arboleda, a los transportes del amor; un bosque, a la meditación y la melancolía; el pico de una montaña, a las prevenciones religiosas.

En un episodio de la primera parte del libro, cuando Saint-Preux, en prueba de su amor, debe emprender un largo viaje, hay un pasaje que dejó profunda huella en el sentir de la época; es una visión desde una cumbre alpina, que incitó a innumerables jóvenes a realizar la misma peregrinación de Saint-Preux:

> Llegué un día a las montañas menos elevadas y ascendí, finalmente, a las más altas cumbres, desde donde podía ver cómo se formaban debajo el trueno y la tormenta; logré llegar a una altura más serena aún... Fué allí donde tuve una noción clara de la pureza del aire (¡Oh, los filósofos que carecen de esta facultad!), de las verdaderas causas del cambio de mi disposición anímica y del retorno a la paz interior que había buscado durante tanto tiempo. En las cimas de las montañas, donde el aire es puro y penetrante, el cuerpo se aligera, el alma se serena, los placeres son menos ardientes, las pasiones más moderadas. No sé cómo adquieren nuestras meditaciones un carácter sublime, en concordancia con los objetos que nos impresionan y un deleite tranquilo que nada tiene de amargo o sensual. Es como si, al elevarnos por encima de las guaridas de los hombres, dejásemos atrás todos los sentimientos bajos y terrenos, y, al acercarnos a las regiones etéreas, se impregnase el alma de su pureza inalterable.

Abundan en *La Nueva Eloísa* las descripciones de espectáculos naturales, de escenas de corral, de ritos de vendimia, de jardines y bos-

quecillos. La pintura literaria de paisajes, asociada a emociones humanas, fué puesta en boga por vez primera, y la narración de escenas humildes, de doncellas campesinas, de la forma en que rebanaban ellas el pan o batían la manteca, que, poco después, alcanzó en el *Werther*, de Goethe, la forma suprema, apasionó a las almas románticas. La misma facultad de descripción vivaz fué después ensayada a menudo con los hombres. Pinta la envidiable vida de los montañeses de un lugar junto a un hermoso lago, que Saint-Preux llama Haut-Valais.

"Su sencillez, la afinidad de sus almas, su sosiego, les hacen dichosos; más que por el gusto de los placeres, por los trastornos que les evitan. Allí es escaso el dinero, pero la hospitalidad abundante. El trabajo es propicio y severo y no hay mendigos. Si hubiera más dinero habría sin duda más pobres". Vuelve éste a ser un tema predilecto de Rousseau, expresado por vez primera en un ensayo sobre *Economía Política* publicado en 1755 en la Enciclopedia. La libertad reina por doquier, los sirvientes son iguales a sus amos y los hijos se sientan a la mesa con los padres...

Habiendo idealizado la libertad prevalente en un pequeño cantón republicano de Suiza, lleva a Saint-Preux a París. Examinemos ahora la reacción helvética frente a la gran capital. Todo el incisivo pasaje, tantas veces citado por los historiadores, es una crítica o sátira vigorosa de las costumbres francesas en el siglo XVIII, que evoca al joven Rousseau recién llegado de provincias, enfadándose ante la arrogancia de las clases ricas, contemplando con ceño adusto la pobreza y la injusticia. Detrás de Haut-Valais, donde todos eran "iguales", hallábase "la única ciudad del mundo donde existían las desigualdades de fortuna más chocantes y reinaba, al flanco de la miseria más deplorable, la más suntuosa opulencia". Las escenas de indescriptible pobreza en los distritos rurales y ciudades francesas, de las que casi nadie se quejaba a la sazón, le indignaron. En lugar de campos sonrientes y labradores felices vió "caballos agotados a punto de caer bajo los golpes que recibían, campesinos calamitosos enflaquecidos por el hambre, deshechos por la fatiga, haraposos, aldehuelas totalmente en ruinas... estas cosas ofrecen a los ojos un espectáculo lamentable; cuando se piensa en las desventuradas criaturas de cuya sangre tenemos que alimentarnos, siéntese casi la tristeza de ser hombre".

Satirizó a los filósofos y talentos de París. En todas partes defendíase con arte a la hipocresía. Los prejuicios, las pasiones, los errores, eran sostenidos con un millar de sofismas, conforme a las máximas del día o del momento. Era necesario conocer la posición social, los intereses de las personas, para adivinarles sus pensamientos. "Cuando un hombre habla —dice mordazmente— es como si sus ropas y no él profiriesen opiniones; y las cambiará con tanta frecuencia como sus trajes. Todo es uniforme, y, sin embargo, nadie cree en nada. "Sus sentimientos no brotan de sus corazones, su saber no es el de sus mentes, sus discursos no representan sus pensamientos." Los celebrados pasajes sobre las mujeres de Francia, su liviandad casi obligada, su desvergüenza y coquetería, su alejamiento de todo lo que se asemejase a la vida familiar, hasta el punto que el esposo debía anunciarse en el departamento de su esposa, donde el amante era como de la familia, y marido y mujer temían mostrarse juntos en público... toda la sátira sobre la sociedad francesa, tan audaz y animada, debe haber caído con maravillosa oportunidad en un pueblo hastiado de su propia blandura y su libertinaje. El brillo, las conversaciones de París eran para Rousseau confusión o jerigonza. En la élite no se oían más que chismes. "Debe hacerse lo que hacen los demás... *cela se fait, cela ne se fait pas.*" La facción voltaireana había predicado la tolerancia, la curiosidad intelectual y, sobre todo, el *savoir vivre;* el *savor vivre,* o sabiduría mundana, era toda su moral, y la mujer que poseía la virtud de no dejarse sorprender *in flagrante delicto,* evitando de esta suerte al marido toda situación embarazosa, ¡su ejemplo clásico! En medio de esta Babel, de este alarde de depravación e insubstancialidad, la conciencia de nuestro joven suizo, humillada ante "la naturaleza del hombre degradada" por la sociedad, anhela la pureza del campo y a su Julia, a quien le es fiel en su corazón.

3

Pero hemos abandonado a Julia y su historia, como lo hizo Rousseau en sus memorables digresiones, a fin de considerar, en parte, la fuerza del llamado a la época contenido en las mismas.

Entre las dos primeras partes y las cuatro últimas de *La Nueva Eloísa* hay una solución de continuidad. Vemos a Julia, al principio, en pecado de adulterio; luego arrepentida, desdichadamente separada de su amante y prometida por su padre a otro hombre. Había convenido con Saint-Preux que, aunque se case, continuaría siendo su amante. Hasta ahora poca diferencia hay en el comportamiento de sus personajes.

Empero, la ceremonia matrimonial provoca en Julia una *conversión religiosa.* Es toda remordimiento, virtud en acción. Opérase en ella una revolución moral; algo parecido no se había visto aún en una novela. Oye la voz de Dios, y la idea de su perjurio, mientras formula sus votos, le aterroriza... "la pureza, la dignidad, la santidad del matrimonio, tan brillantemente expuestas en la Biblia, su castidad y sus deberes sublimes, de tan dulce cumplimiento, tan vitales para la felicidad, la paz y la duración de la especie humana." Una mano invisible corrige el desorden de sus afectos: ojos tiernos penetran su corazón... "El cielo y la tierra son testigos de mi sagrada promesa."

Julia renace en el sentido religioso. Una plegaria extraña, nada ortodoxa, que recuerda en cierto modo el pietismo de la señora de Warens, sube a sus labios: "Anhelo todo el bien que Tú deseas y del que

eres la única fuente; anhelo todo lo que se vincula al orden de la Naturaleza." Y de esta suerte, una vez casada con Wolmar, adopta la resolución de ser una esposa impecable. El pobre Saint-Preux, sobreponiéndose a la tentación del suicidio, se embarca con el almirante Anson en su viaje alrededor del mundo.

La candidez, la verbosidad, la predicación y la extravagancia excesivas hacen que el lector se muestre un tanto incrédulo respecto a las ficciones de Rousseau. Debemos recordar que este enorme retrato de la gravemente virtuosa Julia (una hermana caída) fué notablemente original en una época en que el adulterio ya no se tomaba en serio y los enciclopedistas excusaban la virginidad de la Doncella de Orleans atribuyéndola a la ignorancia de su tiempo; en que un ministro esclarecido del rey, d'Argenson, expresaba su íntima convicción de que el vínculo matrimonial estaba destinado a desaparecer pronto; en que Grimm, el mismo amigo de Rousseau, aconsejaba a su discípulo de Friesen la posesión de tres amantes "en homenaje a la Sagrada Trinidad".

La vehemencia con que Rousseau pintó a esta mujer virtuosa y, con todo, humana, asombró y arrebató a las mujeres sentimentales y conmovió, particularmente, a las esposas culpables. "Deseaba gobernarme por el sentimiento y la inteligencia, y he cometido un error", es la conclusión de Julia en la primera parte de su romance.

La segunda mitad de la *Eloísa* está dedicada a la glorificación de la familia y la doctrina de que la "sabiduría humana podría bastar para corregir las pasiones de los hombres y hacerlos virtuosos". Wolmar, que encarna ese espíritu, es un hombre prudente, sagaz, sobrio —un filósofo— enamorado de la soledad y la vida campestre. Poco a poco conquista la admiración liberal de su esposa, aunque, para dolor íntimo de ésta, es un ateo. Conoce Wolmar el pasado de su esposa, y a Saint-Preux, pero, puesto que es un filósofo, no la estima menos por su aventura. Mas un día, por perversidad, ansia de experimentación o simplemente por el gusto de los acuerdos domésticos complicados —que Rousseau amaba— resuelve invitar a Saint-Preux a regresar y vivir con ellos.

> La más prudente y querida de las mujeres (escribe al sensitivo amante) acaba de abrir su corazón al feliz esposo que le cree a usted digno de haber sido amado por ella y le ofrece su casa. La paz y la inocencia reinan en ella; hallará entre nosotros amistad, hospitalidad, estimación, confianza. Consulte su corazón y si nada encuentra en él que le perturbe, venga sin temor. No se irá de aquí sin dejar un amigo. Wolmar.

Saint-Preux, que está hastiado de la vida, llega con su alma trastornada al hogar de Wolmar. Tenemos en esta escena, cándidamente revelada, la obsesión de Rousseau por el hogar triple, evocación de su papel curioso en Chambéry, o de su sueño de vivir junto a la señora de

Houdetot y Saint-Lambert. Para Julia es una prueba de fuego contra la cual se fortifica.

En esta coyuntura, hay nuevas digresiones sobre la vida buena. Introduce Rousseau su alegato en favor de la vida rústica, a fin de que dejasen los hombres de "apilarse unos encima de otros en las ciudades". Describe la heredad de Wolmar: "cierto aspecto de antigua sencillez" reinaba en el gran establecimiento. Era una comunidad independiente, patriarcal, edificada alrededor de la familia. Los sirvientes cultivaban la tierra y cosechaban varios productos que se trocaban, en parte, por otros necesarios. Había paz y lealtad, discreta ayuda mutua en el servicio doméstico, del que se había extirpado para siempre el servilismo y el espionaje prevalentes en el criado común. (¡Con cuánta amargura recordaba Rousseau sus días de lacayo!).

Era Wolmar el jefe de una tribu laboriosa, cuyas riquezas y costumbres vigilaba con indulgencia. Sus propios hijos eran educados de una manera extraña; durante un tiempo no se les permitía aprender en los libros; enseñábaseles a ser útiles con las manos, fuertes, independientes y sinceros. Y entre el amo y la dueña de casa, el más grande afecto, el mayor entendimiento, ¡un perfecto arrobamiento conyugal! Este cuadro de un hogar provinciano ideal fué de inmenso valor, como señala Morley, en el ataque contra "la decrepitud del lujo y la insolencia feudales y su imitación por los grandes asentistas generales." Todas sus llamativas circunstancias suntuarias, así como la singular teoría de la anulación de todo posible intermediario entre la producción y el consumo, representan una parte importante en la fe del primer pensador verdaderamente democrático de la centuria. Como algo pleno de lozanía y esperanza conmovían ellas profundamente a gran número de personas de todas partes, pues el motivo subyacente de *La Nueva Eloísa* era, por muchos conductos y a toda costa, provocar el menosprecio hacia los poderosos mediante la descripción de la dicha de una vida sencilla, honrada, que se basta a sí misma, y virtuosa.

Al fin, para volver de lo puramente descriptivo y discursivo a la acción, anuncia Wolmar a su esposa que debe emprender un largo viaje, y deja a ambos con entera buena fe, librados a sus propias conciencias y designios. ¡Una nueva y cruel prueba para ellos! Da esto una dirección intrépida e importante a la novela. Las tentaciones, los pesares, arrebatos y deseos se prolongan; pero no hay temor por Julia. Su regeneración moral es completa; se acerca cada vez más a la santidad. Después de un triste accidente, muere como transfigurada, rechazando los oficios de un pastor; sus últimas palabras son la expresión resplandeciente de su fe: "la religión natural". La extremaunción y todos los preparativos para la muerte le son innecesarios, según el solemne testamento formulado en su lecho de muerte. Ha creído siempre en Dios; su mejor apresto para la muerte ha sido su vida virtuosa. Puesto que sus facultades se hallan alteradas y es su juicio

menos firme, ratifica todas sus creencias tales como las ha sostenido. Está profundamente convencida de que Dios no condenará su alma y se niega a expresar "creencias especiales no adquiridas o practicadas antes". Ante todo esto, el buen pastor, que más bien carece de convencionalismos, se conmueve y exclama: "¡Oh, Señor, es éste el culto que más te honra! Oh, dígnate ser propicio, pues pocos seres humanos pueden ofrecer semejante fe. ¡Qué diferencia entre el tránsito de esta conciencia virtuosa y la de un pecador empedernido que acumula para el último de sus días algunas enjutas y vanas plegarias!"

4

Con la publicación de *Julie, ou la Nouvelle Héloïse*, una ola de emoción arrebató a Europa. Ediciones tras ediciones eran rápidamente agotadas y reimpresas: las traducciones aparecían por las noches en los más grandes países. Como la obra no podía circular con demasiada rapidez, era prestada, cerca de París, consecutivamente a un libro por vez y únicamente por una hora. El éxito prodigioso de esta novela fué uno de los acontecimientos prominentes de la época; ni siquiera Montesquieu o Voltaire habían conocido un triunfo tan inmediato, universal y contagioso, difundido más allá de los límites de París y sus valores. Vistas la misantropía y la manía de persecución de Juan Jacobo, resulta una notable paradoja de su vida el que difícilmente hombre alguno del siglo haya provocado en verdad para sí tanta pasión y entusiasmo. Centenares de cartas de gentes de todas partes, que se interesaban por todo cuanto a él concernía, llegábanle en flujo incesante; provenían de seres que se proclamaban sus hijos, sus discípulos, sus paladines. Las mujeres se peleaban por obtener un vaso donde había él bebido, un tejido suyo. Los grandes personajes del reino procuraban ahora relacionarse con él, y una generación de jóvenes, incluso de la juventud aristocrática, se desenvolvía nutriéndose en sus máximas.

Ningún libro, en Francia por lo menos, según el hostil Fernando Brunetière, había jamás ido tan lejos o tan a lo profundo. Con la elocuencia de un gran orador de la antigüedad, había Rousseau tocado las cuerdas más íntimas de la gente y despertado sus pasiones. Voltaire, que vió parte de su imperio conquistado por el "hijo de relojero", podía intentar, como en sus cartas al marqués de Ximénès, poner en ridículo al *suissesse;* mas en vano: el siglo XVIII, a partir de 1760, pertenecía a Rousseau, y la generación contemporánea que precedió a la Revolución Francesa se apropió del color y el sello del pensamiento de Rousseau. Considerando la oportunidad en que apareció *La Nueva Eloísa*, no sorprende que centenares de sus páginas, sobrecargadas de moralización pomposa, sean hoy ilegibles. Lo notable es que tenga la obra todavía una gran significación histórica y en lo que respecta a la estética literaria y la historia de la literatura.

Cuando apareció la novela, las *belles lettres* parecían agotadas, como admite Brunetière. Durante dos siglos, casi desde la *Pléïade*, había carecido Francia de poesía lírica. El materialismo sistemático del período, como ya hemos señalado, había conducido a cierta discusión académica sobre la abolición de la poesía misma, salvada por Voltaire con una forma más bien estéril, cerebral, que no dejaba muy a salvo el sentido de la belleza. Al volver a pulsar los tonos exaltados, al aventurarse a la prosa poética, pintoresca y fogosa, restableció el sentido de su belleza e inspiró a un ejército de poetas líricos franceses que tendrían sus horas de oro: Chénier, Châteaubriand, Hugo, Lamartine, Musset, y hasta Baudelaire y Gautier, sin contar los de otros países, como Byron y Shelley, Schiller y Heine, Leopardi y Pushkin. Entre otras cosas debemos agradecer a Rousseau, el antagonista de la cultura, el haberse convertido, a su pesar por la gran honradez en su autoexpresión, en uno de los que libraron de pedantes al arte.

Con la resurrección de lo "lírico", era menester ser "expansivo", exagerado, en la cruzada contra el orden, la jerarquía, el oscurantismo, para reafirmar al hombre, aun como centro del universo, contra los dogmas de la depravación total y la consiguiente sumisión al derecho monárquico divino. Fué así como el estilo combativo de Rousseau, de apóstrofes interminables, se explotó por vez primera en los pasajes descriptivos y confesionales, de un romanticismo tan primitivo que hasta Voltaire expresó: "Escribe con una pluma que incendia el papel en que se posa."

Hacía mucho tiempo que los lectores no recibían de una pieza literaria tantas impresiones sensorias, tantas *imágenes*. Antes del surgimiento de sus numerosos imitadores de talento, era Rousseau, como novelista, famoso por su colorido y vivacidad. Para él un río era "claro y brillante como la plata"; en un bosque atisba el "*oro* de la retama", la *púrpura* del brezo. En la floresta de una montaña halla, en sus profundidades, aspectos horribles: "pinos *negros*, confundidos con grandes bayas, algunas de las cuales, caídas por acción del tiempo y enmarañadas, cerraban como barreras impenetrables el escondrijo." Las ideas fluíanle asociadas con imágenes, chorros de colores o ensueños sensuales. Su descripción del paisaje, considerada lozana en una época en que otros componían libros "sin una brizina de hierba", tiene para nosotros la vaguedad de un cuadro del viejo Turners. He aquí un famoso pasaje sobre el Lago de Ginebra, descripto una docena de veces en otras tantas oportunidades:

> Guardábamos un profundo silencio. El firme y acompasado sonido de los remos incitaba mis ensueños. El alegre canto del becardón, que me recordaba los placeres de otra edad, entristecíame grandemente. Poco a poco íbame embargando, con creciente intensidad, una melancolía que se tornaba invencible. La serenidad del cielo, la frescura del agua, los suaves destellos de la luna, los rizos plateados

del agua que resplandecían a nuestro alrededor, la más agradables sensaciones, incluso la del ser amado... nada podía alejar mi corazón de tantos pensamientos dolorosos.

Este estilo, del que nos hemos desviado rigurosamente, reanimó también a la literatura en prosa. Escudriñando su corazón juvenil, cada uno de sus movimientos, registrándolos, infundió a las emociones de sus personajes un aire de realismo nuevo en la época. Lo que faltaba a Rousseau, como observó Madame de Staël, una de sus imitadores más decididos y entusiastas, era la habilidad para la coordinación de episodios en forma tal que mantuviese el mayor interés posible. Carecía del sentido de la unidad que informa las mejores obras de sus contemporáneos Richardson y Fielding: no le interesaba; pero para nosotros, acostumbrados a la gran unidad en el estilo de los novelistas que le imitaron y perfeccionaron su forma indómita, ha echado a perder *La Nueva Eloísa*. Châteaubriand, Constant, Balzac, Hugo, Sthendal, Flaubert, aún Zola, se inspiraron en él; románticos o realistas, todos son exponentes de lo que Baudelaire llama *l'art romantique*, cuya fuente principal fué el primitivismo de Juan Jacobo. Pero, en este punto, es hora que definamos o caractericemos al romanticismo. Preferimos eludir las viejas controversias sobre los términos, a través de los cuales la antítesis entre el clasicismo y el romanticismo se renuevan en cada época, y se aplica, en alabanza o vituperio, a los fenómenos más variados y confusos. Este debate vulgar puede ser mantenido en cada plan racional o afectivo, revelar oposición y semejanza. Optamos tan sólo por caracterizar al romanticismo de la escuela y del período literarios que surgieron de los escritos de Rousseau.

El espíritu romántico es individualista, lírico y sensual; pudo después haber sufrido modificaciones, pero son éstas sus características inherentes y sus rasgos más puros. Ahora bien: el sentido de nuestra individualidad se verifica no tanto por nuestra inteligencia como por nuestros sentimientos, intuiciones y sensaciones de todo lo que deslinda al individuo del mundo que le rodea. La inteligencia racionalista (clásica si se prefiere) vése a sí misma, en última instancia, más bien como parte de un orden total implacable, en que todas las cosas están como fijadas, son inmutables, inevitables, como en el mundo de Sófocles o Corneille. En el género clásico, el carácter humano representa casi una idea descorporizada que puede aplicarse a la belleza o las matemáticas; sin embargo, la concepción romántica del ser humano implica (ciertamente en Rousseau) una *voluntad libre*, una lucha revolucionaria o evolutiva continua y, siempre a pesar de las muchas caídas desde las nubes a las ciénagas, una esperanza humana eterna. El drama clásico, tal como le hemos visto, refiérese siempre a un tipo de espécimen más o menos estoico en lucha con el destino o los dioses; el drama romántico concierne al individuo, más

o menos rebelde, contra la sociedad, contra las pasiones de los hombres mismos.

No hay rebelión, desde luego, cuando creemos que todo está para nosotros eterna, rígidamente preestablecido, y que el mejor recurso es exhibir la "disciplina" y el "decoro". En cambio, nos volvemos románticos, "expansivos", insurrectos, cuando nos inflama aquello que Rousseau ha denominado "filosofía de la Providencia", cuando no nos creemos totalmente depravados o nacidos en pecado y cuando, en momentos de exaltación, nos identificamos con Dios y la Naturaleza. Para Rousseau, no solamente los dioses estaban de su lado sino también la transformación industrial que se acercaba y le inducía imperceptiblemente a la revolución y al romanticismo (2).

Hay hombres cuya visión alcanza antes que sus contemporáneos ciertas grandes verdades que la época está ya, desde hace rato e insensiblemente, preparada a sostener.

Que Rousseau ha cumplido esta misión puede inferirse por su firme ascensión a la gloria desde su primer *Discurso sobre las artes y las ciencias* de diez años atrás. El, que por su origen burgués había caído en la escoria de la sociedad, dominaba dondequiera a la sazón las emociones de grandes masas humanas.

Es curioso observar que, por la pasión personal, la extravagancia y el carácter pintoresco de su arte, haya engendrado un mayor realismo, una nueva veracidad en la literatura de fines del siglo XVIII.

Por siglos habían atacado las gentes al decoro y, por lo menos durante cincuenta años, a la razón. Ahora, en medio de la general efusión del sentimiento "natural", guiadas más que por la razón por la intuición, inspiradas por la esperanza y creyendo voluntariamente en el nuevo y extraño dogma del hombre originariamente bueno, precipitábanse, a través de una gran transición, hacia el reordenamiento de la sociedad humana en el sentido reclamado por el nuevo profeta.

Cuando recordamos cómo el viejo régimen frenaba y estrangulaba no solamente los impulsos de las multitudes de siervos y *roturiers*, sino a los cada vez más poderosos artesanos, manufactureros y comerciantes del "Tercer Estado", nos asombra que no se haya visto en Rousseau, tan temeroso del derramamiento de sangre, un síntoma más peligroso; vista la identificación de sus esfuerzos con lo que Tocqueville ha llamado la tendencia histórica continua hacia la igualdad en Europa, sorpréndenos también que sea considerado hoy por algunas facciones un "desatado" o un "irresponsable", y no como el hombre más fecundo, sensible y hasta perspicaz de su tiempo. Fueron muchos, sin duda, los

(2) Mucho se ha discutido, y muy confusamente, sobre el "humanismo" y lo *humano* del "Rousseauismo". Parecería que los guardianes de los últimos tiempos de lo que parece ser un viejo culto han substraído de la causa el elemento "humano" que, como insistimos en recordar, estuvo exitosamente representado por hombres como Bocaccio y Rabelais durante el Renacimiento. ¿Y era el Papa Alejandro IV un "humanista"? ¿Lo era Benvenuto Cellini? Los argumentos se tornan absurdos: confusión que aumentaremos calificando a Rousseau como uno de los más grandes "humanistas".

contemporáneos suyos que vieron en él estos rasgos de clarividencia, hombres que como Malesherbes, Turgot, Necker, le consentían gustosos, por su genio, las más alocadas fantasías. Veían éstos igualmente que para una generación como la encarada por él eran menester nuevos ideales, y la imposibilidad de una transformación general o democrática —que también anhelaban secretamente— a menos que, con medidas emocionales como las de Rousseau, fuesen en primer lugar barridos el lujo, el orgullo y la corrupción tradicionales. A no ser por las vibrantes doctrinas de Rousseau la gran Revolución Francesa habría carecido de guía moral.

Injusto es llamarle extravagante. Contra las socarronerías de Voltaire y otros, explicará minuciosamente que no deseaba volver al "estado salvaje", a las plumas, la pintura guerrera, etcétera. Admitirá que la civilización no podía ser echada en saco roto. Lo que propugnaba era un estado social *que se acercase* más al "estado natural" de los hombres, que implicase, en verdad, una mayor restricción y *disciplina*. ¿Había una comunidad más frugal, ordenada, laboriosa, que la de Wolmar, en una lejana provincia de Suiza, descripta por él con tanto deleite? ¿No era la República que erigiría después teóricamente un estado social que exigía nada menos que la cooperación y abnegación supremas? A este respecto, lejos estaba de ser un romántico, y puede decirse que ha sido insuperablemente lógico.

No era, ciertamente, un necio —y hasta los enciclopedistas estuvieron con él—, cuando clamaba que las artes de la civilización habían alejado como nunca a los hombres de la benevolencia recíproca. La lógica de Rousseau, que seguiremos más adelante, permitíale juzgar los valores sociales por sus efectos sobre todo el cuerpo social y no sobre una pequeña clase. También de sus impulsos originales, de sus principios de rebeldía, llamados "sentimentales", "místicos", por sus adversarios, puede decirse que poseían la lógica de la experiencia o pragmatismo. Durante alrededor de veinte años había vagado, sufrido, "experimentado" la vida entre innumerables seres de los abismos más profundos, y su opinión social provenía de su experiencia directa y no de las salas de recibo o del gabinete de trabajo desde donde invitaba a los hombres a seguirle.

La emoción, como agente de superación de un régimen social, es sin lugar a dudas un expediente peligroso, como lo han demostrado los críticos de Rousseau. Pero era la que tocóle vivir una época de crisis; tan a la vista saltaba la bancarrota que se avecinaba que a menudo había pensado en abandonar el país; fuera del serrallo del Borbón, cuyo tesoro era un pozo abierto, cuyos ministros indecisos se bloqueaban entre sí con amargas disensiones que revelaban su bancarrota mental, había una pobreza espantosa, acentuada por las desastrosas guerras foráneas. No se trataba únicamente de un conflicto político de puertas adentro, sino también de grandes luchas religiosas públicas, olvidadas desde hacía tiempo; los jansenistas disputaban con los jesuítas; los enciclopedistas o partido enciclopédico, contra todas las sectas católicas. ¡"La razón" no conducía sino a la contienda, la corrupción y la intolerancia! La orden de los jesuítas inspirada en Santo Tomás difamaba a los enciclopedistas y provocaba su repudio a fin de que fuesen expulsados del reino; la razón fué requerida para la defensa de la jerarquía del monarca y de los nobles, que eran en verdad perniciosamente inútiles; la razón explicaba o defendía el libertinaje de la era, el ocaso de institución de la familia, el abandono de los hijos, la odiosa miseria del pueblo. Era, en resumen, un período de crisis prolongado, en que la razón parecía haberse vuelto equívoca y pérfida y en que la conmoción que se necesitaba solamente podía ser producida por un clamoroso llamamiento a la emoción de los hombres. Fué entonces cuando llegó Rousseau con su alarido de que la cultura, la aristocracia, el decoro, el *savoir-vivre*, no conducían al mejoramiento humano, y con su doctrina de humanidad, amor y piedad.

Más allá de sus denunciaciones críticas contra el abuso, había una cualidad consoladora: su pintura de un estado humano exento de las tristezas y crueldades familiares.

Era a la sazón el humanitarismo una inclinación mucho menos vulgar e hipócrita que hoy. *La Nueva Eloísa*, aunque no guiada por el espíritu de la razón, poseía una lógica terrible; despertó un entusiasmo general por la igualdad, la sinceridad en el amor, la benevolencia hacia los pobres y el goce de los frutos y las bellezas de la Naturaleza. Puso en marcha una reacción general contra la excesiva preocupación materialista de los pensadores contemporáneos, que habían reducido al hombre al nivel de la bestia. En cambio Rousseau, elevando a la Naturaleza y al hombre-bestia a lo trascendental, se abría camino a través del fatalismo cínico del viejo orden. Difundía sin duda sus visiones con la elocuencia ferviente de un cruzado, con sentimiento y pasión. Contenía su libro tantas verdades, tantas ideas flotantes en el ambiente y listas para entrar en acción, que llegó a promover, como un líder religioso, una especie de resurrección de la conciencia humana de vasto alcance.

Lo que aquella época, y las sucesivas, no olvidaron, fué la creación de Saint-Preux, ese hombre afectuoso y melancólico que no era sino la idealización de Juan Jacobo. Fué el primer modelo del "hombre sentimental" tal como ahora lo conocemos, el primero de una gran serie de individualistas románticos o anarquistas que pulularían en la literatura europea. Es un "sensitivo" o sentimental lleno por momentos de los más nobles propósitos, herido a ratos por el cansancio del mundo y la desesperación. Es virtuoso y, sin embargo, *demasiado humano*. Es un frustrado por la sociedad. Como el Luciano de Rubempré, de Balzac, el Julián, de Stendhal, o el Childe Harold, de Byron, se detiene frente a un lago determinado, una cascada o unas ruinas en la intemperie y es sobrecogido por una melancolía intensa, vaga, siglo XVIII,

que le hace verter un "torrente de lágrimas". Saint-Preux, hombre de nervios, modelo de la tradición romántica, conquistará innumerables adeptos e imitadores, que hasta realizarán su misma peregrinación a través de Suiza. Byron se detiene un día a orillas del Lago de Ginebra, en Vevey, lugar de nacimiento de la señora de Warens, llamado Clarens por Rousseau, y canta dulcemente:

> Clarens, sweet Clarens, birthplace of deep Love!
> Thine air is the young breath of passionate thought
> Thy trees take root in Love...
> 'Twas not fiction chose Rousseau this spot,
> Peopling it with affections; but he found
> It was the scene which passion must allow
> To tre mind's purefield beings... 'Tis lone
> And wonderfull, and deep, and hath a scund
> And sense, and sigh of sweetness; here the Rhone
> Has spread himself a couch, the Alps have reared a throne (*).

Pues en Saint-Preux, después del Príncipe de Dinamarca, de Shakespeare, había Rousseau inmortalizado al primer héroe de la melancolía; aún hoy día hallamos a Saint-Preux por todas partes, en Thomas Mann, André Gide, Marcel Proust, y hasta James Joyce... Contemplando a los hombres y su mundo, como desde afuera, Saint-Preux vaga por doquier, hastiado, decepcionado, perseguido por la idea del suicidio. Es un solitario en medio de la sociedad, pero goza su amargura y le conmueve particularmente la fugacidad del tiempo y lo efímero de los placeres humanos. Como hijo de la naturaleza obedece a la máxima tan frecuentemente voceada por Rousseau al siglo XVIII: *¡Sé tú mismo!* Sufre, empero, sobre todo, la "enfermedad de la vida", y su lamento musical se extiende hasta nosotros a través de las melodías penetrantes de Schumann. "Hasta los excesos de Rousseau estaban destinados a enriquecer la música y la poesía."

"¡Oh, Julia —exclama Saint-Preux—, qué fatal presente del Cielo es un alma sensitiva! Quien la ha recibido no debe esperar en la tierra más que trastornos y dolores. Estará a merced del aire y de las estaciones, del sol o de la niebla que rigen su destino, y se sentirá dichoso o triste, conforme a la voluntad del viento."

(*) Clarens, dulce Clarens, lugar donde nació el Amor profundo / tu aire es el aliento juvenil del pensamiento ardiente. / Tus árboles echan raíces en el Amor... / No fué por ficción que Rousseau escogió este paraje / poblándolo de efectos; sino que halló en él el escenario que la pasión debía asignar / a las criaturas purificadas del alma... Es solitario y maravilloso y profundo, y tiene un sonido / una sensación, una visión de dulzura; aquí el Rhone / se ha tendido un lecho, y los Alpes han erigido un trono. — (*N. del T.*).

CAPÍTULO XIV

GLORIA Y REUNION DE MUJERES

Los años de gloria que siguieron a la aparición de *La Nueva Eloísa* fueron también para Juan Jacobo uno de sus raros intervalos de serenidad. Después de enero de 1761 su fama llegó al apogeo; nuevos amigos corrían a su lado a fin de reemplazar a los antiguos que le habían herido. Contábanse entre éstos algunos personajes principalísimos del reino, mucho más solícitos y sumisos a su carácter que cualesquiera de sus ex amigos. Aparte de sus nuevas amistades y relaciones, estuvo Rousseau muy atareado entre 1760 y 1762, dando los últimos toques al *Emilio* y al *Contrato Social*, en cuya terminación veía el coronamiento de su trayectoria de realización.

Excepto algunos lapsos de sufrimientos físicos atormentadores y de ciertas preocupaciones casi amorosas —amistades femeninas muy atrayentes que por momentos le enardecían—, vivió atareado y en calma.

Apenas podía explicarse el extraordinario éxito de *La Nueva Eloísa*, que, entre 1761 y 1800, fué impresa cincuenta veces. "Entre los literatos —nos dice— las opiniones anduvieron divididas, pero en el público hubo un sentimiento unánime, y sobre todo las mujeres se prendaron del libro y del autor." Observa también que el libro fué mejor recibido en Francia que en Suiza, o en el resto de Europa. ¿Imperaban entonces en París, más que en ninguna otra parte, la amistad, el amor y la virtud?

El enorme entusiasmo de las mujeres está sugerido en la famosa anécdota de la princesa que comenzó a leer la novela mientras se vestía para asistir a un baile de la Opera. Informada, una o dos horas después, de que el coche la aguardaba aún, anunció que iría más tarde, y ordenó a los criados que esperasen. A las dos de la mañana, le fué advertida la hora, pero no contestó. Como su reloj se había parado, recién a las cuatro ordenó que se llevaran el coche, pues ya era tarde para ir al baile. El resto de la madrugada lo pasó en cama, ¡leyendo hasta terminar la novela!

Creían todos que se reflejaba en ella la historia de la vida de Rousseau. Concebíanle los contemporáneos igual que a Saint-Preux (concepción ésta muy diferente a la de *Las Confesiones*, leídas por las generaciones siguientes) que evocaba a la sazón la idea de un alma angelical, resplandeciente, y, a la vez, de un gran profeta moral.

En cuanto a Julia, estaban convencidos, en aquellos primeros días de la ficción en prosa, de que se trataba de una persona real y maravillosa que existía en alguna parte. La princesa de Polignac, amiga de Madame de Pompadour, escribió a la señora Verdelin, que conocía

a Rousseau, solicitándole que le mostrase "el retrato de Julia". Hasta Voltaire escribió a la señora d'Epinay preguntándole si Julia era ella. ¿Qué informes había dado tan voluble dama acerca de su "amistad" con el gran escritor?

En el ínterin, mientras vivía en su riguroso retiro, se le prodigaba toda clase de atenciones. Lo notable es que, no obstante haberse introducido, al calor de la admiración universal, en las más poderosas casas y obtener dinero y grandes favores, como lo hacían Voltaire y el "acomodaticio" Marmontel, continuó viviendo en la mayor sencillez, tolerando algunas que otras visitas y conservando celosamente su independencia. Hasta ese momento había llegado a acumular, con la venta de sus libros, unos ocho o diez mil francos, con los que pensaba obtener una pequeña renta que permitiese a Teresa y él vivir humildemente, sin preocupaciones, y, sobre todo, para que aquélla pudiese subsistir después de su muerte. Continuó siendo frugal y copiando música o manuscritos para ciertos clientes. El carácter del Ciudadano, conceptuado excéntrico en extremo e intachablemente honrado, cristalizó durante estos años. Lo mismo se negaba a recibir a un duque que a un embajador. Cuando el parrandero d'Epinay fué una tarde a su casa de campo con una *cocotte* parisiense en cada brazo, quedó desanimado y cabizbajo al ver a su filósofo precipitarse a la puerta del fondo y huir por el campo hacia el bosque de Montmorency. Lo mismo aconteció cuando su amigo Deleyre fué a visitarle con dos *demimondaines*. El eremita se comportó con dureza y hubo una brecha temporaria en las dudosas relaciones entre ambos, puesto que Rousseau, desde que las acompañantes habían ido a mirarle como a un bicho raro, se consideraba ofendido.

Cuanto mayor era su celebridad, mayores eran su economía y su irritable independencia, calificada a veces por él mismo de "ingratitud". Tenemos el ejemplo de la señora Dupin, antigua conocida que vivía no lejos de Clichy, para la que a veces copiaba música. Cuando ésta le envió, juntamente con el modesto salario que él exigía, algunos obsequios, protestó Rousseau iracundo: "¡Siempre regalos!". No los deseaba; detestaba las larguezas de los ricos y los poderosos, puesto que se negaba a servirlos, a ser su esclavo. Hacía tiempo que había explicado a todos sus amigos sus "principios de la ingratitud": a su criterio los favores se hacen únicamente con miras a la gratitud; no son más que egoísmo encubierto. Ni siquiera se comportaba Rousseau con amabilidad al señalar este aserto. En esta ocasión la señora Dupin no había hecho más que "duplicar sus obligaciones para con ella". Y cuando la marquesa de Créqui, desde su hogar ancestral de Brittany, le envió cuatro pollas de Le Mans, nuevamente sintióse humillado.

¿Qué haré con las cuatro pollas? —le escribió—. He remitido dos a personas cuya subsistencia no me preocupa en absoluto. Lo que me hace pensar en la gran diferencia que hay entre un presente y un testimonio de amistad. El primero sólo halla en mi corazón la ingratitud; el segundo... Oh, señora, si no me hubiese enviado más que amplias noticias suyas me habría hecho sentir la generosidad y la gratitud. En cambio, las pollas ya han sido comidas y no resta más que olvidarse de ellas.

Empero, las ovaciones que se le tributaron en los días en que su fama había llegado a ser internacional y se le comparaba a Sócrates, ¡y aún a Cristo!, le conmovieron. Entre las centenares recibidas, hallábase la carta típica de un joven abate, que decía: "Procuro seguir las huellas de Jesús y las vuestras." Desde Ginebra, uno de los pastores "liberales", su amigo Paul Moultou, le escribió: "Ha resumido usted toda nuestra ciencia política y moral en estas palabras: *La Naturaleza ha hecho bueno al hombre, la sociedad lo ha depravado.*" Desde París, el joven magistrado Lamoignon de Malesherbes, hijo del canciller, en ese momento a cargo de la censura de libros —merced al cual los de Rousseau y de los enciclopedistas la sufrieron durante un tiempo levemente— le había ofrecido ocuparse de las formalidades que podían demorar sus escritos. Fué el comienzo de la amistad importante con un joven estadista que, con Turgot, iba a compartir, diez años después, el esfuerzo intrépido y desesperado de salvar a Francia de su ruina. Malesherbes fué considerado "el estadista más honrado de su siglo", un demócrata sincero, un hombre de carácter, discreción e ideales generosos, y que, inspirado en las doctrinas de Montesquieu y de Rousseau, exigiría, en 1787, la asamblea de los Estados Generales. El noble Malesherbes, una de las figuras luminosas de un período convulsionado, destinada a morir en el cadalso, era a la sazón, con muchos otros notables, un defensor y benefactor de Juan Jacobo.

Como era Rousseau uno de los hombres de letras más famosos del mundo, fué, por su republicanismo vehemente, sitiado en su aislamiento con obstinación, situación que no pudo ya resistir. Los hombres ricos, destacados, de la nobleza, y las mujeres del gran mundo, sabían entonces prodigar atenciones y honores a los grandes talentos empeñados en minar los fundamentos de su orden social. Podemos comprender perfectamente cómo el buen tono, la curiosidad, la pasión celosa por las novedades, determinan tales maniobras; y los nobles del siglo XVIII, al par que fomentaban sus vicios por doquier, se enorgullecían grandemente de sus actitudes iconoclastas más audaces y de sus modernas herejías. Las damas aristocráticas que cazaban a sus amantes entre los príncipes del reino, querían también cazar a los "tan interesantes" príncipes de las letras, que podían engalanar sus salas de recibo y tertulias en los jardines...

En Montlouis, a la vista del terraplén de Rousseau, había un castillo magnífico, situado en una loma, que se distinguía por sus jardines artísticos, albercas, arboledas de naranjos y pabellones. Era la casa ancestral del mariscal y duque de Luxemburgo, descendiente de los Luxemburgo de Montmorency, amigo del rey y gobernador de Norman-

día. El mariscal y su esposa, viuda, antes de casar con él, del duque de Boufflers, que residían en París, iban varias veces al año, durante las estaciones propicias, a pasar algunas semanas en el castillo de Montmorency. Con sorpresa, y su desdén habitual, debió Rousseau haber mirado estas idas y venidas. Esta actitud hostil —debemos retroceder algo en el tiempo— cesó en la primavera de 1759.

No bien se enteraron de que Rousseau habíase establecido en Montmorency, es decir, tan pronto como dejaron de ser competidores de la señora d'Epinay (muy inferior a ellos en categoría), los Luxemburgo mandáronle decir por un valet que tendrían el mayor placer en recibirle en su mesa. El autor del *Discurso sobre la desigualdad* se excusó cortésmente. El caballero de Lorenzy, del círculo de los Luxemburgo, volvióle a visitar en el verano de 1758 y a reiterar la invitación pendiente. Pero sólo recordaba Rousseau la vez que la señora de Bésenval le había invitado a comer en la cocina. Además, tenía la duquesa de Luxemburgo fama de ser terriblemente inteligente y "perversa". Pero los buenos escritores estaban entonces en boga y las casas distinguidas se vanagloriaban de su capilla literaria o de algún filósofo habitué. De modo que aún antes de la aparición de la *Nueva Eloísa* había ella sitiado, tendido su red para asegurarse la campaña del Ciudadano Rousseau.

Rechazados sus cumplidos, perseveró ella en sus propósitos. Por la Pascua de 1759, probablemente el 15 de abril, un grupo numeroso de aristócratas, jovialmente ataviados, salió del castillo y ascendió la escarpada pendiente que conducía a la casa del vecino Rousseau. Al abrir la puerta a duques, duquesas y condesas, Teresa casi se desmaya. Además de los Luxemburgo, hallábanse el duque de Villeroy, hermano de la duquesa, el príncipe de Tingry, primo del mariscal, el marqués de Armentières, la duquesa de Montmorency, la condesa de Valentinois, la duquesa de Boufflers y la condesa de Boufflers. Todos estos nobles, o "grandes de la Corte", con excepción de la nombrada en último término, una de las mujeres más cultas y brillantes de París, para quien la aventura debió haber tenido una curiosidad intelectual más definida, habían ido a contemplar la para ellos extraña figura del Ciudadano Rousseau. Desventurada en su matrimonio, la condesa de Boufflers habíase convertido en la amante de un príncipe Borbón, Luis de Conti. Pero amaba las letras; había viajado mucho y pretendía ser algo filósofa y novelista. Su interés por Rousseau era aún más intenso que el de la señora de Luxemburgo.

Un tanto consternado recibió Rousseau a estos huéspedes en su única habitación, "entre platos sucios y ollas rotas"; los pisos podridos de la casa crujían bajo el peso de tanta aristocracia. Temiendo que el piso cediese, apresuróse a conducirlos a su calabozo sin techo y sin chimenea. Explicóles allí la inquietud por la que los había hecho salir de la casa. De inmediato los Luxemburgo le invitaron a alojarse en su castillo mientras se reparase la casa de Montlouis o, si prefería, en una casa de su parque llamada Castillo Chico. Apenas podía Rousseau dar crédito a lo que estaba oyendo.

Los Luxemburgo habían quedado encantados con el extraño hombre. Estos personajes, que cuando iban de caza pisoteaban las mieses de los campesinos, que contribuyeron a imponer los abominables *corvées* y *aides*, impuestos que hacían gemir al pueblo entero, conmoviéronse con la mayor simpatía ante el "genio de la humanidad".

Vencida su timidez, la palabra de Rousseau se tornó vibrante, su cara morena pareció bella y luminosa y sus penetrantes ojos obscuros obsesionaron a los visitantes. En verdad, tenía fama de fiero, se murmuraba sobre su reyerta con la señora d'Epinay y Diderot. Pero la señora de Luxemburgo se propuso domesticar al "oso", pues los caracteres amables y adulones podían hallarse dondequiera.

Haciendo a un lado sus escrúpulos, apresuróse Rousseau a devolver la visita y cumplimentar a los Luxemburgo. Fué recibido por el mariscal de la manera más sencilla; no era éste un hombre muy inteligente, ni muy voluntarioso, pero como tenía un corazón tierno, pronto cobró a Rousseau un profundo afecto. (Es de notar que desde entonces en adelante eludía Rousseau generalmente la amistad de los hombres de talento.) "La señora de Luxemburgo le halagaba en extremo, le abrumaba con su amabilidad." Antes de dejarlo ir le arrancó la promesa de residir en el Castillo Chico mientras el señor Mathas hiciese refeccionar la casa de Montlouis.

Magdalena Angélica de Luxemburgo tenía a la sazón más de cuarenta años; Rousseau habíala visto unos doce años atrás, en los teatros de París y en casa de la señora Dupin, cuando era aún la duquesa de Boufflers, famosa por su belleza y el escándalo que la escoltaba. Había sido una favorita en Versalles, confidente de la anterior querida del rey; por su ingenio, su alegría, su imperiosidad y sus otras cualidades que hacían de ella una figura imponente, salta a la vista que estuviese destinada a perder el favor de la futura Madame de Pompadour. La maliciosa señora de Deffand dijo de ella:

> La duquesa de Boufflers es hermosa y no lo ignora; su rostro es vivaz y agradablemente agudo; su mirada ágil expresa todos sus sentimientos... Hay mucha gracia natural en sus movimientos. Domina a todo el mundo y subyuga a cuantos la rodean; *nos hace creer en nuestro libre albedrío, en tanto todo lo decide ella.* Es más temida que amada, y lo sabe, pero sabe también desarmar a sus enemigos. Es muy inteligente y tiene mucho tacto; es leal, sincera, discreta, generosa.

Pero más tarde, fallecido el duque de Boufflers —en vida de éste vivía ya con el mariscal de Luxemburgo, que poco después se casó con ella— su carácter cambió ostensiblemente. "Su belleza había desaparecido —relata Horacio Walpole—, y sus amantes también. Creía tener el demonio a sus espaldas." Pero los desencantos sólo lograron hacerla más dulce, amable y resignada.

Advertíase que se había decidido a vivir conforme a las normas más conservadoras o respetables de la familia Luxemburgo.

Vió en ella Rousseau aquella belleza que resiste al tiempo. Hallóla extremadamente encantadora; su conversación, lejos de abundar en los epigramas tan temidos por él, era de una delicadeza exquisita. Sus alabanzas le embriagaban porque trasuntaban un aire de sinceridad y sencillez. Había comenzado por temer a esta gran dama de la Corte, pero viendo que "a pesar de su torpeza y tosquedad" no la desagradaba, terminó poniéndose a su disposición.

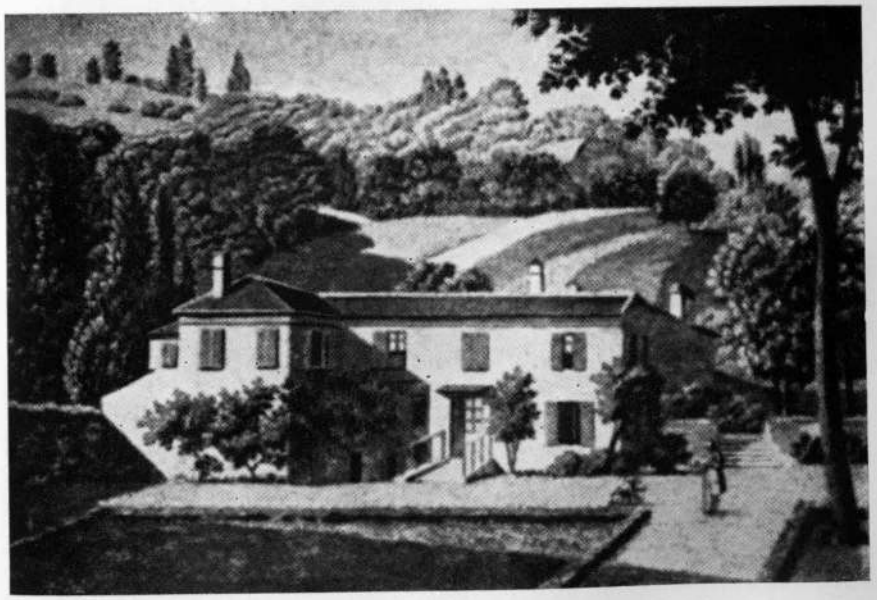
Por última vez vamos a negar esta "torpeza" de Rousseau, tan a menudo proclamada por él mismo, "resultante de su complejo de inferioridad". Era tímido, pero raras veces este rasgo repele a las mujeres. Comparado con hombres como Voltaire y Diderot, era delicado en extremo, particularmente en su edad adulta. Contrastaba ello con la glotonería de Diderot y de Holbach, víctimas a menudo de las indigestiones. A juzgar por las noticias que tenemos, exceptuando las suyas, su conversación era amena, original, llena de matices sentimentales y, sobre todo, subyugante para las mujeres. A pesar de su aspereza exterior, como dijo Grimm, sabía gastar cumplidos que agradaban por su derechura. Abundaba en pensamientos novelescos o paradógicos, hijos de sus extrañas experiencias y meditaciones. Era afectuoso, impulsivo, y su egoísmo, su orgullo terrible, hacían aún más apetecible su trato. Era, en síntesis, uno de los hombres más personales de su tiempo.

El nuevo mundo que habíasele abierto, las nuevas amistades y apegos, le ocasionaron profundos recelos. ¿No correría los mismos peligros crueles que en la intimidad con la señora d'Epinay? Y aun cuando en el castillo de Luxemburgo sintióse de súbito en un pie de igualdad, se preguntaba qué se diría del filósofo republicano que frecuentaba a la más elevada nobleza. En efecto, como temía, Grimm había expresado: *Abandonó a cuantos éramos sus amigos y nos reemplazó por gente de la más encumbrada alcurnia.* Grandes compunciones, el mayor embarazo, le poseían al redactar sus primeras cartas, pagadas de sí, a estos nuevos patronos. Impuso en primer término sus propias "condiciones", las que debían ser cuidadosamente observadas, antes de vincularse al duque y la duquesa. El 30 de abril de 1759 escribió al duque:

> Su bondad me ha colocado en una gran perplejidad, acrecentada por el deseo de no ser indigno de ella. Sé cómo es posible rechazar, con respeto frío y repelente, los ofrecimientos de las grandes personas que no estimamos. Pero, ¿cómo tratar a usted, señor, a quien mi corazón ama *y cuya amistad me esforzaría en lograr aun cuando fuese de mi misma condición social?*... No tengo otro lenguaje que el de la amistad y la familiaridad. Comprendo que este lenguaje tendría que ser modificado por la diferencia entre su rango y el mío. No ignoro que el respeto debido a su persona no dispensa del debido a su rango. Pero sé también que la pobreza que a sí misma se degrada pronto se torna despreciable; sé que también ella tiene su dignidad, que el amor a la verdad nos impone guardar.

MADAME D'HOUDETOT

Según una antigua miniatura de la colección de H. Buffenoir



LA ERMITA DE MONTMORENCY HACIA EL AÑO 1813

MELCHIOR GRIMM EN 1758 *Carmontelle*

Quedo, pues, en la duda de ser remiso en cuanto a usted o a mí, de ser un familiar o un reptil, y este gran peligro me obsesiona, me impide hacer algo que me parezca conveniente.

Documento patético y extraordinario, humilde, agradecido y desafiante a la vez, tan complejo como el mismo Rousseau. Desea asegurarse de que los Luxemburgo sean en efecto como creen ser. Teme ofenderlos rehusando sus invitaciones; teme empequeñecerse aceptándolas demasiado rápidamente. Pero, sea como fuere, hay en adelante "un interés común entre ellos", en la bondad que los Luxemburgo le demostraron y en la gratitud con que él respondió:

"La estimación recíproca acerca a todas las condiciones sociales. Por descollante usted y oscuro yo que seamos, la gloria de uno de nosotros no debe ser indiferente al otro." No olvidará jamás a aquel señor mariscal y duque de Luxemburgo que le visitó un día entre sus ollas rotas y se sentó en uno de sus bancos; y quizá el duque haya recordado siempre que había en su dominio un hombre humilde y solitario que le bendecía y honraba "no por grande, sino por bondadoso".

Mucho se ha dicho acerca de la modalidad inconsciente de Rousseau en su trato con los poderosos a fin de conquistar sus simpatías. La mejor forma hubiera sido olvidarse de que la persona a la que se dirigía era un príncipe o un duque. Pero tal actitud era la de la clase media.

Se nos ocurre que al hacer estas gradaciones sociales era Rousseau demasiado ingenuo y conceptuamos su actitud demasiado plebeya. De este modo pudo armonizar mejor con los Luxemburgo que con los círculos de asentistas generales, de los que la distancia que lo separaba consistía únicamente en el dinero. Los Luxemburgo hallaron muy originales sus costumbres. Admitieron al momento que no debían meterse con su bolsa o su fortuna; jamás le ofrecieron dinero y le prometieron formalmente no enviarle regalos en ningún caso y no considerarle nunca, en modo alguno, obligado o en deuda con ellos.

Hacían lo indecible por no herir sus sentimientos delicados, y fueron en esto mucho más afortunados que la señora d'Epinay. Veamos pues, cómo, después de la primera mitad del siglo XVIII, el espíritu de la igualdad se difundía lentamente por debajo de la superficie feudal de la vida francesa.

La puntillosa humildad del mariscal era cuanto el Ciudadano podía haber requerido. Bien pronto trasladóse éste al Castillo Chico, mientras Mathas, el propietario de su casa de campo, la hacía reparar totalmente para su comodidad. Como hechizado vivió en aquél durante algunas semanas de mayo.

El parque y los jardines de Montmorency no eran llanos sino desiguales y abruptos. Lenôtre, artista en paisajes, habíalos ornamentado con arboledas, fuentes y senderos deliciosos. Entre la arboleda de naranjos y la parte más baja del parque, que tenía un gran estanque, se

hallaba el Castillo Chico, que había pertenecido al famoso pintor cortesano Le Brun, a cuyo gusto exquisito se debían su forma y decoración elegantes. Tenía un peristilo con dos hileras de columnas y parecía hallarse totalmente rodeado de agua, como una isla encantada. El departamento ocupado por Rousseau, uno de los cuatro que contenía, estaba primorosamente alhajado con un moblaje blanco y azul. Tenía a su disposición la llave del parque de Montmorency y el Castillo Chico. Sin embargo hacía uso de éste ocasionalmente, cuando deseaba hallarse más solo, pues durante la mayor parte del año residía en su propia casa, convertida después de su refección en una vivienda cómoda.

Por las mañanas, a la luz del sol, desayunábase en el peristilo, junto al agua. Era delicioso el café con leche que Teresa le preparaba. Su gato y su buen perro le acompañaban. Había puesto a éste el nombre de *Duque,* "porque era huraño y pequeño como un duque", según le había dicho una vez a Grimm; pero estimó que era un error seguir llamándolo de esa manera y, para que el animal no notase la diferencia, substituyó la primer consonante por una "t", de modo que *Duque,* en francés *Duc,* quedó convertido en *Turc* o "Turco".

2

A poco el otrora lacayo y vagabundo suizo lírico llegó a ser el confidente, protegido y filósofo de los Luxemburgo. "Incapaz de guardar un término medio en mis afectos... Siempre he querido ser todo o nada" — dice Rousseau. Y pronto lo fué "todo" en el castillo de Montmorency.

Al instalarse en el castillo envió a la duquesa una extraña pero arrebatada esquela:

En el Castillo Chico de Montmorency, 6 de mayo de 1759.

Señora: la fecha, tan honrosa para mí, resume enteramente mi carta. ¡Con cuánta emoción la consigno! No la alabo, señora; no le doy las gracias. Pero habito en su casa. Cada cual tiene su propio lenguaje y, en el mío, lo he dicho todo.

Dígnese aceptar, señora, mi más profundo respeto.

J. J. Rousseau.

La duquesa, que a la sazón se hallaba en París, le contestó:

"Las gracias, señor, no debe usted darlas, sino recibirlas del señor de Luxemburgo y de mí." Sólo le inquieta que no se sienta cómodo. Está impaciente por regresar a Montmorency, pero no debe temer él sus importunidades, pues bien conoce ella sus sentimientos al respecto. "Tenga la seguridad, señor —concluye—, de que siento por usted la mayor estimación y el deseo infinito de merecer en el futuro una *partícula* de su amistad."

Abrumado por estas atenciones, visita Juan Jacobo diariamente el castillo de los Luxemburgo durante el mes de julio, en que habían

vuelto a Montmorency, para una estada de cinco o seis semanas; por las mañanas iba a saludar a la señora Luxemburgo y almorzaba con ellos, y por las tardes paseaba con el mariscal, de quien había llegado a ser amigo íntimo y consejero. A causa de la "mucha gente" que llegaba al anochecer, y porque se comía demasiado tarde, no cenaba con ellos. En cambio, según nos dice con cierto aire de republicanismo triunfante, iba a cenar con Teresa, después de haber almorzado en palacio, en casa de cierto masón, obrero humilde de la vecindad. Había manifestado a éste y su familia, que no hizo ni haría genuflexiones a nadie, ni siquiera a ellos. Tenía "sus normas, su manera de ser, sus costumbres que no podía alterar". Al mariscal le había expresado: "No procure ser mi patrono y yo no seré su panegirista." No obstante, las relaciones entre ambos constituyeron un espectáculo de "estimación y amistad entre hombres de posición social tan desiguales" raro en aquellos tiempos.

Las grandes damas sólo exigían que se las divirtiera; más que nada temían el aburrimiento. Recurrió Rousseau al expediente de leer a la señora de Luxemburgo el manuscrito de su novela *La Nueva Eloísa,* no publicada aún. Iba a visitarla todas las mañanas a las diez; el mariscal le conducía al dormitorio de su esposa, que se hallaba acostada; a puerta cerrada, sentado junto a su lecho, leíale Juan Jacobo las desgarrantes cartas de Julia a Saint-Preux. La duquesa estaba fascinada. Por momentos reía y lloraba, abrazaba y besaba al autor de tan ardientes cartas. "¡Señor —exclamaba—, ha escrito el libro más bello del mundo!".

Las mujeres que leían *La Nueva Eloísa* sentían que el autor comprendía su naturaleza, sus anhelos secretos, sus impulsos generosos, su inteligencia femenina. (Para los otros hombres de la época eran ellas algo menos que divinas.) Más aún: Julia, como casi todas, había pecado y encontrado la virtud en el arrepentimiento y la vida honesta. En Rousseau sólo reconocían a Saint-Preux; veíanle entre brumas, con su orgullo, su alma noble, su naturaleza apasionada, su melancolía, sus suspiros sobrehumanos. Comprendían su fuerza y su debilidad. Por su parte, la señora de Luxemburgo le comprendió y protegió siempre con ternura. Enamoróse locamente de Julia y de su autor; no hablaba, no se ocupaba más que de él. Por nobles que fuesen los comensales, ocupaba en su mesa el lugar de preferencia. Llegó Rousseau a encariñarse genuinamente con ella, por más que dice, en un pensamiento *a posteriori*: "No obstante, jamás me sentí realmente cómodo junto a la señora de Luxemburgo".

La platónica luna de miel entre el Ciudadano y la duquesa tuvo ciertamente sus momentos ásperos. En una ocasión obsequió ésta un vestido barato de indiana, en colores, a Teresa Levasseur, a la que solía abrazar delante de Rousseau. (La señora d'Epinay jamás lo había hecho, ¡pero una duquesa podía hacerlo!).

"Habíamos quedado en que no me haría presentes —exclama—, pero los hace a mi compañera. ¡Qué ardid! ¿Es esto digno de usted? Iba a considerarme su amigo, pero veo que no desea más que mi gratitud, etc." Ella le replica: "¿Es posible que pueda usted ser injusto conmigo? ¿No me autorizó a dar a la señora Levasseur un vestido estampado? ¿Y no me dijo, acaso, que debía ser uno ordinario? Y así lo he hecho, conforme a sus deseos. No obstante, usted me increpa, me dirige la más desconsoladora de las cartas; me amenaza con dejar de amarme... Pero, en verdad, señor, a pesar de sus amenazas, le amo de todo corazón y le aseguro que este afecto será invariable."

Obraba de acuerdo a sus normas, a sus costumbres democráticas, pero su firmeza le estaba abandonando; el Ciudadano se iba derritiendo ante tanta ternura.

Al requerimiento de la señora de Luxemburgo de que le hiciese, con su linda letra, como a la señora de Houdetot, una copia manuscrita de *La Nueva Eloísa,* a tanto la página, contestó: "Aunque es usted una clienta muy buena, me duele tener que admitir su dinero, cuando debería ser yo el que pagara el placer de trabajar para usted."

A esto la duquesa contestó: "Estoy embelesada, satisfecha; su carta me ha causado un placer infinito." Cita luego aquellas palabras de Rousseau y agrega: "No le digo más... Le quiero de todo corazón, y le aseguro que me duele tener que escribirle, pues me gustaría poder decírselo personalmente. El señor de Luxemburgo le quiere y abraza ardientemente."

Esta fué la carta que Rousseau examinó y ponderó más de cien veces, olfateando un *double entente.* Sintió la sospecha de que de alguna manera ella estaba disgustada con él y no podía comprender por qué. Por consiguiente, la regaña por lo que presume una broma. "Debo admitir, señora —le escribe—, que no sé ya si soy yo o usted quien debe excusarse." Al no recibir respuesta inmediata, vuelve a escribirle: *"No me ha contestado, señora mariscala; su silencio me asusta."* Percíbese aquí su tiranía.

¡Oh, tan pronto!... Abrumado por los halagos, ¿no estuve en lo cierto al prever la desilusión?... Temiendo haberla agraviado por ignorancia, me hubiera arrojado a sus pies, de no ser usted una dama de tan elevado rango. No escatimaría sumisiones ni súplicas por borrar su descontento; pero, dado su rango, no espere que haga lo que íntimamente anhelo; debería más bien castigarme por haber hecho demasiado caso a mi corazón.

En un tono que le hizo imposible toda resistencia, la señora de Luxemburgo le contestó:

No es a usted a quien corresponde ponerse a mis pies; ¡soy yo quien debe arrojarse a los suyos! ¿Es posible que me haya equivocado con usted? Nunca se debe pedir perdón. Es su clemencia y su amistad lo que debería pedirle si aún me considerase digna de ella.

En otras palabras, ella se excusa *de haber sido increpada por él...* Las relaciones prosiguieron en un tono cada vez más elevado, con

muchas reprensiones y barreras por parte de Rousseau, que eran, en su caso, síntomas del más grande afecto y de las libertades que la intimidad concede.

¡Cuán crueles son sus bondades! ¿A qué turbar la paz de un solitario que, a fin de no sufrir más las humillaciones, ha renunciado a los placeres de la vida?... ¡Cuánto aborrezco sus títulos y lamento que los lleve! ¡Me parece tan digna de gozar las delicias de la vida privada! ¡Qué lástima que no viva en Clarens!

(Es ése el lugar imaginado de la casa de Julia de Wolmar. Rousseau ha vuelto a encontrar en los Luxemburgo de Montmonrency la situación de Saint-Preux en el hogar de los Wolmar.) Por ambas partes prosiguieron, con ardor creciente, las solicitudes y las genuflexiones. Por la duquesa había Rousseau transgredido una de sus severas normas: la de no volver a poner los pies en París. Además de su excelente casa en Montlouis y su adorable Castillo Chico en el parque de Montmorency, tenía entonces a su disposición, en cualquier momento, una habitación en el *hotel* de los Luxemburgo en París. De una carta de la duquesa inferimos que habíale él prometido visitarlos allí, promesa que ella le insta delicadamente a cumplir.

¡El castillo de Montmorency! (exclama él). ¡El hotel de Luxemburgo! ¿Es allí donde debe verse a Juan Jacobo? ¿Es allí donde el amigo de la igualdad debe llevar las afecciones de su alma sensitiva? La suya es encantadora y por demás sensible; la he visto, la conozco; pero en su elevada esfera nada puede producir una impresión duradera. Usted se olvidará de mí, señora.

Siempre le reprocha su posición social. Prolóngase en él el tono del melancólico Saint-Preux. Era, en definitiva, una adoración ardiente, separada por un obstáculo trágico de desigualdad social. El delicado romance hechizaba a la duquesa. Finalmente fué Rousseau a París —"ciudad del ruido, el humo y el fango"—, donde, desde 1756, había estado sólo dos veces. La mansión de los Luxemburgo daba sobre los terraplenes o bulevares, donde se halla hoy el bulevar Montmartre, límite entonces de la ciudad. Iba a cenar los días convenidos y se marchaba a la mañana siguiente. "Entraba y salía por el jardín —dice con cierto embarazo— de suerte que puedo decir, con la mayor verdad, que no he vuelto a pisar las calles de París."

¡Sujeto encantador, inquieto complejo tiránico! Debía empezar necesariamente su amistad en un extremo de rompimiento inevitable. Sus amigos no habían de importunarle, ni exigirle nada de su tiempo o de su retraimiento; pero, a la más leve negligencia, a la menor demora en contestarle, se irritaba y comenzaba a los zarpazos con ellos. Puesto que, pese a sus protestas de timidez, torpeza, rusticidad, supo fascinar a tantos personajes dirigentes de su tiempo, oigámosle cómo explica su técnica de la amistad:

Al principio (dice a su duquesa después de un silencio de su parte) escribo frecuentemente a fin de consolidar mis afectos, de inspirar confianza; logrado

esto, lo hago únicamente cuando lo estimo necesario, pues creo que entonces podemos entendernos mejor sin decir demasiado. En esto no me agrada seguir norma alguna.

En verdad, pocas cosas amables tenía que decir, pero a tan notable candor, la condesa respondió con la mayor dignidad posible. Díjole que nada podía ser más fascinante que esta carta, y, en el más profundo sentido, estaba en lo cierto.

3

En el verano de 1756, el brillante hombre, considerado por tantos europeos el conductor de sus conciencias, y que, en sus ratos de ocio, había estado meramente en adoración a los pies algo notorios de la señora de Luxemburgo, volvió a caer gravemente enfermo, víctima de su prolongada dolencia. Retorcíase afiebrado en su lecho, mientras, como era habitual en él, pensamientos sombríos asaltaban su mente ondulante. Pensando en sus enemigos, las ideas se agolpaban en su cerebro, le circundaban como sombras avanzando desde los rincones de su habitación. Voltaire había atacado maliciosamente su novela; los enciclopedistas habían iniciado un movimiento de calumnias solapadas. ¿No había roto hacía unos meses con el doctor Tronchin? (personaje espectable de Ginebra y hombre de ciencia famoso; amigo suyo de muchos años que no había vacilado en hacer causa común con Diderot, en increparle por no haber regresado a Suiza y por su ruptura con sus colegas). Encolerizado por sus importunidades, había roto con el doctor Tronchin y podía ahora jurar que este hombre, que le había atendido en su enfermedad y recibido su más absoluta confianza, se había aliado con Voltaire y la "liga", a los que divulgaría los más sombríos secretos de su vida. (El hecho de que estas sospechas estaban justificadas, de que ciertamente se tramaban "intrigas" en su contra, como hoy sabemos, debilita un poco la atribución del caso a la manía de persecusión. Podemos afirmar que Rousseau *era* perseguido intermitentemente, como tantos otros grandes hombres, por rivales o enemigos; pero parece igualmente cierto que su mente alterada llegó a multiplicar por mil estas persecusiones y a convertirlas en monstruosas e invencibles).

Aquellos secretos —sus hijos abandonados, perdidos— le atormentaban. La idea de que sus enemigos los utilizarían contra él como un garrote para mancillar su nombre ante la posteridad debió haber sido la más dolorosa para el megalómano, el paranoico que se desarrollaba en él progresivamente en cada recaída.

¡Oh, él, el amigo de la humanidad, a quien todos los campesinos y artesanos del distrito rural adoraban, que había rehusado recompensas de la realeza y de la nobleza, sería "condenado sin defensa", como había escrito a Tronchin, y por culpa de "calumniadores solapados"! En

esta terrible crisis, sin poder descansar o conciliar el sueño, temiendo que después de su muerte también Teresa fuese castigada por haberle obedecido fielmente, volvióse a la amiga más querida y poderosa que a la sazón tenía, la señora de Luxemburgo, que se apiadaba de sus angustias, y liberó a su conciencia la pesada carga del pecado cometido y soportado durante más de una década.

Este instante de confianza suprema por su parte fué el punto culminante de la intimidad entre ambos. Consintió la duquesa de buen grado en ser tutora de Teresa; recibió al principio el secreto del abandono de sus hijos, que tan pocos conocían, con horror, pero con irresistible conmiseración después. A las súplicas de Rousseau prometió utilizar su autoridad e influencias, aplicar las medidas más extremas tendientes a la recuperación de los hijos perdidos. ¿Dónde estaban?, ¿qué era de su vida?, se preguntaba a veces el hombre, horrorizado...

Podemos leer, aparte de *Las Confesiones*, otro de los documentos relativos a su oscuro drama. Es una carta dirigida a la señora de Luxemburgo, fechada el 12 de junio de 1761, en la que alude cándidamente a sus hijos desaparecidos:

El tiempo urge; debo abreviar mi confesión y confiar a su benevolencia mi último secreto. Debe saber usted que durante los últimos dieciséis años he vivido en unión íntima con la pobre muchacha que vive conmigo, excepto durante mi retiro en Montmorency, en que el estado de mi salud obligóme a tratarla como a una hermana. Pero mi ternura hacia ella no ha disminuído un solo instante y, a no ser por usted, la idea de dejarla sin medios de subsistencia emponzoñaría mis últimas horas.

De esta vinculación nacieron cinco hijos, todos los cuales fueron llevados a la Casa de Niños Expósitos, y con tan pocas precauciones que ni siquiera he conservado las fechas de nacimiento. Durante algunos años el remordimiento ha turbado mi paz, y moriré sin saber cómo reparar el mal, para pesadumbre de la madre y mía. Unicamente poseo un duplicado de la señal que hice colocar en las ropas del mayor, que debe haber nacido, creo, en el invierno de 1746 o 1747. Esto es todo lo que recuerdo. Si hay manera de hallar al niño será la madre infinitamente dichosa; pero desespero de ello; estoy desconsolado. Las ideas con que este extravío ha llenado mi mente han contribuído no poco a las meditaciones de mi tratado sobre la educación, donde hallará, en el libro primero, un pasaje que le indicará esta inclinación (1).

Creía entonces Juan Jacobo que también había dañado a Teresa, en otro sentido; aunque no se lo había prometido, no se había casado con ella. Pero dijo a la duquesa que siempre la había honrado como a una esposa por "la sinceridad de su afecto, su bondad, su lealtad inmaculada, que jamás me ha hecho concebir la menor sospecha". Por consiguiente, dispuso que, después de su muerte, su noble amiga hiciese residir a Teresa en cualquier lugar provinciano, lejos de París, ¡de su madre! y ¡de sus más crueles enemigos!

(1) Cap. XVI del *Emilio*.

Por medio de su agente La Roche procuraba la señora de Luxemburgo llevar a cabo la primera de estas comisiones. Durante varios meses fueron investigados los registros de París; no se dejó piedra sin remover. Pero informó ella que la búsqueda era difícil; todos los registros de los niños habían desaparecido.

Diversos cronistas han sostenido que los agentes privados de la señora de Luxemburgo dieron con uno de los hijos de Rousseau, el mayor, pero que, por razones de discreción, nada informaron al padre. ¿Tan terrible era el informe? La obscuridad del testimonio ha dado lugar a todas las conjeturas posibles. Un investigador moderno afirma que Rousseau tuvo un solo hijo y que, consecuentemente, ¡era un jactancioso! Otros, como la señora F. MacDonald, que no tuvo hijos, sino que fué engañado por Teresa, y la madre de ésta, con lujo de detalles.

Nos hemos inclinado a aceptar intacta la terrible confesión del mismo Rousseau, hecha en tres o cuatro distintas oportunidades, que le obsesionó durante la mitad de su vida, como la más probable y sin duda menos fantástica que las conjeturas de sus intérpretes.

De su lecho de dolor levantóse un día restablecido. Su médico, el hermano Côme, aseguróle que no tenía piedras en la vejiga, sino solamente una "deformación" de la uretra (¿congestión?), que le causaría dolor durante toda su vida, sin acortársela. Reasumió su trabajo. Apartó, o procuró apartar, el pensamiento sobre sus hijos; temía conocer su destino, que fuesen ahora tristes presentes para la madre; pero no habló más, como lo había hecho una vez jactanciosamente, de su educación espartana o romana... Finalmente, pidió a la señora de Luxemburgo que abandonase la infructuosa búsqueda.

> Veo que es demasiado tarde —le escribió—, y que no he tomado las debidas precauciones. Justo es que deba soportar el castigo por mi negligencia; ni siquiera el éxito de sus búsquedas podría proporcionarme un contentamiento puro y sosegado. Es demasiado tarde; es demasiado tarde.

El recuerdo de sus crímenes —que no lo eran para otros contemporáneos—, la sensación de su pecado y su remordimiento perdurable contábanse entre las cosas que le indujeron a considerarse un hombre de virtud extremada, muy por encima de sus coetáneos. Tenía, en última instancia, la vieja creencia cristiana de la salvación mediante la lucha, según podemos juzgar por pasajes del *Emilio* y de *Las Confesiones* que aluden a esta cuestión. Después de haber cedido a las tentaciones y pecado podrá el hombre liberarse de todas las vanidades, purificarse con el arrepentimiento final. Fué ésta su concepción duradera de la virtud. Debajo de la superficie del deísta y puritano operaba en él la antigua tendencia al confesonario: la confesión desolaba, purificaba y renovaba la senergías.

4

En medio del entusiasmo femenino y del aplauso aristocrático, trabajaba Rousseau en el *Emilio o la Educación,* libro que era la parte vital de su proyecto para desalojar al viejo régimen y desenvolver un nuevo censo. Sin embargo, halló su situación delicada. Se produjo entonces un descenso o convergencia general de muchas mujeres elegantes que, acometiendo de frente a sus más severas prohibiciones, se apresuraron a cortejar al vindicador de las mujeres. No sólo muchas rivales de la duquesa de Luxemburgo, ansiosas de suplantarla en su intimidad con Rousseau, sino hasta grandes señores —¡incluso un Borbón!— penetraron en su amistad.

El 7 de octubre de 1760 comunicó Rousseau a la dama del castillo de Montmorency la visita del príncipe Luis de Borbón de Conti y de su amante, la condesa de Boufflers, antes mencionada. Atribuía a los Luxemburgo esta visita a su humilde casa de campo; pronto el príncipe de Conti, profundamente encariñado con su extraño filósofo, le ofrecía hacer por él cuanto estuviese a su alcance.

Conti, otrora amigo de Voltaire, como de Richelieu, era un hombre generoso, esclarecido y algo filósofo. Cuando conoció personalmente a Rousseau frisaba en los cuarenta y tres años y se había distinguido ya por sus actividades en intrigas en el gobierno y sus moderadamente exitosas campañas militares en que había conducido a los ejércitos franceses.

No gozaba a la sazón del favor de la Corte y vivía la mayor parte de su tiempo retirado en su hermoso castillo de L'Isle Adam, donde le hacía la corte y era consolado por la deliciosa María Carlota de Boufflers. Este Borbón amigo de Juan Jacobo, que nos mira seriamente desde un viejo retrato suyo, era un hombre alto, de rostro amplio, redondo, grave, bello, y nariz larga, como los de su raza. Hay en la simpatiquísima expresión de su cara y de sus ojos cierta tristeza, como la de un espíritu digno pero frustrado. En el ambiente de Conti, así como en el de las damas que conocía, dió lugar Rousseau a aquella comedia de las costumbres inducidas por su republicanismo, que fué uno de los espectáculos más deliciosos del siglo XVIII.

En este primer encuentro, había Rousseau conducido al príncipe y su séquito, con regocijada confusión, a la terraza, donde se sentaron a una mesa, al aire libre, en medio de una glorieta de tilos. Terminados los cumplidos recíprocos, el gran asunto en que se encontraron fué una partida de ajedrez, juego en que el príncipe era muy hábil. A pesar de los signos y gestos silenciosos del infatigable caballero de Lorenzy, que se hallaba a las espaldas de Conti, derrotó Rousseau a su noble adversario.

—Monseñor —díjole al levantarse—, venero demasiado a Vuestra Alteza Serenísima como para ganarle en el ajedrez.

Rió de buenas ganas el príncipe, que quedó hondamente impresionado por la conversación, los principios y el carácter del Ciudadano. Poco después le envió a Montlouis una cesta de caza: nuevamente, transcurridos algunos días, uno de sus monteros de caza llevóle otra con un mensaje en el que se decía que las aves habían sido muertas por el propio príncipe.

Ante este segundo regalo, presa de su mal humor típico, escribió Juan Jacobo a la señora de Boufflers, ansioso de refirmar sus principios democráticos:

7 de octubre de 1760. Estoy hondamente conmovido por la estimación y bondad de que su Alteza me ha hecho objeto y que no esperaba. Sé respetar el mérito hasta en los príncipes... Nada he visto en él que me desagradase, excepto su título; más me atrae su personalidad que me repele su rango. Pero, señora, a pesar de ello, no puedo, ni tratándose de él, desechar mis máximas. Debo a ellas, en parte, el honor que me ha dispensado. De haber sido como los demás, ¿se hubiera dignado visitarme?...

Sólo me envía caza. ¿Y qué me importa ello? Cuando se comienza aceptando algo, pronto nada se rehusa. Aceptado todo, comienzan las exigencias... El proceso es, al parecer, inevitable. Y yo, señora, suceda lo que suceda, no quiero seguir ese camino.

Carta increíblemente absurda, torpe, poco afable, como él mismo reconoció después, pero sintomática, fecunda...

La señora de Boufflers, que le había presentado al príncipe, reprochó a Rousseau su rudeza. Le dijo que el príncipe le estimaba y quería y que jamás había deseado retribución alguna de cumplimiento embarazoso. "Desaprueba su delicadeza excesiva y, aunque por su parte no lo entiende así, teme que *los demás puedan considerarla afectada*... Los obsequios de caza sólo son pruebas de su estimación. Fabio, Quintio, Regulo, las habrían aceptado sin sentirse ofendidos...".

El Ciudadano amainó sus protestas minuciosas; el príncipe, que hubiera podido encerrarlo en la Bastilla, siguió tratándole con excesiva amistad, aunque sin importunarle.

Entre el príncipe y la condesa no podía Rousseau precisar cuál le atraía más. La señora de Boufflers, por su parte, le había mostrado en las comidas de los Luxemburgo un celo notable y delicadeza de sentimientos. Era joven, hermosa y culta. Conociendo a Juan Jacobo, bien podemos imaginar cómo su corazón envejecido, cansado y siempre susceptible, se enternecería por ella.

"Estuve a punto de enamorarme perdidamente de ella", dice. La señora de Boufflers iba a menudo a visitarle, acompañada por Lorenzy; hubo también uno o dos encuentros secretos en los que discutía con él, sin recibir muchos cumplidos, acerca de sus escritos.

Chismeaba Teresa acerca de las curiosas y agudas preguntas relativas a su amo con que la condesa la acosara en una ocasión. Finalmente, el servicial, el delicado Lorenzy, que era un familiar en las casas de Luxemburgo y de Conti, había insinuado a Rousseau que la condesa de Boufflers tenía cierta debilidad por él.

Es posible que no supiese entonces que era ella la amante del príncipe; pero, de todos modos, estaba decidido a ser prudente, "y era ya tiempo de serlo a los cincuenta años". Más adelante, pensando en el príncipe, reflexionaba: "¿Y qué hubiera hecho yo en el velorio de un príncipe?"

Nos inclinamos a detenernos en ciertas mujeres atrayentes que asediaban a Juan Jacobo en su retiro, pues la amistad de algunas de ellas influyó considerablemente en su vida ulterior. Nuevamente nos hallamos frente al misterio de la inclinación permanente que las mujeres sentían hacia el complejo, melancólico y (de un tiempo a esta parte) impotente Juan Jacobo.

Las mujeres francesas del siglo XVIII nos impresionan por intelectuales, emancipadas, vivaces; al observarlas perseguir, acosar agresivamente a los hombres con quienes se particularizaban, las hallamos terriblemente semejantes a nuestras mujeres del siglo XX.

Eran ciertamente una generación precoz estas parisienses de ocurrencias ágiles, curiosidad infinita y coquetería descarada, cuyos amplios escotes, que no achicaban, harían del hombre moderno una cosa nerviosa, despreciable. Las mujeres de la época de Luis XV eran, evidentemente, producto del ambiente, pues, dejando de lado las costumbres galantes primorosamente hueras, sus hombres no las exaltaban hasta el punto de elevarles pedestales.

Sin embargo, desde 1760, prodújose bruscamente una ola de reacción, una revolución en la etiqueta; y Juan Jacobo, que la había provocado, cabalgaba sobre su cresta. Había erigido un pedestal a la mujer. Con su romance de Julia y Saint-Preux había actualizado las nociones medioevales de la hidalguía, el heroísmo y el sentimentalismo. En lugar de las meras complicaciones físicas, cuyos problemas los galanteadores cínicos de la época dominaban hacía rato —principalmente los relativos a los trastornos secretos derivados de las amplias faldas y los ceñidos corsés del bello sexo—, en lugar de tales maniobras crudas, nuevas complejidades multiformes aparecieron en el arte de amar. Volvióse a la "Naturaleza", pero también al sentimiento y a la mujer, considerada desde hacía mucho el más groseramente físico de los dos sexos (y lo era en verdad), cortejándosela ahora tanto con la "cabeza" como con los cinco sentidos.

Las maneras heroicas, refinadas, de exaltación espiritual y perturbación cerebral, desconocidas por el siglo de Molière pero terriblemente familiares al de George Sand y Chopin, se convirtieron en una moda prevalente.

La señora de Boufflers, como tantas otras, perseguía a Rousseau con un poco de incertidumbre. En las cartas que le dirigía notamos que sus visitas eran "inquietantes y penosas" para el corazón del filó-

sofo, que por momentos se comportaba con inflexibilidad o se batía en retirada después de intervalos de condescendencia. Esta especie de coquetería suprema hacía que la mujer se afirmase aún más en su resolución de conquistarle. Para desdicha de esta condesa huyó de ella diciendo que "nada podía reemplazar en su corazón su amor por la señora de Houdetot."

Al desbaratar la curiosidad de la señora de Boufflers, y posiblemente el progreso de su afecto, sintió Rousseau que la había herido para siempre. Más aún: criticó severamente una novela suya que le había dado a leer, ¡acusándola de plagio, de haberla copiado directamente de una novela inglesa! Por último díjole, en uno de sus trabajos, que "era mejor ser esposa de un fumigador que amante de un príncipe". Y si bien había escrito esto antes de conocer a la condesa y cambiado, a instancias de Malesherbes, la palabra "rey" por la de "príncipe", tuvo la certeza de que se había ganado para siempre la "enemistad" de la señora de Boufflers.

Pese a la complejidad de su trato y a la multiplicidad de sus estados mentales, su genio y su imaginación fueron, para las mujeres del siglo, un llamamiento vibrante. La ternura de la señora de Boufflers hacia Rousseau parece infinita y sintomática: su amistad, sin embargo, es valiente, inconmovible; persiste en las horas más oscuras para la mentalidad del filósofo, hasta que, a fuer de los golpes repetidos que recibe, se llama a silencio.

En su carta a David Hume, su admirador, del 16 de junio de 1762, en que describe el carácter de Rousseau, podemos juzgar cómo era éste considerado por las mujeres que le defendían:

> El señor Rousseau, a los ojos de la mayoría, pasa en este país por un *hombre raro*. Tomado en su verdadera significación, este epíteto le designa correctamente, pues difiere él mucho, en su manera de pensar y obrar, de los hombres de nuestro tiempo. *Su corazón es honrado y su alma desinteresada.* Teme toda forma de dependencia; es por esta razón que ha preferido ganarse la vida copiando música que recibir las mercedes que sus mejores amigos le instan a aceptar... Elude la compañía; sólo ama la soledad; esto le ha creado enemigos, pues ha herido la vanidad de aquéllos cuya visita ha rechazado.
>
> Pero a pesar de esta aparente misantropía, creo que no hay en el mundo un hombre más dulce, más humano, más cordial, respecto a las perturbaciones ajenas, y más paciente con las propias. En resumen, es su virtud tan pura, constante, inalterable, que, hasta ahora, las razones que sus enemigos tienen para odiarle sólo las han hallado en sus propios corazones.

Con estas palabras procuraba ganar para Rousseau la amistad y la protección de David Hume. Pero no son más que el estribillo de la adoración de las mujeres por Rousseau en aquellos días de *La Nueva Eloísa*.

5

Tengamos paciencia. Quedan por considerar dos *amourettes* más con las mejores mujeres de su repertorio.

Buen trabajo nos costaría, por ejemplo, hallar en nuestro tiempo una réplica de la señora María Luisa de Verdelin. Era una mujer apetecible por su belleza, su inteligencia, su ingenio, y su bondad poco común. No podemos comprender cómo pudo Rousseau mantenerse a distancia de ella que, además, le escribía las mejores cartas.

En los días del *Ermitage* había conocido, muy por encima, a la marquesa de Verdelin, que residía en una casa de campo de la vecindad, y era amiga de Sofía de Houdetot, con la que, en los tormentosos días de 1757, se contaban sus confidencias, suspiraban y lloraban juntas, pues también a la señora de Verdelin había "herido la vida".

Era la mujer de un caballero militar, a quien Rousseau describió como un "escrofuloso", siempre jurando, gritando, regañando, envileciendo a su esposa, pero terminaba al fin por hacer cuanto ella deseaba. De una manera rara se había convertido en la amante del marqués de Margency, que pertenecía al círculo de los enciclopedistas y frecuentaba el castillo de la señora d'Epinay. Según las chismosas *Memorias*, Margency venía asediando a la dama desde hacía mucho tiempo, y declarando que, de no ser correspondido, pronto perdería la razón o la vida. La señora de Verdelin, después de ofrecer gran resistencia, se enterneció o volvió filósofa de repente. "Bien, ¡sea feliz!", le dijo, y le introdujo en su dormitorio...

La señora de Verdelin, a la que Rousseau, mejor informado, califica de "tierna, espiritual, extremadamente ingeniosa", había comenzado a tenderle la red en 1759; y la correspondencia entrambos se hizo voluminosa.

Refiriéndose a ella, Rousseau dice: "Nuestra amistad fué en sus comienzos tormentosa." Casi alardea en *Las Confesiones* de la rudeza con que la trataba. Había cometido el error de enviarle potes de plantas para su terraza de Montlouis, té, bombones, paquetes de alimentos, actitud que le inspiró un "torrente de reproches".

Se producen las querellas, los avances y retrocesos habituales. (Las cartas de la dama son extraordinariamente fascinantes.) Soporta ella golpes, increpaciones, rezongos, y continúa siendo solícita con él. Le envía polvo para los dientes, remedios para su hemorragia nasal y hasta cáteters más modernos para su enfermedad; hace obsequios a Teresa Levasseur.

"Cuando usted riñe conmigo —le escribe—, persuadida de que soy yo la equivocada me increpo y castigo a mí misma; pero me consuelo pensando que no me conoce bien todavía, y que el año que viene ya no rezongará." Agrega después algo que le conmueve: "No es su mentalidad subyugante lo que más me atrae, sino las cualidades de su alma."

Después de una escena de disensión lírica, Rousseau le escribe el 28 de diciembre de 1760:

"No he podido leer su carta sin enternecerme. Tengo muchos agravios que reparar y puede estar segura de que lo haré de todo corazón... Sea virtuosa, señora, y se convertirá en la mejor de las mujeres, pues le sobra talento para ser la peor, y esta abundancia puede conducir al extremo opuesto."

Bajo los estímulos de Rousseau, María Luisa de Verdelin, como tantos otros discípulos, "embriagóse de virtud". Leyó con arrobamiento la "sublime *Eloísa*". Como otras mujeres, extrajo de ella sabias y consoladoras máximas, reflexiones acerca de su propia vida. "La mayor desventura de una mujer —le escribió sentenciosamente— no proviene de haberse equivocado en su elección, sino de haber conocido el amor; desde ese momento debemos atalayarnos hasta el fin de nuestra vida: *el amor fatiga y humilla.*"

¿Era su amor por Rousseau el que *fatigaba y humillaba*?

Aunque María Luisa de Verdelin residía en París la mayor parte de su tiempo, siempre le enviaba noticias relativas al mundo de las letras y protestas de su alejamiento cada vez mayor de la sociedad. Separada del marido, así como del amante, no quería amigos. "Me halaga pensar que no le perderé nunca... Desde que me ha prometido conservarme su amistad, me es insoportable la idea de que pueda llegar a retirármela."

Le ofrece siempre su ternura irresistible, su buen humor, su lealtad. Le defiende con fervor contra sus enemigos de París. "Cuánta risa causa —exclama indignada— ver a esos protectores de la religión y la moral social levantarse contra *el único escritor del siglo que ha hablado por ellos* y que ha combatido contra el *materialismo*..."

Un día le escribió él desde muy lejos:

Cien veces al día pienso con ternura que, desde el mismo comienzo de nuestras relaciones, no han decaído un solo instante sus bondades, sus atenciones, su amistad; que siempre ha sido la misma para mí, en mis buenos o malos humores, en mi buena o mala estrella; que me ha mostrado una uniformidad de alma digna de ser estudiada por un sabio, y una benevolencia inalterable, que todos los amigos prometen y no *hallamos* en ninguna parte.

Jamás tuvo la señora de Verdelin un instante de vacilación; le prestó miles de servicios y viajó lejos por él. Soportaba con dulzura sus propios infortunios.

La enfermedad y las adversidades —le escribió—, me han enseñado a ceder, como los árboles de mi jardín, a la voluntad del viento que los dobla; como ellos, todo lo que deseo en que no se rompan... Ojalá pueda tratarme siempre como a una hermana; es cuanto quiero ser para usted; no de otro modo me siento a usted ligada.

Salta a la vista la devoción inquebrantable de las amigas de Rousseau. ¡Pobre Juan Jacobo! Atormentábalo entonces la insuficiencia física de la edad avanzada. Más tarde, en la época de los desastres que ya se asomaban y que iban a ensombrecer su alma con la manía y la ingratitud, tendría necesidad de ellas.

6

El 28 de septiembre de 1761 recibió Rousseau una carta anónima extraordinaria de una mujer que acababa de leer su novela:

No sabrá usted quién soy —expresaba—, *pero sí que Julia no ha muerto, que vive para amarle. No soy yo Julia, como puede inferir por mi estilo. No soy más que su prima o su amiga, como lo fué Clara...*"

Afirmaba que, como por arte de magia, había Rousseau hecho el retrato exacto de su amiga, como si la conociese.

La misma sublimidad de alma, delicadeza, piedad para los padres, bondad para los criados y compasión para el desdichado; el mismo talento, la misma gracia y felicidad de expresión y una generosidad aún mayor para su marido, muy diferente a Wolmar. Julia existe, señor, no lo dude, y aunque aborrece las nuevas relaciones, daría el mundo entero por trabarlas con usted. No se atreve a ilusionarse con ellas, pero confía, por lo menos, en que pueda yo mostrarle una respuesta suya.

La dirección que la dama misteriosa daba era la de la marquesa de Solar, persona muy conocida en Versalles, por cuyo intermedio las cartas debían ser transmitidas. Este juego intrigó algo, al principio, a Rousseau. ¡Existía, pues, en Francia una Julia que pedía a su amiga Clara que le escribiese en su nombre! El contestó al instante:

Estoy complacido por la gloria de su sexo y aun del mío... Deliciosas amigas: si son ustdes como mi corazón las imagina, jamás podrán encontrar un Saint-Preux. *¡Pero si son como las demás, sólo entonces podrán hallar a Saint-Preux!*

¿Dice usted que nos veamos? ¿Ignora que el hombre a quien escribe padece una enfermedad incurable, que se debate todos los días entre el dolor y la muerte? Con todo, no puedo ocultarle que su carta me ha inspirado el secreto deseo de conocer a ambas... Pero, a pesar de mis años, mi razón, mi experiencia, un hombre solitario, si quiere conservar su paz, no debe exponerse a ver a Julias y Claras.

La respuesta no se hace esperar. Clara conoce la desdicha de Rousseau, que lamenta infinitamente; en adelante también Julia escribirá al gran hombre. Poco después, "Julia" inicia su correspondencia. También ella anhela poseer una carta suya. El pobre y solitario inválido contesta muy complacido, pero anuncia una sospecha truculenta: *¡Julia suena mucho a hombre!*

Si fuese una mujer sería más que un ángel y deberíamos adorarla. Si se trata de un hombre es un sujeto muy inteligente, aunque la inteligencia es como el poder, cuando se la posee en exceso se abusa de ella. En fin, esto se va animando demasiado para continuar en el anonimato. Hágase conocer o no escriba más. Es ésta mi última palabra.

Una súplica penetrante de "Julia", en el sentido de que no la obligase a revelarse, a "perderse" (*"¿Mi culto, que creía tan puro, no fué más que idolatría?"*), persuadió a Rousseau de que se trataba de una mujer y le hizo sospechar que "Clara" y "Julia" eran una sola persona.

La agradable comedia epistolar, con su rápido intercambio de cartas, continuó durante algunas semanas de octubre y noviembre de 1761. Pero en diciembre, transcurridos tres meses, el juego le fatiga y fastidia: "Usted que tiene tiempo y salud no puede colocarse en mi lugar. A pesar mío debo interrumpir esta correspondencia en la que me es imposible poner bastante de mí y acerca de la cual tiene usted mucha razón al no desear continuarla sola."

En respuesta le llegó una carta angustiada. El no contestó; y las cartas y los reproches —todo en el estilo de *La Nueva Eloísa*— se iban acumulando en rápida sucesión, hasta que al fin, exasperado, redacta la carta terrible del 11 de enero de 1762:

"Es usted muy inteligente, señora; se ve a la legua, *pero todo lo que desea son cartas mías. Es más típica de su barrio de lo que había supuesto.*" (La última dirección de "Julia" era la calle de Richelieu, cerca del Palacio Real, notoria por sus prostitutas.)

Los reproches de "Julia" están ahora dignificados; se da cuenta de que el insulto de Rousseau obedecía a un impulso repentino. Con todo, se desilusiona de su filósofo y está dispuesta a cesar sin pesadumbre toda relación con él.

A partir de entonces la comedia se acorta; conoce Rousseau a la corresponsal anónima, que es la señora de la Tour (posteriormente de Franqueville, después de la muerte de su primer marido); mujer de buena familia, rolliza, amable, de cara ovalada y tez morena; contaba con amigos entre los hombres de ciencia y literatos, y era muy respetada por su inteligencia y carácter. Su humildad, y su angustia por la enfermedad de Rousseau, la inclinaron a escribir a Teresa Levasseur, a la que enviaba sus criados por noticias de él. Como Teresa no sabía escribir, contestaba Rousseau, fingiéndose su "secretario", en un tono muy apagado. La señora de la Tour imploró el "perdón" de Rousseau, actitud que a él, el ofensor, le pareció muy natural. Más tarde, en 1762, le manifestó su deseo de verle en Montmorency, a lo que respondió él galantemente: "Debo reflexionarlo pues admito que me asusta usted mucho."

La señora de la Tour no le visitó, y pronto calamidades diversas interrumpieron estas relaciones. Era una época en que la literatura epistolar de moda había iniciado este juego antojadizo con la intención de publicar algún día la serie de cartas entre las dos mujeres imaginadas y Rousseau. Aviniéndose de buena gana al deseo de éste, irresistiblemente atraída por el borrascoso drama de su vida, a tal punto que sus esfuerzos literarios le parecieron al cabo demasiado pálidos, abandonó este plan.

Hay una edad y un estado mental en que los amores ficticios con un desconocido resultan muy atractivos. La señora de la Tour, por su parte, habíase enamorado terriblemente de su imaginado Juan Jacobo; acumulaba todas las noticias o rumores concernientes a él; seguía desde lejos sus múltiples vicisitudes, y su correspondencia, que fué reanudada, se prolongó durante largos años; consolaba a Rousseau, según él mismo afirmó, en sus momentos de mayor aflicción. Se colocó al frente del grupo de mujeres que se precipitaron a defenderle cuando fué atacado. Y hubo un tiempo en que esta actitud requería no poco coraje. Cuando el filósofo vacilaba o se lamentaba de su duro destino, ella le sostenía con sus alentadoras palabras, llenas de ternura y sabiduría. "Al consagrar su pluma a la verdad —le amonestaba— ¿no debía haber preparado su alma para la constancia?... *El camino que ha escogido no es el de la paz sino el de la gloria*".

¡Paz, no, pero sí gloria trascendente! Los meses, los dos años de serenidad pasados en el valle de Montmorency, merced a las satisfacciones y recompensas mundanas obtenidas transitoriamente en condiciones anticonvencionales, tienen el pasajero hechizo de una elevada comedia social. El Ciudadano Rousseau era entonces un león feliz entre aristócratas; este breve instante de sosiego, de casi inmunidad, nos deleita. Pronto aparecerán las escenas mágicas que nos predispondrán para los futuros crescendos, tempestades, furias.

Una de las curvas más altas del singular progreso de Juan Jacobo en la sociedad está marcado en el diagrama por la muerte repentina de *Turco*, su perro (*né* Duque). Al tanto de la triste nueva, la duquesa de Luxemburgo llega sin aliento a Montmorency el 17 de julio de 1761.

"¡De qué me he enterado! —se apresura a decirle—. Comparto su dolor; yo misma estoy desesperada. ¡Pobre *Turco*! ¡Qué lástima! Hay muchos amigos que no son tan sinceros como él." Y se excusa de no haber podido correr antes a su lado.

Hasta el mariscal, que había sufrido la muerte de un pariente y cuyo hijo, el duque de Montmorency, acababa de ser herido en una batalla, abatido por sus propias desventuras, apresuróse a ofrecer a Juan Jacobo sus condolencias por la pérdida de su perro. "¡Oh, cielos, cuánto lo siento por usted! Ha perdido al pobre *Turco;* tuvo usted que ultimarlo; ni siquiera me diga por qué. Comprendo su infortunio."

El 20 de julio Rousseau responde: "Mi pobre *Turco* no era más que un perro, pero me quería; *tenía sentimiento, era desinteresado, naturalmente bueno.*" (¡El perro también!).

La duquesa de Montmorency y el caballero de Lorenzy le enviaron notas de condolencia. También la condesa de Boufflers y el príncipe de Conti se apresuraron a consolarle: "El príncipe me ha pedido que le transmita que lamenta grandemente su infortunio, —le escribió

la señora de Boufflers— y que si le agradase poseer otro perro, de cualquier clase, mucho le complacería obsequiárselo."

Mas, ¿cómo podía el mejor de los perros, comprado por un príncipe, suplantar al que había perdido, a través de largas relaciones con su amo, al ser sensible y naturalmente virtuoso?

7

Por agosto de 1761, el *Contrato Social*, listo ya para su impresión, había sido enviado a Rey, el editor holandés. Más aún: había completado también el *Emilio*, el largamente soñado ensayo sobre la educación, la ética y la religión. La obra de su vida estaba cumplida, como escribió algunos meses antes al pastor ginebrino Jacobo Vernet. Habiendo tomado la pluma a los cuarenta años, le alegraba poder dejarla ahora, casi a los cincuenta; pues ¿qué era, al fin, la literatura? Nada más que sátira, decepción y libelo, observaba pensando en Voltaire. Los grandes talentos habían descendido a las costumbres viles. Viendo a los hombres de letras "despedazándose entre sí como lobos", se sentiría dichoso de abandonar la pluma y echar al olvido las grandes reyertas de los maniquíes y saltimbanquis. "Me queda por publicar una especie de tratado sobre la educación —escribió a un amigo ginebrino— pletórico de ensueños que me son habituales, el último fruto de mis andanzas por mi país; hecho lo cual, lejos del público y en libertad para abandonarme a mis amigos y a mí mismo, aguardaré tranquilamente el fin de mi ya larga y humillante carrera."

El *Emilio* era su libro acariciado; contenía todos sus pensamientos, todas sus críticas mordaces de la sociedad, su visión de una generación de hombres moldeados para la futura utopía, su bella y elocuente expresión de una religión natural.

Su fervor, su seriedad, sus ansiedades respecto a este último trabajo se habían hecho extensivos a sus amigos, quienes barruntaban que tenía entre manos un asunto de gran importancia histórica.

Malesherbes leyó el manuscrito. Pensando en el bien inmenso que la sociedad podía derivar del *Emilio*, este magistrado de espíritu amplio sintióse arrebatado por la esperanza. La señora de Luxemburgo habíalo leído con Rousseau, durante entrevistas diarias al efecto, y si bien sospechaba éste que, después de la *Julia*, la subyugante novela, se fastidiaba ella con el *Emilio*, lo cierto es que su valor la excitaba enormemente. Llevando su admiración al extremo, tres de los más grandes personajes que rodeaban a Rousseau, Lamoignon de Malesherbes, la señora de Luxemburgo y el príncipe de Conti, le instaban frecuentemente a publicar el *Emilio* en Francia, bajo su dirección y auspicios, a fin de evitar las pérdidas, dilaciones y prácticas injustas que sufrían las ediciones en el extranjero. Tendría la protección poderosa de los Luxemburgo y de Conti: estaría sujeto únicamente a la

"censura" de Malesherbes, que le había ofrecido generosamente su ayuda. El gran tratado sobre la educación, de Rousseau, sería el honor de Francia y la gloria de sus protectores. Las circunstancias de su publicación tenían un aire dramático...

Durante un tiempo se resistió a estas instancias. Hasta ahora todos sus escritos importantes habían sido publicados en Holanda, que gozaba de libertad de prensa. Insistía, por orgullo, en firmar sus obras; y por esta razón se negaba a publicarlas donde podían ser prohibidas. Finalmente, convencido por el mismo Malesherbes —es importante notarlo— de que estaría a salvo, de que los pasajes relativos a la religión contenidos en el libro no ofenderían a nadie y serían aprobados por todos, Rousseau cedió y firmó contrato con la firma local Duchesne y Guérin, designada por sus amigos, de la que recibiría la suma de seis mil francos.

En cuanto al evidentemente más peligroso *Contrato Social*, no se había pensado editarlo abiertamente en Francia. Sería sometido por el editor de Amsterdam a la oficina del señor Malesherbes, que lo "condenaría" oficialmente y prohibiría su entrada en Francia. Por consiguiente, sería introducido de contrabando y vendido o prestado en París y otras grandes ciudades a precios fabulosos, aun en relación al valor de la moneda actual.

La condición del comercio de libros por aquellos días era, como hemos señalado, una especie de contrabando o piratería por parte de los libreros. En cuanto a los autores, habría agradado al partido del rey y las facciones católicas —jansenistas gálicos y jesuítas ultramontanos— quemarlos en una hoguera. Sin embargo, las violentas disensiones y luchas entre ambas facciones contribuían a mantener viva cierta libertad de pensamiento. La época era, pues, de extremada licencia para el pensamiento y completa prohibición en cuanto a su expresión. Los libros más agitadores que se publicaban secretamente en Francia —tales como el *De l'Esprit* de Helvecio, cuyo materialismo había virtualmente estimulado a Rousseau a escribir el *Emilio*— no podían ser impresos en ese país sin dar lugar al castigo de una jerarquía de la ignorancia y la opresión completamente organizada. Por esta razón Voltaire negaba blandamente la paternidad de sus trabajos "anónimos". Una docena de años antes, Diderot había sido encarcelado por haber ofendido a la querida de alguien. El mismo Diderot halló que la Enciclopedia había sido enmendada en la imprenta durante muchos años sin su permiso, a tal punto que el trabajo de toda una década hubo de ser rehecho (2).

(2) En 1760 un autor llamado Palissot escribió una comedia intitulada: "Los Filósofos", que era un libelo contra el grupo de Diderot, y la envió a Rousseau para congraciarse con él. "No puedo aceptar su horrible presente", le contestó éste virtuosamente (como Saint-Lambert dos años atrás, en 1758, cuando la controversia Rousseau-Diderot). El abate Morellet, amigo de Diderot, contesó el libelo atacando a los partidarios de Rousseau e, incidentalmente, a cierta princesa de Robecq, muy influyente en la Corte. Por este último "crimen" el vivaz abate fué conducido a

Cuando alentó a Rousseau a publicar el *Emilio* en Francia, ¿se dejó Malesherbes, liberal de corazón, llevar por el entusiasmo? A la verdad, había sugerido, antes de que el libro circulase por París, la introducción de algunas modificaciones moderadas. Estaban las palabras: *"preferiría ser la esposa de un fumigador a la amante de un rey"*. Rousseau se había resistido a éste y otros cambios con una obcecación singular en su época. "No puedo consentirlo —escribió al joven magistrado— porque las más de las enmiendas propuestas anularían directamente el propósito del libro." Consintió en substituir la palabra *rey* por la de *príncipe*, y Malesherbes, en realidad, arrancó las páginas alusivas del ejemplar que envió a la señora de Pompadour. No escapaba a Rousseau que podía ofender a muchas personas influyentes, incluso a sus amigos, el príncipe Conti y la señora de Boufflers.

En general, no entusiasmaba a Rousseau la vida de lucha azarosa, el martirio público. Sentíase incapaz para la acción y se limitaba a la acción indirecta de sus escritos, asaz poderosa. Repite un centenar de veces en sus cartas, y en *Las Confesiones*, con cuánta escrupulosidad observaba las leyes del país en que vivía. Temía que gran parte del *Emilio* fuese censurable; mas dejóse al cabo persuadir, pues personas influyentes en la Corte y el mismo censor —señor de Malesherbes— le habían prometido protección. Se decidió que la impresión del *Emilio* se haría en Holanda, pero que debía editarse en nombre de Duchesne y Guérin, libreros de París.

Juan Jacobo estaba tranquilo. Los frutos de las reflexiones de toda su vida se hallaban en prensa; sólo se ocupaba en compilar el aún no publicado *Diccionario de Música* y algunas otras piezas de menor cuantía. Por el *Contrato Social* había obtenido mil francos, y por el *Emilio*, seis mil, los que, sumados a los que por su vida frugal había acumulado, le bastaban para vivir modestamente de renta. Más aún: Rey, el librero de Amsterdam, admitía que las utilidades que le produjeron *La Nueva Eloísa* y los libros precedentes del mismo autor habían sido grandes; como medida de compensación ulterior asignó a Teresa Levasseur, para gran contentamiento de Rousseau, una pensión vitalicia de trescientas libras anuales. (Rey fué el único de los libreros conocidos que confesó haber hecho dinero con el trabajo de un autor). Rousseau y su compañera tenían ya una renta vitalicia; podían retirarse, como había manifestado al señor de Luxemburgo, a las profundidades de alguna provincia, tal como la risueña Touraine. Allí, ejerciendo su habitual economía, Rousseau podría vivir con su compañera hasta el fin de sus días; olvidado del gran mundo, desparramando sus bondades a cuantos le rodeaban, podría entretanto ejecutar su último gran proyecto, que se había propuesto a menudo y sobre el cual agradábale mucho meditar: escribir sus Memorias.

la Bastilla mediante una *lettre de cachet*. Recordamos aquí, para su honra, que Rousseau intercedió generosamente por su rival, suplicando al señor de Luxemburgo, padre de la nombrada princesa, que hiciese poner en libertad al autor del folleto, lo que ocurrió pocas semanas después.

Había tenido siempre una tendencia profunda a recordar el pasado, con su desnudez, su hambre, sus luchas. Y si mucho había en él de doloroso no faltaban episodios de su juventud y madurez dulces o mordaces en que explayarse. En sus paseos solitarios se perdería en sus ensueños deliciosos, reviviendo las escenas de su vida, más reales, más vívidas que todo lo que al presente le circundaba. No se puede poner en duda su amor persistente por la quietud, la oscuridad y los encantos de la meditación solitaria y perenne.

8

¿Puede haber paz y reposo para Juan Jacobo? Quizá cuando desaparezca, por lo menos, alguna parte de su vida vibrante e inquieta.

El invierno de 1761-62 se presenta sombrío para Rousseau, con su cortejo de enfermedades, alucinaciones y presentimientos horribles. Una sombra lóbrega de catástrofe, tanto más terrible cuanto que no podía precisar dónde se ocultaba el peligro, asomaba en su alma.

Había percibido últimamente —por lo menos en su imaginación suspicaz— la pérdida de terreno en la casa de los Luxemburgo. No se sentaba ya a la cabecera de la mesa, junto a la duquesa, aunque el mariscal le amaba todavía. ¿Se estaba enfriando la señora de Luxemburgo? Había él cometido varios "desatinos". Se acusa de haber aconsejado al mariscal, a raíz de la pérdida de algunos familiares, contra los deseos de su esposa, que se retirara de la vida pública; de haber alabado un mal retrato de la duquesa para complacer al artista, que era un miembro de la familia, y que no hizo más que burlarse de él. Nuevamente esas terribles mujeres de talento, la señorita de l'Espinasse, la amiga de Voltaire y d'Alembert, y la señora du Deffand, que frecuentaban las comidas en el hotel de Luxemburgo, en París, le habían dejado mucho, por lo menos en una ocasión. ¿Olvidaría alguna vez la señorita de Boufflers lo que había dicho acerca de la amante de un príncipe? Y el mismo príncipe, ¿le perdonaría?

En el rigor del invierno, cuando todo se tornaba silencioso y muy pocos iban a visitar al filósofo solitario, grandes agitaciones le perturbaban. Habían transcurrido alrededor de seis semanas y apenas había recibido de su librero las primeras páginas de prueba. Como no tenía noticias de la señora de Luxemburgo se quejó al mariscal: "Le confieso que el prolongado silencio de la señora mariscala me asusta. Nada comprendo de este horrible misterio que sólo acrecienta mi alarma." La impresión de su libro sufrió una detención en noviembre cuya causa no podía explicarse; Malesherbes se había alejado de la Capital.

En su incertidumbre extrema se entregó a las más fantásticas alucinaciones.

Una desdicha, cualquiera que sea, jamás me turba o abate mientras sé en qué consiste; pero tengo propensión a temer las tinieblas; me asusta y me repugna su lobreguez; lo misterioso me inquieta siempre y es harto contrario a mi carácter, abierto hasta la imprudencia. Creo que el aspecto del más horroroso monstruo me asustaría poco; mas si de noche creo ver una figura bajo un lienzo blanco tengo miedo.

Sospechó de pronto que los jesuítas, sabiéndole enfermo, se habían apoderado del *Emilio,* resueltos a ocultarlo hasta su muerte a fin de publicarlo después mutilado. Creyó que los nuevos editores eran unos traidores que le habían inducido a dar ese paso tan sólo para entregarlo a sus enemigos de sotana. Pensó que el canciller del rey, padre de Malesherbes y amigo de los jesuítas, pudo haber intimidado a su hijo hasta hacerle abandonar el proyecto o entregar al autor; que Madame de Pompadour, por un lado, y el ministro Choiseul, rival de ésta, por el otro, se habían combinado para destruirle. Envió cartas tras cartas a Guy (socio de Duchesne), a Malesherbes, a la señora de Luxemburgo y hasta a las señoras Dupin y de Verdelin. "Estuve profundamente perturbado... *he delirado*".

Pero la señora de Luxemburgo y Malesherbes custodiaban a la vez al libro y al autor. Cuidaba aquélla de que todo marchase bien, apuraba al impresor, y haría éste un viaje a Montmorency para calmar al aturdido hombre.

"Oh, señor —le dijo a Malesherbes—, ¡cuán cruel es para un inválido triste y solitario poseer una imaginación desenfrenada y carecer de noticias acerca de lo que le conturba!" Confesóle que se había comportado abominablemente, que merecía su desdicha, y le rogó mantener en secreto sus delirantes cartas.

Es evidente que, en los meses de noviembre y diciembre de 1761, la ansiedad y el terror a lo desconocido sacaron de quicio a la razón de Rousseau. Pero se restableció; unos pocos golpes o conmociones más de esta naturaleza habrían bastado para deshacerle. El sosiego habíale curado.

El tenaz y justo Malesherbes, que había sido testigo de esta crisis, respondiendo a sus excusaciones melancólicas, analiza con gran discernimiento, en una carta fechada el 25 de diciembre, su perturbado carácter:

Le diré francamente que he notado en su conducta una sensibilidad extrema, una melancolía profunda y una gran predisposición a mirar las cosas por el lado más sombrío, pero igualmente poderosa para aceptar, cuando se le presentan, la justicia y la verdad... Su enfermedad y la soledad acrecientan grandemente su melancolía. La clase de vida que ha abrazado es harto singular para no destacarse, y usted demasiado famoso para que no sea ella absorbida por el público. *Tiene usted enemigos, pero sería humillante no tenerlos en absoluto*... Mucha gente atribuye los extremos a que ha arribado a aquella vanidad tan a menudo reprochada a los viejos filósofos, pero desde que sé que la causa de todo radica en su enfermedad, le estimo mucho más.

Malesherbes veía en lo hondo del alma de Rousseau, como escribió a la señora de Luxemburgo, "con su mezcla de honradez, elevación, melancolía y, a veces, desesperación, que es la causa de su vida atormentada y también de sus obras... tan vigorosas y verdaderas."

Malesherbes, que comprendía como nadie el carácter de Rousseau, era también el más tolerante.

Por las noticias y las pruebas de imprenta recibidas percatóse Rousseau de que había acusado injustamente a hombres honrados y alborotado sin motivo a sus amigos. Su abatimiento y su dolor fueron tan intensos que se creyó morir o al borde del suicidio.

El accidente que le sobrevino mientras trataba su enfermedad —según escribió a Moultou, joven ginebrino—, en virtud del cual tenía alojado en su cuerpo desde hacía tiempo un trozo de cáteter de cera, le hizo creer inevitable su muerte prematura.

Estoy en las últimas, querido Moultou — dice en una carta del 23 de diciembre de 1761. Describe en ella sus locuras y alucinaciones de entonces. "El delirio del dolor me hace perder la razón antes que la vida." Todas sus sospechas habíanse a la sazón disipado; pero durante su exaltación anterior había proyectado el plan de enviar al joven Moultou una copia del bello libro cuarto del *Emilio,* que contiene la "Profesión de fe del vicario saboyano", a fin de que su amigo pudiera conservarlo en el caso de que muriese antes de la aparición de la obra. El "¡adiós!" con que remató su carta a Moultou, a quien se dirigía como a un "discípulo" honorable, era una clara alusión a que, como el milord Edward de *La Nueva Eloísa,* frente al dolor irremediable, no tenía escrúpulos ante la solución del suicidio.

El interés evidenciado por Malesherbes respecto a su carácter y su genio bastó para conmover el susceptible corazón de Rousseau, que se decidió a hacer una "confesión" general que aclarase, arrojase luz sobre su naturaleza compleja. Nadie se confesaba con más facilidad o tan frecuentemente como Juan Jacobo. Cuando su espíritu se inflamaba, abandonábase a sus grandes damas y a casi todos sus corresponsales; casi la mitad de sus cartas, así como de su obra, son puras confesiones. En el mes de enero de 1762 dedicóse a escribir a Malesherbes cuatro largas cartas en las que, como le agradaba hacerlo, contemplaba su propia vida, su propia alma; abriendo su corazón se "liberaba", se consolaba. Estas famosas cartas a Malesherbes son *Las Confesiones* en miniatura; poseen una belleza y un ardor sorprendentes. Parece en ellas como si, a través del golfo de los siglos, nos encarase, se dirigiese a nosotros vivo, ambicioso, inmensamente humano y comprensible.

"Me supone desdichado y consumido por la melancolía. Oh, señor, tales cosas las he padecido en París." Siente un disgusto invencible por la sociedad humana; las relaciones de cortesía le son odiosas; ha nacido con un amor natural a la soledad, que se acrecentó cuando llegó a conocer mejor a los hombres.

Pasa revista a su vida; en su juventud, las duras experiencias, las injusticias y desengaños sucesivos le habían conducido "a escarnecer a su siglo y a sus contemporáneos". Había percibido y sufrido agudamente las contradicciones del sistema social. Hubo un momento de su vida (la visita a Diderot en Vincennes) en que, como en un trance, la luz se le hizo de repente y un tropel de ideas, millones de estrellas brillaban ante él. Fué entonces que intuyó, como un dogma central que informó todas sus otras ideas, que "el hombre era bueno" y la sociedad lo había depravado. Esta gran verdad habíala deducido no sólo de su propia vida. Pudo decir con íntima convicción, a pesar de la conciencia de sus propios vicios: "De todos los hombres que he conocido nadie era mejor que yo." Y de esta suerte, percibiendo de súbito su destino, estallando con su gran mensaje, "había llegado a ser escritor a pesar de sí mismo".

Pero las porfías del mundo le vejaban y humillaban. Prefería ante todo huir lo más lejos posible de los salones y de las contiendas intelectuales y refugiarse en el corazón del campo. En sus paseos solitarios hallóse anegado en sus ensueños, como un fakir hindú; sumergióse en su vida interior, invocando por compensación al mundo de la naturaleza que le rodeaba y poblándolo de figuras de algún siglo de oro. Tales ensueños habíalos conocido en sus andanzas solitarias, en su hechizado despertar de una mañana en el *Ermitage*, en el parque de la señora d'Epinay.

Allí conoció el goce inefable de una comunión mística con "el sistema universal". Su mente exaltada tuvo conciencia

> de todas las creaciones de Natura, del sistema universal de cosas, del incomprensible Ser que lo abarcaba todo. Entonces, con mi mente perdida en la inmensidad, ya no pensaba, ni razonaba, ni filosofaba; sentíame en una especie de voluptuosidad, abrumado por el peso de este universo; entregábame con arrobamiento a la confusión de estas grandes concepciones. En imaginación, *agradábame perderme en el espacio;* con mi corazón reducido demasiado a los límites del ser me sofocaba en el universo; anhelaba lanzarme al infinito.

Su plegaria es el trance panteísta extático, en el que no sentía más que vértigo y deleite supremo y exclamaba, sin añadir otro pensamiento: *"¡Oh, gran Ser! ¡Oh, gran Ser!"*

El delirio de la libertad es un impulso central en el hombre; el pensamiento al cual vuelve el hombre incesantemente en su aborrecimiento a la autoridad.

"Odio a los poderosos, a su estado, su dureza, sus prejuicios, sus pequeñeces y todos sus vicios; y los odiaría más si les despreciase menos." Pero amaba a la humanidad, a la especie humana en general y no específicamente. "Los amo a todos y por ello odio la injusticia: *porque los amo, huyo de ellos.*" Amando a la humanidad, huye a la soledad y sufre menos sus males.

Detestaba a los poderosos, pero convivía con los Luxemburgo. Debíase a que había llegado a conocer sus corazones y a entregarse sin reservas a estos fieles amigos. Pero conceptuaba al señor de Luxemburgo el mejor de todos,

> no como a un duque o un mariscal de Francia, sino como a un sencillo caballero terrateniente, morador de un viejo castillo, y se consideraba a sí mismo no como un autor sino como un simple mortal de limitadas luces, viviendo con el señor y su dama, hallando su dicha junto a ellos y contribuyendo a la suya.

Durante las postrimerías del invierno y la primavera de 1762, mientras se imprimía el *Emilio*, volvió una vez más a hallarse atareado y sereno. Las damas que habían hecho de él un culto hacían sus "peregrinaciones" a Montmorency. Solazábase él con sus encantos y alentaba la adoración de cuantas le cortejaban a la distancia, distribuyendo sonrisas y cumplidos epistolares.

Con motivo de la impresión de la segunda mitad del *Emilio*, sobrevínole otro momento de ansiedad. Releyendo los pasajes religiosos no podía concebir su publicación impune en Francia, y propuso a Malesherbes que, por lo menos, los volúmenes tercero y cuarto fuesen impresos en Holanda, Por su parte, no podía ni quería allanarse, como se le instaba, a modificar nada de la "Profesión de fe del vicario saboyano". "Ningún peligro, ninguna violencia, ningún poder sobre la tierra hará que me retracte de una sola sílaba."

Muchas prevenciones comenzaron a llegarle. Desde Ginebra, Moultou le escribió que sus objeciones a la Revelación y los milagros en el libro cuarto del *Emilio* harían que *ambas* sectas cristianas cayesen sobre él. "El pueblo —le respondió Rousseau— tendrá al fin una religión positiva fundada en la autoridad de los hombres."

El Contrato Social que era impreso simultáneamente por Rey en Amsterdam, apareció antes, el 4 de abril de 1762, y su venta fué de inmediato, por supuesto, declarada ilegal en Francia. Pronto los ejemplares se filtraron por la frontera y circularon con secreta agitación en París.

El 22 de mayo de 1762 la edición del *Emilio* en París estaba lista. "He aquí al fin el libro —escribió a la señora de Luxemburgo— tan impacientemente esperado, bellamente encuadernado en marroquí rojo."

A medida que la obra iba siendo leída por sus amigos llegábanle testimonios individuales, aplausos privados, pero nada se decía en público. D'Alembert remitióle los más ingeniosos cumplidos, pero sin firmar la carta. La señora de Boufflers le dió las gracias, pero le pidió que le devolviera la carta. El mariscal de Luxemburgo le hizo llegar una nota lacónica. Duclos, su viejo *confrère*, nada dijo del libro cuando visitó a Rousseau; se limitó a consideraciones verbales.

En ocasión de haberle leído en voz alta el *Vicario Saboyano*, Duclos había exclamado: "¡Quiere decir que forma esto parte de un libro

que se va a editar en París! *Tenga la bondad de no decir a nadie que me lo ha leído.*"

Empero, a pesar de estas prevenciones, Rousseau permanecía tranquilo. ¿No era, acaso, el señor de Malesherbes, director de toda la empresa, quien debía castigarle? No temía por su persona. Creía que, como extranjero y republicano, podía su libro ser suprimido, pero que legítimamente no podía ser él perseguido por sus creencias.

Las advertencias y los rumores se multiplicaron. Las damas encumbradas que le adoraban se apresuraron a ponerle al tanto de los rumores que oían. La señora de la Tour (la "Julia" de las cartas anónimas) le puso al corriente de las extremadas noticias que circulaban en París. La señora de Créqui le manifestó que el Parlamento reaccionario, "cargado", de París, estaba deliberando sobre su libro. "¡Huya!", le suplicaba.

"No puedo ocultarme", le contestó. La publicación intacta del libro le había dejado resplandeciente de dicha. Era "el último trabajo que saldría de mi pluma." En cuanto a los peligros que tenía por delante, ahora que los conocía y que el libro había sido fielmente impreso, se desentendía en modo extraño.

A su querido discípulo de Ginebra habló el 7 de junio de 1762 sobre la efervescencia de París. Todos sus amigos estaban atemorizados; y "desde que Juan Jacobo jamás ha sabido ocultarse, me quedaré aquí". Los magistrados del Parlamento que estaban deliberando sobre el *Emilio,* no tenían noción de "los derechos del hombre" y no les perturbaba mucho más quemar a un inocente en París que descuartizarlo en Toulouse, como habían hecho aquella primavera con Calas.

Pero, mi querido Moultou, si el lema que he adoptado (*Vitam impendere vero*) no es pura habladuría, he aquí la ocasión de mostrarme digno de él; y ¿cómo podría emplear mejor la poca vida que me resta?... Pueden quitarme una vida que me es pesada, pero jamás privarme de mi libertad; hagan lo que hagan, la mantendré en sus cárceles, dentro de sus paredes. Mi carrera ha concluído; sólo me resta coronarla. He glorificado a Dios y he hablado para el bien de los hombres. ¡Oh, amigo mío, por tan grande causa ni usted ni yo rehusaríamos jamás el sufrimiento! Hoy el Parlamento adoptará una decisión. Espero tranquilo el veredicto.

CAPÍTULO XV

EL CONTRATO SOCIAL

¡Oh, si tuviera una Pensilvania para dársela!

MOULTOU a ROUSSEAU.

1

"El hombre ha nacido libre, pero en todas partes se halla entre cadenas." Con estas palabras, que encierran una imagen y una paradoja, inició su tratado sobre el gobierno. ¿Cómo ha podido el hombre esclavizarse?, se pregunta Rousseau. ¿Qué es lo que ha legitimado esa mudanza?

El orden social está basado en... ciertas convenciones. Ningún hombre tiene autoridad natural sobre sus semejantes, pues los seres humanos han llegado a vivir en comunidad como un contrato social (imaginario) más o menos tácito o explícito, entre los miembros de una sociedad, mediante el cual el poder soberano fué conferido al pueblo entero unido en un simple cuerpo político. De modo que cada hombre, parte interante del organismo, se somete a la acción, a las decisiones adoptadas por el conjunto, pero "no obedece más que a sí mismo y sigue siendo tan libre como antes".

Las proposiciones reciprocas surgen de la doctrina del pacto social como bases de la sociedad humana. Un pueblo soberano no puede enajenar su libertad a un déspota. "¡Sería la entrega de las personas a condición de que se les quiten también los bienes!" Además, no puede haber contrato entre esclavo y amo, desde que solamente el esclavo está obligado a cumplirlo, mientras nada tiene el amo que observar. Por consiguiente, si los hombres se hallan hoy en todas partes entre cadenas, si carecen de libertad, es porque *el pacto social básico ha sido quebrantado.* Se justifica que, si son lo suficientemente fuertes para ello, recuperen sus libertades; ¡que las reconquisten con la misma violencia con que les han sido arrebatadas!

Contrariamente a otros escritos especulativos de Rousseau, el *Contrato Social* es un trabajo dentellado, dogmático. Reúne casi todo el pensamiento de un siglo en materia de derecho político, al que agrega Rousseau su propio énfasis al respecto, sus innovaciones específicas; y abre muchas puertas a las nuevas corrientes. En cuanto al problema integral es más sugestivo que concluyente. Pero el mensaje del tratado a la época, la noción decisiva que hizo de él un instrumento de rebeldía, fué, en síntesis, la de la soberanía del pueblo, y la consiguiente de-

finición del Estado como expresión de la voluntad general y colectiva del pueblo.

"¿Por qué, pues, no nos liberamos?", se preguntaban los hombres que lo leían.

2

La época en que aparecieron las doctrinas liberadoras de Rousseau estaba profundamente perturbada. Bajo las odiosas, nefastas condiciones imperantes, el coraje y la vitalidad inagotable de los pensadores que durante cincuenta años prepararon virtualmente todo el programa de la gran Revolución eran la única esperanza. Lo asombroso es que la Revolución demorase tanto; pero cuanto más se retardaba, lo vemos hoy, más sangrienta y catastrófica sería.

Alrededor de un siglo antes de Rousseau, la centralización del gobierno había puesto toda la autoridad regional y local en las manos del déspota. Esta obra, iniciada y elaborada por el cardenal Richelieu, fué consumada durante el siglo XVII; y así una gran nación de cerca de veinte millones de hombres, con su nobleza, su clero, sus plebeyos, hallábase bajo el contralor absoluto del monarca. A los nobles, que habían sido los "hombres fuertes" del pasado feudal, se les había privado de sus poderes reales, pero respetado sus bienes y otorgado privilegios para enriquecerse. No tenían a la sazón *función* alguna, salvo la de hacer antesalas en la Corte del rey.

En el largo reinado de Luis XV el cuadro de la época se ensombrece. El déspota gobierna por "derecho divino" y la Iglesia, que sanciona su autoridad, disfruta la propiedad de la quinta parte de las tierras de Francia, virtualmente libre de impuestos obligatorios. El infantado de los príncipes de linaje abarcaba la séptima parte del territorio y otro tanto las tierras de algunos miles de nobles, exentas del *taille* o impuesto a la tierra; de manera que la mitad del suelo y de los bienes, trabajados por millones de campesinos, siervos y comuneros, soportaba la pesada carga de un gobierno sobre cuyo tesoro, mal administrado, pendía la sombra de un vago déficit que ningún ministro se atrevía a mencionar. La agricultura estaba en decadencia; la manufactura y el comercio veíanse frustrados por un millar de restricciones; las guerras desastrosas, así como los gastos del rey, de sus queridas y favoritas rentadas, tendían a consumir todo el crédito nacional.

En cuanto a las instituciones políticas no había una sola digna de tal nombre. El gobierno procedía conforme a las costumbres y los vagos precedentes. El antiguo Parlamento local tenía pocas funciones más que las judiciales; y aun éstas, cuando se ejercían sobre los decretos de la Corte (rara facultad de veto) podían ser anulados por decreto real o por el instrumento despótico conocido por *lit de justice*. Sobre quienes chocaban con el sistema caían las terribles *lettres de cachet*. De este último expediente, por el que se podía encerrar a

cualquiera en la Bastilla durante meses, años, a perpetuidad, ninguno de cuantos pudiesen despertar la venganza o los celos de los cortesanos influyentes estaba seguro. No había libertad individual, ni de palabra, ni de prensa; ni igualdad ante la justicia, la que por el mismo delito colgaba o descuartizaba a un comunero y *reprendía* a un noble.

Pensaba, como muchos otros —escribe Rousseau en *Las Confesiones* (más o menos hacia 1768)— que al estado de Francia amenazaba un próximo colapso. Los desastres de una guerra desgraciada (La Guerra de Siete Años en Europa y América, por la que perdió casi todo su imperio colonial); la continua incertidumbre de la administración, presa hasta entonces de dos o tres ministros en guerra abierta entre sí y que para hacerse mutuamente daño precipitaban el reino a su ruina; el descontento general del pueblo y de todos los cuerpos del Estado; la contumacia de una mujer obstinada que, sacrificando siempre a sus gustos sus luces, si es que las tenía, separaba siempre de los empleos a los más capaces para colocar a los que le agradaban más; todo concurría a justificar las previsiones del... público y las mías propias.

Como todos los pensadores del siglo, había meditado sobre las cuestiones, suscitadas por el fracaso general del viejo régimen [1], del individuo y la sociedad, del gobierno y los derechos humanos.

Durante veinte años, desde su estancia en Venecia, había estado meditando en este tratado de las "Instituciones Políticas". Finalmente, advirtiendo que jamás podría terminar tan enorme trabajo, se limitó a preparar el breve *Contrato Social*, que contendría, en forma concisa, sus doctrinas esenciales. Este trabajo, de un centenar de páginas, publicado en abril de 1762, representa, con el *Espíritu de las Leyes*, de Montesquieu (1748), la evolución de la doctrina política durante el medio siglo que siguió a los grandes estudios de John Locke sobre el gobierno civil y de los anteriores de Grocio y Hobbes.

Respecto a la significación de las teorías políticas de Rousseau ha habido una gran confusión: diversas escuelas a favor y en contra han surgido de ellas. Debemos en esto andar con pie de plomo, ya que el mismo Rousseau se manifestó posteriormente insatisfecho de su tratado, diciendo que, de haber tenido las fuerzas necesarias, lo hubiera modificado en gran parte. (Sus escritos privados ulteriores introducen importantes enmiendas.) También el *Contrato Social* en sí, considerado por los teóricos modernos como una de las más grandes obras de filosofía social de todos los tiempos, está lleno de períodos estilizados que debemos descartar para llegar al extraordinario centro vital de sus ideas.

La concepción anterior de Rousseau, que le había hecho famoso,

(1) Cuanto más oscura era la perspectiva tanto más resueltos y atrevidos volvíanse los filósofos y publicistas liberales del siglo XVIII. Desde los viejos Voltaire y Montesquieu hasta el joven Diderot, al finalizar el siglo, hay una lucha vigilante, ininterrumpida, del escepticismo contra las supersticiones religiosas; de la ironía, que ridiculiza a la autoridad "divina"; del naturismo, que apela al sentido de humanidad; del racionalismo y la ciencia, que iluminan el medio de Salvación propuesto.

sostenía el sueño del Siglo XVIII, por el que se consideraba a los hombres del pasado remoto iguales y libres en su estado "primitivo"; pero que la igualdad, así como la libertad, habían sido eliminadas por el mero avance de la civilización. Ahora, doce años después, tras hondas reflexiones, sus ideas habían cambiado mucho. La sociedad civilizada de su tiempo se mostraba aún depravada y degradada, pero imputaba las miserias humanas más al "abuso" que al desenvolvimiento natural de la sociedad.

Con esto, y pese a sus discrepancias, está Rousseau mucho más cerca de las corrientes principales del Esclarecimiento del siglo XVIII. Una vez más lucha junto a los intelectuales de la época. Puesto que la sociedad no podía ser abolida, debía procurarse el establecimiento de una nueva forma política.

La influencia de John Locke y de las ideas políticas inglesas, introducidas en Europa por Voltaire y Montesquieu, habían renovado las esperanzas en una mayor extensión de los derechos humanos y en un gobierno popular. ¡La tierra y sus instituciones habían sido creadas para los hombres! Una vida razonable, un orden racional, a la luz de las bellas y optimistas doctrinas de Locke, debían sancionar los "derechos naturales" a la vida, a la libertad y a la propiedad. Tal era la filosofía política a la que Locke dió forma durante los años de la gran revolución inglesa que culminó en 1688, y que sostuvo contra Grocio y Hobbes, apologistas racionales de la monarquía, y contra los voceros católicos "oscurantistas", como Bossuet. *El Espíritu de las Leyes* había intentado ser un tratado científico, basando sus pulidas máximas en la experiencia histórica de la especie. Había examinado las formas de gobierno de todas las épocas y señalado calculadamente en cada fase una política de gobierno humana y racional.

Con moderado entusiasmo había Montesquieu urgido la salvaguardia de las libertades individuales y el respeto a los derechos humanos mediante la igualdad de justicia y de tributos. Era un realista esclarecido que se contentaba con el programa de una monarquía constitucional, de gobierno representativo, tal como la había visto funcionar frente al Canal. Pero el buen barón de Montesquieu, cuya erudición asombrosa había iluminado casi todos los aspectos jurídicos y políticos, era un noble terrateniente que no admitía el sufragio universal para quienes "eran demasiado pobres para tener opiniones"...

Rousseau, hijo de relojero, difería mucho de su célebre predecesor en cuanto al origen social, método y temperamento. No era ya el Diógenes de sus años mozos en París. Sus nuevas convicciones lleváronle a concebir un ideal de humanidad, de pueblo, de Nación, de Estado. Su temperamento idealista se despertó en él durante su retiro en el *Ermitage*, en 1756, después de haberse liberado de la "mordaz influencia" de Diderot, como él mismo observa. Su cambio de frente fué notable, pero estaba en total concordancia con la evolución de su temperamento. La *Carta a d'Alembert sobre el teatro* contenía ya un

cuadro idealizado del Estado excelente en la vieja Ginebra; y *La Nueva Eloísa*, concebida anteriormente, había dado una imagen aun más arrobadora de la vida genuina, campestre. Había abandonado ya la vieja posición adoptada en su *Discurso*, de que ninguna forma social era capaz de hacer dichosa a la humanidad; afrontaba ahora el problema central inmediato de la sociedad humana y urgía cambios radicales, *la completa reconstrucción* del Estado.

La medula de la cuestión, tal como la veía, era el antagonismo de intereses entre el individuo y la sociedad, entre el poder y la voluntad popular o la necesidad popular de autoconservación. En síntesis, su propósito, ya que por encima de todo era un amante de la libertad, tendía a resolver la paradoja de "la ley y la dibertad". Buscaba un método para justificar la ley en nombre de la libertad. En una de las primeras páginas del *Contrato Social* plantea el problema con claridad y vigor: "Encontrar una forma de asociación capaz de defender y proteger con toda la fuerza común la persona y bienes de cada uno de los asociados, pero de modo que cada uno de éstos, uniéndose a los otros, sólo obedezca a sí mismo y quede tan libre como antes."

Este problema era para él —según escribió en 1767 a Mirabeau, el mayor— como el problema matemático contemporáneo de la "cuadratura del círculo". *¿Anteponer la ley al hombre o el hombre a la ley?* Como razonaba por dedución tenía bien precisada, desde luego, la forma de asociación que deseaba y defendería. Era la presupuesta noción de un pacto entre los hombres, más o menos tácito, que ordenase y justificase su conducta recíproca como miembros de una sociedad común. Era un axioma, una ley; nada más que calamidades sobrevendrían cuando los hombres se apartasen de ella. Para ilustrar esa noción, para conquistar adeptos a su dogma de la voluntad soberana, utilizó los expedientes, las leyendas, de su época; se remontó, como lo hacían todos, al "hombre natural", a la "ley natural".

¿Cómo llegaron los hombres al pacto social? Era corriente en los filósofos del siglo de Rousseau, cuando especulaban sobre el origen y los principios del gobierno humano, emplear como punto de partida el "Estado de naturaleza", el bello pasado. Había reinado en él, tal como concebían ellos aquellas oscuras épocas culturales, nada más que la confusión civil y el salteamiento. Rousseau, como Grocio, Pufendorf, Hobbes y Locke, había llegado a la conclusión de que a los obstáculos o desastres con que tropezaron y que no podían superar por sí solos se debía el que los hombres resolvieran unirse para su propia conservación. (Es ésta una variante de la concepción aristotélica, seguida por casi todos los filósofos de la política precedentes, según la cual los hombres se unieron obedeciendo a un instinto "social" invencible.) Incapaces de sobrevivir —dice Rousseau—, se decidieron los hombres a formar por la unión una suma de fuerzas que pudiese vencer las resistencias encontradas, a ponerla en movimiento con un solo propósito y a obrar de común acuerdo. Luego, surgió de pronto el pacto social

en todo su vigor. (No tan de pronto, para nosotros, que concebimos la formación de la sociedad por el uso, la utilidad y el lento acrecentamiento de la experiencia histórica.) En lugar de destruir la igualdad natural de los hombres en las condiciones primitivas, substituyóla por "una igualdad moral y legítima", de suerte que, aunque desiguales en fuerza y talento, todos los hombres se tornaron iguales por la convención y la ley (el derecho).

Después de la Reforma, durante un largo lapso, la idea del "consenso de los gobernados" había sido divulgada en Holanda y Alemania, así como en Inglaterra; la idea de que las leyes no se habían hecho para el placer de los príncipes había aparecido hasta en Santo Tomás de Aquino; y la noción de un pacto social como base del gobierno había sido oscuramente indicada por Grocio. Llega entonces Rousseau con su gran imagen del poder soberano confiado, como no podía ser de otro modo bajo el curso natural de los hechos, "a la voluntad general del pueblo, a la multitud unida en un solo cuerpo." Sin duda alguna, Locke había colocado la fuente y el asiento de la autoridad en el pueblo: "la facultad suprema para remover o modificar queda... siempre en el pueblo". Pero había hablado como historiador, como el apologista de una revolución que era un *fait accompli*. Rousseau, a su manera abstracta, dogmática, hizo un cuadro del pueblo soberano, unido por un acto de asociación libre, por *un acto de fraternidad*, para constituir su autoridad colectiva. Toda otra autoridad no emanada del pueblo soberano sólo pudo haberse producido por la violencia. Según Hobbes y Grocio, por amor a la paz hacían los hombres su pacto y se rendían voluntariamente a un gobernante o autoridad.

Rousseau clamaba que sólo pudo haber existido un acto de asociación igualitaria y no un convenio unilateral, y que una sanción del poder soberano debía emanar del pueblo y ser permanentemente renovada por éste. Esta idea del origen del gobierno mediante un pacto fundamental entre todos los hombres, como individuos, y de la soberanía como pueblo mancomunado o cuerpo político, que era la medula idealista del trabajo de Rousseau, se convirtió en el punto de partida de todos los movimientos revolucionarios.

El poder soberano, decía Rousseau, conferido al pueblo es "indivisible, inalienable e intransferible". Quería significar con ello que ningún líder, monarca o consejo representativo es realmente más que un agente del poder soberano y que ninguno de tales individuos dominantes o cuerpos elegidos es un buen instrumento si no se mantiene con, y realiza permanentemente, la voluntad de las multitudes que forman la sociedad y cuyos miembros son partes integrantes de la soberanía.

El ciudadano del Estado ideal de Rousseau se entrega, como individuo, a la autoridad absoluta de la voluntad general. La voluntad del pueblo es soberana; *"la voluntad del pueblo tiene siempre razón y tiende al bien público"*. Los agentes del pueblo son sus funcionarios

y no sus amos. El gobierno es un cuerpo intermediario establecido entre los súbditos y el poder soberano para su mutua comunicación, y tiene a su cargo la ejecución de las leyes, el mantenimiento de las libertades civiles y políticas(2).

Rousseau dió en su tiempo un énfasis enteramente nuevo al concepto de soberanía. Con Voltaire y Montesquieu podía a lo sumo esperarse una disminución de los males sociales. Con Diderot y de Holbach, podía vislumbrarse, según la interpretación de Taine, un Eldorado resplandeciente o una cómoda Citerea. Pero con Rousseau, veíase al alcance de las manos "un Edén donde el hombre podría recuperar su dignidad originaria, inseparable de su felicidad." ¡Esto era el derecho, la herencia del hombre! La Naturaleza y la Providencia lo exigían. Unicamente se oponía, como una barrera, una institución cruel y arbitraria, fuente de todos los vicios e infortunios. "¡Con qué fervor e ímpetu se lanzó entonces contra sus paredes!"

De su dogma sobre la libertad natural del hombre pasa luego a la construcción de un sistema que podría ser impuesto por un legislador designado al efecto. A fin de iniciar la nueva vida nacional, debía destruir los usos, las leyes, las instituciones existentes. Tenía el ejemplo de Calvino, legislador de la República de Ginebra y, mucho antes, de Licurgo y de la ciudad-Estado griega.

Hay otros aspectos del mecanismo revolucionario que montó para su siglo. Declara, por ejemplo, en el libro tercero del *Contrato Social*, que la institución del gobierno, y de las mismas leyes, debía establecerse mediante la convocación de todo el pueblo a una asamblea o convención llamada a decretarlas. Tales *asambleas nacionales periódicas son el "modus vivendi" para instituir, cambiar, sancionar el gobierno.*

En síntesis, la sociedad es un contrato de fraternidad y no de sumisión, la estructura de la sociedad descansa en un acto de asociación entre iguales. Pero cuando las libertades humanas han sido abandonadas o perdidas, entonces nada es, sencillamente, como debería ser; se sobreentiende que, en tal caso, el contrato entre el pueblo francés y su soberano *¡está viciado de nulidad!*

Lord Morley, refiriéndose a Rousseau, ha observado que "es el dogma lo que da fervor a una secta". Robespierre y Saint-Just, los fervientes jacobinos de la Revolución Francesa, irían a aparecer un día, en medio del naufragio del viejo régimen, con el *Contrato Social* en la mano. Procedieron con la convicción terrible, extraída de su maestro, de la autoridad absoluta de las masas populares. Dando por descon-

(2) El concepto de la soberanía de Rousseau ha sido discutido apasionadamente y considerado asaz "metafísico", demasiado "deductivo", como casi todas las especulaciones del siglo XVIII. En Rousseau llega hasta una dialéctica de fuegos artificiales que a veces nos encandila. Según el criterio moderno, la soberanía reside donde se halla el poder estratégico, en el poder de policía, o en el poder ejecutivo principal o en quienes manejan estos organismos.

tada la existencia de un "estado de naturaleza" en las mentes de las personas, procedieron a edificar su ideal social.

La voluntad popular —había dicho Rousseau— *siempre tiene razón; y si hallo que no estoy de acuerdo con ella, entonces he estado yo en el error.*

Con este criterio, recurrieron a la triste matanza de todos los disidentes, de todos los enemigos y críticos del Estado. "El Estado no debe perecer", había sostenido Rousseau; y aunque odiaba el terrorismo, su breve capítulo sobre la utilidad de la dictadura en un período de emergencia armó inadvertidamente las manos del Comité de Seguridad Pública, los Terroristas de 1793...

Pero era Rousseau un individualista supremo, fanático; fué el anarquista romántico del siglo XVIII; el único hombre que no hubiera podido soportar ninguna sociedad, ninguna ley del mundo. ¿Qué sería de la libertad individual en esta implacable unión de las energías colectivas que proponía?

3

A partir de la época de Rousseau, el énfasis del debate social se ha ido elevando desde la discusión política a la económica. Las revoluciones por "los derechos del hombre" no han liberado a las multitudes, que se sienten peones de ajedrez, o mejor dicho, dientes del engranaje de una gran maquinaria económica, de la que nadie percibe el conjunto, más atados y circunscriptos aún que en los tiempos del feudalismo. Viendo que las revoluciones "libertarias", en substitución de las viejas tiranías, sólo habían creado nuevos monstruos de avaricia, los grandes profetas sociales del siglo XIX que sucedieron a Rousseau lucharon por la justicia y la igualdad económicas. Los demás derechos, como ha sostenido Marx, serían recuperados después como una consecuencia natural. En cuanto al arte de la política, mezcla de estética y filosofía moral, quedó virtualmente abandonado en el punto en que lo ha dejado Rousseau. Los grandes cataclismos políticos de las postrimerías del siglo XVIII, de los que se ha culpado a Rousseau, han dado lugar a desigualdades de fortuna y de poder más terribles todavía, a un industrialismo grosero, inhumano, de lo que también se le culpa.

Los viejos filósofos habían confiado en que la igualdad política traería aparejada cierta igualdad económica. Nadie absolutamente presintió las nuevas condiciones industriales que la revolución engendraría. Por aquellos días, antes del auge del capitalismo, con sus fábricas aceleradas y su famosa "división" del trabajo, el problema supremo era de orden político: la eliminación de los antiguos privilegios y abusos. Era Juan Jacobo uno de los integrantes de la clase burguesa oprimida, un vocero de la gran revolución burguesa que buscaba, removiendo las restricciones impuestas que pesaban sobre ella, la oportunidad de florecer un poco. En cuanto al propósito de lucro, que

llegaría a predominar, es absurdo remontarlo a los principios de Rousseau. Nada le hubiera parecido más detestable.

Por sobre todas las cosas, perseguía Juan Jacobo la libertad. La idea de libertad, acariciada apasionadamente por su espíritu, embriagábale mientras reflexionaba sobre la larga serie de miserias e indignidades sufridas y que era la suerte resignada de las gentes comunes de su época. Buscaba la libertad y, para lograrla, ¡hasta llegó a sacrificar gran parte de su libertad individual! ¿Paradoja? Pero, ¿qué era, después de todo, la libertad? ¿No consistía, según Montesquieu, su brillante predecesor, en la sujeción, la justicia, la igualdad de todos los hombres ante la ley? Al escribir el *Contrato Social*, ¿sostuvo alguna vez Rousseau como objeto la libertad desenfrenada, libre de todo vínculo social, que críticos superficiales le atribuyen? Puesto que los hombres querían vivir en sociedad debían buscar la libertad mediante una igualdad substancial de fortuna, de trabajo y de derechos legales; mediante una igualdad de disciplina y abnegación. Unicamente así, de una manera más cercana al "estado natural" del hombre, podría organizarse una sociedad civilizada.

Esta nivelación política, que prometía nuevas y onerosas cargas al individuo anárquico, sería llevadera, y aun deseable, por el amor y la fraternidad del pueblo. La consigna de la Revolución Francesa: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*, fué tomada del *Contrato Social*. Este *slogan* de esperanza contenía todo el programa democrático que el siglo XVIII legó a las décadas siguientes. Las cláusulas específicas del pacto social exigían, ante todo,

> la enajenación *total* de cada asociado, con todos sus derechos, a la comunidad; porque, en primer lugar, dándose cada uno enteramente, la situación es la misma para todos; siendo la condición igual para todos, nadie tiene interés en hacerla onerosa a los demás (!). Por tanto, al darse cada cual a todos, no se da a nadie en particular; y como no hay socio alguno sobre quien no se adquieran los mismos derechos que uno le cede sobre sí, se gana en este cambio el equivalente de todo lo que uno pierde y una fuerza mayor para conservar los restantes.

La primera proposición implica simplemente el cambio de la libertad natural por la libertad civil, que es limitada por la voluntad popular: aparentemente *no ofrece solución a la necesidad de libertad personal.*

La última es, al parecer, sofística: alienta la esperanza de que la oposición de los intereses privados sea resuelta subordinándolos entre sí. Pero sabemos que la oposición existe a pesar de la sujeción.

Consiente Rousseau la "enajenación", la entrega de las libertades individuales a ese cuerpo moral y colectivo producido por el acto de asociación, unidad de la que dicho cuerpo recibe "su *ser común*, su vida y su voluntad". Hay un cambio de un absolutismo por otro. Sólo podemos comprender esta enajenación a la luz del vehemente aborrecimiento general al viejo absolutismo; mientras que el nuevo es san-

cionado por el principio de la igualdad, hasta entonces desconocido, no experimentado, que sólo parecía justificar lógicamente las grandes medidas de abnegación que podrían apaciguar el estado social. Su idea del pueblo es contradictoria. Por momentos tiene fe en él: "El pueblo se engaña menos a menudo en su elección que los príncipes"; otros sostiene que el pueblo podría ser "una multitud ciega, ignorante a menudo de sus necesidades, porque raras veces conoce lo que le conviene". Pero, por lo menos, "es mejor para él ser desdichado por sus propias culpas... ¡que por manos ajenas!"

La igualdad de participación en el estado social, o en sus privilegios, no engendra la libertad, en el viejo sentido, y ni siquiera, como sabemos, la protege. Después de haber enajenado como individuo parte de los derechos de propiedad, de libertad, queda sin duda algo: "lo que carece de importancia para la comunidad; pero corresponde a la soberanía ser el juez de esta importancia". No indica Rousseau claramente todo lo que queda que no toque los intereses colectivos. Fué el empírico John Locke, antes que él, quien procuró establecer los límites de la interferencia pública en los asuntos privados. Quedaban los "derechos naturales" a la vida, a la libertad, a la propiedad. Pero aquí entra él en terreno escabroso. ¿No conduciría Rousseau a la "tiranía de la mayoría", uno de nuestros problemas? ¿Qué hacer con los individuos, los grupos disidentes? En esa época, en que se desconocía el gobierno de la mayoría —y dudamos que se haya conocido mucho desde entonces—, poco ha meditado él en los problemas futuros relativos a los "derechos de la minoría". Estaba muy ocupado en destruir la minoría cruel que gobernaba a Francia en nombre del Señor.

En las democracias, la condición de las desventuradas minorías debe aguardar la lenta difusión de la educación y la tolerancia. El absolutismo de Rousseau envuelve al *Contrato Social* con un espíritu que prefigura el comunismo moderno. "El Estado —dice— es, con respecto a sus miembros, dueño de su propiedad por el pacto social" (3).

(3) Las doctrinas políticas de Rousseau han tenido en la historia destinos diferentes, ya que la posteridad las ha ido interpretando y adoptando conforme a su conveniencia. En primer lugar, los jacobinos de la Revolución Francesa se esforzaron por establecer, a lo largo de la línea del *Contrato Social*, un Estado absoluto, igualitario y centralizado, centralización que, sin embargo, dimanaba de la tradición francesa establecida, en un período de cataclismo anterior, por el cardenal Richelieu. Pero Rousseau se habría pasmado ante el uso que los jacobinos hicieron del terror, sobre el que a menudo había expresado su aborrecimiento...

Otras direcciones en que el pensamiento de Rousseau fluyó subsiguientemente se hallan en las fórmulas políticas de Kant —que se inspiró mucho, como admite, en Juan Jacobo— que fueron desarrolladas más rígidamente por Hegel. Presentan las de éste el plan del Estado protestante (y prusiano); la libertad se logra mediante la vida del ser moral bajo las leyes emanadas de su propia autodeterminación; concibe como la mejor sociedad posible la que vive "automáticamente" bajo un sistema de leyes perfeccionado, etc. Más tarde, las Comunas de 1848 y 1871 se enlazan a las verdaderas doctrinas de Rousseau. Estas facciones revolucionarias, como el reciente grupo de sindicatos socialistas, tendían a la abolición del Estado mediante la descentralización y un federalismo definitivo.

Aparecidos los nuevos alineamientos industriales del siglo XIX, el socialismo o el comunismo marxista surgieron poco después para oponerse a las enormidades del capitalismo, consecuentes de las revoluciones por "los derechos del hombre".

Del dogma y la exhortación total se inclina continuamente a la observación de los hechos. Su tratado es, en parte, una obra teórica y, en parte, una descripción del funcionamiento del Estado ideal. Pero este Estado ideal —dice en un pasaje muy sugestivo del libro III— es virtualmente inasequible, salvo en las naciones más pequeñas, donde cada ciudadano conoce a todos los demás y donde "las costumbres son simples... *y hay mucha igualdad en los rangos y las fortunas*". Aquí también está en él implícita la necesidad de la igualdad económica, pero tiene un aire aún más abstracto que la igualdad política que describe.

Debemos recordar también que el tratado de Rousseau no urgía específicamente a la Europa de su tiempo el establecimiento de un orden puramente democrático. "Estrictamente hablando —dice—, jamás ha existido una verdadera democracia, ni es posible que jamás la haya. Es contrario al orden natural que gobierne la mayoría y que la minoría sea gobernada." En sus observaciones de las varias formas de gobierno sigue estrechamente a Montesquieu, limitándose a "describir" las diferencias prevalentes que se atribuyen a los efectos del clima, del suelo y de las condiciones naturales. De suerte que la monarquía es lo más conveniente para un Estado grande; donde la población es numerosa, el gobierno debe ser fuerte. La democracia exige condiciones más difíciles de hallar: la ciudad-Estado pequeña, donde el pueblo pueda congregarse, la ausencia del lujo, de todos los contrastes chocantes entre ricos y pobres, la prevalencia de la "virtud" cívica. En efecto, únicamente "la virtud" podría hacer sobrevivir una democracia, pues la noción de democracia de Rousseau se fundaba en la de las ciudades-Estados griegas, donde algunos miles de ciudadanos podían concurrir al *ágora* y resolver sus asuntos comunes. Era una democracia quimérica, pero la única que él respetaba. Ni por un instante creyó en el gobierno "representativo"; en este sistema el pueblo sólo era soberano en las elecciones; desde el momento que sus discípulos se sentaban en el Parlamento, su soberanía estaba perdida, puesto que los electos ¡se tornaban políticos! Además, ninguna otra forma de gobierno estaba tan sujeta a la guerra civil, a las perturbaciones intestinas... Consciente de la impotencia que tal noción del Estado pequeño imponía a todo su tratado, indica, en una nota al pie, que puede hallarse una manera por la que el buen orden de un Estado pequeño podría adaptarse al poder

Estos movimientos, en su espíritu colectivo, parecen concordar enteramente con las doctrinas de Rousseau. Por lo que se refiere al consiguiente sacrificio de la libertad individual en tal sociedad, como la República socialista rusa de hoy, la compensación debe depender del grado de fervor o de placer moral que el individuo sumergido deriva del hecho de sentirse una parte activa y necesaria del conjunto. En todo caso, en la época de las máquinas, en los Estados burgueses la libertad para las grandes masas humanas significa simplemente la opción de aceptar "trabajo" o ser despedido, o, tal vez, recibir limosnas.

En una época como la presente, la libertad no es más que una proposición para los capitalistas e intelectuales; aquellos, "los que tienen", siempre pueden utilizarla para su provecho; éstos vacilan ante su sacrificio por "los que no tienen".

de un pueblo grande. Esta manera, que está sugerida en sus escritos posteriores sobre las constituciones de Córcega y Polonia, es la confederación de los Estados, tal como ocurría en Suiza y, poco después de la época de Rousseau, en Norteamérica.

Es en la aristocracia donde se halla la forma de gobierno más conveniente a las varias condiciones, más estable, más justificada por la experiencia. Aboga de hecho por la aristocracia electiva, dominada por la experiencia y la edad: "el mejor orden y el más natural consiste en que los más sabios (la minoría) gobiernen a las muchedumbres, *siempre que haya una seguridad de que la gobernarán según el provecho de éstas y no el propio*".

En este aspecto de su trabajo nada hay de dogmático, nada que pueda ser precisamente nuevo para Montesquieu o Aristóteles. Sin embargo, cuando describe a la monarquía, los tonos revolucionarios son inevitables. "No es verdad —dice— que los intereses del monarca requieran un pueblo floreciente, vigoroso: el interés personal del déspota, sobre todo, es que el pueblo sea débil y miserable, incapaz de ofrecer resistencia." Pero un defecto inevitable de la monarquía es que sus ministros son las más de las veces "incapaces, trapaceros e intrigantes, cuyo talento superficial, que en la Corte hace llegar a los más altos destinos, sólo sirve para demostrar al público, tan pronto como han arribado a ellos, su ineptitud". Creía Rousseau que al pueblo ¡se le engañaba mucho menos! Hoy, en la era de las democracias, podemos encogernos de hombros ante esta confianza; pero el siglo XVIII sabía bien a qué se refería Rousseau.

Un aspecto curiosísimo de su tratado sobre el gobierno, que debemos atribuir a la influencia del período, es el plan de una religión civil para su estado ideal. A su criterio, la conciencia colectiva necesitaba una religión, por lo que procedió a bosquejar los artículos sencillos de tal fe o "religión natural", que presentará en el *Emilio* con la mayor elocuencia. Los dogmas de la fe civil establecidos para la soberanía no serán los "dogmas religiosos, sino sentimientos de sociabilidad, sin los cuales es imposible ser un buen ciudadano o súbdito leal".

Los anuncia como "la existencia de una divinidad todopoderosa, inteligente, benévola, presciente; la creencia en una vida futura, en la felicidad del justo y el castigo del perverso, y en la santidad del contrato social y de las leyes". Es un ejemplo de su tendencia, por momentos, al *étatisme* o absolutismo extremo... Sin obligar a nadie a creer en estos dogmas, podría el pueblo desterrar del Estado a los incrédulos como seres insociables. Y los que pretendan demostrar en público, agrega, su fe en estos principios, sin creer en ellos, "serán castigados con la muerte, pues han cometido el mayor de los crímenes, han mentido ante la ley."

La extraña institución de una religión civil no podría haber sido concebida sino por un hombre —como dice Morley— "que estuviese poseído por la infalibilidad de sus sueños". Las terribles consecuencias

de semejante institución civil son demasiado claras para nosotros, que no podemos distinguir diferencia alguna en las posiciones de Rousseau y del poseído Calvino.

El espíritu, el ejemplo de la teocrática Ginebra, que debieron servirle de advertencia, le atraían; consagraría su Estado ideal con una "religión natural". Ciertamente, no habría en él una Iglesia oficial, ni imposición de credo o ritual nacional y "todas las creencias que tolerasen a las demás debían ser toleradas, siempre que no contuviesen nada contrario a los deberes del ciudadano". (Francamente, Rousseau no podía vencer su odio a los ateos.) Concluye, sin duda como un antiguo Disidente, que quienquiera se atreviese a decir que *fuera de la Iglesia no hay salvación*, "debía ser desterrado del Estado". Con todo, esta previsión de tolerancia no parecía suficiente; y las consecuencias de la intolerancia instintiva de Rousseau, heredada de Ginebra, iban a caer pesadamente sobre su cabeza. Estas solas consecuencias, como veremos, pueden sernos más útiles que la prédica.

La atracción de esta idea de una fe religiosa nacional no desaparece fácilmente. En 1794, los "hebertistas" o racionales, la facción voltaireana, hacían frente al partido rouseanista de Robespierre. Aquéllos, que eran ateos, realizaban sus extravagantes ritos de adoración a la diosa Razón y profanaban las viejas Iglesias; sostenían éstos el festival deístico del Ser Supremo y acusaban ruidosamente al ateísmo como al "crimen de los aristócratas". Oportunamente cayó la facción de Hébert, y entre los cargos por los que fueron sus líderes guillotinados por Saint-Just, figuraba ¡el de ateísmo! En todo Estado absoluto hay síntomas de una religión natural. Vemos en nuestros propios días este fervor religioso procurando, en las Repúblicas Soviéticas de Rusia, suprimir todas las otras formas religiosas.

Aunque profundamente religioso, era Rousseau, por encima de todos los cánones de su tiempo, tan librepensador o anticlercial como Voltaire. Había en el *Contrato Social* ideas incendiarias de trascendental importancia. Sostiene, por ejemplo, que el cristianismo debe ser suplantado en parte; que es inadecuado como religión de Estado porque se ocupa principalmente de las cosas del otro mundo y engendra la lealtad dual entre la Iglesia (romana, por ejemplo) y el Estado. El cristianismo predica tan sólo la servidumbre y la dependencia; los verdaderos cristianos "están hechos para ser esclavos". Es en este punto que Rousseau comete el famoso sacrilegio de referirse a Jesús *como a un hombre* que "vino a establecer en la tierra un reino espiritual" en competencia con el temporal, fuente de disensiones y rebeliones a través de los tiempos.

Tuvo esto crueles consecuencias... Fué un gran error estratégico el haber buscado, como Hobbes, resolver el conflicto uniendo a la Iglesia y el Estado. Pero la noción del poder soberano absoluto de Rousseau emanaba, más o menos directamente, de Hobbes, cuyos prin-

cipios rígidos fueron modificados por Locke y su propia concepción de la democracia considerada fuente de autoridad.

"¡Se le acusará de ser un "anticristo!", le escribió al momento, desde Ginebra, su amigo Moultou.

4

En este tratado político de Rousseau, leído literalmente, muchos problemas quedan sin solución. Gran parte de su contenido ha caído en desuso para nosotros. Literalmente hablando no sabemos si el hombre "ha nacido libre"; a la verdad, a menudo nos preguntamos con tristeza, ¿libre de qué? Tampoco nos parecen los hombres naturalmente "iguales", salvo en el punto de partida señalado por la etapa del feto. Hasta la misma idea de un "pacto social" implícito ha sido considerada por muchos críticos como un bello mito. El Estado, más que un "medio", parece ser un "fin". Más todavía: la tesis del determinismo económico en la sociedad parece dispensar de todo el debate de los derechos y leyes naturales, así como hacernos olvidar las artes políticas en favor de las técnicas y las estadísticas. Pero aquí, a pesar del riesgo de equivocarnos que ello supone, debemos interpretar a Rousseau un poco cordialmente. Pese a su ropaje caído en desuso, tienen sus ideas una validez especial: a la verdad parecen destinadas a reconquistar su autoridad en los años venideros, en que diríase probable la resurrección del pensamiento político.

Los dogmas de Rousseau no son más que los reflejos claros de la intención idealista que informa su filosofía. Creyendo bueno y noble al hombre, se negaba a considerarlo, como Helvecio y de Holbach, sus adversarios, un conjunto de órganos. El hombre no era únicamente sensual y pasivo sino "activo e inteligente", como dirá en el *Emilio*, completando un eslabón vital en la cadena de sus pensamientos. De modo que era inevitable que Rousseau hiciese realmente del hombre, y no de Dios, el Papa o el Rey, el centro de su sistema político. El hombre, espiritual e inteligente, no yace postrado sino que expresa la voluntad de ser libre, de ser un igual; sus convenciones sociales salvaguardan sus derechos a un "trato justo". A la larga, el éxito o el fracaso del gobierno se mide por el grado en que la voluntad del pueblo y su necesidad de autoconservación han sido satisfechas o desviadas. De esta suerte, en tiempos de guerra o de pánico, "un hombre a caballo" que conduce a su pueblo a la salvación representa en ese momento la voluntad de éste, satisface su exigencia apasionada de seguridad. En un período de equilibrio, las deliberaciones de un Parlamento representativo pueden simbolizar la voluntad del pueblo en acción.

Rousseau parece haber desarrollado únicamente la teoría de la democracia. Aunque no era afecto a los parlamentos, señala claramente el camino del sufragio universal y del gobierno de la mayoría. Respecto a las materias de vital importancia para la soberanía, parece haber

deseado hasta el referendum de todos los constituyentes. En verdad, era la democracia un "sueño" demasiado perfecto para ser realizado; y sus mejores días deben haber sido aquéllos de las antiguas ciudades-Estados, cuando la política concernía a todos los ciudadanos. Pero Rousseau urgía el acceso a la democracia, que pintaba como la única solución justa. De manera que, después de la aparición del *Contrato Social*, como observa W. K. Wallace, "la política se convirtió en asunto del hombre común". Rousseau dió ímpetu, especialmente durante los siglos XVIII y XIX, a la tendencia de los hombres a actuar, en número jamás conocido antes, como miembros de la soberanía.

Pero se objetará que esos días políticos han pasado. ¿Qué utilidad reporta el ideal de democracia en una época industrial y urbana, cuyos problemas mecánicos y económicos son demasiado complejos aún para los parlamentos, pues están por encima del conocimiento de sus integrantes? ¿Qué lugar hay para las artes políticas en una época económica que ha convertido al pueblo en una congregación de almas individuales, en una masa ciega, en una suma de apetitos? La observación que a este punto ha de hacerse es que, a la larga, los hombres no siempre se contentan con vivir en obsequio de las leyes mecánicas o económicas. La debilidad particular de tan grandes proyectos de justicia social, como los de Marx, estriba en que nada proveen en cuanto a la dirección política de las democracias de trabajadores; de suerte que, no obstante los inmensos beneficios que de ellas se derivarían, existe el peligro de que ningún valor se conserve frente a la conveniencia económica; y en un Estado comunista el odio y la persecusión del débil o infortunado (los aristócratas, por ejemplo), la intolerancia de las ideas, pueden continuar —aunque en modo alguno peor que en los Estados capitalistas de estructura económica rígida. Percíbese que la idea del determinismo económico en la sociedad humana, sea en Rusia o en los Estados Unidos, debe ser una cosa transitoria, ajustada a un período de crisis o de transformaciones sociales drásticas. Una vez alcanzada la fase de estabilidad, o en vías de solución los problemas técnicos inmediatos —pues ha habido en la historia grandes períodos de estabilidad relativa— nuevamente se abre un área mayor de posiciones interesadas. Cuando se haya cumplido el ciclo de transición industrial violenta, nos veremos obligados a reasumir nuestras especulaciones políticomorales donde las ha dejado Rousseau. Es posible que reaparezca una época de verdadera cultura frente a la cual parecerán totalmente bárbaras las décadas de convulsión actuales y para la que el desenvolvimiento de la estética y de los principios éticos serán de la mayor incumbencia para los hombres.

Para el criterio histórico, el *Contrato Social* perdura como una especie de máquina revolucionaria de fuerza estupenda. Su contribución a la destrucción de todo un sistema de sanciones y abusos feudales es inolvidable. Al "derecho divino" del rey, que tan pocos ponían a

la sazón en tela de juicio, opuso Rousseau la soberanía del pueblo. A pesar del método romántico idealista para lograr su realización, fueron sus dogmas de libertad e igualdad tremendamente reales para su tiempo. Estaba su siglo perfectamente maduro para ellos. En adelante, el "poder" del Estado será concebido de derecho únicamente cuando es una expresión de la voluntad popular o de su acuerdo efectivo o tácito. En adelante, las multitudes, sostén de la unión social, comprendieron su papel y su autoridad: vieron su unidad, su solidaridad como un organismo o cuerpo político.

Y el brillante mensaje, transmitido con el fervor de un cruzado —pues había otros profetas contemporáneos suyos no tan elocuentes y vigorosos en su expresión— fué oído por hombres resueltos a no tolerar más el viejo orden del latifundio, la nobleza y el derecho monárquico divino. Su llamado a una sociedad ávida de igualdad apareció en un momento en que las fuerzas individuales operaban ya dentro del sistema, tropezando por doquier con las restricciones feudales, en que el viejo sistema parecía no poder soportar ya el peso de sus propias transgresiones económicas.

Ciertamente, un fervor religioso llena el gran tratado en que vuelve Rousseau a dirigirse, más que a la razón fría, a los anhelos más profundos de los hombres. Junto al dogma, hay en el libro una fecunda vena de fe espiritual, eslabón vital de su filosofía, que desarrollará en el *Emilio*. Había Rousseau comenzado con fe en el hombre común, "natural"; terminó con una fe mística en el hombre colectivo, ¡el único soberano!, cuyo gobierno no debía tener otra finalidad que la del bien público. Esta fe, este precepto, está resumido en la idea del pacto social, que otorga la soberanía definitiva a todo el pueblo. Como broche de oro de este siglo opulento, se lanzarán los primeros grandes ataques contra el viejo régimen. De no haber sido por el dogma inspirador de Rousseau, ¿habrían los hombres del siglo XIX soñado en nuevas revoluciones por la justicia económica? Aún en nuestro tiempo, el *Contrato Social* presta el servicio permanente de volver a señalar las fuentes de la vida nacional: una voluntad colectiva del pueblo, su necesidad común de autoconservación, frente a las cuales jamás puede la violencia ejercerse impúnemente. Pues bien: distinguía él entre la forma de soberanía y la forma de gobierno, al igual que Jefferson al comentar que una pequeña revolución "de vez en cuando era siempre una cosa buena". Podrá una forma de gobierno cambiar, tornándose ora democrática, ora absoluta, pero cualquiera que esta forma sea debe "buscar constantemente la certeza de su conformidad con la voluntad general, cuyo órgano es."

Las palabras de Juan Jacobo Rousseau despertaron emociones generosas en todo el mundo occidental. Para la gente común se convirtió naturalmente en el apóstol de la rebelión. El poeta Schiller se refirió a él reverentemente al decir que "convirtió a los cristianos en seres humanos".

CAPÍTULO XVI

EMILIO, O LA FILOSOFIA DE ROUSSEAU

Nos acercamos... al siglo de las revoluciones.

1

Haber anunciado los principios y el programa del orden social futuro, en que serían redimidos los "derechos naturales", no bastaba. Las grandes máximas, las sanciones para derribar a las instituciones condenadas, no eran suficientes. Se necesitaban los *hombres* para tan gran empresa, hombres libres, "naturales". Pero a la sazón, la cultura del viejo régimen había marcado a fuego a sus súbditos, habíalos corrompido, estigmatizado con sus artificios, su resignación obsequiosa a la antigua esclavitud. Despreciaba Rousseau a los hombres de su tiempo. ("Escarnecí a mi siglo", nos dice). ¿Qué podía esperarse de ellos?, se preguntaba, en efecto, repetidamente.

El *Emilio*, largamente ponderado y en gestación, era sencillamente un esfuerzo para formar al hombre nuevo de las eras revolucionarias, de fibra moral por entero diferente y de filosofía más notable, sin el cual no podrían llevarse a cabo, en absoluto, las severas transformaciones de orden humano vehementemente urgidas. Que Rousseau presintió en su tiempo "el siglo de las revoluciones", es lo que demostraremos en seguida. Pero es de todos modos evidente que cambió en grado notable la moral de la época, a tal punto que pudo decirse precisamente, y se ha dicho a menudo, que, después de 1760, el siglo XVIII le pertenece.

Grandes masas de gente de las ciudades y provincias de Francia, Alemania y toda la Europa culta, fuera del alcance de los filósofos que hacían gala de su ingenio y de su fatigado cinismo en los salones, escucharon la voz profunda y bella de Rousseau. Estos "ensueños" sobre la educación del hombre contenían toda una doctrina de la vida y de la ética. Volvió él a adoptar la postura intransigente de sus primeros *Discursos;* el aborrecimiento a la autoridad, la piedad, una vibrante pasión por la igualdad llenaba sus páginas; todos podían ver el gran drama en la historia del tutor y su discípulo Emilio, "el niño tratado como una miniatura de la humanidad... verdadero guardián y centro de las aspiraciones morales y sociales."

¿Qué es el hombre y qué puede hacerse de él? ¿Cuáles son los objetos de su educación, de su vida? Estas eran las cuestiones planteadas por el *Emilio*, y contestadas en los más positivos tonos mediante la exposición de todo el programa moral de Rousseau.

Todo es bueno al salir de las manos del autor de las cosas; no obstante, todo degenera en las manos del hombre. (Así, con este redoblar de tambores, comienza su tema familiar.) Los hombres se ator-

mentaban entre su sometimiento a las instituciones públicas y el acatamiento de sus propios sentimientos y humanos instintos. Y terminaban por no estar jamás de acuerdo consigo mismos y por no hacer nada de provecho para sí o para los demás. ¿Cuál era el hombre natural que pudiese cumplir esta doble función? ¿Cómo formarlo?

La concepción del hombre natural era la impresa en el corazón de la época por Rousseau. En la Naturaleza, como Juan Jacobo y sus colegas naturalistas de la Enciclopedia sentían, todo era orden, armonía, proporción. El "retorno a la Naturaleza" era la gran sanción por la que hombres y mujeres recuperaban su derecho a la libertad y la igualdad, reveían sus principios, desmenuzaban sus instituciones y llegaban, en general, a la posesión de sí mismos con un entusiasmo limitado o un fervor moral (asombrosos, aunque, en ocasiones, ridículos y hasta de buen tono) que hacían posible el desenlace revolucionario. Vemos a las jóvenes abandonar la ruta de sus compromisos sociales para alzar nuevamente a sus hijos en brazos y amamantarlos ellas mismas. Vemos a los jóvenes, como Saint-Preux, formar su mentalidad en los modelos heroicos de Rousseau, vagar con el *Emilio* por algún tranquilo lugar campestre, románticamente inspirador...

El *Emilio,* que tuvo más vastas consecuencias que los otros trabajos de Rousseau y los resume todos, era en su edición primera un gran vehículo de cuatro volúmenes, que contenía, como carga, la doctrina del retorno a la madre Naturaleza, el tipo de educación que hace posible tal retorno, la manera cómo las instituciones humanas deben ser alteradas y, finalmente, el establecimiento claro de una fe moral teológica o "religión natural", tan libre de la superstición como de la intolerancia. Es un monumento de la Revolución europea; algunas partes son de carácter exagerado, pero el resto, de lozanía y vitalidad sorprendentes, está lleno de profecías que se extienden hasta nuestra propia época. Frases hay que parecen haber penetrado en todos los hombres: *"El hombre nace y muere esclavo* —leemos en sus primeras páginas—; se le pone al nacer un chaleco de fuerza y se le clava, al morir, en un ataúd... Mientras conserva la forma humana se halla encadenado por nuestras instituciones."

Como en sus folletos políticos, resucita Juan Jacobo en el hombre común la dignidad moral; y esto es su gran obra en una época vacilante, encandilada por las perspectivas de revoluciones intelectuales, científicas y políticas que se asomaban. El hombre estaba cansado. ¿Debía rebelarse?, ¿buscar un nuevo comienzo? Rousseau afirma:

> Soy... activo e inteligente... Tengo un alma y, por consiguiente, el honor de pensar, digan lo que dijeren los filósofos en contrario... no una mera colección de órganos... ¡Que me muestren otro animal en la tierra que sepa hacer el fuego y admirar el sol! Puedo observar, percibir los seres y sus relaciones, sentir todo lo que es orden, belleza, virtud, contemplar el universo, elevarme hasta la mano que lo rige; puedo, pues, amar el bien, aun hacerlo y, sin embargo, *¡debo asemejarme a la bestia!*

2

Era Juan Jacobo un pedagogo nato. Si bien había fracasado en Lyon, veinte años atrás, como educador de los hijos de Mably, debido a su juventud o a su impaciencia, tenía una inclinación notable a dirigir la mente y la conciencia ajenas.

La educación universitaria, que era únicamente para las clases elevadas, había sufrido, hacia fines del siglo XVII, una declinación perceptible. Así como se arropaba ceñidamente a los niños, al nacer, se les inculcaba después su entendimiento atiborrándolos finalmente con una dosis implacable de latín, teología y reglas indiscutibles de obediencia o disciplina. Ninguna noción se les daba acerca del valor del conocimiento propio, adquirido por la experiencia independiente de las condiciones vivientes.

Una nueva crisis en materia educacional sobrevino hacia 1762, cuando los infaltables jesuítas, desacreditados en medio de los escándalos y las disensiones, fueron, al cabo, suprimidos por un decreto real. Con la gran corriente del naturalismo que fluía y la creciente rebelión contra las supersticiones religiosas, agitaban los filósofos la enseñanza de las ciencias naturales. El método jesuítico, por el que se castigaba, reprimía, aprisionaba el alma de los educandos, había caído en una verdadera ignominia.

Fuera de las viejas escuelas de los jesuítas, en las clases sociales ricas (únicas que podían gozar de la educación) estaba el ejemplo de una cultura superficial y de una cortesía artificial que servía de capa al más imperturbable egoísmo. El tono de semejante cultura puede hallarse en las memorias de La Rochefoucauld, y también en las cartas de Lord Chesterfield a su hijo, escritas en la época de Rousseau y muy influenciadas por la idea de la aristocracia francesa. Bajo Luis XV, el joven amo era un caballerito recamado, dorado, copetudo y empolvado, que usaba una espada de juguete, repetía los cumplidos aprendidos de memoria del sastre, el peluquero y el maestro de baile. Y las *grandes dames* de seis años, comprimidas por los corsés, con sus pesados miriñaques, sus coloretes y tocados de dos pies de altura, nos asombran aún más. Estas muñequitas, que se convertirían en las grandes muñecas de las exposiciones en los halls de Versalles, eran acariciadas por sus padres unos minutos por día y consignadas luego a la compañía de las niñeras y los valets. Pero un día irían estos padres complacientes a abrir las páginas del *Emilio o la Educación*...

El *Emilio* representó una reacción original y violenta contra la educación pasiva y artificial. Como manual, parece no haber tenido predecesores, aunque está prefigurado en Rabelais, Montaigne y Fenelón.

Si bien, desde hacía tiempo, había Rousseau dejado de ser un anarquista visionario y reconocido la futilidad de procurar suprimir el estado social, se resolvió ahora liberar a los niños del viejo sistema de las

escuelas comunes de entonces y hasta de la influencia de la familia, protegiéndolos así de las condiciones sociales infectas que aborrecía.

Las doctrinas de Rousseau fueron moldeadas en forma de novela didáctica. El, el eterno mentor vigilante, tomará al niño desde su nacimiento mismo y lo educará año tras año, día a día, hasta la pubertad, la juventud y la edad adulta. Se verá crecer, florecer, en un prolongado drama psicológico, el alma del niño.

En vista de la vida familiar y del estado social corruptos a la sazón, Emilio, el niño hipotético, es depositado en las manos de un sabio, un semidiós, en síntesis, un Juan Jacobo, que vive y duerme con él y que, a fuer de observarle e instruirle noche y día, le inspira prudencia, moderación, dominio de sí y el hábito de reflexionar. El mentor es una especie de tirano, una ley absoluta para el niño, pero la novedad de su método reside en el hecho de que le acuerda en su crecimiento completa libertad. Hará crecer al niño en la "ignorancia", es decir, lo más lejos posible de los libros, enseñándole sólo "negativamente", por "sugestión" más que por el razonamiento fútil: "El *Emilio* —ha dicho Rousseau— no es más que un tratado sobre la bondad originaria del hombre, destinado a demostrar cómo el vicio y el error, extraños a su composición, se introducen en él y le cambian insensiblemente."

Empero, lo que produjo un gran efecto inmediato fué la pintura del descuido en que se tenía a los niños en la Francia civilizada; el infante, fuertemente aprisionado en sus envolturas, enviado para su crianza a alguna campesina, colgado tiesamente de un garfio hasta que su cara se azulaba y su cuerpo era presa de la indigestión, alejado de la luz, el aire, el sol, se volvía raquítico.

Las madres debían volver a tener en sus brazos a los hijos, urgía Rousseau en un gran alegato que conmovió a todos los corazones. Sobre todo, si se quería que el apego familiar subsistiese, debía el niño ser amamantado por su madre. El padre debía convertirse en el tutor de su hijo, responsable de su alma. Como sabemos, Rousseau escribió esto con una subyugante compasión, incitado por el dolor del abandono de sus propios hijos.

El que no puede cumplir sus deberes de padre no tiene derecho a serlo. No hay pobreza, trabajo, respeto humano, que puedan justificar la omisión de alimentar a los propios hijos o de educarlos. Puedes creerme, lector. Predigo que quienquiera tenga entrañas y descuide tan sagrados deberes, derramará amargas lágrimas por su culpa y jamás hallará consuelo (1).

(1) Es éste el pasaje del *Emilio* en que Juan Jacobo divulgó sus crímenes privados. ¡Cuán diferente es el tono del filósofo de la moral y la educación, que hacia fines de 1761 había completado la conquista de sus pasiones y vicios, llegando así a ser heroico, al contenido en su carta de diez años atrás a la señora de Francueil, en la que posaba de ciudadano estoico de una República espartana, que entregaba sus hijos al Estado. A través de la lucha y el arrepentimiento había llegado a ser —como diría— un hombre virtuoso; su virtud le impulsó a escribir el *Emilio* para su propia redención y como acto sagrado de una pasión paternal que entonces se le había tornado invencible.

Es imposible no maravillarse intensamente ante la original y sufrida psicología de Rousseau. Sus observaciones son absolutamente lozanas, como si no hubiese tenido contacto alguno con los prejuicios de su tiempo y aun con muchos de los errores de la psicología lockeana. Sin duda alguna, fué muy influenciado por Locke y los filósofos empíricos o sensualistas; pero su noción de la mente difiere notablemente de la de aquél en que no se trata de una hoja de papel sensible, pasiva, sobre la que, a través de los sentidos, se impresionan las experiencias, sino de algo *móvil*, viviente. (De este modo se aparta completamente de la teoría de Locke de que debemos razonar constantemente con los niños.)

"La infancia es el sueño de la razón —dice Rousseau—. El estúpido llega a ser genio". No se deben llevar a la mente infantil las máximas y reglas preparadas por los adultos y esperar que sean comprendidas. "El niño —sostiene Rousseau (como John Dewey un siglo y medio después)— tiene una serie de intereses totalmente diferentes, e inducirle a la imitación, imponerle fórmulas de comportamiento prudente, sin el proceso largo, paciente, de hacerle aprender su verdad por sí mismo, *por consecuencias* es puro desatino."

Los primeros movimientos del hombre natural son medirse a sí mismo de alguna manera, dice. (Es ésta precisamente la dialéctica de la moderna psicología realista.) El primer estudio del niño es *una especie de física experimental*, relativa a su propia conservación, del cual debe ser distraído únicamente por la intrusión de estudios generales o especulativos. El juego es, pues, permitir a Emilio "hallar su lugar aquí, en la tierra". El mentor le llevará al campo, le dejará en libertad de vagar al azar, de sentir, ver, oler, oír, todo; de moverse dondequiera, en tanto se le guarde del peligro. El maestro no debe hacer más que procurar que "el niño aprenda todo por sí mismo" de suerte que hasta *tenga la apariencia de enseñar al maestro*.

La eliminación de las inhibiciones, la insistencia en la libertad física, la exposición de objetos y *cosas*, más que de las nociones hechas o los libros, eran las ideas del *Emilio* que irían a dominar en todas las escuelas de educación modernas: las de Pestalozzi, Froebel, Montessori y Dewey, aun las de los psicoanalistas.

Quería Rousseau robustecer a su discípulo, enseñarle a nadar, a soportar con pocas ropas el frío, destruir en él todo temor a la noche

Anciano ya, en sus paseos por París, se conmoverá grandemente al ver a los niños. Paseando un día de 1776 con Bernardino de Saint-Pierre, su tierno amigo, cruzóse con un grupo de criaturas que jugaban abiertamente en los jardines reales de las Tullerías.

—Mire —exclamó Bernardino—, mire, Juan Jacobo, lo que ha hecho. ¡Ha libertado a todos los niños de Europa!

Y Rousseau, conmovido por la idea, y con todo acosado por sus pesares y manías, se estremeció confundido y hasta enfadado con su amigo.

En años posteriores, circularon en Francia varias leyendas acerca del encuentro con uno o más de sus hijos perdidos, que reconoció por intuición sobrehumana...

o a la oscuridad. En ningún caso le castigará sino que le hará conocer su error por "las consecuencias naturales de las malas acciones". El proceso total de educación infantil es por *sugestión*. Llega al extremo de evitar la imposición a la fuerza del dogma o la falibilidad del adulto. "Porque nunca sabemos —dice— qué es en esta vida la felicidad o la desdicha absolutas... Todo está mezclado; las afecciones de nuestra alma, como las modificaciones de nuestro cuerpo, se hallan *en un flujo continuo*. El bien y el mal, aun cuando en diferente medida, nos son comunes a todos."

Este sistema de instrucción es esencialmente precursor del sistema de "reflejos condicionados". Empieza Rousseau desde el propio comienzo: el de formar primero los hábitos de los reflejos, aunque no tiene sistema u orden para ejercitarlos, como lo han intentado los pedagogos modernos. Su niño corre y cae y llora sin ser molestado. Si le agrada romper las ventanas deberá entonces dormir en una habitación fría y quizá pescarse un resfriado o ¡morir de neumonía! Pero es éste el aspecto extravagante de la educación *negativa* de Rousseau. Es demasiado espartano por énfasis excesivo.

Este extremo a que llega debe serle perdonado en nombre de un descubrimiento suyo tan utilizado en el siglo siguiente. Había percibido, mediante la observación intensa, que el niño descubría su propia sabiduría del mundo, su propio sentido de las cosas, a través del desarrollo de sus sentidos e instintos. Creía firmemente, en su gran reacción contra el intelectualismo de la época, que el error provenía del juicio racional, del razonamiento abstracto; y que a la verdad se llegaba por el instinto o el sentimiento. Utilizó al máximo su doctrina del sentimiento en su plan de la vida buena y la religión natural (2).

Para atacar el método prevalente de desparramar la "razón" y la información hecha en un "barril sin fondo", llenó Rousseau el *Emilio* con ejemplos de niños enseñados contra su voluntad, que repiten fábulas o cuentos morales con una concepción totalmente errónea de su intención. En cambio, llega a los más fantásticos extremos de inventar juegos o de preparar el escenario a fin de que pueda el alumno aprender las lecciones por sus percepciones propias. Tales artificios han sido objetados por cuanto el niño ve a través de ellas en un fucilazo. En frases aún hoy ominosamente válidas dice, alabando la ignorancia:

> Puesto que todos los errores provienen de nuestros juicios... seríamos entonces más felices en la ignorancia que en el conocimiento. Conocen los hombres de ciencia un millar de cosas que el ignorante ignora. Pero a pesar de ello, ¿están los hombres de ciencia más cerca de la verdad?... No juzguéis y jamás os equivocaréis.

Empero, Emilio, aunque educado en una ignorancia saludable, no ha de ser un salvaje viviendo en el desierto. "Ha de ser un salvaje que habite en las ciudades." De esta suerte admite Rousseau que debe aprender a hacer juicios verdaderos más por su propia experiencia que

(2) "El hábito basado en la emoción afín es la clave de su sistema". Morley.

por la ajena. Su verdad es pragmática y responde al "por qué", a la necesidad, el bien y el uso de las cosas. Como otros psicólogos de los siglos XVII y XVIII —según Alberto Schinz y P. M. Masson han demostrado— dió Rousseau la prevención más definida del pragmatismo. Pero superó al pragmatismo, como método de juicio, con un código moral religioso, una motivación espiritual íntegra, a la que se llega deductivamente. (Algo que el pragmatismo moderno, salvo en sus momentos desprevenidos, jamás admitirá.)

El niño ha aprendido a juzgar las cosas, sus sensaciones, tamaño, peligro o su valor para él, mediante sus sentidos. Sus placeres principales son ahora sus ocupaciones, sus actividades en el jardín o el taller. Su vida debe ser sencilla y llena de ocupaciones. ¡Cuán diferente de la de los pálidos adolescentes precoces de la ciudad! Es independiente, corajudo; desconoce la servidumbre. Tiene doce años. Se aproxima a la pubertad. Su verdadera felicidad —aquí divulga Rousseau su plan — consistirá en tener pocas necesidades y facultades vigorosas para satisfacerlas. Para la dicha terrena es indispensable hallar "un perfecto equilibrio entre el poder y el querer". De este modo se conquista verdaderamente el sentido de la libertad.

"Vivir —dice— es el oficio que enseñaré a mi alumno... Vivir no sólo significa respirar, sino actuar, hacer uso de nuestros órganos, sentidos, facultades, de todo aquello que nos da la sensación de la vida." El alumno salido de sus manos no será moldeado para magistrado, soldado o sacerdote.

> Ha de ser *ante todo un hombre;* todo lo que un hombre debe ser sabrá serlo... Quienes entre nosotros mejor puedan soportar el bien y el mal de esta vida tienen, en mi opinión, la mejor educación. Síguese de esto que *la verdadera educación consiste menos en los preceptos que en los ejercicios.*

3

A los doce años, Emilio ha aprendido su geografía al aire libre; ha aprendido a distinguir los puntos cardinales perdiéndose; viendo crecer las semillas plantadas, se ha aficionado a la jardinería; y a la química, haciendo tinta invisible con pequeños y divertidos experimentos. Su cuerpo es vigoroso; sabe utilizar sus manos; es sincero y por completo ignorante de los cumplimientos rutinarios o de las mentirillas que los niños de su edad aprenden en las ciudades. *Robinson Crusoe* es el único libro que se le ha permitido leer.

En resumen: Emilio ha vivido muy arrimado a las "condiciones naturales". Ha aprendido la vida de la granja. A medida que va evolucionando, hasta poder observar la composición efectiva de la sociedad que le rodea, su mentor inclínase sobre él y le susurra sugestiones que le harán adherir todavía más apasionadamente a esas condiciones naturales y simples.

Asiste a una gran fiesta preparada en casa de un hombre rico y Juan Jacobo murmura a su oído: "¿Por cuántas manos crees tú que ha

pasado todo el alimento que ves en esta mesa?" Y Emilio se rebela ante el pensamiento. Sólo puede aborrecer el henchido banquete, anhelar las comidas sencillas que ha conocido en los hogares campesinos. En adelante, rehuirá el alumno de Rousseau las mesas con "montañas de vajillas de plata". Obsérvese bien esto: en su alma juvenil brota un amor instintivo a la sencillez, simultáneamente con el aborrecimiento al rango, la servidumbre, la autoridad. Enséñale Rousseau a ser artesano, siendo su oficio manual preferido el de carpintero.

Es evidente que Emilio estaba siendo equipado para un nuevo orden social. Este aspecto fué percibido de inmediato por sus contemporáneos como el peligro de esta instrucción. ¿Por qué no también como su gran fuerza? Se ha dudado de que Rousseau previese el surgimiento de un nuevo orden social, pero, para nosotros, su previsión es incontestable: sus mismas palabras, en el libro III del *Emilio*, curiosamente pasadas por alto por muchos comentaristas, revelan sus presagios directos.

> Vosotros que confiáis en el presente orden social apenas podéis concebir que este orden está sujeto a revoluciones inevitables, cuyos efectos sobre vuestros hijos es imposible predecir. *El grande llega a ser pequeño; el rico, pobre; el monarca, súbdito.* ¿Tan raros son los golpes del destino para que podáis confiar en ser eximidos de ellos? *Nos acercamos al estado de crisis y al siglo de las revoluciones.*

Todo lo que el hombre ha hecho, continúa, puede el hombre destruirlo; y en tal degradación, ¿qué será entonces del "sátrapa" criado para la grandeza? "¡Dichoso aquél que sabe abandonar su viejo estado que le deja y seguir siendo un hombre a pesar de su destino!" La idea de que un niño de buena posición social debía aprender un oficio era en aquellos días sorprendente. Pero Rousseau desea que lo aprenda *aunque más no fuese para vencer el prejuicio contra tales oficios.* "Trabajar es el deber indispensable del hombre social. Rico o pobre, fuerte o débil, todo ciudadano ocioso es un pillo." Escarnece a cuantos viven de pensiones o de rentas improductivas. En un pasaje de explosivo sarcasmo exclama: "¿Debe Emilio ser incapaz de todo, ser un señor, un marqués, un príncipe?"

Al despertar el instinto sexual, que llama "segundo nacimiento", describe los efectos fatales, prolongados, de este período de crisis. Debemos honrarle porque en una época religiosa, dividida entre jesuítas y protestantes, que creían igualmente en la humillación de la carne, se opuso con fanática intensidad a toda represión de las pasiones.

En su estilo florido escribe: "Así como el bramido del mar anuncia la llegada de la tempestad lejana, esta revolución turbulenta está señalada por el rumor de la pasión naciente." Una profunda fermentación previene el peligro que se aproxima: hay un cambio de humor, agitaciones repetidas; hay estallidos de inestabilidad. La voz del niño se altera; no tolera él guía alguna; "es un león afiebrado". Tan desatinado es pretender inhibir como destruir los instintos. "Nuestras pasiones naturales... son instrumentos de nuestra libertad. Tienden a conservarnos".

Por lo tanto, instruirá Rousseau temporariamente a los niños sobre el objeto de su curiosidad: "el secreto de los matrimonios". Quiere ser sincero con ellos: evitar todas las bromas que "matan la imaginación." La *pasión*, en su forma más elevada, el amor, conduce a la piedad. La compasión surge del conocimiento del sufrir ajeno. De modo que en la adolescencia enseñará el mentor a su discípulo el "amor a su especie". Y da aquí paso a un renovado acceso de igualitarismo. ¿Por qué son los reyes impíos con sus súbditos? "Porque están seguros de que jamás llegarán a ser hombres." ¿Por qué son los ricos tan duros con los pobres? Porque no temen morirse de hambre. No enseñéis a vuestro alumno a mirar desde las alturas los trastornos y trabajos de los desheredados. Enseñadle amar a todos los hombres; habladle de éstos con ternura. "Es el pueblo quien compone el género humano; materia tan pequeña son quienes no pertenecen a él, que resultan indignos de ser tenidos en cuenta."

Enséñasele ahora a Emilio la historia. Con clara visión desaprueba Rousseau la manera prevalente de escribirla, registrando los hechos particulares extraordinarios, "en tanto las causas de esos hechos, lentas y progresivas... permanecen siempre ignoradas".

Observad también que a Emilio no le enseña el catecismo: no le impone religión alguna.

Era en aquellos días un asunto grave en extremo que Rousseau retardase la enseñanza de la fe religiosa hasta que su Emilio cumpliese dieciséis años. Quería evitar "aquellas imágenes mutiladas de la Divinidad que se graban en la mente de los niños", con lo que minaba el poder principal de la Iglesia organizada, fundada desde muy antiguo en la posesión de la mente del niño. No necesitaba Emilio haber nacido en la Iglesia para salvarse: vería el signo de Dios en todas partes y se despertaría su curiosidad permanente.

4

No obstante, fué Rousseau uno de los más grandes maestros religiosos del siglo XVIII en Europa; y no es coincidencia que el apóstol más ferviente de la reforma social fuese al mismo tiempo uno de los caracteres más profundamente religiosos de la época, pues el establecimiento de una religión "práctica" o natural es el centro luminoso de la filosofía de Rousseau. Y ésta fe fué tan elocuente, tan vigorosamente expresada en el libro IV del *Emilio*: la "Profesión de fe de un vicario saboyano", que precipitó, como en una inmensa ola, la reacción deísta que diferencia el fin del siglo de su comienzo escéptico intelectualista. Debemos recordar que una de las necesidades humanas más grandes del período era el atrincheramiento en alguna posición central entre la confusión pesimista, que siguió al primer estallido de irreligión,

y el oscurantismo, más desolado aún, de una Iglesia decadente. En una palabra, entre la idolatría y el ateísmo. El designio de Rousseau era la conquista de la tolerancia y la destrucción de la superstición, manteniendo vivos al mismo tiempo los impulsos espirituales en cuya validez tan firmemente creía. Respondía con ello a la clamorosa necesidad entre los hombres de una mayor fe en sí mismos respecto a cualquier progreso social contemplado, así como de una renovada creencia en Dios que no ultrajase las nuevas certezas de la ciencia.

Este mensaje religioso del *Emilio* llegó en un momento de perturbación y produjo notables cataclismos. Por un lado, dió lugar a una súbita y poderosa corriente de opinión en contra del grupo de ateos y materialistas dogmáticos que rodeaban a de Holbach y Helvecio. Por el otro, con su espíritu práctico, hizo conmover los cimientos de la Madre Iglesia, aunque, en definitiva, la proveyó de municiones para defenderse del intelectualismo, mediante el mismo ataque llevado a éste por Rousseau, que fué empleado más tarde por los campeones del catolicismo Châteaubriand y José de Maistre. Florecieron entonces los deístas y panteístas, que habían existido durante mucho tiempo en Europa, y especialmente en Inglaterra, pero sin que hubiese aparecido aún para sus ideas un alegato tan vibrante.

Evidentemente pleno de espíritu empírico, había Rousseau fundado, a la faz de los límites aceptados del idealismo, una fe noble. Algo después nos dice Kant que el "vicario saboyano" despertó en él nuevas convicciones en cuanto a la realidad de las entidades espirituales, de suerte que sobre las instituciones de Rousseau se inspiró para edificar la gran estructura dialéctica de la *Crítica de la Razón Pura*. Hasta Voltaire decía ahora que Rousseau era un loco "que escribía a veces como Platón". Entretanto, nuevas e interesantes revelaciones eran estimuladas en Alemania entre entusiastas como Harder y Schiller y, posteriormente, entre los filósofos idealistas románticos. En lo que respecta a los difundidos debates teológicos de la época, debemos recordar que el *Vicario* hace una defensa no del cristianismo tradicional sino de una religión "positivista". A este respecto las propias palabras de Rousseau dirigidas a un amigo son muy significativas: "El pueblo *tendrá, al fin, una religión positiva fundada en la autoridad de los hombres.*" Durante la siguiente centuria, la facción opuesta a la religión organizada en Francia será, más que atea, deísta, a la manera de Juan Jacobo.

Nos hemos encontrado con el pobre vicario saboyano mucho ha, durante la descarriada juventud de Rousseau, cuando, abandonado, expatriado, pasando los aprietos más desconcertantes, vagaba por las calles de Turín. Aquel digno carácter es el que una vez condujo al muchacho de diecisiete años a un grandioso paraje de las afueras de la ciudad, donde, desde la cima de una montaña, le fuese posible contemplar las maravillas de la obra del Señor, y le reveló la religión natural que Rousseau proponíase a la sazón transmitir a Emilio al llegar a esa edad.

Una de las condiciones primeras para la comprensión del misterio de la vida es escuchar los propios sentimientos. "Siento, luego existo": así corrige el vicario de Rousseau el famoso axioma de Descartes. "Sé que la verdad está en las cosas y no en la mente que juzga —continúa en su lenguaje empírico y con su criterio de la verdad práctica, de la utilidad ética o social más bien que de la validez lógica—. Cuanto menos pongo de mí mismo en los juicios que hago más seguro estoy de aproximarme a la verdad." Pueden los hombres descubrir una voluntad o inteligencia suprema visibles en los movimientos del universo que les rodea. "Mientras la tierra da vueltas percibo la mano que la hace girar... *Creo que una voluntad mueve el universo y anima toda la naturaleza.*" Es éste el primer artículo de la fe. El segundo está desarrollado de la manera siguiente: en la naturaleza todo es orden, armonía, proporción; y el hombre ocupa en ella el lugar más alto. ¡Pero qué espectáculo de confusión es la vida del hombre! Muévese éste alternativamente por principios mezquinos que le someten al imperio de los sentidos y las pasiones; se mueve también por principios espirituales que le elevan a la contemplación de las verdades eternas. Pero es libre, libre para el bien y el mal, desde que, de todos modos, su facultad para el mal está limitada y "no puede siquiera destruir su propia especie." Posee, pues, "libre albedrío" y una *substancia inmaterial* animada, un alma. El tercer artículo de la fe es el de la vida después de la muerte. Desde que el alma del hombre es espiritual o inmaterial sobrevive al cuerpo. Hay una vida definitiva en que la Providencia recompensa al justo y castiga al perverso. Ciertamente los malvados son castigados en la otra vida, ya que tan palpablemente triunfan en ésta!

Estas pocas afirmaciones eran los principios esenciales de la fe del vicario saboyano. Es en el fondo una fe razonable, puesto que vemos que el vicario no es un anormal, ni un místico insensato, ni un teólogo escolástico. Hay en todo el opúsculo dulcemente contemplativo una duda continua y reverente, pero la conciencia está viva, le habla continuamente, y su realidad se refiere siempre a la presencia de un Ser Supremo que mueve el universo y ordena todas las cosas.

> A este hombre (Dios) agrego las ideas de inteligencia, poder y voluntad que he reunido y la de bondad, que es consecuencia necesaria de ellas; mas no por eso conozco mejor al Ser que ahí he llamado; se esconde por igual en mis sentidos y de mi entendimiento; cuanto más pienso en El más me confundo... Dondequiera reconozco a Dios en sus obras, le siento en mí, le veo en derredor mío, pero en cuanto quiero indagar dónde está, de qué substancia está hecho, elude mi perturbado espíritu y nada distingo.

La idea de la creación perturba su mente. Pero ¿por qué detenerse y atormentarse por tales cuestiones que sobrepasan el humano entendimiento?

> La idea de la creación excede mi comprensión, pero sé que Él ha formado el universo y cuanto existe, que lo ha hecho todo, todo lo ha ordenado. Sin duda,

Dios es eterno; ¿pero puede abarcar mi espíritu la idea de eternidad? ¿Por qué me he de engañar con palabras sin ideas? Concibo, sí, que Él es antes que todas las cosas, que será mientras éstas existan y después de ellas, si hubiesen de acabarse un día. Dios es inteligente, pero ¿cómo es? El hombre es inteligente cuando raciocina; y la inteligencia suprema no necesita raciocinar; para ella no hay premisas ni consecuencias, tampoco hay proposición; es meramente intuitiva... Dios es bueno, no hay cosa más manifiesta, pero la bondad en el hombre es el amor de sus semejantes, y la bondad de Dios es el amor del orden. Dios es justo, pero la justicia humana consiste en dar a cada uno lo que le pertenece, y la divina en pedir a todos cuenta de lo que les ha dado...

En fin, cuanto más me esfuerzo en contemplar su infinita esencia, menos la concibo; pero existe, eso me basta; cuanto menos la concibo, más la adoro. Me inclino ante Él y le digo: Oh Ser de los seres, yo existo porque existes tú; meditando sin cesar en ti me encuentro hacia mi verdadera fuente. El uso más digno de mi corazón es anonadarme ante tu presencia; el rapto de mi espíritu, el encanto de mi poquedad, es mirarme absorto en tu grandeza.

He aquí los bellos matices de humildad que, unidos a los solemnes y elevadamente serios, hacen de este largo pasaje del *Emilio* uno de los grandes momentos de la literatura.

Con todo, se trata de una humildad que no es degradante ni flagelante, porque de ella surge la fe como una emoción expansiva, que procede de la duda y, por intuiciones, llega a convicciones espirituales armoniosas. Historiadores, tales como Michelet y Henri Martin, han dicho que este tratado sobre la religión representa tanto la "elevación y expansión del hombre" como la restauración de la religión; que Rousseau "contribuyó a la emancipación de los sentimientos humanos como Descartes a los del entendimiento." A la cuestión ¿qué es el hombre?, Voltaire habría replicado: una bestia lastimosa, un "gusano fatal" con una úlcera gangrenosa en sí; Helvecio: un conjunto de mecanismos fisiológicos cuyos pretendidos sentimientos más elevados son reducibles a reacciones físicas necesarias. Para Rousseau —a pesar de sus propias miserias— el hombre no era un "gusano fatal", sino un ser inteligente, bueno, libre para forjarse su propio destino en la tierra o, por lo menos, para lograr en una forma perfectamente real una adaptación al mundo de la naturaleza, visto "a la larga" como armonioso, ordenado y benevolente...

El vicario, pues, adora preferentemente a su Dios al aire libre, en medio de sus obras, pero no le ruega. "Adoro al autor supremo... pero no le ruego. ¿Qué habría de pedirle? ¿Que por mí cambiara el orden de las cosas? ¿Que obrara milagros en beneficio mío! ¿Podría yo, que por sobre todas las cosas debo amar el orden establecido por su sabiduría, pretender que este orden sea perturbado por mi causa?"

Mas, oh, el nuevo profeta pisa aquí sobre terreno peligroso. Si han de desaparecer las plegarias suplicando milagros, la intervención divina, sobrevendrá entonces la bancarrota de uno de los más grandes comercios del mundo con su innumerable hueste de mercaderes de sotana. Ataca él la milagrería y el dogma de la revelación. Se aparta sin

interés de todo lo sobrenatural, como dijo precisamente un día su descendiente Ralph Waldo Emerson: *Estoy fastidiado de la "Ultima Cena"*. Sólo el Evangelio apela a su espíritu. ¿Eran las de éste palabras divinas? ¿Era Jesús divino? Hay una frase famosa cuyo significado ha sido muy discutido "Si la vida y la muerte de Sócrates son de un sabio, entonces la vida y muerte de Jesús son de un Dios."

Advertimos que no dice él enteramente que Jesús era divino. A este respecto observa que sólo tiene conciencia de su "duda temblorosa". ¿Cómo podía la divinidad milagrosa de Jesús tener lugar en una profesión de fe que aboga en conclusión por la tolerancia de todas las sectas, de todas las religiones y de todos sus profetas particulares? Cristianos, mahometanos, judíos —católicos y protestantes— debían todos vivir en armonía.

Considero las religiones particulares como otras tantas instituciones saludables que prescriben un modo uniforme de adorar a Dios con un culto público, y pueden tener sus motivos en el clima, el gobierno, la índole del pueblo, o en alguna otra causa local que hace la una preferible a la otra, según los tiempos y lugares... *Creo que todas las religiones son buenas cuando sirven a Dios como* conviene. ¡El culto esencial es el del corazón!

Hace una pausa: señala el escepticismo involuntario en que ha quedado. Pero sus reservas no le perturban,

porque no se extienden a los puntos esenciales de la práctica de la fe y estoy firmemente decidido acerca de las cuestiones de todos mis deberes. Sirvo a Dios en la sencillez de mi corazón. Busco tan sólo colocer lo que importa para mi conducta. En cuanto a los dogmas que no influyen en las acciones ni en la moral, y que tantos se atormentan por escudriñar, no me preocupan.

La fe del vicario saboyano es ciertamente uno de los más bellos credos que se hayan escrito jamás y, en vista del tiempo y las consecuencias, uno de los más valientes.

El deísmo de Rousseau exaltaba la conciencia individual, tal como la Reforma habíaselo propuesto sin hacerlo prácticamente nunca. El rechazo de los milagros y las revelaciones era común a los grandes pensadores, desde Platón a Descartes y Spinoza. En verdad, dejaba a Dios donde estaba... Urgía una estoica y saludable aceptación del orden natural como el orden de Dios, más que el terror a Dios; el hombre era bueno, más que nacido en pecado original, y la verdadera realización de su propia bondad, la moderación de sus necesidades y apetitos le conduciría a una vida de paz e identificación con la Naturaleza. Era un credo razonable, concebido e inspirado por el sentimiento, pero exento de todas las absurdidades de procedimiento o justificación en que se basaban las Iglesias organizadas y que habían ofendido al espíritu esclarecido de la época. Y aunque Rousseau concluía cautelosamente que los hombres debían observar externamente "el culto en que habían nacido", que "las diferencias en la práctica externa eran

asuntos pequeños ante el Señor", hallaron sus lectores este consejo en desacuerdo con su espíritu esencial y lo juzgaron un esfuerzo transitorio para aplacar la censura. El *Emilio* contenía, pues, tonantes golpes contra la institución religiosa, los que, unidos a las hábiles campañas de la escuela voltaireana, sacudieron los cimientos de la Iglesia y destruyeron también las sanciones místicas del viejo régimen.

Es en parte cierto que la religión de Rousseau, más ampliamente formulada por su propia vida y conducta ulterior bajo el fuego, hizo una burla de la disciplina católica, al abandonar él, como ha dicho un comentarista moderno —Jacques Maritain—, el "decoro", y renegar del "freno interior" de las viejas tradiciones; con todo, tales objeciones pueden ser grandemente calificadas por la ética estoica que predica, la tranquilidad ante la muerte y los males corporales, la sencillez en el modo de vivir, etcétera. También es cierto, como sostienen tanto sus continuadores como sus detractores, que convierte la fe religiosa en "una emoción expansiva". Es el alejamiento completo del dogma humillante de la "depravación total" del hombre lo que informa la esperanzada obra de quienes se hallaban bajo su hechizo: hombres como Malesherbes y Condorcet.

Lejos de ser "destructivo" por su teología libre particular, mucho ha contribuído Rousseau a articular una dirección saludable para el hombre en las postrimerías del Renacimiento europeo: el largo y penoso esfuerzo para inferir de la gran oscuridad el conocimiento científico, y sobre todo la lucha interminable de la mente por establecer el orden y la justicia en la sociedad humana (el nacimiento de nuevas ciencias), deben haber sido alentados en su camino por una fe en el hombre tan poderosa como la suya, por su hacer del "hombre el centro del universo" y fundirle en Dios y la Naturaleza.

El resultado final de su "religión natural", como podemos resumirlo, era que estaba él más por la inteligencia "buena" o razón que por el oscurantismo aterrorizado que se repliega en su miedo a la "serpiente" natural, en el recuerdo de su originaria "caída desde la gracia". En este sentido admite la ética de Rousseau el agnosticismo, así como el deísmo a la manera de Spinoza a fin de infundirle la responsabilidad moral en la tierra. Alienta a los hombres a la fe en sí mismos, al "progreso", si se quiere, de los que la facción opuesta se retira en clásico desaliento. Ofrece Rousseau un sueño ordenado o ideal de felicidad en la tierra; pero en su romanticismo —que podríamos llamar también naturalismo o "realismo"— no puede evitar darnos el drama de tal indagación, o sea, la constante caída desde las nubes a las ciénagas, que es la suerte del hombre faustiano, pero desde donde lucha siempre por desembarazarse, mediante la fantasía estable.

Había a veces desesperación en Rousseau, hombre de verdades y contradicciones, pero también esperanza infinita; sobre todo cuando le comparamos con los neo oscurantistas... Y así Condorcet, en la sombra del cadalso revolucionario, henchido de esperanza, escribió su *Tableau* del progreso de la mente humana, la *Décima Etapa*, que dice:

Y vendrá entonces un tiempo en que el sol brillará sobre la tierra habitada únicamente por hombres libres, que sólo a la razón considerarán su maestro; en que tiranos y esclavos, los sacerdotes y sus traidoras herramientos sólo existirán en la historia y el teatro; y en que tan sólo lloraremos a sus víctimas y sus embaucados para incitarnos a una útil vigilancia, a fin de poder reconocer y aplastar bajo el peso de la razón las primeras simientes de la superstición y de la tiranía para que jamás se atrevan a reaparecer.

5

En Rousseau siempre debemos hacer alguna concesión a los excesos y aun a la "locura" —esa locura que, según Malesherbes, promovía su genio—, como así también a sus miserias y aberraciones. En este caso, el *Emilio*, después de elevarse al nivel de los más bellos diálogos de Platón, desciende a un último capítulo de fantasía romántica en que la más completa extravagancia se confunde con destellos de sabiduría, envueltos en las formas estilizadas del siglo de Rousseau. El libro quinto del *Emilio* llega a ser menos la filosofía que la novela de una educación imaginaria.

Vigilando a Emilio, dispuesto hasta a entrar, para su bien, "en casas de mala reputación", ocupado siempre en distraer y "fatigar" al amado adolescente, nuestro mentor le educa en castidad hasta los veinte años. Queda Emilio en "una independencia aparente", pero vive en realidad sujeto a la voluntad de su tutor (3).

Esta situación sugiere obviamente las principales objeciones que se han hecho a las últimas etapas de la pedagogía de Rousseau. A los veinte años, Emilio, que es llevado a París para completar su cultura, se asemeja fatalmente más y más al Saint-Preux de *La Nueva Eloísa*. París es un mal sitio para quien ha de ser honrado, de pocas palabras, sin vanidad ni brillo. Empero hay allí para aprender del bien y el mal más que en parte alguna.

Será Emilio llevado al teatro para convencerse súbitamente de su futilidad; leerá tan sólo de paso a los "recopiladores modernos", a fin de poder volver con más alegría a las obras maestras latinas, griegas e italianas más dignas. Después de un año es alejado de la Capital.

(3) Al parecer, no había Rousseau vislumbrado la educación universal del pueblo, bajo las democracias, en escuelas comunes. Con todo, proponía, quizá por vez primera, la idea de crear una serie de condiciones en que el papel del niño fuese el "experimento" con la vida y la autoeducación. Opuesta a la disciplina y la instrucción obligatoria, esta idea pudo, sin embargo, ser aplicada fácilmente al sistema escolar y a la enseñanza en grupo, destilando la tutoría privada de Rousseau, por Basedow, Pestalozzi y Froebel. Acertadamente atribuyó Rousseau más importancia al carácter del maestro que al plan de estudios. Sin duda, fué demasiado lejos en su reacción.

A pesar de la difusión de la educación rousseauísta en los tiempos modernos, la enseñanza disciplinada (conforme al sistema inglés de educación pública) no ha sido desalojada. La nueva educación seguirá indudablemente, en lo esencial, el sendero de Rousseau con las modificaciones inducidas por los problemas sociales modernos específicos.

"¡Adiós París, ciudad del humo y del fango; jamás estaremos bastante lejos de ti!"

Elige para Emilio un asilo sencillo y rústico en el campo. En él bosqueja su mentor el plan conveniente a la vida buena. "Quisiera reunir a mi alrededor una sociedad, más selecta que numerosa, de amigos que amen el placer y se comprendan entre sí; de amigos que puedan levantarse de sus sillones y prestarse a los juegos rústicos." Aunque no muy delicadas, habría allí comida y bebida en abundancia; habría baile, cantares campesinos, juegos rústicos, pero *no caza*. Perora Rousseau con gran ira acerca de los cazadores señoriles que destruyen las mieses de los campesinos o azotan y estropean con sus cabalgaduras lo que encuentran en su camino. (Hasta mucho después, no se detuvo a reflexionar que su propio protector, el príncipe de Conti, era famoso por tales correrías de caza).

Cuanto más estrechamente adhiere el hombre a sus condiciones naturales originarias —dice Juan Jacobo—, "menos discordancia hay entre sus poderes y deseos". Medid vuestra esfera y vivid en ella sin excederos jamás. Vivid conforme a la Naturaleza y despedid a los médicos. (¡Cómo su ex amigo Tronchín, de Ginebra, le habrá detestado por esto!) "Sufre, muere o restablécete; pero *¡vive hasta tu última hora! Sé tú mismo.*" Ciertamente, ¿por qué debe el hombre vivir por cálculo, moda (o decoro) hasta reducir al mínimo su ser individual o humano, hasta frustrar o destruir todo el valor o la realidad del momento presente?

La dicha principal es ser libre y para serlo debe uno estar tan apartado de la dominación como del servilismo. Si ambiciona Rousseau que Emilio viva sin amos, también ha de vivir sin lacayos, porque el que tiene autoridad sobre otros sólo vive mediante otros. Puede el príncipe decir: "Mi pueblo son mis súbditos." Pero él es súbdito de sus ministros "y los ministros son las víctimas de sus secretarios o de sus queridas, *los valets de sus valets.*"

Entrado ya en su mayoría de edad, enséñale a Emilio a considerar el matrimonio con respeto, como uno de los contratos más sagrados, y con horror al libertinaje. "Tu corazón necesita una compañera; salgamos y busquemos una conveniente para ti." Y recordando con ternura algunas horas bienaventuradas vividas en el valle de Montmorency, resuelve Rousseau —harto perdonable— llamar Sofía a la esposa de su discípulo...

¿Qué clase de mujer ha de ser la consorte del virtuoso Emilio? ¿Ha de ser una mujer elegante, una Madame de Sévigné? ¿Una mujer de noble inteligencia, libre, independiente, valerosa, como la talentosa marquesa du Châtelet, amante de Voltaire? No. El lector se desilusionará. La esposa a quien Juan Jacobo evoca es una mujercita pasada de moda, honrada, tierna, religiosa y desde sus primeros años, sumisa: tejer es su actividad preferida, "porque ofrece una postura graciosa", y, sobre todo, tiene *un aliento suave*".

Esta Sofía, virtualmente un tipo oriental destinado a "agradar a los hombres" con su corazón sensitivo, su amabilidad y su profunda ignorancia, sobrepasa hoy nuestra comprensión y sólo podemos presumir que la pintó principalmente *para exasperar* a la muy masculina señora d'Epinay y a todas sus brillantes hermanas de 1760, como la señora du Deffand y la señorita de L'Espinasse, que en varias oportunidades habían fastidiado mucho al sombrío preceptor.

Rousseau, salvador e idólatra de la mujer, es aquí simplemente "anti-feminista", y la esposa de Emilio, nada más que una hija domesticada de la naturaleza cuyo "amor a la virtud era la belleza en sí". Concluye con una salva de cumplidos para el bello sexo: "Tiene la mujer más agudeza; el hombre más ingenio; la mujer observa y el hombre discurre; de esta combinación resulta una comprensión más clara... El mundo es el libro de la mujer." El en esto reaccionario Rousseau quería salvarlas de las máximas de una filosofía contemporánea cínica, particularmente de una filosofía "que despoja a las mujeres de nuestro siglo del poco honor que les queda".

Salvo un interin de didactismo, las últimas páginas del *Emilio* están abandonadas a la fantasía novelesca al modo característico de Rousseau. Ante el noviazgo de Emilio y Sofía, el mentor se deleita malignamente. "Albano y Rafael, ¡prestadme el pincel de la voluptuosidad! —exclama—. Divino Milton, enseña a mi tosca pluma a describir los contentos del amor y la inocencia." Los incontinentes asentistas generales, los disipados cortesanos de París y sus señoras, a quienes se prohibía leer estas escenas, se arrobaban secretamente con ellas...

Pero, después de haberle dado su compañera ideal, el omnipotente mentor, eternamente oficioso, separa a Emilio de ella para poner a prueba su afecto. Viaja éste durante dos años a fin de completar su educación, observando los pueblos y las naciones, aprendiendo por sí mismo cuáles son los deberes y derechos del ciudadano y cómo el "contrato social" une al cuerpo político y le confiere la soberanía.

"Me parece —dice Emilio a su notable maestro, a modo de conclusión— que a fin de ser libres jamás debemos dejar de apetecer la libertad."

La obra tuvo, en 1762, un efecto enorme en todo el mundo civilizado. Sin embargo, en su talante misantrópico transitorio, que andaba al flanco de su humanidad, tenía Rousseau poca fe en su eficacia. La verdadera educación del hombre, así como el Estado democrático ideal, eran inalcanzables.

En 1770 escribió al abate M. que se había anunciado como un discípulo del *Emilio*:

> Si es cierto que ha adoptado usted el plan propuesto en el *Emilio*, admiro su coraje, pues posee demasiada inteligencia para no darse cuenta de que con ese sistema debe uno hacerlo todo o nada, y de que sería cien veces mejor seguir con el viejo modo de educación que echar a perder, con medias tintas, a un solo hombre. Por adoptarlo íntegramente quiero significar, no seguir servilmente mis ideas, sino corregirlas a menudo, observando los principios esenciales, *modificados*

necesariamente por sus aplicaciones particulares. ¡Qué tarea inmensa se ha dado usted! Vigilancia, paciencia, firmeza, son las tres cualidades que jamás podrá relajar por un instante sin el riesgo de perderlo todo: sí, todo.

Un día de 1765, en Estrasburgo, fué Juan Jacobo presentado por un digno vecino a su hijo, que estaba siendo educado de acuerdo a las doctrinas del *Emilio.* "Tanto peor, señor —dijo Rousseau—, tanto peor para usted y para su hijo."

Empero, pese a los propios recelos del gran dramaturgo, nada podía contener el entusiasmo despertado en todas partes por el *Emilio,* que apareció en un momento oportuno, llevando consigo el dogma simple y santificante, para la época, del retorno a la naturaleza.

La generación de 1762 a 1793 se hizo *naturista,* pues sostenía que su error había consistido en sus violaciones a la naturaleza. Estaba en movimiento una corriente cuya poderosa agitación puede sentirse todavía en la primera mitad del siglo XX. Madres de buena posición económica lloraban sobre las primeras páginas del *Emilio* y, sin renunciar a sus visitas a la Opera, disponían que sus criaturas les fuesen llevadas a sus butacas. Durante muchos años antes de la Revolución Francesa, los concurrentes a la Opera podían atisbar a través de sus *lorgnons* el cuadro de moda: madres aristocráticas alimentando a sus hijos de su propio pecho.

Hacía 1787, hasta la reina María Antonieta tenía, en el Parque de Versalles, chalets rústicos junto a las albercas; y jugaba allí al retorno a la naturaleza, *a la Nouvelle Héloïse.* La señora de Genlis, después de leer a Rousseau, resolvió educar al hijo del duque de Orleans, que fué después el rey Luis Felipe, a la luz del *Emilio,* en el campo, y hacerle aprender el oficio de carpintero. Y fué así cómo, después de todo, el hijo de la *Egalité* se las arregló para sobrevivir a la Revolución y llegar a ser un día el rey de Francia.

A su manera singular, era el *Emilio* una preparación del espíritu para el derrumbe del viejo orden. En una edición posterior enmendó Rousseau sus observaciones acerca de la crisis que se avecinaba. En una nota al pie publicada en la edición de 1788 añadió: "Creo imposible que las grandes monarquías de Europa resistan mucho tiempo. Tengo razones específicas para mis creencias a este respecto, pero no es del caso darlas. Además, todo el mundo puede verlas muy claramente."

6

Un oficial esclarecido escribió a uno de los amigos de Rousseau: "He aquí, señor, un buen libro, pero dará que hablar más de lo que su autor hubiese deseado."

Incrédulo en cuanto a que, como extranjero, pudiese ser castigado por haber escrito el *Emilio,* y creyéndose a salvo bajo la protección que gozaba del mismo magistrado a cargo de la censura, Juan Jacobo

estaba tranquilo. Anota en su autobiografía cómo pasó jovialmente el 8 de junio de 1762, en compañía de dos anecdóticos, peripatéticos y bebedores sacerdotes oratorianos. Ese día jugó, vagó y anduvo de pic-nic; jamás anduvo tan alegre.

Había contraído en su juventud el hábito de leer por la noche en la cama hasta cerrársele los ojos de fatiga. Aquella noche había leído en la Biblia la historia trágica del *Levita de Efraín.* Vivamente impresionado, preocupada su mente, en una especie de sueño, con el Levita, fué de pronto despertado por el ruido y la luz.

Eran las dos de la mañana.

La Roche, el fiel agente de los Luxemburgo y amigo leal de Rousseau, hallábase junto a su lecho al lado de Teresa, que sostenía una lámpara con el terror dibujado en su rostro.

—No se alarme —dijo La Roche—. Vengo de parte de la señora Luxemburgo y traigo una carta suya y otra del príncipe de Conti.

Un expreso del príncipe informaba al hombre semidormido que, a pesar de todos sus esfuerzos a favor suyo, el gobierno estaba resuelto a proceder contra él con todo rigor. Su libro había causado una fermentación increíble y el Parlamento y la Corte exigían su arresto. Habíase dictado un decreto contra él para las siete de aquella mañana.

La carta de la duquesa decía: "Creo que no debe perder tiempo alguno si quiere recoger todos sus papeles y huir y refugiarse contra las persecusiones que puedan sobrevenir, ya que poseen ellos la fuerza sin la justicia. Por Dios, venga en seguida; es la mayor prueba de amistad que puede brindarme."

Juan Jacobo estaba condenado.

El *Emilio* había aparecido en el fragor de la contienda entre los jesuítas y el gobierno. Durante la crisis, la bula papal Unigenitus, con su resultante restricción de los privilegios confesionales y hasta de los últimos sacramentos, había enfurecido al Parlamento gálico. Además, los jesuítas, con sus intrigas, se habían granjeado la enemistad de Madame de Pompadour y de Choiseul, ministro del rey. Y un gran escándalo financiero que cayó sobre ellos, en medio de las disputas, había sellado su supresión en Francia. El asunto había despertado momentáneamente el júbilo de todas las facciones de filósofos y libertarios. Pero, poco después, el Parlamento jansenista, deseando demostrar que era tan hostil como nunca a los librepensadores, cayó sobre el libro de Rousseau, que *había firmado con su propio nombre.* Todo lo que entonces olía a filosofía o tenía el timbre del racionalismo o la especulación era atribuído al campo voltaireano y consignado a la hoguera por el verdugo común, en los escalones del Ayuntamiento o casa consistorial. Sabemos, además, por memorias que aluden al duque de Choiseul, es tadista si no exitoso, perspicaz, que consideró el caso de Rousseau y le juzgó, acertadamente, un sedicioso peligrosísimo.

Es en verdad asombroso que los demás contemporáneos de Choiseul, nobles y asentistas del viejo régimen, acordasen tanta protección a

los mismos hombres que estaban preparando su ruina. Su instintivo buen tono llevábalos a admirar a los hombres nuevos, liberales, del pueblo.

"Estábamos dispuestos a seguir con entusiasmo las doctrinas de los escritores talentosos y audaces" — relata el conde de Ségur, un viejo emigrado, en sus memorias.

> Voltaire seducía nuestro intelecto, Rousseau tocaba nuestro corazón... Sus campañas nos placían, aunque el enemigo estaba minando, bajo nuestros pies, nuestro rango y privilegios; veíamos solamente lo externo y no sospechábamos la ofensiva oculta. ¡Las creíamos *sólo una guerra de plumas y palabras* que se nos aparecía exenta de peligros para la existencia superior de que gozábamos y cuya posesión desde hacía muchos siglos nos había engañado haciéndonosla creer inexpugnable!

La agitada gente del castillo de Montmorency pasó en vela toda aquella noche. El mariscal estaba pálido como la ceniza; la duquesa, siempre supremamente dueña de sí, hallábase entonces tan agitada que su turbación conmovió a Rousseau. La condesa de Boufflers, que estaba allí, la misma que había evidenciado una debilidad tan verdadera por Juan Jacobo, iba y venía por la habitación, haciendo proposiciones extravagantes, nerviosas. Dijo que Conti podría emitir una *lettre de cachet* contra Rousseau, ponerle preso en la Bastilla por algunas semanas y apartarlo así de la jurisdicción parlamentaria. Y que podía instalarse en la ciudadela del viejo Temple, en París, palacio hereditario de los Conti y lugar seguro por el momento. El mismo castillo estaba a resguardo de las visitas de los funcionarios policiales. La señora de Luxemburgo, el mariscal, el príncipe Conti y Malesherbes, amigos de Rousseau, veían ahora que habían ido demasiado lejos en su protección y aliento a su obra. El vilipendio caería sobre ellos, y sus enemigos en la Corte, particularmente la temida Pompadour, no tendrían piedad alguna. En tal emergencia, ¿soportaría Rousseau medidas punitivas, interrogatorios, sin delatar a sus protectores? Sus principios, conocidos, le prohibían mentir; de su salud física y su temperamento no podía esperarse la necesaria firmeza o discreción ante la coacción. La única actitud conveniente era alejarse al momento [4].

Recordando cada detalle de la conferencia nocturna en el castillo, nos dice que no estaba sin emoción en esa hora de terror. "No pensaba sino en el triste papel que la duquesa iba a representar si yo me dejaba prender. No sintiéndome con bastante presencia de ánimo y destreza, la hubiera inevitablemente comprometido al ser acosado. *Esto me decidió a sacrificar mi gloria a su tranquilidad, a hacer por ella, en esta ocasión, lo que nada hubiera sido capaz de obligarme a hacer por mí.*"

Su "gloria" hubiera sido haber ido a la Bastilla por haber firmado su libro, como tantos espíritus rebeldes de la época. Que estaba preparado a ello está evidenciado en más de una de las cartas escritas

(4) G. Lanzon, en *Annales de la Société J. J. Rousseau*, Vol. V, demuestra que su permanencia hubiera implicado un verdadero peligro de castigo extremo.

inmediatamente antes del día de su condenación: el 9 de junio de 1762. Sus movimientos, como sostendría después invariablemente, fueron determinados por el hecho de no querer perjudicar a las "personas que, por amarle, se hallaban comprometidas." Puede advertirse que nada deseaba tanto el gobierno como el alejamiento de Rousseau del país, que prefería al proceso sensacional público de sus principios ante la Europa civilizada. Para tranquilizar los temores de la duquesa, le declaró al momento que abandonaría Francia. Posteriormente, con la suspicacia envenenada, la manía persecutoria, que eran su disposición anímica, expresa, al escribir *Las Confesiones*, haberse sentido "chocado por la indiferencia" con que la señora de Luxemburgo recibió su sacrificio. (*¿No era todo un complot para librarse de él y destruir su buen nombre?*)

A pesar de su amor a Francia, de su pasión por las mismas piedras y la tierra del Valle de Montmorency, debía, pues, marcharse súbitamente. Impulsivo, como siempre, fué momentáneamente presa de un acceso de "ira y furia". Pero pasó la mayor parte de la mañana tranquilo, recogiendo y atando sus cartas y papeles, en el castillo, ayudado por el viejo mariscal. Había muchos documentos que debían ser quemados o salvaguardados por sus amigos. Finiquitados sus preparativos para la huída, mandó a buscar a Teresa, que había permanecido en la casa de campo.

Durante horas ignoró ésta si su amo había sido capturado o muerto. Sus sollozos y gritos al verle de nuevo "llenaron el aire", y el mariscal, testigo del abrazo que se dieron, no pudo contener sus lágrimas.

"¡Oh amistad, correspondencia de los corazones, hábito, intimidad! En este dulce y cruel momento se compendiaron todos los días de felicidad, de ternura y de paz, para hacerme sentir más lo desgarrador de la primera separación, después de haber vivido cerca de diecisiete años casi sin perdernos de vista!"

Teresa Levasseur le hubiera seguido a cualquier parte; pero la instó a quedarse para cuidar sus efectos y su dinero, sujetos a secuestro por el decreto, hasta hallar algún refugio seguro. Al darle el beso de despedida, exclamó muy sentidamente: "Hija mía, es necesario que te armes de valor. Has compartido la prosperidad de mis días más felices; ahora, ya que lo quieres, sólo te queda compartir mis miserias."

Fué también sensible a la emoción de los aristócratas que asistieron a su partida. La duquesa de Luxemburgo le besó tristemente (*¡aunque no con el calor de dos o tres años antes!*) La encantadora condesa de Boufflers, y hasta la fría señora de Mirepoix, le besaron y abrazaron. Estas grandes damas, hondamente conmovidas en la hora del desastre, habíanle alistado entre los grandes héroes de la historia.

Los abrazos de despedida, "largos y mudos" del mariscal, que estaba "pálido como la muerte" —en verdad la muerte se le acercaba a este hombrecillo— no le pasaron inadvertidos. A todos los demás había Rousseau preferido al mariscal y duque de Luxemburgo, que era

un viejo cortesano sencillo, gentil, aunque sin firmeza de carácter. Cuando le devolvió la llave del parque el duque la tomó "con sorprendente vivacidad." Y al entrar en el coche, como si no hubiese estado bajo la sombría circunstancia de semejante partida, tuvo el presentimiento de que no volvería a ver nunca a las más de estas personas.

Muchos lugares de refugio habíanle sido propuestos en rápida sucesión: Inglaterra, Prusia y diversos Estados germanos pequeños conocidos por la señora de Boufflers. Finalmente había pensado ir a Ginebra, pero no se hacía ilusiones de que "pudiese vivir allí en paz". Resolvió radicarse en algún territorio protestante libre de Suiza. Escogió a Iverdun, en el cantón bernés, donde aguardaría por el momento. en la casa de retiro de su viejo amigo "Papá" Daniel Reguin, que tantas veces le había invitado, las manifestaciones de la opinión pública de su ciudad natal.

Volvió a lanzarse a lo largo de los caminos. No lejos de Montmorency, a las cuatro de la tarde del día 9 de junio, se cruzó con una carroza donde iban cuatro alguaciles vestidos de negro. Estos representantes de la autoridad reconocieron al famoso hombre, le sonrieron y siguieron rumbo a su casa de Montlouis. Evidentemente no tenían apuro en capturar a Rousseau.

El intervalo de dicha en Montmorency había terminado. Durante cinco días viajó por los terribles caminos de la Francia oriental. Fué el comienzo de muchos años de melancolía y exilio errante, víctima primero de los guardianes de los altares religiosos de Europa y, finalmente, de los fantasmas que le perseguían implacablemente mientras el sufrimiento oscurecía su mente. Pero a la sazón se perdió en el ensueño: era su gran refugio que le alejaba de todos los males presentes así como de las pasadas dichas.

Mientras viajaba, desatábase contra él la tormenta, con asombrosa furia. Dos días después de su partida, el *Emilio* fué quemado públicamente en París por el verdugo; el 11 de junio su libro fué condenado en Ginebra, y quemado el 19 de ese mes. El arzobispo de París preparaba contra él, por parte de la Iglesia Católica, un mandamiento oficial. Algún tiempo después, el Concilio de La Haya ordenó, en medio de un gran tumulto, la incineración de su libro. Poco sabía de esto él, "el único hombre que en Francia creía en Dios", como se decía él mismo. Soñaba, componía mentalmente y escribía, aprovechando las paradas de las carrozas, un largo salmo bíblico en prosa, cuyo tema era el *Levita de Efraín*. Y así llegó al cabo a la frontera del cantón de Berna, a Iverdun, donde, arrebatado, descendió —como relata— se prosternó y besó la tierra.

"¡Oh, cielo, protector de la virtud, te doy gracias! ¡Estoy al fin en tierra de libertad!"

LIBRO CUARTO

El Rey Lear

Capítulo XVII

EXILIO. — *CARTAS DE LA MONTAÑA*

El camino que usted ha tomado no conduce a la paz, sino a la gloria.

Señora de la Tour.

1

La condena y huída de Rousseau fueron por un tiempo objeto de gran interés en toda Europa. El acontecimiento, producido casi inmediatamente después de la ejecución de Juan Calas en Toulouse, y sobre la cual Voltaire había ya dado el grito de alarma, llamó la atención de todos hacia la intolerancia mortal que todavía imperaba en Francia por debajo de la pulida superficie de su civilización.

Los libros prohibidos de Rousseau eran buscados con avidez. Era paradógico que el *Emilio* y el *Contrato Social*, pese al exilio de su autor, circulasen y se vendiesen por todo París. ¿Es posible "quemar" o destruir las ideas? El viejo absolutismo pretendía amordazar a los voceros peligrosos. Uno tras otro los libros de Voltaire habían sido confiscados, pero ningún autor era más vastamente leído. Sus cartas apasionadas en defensa de la inocente familia Calas, amenazada con la pena de muerte, difundíanse, como sus libros, por doquier. La curiosidad del público iba agudizándose. Voltaire y Rousseau, igualmente proscriptos, alcanzaron su mayor celebridad y acaudillaron la más fanática devoción. Grandes personajes de todas partes acudían en ayuda del hombre que en la primavera de 1762 había huído y cruzado la frontera de Francia. David Hume escribió a la sazón ofreciendo sus servicios e instando a que se le permitiera escoltar a Rousseau a Inglaterra. El rey Federico de Prusia propuso un refugio en Potsdam; la señora de Boufflers sugirió varios asilos en pequeños principados germanos y procuró enviar al fugitivo dinero del príncipe de Conti. D'Alembert, del campo filosófico opuesto, ofreció, en una carta anónima, auxiliar a Rousseau y propuso también varios lugares seguros. Hasta Voltaire, desde su castillo cercano a Ginebra, olvidándose quizá de sus celos y de su resentimiento de ayer, o tal vez en uno de sus gestos burlones, exclamó: "¡Que venga, que venga! Será recibido con los brazos abiertos."

Se rumoreaba que el filósofo se dirigía a su ciudad natal y hasta que se hallaba allí oculto. Una facción de ciudadanos y pastores más liberales se aprestaba a recibirle como se merecía. La actitud de otro sector está reflejada en una carta del doctor Tronchin al pastor Jacobo Vernes (viejos conocidos ambos del gran exilado):

Rousseau no está aquí todavía (18 de junio de 1762). Se encuentra aún en Montmorency, pero el Parlamento se ha levantado contra él y sus obras... Al

parecer ha roto todas las ventanas: ha escrito un código completo de deísmo; ha escrito un libro por el cual jamás podremos olvidarle, pues su estilo elocuente le hace peligrosísimo. Puede jactarse de haber perpetrado muchos males y de haber apuñaleado a la humanidad, mientras la está abrazando. *Me gustaría que ese hombre perverso muriese; sí, le preferiría muerto,* pues sus dos últimos libros harán mucho daño. Han sido aquí prohibidos, pero ¿de qué servirá desde que ello sólo acrecentará la curiosidad popular? (1).

El fatigado e infeliz viajero se había acogido a la hospitalidad de su viejo amigo Daniel Roguin, en el pueblo de Iverdun. Recordamos a Roguin, el rentista retirado que en su vejez había regresado a su país de origen, como uno de los primeros en amparar al joven Juan Jacobo, al llegar éste, en 1762, sin un céntimo, a París. Recibióle ahora afectuosamente; su sobrina, la señora viuda Boy de la Tour, de Lyon, que se encontraba allí, prodigóse también de muchas maneras, para hacer más cómoda la estancia de Rousseau, realizando todas sus comisiones, con lo que, en general, se ubicó en la galería de mujeres excelentes que le fueron útiles.

¿Iría él a Ginebra donde con tanta agitación se le esperaba? No. Erraría por las montañas hasta hallar un retiro "bastante rústico para pasar en paz el resto de sus miserables días". En cuanto a Ginebra, según escribió a su fiel amigo Moultou, sentía que "no era en su patria donde un infortunado proscripto debía buscar asilo". No debía llevar allí, como dice, su ignominia y hacer cara a las afrentas; y concluye con un acento de angustia: "¡Oh, si pudiese hacer olvidar toda memoria de mí! No dé mi dirección a nadie. ¡Que mi nombre sea borrado de la faz de la tierra! ¡Ah, Moultou, la providencia se ha equivocado al hacerme nacer entre los hombres, enteramente distinto de ellos."

En Ginebra, el Consejo Menor (el Consejo de los Veinticinco) habíase alborotado con la llegada de los libros de Rousseau. De acuerdo con las crónicas de sus sesiones exhumadas por Ritter, juzgóse que tales libros contenían "principios destructivos de todo gobierno y de toda religión revelada". El Consejo declaró a Rousseau "anárquico", particularmente peligroso para el gobierno de la República y se encolerizó por el hecho de que hubiese publicado tales obras "con su propio nombre". Decretó que los libros "fuesen hechos pedazos y quemados por el verdugo" ante las puertas del Ayuntamiento. Y que Rousseau fuese apresado por los funcionarios legales si ponía los pies en el cantón. La oligarquía de Ginebra, así como la más despótica aún de Berna, temía poderosamente los efectos de las doctrinas de Rousseau en la plebe democrática de *nativos y habitantes,* que constituían la gran mayoría de la población, sin voz en el gobierno. En el sentido más positivo, el decreto era ilegal, puesto que el Ciudadano Rousseau no había violado ley alguna de sus códigos, no había cometido ninguna infracción en la ciudad. Se le castigaba por

(1) Las cartas de Tronchin son citadas por Dufour en su *Correspondance Générale* de J. J. Rousseau. Vol. VIII, edición 1924-1931.

un "crimen" perpetrado en el exterior, persecución que, hasta cierto punto, era instigada por el embajador francés.

Rousseau había descontado la desaprobación de las clases dirigentes de Ginebra, pero le chocaron francamente las medidas fanáticas adoptadas en su contra por la República en que había nacido, y cuyo gobierno había alabado ante toda Europa. Entre los ciudadanos comunes de Ginebra, era aplaudido y popular. Su condena ilegal por el Consejo hízole, a los ojos de éstos, un santo, un dios, y puso en movimiento una serie de disensiones y protestas que irían a terminar en la guerra civil.

Un ginebrino le escribió:

"Es usted para nosotros un espíritu harto libre y se teme que si viene aquí muchos querríamos imitarle."

Según *Las Confesiones,* los decretos de París y Ginebra "fueron la señal del grito de maldición que se levantó contra mí en toda Europa con un furor sin ejemplo. Todas las gacetas, todos los periódicos, todos los folletos levantaban contra mí la más terrible atmósfera".

En Iverdun, al borde de Suiza, tonificado un poco por el aire puro de las montañas del Jura, enteróse el fugitivo de su condenación por el gobierno de Ginebra, el 19 de junio. Había viajado sin descanso para escapar de Francia, eludiendo las grandes ciudades, temiendo ser arrestado a cada correo que, por la noche, se le cruzaba. Y ahora, la esperanza de hallar amigos y un techo habíasele desvanecido de pronto con la noticia de nuevas persecuciones, seguida por una orden, del 1º de julio, de abandonar inmediatamente el cantón de Berna, donde se hallaba la casa de Roguin.

Por el momento no sabía a dónde dirigirse. Cuando la condesa de Boufflers le escribió indicándole varios lugares de seguridad en Alemania e Inglaterra, exclamó, al borde de la desesperación: "¿Es que debo hacer otros viajes, yo, que apenas puedo arrastrarme? No, a lo sumo puedo dejarme conducir de una a otra frontera hasta que no pueda ya moverme. Entonces que hagan de mí lo que quieran." Resolvió abandonar Iverdun. Pero cada gobierno local apresurábase a imitar a los otros en su persecución al temido "anticristo", y la cosa sería difícil.

A pocas millas de Iverdun extendíase el principado de Neuchâtel, a lo largo del lago que lleva el mismo nombre; y puesto que se hallaba bajo la autoridad distante del rey de Prusia —filósofo, ateo y amante de las letras— la señora Boy de la Tour propúsole establecerlo allí, en una casa de su propiedad, situada en la aldea de Motiers, bajo la protección del cínico pero esclarecido Federico. Rousseau desconcertóse. El famoso patrono de Voltaire no gozaba de la anterior admiración de aquél en virtud de su política exterior arbitraria y sus agresiones. Había, además, batido y humillado a Francia, país al que Juan Jacobo profesaba un verdadero afecto.

Como es notorio, el Ciudadano, a expensas de Federico, había compuesto cierta vez un verso: *Piensa como filósofo y obra como rey.*

También en el *Emilio* había un agudo comentario, apenas encubierto, sobre la falta de principios en el monarca de Prusia. Empero, partió Rousseau para Neuchâtel, convencido de que "las pasiones no subyugan sino a los hombres pequeños" y no ejercen imperio en las almas fuertes como la de Federico.

Escribió una carta al gobernador de Neuchâtel, Milord Mariscal" Jorge Keith, anunciándole su llegada; y luego otra, más notable aún, en igual sentido, al rey:

Mucho malo he dicho de vos; quizá diré más todavía. Con todo, expulsado de Francia, de Ginebra, del cantón de Berna, voy a buscar asilo en vuestros Estados. al vez me haya equivocado al no haber empezado por ahí; es éste un elogio del que sois digno. No merezco vuestra gracia y ninguna busco, Señor, pero creía de mi deber informaros que estoy en vuestro poder y que lo estoy por la fatalidad. Vuestra Majestad dispondrá de mí como le convenga.

Juan Jacobo Rousseau, de Ginebra.

A Federico, que conocía perfectamente bien las doctrinas de Rousseau, y las desaprobaba, mucho divirtió el tono del Ciudadano; debió haber notado un enorme contraste con el tono melifluo de sus sicofantes. De inmediato concedió a Rousseau permiso de residencia y, creyéndole en la mayor miseria, acordóle un presente de doce libras esterlinas aproximadamente; agregaba en su gracioso mensaje al gobernador local que le agradaría proveer al visitante de artículos de primera necesidad y edificarle otro *Ermitage* con un pequeño jardín concontiguo. El gobernador, Lord Mariscal Keith, que conocía los principios de Rousseau respecto a los presentes, trasmitióle, lo más delicadamente posible, los deseos del rey, insinuando un ofrecimiento de harina, vino y leña que Rousseau declinó con una consecuencia conmovedora. Era notorio, como señaló, que el buen príncipe y sus vasallos, después de sus guerras "victoriosas", se hallaban en tristísimos aprietos; y él, por su parte, poseía lo suficiente como para subsistir, por lo menos, durante dos o tres años. David Hume, cuando Keith le escribió acerca de este asunto, declaró que esta actitud escrupulosa del Ciudadano era "un fenómeno en el mundo de las letras". En general, la dignidad de Rousseau contrastaba con la actitud de Voltaire, que recibió una gran pensión del rey de Prusia, declarando festivamente que aguardaba el día en que habría de dar él una pensión a Federico.

A fines de aquel año, cuando la terrible Guerra de Siete Años tocaba a su fin, el 1º de noviembre de 1762, lleno de gratitud hacia Federico, escribióle Rousseau otra carta famosa, notable por el tono que asume:

Señor: sois mi protector y benefactor; de serme posible os retribuiría de buena gana. Queréis darme pan. ¿No hay uno de vuestros vasallos que lo necesite?

Apartad de mis ojos la espada que me deslumbra y angustia. Ha cumplido ella su obra demasiado bien y el cetro ha sido abandonado. Grande es el destino de los reyes de vuestra fibra y os halláis aún lejos del final. El tiempo apremia y no debéis perderlo. ¡Leed en vuestro corazón, oh Federico! ¿Podéis atreveros a morir sin haber llegado a ser el más grande de los hombres?

¡Ojalá pueda ver al justiciero y tremebundo Federico cubriendo sus Estados con multitudes de hombres respecto a los cuales fuese como un padre! Entonces J. J. Rousseau, el enemigo de los reyes, apresuraríase a morir a los pies de su trono.

Harto ocupado se hallaba Federico para contestar al momento esta apelación; pero no cabe duda de que su nuevo súbdito le interesó vivamente. Cuando Lord Mariscal Keith fué a Berlín, el rey le dijo sencillamente: "Rousseau me increpó mucho." No dió un paso por abrazar a Rousseau y colocarle cerca del trono, como había hecho antes con Voltaire, pues no le atraía mucho el espíritu democrático de éste; pero el importante mensaje no cayó en el vacío. Con la terminación de la guerra, una nueva era de paz y reconstrucción pronto absorbió, hasta un grado que nadie pudo prever, las energías del bien dotado gobernante.

2

El 10 de julio de 1762 Juan Jacobo llegó a Motiers-Travers y se encaminó a la casa de la señora Boy de la Tour, ubicada en el centro de la aldea. Era una casucha blanca, típica en los distritos rurales suizos, con contraventanas verdes, techo bardado y un balcón que se abría frente a una hermosa perspectiva del valle. Llegó para amar grandemente a Motiers y al valle de Travers, pues durante más de dos años considerólos el único suelo de libertad y paz que pudo hallar en el continente europeo. El distrito rural, por el que paseaba diariamente, era populoso. Había iglesias entre bosques de pinos, ganados pastando en las pendientes roqueñas de las montañas, factorías y negocios junto a los precipicios y torrentes. Como en toda Suiza, había en el cantón de Neuchâtel gran movimiento y animación. La gente vivía allí con sencillez, gastaba poco dinero y pasaba el invierno en las profundidades de las montañas. Sin embargo, los habitantes de Neuchâtel se diferenciaban algo de los del resto de Suiza: eran más pretenciosos, conservadores, afectados, jactanciosos, y se los llamaba "los gascones de Suiza".

Una milla de ancho y cinco de largo tenía el valle de Travers. De noroeste a sudeste corría un río llamado Reuss. Cuatro o cinco aldeas punteaban el valle, a cuyo centro hallábase Motiers, donde se destacaba un viejo castillo abandonado, en una región la suficientemente silvestre y solitaria como para avenirse al gusto de Rousseau.

La corriente del Reuss, "clara y brillante como la plata, a tal punto que a las truchas les era difícil ocultarle en sus penachos de vegetación", desplomábase por un desfiladero y su manantial espumaba salvajemente sobre las rocas. A la vera del Reuss vagaba Rousseau, tranquilo, deleitándose particularmente en sus partes más bajas, donde se deslizaba apaciblemente a nivel del valle, y en sus orillas, que eran allí

más verdes que el césped del Palacio Real de París. Las elevadas montañas que encerraban el valle, interceptaban el sol a una hora temprana del día, proyectando siempre sobre los prados una sombra intensa y profunda.

Tenía, pues, una casa en la oscura aldea suiza y había hallado nuevos amigos y protectores. Al hacer nuestro juicio de su carácter, debemos notar la facilidad con que en todas partes conquistaba amigos. Su dignidad singular, su inalterable independencia y su sinceridad hacíanle muy atrayente; sus flaquezas —conocidas después únicamente a través de sus propias confesiones— sólo despertaban simpatías. La llegada de Teresa Levasseur, su fiel ama y compañera, a fines de julio, hizo que se sintiera más dichoso y tranquilo aún.

Un mes antes, al despedirse de ella con lágrimas en los ojos, habíale ofrecido claramente la opción de quedarse en Francia, donde le procuraría su subsistencia, o seguirle en su destierro.

"No ocultaré los vicios de Teresa —dice en *Las Confesiones*—. Durante un tiempo noté en ella un enfriamiento gradual de sus sentimientos hacia mí. No era ya lo que había sido antes." Debíase ello, en gran parte, a su decisión de vivir con ella en castidad, adoptada en el período que atribuye diferentemente en tres ocasiones a 1756 o 1758 —cuando le condujo su remordimiento al único medio certero de no engendrar hijos. Además, el acto sexual empeoraba su enfermedad, por lo que había adoptado su resolución de continencia total, resolución "a veces no bien cumplida" al principio, pero estrictamente observada durante los últimos tres o cuatro años.

Es posible que Teresa, doce años menor que él, no le amase ya como antes, pero no podía soportar la idea de desatenderle o de separarse de él para siempre.

En una de sus primeras cartas escritas en Suiza, en momentos en que la ignorante mujer, terriblemente angustiada, esperaba noticias suyas, instábala Rousseau nuevamente a considerar su decisión: "Consulta tu corazón, hija mía, y piensa si podrás soportar mi retiro. Si vienes, procuraré hacértelo dichoso. Mas si prefieres quedarte en Francia hazlo sin escrúpulos, que haré yo lo posible para que nada te falte allí." Teresa no tenía la menor noción del por qué del exilio de Juan Jacobo y menos aún acerca de la composición de las montañas de Suiza. Rousseau agregaba: *"Hija mía, no me desprecies por mis infortunios*... Sabes como nadie que nada ilícito he hecho."

Esto nos aclara la acerba realidad de los vínculos que unían a la extraña pareja. Sólo quienes sean capaces de concebir la simplicidad y el terror de la pobre mujer podrán admirar el encanto de su respuesta, del 23 de julio de 1762, escrita con ortografía y lenguaje sin precedentes:

Ceu mercredies a quateur du matin, ceu vintroies guin mil ceu can soisante edeu. Mon cher ami que le goies qu ge eus deureu ceu voier de voies cher neuveles geu vous a surre qu mon nes pries neu tenes plus arien deu dou leur deu neu paes vous voir et deu nou ceupares, etc., etc.

Traducida aproximadamente, dice:

Mi querido amigo: ¡qué alegría tuve al recibir las queridas noticias tuyas! Te aseguro que mi espíritu no puede soportar por más tiempo el dolor de no verte y de estar separada de ti sin poder expresarte mis sentimientos; que mi corazón ha sido siempre tuyo y que no cambiará mientras Dios te conserve y a mí también... Sólo aguardo el momento de estar a tu lado y abrazarte de todo corazón. Sabes que mi corazón está contigo y que, como siempre te lo he dicho, dondequiera estuvieses querría estar contigo; aun cuando haya de cruzar mares y precipicios para encontrarte, no tendrás más que decírmelo y partiré de inmediato... Ni mi pobre alma, ni mi cabeza, pueden aguantar más tiempo; pensé que algo te hubiese ocurrido. Tú me has salvado. Pero será mejor cuando de nuevo esté cerca de ti y pueda demostrarte la alegría y la ternura de mi corazón que, como sabes, he tenido siempre para ti y que sólo se acabarán en la tumba. No espero sino el momento de unirme a ti, querido amigo.

Con agasajos y alborozo ilimitado recibió Rousseau en la casa de Motiers a su perla, su tesoro, que le cuidaría, alimentaría y protegería de los intrusos. ¡Una perla no sin tacha! Sin duda alguna le hacía ella más dichoso, pero apresuraba también, involuntariamente, la catástrofe y la locura. Revela Rousseau que "esta mujer, tan limitada, estúpida, si se quiere, era de buen consejo en las circunstancias difíciles. En Suiza, Inglaterra, Francia, durante mis perturbaciones, a menudo *veía lo que a mí se me escapaba;* dábame el mejor consejo: me salvaba de los peligros a que ciegamente me precipitaba."

Teresa, pues, llevó consigo su atolondrada lengua femenina, sus prejuicios y *también sus sospechas.* Era a esta lengua que la señora de Verdelin, tan cuidadosa de no ofender a Rousseau, rogaba a Teresa, en cartas, "ponerle frenos". No sólo Teresa se hallaba a la sazón a su lado, sino también el gobernador de Neuchâtel, el Lord Mariscal escocés Jorge Keith, una de las personalidades más raras del siglo, un anciano caballero militar de espléndida y sutil presencia, que parecía remontarse a los resplandecientes círculos de los tiempos de Congreve y aun de Dryden, a fin de convertirse en uno de los aliados más fervientes del Ciudadano. Soldado en las insurrecciones jacobitas contra el Pretendiente inglés, en su lejana juventud había huído de su tierra nativa para incorporarse, primero, a las armas de España, y luego, tras de mucho andar, en busca de mujer rica por el extremo Oriente, a las de Prusia. Merced a sus inescrutables servicios prestados a Prusia y a Federico habíase elevado invariablemente a los cargos gubernamentales más altos. Da la impresión de haber sido uno de los dos o tres confidentes secretos del rey. Sea como fuere, entonces, en su extrema vejez, se había retirado voluntariamente a su tranquilo lago en Neuchâtel, que, en nombre del rey de Prusia, gobernaba con moderación.

Keith, uno de esos fantasmas de la historia que nada han dicho de cuanto debieron haber conocido, era, además, un hombre de considerables luces. Utilizó parte de su talento para medrar en la mesa redonda de Potsdam cuando Voltaire, el Rey Filósofo y aquellas otras

luminarias de la Academia de Sans-Souci se hallaban en el apogeo de su vitalidad y vigor. Sentía por Rousseau —que frente a ciertos personajes era, al parecer, capaz de difundir a voluntad su hechizo genuino— una inclinación afectuosa. Llamábale su "excelente salvaje"; reflexionaba sobre las excentricidades de Juan Jacobo, las que, muy inteligentemente, terminó al cabo por atribuir a una imaginación demasiado estimulada y a rasgos de simplicidad, honradez y obstinada independencia, tan singulares que no solamente le destacaban de los demás hombres sino que le conducían fatalmente de una a otra desventura. Protegió Keith al refugiado que había recurrido a él y le fué firmemente leal.

El sabio escocés y el romántico Ciudadano tenían muchas ideas comunes acerca del gobierno, de las costumbres o maneras humanas y de aquella sabiduría de la vida que prefiere el retiro y elude la sociedad. Lo que más conmovía a Rousseau era la constante discreción y delicadeza con que su benefactor le prestaba múltiples servicios.

Desde el principio había Federico exigido a Rousseau como condición de su estancia que "no escribiese nada escabroso o incitante que pudiese trastornar las cabezas fogosas de Neuchâtel y las conciencias protestantes del cantón".

Rousseau le mandó decir por Keith que "su carrera había terminado", que había resuelto no escribir más, pero que esta promesa se la formulaba *únicamente a sí mismo*.

Recurriendo nuevamente al rey, Keith logró asegurar la estada incondicional de Rousseau. Tal favor, tal simpatía no podían ser resistidas mucho tiempo, por lo que pronto el agradecido Ciudadano quedó vinculado al Lord Mariscal, en su castillo de Neuchâtel, como lo había estado al duque de Luxemburgo. Todas las semanas iba a visitarle en su ciudad, que distaba alrededor de catorce millas, visitas que Keith devolvía yendo frecuentemente a Motiers. La compañía del cortesano cosmopolita deleitaba a Rousseau. Keith, por su parte, soñaba en retirarse algún día a sus posesiones ancestrales de Escocia con Rousseau y su amigo Hume para vivir juntos como tres filósofos eremitas. De haber sido posible, habría dado dinero a Rousseau; habiendo fracasado en su intento, logró obtener su permiso para conceder una pequeña pensión a Teresa.

Keith escribió a Hume: "En compañía, Rousseau es alegre, cortés y eso que los franceses llaman *aimable*; gana aquí diariamente terreno en la opinión, incluso la del Clero. Sus enemigos de afuera continúan persiguiéndole e importunándole con cartas anónimas."

El alma de Keith, nos dice Rousseau, era por entero republicana, como la suya, y se hallaba unido a Federico nada más que por los vínculos de una ferviente amistad. "Yo le llamaba padre y él me daba el nombre de hijo... ¡Oh, mi buen Lord! ¡Oh, digno padre mío! ¡Cuánto se enternece mi corazón al pensar en ti!"

Otro amigo poderoso y leal que vivía en el cantón de Neuchâtel era el suizo americano Pierre du Peyrou, que había traído millones de

Nueva Orleans. Este hombre era algo así como un diletante en artes: su voz era profunda, severa y seria su presencia y su humor lacónico; jamás halagaba a Rousseau; hablaba siempre con sobria sabiduría. Era un hombre culto, de los que poco había en el lugar. También Rousseau le cobró afecto. En cuanto a du Peyrou, muchas veces en su vida defendió a Rousseau contra la calumnia, y cuando se hubo éste marchado realizó fielmente, como albacea, el encargo de publicar sus obras póstumas en que el autor cifraba tan grandes esperanzas de "limpiar su nombre".

Frecuentaban también este nuevo círculo el coronel Pury, de Neuchâtel, su viejo amigo Daniel Roguin, que iba a menudo desde Iverdun, la deliciosa señora Boy de la Tour, que era la banquera de Rousseau y pasaba los veranos en Motiers, y, posteriormente, el vivaz y talentoso conde d'Escherny, recién llegado de París y amigo de los enciclopedistas. Con ellos regalábase Rousseau, así como con los muchos visitantes que, en "peregrinación" y número creciente, llegaban desde Ginebra, cuarenta millas distante, y hasta a pie o en mula, a través de las montañas, desde Francia, Alemania e Italia. Paseaba por el valle donde siempre descubría nuevas curiosidades. Se abandonaba a su nuevo "hobby" —la botánica— juntando innumerables variedades de flores que clasificaba y conservaba. Hallábase contento y en paz con los habitantes de la región.

Anhelaba, ante todo, reposo. Aunque su ausencia de Francia era considerada una cuestión de espera temporaria, hasta que amainase la tormenta oficial, le habría agradado pasar sus días en Val-de-Travers, arrancando flores junto a las cataratas del *Reuss* o en las cimas de las montañas, soñando en alguna gruta debajo de una cascada o en las orillas del Lago Neuchâtel. Allí, como escribió al duque de Luxemburgo, podría vivir sin pesares, en su valle encantado, donde "la verdad no era un crimen ni el amor al género humano una "impiedad", donde el Lord Mariscal le protegía y los sencillos nativos le sonreían. Allí podría al cabo vivir tranquilo, olvidado de sus tiranos, quienes ciertamente, según dice como un verdadero filósofo, nada tenían personalmente contra él sino que no hacían más que cumplir "las funciones ordinarias de los tiranos."

Hasta el pastor de Motiers, señor de Montmollin, fué un día a presentarle sus respetos y a ofrecerle la hospitalidad de su iglesia local.

3

Empero, había demasiado explosivo al alcance de la mano para que la paz durase mucho tiempo.

El autor del deístico *Vicario Saboyano*, el ferviente campeón de la soberanía popular, había instalado su hogar a sólo veinte leguas al norte del Lago de Ginebra y de aquella reducida y poderosa teocracia protestante en que la conformidad religiosa iba de las manos con la conducta del Estado civil. Pronto sus sombríos ministros denuncia-

rían al "anticrista", al germen de la sedición, que veían ahora encarnado en Rousseau. Los folletos, las cartas calumniosas preparábanse con rapidez. Como todos los librepensadores sospechosos de aquellos días, sería atacado por todos los partidarios acérrimos de los altares religiosos. Repetidas veces los fanáticos caerían sobre él para exhortarle o exigirle que reconociese a la verdadera Iglesia, que salvase su alma o se marchase.

Expulsado a igual distancia vivía Voltaire en su castillo Les Délices, fuera de Ginebra. ¿No era Suiza un país demasiado pequeño para albergar a tan turbulentos genios? Pudo Voltaire, lo vemos asaz claramente, tener un gesto de amistad hacia Rousseau, tenderle una manono, pero tan sólo para apuñalearle con la otra. En medio de sus actividades generosas en el asunto Calas, no podía recordar sino con ira las reprimendas del Ciudadano. Cuando d'Alembert, desde París, le escribió que Rousseau no debía ser atacado porque era "algo así como un rey para la gente común del lugar", y que el pueblo de Ginebra, según se decía, "había hallado superior la religión de Rousseau a la que se le predicaba en los púlpitos", los celos inspirados por el hombre que amenazaba sobrepasar su gloria ensombrecieron a Voltaire.

El tono resuelto e ingenioso de sus libelos anónimos contra Rousseau hizo que pronto estos escritos siniestros fuesen atribuídos a su verdadero autor. Con lágrimas en los ojos negaba éste su paternidad, como negó siempre haber escrito el *Diccionario filosófico* y la profana *Doncella de Orleans*. Cuando le fué imposible negarlos, decía burlonamente: *"¡Pero si no he hecho más que divertirme con él!"*

La acusación principal formulada a Juan Jacobo —¡y por Voltaire, entre otros!— era la de ser un enemigo del cristianismo. Fué éste el origen de un nuevo drama que Rousseau llevó consigo de un lado a otro y que a la sazón comenzaba a repercutir estrepitosamente a lo largo de los Alpes.

Tuvo Rousseau un día el capricho de escribir a Montmollin, predicador de la aldea, quien, a su llegada a Motiers, habíase apresurado a darle la bienvenida, diciéndole que deseaba ser admitido a la comunión en la iglesia local. Le declaró que siempre, desde su incorporación a la Iglesia de su país natal, había practicado la religión cristiana reformada. Y que esta Iglesia (la de Ginebra) habíale concedido todos los derechos civiles pasando por alto algunas ligeras dudas o compunciones suyas acerca de ciertos dogmas, por cuanto creía de corazón en "la religión verdadera y sagrada".

Para su agradable sorpresa, resolvió el pastor admitirle a la sagrada comunión sin previo examen sobre los artículos de su fe. Tenía éste la seguridad de que Rousseau no volvería a escribir ni suscitaría controversias, y de que, por consiguiente, podría, con medidas suaves, convertirle en miembro sincero de su rebaño para gloria eterna de Motiers-Travers. La actitud del ambicioso Montmollin, que había asediado a Rousseau con sus solicitudes, no era más que un juego piadoso con miras a su propio renombre.

¿Fastidiaba a Rousseau la oscuridad en que había caído hacia 1763? La noticia de su comunión causó de inmediato una gran sensación en París. La condesa de Boufflers, que seguía de cerca su suerte, le escribió:

> No estoy de acuerdo... Aun cuando un ángel hubiese bajado del cielo para iluminarle, el bien de la misma religión que le hubiera revelado habría exigido que aguardase usted otras circunstancias para profesarla. Por su reputación, antes de seguir adelante espere que su situación mejore y esté su alma más tranquila.

Veía claramente que la actitud de Juan Jacobo sería interpretada desfavorablemente como una especie de oportunismo teológico: "¡Falso católico! ¡Falso protestante!", gritarían, como lo hicieron, sus enemigos. Tan en lo cierto estaba la señora de Boufflers, que Rousseau se encolerizó en grado sumo. Sus irritadas réplicas son apenas inteligibles. (Se trata, en verdad, de un momento en que su razón, después de tantas excitaciones, parece flaquear.)

Muy bien, podría parecer inconsecuente. "¡Que llamen a su antojo hipócrita a Rousseau; jamás será él insincero ni cobarde!" Sabía lo que estaba haciendo. Lo que habíale determinado era el rumor de las acusaciones de Voltaire llegado a Motiers: "La gente de Montmorency, donde vivía, celebró con fuegos artificiales su fuga para evitar la horca (!). Rousseau es un hombre sin honor... sin religión." Bien: puesto que el ritual poco importaba en realidad a sus elevadas ideas religiosas, detendría Rousseau todas las habladurías adhiriendo a la iglesia local. Podía la señora de Boufflers seguir desaprobando cortésmente. Bien: rompió entonces con ella. Estaba absolutamente decidido, de manera que nadie podía cambiarle. Y aunque fuese mucho más sensato no transigir, iría a la iglesia. Advertimos que grandes trastornos caen sobre él, pero muchos de ellos se deben a sus propios hechos violentos.

Se dirigió a la comunión con sus simples hermanos del lugar, "con el corazón henchido y lágrimas en los ojos". En su conciencia deísta el acto podía ser justificado fácilmente, desde que, como dice en el *Emilio*, tanto la observancia como la inobservancia del ritual carecían de importancia. Era un gesto, ciertamente, más honrado que el de Voltaire, que iba a veces a rezar a la Catedral tan sólo para contemplar a un obispo desconcertado y enfurecerle. Era también una estrategia inteligente, porque su entrada a la iglesia local significaba un golpe a la autoridad de Ginebra que dominaba a los ministros del lugar. Parecióle un movimiento acertado, en particular porque evidenciaba que los hombres aceptaban como a un cristiano al autor del *Emilio*. Pero fué en verdad un movimiento desdichado porque provocó de inmediato una tormenta. Los ministros de la gran ciudad lanzaron un grito de ira. Los celebrados pastores Sarrasin y Vernes escribieron en el acto para instruir al predicador de la aldea. Con qué fundamentos había admitido al "anticristo"? La "venerable clase" de los ministros

que residían cerca de Neuchâtel también reprobó a Montmollin, que bien pronto, temblando ante la enormidad de la empresa, ocupóse en la defensa del excomulgado. De haber sido más austero habría sostenido a toda costa su posición y justificado la gracia acordada. Pero como la guerra contra Rousseau, ora religiosa, ora de insurrección civil más vasta, aumentaba en alcance y furia, ¿no era mejor para Montmollin bajar la cola y correr a unirse con la multitud que apedreaba y ladraba al solitario?

La campaña contra las doctrinas de Rousseau se resumía ahora en otro frente. En París, los doctores católicos y los abogados del Parlamento habían condenado su obra; y el piadoso señor de Beaumont, arzobispo de París, publicó contra Rousseau una pastoral larga, pomposa, dogmática, en la que lo llamaba blasfemo, incrédulo y enemigo de la cristiandad. Nada nuevo o interesante había en ella, salvo el retrato satírico de Rousseau con que el arzobispo comenzaba su denunciación:

> Del corazón del error ha surgido un hombre colmado del lenguaje de la filosofía, sin ser, en verdad, un filósofo: una mente dotada con muchos conocimientos que no la han iluminado y sólo han arrojado sombras sobre las mentes ajenas; un carácter entregado a las paradojas de opinión y de conducta, que asocia la sencillez de costumbres con la licencia del pensamiento, la oscuridad del retiro con el deseo de ser conocido por todo el mundo; le hemos visto prorrumpir en invectivas contra la ciencia, que cultiva, alabar el Evangelio, cuyos dogmas niega, pintar la belleza de las virtudes, que extingue en el alma de sus lectores... En un trabajo sobre la desigualdad de condiciones, ha rebajado al hombre al nivel de los animales; en el presente (el *Emilio*), utiliza los primeros momentos de la infancia para fijar por siempre el imperio de la irreligión.

Si hacemos abstracción de las frases dictadas por su papel de arzobispo y de unas pocas mentiras involuntarias, era la del señor Beaumont una excelente caracterización de Rousseau, con la que, inconscientemente, enaltecía su originalidad. Pero Rousseau, con el fervor de quien a pesar del martirio quiere formar una secta propia, se excitó apasionadamente. Y respondió al ataque con dignidad, probidad y argumentos aplastantes, en un folleto de un centenar de páginas intitulado *Carta al señor de Beaumont*, o mejor (por el contraste), *Juan Jacobo Rousseau, ciudadano de Ginebra, a Cristóbal de Beaumont, duque de Saint-Cloud, par de Francia, jefe de la Orden del Espíritu Santo, director principal de la Sorbona*, etc.

En las polémicas era Rousseau serio y formidable, en tanto que otros espíritus de la época, burlones y frívolos. Se ha dicho que, por esta razón, Rousseau hacía fanáticos y Voltaire nada más que escépticos. El folleto se desarrolla con creciente vigor, como una pieza de oratoria solemne. Sigue desesperadamente, contrarresta y desmenuza cada uno de los artículos correspondientes a las veintisiete acusaciones. Habla con un orgullo casi increíble — cualidad rara en los escritores modernos y que mucho podemos gozar en los suyos. Vuelve a proclamar las doctrinas del *Emilio* y del *Contrato Social*. Sostiene orgullosamente que su profesión de fe es "la obra mejor y más útil del siglo en que fué escrita", porque su objeto era combatir al materialismo, establecer la existencia de Dios y la religión moral, y, finalmente, difundir la tolerancia, demostrando que no existen pruebas absolutas y que los distintos cultos deben respetarse mutuamente. Pese a los verdugos y a todos los decretos en su contra no cambiará un ápice de sus creencias. Reitera todas sus dudas honradas, que son las prerrogativas de un protestante. El, Rousseau, ¡era el único hombre que había escrito de buena fe! ¿Qué ganaba con este procedimiento?

"He atacado todos los intereses particuares, he provocado a todos los partidos en contra mía; sólo he defendido la causa de Dios y de la humanidad." En su alegato en favor de la tolerancia pone su propia historia, su propia experiencia, como ejemplo de persecución sobre el cual todos los cristianos debían reflexionar.

> Me acusáis de temerario. ¿Cómo he merecido tal calificativo cuando sólo he ofrecido razones, y eso con mucho respeto; cuando no he atacado ni siquiera nombrado a nadie? Y vos, señor mío, ¿cómo os atrevéis a reprochar por su temeridad a un hombre de quien habláis con tan escasa justicia y tan poca decencia, con tan poco respeto y tanta ligereza? Me llamáis impío, ¿y de qué impiedad podéis acusarme, a mí, que jamás hablé del Ser Supremo sino para honrarle y glorificarle como es debido; ni de los hombres, sino para persuadirles a amarse los unos a los otros? Impíos son quienes profanan indignamente la causa de Dios haciéndole servir a las pasiones humanas. Impíos son quienes, atreviéndose a pasar por intérpretes de la divinidad y jueces entre *ella* y los hombres exigen para sí los honores que únicamente a *ella* le son debidos. Impíos son quienes se arrogan el derecho de ejercer el poder de Dios en la tierra e insisten en abrir y cerrar a su placer y buena voluntad las puertas del cielo. Impíos son quienes hacen leer libelos en las iglesias. Ante esta horrible idea mi sangre se inflama y lágrimas de indignación caen de mis ojos. Sacerdote de Dios y de la paz: un día deberéis rendir cuenta, tenedlo por seguro, del uso que os habéis atrevido hacer de la casa de Dios...
>
> ¡Cuán fácilmente discurrís, vosotros, hombres constituídos en dignidad! No reconociendo más derechos que los vuestros, más leyes que las que imponéis, ni siquiera os sentís obligados a seguir siendo humanos. Orgullosamente aplastáis al débil sin responsabilizaros de ninguna de vuestras iniquidades... A la menor inconveniencia de interés o de situación, nos barréis de vuestro lado como al polvo. Unos decretan y queman, otros deshonran y difaman sin ley, sin siquiera escarnio o ira, sólo por la conveniencia y porque un desdichado se halla en su camino. Y cuando nos insultáis impunemente no se nos permite quejarnos; y si evidenciamos nuestra inocencia y vuestros errores se nos acusa de faltar al respeto.

Y resume: "He demostrado que habéis razonado mal; me resta probar que me habéis calumniado." Período tras período analiza su retrato satírico. Su método consiste en citar: *Del corazón del error*... y replicar: *¡Cierto! He pasado mi juventud en vuestra Iglesia!* Y así en cada punto. Y termina con una explosión de ira contra la autoridad pomposa que le condena, con una pluma que "incendia", en verdad, la página:

Señor mío: me habéis insultado públicamente y acabo de probar que me habéis calumniado. Si fuérais como yo, una persona privada, de suerte que os pudiese arrastrar a un tribunal de justicia, a fin de comparecer ambos ante él, yo con mi libro y vos con vuestra pastoral, seguramente seríais declarado culpable y condenado a una reparación, pública como vuestro agravio. Pero pertenecéis a un rango que os releva de la necesidad de ser justo, y yo nada soy. Con todo, vos, que profesáis el Evangelio, vos, un prelado designado para enseñar su deber a los demás, conocéis el vuestro en este caso. El mío lo he cumplido. Nada más tengo que decir y me callo.

La mayor elocuencia, el drama o la novela a lo Shakespeare, más que en sus ficciones deliberadas, hemos de hallarlos en los movimientos más espontáneos de Rousseau, o en las cartas y folletos oratorios en que los expresa. Hay en esta réplica una compensación, una venganza del destino: el "polvo" habla al arzobispo en un tono que bien pudo haberlo hecho temblar por un momento. Pero si pensó Rousseau que con tal defensa de sí mismo, con tal ataque a un prelado católico iba a pacificar a sus vecinos protestantes fué, en sus asuntos inmediatos, menos clarividente que nunca.

Las frases de esta peroración, el estridente acento de rebeldía, bastaron para llenar súbitamente de aprensión, respecto al turbulento hombre que había vuelto a su medio, a los prelados reformados y a los teócratas de Suiza.

La *Carta a Beaumont* salió en marzo de 1763 de las montañas de Neuchâtel para las imprentas de Holanda y circuló por el mundo en medio del máximo clamor. La venerable clase de los pastores de la no distante ciudad de Neuchâtel estremecíase de inquietud. El predicador de la aldea llegó para contender con el peligroso fugitivo: "¡Pero usted dijo que no escribiría más!". A lo que replicó Rousseau que no había hecho más que defenderse, atacar a Roma y que nada más tenía ahora que decir. Sin embargo, la pasión del pueblo de Neuchâtel por la ortodoxia contenciosa era bien conocida. Aún antes de Rousseau la cuestión del castigo eterno de los malvados había suscitado enconadas luchas y violencias, y Federico, en una oportunidad, hubo de establecer la paz con su famosa bula:

"Sean las personas que imaginan para sí un Dios cruel y bárbaro eternamente condenadas como lo desean y merecen; y gocen quienes conciben un dios dulce y misericordioso la plenitud de Su misericordia."

Sólo la autoridad de Federico y de Keith evitaba que esta buena gente transformase en persecución la siniestra vigilancia que ejercían sobre Rousseau o alentase devotos insultos contra él y le asegurasen diariamente, por no haberles hallado una verdadera salvación a su manera, que era un réprobo o un monstruo execrable.

En Neuchâtel, Berna y Ginebra, volvieron entonces a hormiguear los ministros de Dios. En su réplica a Beaumont habíase extendido demasiado y muy claramente sobre la dificultad de aceptar a la revelación como la voz de Dios. Filósofo o no, había hablado ampliamente acerca de la santidad de la razón. De haberse declarado ateo le hubieran ignorado, no hubieran visto en él peligro alguno. Pero en su fe todo parecía acometer al fundamento de la autoridad.

Hubo en Ginebra un ominoso momento de calma, en que el reverendo profesor Jacobo Vernes preparaba sus *Cartas sobre el cristianismo de Juan Jacobo Rousseau* y el procurador fiscal Juan Roberto Tronchin, hermano del gran médico, trabajaba secretamente en sus minuciosas *Cartas del Campo*, destinadas a defender el decreto de Ginebra contra Rousseau y a presentar a éste como "enemigo de la paz". Otra facción, integrada por pastores liberales como Moultou y Roustan, discípulos de Rousseau, que viajaban con frecuencia a Motiers para conferenciar con él, formulaba enérgicas protestas, de creciente intensidad, reclamando la revisión del decreto.

En la marea de cartas anónimas que le llegaban, en que abundaban las amenazas y las calumnias, veía Rousseau, en su total confusión, las manos de Voltaire y de sus viejos enemigos. Estaba convencido de que el cantón de Berna le había expulsado a instancias de Ginebra; y declaró que un Estado donde "reinaban el charlatán Tronchin y el poeta Voltaire" nada significaba para él.

El secreto de la influencia de Rousseau en la imaginación de su época debe buscarse no solamente en su obra doctrinaria sino también en el ejemplo de sus acciones. La leyenda de Sócrates revivía en él. Debemos tener siempre presente que las sombrías *Confesiones*, que hablan a la posteridad de sus vacilaciones y pecados, no existían entonces para refutar a la leyenda de su carácter ejemplar. Pero para aquella época su carácter era realmente ejemplar y raro. El Rousseau de los siete años entre 1758 y 1765 era un hombre que había obtenido una notable conquista de sí mismo. Todas las debilidades que podían imputársele nada eran comparadas con el singular coraje y la integridad que desplegaba a los ojos de Europa.

Veíase conducir desterrado de una a otra frontera al hombre que tan elocuentemente había hablado por los hombres y proclamado verdades que los espíritus honrados aceptaban abierta o silenciosamente. Sabíase que estaba enfermo y sufría, pero no se le había visto doblegar las rodillas o pedir misericordia en el combate. Había buscado refugio en las profundidades de los Alpes, pero no había reposo para él. Los gestos románticos y heroicos escapaban del hombre que capturó el entusiasmo de jóvenes como Condorcet y Marat, en cuyas manos pronto caería el destino. Y hasta ancianos, como Hume, exclamaban: "No hay otro hombre en Europa de cuyas virtudes y genio... podamos tener una idea más elevada."

Lo que pronto vió Europa con asombro fué al Ciudadano Rousseau combatiendo desde su aldea contra un Estado, contra toda una Nación, pequeña, sin duda, pero de inmenso prestigio en Europa y con una riqueza y un poder desproporcionados a su tamaño: la República de Ginebra.

Había decidido aguardar el resultado de las protestas a su favor contra la condena ilegal, y si fracasaba, "renunciar a su ingrato país",

abdicando su ciudadanía. Pocas semanas después de la explosión de su carta al arzobispo, el 12 de mayo de 1763, asombró a los síndicos de Ginebra con la formal abdicación de sus derechos burgueses en Ginebra.

4

El conflicto se extendió a flancos más lejanos y el choque de las encontradas descargas de folletos era cada vez más recio y furioso. La voluntaria e individual separación de Rousseau del Estado de Ginebra, actitud que hacía en verdad de él un "hombre sin patria" —si bien pronto se naturalizó en Neuchâtel— fué para la época una cuestión maravillosa y alarmante.

Hasta entonces, la pérdida de los derechos civiles había sido algo que el Estado podía imponer como castigo, castigo que tal vez pronto le hubiese llegado. El nombre de "Ciudadano de Ginebra" habíale sido muy caro; había esperado en vano la justicia. Y ahora, ante los ojos de Europa, censuraba Juan Jacobo al Estado. Llegó a ser lo que en realidad era: un ciudadano del mundo.

A Marcos Chappuis —uno de los pares de Ginebra—, escribió Rousseau una nueva carta, el 26 de mayo de 1763, que fué calificada por los ginebrinos como "el tósigo de la sedición". Esta actitud, largamente meditada, costóle, según dice, dolores infinitos y le desgarró el corazón.

Seguir siendo miembro de un Estado después de lo ocurrido no significaría más que consentir en mi deshonra... Si todo lo debo yo a mi patria, ¿nada me debe ella a mí? *No tenemos, jamás, el derecho de desertar de ella, pero cuando nos ha rechazado siempre nos asistirá el de abandonarla.* El juramento que he prestado respecto de ella, lo ha prestado ella respecto a mí. Al violar sus promesas me ha eximido de las mías; y al convertirlas en bochornosas me ha impuesto el deber de renunciarlas.

Grande fué la agitación y la cólera en la "pequeña colmena suiza". ¡Traición!, clamaban las autoridades. ¡Rousseau era un traidor!

Ciertos políticos liberales de Ginebra, como De Luc y Marcet, indignados por el trato que se le daba, encabezaron un grupo de ciudadanos descontentos y presentaron un alegato ante el Consejo el 18 de junio de 1763. La contestación del Síndico Primero indicaba que el Consejo basaba los decretos condenatorios de Rousseau en fundamentos de *derecho negativo,* por el cual "no era responsable de sus decisiones". La oposición vió en esto una evidente violación del espíritu total de la Constitución ginebrina.

Ginebra se dividirá en adelante en dos campos: aristocrático uno, populista el otro; la campaña de éstos tendía al abatimiento de la oligarquía que los gobernaba y a la obtención de una representación popular. En cambio, los enemigos de Rousseau se enfurecían cada vez más por lo que llamaban sus "instigaciones". El procurador fiscal Juan

Roberto Tronchin, destinado a ser muy impopular entre las masas por la parte que tomó en la emergencia, dió a publicidad, durante septiembre y octubre, sus *Cartas del campo,* en que defendía, con moderación y hábil manejo de las formalidades legales, las medidas del gobierno. Alegaba que Rousseau se oponía a todo orden; que la simiente de la incredulidad estaba en su obra, donde atacaba, en todas partes, no sólo al catolicismo sino también al protestantismo. Los rebeldes parecieron por el momento aplazados, y su líder, De Luc, suplicó a Rousseau que fuese en su ayuda y le proveyese de material de guerra.

A veces la atmósfera de combate desalentaba a Rousseau, que anhelaba paz en la controversia y ocio para el ensueño. Muchas otras actividades le deleitaban más: su correspondencia con dos damas parisienses, escribir sus memorias, sus conversaciones con Lord Keith y sus expediciones botánicas. El nuevo folleto de réplica a sus acusadores, que requirió un largo estudio de la Constitución ginebrina, fué escrito en secreto y publicado en noviembre de 1764 con el título: *Cartas de la montaña.*

Las *Cartas de la montaña* son un modelo de las vigorosas defensas de antaño, como la *Aeropagítica,* de Milton, contra el principio de censura a la libertad de opinión. Con fundamentos legales y argumentos incontrovertibles, demuestra cómo es él una víctima de la ilegalidad. Había atacado a la superstición y no a la religión. Pero como protestante se defendía con las mismas doctrinas de la Reforma, iniciada por Lutero, sosteniendo que, en materia religiosa, el Evangelio es la única autoridad y que el juicio final es la conciencia individual. Desgraciadamente, después de la época de Lutero las sectas protestantes jamás habían tolerado tal razonamiento en las demás.

El mismo era víctima de una genuina persecución. De acuerdo a la ley, si un ginebrino mataba a un hombre en algún país extranjero, el Consejo no reconocía la comisión del crimen. Si se establecía un quebrantamiento de la paz, entonces el criminal debía ser juzgado por un magistrado local; pero si se trataba nada más que de una opinión religiosa objetable, entonces el sujeto, conforme a la ley (Art. 88 de la Constitución) debía ser catequizado por el Consistorio de pastores.

Rousseau no había sido oído ni requerido a comparecer en su defensa. Toda la desazón con el gobierno de Ginebra debíase a que los pocos miembros del Consejo Menor torcieron el espíritu de las leyes para adaptarlas a sus intereses oligárquicos particulares y usurparon todas las funciones: legislativas, clericales, judiciales y ejecutivas. No había apelación ni cómo escapar de sus decretos, que estaban por encima de la ley.

Ginebrinos que os creéis el más libre de los pueblos —exclama Rousseau—; ¡ésta es vuestra libertad!, ¡ésta es vuestra servidumbre! No podréis dar un paso sin sentir el peso de vuestras cadenas. No os atreveréis a dar un paso en defensa de vuestros derechos o de vuestra propiedad por temor a crearos enemigos. Sentiréis al mismo tiempo las ataduras de la esclavitud política y civil; apenas osa-

réis... respirar en libertad. He aquí lo que os reportará el uso por el Consejo del *derecho negativo*.

Aunque el tono de Rousseau era muy moderado, estaba dando armas al partido democrático popular, que a la sazón se había vuelto lo suficientemente audaz como para procurar el derrumbe de la vieja oligarquía e introducir algunas reformas a las leyes de la República. Una vez más desfilaron todos los argumentos clásicos en defensa de la libertad de prensa. Era en vano suprimir la razón, pues los libros quemados de Rousseau ¡estaban en las manos de todos los ginebrinos!

Los pastores de Ginebra que habían admirado a Rousseau veían ahora que estaban frente a un hombre que, aborreciendo al catolicismo, detestaba igualmente a los protestantes cuando aplicaban los métodos católicos. Habíales Rousseau endosado epítetos. ¿Cómo podían compararse, como era su orgullo hacerlo, con los grandes pueblos de la antigüedad?

No sois ni romanos ni espartanos... Olvidad esos grandes nombres que no os cuadran. Sois mercaderes, artesanos, burgueses, ocupados siempre en intereses privados, en el trabajo, el tráfico y el provecho. Sois gente para quienes la misma libertad sólo es un medio para la adquisición sin riesgo y la posesión segura.

Muchos de sus compatriotas se encolerizaron. Sin embargo, fué Voltaire el más ofendido por las *Cartas de la montaña*. Una referencia de Rousseau indicaba que era Voltaire el autor de cierto *Sermón de los Cincuenta*, que circulaba desde hacía poco, en el que se entregaba éste a la sátira frívola contra las Sagradas Escrituras, mientras acusaba a Rousseau, al mismo tiempo, en cartas o verbalmente, de "demagogo", "fraguador de revueltas" e irreligioso.

Muy blandamente negó Voltaire la paternidad de este trabajo, diciendo que Rousseau era un "difamador", que *él mismo debió haber escrito el irreverente "Sermón de los Cincuenta"*, ¡y de haberlo hecho publicar en Amsterdam por Rey! (Ante esta noticia estuvo Rey a punto de sufrir un ataque de apoplejía. "Voltaire —escribió a Rousseau cuando recobró el aliento— debe ser el más grande inventor de falsedades de la cristiandad.") Pero Voltaire debió quedar atónito ante el pasaje en que Rousseau, haciendo un raro uso del buen humor, aboga por la lenidad hacia los hombres gobernados por la razón. Defendiendo tal causa había pintado al mismo Voltaire, y, en un pasaje feliz, parodiando al gran hombre, dice:

Caballeros: no son los razonadores quienes hacen daño, sino las patrañas; debe permitirse a la filosofía seguir su curso sin peligro; el pueblo no la escucha y le muestra todo el desdén que por ella siente. De todas las debilidades humanas, la de razonar es la menos perniciosa. *Yo no razono, pero otros sí;* ¿y qué mal sufrimos por ello?... Hemos dispuesto, por mi gran influencia en la Corte, hacerle olvidar las bromas burlonas de mi vejez; eso está muy bien, pero, en cambio, no queméis libros que son muy serios, porque eso sería demasiado chocante. ¡He predicado durante tanto tiempo la tolerancia!... Ese pobre hombre cree en Dios; perdonémosle eso; no formará una secta. Es cansador. Todos los razonadores lo son... Si quemamos todos los libros cansadores, ¿qué será de nuestras bibliotecas? Y si a toda la gente cansadora, tendríamos que quemar a la Nación entera. Dejad solos a quienes desean razonar, en tanto nos diviertan; no quememos más personas ni libros y vivamos perennemente en paz.

Todo el pasaje está escrito en el estilo de Voltaire. Al sentirse a su vez ridiculizado, el viejo filósofo fué sacado de quicio por la cólera. Poco después, en 1765, se trasladaba a la vecindad de Ginebra, a su castillo de Ferney, donde pasaría los últimos meses de su vida. En 1765 escribió secretamente a Tronchín: "Puede estar seguro de que el duque de P. (ministro del rey en París) desdeña a Juan Jacobo; de que el Consejo sólo ha menester de firmeza y todo andará bien." Quería decir, evidentemente, que al miserable Rousseau no le quedaban amigos en Francia, que el Consejo de Ginebra no tenía más que emplear la máxima rigurosidad y "justicia", sin temer intervención alguna. "Se espera que el Consejo emprenda alguna acción contra los sediciosos escritos de la Montaña, como la emprendería contra un perturbador de la paz pública. El autor es *tal cosa* y debe ser declarado tal cosa." Era el mismo Voltaire que defendió a la familia Calas contra la hoguera preparada en Toulouse por un pueblo fanatizado. Era el mismo Voltaire que declaraba haber ofrecido asilo en su casa a Rousseau, y que aún se lo ofrecía; el mismo que, por intermedio de Moultou, amigo de Rousseau, hacía frecuentes insinuaciones de reconciliación con el ignorado fugitivo.

¿Cómo interpretar al viejo réprobo? El calor de humanidad habíase convertido en él, a causa de afrentas imaginarias o verdaderas, en un aborrecimiento igualmente ardiente a su rival. La disensión era lamentable, por cuanto la de ambos debió haber sido, en realidad, una causa común.

En 1765 el gobierno de Francia, en París, ordenó que las *Cartas de la montaña* fuesen quemadas en una hoguera por el verdugo juntamente con el *Diccionario filosófico*, de Voltaire. No obstante, uníase Voltaire a la sazón a todos los esfuerzos tendientes a desterrar de Suiza al perseguido Rousseau. Tramaba un golpe de venganza tan terrible que nadie lo hubiera creído emanado de él...

5

Durante la mayor parte de los varios años pasados en Suiza bajo el ala protectora de Federico II, no fué Rousseau desdichado. Exceptuando el hecho de que el gran mundo externo seguía con arrebatada atención, que no prestaba a ningún otro hombre de la época, todos los ecos de sus irrupciones polémicas, su modo de vida en una oscura aldea montañosa era exactamente el que había predicado en sus idilios campestres. De suerte que, a pesar de su retiro en las profundidades

de las montañas, vivía, como vivió siempre a partir de 1761, el año de *La Nueva Eloísa*, en pleno resplandor de la fama pública.

Toda Europa estaba familiarizada con sus doctrinas, su extraña historia, su conducta excéntrica y heroica; ejemplos de su orgullo extraordinario y de su igualmente singular integridad, se repetían y rumoreaban dondequiera. Una especie de adoración se levantó para él durante sus años de infortunio, especialmente en la juventud. Cruzando montañas, tras largos y penosos viajes, en grandes carrozas o a lomo de mula, gentes de Irlanda, Hungría, Italia, Alemania, llegaban en peregrinación hasta las puertas del gran maestro a fin de oír su bella voz órfica o de contemplar por un momento sus penetrantes y a la vez tiernos ojos.

Fué en este lapso que el príncipe Luis de Bavaria le escribió extensamente, abogando a favor suyo y anunciando el ordenamiento de su familia y de sus asuntos domésticos a la luz de los principios del *Emilio*. Fué en ese tiempo que el intelectual príncipe Enrique, hermano de Federico el Grande, y la aún más culta y virtuosa duquesa de Sajonia Gotha, y muchos otros nobles, le hicieron llegar infructuosas ofertas de protección y sus ruegos para que fuese a favorecer a sus Cortes. Predicadores iban a exponerle sus dudas; jóvenes abates al borde del suicidio le escribían y recibían siempre un consejo mucho más moderado e indulgente que el que podía hallarse en sus libros. Ingleses en la "gran gira", como Boswell, iban a sitiarle, o como Gibbon, les eran enviados en sus momentos de crisis amatorias. Charlatanes conquistaban a veces su favor y se llevaban un poco de su capital, que disminuía constantemente. Sus palabras y gestos eran puestos por escrito y propalados; sus cartas se hacían circular o se publicaban, como se acostumbraba por aquellos días en que la literatura periódica corriente era rara. Hasta se especulaba con fruición sobre sus extraños hábitos personales. Era un gran hombre, un héroe del pueblo y un campeón de la libertad, que despreciaba la opinión del mundo y despedía bruscamente a cuantos le fastidiaban, cualquiera fuese su posición social; que se escapaba por la puerta del fondo para vagar solitariamente por los campos, mientras la leal Teresa Levasseur sostenía vigorosamente la puerta delantera.

Su vestimenta era aún más extraña que su conducta, y quizá le debamos a él las tradiciones bohemias de los artistas del siglo XIX. Un sastre extranjero había llegado un día a Montmorency para vender trajes orientales. Rousseau se había probado un hábito armenio, de caftán y gorro ceñidos, que halló muy conveniente en vista de su enfermedad particular que le obligaba a micciones frecuentes y dolorosas.

Abandonó en Motiers las antiguas y bárbaras calzas y apareció en todas partes con la nueva vestidura, ante el asombro de los lugareños que le creyeron con el cerebro fuera de quicio.

Cuando con su chaqueta recamada y su gorro de pieles se presentó un día al castillo del gobernador de Neuchâtel, su amigo Keith, que

mucho tiempo atrás había llevado una vida retozona en Constantinopla, exclamó:

—*¡Sholemaleichem!* ¿Se ha vuelto usted turco?

Declaró Rousseau que las personas que recibía o visitaba eran, en general, más embotadas que las de Francia. Para distraerse del desasosiego físico y tener las manos ocupadas comenzó a trenzar cordoncillos para corpiños que donaba galantemente a las novias que le prometían amamantar a sus hijos con sus propios pechos.

Un visitante que vivió durante un tiempo en la posada de la aldea, le escribió a su esposa:

> No es posible imaginar cuán encantadora es la compañía de Rousseau, ni cuánta cortesía hay en sus maneras, cuánta profunda serenidad y buen humor en su conversación. ¿No le creías un ser enteramente distinto, siempre grave y a veces rudo? ¡Oh, qué error! A una expresión de gran suavidad se unen una mirada ardiente y ojos tan vivaces como nunca se han visto. Cuando tocamos un tema que le interesa, entonces sus ojos, sus labios, sus manos, todo habla en él. Harto te equivocarías si lo imaginaras un rezongón empedernido. No lo es en absoluto; ríe con quienes ríen, charla y bromea con los niños y se chancea con su dueña de casa.

Otros peregrinos, que iban a buscar al hombre a quien creían el más sabio de todos los tiempos, y que nos reflejan la inmensa atracción que ejercían en aquel tiempo sus principios de sencillez doméstica, de gobierno popular y de educación humana, han hecho igualmente una agradable descripción del tan perseguido solitario.

El joven conde d'Escherny —citado por un antiguo biógrafo de Rousseau, Musset-Pathay, padre del poeta— describe su recuerdo de una larga expedición botánica a la cima de una montaña de Le Chasseron, realizada en 1764, juntamente con Rousseau, el coronel Pury, du Peyrou y varios otros amigos locales. Una mula cargada con provisiones les seguía en su ascención a la línea nevada donde hicieron campamento. Aunque más viejo que los otros, dirigió Rousseau la expedición a lo alto de la montaña y sorprendió a todos por su vigor y agilidad, a una edad que pasaba de los cincuenta. Una vez en la cima, juntó un centenar de especímenes raros de flores y plantas alpinas que conservó, observó e introdujo en su colección. Decía que la botánica era una chifladura por la que tenía mucha afición y pocas aptitudes. "Todos los veranos debo comenzarlo todo de nuevo porque todo desaparece de mi memoria durante el invierno." Durante la comida, de provisiones frías y vinos excelentes, la conversación se animó. Se habló de la carrera de las letras, de la vida dedicada a la gloria, que el conde d'Escherny exaltó, mientras Rousseau, oponiéndosele, se expedió eficazmente sobre los tormentos, los celos, los egoísmos, las acechanzas con que tal vida habría de encontrarse en todas partes. Y terminó solemnemente: "Ninguna pasión es más opuesta a la tranquilidad y la vida venturosa." En sus conversaciones era Rousseau siempre justo con los literatos contemporáneos; era, en verdad, generoso en

su alabanza a Voltaire, por quien, a pesar de todo, sentía una admiración perdurable. Tenía encomios aún más excesivos para Diderot, a quien la época no juzgaba con la elevación suficiente. ¡Oh, era el camarada cuya ausencia lamentaba; era un hombre de verdadero genio intelectual!... Lo notable en Rousseau es que raras veces hacía referencia a los motivos de la disensión entre él y sus anteriores amigos. Había algo mórbido en su instintiva reacción con respecto a la mención de los mismos; sumíase en el silencio y la cavilación. Cuando el conde d'Escherny, de regreso en París en 1765, hizo a pedido de Diderot algunas tentativas de reconciliación, frunció Rousseau el entrecejo y una insensata sospecha le erizó los cabellos. Su respuesta fué negativa:

No puedo comprender por qué Diderot pregunta de pronto por mí, después de siete años de silencio... No le deseo mal alguno; menos aún quiero hablar de él. Sé respetar hasta el fin los derechos de la amistad, aun cuando se hayan extinguido. Pero jamás los recupero; es ésta mi máxima inviolable.

Por momentos, la tensión sufrida durante los años de exilio y persecución iba acercando la razón de Rousseau a la locura. Pero Diderot, como muchos otros, no comprendía esto. ¿Qué golpe puede ser más enloquecedor para el orgullo humano que el rechazo de un viejo amigo con quien se ha vivido en unión apasionada? El bueno de Diderot, pero tan a menudo irreflexivo, era también un hombre de emociones dominantes, de "rayos y tormentas". En adelante, ardería de ira implacable contra su viejo amigo (2).

En una de sus muchas expediciones y paseos con varios de sus amigos, llegó un día Rousseau a una elevación desde donde se veía su ciudad natal, cuyas puertas se le habían cerrado para siempre. Hacia el 21 de agosto de 1764, había ido por una corta visita a Aix-les-Bains, a tomar baños saludables, y se había detenido en Nyon, donde había vivido otrora su padre. Quizá haya conferenciado allí con uno de los grupos de güelfos y gibelinos y, como Dante expulsado de Florencia, escribió sobre Ginebra, que apenas divisaba a través del Lago, con acentos quejumbrosos. "Cruzando el Lago de Morges, y viendo desde lejos las torres de Ginebra, me hallé suspirando tan lastimosamente como por una amante pérfida."

En sus horas de exilio y andanzas de uno a otro país, el círculo de mujeres parisienses que le habían cortejado en Francia jamás dejó de interesarse por su suerte. En vano insistían, como la señora de Boufflers, en ofrecerle dinero y, a pesar de sus reproches, proseguían silenciosamente empeñadas en perdonarle o, desde que a menudo habíalas advertido que no podría permanecer mucho tiempo en Suiza, en buscarle un nuevo asilo. En sus momentos de aflicción personal, que él, pese a sus propias perturbaciones, seguía atentamente, continuaban solicitándole, como la señora Verdelin, su dirección espiritual; y se extenuaban defendiéndolo contra la calumnia maligna.

(2) Ver *Apéndice,* Nota A, sobre el complot contra Rousseau.

En una renovada correspondencia con la exquisita señora de la Tour, la misma que había desempeñado el papel de Julia en su romance epistolar, halló un gran consuelo para sus desdichas siempre presentes. Decíale que "soñaba con él". "Temblando de azoramiento", le envió un retrato suyo. El se decepcionó, pero, con todo, acariciaba y adoraba la miniatura.

Un aspecto saliente de la gran influencia que Rousseau ejerció en el mundo durante sus años de gloria está revelado en una de las deliciosas cartas de Mariana, remitida cuando el maestro, que sufría una recaída de su enfermedad, la afligió con un largo silencio. El 1º de noviembre de 1763 ella le escribió:

Hace algún tiempo dos distinguidos ingleses lograron que Lord Mehegan (que había conocido a Rousseau en casa de los Luxemburgo) los condujese a Montmorency, a fin de visitar la casa que usted ocupaba. No bien llegaron, varios de los nativos, que reconocieron en el señor Mehegan a uno de sus amigos, llamaron a otros de la vecindad, y pronto estos caballeros fueron rodeados por todos los campesinos que se reunieron tumultuosamente para inquirir noticias suyas. (Quizá, para consolar a Rousseau, haya un poco de exageración en esto; pero estimamos que su verdad y vigor están garantizados por el notorio carácter de la dama).

"Oh, señor mío, ¿qué es de la vida de su amigo?" —preguntó uno de ellos—. *"Somos muy desdichados porque le alejaron de nosotros.* Era tan caritativo. Era para nosotros un padre."

"Solía darnos vino cuando apenas tenía para él —dijo un segundo—. Eran interminables las cosas buenas que hacía para nosotros; nunca le olvidaremos." Un tercero añadió: "Era nuestro *protector ante el duque; al perderle, todo lo hemos perdido; le echaremos de menos hasta el día de nuestra muerte."* Estas buenas gentes se ablandaron hasta las lágrimas al tener noticias suyas.

Lo que más le sorprenderá es la razón que estos bravos aldeanos daban de su ausencia. "Es natural que tratasen así al bondadoso señor Rousseau —dijeron a Lord Mehegan—; *es porque predecía el futuro."*

Con sus mesuradas palabras, estos hombres simples arrojaron una potente luz, expresaron la más grande verdad en cuanto concierne a Juan Jacobo Rousseau. Le vislumbramos al momento pasando entre ellos como profeta o apóstol, conquistando sus corazones con su simpatía hacia ellos, singular, apasionada, asegurando solemnemente a los miserables y pisoteados esclavos que pronto entrarían en su reinado.

Los distinguidos peregrinos regresaron de Montmorency a París con la convicción de que el amor y la veneración que los nativos de la región sentían por el filósofo eran inimaginables, de que "todos se hubieran hecho despedazar por usted." ¡Había predicho el futuro! Este ardor, operando silenciosamente y extendiéndose como las llamas, es lo que hace girar toda la historia de Europa en el sentido de la visión de Rousseau.

6

Pese a la esperanza de soledad en el retiro alentada por Juan Jacobo, hay en este lapso un sinnúmero de incidentes, conexiones, relaciones y actividades que se ofrecen a la selección del historiador. Aunque mantenía correspondencia con todo el mundo, entrevistándose con señores y charlatanes, se sumergía en el estudio de la botánica y conservaba minuciosas amistades epistolares con damas francesas de su predilección. Si bien todo esto proseguía y las polémicas, los libelos y las amenazas de persecución gubernamental perturbaban su reposo y la paz de su espíritu, llevaba Juan Jacobo en Motiers una vida sencilla, muy regular y en concordancia con los principios establecidos en sus grandes libros. No obstante, el año 1764 sugiere una acumulación de evoluciones hostiles amenazadoras, como ser la tensión causada por su ida a la comunión y la tirantez de su lucha pública con los gobiernos de Ginebra y Berna. Pese a este alboroto, era a la sazón, sin embargo, tolerablemente jovial; sus facultades se hallaban intactas y vigorosas, excepto en sus momentos de enfermedad, en que podemos ver a la neurosis extenderse como un coágulo negro por las páginas de su correspondencia.

Conservaba aún la capacidad de un gran poeta imaginativo para gozar el instante de vida inmediato; un día de cielo claro y luz brillante, la plata del ligero Reuss sobre la verdura de las pendientes montañosas, le tentaban a sus paseos favoritos, que hacía con preferencia solo, pero muy a menudo con uno o más "peregrinos", que afluían de toda Europa.

Nuevas caras despertaban su interés, si bien era frecuente que se apartase de ellas decepcionado, después de un rápido y cándido escrutinio. Observaba agudamente los acontecimientos del mundo externo, a través de la gaceta semanal que recibía. Los trastornos políticos en la lejana Polonia o en la poco conocida Córcega eran para él sintomáticos. Y cuando tales países, en medio de sus perturbaciones, recurrían a Juan Jacobo por intermedio de sus líderes, en demanda de consejos o de ayuda, conmovíase él o se deleitaba y respondía con la mayor seriedad.

Algunos años antes del exilio de Rousseau, en 1775, las grandes luchas de los corsos conducidos por Paoli contra sus tiranos genoveses tuvieron un fin exitoso. Rousseau había aplaudido el valor de estos isleños en el *Contrato Social,* diciendo:

> El coraje y la constancia con que este pueblo ha triunfado en la defensa y el restablecimiento de su libertad le hacen acreedor a la fortuna de poseer un hombre prudente que les enseñe a conservarla. *Presiento que esta pequeña isla asombrará un día a Francia.*

Algunos de los corsos más ilustres fueron conmovidos por las palabras de Rousseau. Uno de sus líderes, el capitán Mateo Buttafoco, le

escribió el 31 de agosto de 1764 que sus conceptos les halagaban y que no deseaban sino que Rousseau emplease sus talentos, su virtud y su celo para iluminarlos. "Legisle para nosotros", le expresó. No había allí artes, ni ciencias, ni lujos; los corazones eran sinceros, justos e independientes. Sintióse Rousseau arrebatado por la idea de convertirse en el Licurgo de una gran isla salvaje. Dijo que su celo era mayor que sus fuerzas. Pensó abandonar Motiers el año próximo y pasar un año en Córcega a fin de estudiar su historia; esperaba completar para su gobierno, en algunos años de trabajo y meditación, una Constitución conveniente.

Sus *Cartas sobre Córcega* a Buttafoco ponen de manifiesto su insistencia en conocer cuál era a la sazón el estudio político de Córcega, particularmente con referencia a la vecina e imperialista Francia, cuya captura de la isla (por "cesión" de Génova) preveía claramente.

Envió una andanada de preguntas a su corresponsal, que trataba con él secretamente, acerca de las condiciones físicas del país, sus industrias, gentes, ciudades, su historia y tradiciones, a las que agregó el pedido de un mapa detallado de la isla. Debe advertirse que, en tal arriesgada empresa, era su espíritu notablemente más *realístico* y libre de dogmatismos que en sus libros. Deseaba moverse lentamente, basar su proyectada Constitución en un conocimiento real de las condiciones. Si bien hallábase en ese momento embarazado por la hostilidad en su contra que últimamente se desarrollaba entre los campesinos del valle ("insidiosamente despertada"), anunció que, en adelante, sólo dos placeres embargarían su alma: proyectar la Constitución para Córcega y escribir sus propias memorias.

La noticia de las relaciones de Rousseau con los héroes de Córcega pronto circuló por Europa y fué considerada un tópico tan interesante que Voltaire, con su habitual malicia, divulgó que era él — Voltaire— quien había inventado todo el asunto en broma, enviando a Rousseau una carta apócrifa de Paoli. Empero, estaba Rousseau seguro de la autenticidad de la cuestión y consideró durante un largo tiempo el plan de radicarse en Córcega para coronar su carrera con una gran obra constructiva, consumada, o por lo menos iniciada, ante sus ojos. Sucesivos infortunios y la completa ocupación de Córcega por la Corona francesa, según nos dice en *Las Confesiones,* le hicieron abandonar la idea largamente acariciada.

Cien años después, fueron descubiertas en el Museo Ducal de Neuchâtel notas manuscritas hechas en 1765 en la isla de San Pedro, cerca de Bienne [3].

Sabemos que escribió estas notas en un momento de gran sufrimiento, y percibimos cuán estrechamente se asía al acariciado plan.

(3) G. Strikeisen-Moultou, *Oeuvres et Correspondance Inédites de J. J. R.*, París, 1861. Mucho debemos a este investigador que hace setenta años andaba a tientas entre los nuevos descubrimientos relativos al mundo de Rousseau. Era descendiente de Pablo Moultou, amigo de Rousseau.

El sentido de estos fragmentos nos deja una notable impresión de cómo habría realizado sus ideas en la práctica efectiva.

Para un país pobre como Córcega aconsejaba una democracia republicana a causa de la mayor extensión de la igualdad, pues sostenía que las regiones ricas son generalmente aristocráticas. Aboga por un *gobierno representativo,* con elecciones frecuentes a fin de que pueda ser mantenida la verdadera soberanía popular. (Obsérvese cómo el método de una legislatura representativa es una concesión a las realidades, a despecho de su oposición, muy semejante a la de Voltaire, a los "parlamentos", expresada en el *Contrato Social*). Proclama sus doctrinas familiares tendientes a evitar todos los lujos y vicios de las grandes ciudades, a establecer una sociedad agrícola y a la conservación de las costumbres primitivas. El criterio fijo de sus creencias en materia de economía era que "el dinero engendra la pobreza". Debíase, pues, suprimir la circulación del dinero, o reducirla al mínimo posible, e intentar el "trueque de productos": vino por trigo, etcétera, que habrían de intercambiarse entre los varios distritos de la isla. "Todos los hombres tienen derecho a la vida —comenta agudamente — y nadie debe enriquecerse a expensas de los demás."

Reconocía, sin duda, las ventajas de cierto grado de desarrollo comercial, si bien lo limitaba o lo manejaba "con arte" a fin de que pudiese estimularse la igualdad de fortunas y que la sociedad de Córcega se acercase lo más posible al "estado natural". Pero concluye que para llevar a cabo estos planes, o cualesquiera planes de mejoramiento, necesitábase un espíritu nacional vital, indomable, un espíritu de verdadero patriotismo, representado para él por la abnegación. Estas notas, como las referentes a Polonia, que analizaremos después, son en grado sumo clarividentes y realistas y sirven como suplementos a algunos teoremas incompletos del *Contrato Social.* Por loco que Rousseau pudiese parecer en su vida privada, estas notas nos muestran cómo su genio, frente a un problema impersonal, volvía en sí y funcionaba espléndidamente.

7

Al saltar rápidamente a la Inglaterra contemporánea, de 1763, hallamos que el joven caballero escocés James Boswell, inmortal reportero del siglo, acababa de dejar al doctor Johnson, en Harwich Beach, "volviendo su majestuosa figura a su manera usual", y de iniciar la gran gira por Europa. Nada diremos aquí de las aventuras, galanterías y reflexiones del antojadizo joven; sólo observaremos que, después de un corto lapso, y de la más notable manera, Rousseau, Córcega y James Boswell se hallaron enmarañados [4].

(4) Estoy profundamente agradecido al coronel Ralph Isham, propietario y editor de los *Papeles privados de Boswell,* hallados hace algunos años en Malahide Castle, Escocia, por haberme permitido citar liberalmente las partes del diario de Boswell referentes a Rousseau. Casi tan grande es mi gratitud para el extinto

Quiso Boswell variar su gira yendo a la poco conocida Córcega, proporcionándose así el espectáculo de "todo un pueblo comprometido en una lucha por la libertad". Además del hecho de ser Boswell un inveterado catador de celebridades, estaba el incentivo adicional de las conexiones de Rousseau con los corzos ampliamente rumoreadas en las capitales, motivo que también indujo a Boswell a dirigir su fantástica correría hacia la oscura aldea alpina de Motiers.

"¡Voltaire, Rousseau, nombres inmortales!" exclama Boswell. Hipnotizado por todos los poseedores de fama y genio, esperaba contagiarse, por el acercamiento y la exposición, estos imponderables bienes. En consecuencia, atolondradamente como siempre, se dirigió a la parte meridional de Suiza. (Acababa de sufrir en Holanda desventuras amorosas que no le enseñaron absolutamente nada). Allí, separados por una distancia de cincuenta millas, residían los dos poderosos hombres que cazaba al acecho. Visitando al Lord Mariscal en Neuchâtel, se proveyó Boswell de un "pasaporte" para el peliagudo Rousseau; una carta de presentación que muestra, en verdad, alguna desconfianza por parte del amigo de Rousseau en cuanto a la perfecta cordura del tal Boswell. Empero, nuestro delicioso loco no utilizó el "sésamo ábrete" acordado... quizá porque deseaba presentarse al gran Rousseau sin desmedro para su orgullo como un extranjero romántico, melancólico, que, a pesar de llegar sin credenciales, poseía tan notables méritos y singularidad que le acreditaban una audiencia.

Y se lanzó a la posada de Motiers, hizo numerosas preguntas acerca de sus huéspedes y despachó su primera larga carta a Rousseau —escrita en francés— a la que creía positivamente una obra maestra y que es el autorretrato de un joven viajero extravagante renunciando a todos sus triunfos, caprichos, infortunios; todo un espléndido material para el profundo autor de *La Nueva Eloísa.* Habiéndola enviado, aguardó; ¡se dispuso al asedio! Transcurridos varios días recibió la estremecedora palabra de que podía ir a ver por la mañana a su "filósofo silvestre, ilustre".

"Estoy enfermo y dolorido, no puedo recibir visitas —decía la nota—. Sin embargo, no puedo rechazar la del señor Boswell, con tal que, vista mi condición, tenga la amabilidad de hacerla breve."

"Mi sensibilidad temía a la palabra *breve*", nos dice Boswell. No obstante, comenzó a prepararse y a afinar su alma para el encuentro. ¡Podemos imaginarnos cómo lo hizo! Salió solo, paseó "pensativamente" a lo largo de la orilla del río, en el "hermoso Valle Silvestre, rodeado de inmensas montañas, cubiertas algunas de ceñidas rocas,

Geoffrey Scott, que editó tan eficientemente esos manuscritos. A la verdad toda la aventura es uno de los milagros de la historia de la literatura, ya que fija este documento los rasgos del carácter de Rousseau, con el arte consumado de un hombre que podía abandonarse en grado sumo a sus impresiones del momento; de modo que es como si Juan Jacobo estuviese vivo delante de nosotros... Este material no ha sido utilizado antes en trabajos sobre Rousseau, y es todavía desconocido en Europa.

otras de apretados pinos, y de resplandeciente nieve otras." El aire saludable, el romántico escenario le infundían un tono vigoroso y solemne. Recordó con anticipación todas sus ideas anteriores acerca de Rousseau; "una muchedumbre de grandes pensamientos" le asaltaron durante la media hora anterior a la entrevista, que fué ciertamente "una de las más notables que jamás tuve". Nótese que hasta se vistió especialmente para la ocasión: "calzas de gamuza, casaca escarlata y chaleco adornado con galón de oro y, encima de todo esto, una gran chaqueta de barragán verde, forrada con piel de zorro y cuello y puños de igual piel."

(Después se apareció ante Voltaire, que casi se desmaya al verle, en verde mar y plata y florido terciopelo.)

Teresa Levasseur, esa "joven francesa pequeña, vivaz y limpia", le condujo escaleras arriba al cuarto donde contempló al fin al filósofo silvestre, hombre de bella fisonomía, "un apacible moreno vestido de armenio". Preguntóle Rousseau con su encantadora voz si quería sentarse o ir y venir con él por la habitación. Hicieron esto último. Admite Boswell que, a pesar de todo su azoramiento, tuvo la suficiente habilidad para tranquilizar completamente al "oso", animarle gastando bromas y hacer de él "el amable Saint-Preux, a los cincuenta años". Transcurridos algunos minutos se ve al maravilloso Boswell tomar la mano de Rousseau, palmearle afectuosamente la espalda... El delicioso diálogo sostenido entre ambos, perpetuado por Boswell, está basado en las conversaciones mantenidas durante cinco visitas, la primera de las cuales tuvo lugar el 4 de diciembre de 1764.

Al parecer, congeniaron de entrada. La tendencia natural de Boswell a las proposiciones serias, su espíritu fantástico, su indiferencia a los desaires, su pasión por confesarse, se acomodaban perfectamente a Rousseau, en tanto no servían más que para alarmar y crispar a Voltaire... Para James Boswell el encuentro iba a ser infinitamente fecundo, puesto que, gracias a Rousseau, será bien recibido en Córcega, como dijo a todo el mundo en *An Account of Corsica* (1768) —su primer libro exitoso— que da un testimonio concluyente de su conquista de Rousseau y a la vez de la salvaje isla, y en el que se proclama amigo de la libertad, explorador y narrador de la dramática historia corriente. Para Rousseau el encuentro fué menos fecundo, si se exceptúa la pintura íntima que de él hizo nuestro amado maniático de la literatura inglesa, que proyecta una luz muy favorable sobre él y puede ser ventajosamente contrastada con las descripciones acibaradas de sus enemigos.

En esta primera entrevista no estaba Juan Jacobo en el mejor de los humores, pero la vinculación de Boswell con Keith, su "protector, su padre", le ablandó algo. Cayó naturalmente en una discusión sobre su propia carrera, a la que siempre aludió con tristeza, y concluyó diciendo que los libros tan admirados por Boswell sólo le habían proporcionado una serie de trastornos. Habló contra el gobierno de Francia, contra sus enemigos; dijo que no quería saber más del mundo, de la sociedad, y que se contentaba con vivir allí solo, en el mundo de sus fantasías.

Boswell. — Pero cuando tropieza usted con hombres fantásticos, no son de su agrado.

Rousseau. — Porque no tienen las mismas fantasías mías. Señor, vuestro país está hecho para la libertad. Me agradan vuestras maneras. Usted y yo nos sentimos aquí en libertad para vagar juntos en silencio. Es esto mucho más de lo que los franceses pueden hacer. La humanidad me hastía. Me dice mi ama que los días en que he estado solo me halló de mucho mejor humor que aquéllos en que he tenido compañía...

Boswell. — Temo que me he quedado demasiado. Tendré el honor de volver mañana.

Rousseau. — Oh, en cuanto a eso, puedo decir... que estoy abrumado por las visitas de gente ociosa.

Boswell. — ¿Y cómo pasan ellas el tiempo?

Rousseau. — Haciendo cumplidos. También recibo una cantidad prodigiosa de cartas. Y el autor de cada una de ellas se cree el único que me escribe.

Boswell. — Debe sorprenderle mucho, señor, el hecho de que un hombre que no tiene el honor de conocerle se tome la libertad de escribirle.

Rousseau. — No. No me sorprende. He recibido cartas de ésas tan a menudo, ayer, hoy, anteayer y siempre.

Boswell. — Señor, soy vuestro humilde servidor.

En la segunda visita Rousseau pareció más alegre; chanceó; contó historias excelentes, con miras a ejercer una gran influencia en el fantástico joven. Trajo a colación sus recuerdos del extinto abate de Saint-Pierre, digno filósofo de sus primeros días en París, un hombre bueno, sencillamente porque prefirió serlo, un hombre "sin entusiasmos", un hombre de quien podría decirse que era "apasionadamente razonable". "No pudiendo, como sacerdote, casarse, tenía abiertamente queridas, e hijos de éstas; había insistido en que sus hijos aprendieran la más *útil* de las profesiones. De suerte que no podía tolerar la idea de que alguno de ellos se hiciese fabricante de pelucas, pues decía que "en tanto la naturaleza continúe proporcionando cabellos, la industria de la peluca estará siempre llena de incertidumbre!" En resumen, Saint-Pierre, descubridor de la idea de la Liga de Naciones Europeas, era del todo indiferente a las opiniones de los hombres, de quienes sostenía que eran simplemente niños grandulones. Cierta vez hizo una larga visita a una dama, cuyo fastidio iba en aumento. "Señora —le dijo—, noto que soy cansador para usted, pero eso no me preocupa. Usted me divierte." Comentó Rousseau riendo que era un hombre de principios e instó a Boswell a imitar el ejemplo de la independencia del viejo filósofo; si alguna vez llegaba a ser miembro del Parlamento, debía ser como el abate de Saint-Pierre: debía tener *principios*.

Boswell. — Pero, señor, a un miembro del Parlamento que se comporta como un hombre tan estrictamente honrado se le considera un necio extravagante.

Rousseau. — Bien, en ese caso debe usted serlo.

Por razones obvias, el ciudadano se iba incomodando. Al fin exclamó: "Usted me enfada. Es mi naturaleza. No puedo evitarlo." "No gaste ceremonias conmigo", replicó el visitante. "Váyase", terminó Rousseau.

En la tercera visita, habló Boswell de sus convicciones religiosas y sus dudas. ¡Anhelaba a veces ocultarse en algún retiro católico! Sostuvo Rousseau que eso era una locura. Y habló de sus cambios de religión. Boswell le detuvo en medio de la habitación, donde iba y venía, y le dijo: "Pero dígame sinceramente, ¿es usted cristiano?" Y miró a Rousseau con ojos escudriñadores.

Ambos se irguieron y observaron recíprocamente sus miradas.

Finalmente Rousseau se golpeó el pecho y dijo sentidamente que "se jactaba" de ser cristiano. Habló entonces Boswell del alma y de la melancolía. ¿No sufría Rousseau grandemente de melancolía? Ah, pero era su destino ser sereno; sólo el infortunio había corrompido su disposición natural. En cuanto a James Boswell, ¡oh, era una víctima demasiado propicia de la melancolía para curarse alguna vez! ¡Había hecho tanto daño! ¿No querría Rousseau guiarle, cuidar su conciencia? No, imposible. Estaba ella demasiado perturbada para responder por él. Bien, aunque Rousseau no prometió verlo de nuevo, Boswell volvería a visitarle. Le aseguró que le vería otra vez... Entonces sería mejor alejarse (puesto que en cualquier momento podía el maestro necesitar un orinal). Fué para él un buen viaje.

Diciembre 14 de 1764. Al regresar de un largo y arduo viaje, el fantástico escocés encuentra al filósofo, con quien se hallaba ya muy vinculado, enfermo y con huellas de dolor en su semblante. Fué admitido sólo por un momento. Rousseau se lamentó ante él de sus dolencias, vejaciones, pesares y especialmente de los importunos que acudían creyendo que no tenía otras preocupaciones. En ese momento estaban por aparecer sus *Cartas de la Montaña,* cuyas consecuencias lo llenaban de aprensión; además, había estado pensando en su vida y preparándose para escribir sus memorias o *Confesiones.* Es posible que por el mismo tiempo de las repetidas visitas de Boswell haya escrito esa página de salvaje lamentación que es el preludio de las *Confesiones.* Pero Boswell, poco sensible a los reparos, sólo inquirió qué había pensado Rousseau del *Sketch of my Life* (Bosquejo de mi vida) que le había dejado en su última visita.

"Usted ha sido engañado", declaró Rousseau bruscamente. Boswell no tenía derecho a jugar con las mojigangas del Catolicismo o a ver siempre curas. En cuanto a si podía él llegar a ser algo, la gran dificultad estaba en que "él lo creía asunto muy difícil". Rousseau le invitó a volver después del almuerzo, *pero a poner el reloj en la mesa,* pues no tenía para él más que quince minutos. "Veinte", gritó Boswell. Y Rousseau, tocado por la ocurrencia, pareció por el momento más risueño y rió afectuosamente: "¡Váyase con su alma!"

Luego:

Boswell. — ¿Es posible vivir entre los hombres conservando la singularidad?

Rousseau. — Yo lo he hecho.

Boswell. — ¿Y seguir en buenas relaciones con ellos?

Rousseau. — Oh, si quiere usted ser un lobo debe aullar. Atribuyo poca importancia a los libros.

Boswell. — ¿Incluso a los suyos?

Rousseau. — Oh, los míos son justamente una mezcolanza.

Boswell. — Ahora está usted aullando. (Defiende Rousseau su idea de que es necesaria más que la mucha lectura la reflexión propia; Boswell sostiene que el *Emilio* le ha hecho la mar de bien, que, de no ser por el *Vicario Saboyano* habría él sido mucho más perverso). La moralidad me parece una cosa incierta. Por ejemplo, me agradaría poseer treinta mujeres. ¿No podría satisfacer este deseo?

Rousseau. — ¡No! ¡Ja, ja, ja! Si Mademoiselle no estuviese aquí le daría una razón más amplia.

Boswell. — (Que en sus momentos de intimidad parece compartir los principios libertinos de la época). Pero considere que, si soy rico, puedo poseer un número de muchachas, engendrarles hijos. De este modo se acrecienta la propagación de la especie. Les doy dotes y las caso con buenos campesinos, que serán felices aceptándolas, y se convierten así en señoras a la misma edad en que lo hubieran sido de haber permanecido vírgenes, y yo por mi parte habré tenido el beneficio de gozar a una gran variedad de mujeres.

A esta proposición altamente racionalista ofreció Rousseau la resistencia de una piedra. Era la repetición del sistema oriental, con su esclavización implícita de las mujeres, que se traducía para el europeo en miserias, celos, traiciones. En cuanto a la idea de imitar a los "viejos patriarcas", todo era corrupción. Boswell se decía un ciudadano y como tal, no debía seleccionar fastidiosamente las leyes que le agradasen sino preguntarse constantemente si era bueno para todos los hombres, para la sociedad, que todos obrasen como él (vemos cuánto Juan Jacobo había dejado de ser en su edad madura un predicador demasiado solemne). Boswell contesta obstinadamente: "No diría lo que he estado haciendo, pero lo haría". Además, ¿cómo podría expiar el mal que ya había hecho? La respuesta de Rousseau fué muy hermosa: "¡Ah, señor, excepto el bien, no hay otra expiación del mal!" Pero Boswell inquirió protestando si cuando fuese a países latinos, como Francia e Italia, no podría abandonarse a los galanteos típicos de esos lugares donde el esposo raras veces se ofendía cuando le hacían el amor a su esposa. ¿No estaría Boswell mejor así?

"Ellos son *cadáveres* —exclamó Rousseau—. ¿Quiere usted ser un cadáver?" En cuanto a la discusión sobre la virtud y la lujuria, Rousseau, semejando de pronto a Platón, sostiene que no hay duda de que somos seres espirituales y que el virtuoso, cuando el alma se libere de la prisión carnal, se sentirá muy contento, gozando la contemplación de almas dichosas y reflexionando filosóficamente sobre las otras criaturas con las que, de haber vivido como ellas, hubiera tenido que componérselas. Pues quienes sólo pensaron en las gratificacio-

nes físicas serán después miserables, carecerán de recursos o medios de gozo...

La elocuencia y sabiduría de su gran hombre, causó a Boswell una viva emoción. Como había sido invitado a comer, exclamó para su capote al llegar a la posada: "Dioses, soy ahora realmente el amigo de Rousseau." Miró con piedad a los huéspedes que le rodeaban y que, en cualquier momento, podían pedirle que comiese con ellos. ¡Ay!, tendría que rogarles que le excusaran, puesto que aquella noche estaba comprometido a cenar con Rousseau..."

La comida, en la limpia y alegre cocina, tal como Rousseau, que siempre prevenía a los glotones, lo había anticipado, no fué pretenciosa. Pero sí agradable, suculenta y esmerada, pues era Teresa una excelente cocinera. Consistió en una sopa sabrosa, carne de vaca y de ternera hervida, repollos, nabos, zanahorias, carne de cerdo fría, truchas en escabeche, fruta, castañas y vino blanco y tinto de buena calidad. Las costumbres de Rousseau en la mesa eran agresivamente campechanas. Cuando el escocés preguntó si podía "servirse" más de algún plato instóle Rousseau a obrar como si fuese el amo, y a hacerlo directamente, ¡si el largo del brazo se lo permitía! Porque a los huéspedes sólo les agradaba jugar al amo en sus casas, haciendo ofrecimientos, presentando excusas, etcétera. Le fastidiaba el asunto de los huéspedes y los hospedadores. La verdadera hospitalidad significaba que hubiera comida en la mesa para ser compartida buenamente y nada más. De suerte que para Boswell, la sencillez del "gran Rousseau", ¡que tenía fama de oso, de entronizada majestad orféica!, fué causa de arrebatos y de excitadas exclamaciones. Había creído que se asustaría de él, más he aquí que ello fué imposible. Afirma que, en verdad, tal sencillez de costumbres estaba abierta a la crítica, pues ¿no podría decirse que el señor Rousseau no se hacía respetar lo bastante? En Escocia, por ejemplo, tal aire de simplicidad en las personas espectables sería simplemente imposible; cualquier otro no podría soportar las familiaridades más chocantes que el mismo Boswell jamás toleraría.

Pero sostuvo Rousseau que la vida le fué dada a los hombres para finalidades de mucha mayor importancia que el mantenimiento de su dignidad. Simplemente podía guardar silencio con los irrespetuosos, que terminarían sin duda por cansarse de dirigirse a uno.

Boswell replicó: "Si estuviese usted en Escocia comenzarían por saludarlo "Juanillo Rousseau, ¿qué tal?", con la mayor familiaridad... Dirían: "¡Bah! Juan Jacobo, ¿por qué se permite esas fantasías? Es usted un hombre moderado para presentar tales reclamaciones. Venga, venga, adáptese a la sociedad como los demás", y lo dirían con una acrimonia que no puedo transmitirle". (No pareció agradar a Rousseau este aspecto de la cuestión, y advierte Boswell para sí: "Fué como si yo le hubiera dicho: "Vamos, Juancito, ¿a qué tantos firuletes? Eres un gran hombre, por cierto, para trabajar tanto. Tómalo con calma. ¿Es que no puedes vivir como las demás gentes?"

En una última visita, la aversión de Voltaire por Rousseau fué mencionada por vez primera por el joven escocés. Era simplemente porque los hombres jamás gustaban de quienes habían agraviado, explicó Juan Jacobo brevemente en su vena habitual. Por su parte desaprobaba el *Diccionario Filosófico,* que le chocaba por sus extremos de ofensa personal a personas de fe opuesta.

De todos modos, era Voltaire un conversador excelente y en realidad más agradable en este aspecto que como escritor, y Boswell se divertiría con él. Pero en ese mismo momento le preguntó si no le agradaría irse.

Boswell. — Todavía no. Me iré a las tres en punto. Tengo aún veinticinco minutos.

Rousseau. — Pero yo no puedo concederle veinticinco minutos.

Boswell. — Yo deseo darle aún más que eso.

Rousseau. — ¡Qué! ¿De mi tiempo? Todos los reyes de la tierra no pueden ofrecérmelo.

Boswell. — Pero si mi estancia se hubiese prolongado hasta mañana habría tenido veinticinco minutos y otros veinticinco al día siguiente. Estos no me los tomaré. Le hago un presente de ellos.

Rousseau. — ¡Oh! Puesto que no me roba usted mi dinero, me lo está dando. "Todo lo que a uno le dejan lo cuentan como un presente."

En general, Boswell, que pasó los preciosos instantes que le quedaban en largas historias referentes a él mismo y a sus talentos (tal como el de las imitaciones) entretuvo enormemente al acosado Rousseau y le hizo reír de buena gana. Boswell iba a tomar el camino a Ferney, cerca de Ginebra, para oponerse allí abiertamente al señor Voltaire, en lo que tuvo mucha menos fortuna. Más aún: iría después a Córcega como embajador extraordinario de Rousseau. Habíale éste asegurado, en broma, que llegaría a ser el rey de Córcega. Al partir, abrazó Rousseau cariñosamente a su loco escocés; "el mismo tierno Saint-Preux me besó varias veces y me tuvo entre sus brazos con elegante cordialidad. ¡Oh! ¡Jamás olvidaré la escena!"

Rousseau. — Adiós. Es usted un excelente muchacho.

Boswell. — Me ha manifestado usted una gran bondad, pero yo la merecía.

Rousseau. — Sí. Es usted malicioso; pero es una malicia agradable... Escriba y dígame cómo le va...

Boswell. — Una palabra más. ¿Puedo tener la seguridad de que estoy unido a usted por la hebra más delgada? (Sacando un pelo de mi cabeza.) ¿Por un cabello?

Rousseau. — Sí. Recuerde siempre que hay puntos en que nuestras almas están ligadas.

Boswell. — Es suficiente. Yo, con mi melancolía, yo, un ser despreciable... seré siempre sostenido por el pensamiento de que estoy vinculado al señor Rousseau. Adiós. ¡Bravo! Viviré hasta el último de mis días.

Rousseau. — Es indudablemente una cosa que debemos hacer. Adiós.

8

La partida del despejado Boswell parece haber tenido lugar en un momento en que el reposo y la paz del espíritu abandonaban también a Rousseau, en que el firmamento oscurecíase sobre él y descargaba tormentas y rayos sobre su atormentada cabeza. En medio de los trastornos de una vida de exilio se intensificaba el sufrimiento, y si bien cumplía él su sencillo y vigoroso programa diario de actividad al aire libre, también sus manías le vencían invariablemente en las noches de insomnio, haciendo los tormentos de sus dolores reales cien veces más crueles. Y los pesares personales hallaban la manera de combinarse con los choques externos para acercarle al borde de la terrible locura.

Una vez establecido en Motiers y hallada allí la tranquilidad, había retrocedido en su memoria, como era su costumbre, y comenzado a soñar en su primera juventud, la que, pese a todas sus bellaquerías y privaciones, se atemperaba dentro de los contornos de un idilio. El recuerdo de su amada señora Warens, su buena protectora, su "madre", que le había moldeado y que le hubiera ahora consolado con tanta ternura sobre su pecho generoso, volvía vívidamente. ¡Oh! ¿Por qué diablos se había alejado una vez de ella para embarcarse en aventuras turbulentas en un mundo extraño a su Valle de las Charmettes? ¿Y dónde, por Dios, estaba ella? Habíala perdido de vista en los años recientes. Hacía mucho que no tenía noticias suyas. En el verano de 1762 había escrito preguntando por ella a Conzié, su viejo amigo de veinte años atrás, que aún residía en Charmettes. Lo que recibió después de una dilación fué una carta pomposa, llena de censuras y de buenos cumplidos para sí mismo, donde se le informaba casualmente que la desdichada baronesa había muerto alrededor de seis semanas antes, el 29 de julio de 1762, en la más abyecta miseria...

Juan Jacobo guardó silencio... En un pasaje de *Las Confesiones* revela en tonos de endecha su pesar por la dama que, cargada de años, enfermedades y tristezas, había finalmente dejado "este valle de lágrimas para morar en la tierra de los buenos, donde el dulce recuerdo de los hechos terrenos será una eterna recompensa." Y concluye: "Ve, alma tierna y generosa... Ve a gozar al fin el fruto de tu verdadera caridad y prepara para tu discípulo el lugar que sueña ocupar algún día a tu lado, dichosa en tus infortunios de que el cielo, al ponerles fin, te dispensó el cruel conocimiento de los tuyos."

Al año siguiente, otro acaecimiento que le entristeció, a fines de 1763, fué la partida de Lord Mariscal Keith para Berlín, a donde le llamó el rey Federico. Ambos amigos habían acariciado el plan, que era idea de Keith, de retirarse en su vejez a las posesiones de éste en Escocia. Keith estaría encantado y se distraería con Rousseau, sería feliz; y en cuanto a éste, habíale agradado la idea de refugiarse en el extraño país septentrional. "No conociendo el idioma —había advertido— no podré hablar con la gente; pero por lo mismo ellos y el lugar me agradarán más." Pero cuando ambos se hubieron separado, temporariamente como confiaban, tuvo Rousseau el presentimiento de que jamás volvería a ver sobre la tierra a su fiel defensor, que tenía entonces setenta y nueve años (nótese cómo, en 1764, con el alejamiento de Keith, parecen multiplicarse para Juan Jacobo las perturbaciones).

Otro lazo afectuoso con el pasado se deshizo cuando se propaló la muerte del duque de Luxemburgo, ocurrida en Montmorency a principios de 1764. Rousseau, tan apasionadamente apegado a sus amigos como fanáticamente temeroso de sus enemigos, sintióse inconsolable ante esta nueva pérdida. A su otrora sicofante en París le escribió: "Querido Deleyre: he vivido demasiado." Había perdido a sus amigos literatos por las disensiones, y a sus otros benefactores por la muerte. A la acongojada señora de Luxemburgo, que vivía ahora muy piadosamente, escribió amargos reproches: "¡Ustedes dos me habían olvidado! —exclama—. *Siguiendo su ejemplo*, habíame él olvidado. ¡Ay! ¿Qué he hecho, cuál es mi crimen?", etcétera. La duquesa tenía presente el temperamento del filósofo y su frecuente tendencia a regañar a quienes se habían interesado por él. Le contestó suavemente asegurándole su lealtad y suplicándole que no la afligiese en esa hora triste.

Las campañas difamatorias, que continuaron intermitentemente acosando a Rousseau durante los años pasados en Motiers, bastaron, dado su carácter, para hacerle perder a veces el juicio. No mucho después de su establecimiento en la aldea, escribió a la señora de Verdelin una carta que sugiere claramente una recaída en la paranoia:

> Perseguido por el señor Voltaire, por su digno amigo el juglar Tronchin, y por su numerosa pandilla de París y Ginebra, he sido sucesivamente condenado en mi propio país y en Berna y lo hubiera sido también en este Estado si la protección de Lord Mariscal y las órdenes del rey de Prusia no hubieran por un tiempo amenguado la furia de los Voltaireanos, violentos defensores de la causa de Dios contra mi irreligión. Presionan en la Corte de Berlín... aguijonean a todos los Estados; escriben a todo el mundo y me abruman con cartas anónimas, utilizan todas las gacetas y periódicos incluso los de Inglaterra... No sé cómo terminará todo esto, pero jamás hubiera creído que un pobre inválido sin asilo y sin pan haya podido ser el objeto de tan terrible conspiración.

Nuevas persecuciones en 1764-65. Muy cerca, en la aldea de Motiers, percibía —o creía percibir— un cambio extraordinario en el sentimiento público hacia él. La gente común, a la que había hecho caridades y que le había amado, era a la sazón "secretamente acuciada en su contra", su ira contra él aumentaba día a día, de suerte que se le insultaba constantemente. Estas nuevas desazones atribuíalas a sus ex amigos de Ginebra y París, que estaban ahora resueltos, "como se jactaban", a echarlo de Suiza.

En esta crisis sufrió un golpe más grande aún que los otros, asestado por una mano diabólica. Voltaire, a quien las *Cartas de la Montaña* y la sátira que de él se hacía en ellas habían encolerizado; Voltaire, que desde su puesto fuera de Ginebra había observado con gran

ansiedad los disturbios populares en esa ciudad, obtuvo de Tronchin una información completa acerca de la vida privada de Rousseau y publicó anónimamente, el 27 de diciembre de 1764, el folleto difamatorio intitulado *Sentiment des Citoyens*:

Además de las *Cartas del campo* (decía el autor de este libelo) tenemos ahora las *Cartas de la Montaña;* he aquí los sentimientos de la ciudad acerca de ellas. *Lo sentimos por el lunático; pero cuando su locura se vuelve furia debe atársele. De lo contrario, la tolerancia, que es una virtud, se convertiría en vicio.*

"Nos hemos apiadado de Juan Jacobo Rousseau, el otrora ciudadano de nuestra ciudad, cuando sólo fué gritado en la Opera; y se befó del escenario; y representó en él como un cuadrúpedo. En verdad, esta ignominia nos desacreditó un poco. Algunos de nosotros se lo advertimos, pero no pudimos corregirle. Le hemos perdonado sus novelas, en las que la decencia y la modestia eran tan poco respetadas como el sentido común. Era la primera vez que uno de nuestros ciudadanos se daba a conocer como autor de libros ofensivos a la moral, despreciados por la gente respetable y ponderados por la piedad. Pero cuando este autor introdujo la irreligión en sus novelas, nuestros magistrados se vieron ineludiblemente obligados a imitar a los de París y de Berna, quienes, en el primer caso, sentenciaron su arresto y, en el segundo, le desterraron.

Pero el Consejo de Ginebra, compasivo y justiciero, dejó abierta una puerta al arrepentimiento, a fin de que el culpable pudiese retornar a su patria y obtener su gracia. Pero ¿no se ha colmado la paciencia de su país, hoy que se atreve a publicar un nuevo libelo en que ultraja furiosamente a la religión cristiana, a la Reforma, en la que confesaba creer, y a todos los ministros del Evangelio?... ¿Le está permitido a un hombre nacido en nuestra ciudad ofender de esta manera a nuestros pastores, muchos de los cuales son nuestros queridos amigos y parientes y tan a menudo nuestros consoladores? Consideremos quién es el que los trata de esta suerte. ¿Es un hombre de letras que ha contendido con otros hombres de letras? No; es el autor de una ópera y de dos piezas teatrales silbadas. ¿Es un hombre bueno que descarriado por un falso celo reprocha indiscretamente a otros hombres virtuosos? A nuestro pesar y vergüenza hemos de admitir que se trata de un hombre que lleva consigo las vituperables huellas de sus corrupciones, que, disfrazado de saltimbanqui, las arrastra tras él, de pueblo en pueblo, de montaña en montaña; un desdichado miserable que dejó morir de hambre a su madre, y que abandonó a sus hijos en los escalones de un hospital, mientras rechazaba el ofrecimiento de atenderlos de una persona caritativa, abjurando así todo sentimiento natural así como de humanidad y religión. He aquí, pues, el hombre que pretende aconsejar a sus compatriotas...

¿Desea que nos estrangulemos mutuamente porque un mal libro suyo fué quemado en París y Ginebra?... Que deje de llamarnos esclavos, jamás lo seremos... ¿Desea excitarnos con insultos? ¿Quiere derribar nuestra Constitución, desfigurándola, como quiere destruir el cristianismo, que proclama como su fe? Debemos informar a todos que la ciudad horrorizada le desautoriza. Si creía que podría hacernos desenvainar nuestras espadas sobre su novela *Emilio* puede sencillamente añadir esa idea al número de sus otros absurdos y locuras. Pero debe hacérsele saber que mientras sólo se castiga levemente a un novelista impío, *un sedicioso vil es acreedor a la pena capital* (5).

(5) Se sabe ahora que el folleto *Sentiment des Citoyens* es de Voltaire y se halla incluído en varias ediciones de la colección de sus obras publicadas durante el último medio siglo, que pretendían ser "completas". Maugras, un apologista de Voltaire del siglo XIX, reprocha a Rousseau por haber llevado a Voltaire, con sus "instigaciones", a esta acción.

El gran hombre que había instado la abolición de la pena capital, convertido entonces en un "defensor" de la religión y las buenas costumbres, recomendaba que Juan Jacobo fuese quemado en una hoguera. Había escrito esa calumnia con tan poco ingenio que jamás pudo Rousseau sospechar, e ignoró siempre, que era su autor el "príncipe de las letras".

Creyeron Rousseau y muchos otros que era un trabajo del pastor Jacobo Vernes, que, ofendido por la indiferencia de aquél, le había estado atacando con la mayor volubilidad.

Estaba Vernes muy desacreditado y créese que también Voltaire quiso injuriarle, pues detestaba al rígido predicador, a quien no obstante recibía como amigo constantemente en su casa.

Es evidente que Juan Jacobo quedó aplastado por estas revelaciones a toda Europa de sus crímenes privados. Hallábase abandonado, difamado. En verdad, el golpe de su enemigo había sido asestado en su punto más débil. Replicó de una extraña manera. El folleto fué enviado por él a su librero el 6 de enero de 1765, para su impresión y distribución, juntamente con una muy moderada negación de su parte:

Deseo hacer lo más sencillamente la afirmación que este artículo parece exigir de mí. Ninguna de las enfermedades vergonzosas mencionadas por el autor ha manchado jamás mi cuerpo. El mal que sufro no tiene relación alguna con esas enfermedades. He nacido con él, como las personas, vivas aún, que me cuidaron en la infancia pueden atestiguarlo. La naturaleza de esta enfermedad es conocida por los señores Malouin, Morand, Thiéry, Daran y Côme, quienes en distintas oportunidades me han tratado. Si han observado indicios de libertinaje en mí les ruego que me denuncien y me hagan avergonzar del recurso que he escogido. La persona honrada y por todos respetada que me atiende en mis enfermedades y me consuela en mis aflicciones se siente desdichada sólo porque comparte el destino de un hombre desventurado. Su madre, aunque de edad avanzada, vive aún y goza de buena salud. Jamás he abandonado ni hecho abandonar hijo alguno en la puerta de un hospital o en otra parte. Una persona caritativa como la descripta habría tenido también la caridad de guardar el secreto. Se comprenderá que no es en Ginebra, donde nunca he vivido, y donde tanta animosidad contra mí prevalece, donde puede obtenerse una información verdadera acerca de mi vida privada. A este respecto *quiero tan sólo decir que, lejos de asesino, habría preferido más ser el culpable de lo que el autor me acusa que de haberlo escrito.*

En verdad poco hay para elegir entre los crímenes de Voltaire y los de Rousseau. Pero hay una mentira indirecta (aparte de la refutación honrada de la calumnia palpable) en la afirmación de que jamás había *abandonado* o *hecho abandonar* a sus hijos en la *puerta* de un hospital... porque sencillamente había renunciado a ellos, entregándolos directamente a la inclusa.

La idea de escribir sus Memorias le atraía cada vez más en los años recientes. Las cartas autobiográficas a Malesherbes de principios de 1762 y un fragmento titulado *Mi Retrato,* habían sido el comienzo de tal esfuerzo. Su librero, Marcos Miguel Rey, urgíale entonces insistentemente a que emplease sus ocios en Suiza a esa finalidad. Impeli-

do por la necesidad, ya que su pequeño capital de 10.000 francos, en las condiciones de vida más difíciles, disminuía gradualmente, había trabajado con intensidad en su *Diccionario de la Música,* que debía aparecer en 1768 y proporcionarle una pensión vitalicia de 300 francos anuales. Empero, la sola necesidad no le habría impulsado a escribir su autobiografía; lo que le indujo a ello fué una combinación de acontecimientos ocurridos en 1764 y 1765, su creciente convicción de la existencia de una conspiración secreta e impía contra su nombre, su honor, su vida misma.

Fué en Motiers donde, algunos meses después de su llegada, examinó papeles privados que le habían sido enviados por el duque de Luxemburgo. Al transcribir las cartas que podrían guiar su memoria halló una inexplicable laguna en el grupo de cartas intercambiadas con Diderot, Deleyre, la señora d'Epinay y la señora de Chenonceaux, en su mayor parte relativas a su primera reyerta con Diderot y escritas en el *Ermitage* entre octubre de 1756 y marzo de 1757. Estaba convencido de que d'Alembert, que iba con frecuencia a la casa de los Luxemburgo en París, había aprovechado la oportunidad de llevarle las cartas que incriminaban a sus amigos(6).

Temía la señora d'Epinay, ciertamente, a lo que podía Rousseau decir de su vida privada. Y en Ginebra, los Tronchin, que detestándolo por demagogo y sedicioso anhelaban ver aplastado a Juan Jacobo, habían estado consumando con la señora d'Epinay una vieja intriga, cuyos resultados pronto aparecerán. En su melancólica agitación sólo percibía Rousseau el silencio, "el horrible silencio" que rodeaba las operaciones de sus enemigos.

A Duclos, uno de los pocos escritores de París con quienes hallábase aún en términos amigables, informó Juan Jacobo el 13 de enero de 1765 que estaba ocupado en escribir sus memorias, que permanecerían inéditas hasta después de su muerte. Con gran amargura hace referencia al libelo *Sentimiento de los Ciudadanos,* declarando que sus antiguos amigos le prestaron armas en su empresa de expresar su vida entera y todas sus relaciones. Estaba, pues, convencido de que era la señora de Epinay quien había provisto a sus enemigos de Ginebra materiales para la calumnia, lo que le liberaba de todos sus escrúpulos respecto a ella y su cortejo: Grimm y Diderot.

El cielo me preserve de imitarla, ¡aún en mi propia defensa! Pero, sin revelar secretos que me ha confiado, he sabido bastante de otras fuentes para divulgar que... en lo que me concierne... tengo mucho que decir y *lo diré todo.* No omitiré una sola de mis faltas, ni siquiera mis pensamientos perversos. *Me pintaré tal cual soy...*

Querido amigo: mi corazón está oprimido, hinchados de lágrimas mis ojos; jamás ser humano alguno ha experimentado tantos males juntos. Guardo silencio, sufro y me sofoco.

(6) Muy pocas de las respuestas de Diderot o de las largas cartas de J. J. en ese lapso turbulento existen aún. ¿Debe atribuirse la laguna meramente a su negligencia habitual? ¿Se trata esta vez de un hecho intencional?...

Podemos tener la certeza de que Duclos, el de la voz atronadora, cuchicheó por todo París la noticia de las futuras "revelaciones" de Juan Jacobo.

La introducción de *Las Confesiones* fué escrita sin duda entre fines de diciembre de 1764 y mediados de enero de 1765. Tiene el mismo tono de la carta a Duclos: "He aquí el retrato de un hombre pintado por la Naturaleza y en toda su verdad."

Inconscientemente, Voltaire, más que ninguno, estimuló con su golpe diabólico las inmortales *Confesiones.* De modo que la causa de una de las más grandes autobiografías que se hayan escrito jamás fué la infidencia de ciertos "enemigos" en París o Ginebra, a quienes el mundo ha olvidado en su mayoría.

En París, el grupo de los enciclopedistas o "conspiradores" y sus amigos, fueron entonces aguijoneados a la actividad real y abandonaron su táctica de meras insinuaciones. No cabe duda de que, desde 1765 sabiendo que planeaba Rousseau sus ataques contra ellos, ocupáronse sus viejos amigos, por su parte, en las *Memorias* a la señora d'Epinay, compuestas en gran parte por Diderot y Grimm (como lo ha demostrado la señora F. MacDonald), y que sirvieron durante el siglo XX como documento a través del cual era Rousseau refutado y revelado por sus contemporáneos. Mucho de la leyenda de la "perfidia" y de la "ingratitud" del filósofo se ha fundado en las *Memorias* de la señora d'Epinay, ciertamente fabricadas por Diderot. Sin embargo, puede decirse también que, en virtud de la violencia que se esperaba de él, el trágico Juan Jacobo instigó gran parte de su difamación y, como siempre, intensificó así sus infortunios. La verdadera conspiración calumniosa, por parte de Diderot, Grimm y la señora d'Epinay, debió haber comenzado (como correctamente juzgan Emilio Faguet y Eduardo Rod) *después* de 1765, y no antes, como la señora MacDonald nos induce a creer.

Las "confesiones" de aquéllos, so capa de escritos privados de la señora d'Epinay sobre su tiempo, se harían también famosas después de la muerte de todos ellos y serían un instrumento de autodefensa y desagravio contra la elocuencia peligrosa de Rousseau.

Que ya en 1766 conocían los planes de éste podemos inferirlo del sarcasmo con que Grimm se refiere a ellos en la secreta *Correspondance Littéraire*: "Mucha gente honrada será calumniada", decía. Y Diderot, en el mismo órgano, reprochaba a Rousseau el incitar a los ciudadanos de su ciudad natal a una lucha civil que podría "ensangrentar las calles, los templos y los mercados"...

En Motiers, la violencia y la furia de sus enemigos no le dejaban un momento de sosiego. Había esperado terminar allí en paz el resto de sus días —según le manifestó a Keith—, pero presentía que ello no sería posible. "Estoy muy cerca de Ginebra y de Berna. Debo, pues, marcharme a pesar de mi enfermedad y mi cansancio."

Había tumultos en las ciudades suizas, donde sus *Cartas de la Montaña* eran denunciadas y quemadas públicamente. Pero contaba aún con la protección de Federico. "Mi cuerpo está aquí seguro —expresó a otro amigo—, pero mi alma se halla harto agitada. Me agradaría encontrar algún asilo donde poder, al menos, terminar mis días en paz."

Pero volvió a estallar la guerra en el cantón de Neuchâtel. Incuestionablemente, el escándalo difundido por Voltaire había producido un efecto poderoso en el público local, que estaba a la sazón dispuesto a creer al exilado un libertino y un herético inhumano. La venerable clase de los pastores se puso en movimiento para excomulgarle. Presionó a Montmollin, el predicador de la aldea, para que rechazara la sagrada comunión de Rousseau; y el mismo que ayer había considerado justo admitirlo en su Iglesia, aconsejaba hoy su alejamiento de ella al importuno feligrés. Insistió Rousseau en sus derechos a la comunión, a menos que fuese expulsado por el Consistorio; pero era éste en la feligresía local un mero cuerpo de campesinos. Se le citó a comparecer a un interrogatorio el 28 de marzo de 1765. Sintiéndose demasiado débil y excitable para dirigirles la palabra en persona, escribió una vigorosa carta vindicatoria que les envió ese mismo día, pero que fué perfectamente inútil. En tal circunstancia el Consejo de Neuchâtel, que gobernaba bajo las órdenes de Berlín, entró a apaciguar a los exaltados y ordenó al clero dejar en paz a Rousseau.

En esta calma momentánea ocupábase en el primer libro de *Las Confesiones* y mostraba a veces, respecto a sus perseguidores o partidarios, una indiferencia rayana en la alegría.

En vano los "rebeldes" de Ginebra escribían alegatos en su defensa. Cansado de luchar, sospechando que algunos de los líderes hacían de su caso un negocio político, resolvió abandonar la campaña. Decía que de mala gana —a requerimiento reiterado de aquéllos— había escrito su último trabajo: *Las Cartas de la Montaña;* pero ahora, que ya había sido publicado y quemado, que se le denunciaba dondequiera, sentía que había hecho demasiado y sólo anhelaba el olvido.

Hubo otro momento en que reveló a una tierna corresponsal su abatimiento ante la terrible idea de que no había para él sosiego en parte alguna de la tierra y de que únicamente debía buscarlo en el infierno.

> Respeto su debilidad, mi querido Juan Jacobo (le escribió bellamente, desde París, su Julia) *pero no puedo comprenderla...* ¿Qué clase de bienvenida creía usted que los hombres darían a quien condenase sus costumbres con su ejemplo e hiriese sus prejuicios con su pluma?

Pero el cura hipócrita de la iglesia de Motiers —con más entusiasmo que los demás fanáticos juntos— tronaba a la sazón contra Rousseau desde su púlpito ante una multitud de campesinos supersticiosos. La estancia en el valle que tanto había amado, tornábase cada vez menos factible. Su extraño traje le hacía inconfundible, de suerte que durante sus paseos por el campo o las calles de la aldea era objeto de insultos y amenazas. Silbado, maldecido, amenazado con armas, se manejaba como de costumbre. Pero el aire de hostilidad con que tropezaba entonces por doquier bastó para deprimir intolerablemente su ánimo. A tal punto que, pese a la protección de los funcionarios del cantón, de Lord Mariscal y de Federico, que se enteró con indignación de que Voltaire se vanagloriaba de su intención de ahuyentar a Rousseau de su provincia, comenzó el desdichado a buscar un nuevo hogar.

Tomó al fin en consideración los otros lugares seguros adonde le habían aconsejado dirigirse; y a la señora de Verdelin, su leal amiga, que le escribió que esperaba viajar desde París a Suiza para verle, le contestó que admitía al cabo la posibilidad de ir a Inglaterra, tal como desde hacía tiempo venía ella recomendándoselo con ahinco. Pero, ¿cómo atravesar Francia u Holanda, países donde sus libros y su persona habían sido condenados? Además, apiadábase de Teresa, que podía quedar sola o ser completamente desdichada si le seguía en sus viajes predestinados a tierras extranjeras donde se hablaban idiomas desconocidos.

En una de sus excursiones con sus amigos por las afueras de la ciudad de Neuchâtel había dado con el encantador lago de Bienne y visitado la pequeña isla de San Pedro, circundada por aquél. El lugar habíale seducido, por lo que hizo de pronto súbitos preparativos para instalarse, en caso de peligro, en ese bello y apartado lugar.

La señora de Verdelin, que llegó finalmente acompañada de su hija el 1º de septiembre de 1765, es también un testigo ocular de la situación. Alojada como huésped en la casa de Rousseau, pudo observar el curso de los acontecimientos y las persecuciones e insultos de que era objeto el maestro. ¿Tendía Rousseau, con su manía intensificada por la angustia real, a exagerar las dificultades que se le presentaban? ¿Le odiaban en verdad los campesinos locales? ¿O aborrecían, en su mayoría, a Teresa? Sabemos que ciertos investigadores modernos, el excelente Ritter entre ellos, procuraron disculpar a Teresa Levasseur de los viejos cargos del siglo en contra suyo; pero, pese a su lealtad, ¿cómo ignorar los muchos ejemplos de desastres que parece haber engendrado con su indiscutible estupidez? Existen, además de los recuerdos de Boswell, recientemente descubiertos, los del conde d'Escherny, también testigo ocular, quien nos dice que la compañera de Rousseau se hacía detestar por su "violencia y su mala lengua". Hasta se ha sostenido que, deseando irse de Motiers, es posible que haya instigado los trastornos. Finalmente, la perspicaz señora de Verdelin parece haberse llevado consigo el recuerdo de los modales pendencieros y vejatorios de Teresa, pues en tres ocasiones hizo llegar a la concubina de Rousseau advertencias, muy agradablemente expresadas, en el sentido de *cuidarse de su lengua.* Tenía la astucia del típico campesino torpe que puede originar trastornos voluntaria o involuntaria-

mente en infinidad de maneras. Era un peligro más, siempre presente, que se agregaba a los ya manifiestos que le acosaban.

La mañana del 1º de septiembre pronunció el cura Montmollin en la iglesia de Motiers un sermón extraordinariamente violento contra el autor del *Emilio*. ¡Al traste con su nueva amistad! La pequeña grey cristiana se enardeció.

Y al promediar la noche siguiente, una lluvia de piedras sacudió las ventanas de la casa de Rousseau e hizo que él y sus huéspedes se despertaran sobresaltados. Con todo, permaneció tranquilo por la mañana respecto a este primer disturbio (que él solo recuerda) y decidió mantenerse firme. Dos días después, el 3 de septiembre, la señora de Verdelin, que no comenta el incidente, se marchaba de la aldea.

El 6 de septiembre de 1765, la noche de la "feria de Motiers", volvió a estallar una vez más la violencia, en forma ahora de bombardeo más pesado.

Dormían Juan Jacobo y Teresa cuando de súbito, a medianoche, una pedrea sacudió los cristales de la ventana, y una piedra grande, que destrozó estrepitosamente la ventana del dormitorio del filósofo, cayó junto a la cama. Otros guijarros y garrotes, esgrimidos en la oscuridad, forzaron las puertas. Despertóse Rousseau y corrió a la cocina, ubicada en la parte posterior de la casa, donde halló a Teresa histérica de terror. El perro ladraba furiosamente. En la oscuridad, contra una pared más alejada, se guarecieron hasta que volvió a reinar el silencio. En el ínterin, una criada que se alojaba en el piso alto corrió a llamar al *châtelain* y a los guardias (7).

La investigación formal realizada la mañana siguiente, la evidencia de los destrozos causados a la propiedad, los serios esfuerzos de los funcionarios del rey para dar con los asaltantes nocturnos, sólo dieron por resultado la certidumbre del apedreamiento de Rousseau por una turba de campesinos exaltados.

Atribuyóse la culpa a las fulminaciones del cura Montmollin, y por orden del rey Federico llególe una severa censura del Consejo de Estado de Neuchâtel, que no tenía allí autoridad eclesiástica. Pero hasta los reyes tiemblan ante la insurrección del populacho supersticioso, e indudablemente lamentábase algo Federico de la presencia de Rousseau en sus dominios. Se esparcieron guardias en la casa del exilado. Pero él, fuera de sí, en movimiento frenético, huyó el domingo 8 de septiembre de 1765 a buscar asilo en la bella y solitaria isla de San Pedro, situada a una distancia de veinte millas.

(7) En su *Correspondance*, Vol. XIV, 1930, publica Dufour los informes oficiales del incidente.

9

La diminuta y verdosa isla, que tenía apenas un perímetro de milla y media, estaba cubierta de campos cultivados, huertos, praderas, bosques y viñedos y producía todos los productos necesarios a la vida. Tenía colinas en miniatura, vallejuelos de la mayor variedad y un elevado terraplén sobre el Oeste desde donde veíanse las aldeas de la parte más baja del lago de Bienne y, a la distancia, los gigantescos picos nevados de los Alpes berneses. Tal escenario, silencioso y solitario, era lo que Rousseau anhelaba con vehemencia.

El único inconveniente de este asilo ideal era el de hallarse bajo el dominio de Berna, ciudad que tres años atrás había expulsado vergonzosamente al filósofo. Pero los amigos de Rousseau, Lord Mariscal Keith y Dupeyrou, habían hecho previamente sondeos extraoficiales tendientes a procurar que no se le molestase. Pudo haber ido a otras partes: a Potsdam, adonde invitábale entonces Federico, o a Sajonia Gotha, donde cuya duquesa le suplicaba dirigirse; pero a causa de su salud y de su "inclinación a la soledad y a la pereza", y a fin de estar más separado de los hombres y al abrigo de sus ultrajes y, sobre todo, para ser olvidado por ellos y poder así entregarse a las dulzuras de la ociosidad y de la vida contemplativa, había buscado refugio allí. Estaba en manos de sus perseguidores que, si lo deseaban, podían confinarlo en esa isla. Todo lo que anhelaba a la sazón era no ser más trasladado de un lado a otro, tener una residencia fija y tranquila y embotar, soñando, su dolor.

Sus asuntos se arreglaron. El plan de publicar en Neuchâtel una edición completa de sus obras, organizado en 1764, que había quedado momentáneamente en suspenso en virtud de los nuevos trastornos locales, fué nuevamente emprendido por el adicto Dupeyrou, quien confirió en cambio a Rousseau una modesta pensión vitalicia y se convirtió en su albacea literario. Contaba además con la pensión anual de Keith a Teresa, que había aceptado, y la proveniente de los libreros de Francia y Holanda. Poseía, pues, lo suficiente para vivir sin preocupaciones. "Me despedía en cierto modo de mi siglo y de mis contemporáneos, confinándome en esta isla por el resto de mis días."

El intervalo de sosiego casi mágico en la isla de San Pedro dejó una impresión profunda y dichosa en su espíritu. Fué como la visita a una región de hechizo sobrenatural después de tantos años de actividad y tormento; fué la anhelada "evasión" a un paraje encantado, silencioso, después de la odiosa intrusión del clamoroso mundo.

Había en la isla un solo edificio, donde él y sus bienes fueron amablemente recibidos por el recaudador y los pocos trabajadores que cultivaban la tierra. Su estancia en ella y su modo de vida dieron lugar a algunos de los pasajes descriptivos más hermosos de *Las Confesiones*, y a las reflexiones filosóficas del libro quinto de las *Rêveries*, que complementan las otras reminiscencias.

Habiendo huído de la edad de los proyectos novelescos, y habiéndome aturdido más bien que halagado el humo de la gloria vana, por última esperanza no me queda más que la de vivir sin sujeciones, en una calma eterna. Esta es la vida de los bienaventurados en la celeste morada, y en ella consistiría en adelante mi felicidad (8).

En lugar de aquellas fastidiosas pilas y resmas de viejos papeles llenaba mi cuarto con flores y hierbas, pues hallábame a la sazón en mi primer fervor por la botánica. Habiendo renunciado a una ocupación, necesitaba otra que fuese, al menos, un entretenimiento y no me causase más incomodidades que las que un holgazán puede escoger... Todas las mañanas, después del desayuno, solía ir a visitar alguna región de la isla con un vidrio de aumento y mi *Sistema Naturae* debajo del brazo. Al cabo de dos o tres horas volvía con una amplia cosecha, suficiente para distraerme después del almuerzo en los días de lluvia...

Cuando el tiempo bueno me invitaba a salir, no podía aguardar y me precipitaba a un bote que utilizaba cuando el agua estaba bastante mansa, y llegaba remando hasta el medio del lago. Allí, completamente estirado en el fondo del bote, mirando el cielo, me dejaba mecer de aquí acullá a merced del agua, a veces durante horas enteras, sumergido en un millar de meditaciones, las que, si bien carecían de objeto fijo o constante, no dejaban de serme por lo mismo cien veces más queridas que los placeres más dulces de la vida que había conocido. Advertido a menudo por la puesta del sol de la hora del regreso, hallábame tan lejos de la isla que veíame obligado a remar con todas mis fuerzas para llegar antes de que la oscuridad fuese completa. Otras veces, en lugar de perderme en medio del agua, ocurríaseme costear las verdes orillas, donde el agua cristalina y las frescas sombras tentábanme a bañarme...

Al caer la tarde solía descender del alto terraplén y sentarme en la playa, al borde del agua, en algún paraje oculto y protector. Allí el murmullo de las olas y su agitación hechizaban mis sentidos, ahuyentaban todo otro movimiento de mi alma y me sumergían en deliciosos ensueños, estado en que a menudo sorprendíame la noche. El vaivén del agua, sus intermitentes embravecimientos y sosiegos, herían mis ojos y oídos, provocando estados anímicos que extinguían mis meditaciones y bastaban para deleitarme con la mera existencia, sin tomarme la molestia de pensar. De vez en cuando surgía un pensamiento pasajero sobre la inestabilidad de las cosas del mundo, del cual ofrecía la superficie del agua una imagen; pero tales impresiones se esfumaban rápidamente en la uniformidad del movimiento incesante que me mecía como en una cuna y me retenía con tal fascinación que cuando me llamaban a la hora y por la señal convenida no podía arrancarme del lugar sino mediante un esfuerzo volitivo supremo (9).

A menudo, dejando mi bote a merced del viento y del agua, me abandonaba a meditaciones sin objeto... A veces exclamaba: "¡Oh Naturaleza, oh madre mía! Heme aquí bajo tu sola custodia; aquí no hay ningún hombre sagaz y trapacero que se interponga entre tú y yo" (10).

Todo es en la tierra un continuo fluir. Nada conserva una forma constante y determinada; nuestras afecciones, que nos atan a las cosas externas, cambian incesantemente y pasan, como éstas. Siempre delante o detrás de nosotros, recuerdan un pasado que ya no existe o anticipan un futuro que, en muchos casos, está destinado a no ser jamás. Nada consistente hay donde pueda el corazón fijarse. Poco más que un placer transitorio nos es dable gozar aquí abajo. En cuanto a la dicha perdurable no podría afirmar que se la conoce. En medio de nuestros encantadores deleites difícilmente existe un momento en que pueda el corazón expresar con genuina verdad: *quisiera que este instante durase eternamente.* ¿Y cómo dar el nombre de felicidad a un estado fugaz que, sin embargo, deja el corazón desasosegado y vacío, que nos hace lamentar algo ido y anhelar, no obstante, algo por venir?

(8) *Las Confesiones.* Libro XII.
(9) *Rêveries,* Libro V.
(10) *Las Confesiones.* Libro XII.

Pero si existe un estado en que el alma halla una posición lo bastante sólida como para vivir en perfecto reposo y con la expansión de todas sus facultades, sin necesidad de recordar el pasado o embestir el futuro; en que el tiempo carece de toda significación y el presente no tiene fin; un estado sin límite de duración y sin registro de sucesión, sin sensación alguna de privación o de deleite, de placer o de dolor, de deseo o de aprensión y con esta única sensación de la existencia — y mientras tal estado perdure— puede el que se encuentra en él hablar de la bienaventuranza no como de algo mezquino, relativo e imperfecto, sino como de una dicha plena, perfecta, que todo lo satisface y no deja en el alma vacíos conscientes. Tal estado fué el mío por muchos días durante mis meditaciones solitarias en la isla de San Pedro...

Debe el corazón estar en paz y ninguna pasión perturbar su calma. No debe haber en los objetos que nos rodean ni reposo absoluto ni exceso de actividad, sino un movimiento moderado, sin sacudidas ni intervalos... Esta especie de meditación podemos gustarla siempre que haya tranquilidad, y he pensado a menudo que en la Bastilla, y hasta en un calabozo, donde ningún objeto hiriese mi vista, podría yo haber pasado en la inactividad los días más placenteros.

Pero todo esto me llegó mejor y más fácilmente en una fértil y solitaria isla, naturalmente limitada, donde nada recordaba o se me mostraba, excepto paisajes sonrientes, donde nada me despertaba tristes memorias, donde la confraternidad de sus pocos habitantes era apacible y obsequiosa, sin llegar al extremo de obligarme a una ocupación perenne, donde, en fin, tenía la libertad de entregarme el día entero a los impulsos de mi gusto o a la más exhuberante indolencia... Al salir de un largo y dulce acceso contemplativo, viéndome rodeado de verdura, flores y pájaros, dejaba vagar mis ojos por las costas románticas que orlaban una amplia extensión de agua cristalina y adaptaba todos estos objetos atractivos a mis ensueños; y cuando volvía en mí y a cuanto me rodeaba no podía señalar el punto que separaba el ensueño de la realidad, y de este modo uníanse igualmente todas las cosas para hacerme amar la vida solitaria y retirada que llevaba en ese feliz lugar!

¿Por qué no puede reflorecer esa vida para mí? ¿Por qué no puedo ir a terminar mis días en la isla amada, sin salir jamás de ella, sin volver a ver nunca un solo morador del continente que me traiga el recuerdo de las calamidades de toda suerte que se complacieron en acumular sobre mi cabeza durante estos largos años?... Libre de las pasiones terrenas engendradas por el tumulto de la vida social, muchas veces se elevaría mi alma sobre esta atmósfera y entraría en contacto con las inteligencias celestiales a cuyo número confío será conducida dentro de poco (11).

La vida idílica, tan vívidamente descripta por Rousseau para la posteridad que aparece viviendo una novela mucho más imaginaria que la de los personajes ficticios de su *La Nueva Eloísa,* fué terminada en seis semanas apenas. Tan apasionadamente deseaba terminar sus días en la isla que temía, sobre todo, un nuevo destierro.

¡Cuán precaria era allí su situación! En los espléndidos días otoñales había comenzado ya a trabajar nuevamente en la primera parte

(11) *Rêveries.*

de *Las Confesiones* y en un plan para la *Constitución de Córcega*, cuando el servicial bailío le trajo del Consejo de Berna la orden de su expulsión.

Se le concedió un plazo de dos semanas. En su desesperación, formuló por toda respuesta la más singular y enternecedora instancia que proscripto alguno haya hecho jamás a sus tiranos.

No veo más que un recurso para mí (escribió a las autoridades el 20 de octubre de 1765) *y por espantoso que parezca, lo adoptaré no sólo sin repugnancia sino con avidez, si sus Excelencias tienen la bondad de dar su consentimiento. Y es que les plazca hacerme pasar el resto de mis días en prisión, en uno de sus castillos o algún otro lugar de cautiverio en sus Estados que estimen conveniente escoger.*

Prometía vivir allí a su propia costa, estar sin papel, ni pluma, ni comunicación del exterior, y pedía que le dejaran únicamente unos pocos libros y la libertad de pasear ocasionalmente por el jardín (!).

No puedo suponer (concluye) *que expediente en apariencia tan violento sea producto de la desesperación. Mi mente se halla perfectamnte tranquila en este momento; he tenido tiempo para pensarlo y he adoptado esta resolución después de reflexionarlo profundamente.*

Si se considera esta decisión extraordinaria, más aún lo es mi situación. La perturbada vida que he debido vivir durante varios años sería terrible para un hombre que gozara de buena salud; juzguen cómo habrá sido para un miserable inválido consumido por el cansancio y la desventura y que no anhela ahora más que morir en paz.

La única respuesta de sus Majestades de Berna fué la orden de que Rousseau abandonase su territorio el domingo siguiente, 26 de octubre.

Pensó huir a través de los Alpes hacia Córcega, cuyos compatriotas esperaban su llegada, pero enteróse en ese momento de que la isla estaba siendo invadida por Francia. Viejos amigos le ofrecieron asilo en Normandía, Lorena, Inglaterra, Escocia, Alemania, pero la acariciada esperanza de reposo había muerto en el alma del perseguido.

Cuando se adelantaba en busca de una nueva residencia dejaba siempre a Teresa con sus bienes hasta que podía comunicarle que la había encontrado. Hizo una larga pausa en la vecina ciudad de Bienne, adonde habíasele invitado y, viendo que tampoco allí era bien recibido, envió noticias contradictorias de su paradero; escribió a un amigo que se hallaba camino a Londres, vía Holanda, a fin de aceptar la protección de Hume; a otro, que se dirigiría durante el invierno a Potsdam para arrojarse a los pies de Federico; de suerte que nada se sabía en verdad dónde habíase ocultado. Pasó furtivamente por Basle, sobre la carretera a Estrasburgo, como quien no sabe dónde va. Inútilmente buscó un amigo en la ciudad. Es una leyenda de Basle que sobre la mesa de una taberna dejó una nota sin destinatario:

J. J. Rousseau, proscripto, errante, enfermo.

CAPÍTULO XVIII

INGLATERRA: HUYE DE LOS FANTASMAS

La mente del errante que en el otoño de 1765 huía por los caminos de Europa se oscurece constantemente bajo la presión combinada de las persecuciones reales y las angustias que eran consecuencias automáticas de su propia neurosis. Los síntomas de locura parcial que, como dijimos, le dañaba más que nada, se habían ya hecho perceptibles en la crisis de seis años antes en Montmorency, cuando en una explosión de megalomanía y paranoia había roto con todos sus amigos. Tiempo después, como en un desencadenamiento de frenéticas energías, había completado, en poco más de tres años, sus famosos tratados sobre política y educación, resultantes no de un genio maligno, desequilibrado, sino creados bajo condiciones más dichosas, mediante todas sus facultades sanas, vigorosas, objetivas y clarovidentes. En los años fantásticos que siguieron a su fuga de Suiza, etapa de tormento y de locura, con la paranoia muy "activa", iba a producir sus más bellas páginas: *Las Confesiones* y *Rêveries*, las cartas a Mirabeau y Saint-Germain. Hallamos aquí rastros de clara locura, cuando sus excelentes facultades de expresión son constantemente llamadas a pintar las alucinaciones del "uno contra todos", de la intriga sombría, de espías y perseguidores malevolentes. Pero intermitentemente también las obras de este período están llenas de grandes chispazos y escritas en un estilo en que más bien que las figuras de un romanticismo excesivo o artificial campea el sentimiento directo y la energía. Pasajes de sabiduría honda, tranquila, de hermosa resignación, se confunden con la evocación de pesadillas, y aún puede decirse que hasta en la odiosa confusión la sabiduría y la serenidad emergen y dominan al fin.

A la verdad, la huída, la salvación, que es el drama de la oscura fase última de Rousseau, representa una conquista sobre su propia manía —"apaciguamiento" diría un alienista— una separación final, pura, del yo del mundo, por uno que se sumerge totalmente en su vida interior. El arte de estos últimos trabajos, que no se debe a la enfermedad de Rousseau sino a su talento, pese a la manía, iguala y aseméjase al de las producciones del genio infinitamente cuerdo.

Oscila de pronto de la ira al pánico: "En el abismo en que me hallo sumergido, siento únicamente el impacto de los golpes. Veo el instrumento inmediato, pero no la mano que los dirige ni los medios empleados. Vergüenza y miseria caen sobre mí como de consuno." Se adelanta ahora desamparado, inevitablemente, como suponía, hacia los nuevos desastres que le acechaban en cada parada. En cambio, contrastes extremos de fortuna le dan la bienvenida.

Gran parte de la Europa civilizada había estado siguiendo con la mayor compasión el destino heroico y lastimoso de este hombre. No nos maravilla tanto el puñado de enemigos o de rivales de Rousseau, o la oposición lógicamente encontrada, como los discípulos y los partidarios que permanecieron con él hasta que literalmente los echó pronto de su lado. Detenido en Estrasburgo para tomarse un descanso necesario, pronto fué descubierto por los ciudadanos de la capital provincial.

Una tremenda e inesperada ovación se tributó al filósofo exilado. El gobernador general, De Contades, todos los nobles y burgueses dirigentes de la ciudad le prodigaron atenciones y bondades. Se abrieron las carteras, se celebraron banquetes. Una semana después de su llegada, el 10 de noviembre de 1765, fué resucitada y representada en su honor su ópera *El adivino de la aldea;* hasta su muy olvidada comedia *Narciso* fué exhumada por los estrasburgueses; de modo que, en lugar de soportar la fría incomodidad de la persecución, sufrió a veces de indigestión y de excesiva idolatría. Los favores con que fué abrumado por quienes podían otorgarlos no hacían más que evidenciar la popularidad internacional que había despertado y que abarcaba tanto a su persona como a sus ideas, en el momento que abandonó las montañas del pendenciero, cuellierguido ortodoxo.

En Estrasburgo pronto tuvo noticias de las activas damas de París, cuyos corazones leales siempre sangraban por él. Admitía ahora haber abandonado su intención primera de unirse al mariscal Keith en Potsdam. No podía ir "más a Berlín que a China". La señora de Verdelin y la señora de Boufflers recomendábanle persistentemente dirigirse a Inglaterra y aceptar la protección de David Hume. También Keith le instaba a dar ese paso. Unicamente en Inglaterra encontraría, como tantos otros viajeros angustiados, discreción y libertad. Previnole la señora de Verdelin contra los *savants* que habitaban en Berlín. "¡Cuán poco —exclamaba— se parecían a Hume! Imagínese la jovialidad francesa, el buen sentido inglés y la franqueza perfecta. En verdad sólo hallo en el continente dignos de comparársele a unos pocos personajes felices a quienes, como a usted, la sociedad no ha echado a perder todavía" (!) En el momento de la huída de Rousseau de Francia —1762—, Hume había escrito:

> No hay un hombre en Europa... a quien más me halagaría prestar un servicio. Como su reputación está firmemente establecida en Inglaterra, no me cabe duda de que todo el mundo atestiguaría en toda forma posible el respeto que por él se siente. Admiro la grandeza de alma que le lleva a rehusar obligaciones y dependencias... Pronto Francia lamentará la pérdida de tan grande hombre.

Conferenció a la sazón con los amigos de Rousseau, dispuesto a obrar, influenciado por la extraordinaria admiración que el autor del *Emilio* le había inspirado. Prometió buscar un retiro para Rousseau en las afueras de Londres. Tenía uno en vista en el bosque Richmond, cerca de la heredad de Walpole y discutió todos los detalles posibles del plan con las señoras de Verdelin y de Boufflers.

Mucho había hablado Keith a Rousseau, en Suiza, del "buen David". Las palabras del filósofo escocés —como escribió a sus amigos— mucho le habían consolado de las injusticias sufridas en manos de sus contemporáneos. Notificó entonces a Hume, directamente, desde Estrasburgo, el 4 de diciembre de 1765:

> Su benevolencia, señor, me llena de gratitud tanto como me honra. La respuesta más apropiada que puedo dar a sus ofrecimientos es aceptarlos; y así lo hago. Dentro de cinco o seis días partiré de aquí con la intención de arrojarme a sus brazos. Es lo que me aconseja Lord Mariscal Keith, mi protector, amigo y padre; y también la señora de Verdelín, cuya esclarecida bondad me consuela y guía. Puedo agregar que sigo también los consejos de mi corazón, que se complace en deber tanto al más ilustre de mis contemporáneos, cuya bondad eclipsa hasta su fama. Sólo una cosa anhelo: un retiro libre y solitario para disfrutar allí mis días en paz. Si su generosa preocupación puede asegurármelo, gozaré al mismo tiempo la única merced que humilde y vehementemente pido y la felicidad de debérsela a usted. Lo saludo, señor, de todo corazón.

Todo cuanto había oído de Hume le agradaba. Pero es notable que en su predicamento pusiese toda su confianza en un hombre a quien, en realidad, no conocía. Obtenidos sus pasaportes, se puso inmediatamente en marcha para encontrarse con Hume en París.

2

Había pensado pasar apenas unas horas o algunos días en París, de paso para Inglaterra, sin despertar mucha excitación. El 16 de diciembre llegó de incógnito a la casa de la señora Duchesne, viuda de su editor, que residía en la calle Saint-Jacques. Pero una ola de entusiasmo sacudió a los parisienses y se manifestó en un estallido desenfrenado de adulación popular, como el que saludó el regreso de Voltaire doce años después.

Pronto el príncipe de Conti le persuadió a permanecer en el Hotel Saint-Simon, en la sombría fortaleza del Temple, lugar de seguridad legal. Allí, en su elegante departamento, vióse obligado a recibir todos los días a una multitud de personas de toda categoría. "El príncipe de Conti —escribió a Malesherbes— me honró en París con una bienvenida más de acuerdo con sus sentimientos generosos que con mi situación. Me presté a sus deseos como un deber, pero con repugnancia, previendo que mis enemigos me harían pagar caro este honor."

Todo el mundo social e intelectual se congregaba en las recepciones que estaba obligado a celebrar todas las mañanas entre las nueve y las doce, y desde las tres a las seis de la tarde.

A un amigo (De Luze) le escribió: "Heme aquí en el Hotel Saint-Simon como Sancho en la ínsula de Barataria, exhibiéndome todo el santo día. Desde que me despierto hasta que me voy a acostar tengo

visitantes de todas las clases. Me veo obligado hasta a vestirme en público. ¡En mi vida he sufrido tanto!" Hay una leyenda surgida de una referencia de Voltaire —que estaba muy celoso por el acontecimiento— en la que se afirmaba que las gentes de París pagaban un franco por persona a los ganapanes para que las sostuviesen de pie en sus espaldas a fin de ver al grande hombre cuando salía de su departamento.

La ovación tributada a su protegido deslumbró a Hume, que comenta: "De todos los escritores que hay o hubieron en Europa, es Rousseau quien ha conquistado los admiradores más entusiastas y apasionados. He visto en París muchas escenas como ésta." Posteriormente, informó a sus amigos en Inglaterra: "Puede la gente hablar como le plazca de los antiguos griegos, pero jamás Nación alguna se enorgulleció tanto del genio como ésta y ninguna persona atrajo tanto su atención como Rousseau. Voltaire y todos los demás fueron completamente eclipsados por él." ¡Sombrío y "perseguido" Rousseau! Al estudiar sus perturbaciones debemos recordar cuánta baraúnda hizo alrededor de él la época... Según el campo opositor de d'Alembert, de Holbach y Grimm, Rousseau, pese a sus quejas, amaba en verdad la agitación que su presencia provocaba; y cuando no había conmoción "procuraba que la hubiera". Declaró Grimm que el asunto Motiers-Travers fué tan sólo "cuestión de algunos guijarros arrojados por campesinos ebrios". Pensaba que era sorprendente que se permitiera al filósofo sedicioso pavonearse por las calles de París con su traje de armenio, "para llamar la atención", cuando pendía sobre él una orden de arresto. La camarilla de enciclopedistas que se reunía en las comidas de Holbach o en los salones de la señora Geoffrin y de la señorita de l'Espinasse consideraba burlonamente el alboroto producido alrededor de Juan Jacobo. Prepararon entonces un golpe contra él, una divertida trampa, sin duda, a expensas de una gran celebridad. Habría sido mejor que hubiesen reflexionado un poco acerca de la naturaleza mórbida de su víctima y de las posibles consecuencias fatales de tal actitud...

Rousseau no se exponía "en traje forastero". Durante esta quincena, una vez difundido el rumor de su estada en la ciudad, empleó sus días enteramente en salutaciones y recepciones de viejos amigos y nuevos admiradores.

A la sazón, Julia (la señora de la Tour de Francqueville), la dulce compañera de su aventura epistolar, a quien no conocía personalmente, le asediaba. El 21 de diciembre de 1765 envióle un mensaje espectante. "Dícese por todas partes que se halla usted en París. Si esto es verdad, ¿por qué lo ignoro *yo*?... Usted se ha olvidado." Pocos días después procuró nuevamente llegar hasta él mediante la duquesa de Luxemburgo, que no gozaba ya de la bienquerencia del filósofo, quien le replica:

"He recibido dos cartas, señora; *¡siempre reproches!*" Le expresa su estimación, si bien declinando visitarla por varias razones encontradas. Le dice que no visita a nadie y que no puede hacer excepciones. Una semana después, sabiendo que Rousseau pronto partiría, se presentó ella al palacio de los Conti. He aquí la patética nota en que suplica ser recibida:

> Me hallo en su puerta. Si está usted solo y le es posible recibirme, me complacerá entablar con usted una relación más plena. Por Dios, perdóneme el haber escogido esta hora. Sé que a usted sólo puede vérsele de nueve a doce y de tres a seis pero por eso mismo he preferido venir ahora. Soy de naturaleza tan tímida, tanto me asustaría su presencia que, si hubiese gente, haría tonterías y me sentiría incómoda... Si mi visita le desagrada tenga la bondad, mi querido Juan Jacobo, de informar qué día y hora serían apropiados para volver. Si no puedo verle durante su permanencia aquí, nada me consolará en la vida. Aguardo su respuesta.—*Mariana.*

No estaba solo, pero envió una nota admitiendo a Mariana. ¡Habían sido "amigos" durante cuatro años y se veían ahora por vez primera! No tenemos noticias del curioso y emocionante encuentro. Sabemos únicamente que Rousseau quedó complacido y que reanudó desde Inglaterra su correspondencia con ella. Habrá quedado sin duda impresionado por las cualidades de la dama. Créese que la entrevista duró una o dos horas. Rousseau le había prometido verla nuevamente antes de abandonar París, pero como su partida fué algo apresurada, se contentó con escribirle:

> Me voy, querida Mariana, con la pena de no haber podido volver a verla... Desde que la vi tengo un nuevo anhelo: no ser olvidado por usted. Le escribiré, le daré mi dirección. Deseo grandemente que me quiera y no me reproche más.

¡Pobre Mariana! Muchas mujeres amaron a Rousseau, pero ninguna más que ella. Procuró prestarle grandes servicios, mas por todo ello obtuvo poco más que su condescendencia...

"No puedo soportar más la vida pública" — declaró Rousseau a de Luze, su compañero de viaje, y a Hume.

Alentados también por insinuaciones del ministro Choiseul, partieron los tres para Londres el 4 de enero de 1766.

3

¡David Hume y Juan Jacobo Rousseau viajando juntos! En todo el mundo no podía concebirse una pareja más extraña; y la historia de la amistad entre ambos, más extraña aún, provee uno de los episodios más notables de las letras en el siglo XVIII. Mucho se ha explotado el contraste entre los dos filósofos: el uno, idealista dogmático, doctrinario, reformador social-religioso y rebelde melancólico, todo nervio y pasión; el otro, *tory* y escéptico en triunfo, complaciente y flemático, en pleno progreso mundano y de su fama. Rousseau, tierno, afectuoso, infinitamente suspicaz, perseguido por las pesadillas; Hume, re-

servado, tranquilo, tedioso, bien intencionado. Un retrato hecho por un contemporáneo que vió a Hume con ojos de odio, aunque muy exagerado, arroja alguna luz sobre el contraste de ambos:

> Su cara era amplia y chata, su boca ancha no tenía otra expresión que la de la imbecilidad; sus ojos vagos e insípidos; y su corpulencia se acomodaba mejor a sugerir la idea de un regidor comedor de tortugas de mar que la de un filósofo refinado. Ciertamente jamás la sabiduría se ocultó tras una vestidura tan tosca (1).

Después del gran éxito de su *Historia de Inglaterra* y de sus *Ensayos filosóficos,* Hume fué designado secretario de Lord Hertford, embajador inglés en París, y durante el exilio de Rousseau en Suiza gozó por varios años el favor y la adulación que las damas de París prodigaban invariablemente a los hombres célebres. El voluminoso escocés no era adverso a la galantería y podía vérsele siempre en la ópera con dos lindas mozas, cada una de un brazo. Frecuentando los salones de la señora de Luxemburgo, de la señora Verdelin y de la condesa de Boufflers, mucho había sabido del autor del *Emilio* y había concebido el más agudo interés por el "filósofo salvaje". Mucho había, además, de común entre los dos filósofos que fué pasado por alto. Del mismo tronco de Locke, condujeron ambos una poderosa reacción "anti-intelectualista" contra los filósofos europeos racionalistas del siglo XVII; desconfiaban ambos profundamente de los metafísicos; se resistían a los "milagros" de la teología y al razonamiento *a priori;* basaban todos sus procesos mentales en las experiencias tangibles, sensorias. La obra de Hume, sin duda alguna, condujo nuevamente al fecundo campo de la experimentación; el "empirismo" de Rousseau llevóle en la dirección de la intuición y, finalmente, al espiritualismo. Pero tanto la psicología del *Emilio* como su credo religioso debe haber sido lo único que pudo atraer al escéptico Hume como admirable solución de su propio *impasse.*

Además, la tranquila carrera de David Hume está definitivamente señalada por su perenne búsqueda de la gloria literaria; fué la lucha por la perfección de su estilo excelente lo que le condujo a abandonar su anterior perseguimiento de la psicología, para la que estaba tan bien dotado, y virar hacia los escritos históricos y políticos. Unirse al hombre cuya trayectoria romántica, cuya imaginación y elocuencia le distinguían por sobre todos sus contemporáneos, sería un golpe famoso. En París, en 1765, buena parte del esplendor de Rousseau puede verse caer dulcemente sobre la querida cabeza de Hume:

Llamó a Rousseau

> el hombre que ha rechazado invitaciones de la mitad de los reyes y príncipes de Europa, a fin de ponerse bajo mi protección. Es imposible expresar el entusiasmo de esta Nación por él. Como se supone que lo tengo a mi custodia, todo el mundo, especialmente las damas, me atormentan pidiéndome que los presente a él... Estoy convencido de que si, con su consentimiento, iniciase una suscripción, recibiría en quince días cincuenta mil libras esterlinas. *Me hago cargo de que mis relaciones con él acrecientan por ahora mi importancia.* (Las bastardillas son mías.)

(1) *Memorias de Lord Charlemont,* Vol. I, pág. 8.

Sin embargo, el *bonhomme* Hume, el "buen David", como se le llamaba, era también muy popular entre los enciclopedistas, quienes, contrariamente a los círculos de la señora de Boufflers, más que idolatría tenían reservas para la celebridad a su cargo. En la sala de recibo de la señora du Deffand y de la vivaz señorita de l'Espinasse, se encontró con d'Alembert, de Holbach y Helvecio, quienes le transmitieron singulares informes relativos al carácter del Ciudadano. El barón de Holbach había prevenido categóricamente a Hume: "El señor está cobijando a una víbora en su pecho. Le prevengo que sentirá usted su mordedura." Sabemos también, por una carta de la defensora de Juan Jacobo, la señora de Verdelin, fechada el 27 de abril de 1766, que Hume, antes de dejar París, había ido a consultarla acerca de su protegido de la manera más directa posible.

"Dijo con perfecto candor: 'Le hago estas preguntas, señora, porque no es al autor celebrado que ansío servir, sino al hombre honrado que ha sido perseguido y con quien desearía compartir todo lo que poseo para hacerla feliz'."

La señora de Verdelin, que tan bien conocía a Rousseau, le hizo creer al cabo que "había más pasión que razón" en lo que decían los holbachianos. En cambio, se prometió él, indudablemente, vigilar lo más cerca posible a Rousseau para su propia información y protección. Esta actitud cauta y vigilante (como con razón ha observado la señora Mac Donald), combinada con su deseo, más bonachón que escrupuloso, de agradar tanto a los adictos como a los enemigos de Juan Jacobo, explica perfectamente la conducta de Hume.

Entre los ingleses que se hallaban en París durante el tránsito de Rousseau, contábase ese caballero consumado, cáustico y muy excéntrico que fué Horacio Walpole. Hume había dicho de Walpole que era uno de los que podrían auxiliar a Rousseau en Inglaterra, y que hablaba el francés con elegancia.

Y Walpole había en verdad hecho algunas insinuaciones relativas a la comodidad de Rousseau y a ciertos servicios de vecindad; pero era un hombre que amaba pinchar las burbujas de la gloria y que aborrecía a "todos los saltimbanquis, jesuítas, filósofos, políticos." Decía: "Voltaire —el tirano de Prusia— el hipócrita Rousseau —Mister Pitt— todos no son para mí nada más que impostores, a sus maneras diversas." De una serie de "impostores" supo, lo que Hume debió haber oído, que Juan Jacobo, tan puesto en las nubes por las multitudes, era un hombre de vanidad inaudita que, por notoriedad, provocaba los disturbios que ocasionaban sus sufrimientos. Por consiguiente, concibió Walpole uno de sus famosos petardos. Era una pretendida carta del rey Federico de Prusia, quien, como era notorio, había estado

instando a Rousseau a dirigirse a Potsdam, por la que se le ofrecía protección; el tono de la carta era apagado y sarcástico y se refería al filósofo como a alguien falto de buen sentido que se acarreaba sus propias desgracias.

La carta fingida del rey Federico, fraguada durante los últimos días de diciembre de 1765, suscitó un gran regocijo, particularmente a causa de sus últimas frases, donde se ridiculizaba a Rousseau tratándosele de loco. Siendo así, ¿podía ser peor? Decía el supuesto rey Federico que si Rousseau, una vez en Potsdam persistía en buscarse nuevos infortunios, podría tener todos los que quisiese. *"Soy rey y puedo procurarle alguno que se acomode a sus deseos."*

El testimonio de muchas cartas, cruzadas desde Inglaterra y Francia, de la correspondencia entre d'Alembert, Turgot, la señora du Deffand y la señora de Boufflers, evidencia que algo contribuyó Hume a este juego de mistificación y *muy probablemente* a la redacción de la cruel frase final. Se hallaba presente cuando esta carta, que circuló por París después del 27 de diciembre de 1765, sirvió de diversión y alimentó sin duda el puro amor a la chacota. "Dígale a la señora de Boufflers —escribió a otra dama cuando se le consultó al respecto, el 16 de febrero de 1766— que la única humorada relativa a la pretendida carta del rey de Prusia que me permití fué hecha por mí en la mesa de Lord Ossery." La tomadura de pelo a expensas de un gran hombre era concebible en París; aún en Londres se la gozaba en los salones y banquetes. Cuando las víctimas eran sujetos infelices y disfrutaban de salud mental no tenían malas consecuencias...

El negligente y bien intencionado Hume ofreció a Walpole presentarle a Rousseau en París, pero declinó aquél el ofrecimiento diciendo: "Creo que no es honrado hacer una visita cordial a un hombre teniendo en el bolsillo una carta que le ha ridiculizado." ¿Qué es esto sino una bofetada a Hume? Sea como fuere, ello nos señala claramente el carácter equívoco de la "protección" que el bondadoso pero negligente David dió a nuestro mórbido filósofo, agotado tanto por la persecución como por la idolatría.

Observa Musset-Pathay, un historiador primitivo, lo extraño de que Rousseau, de naturaleza suspicaz y semi indómita, depositase tan ilimitada confianza en Hume como para viajar con él a un país desconocido. Empero, tenemos nuestras razones para suponer que esta confianza estaba ya menoscabada cuando dejaron juntos París, el 4 de enero de 1766. El corazón de Rousseau estaba oprimido y atormentado por las dudas que luchaba por descifrar. ¿Qué motivos tenía el "buen David" para perjudicarle? ¿No estaba acaso aliado a "sus enemigos implacables, mortales", de París?...

La noche del 5 de enero, primera salida de París, se detuvieron en un mesón de Troyes. Rousseau, que padecía mucho de insomnio, declara que fué despertado por el hablar en sueño de Hume y sus gritos vehementes repetidos de *"Je tiens Jean-Jacques Rousseau!"* Ni Hume, ni de Luze, que viajaban a Londres con él, recuerdan la escena. Pero lo que es cierto es que el neurasténico Rousseau tenía ya pesadillas acerca de Hume. Luchaba contra estas horribles sospechas que le asaltaban en sus noches de insomnio; pero durante los días de su pausado viaje de invierno (que duró cerca de quince días) permaneció aparentemente tranquilo. La visión del mar absorbía al Ciudadano y mantenía al corpulento Hume alejado de la cubierta. La *terra firma* de Dover le hizo concebir, una vez más, esa cosa para él ilusoria: "una tierra de libertad".

Aplausos populares, como los recibidos en Estrasburgo y París, saludaron en Londres a Rousseau y a su protector. Fué muy agasajado por las personas cultas de la Capital. La señora de Greville y Lady Hervey se esforzaron por conquistar su amistad; la duquesa de Portland fué a verle; el duque de Brunswick le hizo una visita secreta en su alojamiento de un tercer piso de la calle Buckinghan. Garrick preparó una presentación en el Teatro Drury Lane en que Rousseau iba a ser el huésped de honor. No fué fácil llevar a Rousseau al teatro. Sostenía que no podía dejar a su perro encerrado sin volverse escaleras arriba corriendo al oír los aullidos de *Sultán*. Hume se vió obligado a arrastrarle amigablemente del brazo al Drury Lane, donde el rey Jorge III y la reina, desde sus lugares de preferencia opuestos al suyo, contemplaban al poderoso hombrecillo con la mayor curiosidad. También la multitud había asistido al teatro más para contemplar al famoso extranjero que a la pareja real.

Hume informó de entrada a sus amigos que Rousseau era "un gran humorista".

> Después de haberle examinado desde todos los puntos de vista, me hallo ahora en condiciones de juzgarle... Posee un corazón afectuoso excelente y a menudo se enardece en la conversación a un punto tal que semeja la inspiración. Lo quiero mucho y creo que me tiene algún cariño... Es un espíritu muy modesto, suave, bien educado, benévolo, un hombre apasionado como jamás he conocido. Los filósofos de París me predijeron que no podría llevarle hasta Calais sin una reyerta, pero creo que podría vivir con él toda mi vida en mutua camaradería y estimación... Sus costumbres son notablemente sencillas; en la vida ordinaria es un perfecto niño. Esta cualidad, agregada a su gran sensibilidad, hace posible a quienes viven con él manejarle fácilmente. Le he llevado a una aldea (Chiswick), situada a seis millas de Londres, pero él persiste en buscar un aislamiento más completo.

Dos semanas después de su llegada, el 28 de enero de 1766, habíase Juan Jacobo instalado en una casa de campo de Chiswick. Teresa, que viajaba desde Suiza, se reunió en París con el joven Boswell, que la escoltó hasta Inglaterra. El invierno le pareció muy frío aquel año a lo largo del valle del Támesis. Pero había hallado mucha estimación sin obsequiosidad en los ingleses, cuyo recibimiento le había agradado. La prisa de los ingleses en servirle, particularmente en procurarle dinero, era lo único que había perturbado algo su paz espiritual.

Lamentábase en alta voz del costo elevado de las cosas en Inglaterra; tan a menudo aludía a su enfermedad y pobreza, que sentíanse sus huéspedes inclinados a pagar sus gastos. Ofrecíale uno sufragar su carruaje, otro una casa; pero esto le exasperaba. Lo que ellos no comprendían era que "aunque pobre, prefería adaptarse a las circunstancias a vivir de limosnas como un mendigo." Mas Hume, con desmañado celo, gestionaba ante el rey una pensión de cien libras anuales y presionaba al pobre exilado para que la aceptara. Después de mucho vacilar decidió Rousseau aceptar el presente, el que, agregado a los pequeños giros de Keith, Dupeyrou y sus libreros, le aseguraría su subsistencia.

Hume, a quien agradaba comparar a su protegido con Sócrates, sólo se desasosegaba por sus pequeñeces en materia de dinero y asistencia.

Un diluvio de cartas siguió a Rousseau a Inglaterra. Como las tarifas postales para el destinatario eran muy elevadas, pidió consternado a Hume que las devolviese y recuperase el dinero pagado. Ofrecióse entonces su benefactor a recibir su correspondencia y hacerle llegar únicamente las cartas de sus amigos que considerase de interés para él. Y de este modo comenzó Hume a abrir la correspondencia de Rousseau...

En una visita que, desde su alojamiento temporario en Chiswick, hizo a Londres el 18 de marzo de 1766, sobrevino entre ambos una crisis. Algunas semanas antes Rousseau se había enterado, por Hume, de la carta apócrifa del rey Federico pregonada en París y habíala atribuído de inmediato a d'Alembert. Poco después de su llegada, escribió a la señora de Boufflers diciendo que la carta era falsa, que Federico jamás le había escrito directamente, sino que sólo le enviaba mensajes por intermedio de Keith u otros, que no deseaba ni siquiera oír mencionar este nuevo libelo, ni nada de lo que pasaba en el Continente que había abandonado para siempre. Pero supo después, por sus amigos de París, que un tal *mister* Walpole era el autor de la carta apócrifa. De pronto, terribles sospechas le asaltaron. Preguntó si era cierto a Hume, quien no le dijo "ni sí ni no".

En la comida con Hume hubo una extraña escena. Declara Rousseau que observó alarmantes maniobras de Hume con sus cartas. Dos que le habían entregado, una de Boswell y otra del suizo d'Ivernois (2), tenían señales de haber sido violadas.

(2) La correspondencia con d'Ivernois refiérese al pequeño asunto financiero de la inversión de unos tres mil francos en títulos, a beneficio de Teresa. Esta correspondencia fué vista por Hume, a juzgar por su carta del 22 de mayo de 1766: "La señora de Boufflers le ha contado sin duda la bondad del rey de Inglaterra para con Rousseau. El secreto que debe guardarse es en extremo grato a nuestro amigo. Tiene la debilidad de hacerse el interesante quejándose de su pobreza y de su salud. *Pero he descubierto accidentalmente que posee algunos recursos pecuniarios,* muy reducidos, en verdad, pero que nos ocultaba cuando nos daba cuenta de sus bienes. En cuanto a su salud, es más sano que enfermo, salvo que se llamen enfermedad los accesos de melancolía y *spleen* a que está sujeto." David Hume es algo chismoso; escribe con frecuencia sobre Rousseau; cinco o seis veces revela el "secreto" de los medios pecuniarios de Rousseau.

Relata Juan Jacobo que, "después de la cena", había caído en uno de sus accesos de melancolía típicos:

> Estábamos ambos sentados junto al fuego, en silencio; vi que clavaba en mí sus ojos, como solía, de una manera que me resulta difícil describir (Hume, a su manera indiscreta, flemática, estaba "estudiando" a Rousseau). Su mirada seca, ardiente, burlona, inquisidora, hacíaseme intolerable. Para librarme de ella, mirábale de igual modo, pero al encontrarme con sus ojos me estremecía y bajaba la vista... La impresión de su mirada penetrante persistía en mí y me perturbaba; mi inquietud tornábase invencible; sentía que, de no hallar alivio, me sofocaría. Mas súbitamente se apoderó de mí un remordimiento violento y di escape a un arrebato de... emoción. Llevé mis brazos a su cuello, le estreché contra mi corazón y, ahogado por los sollozos, y bañado en lágrimas, exclamé con voz apasionada: "¡No! ¡No! ¡David Hume no es un traidor!..." Devolvió Hume cortésmente mis abrazos y, palmeándome fríamente la espalda, repitió varias veces: "Vaya, vaya, mi querido señor." Nada más dijo, y sentí helárseme el corazón.

El carácter candoroso e indiscreto de Hume no se modificó. La suspicacia maniática de Rousseau progresaba, ardiendo por momentos en rescoldo, ora en llamaradas odiosas que le torturaban en sus noches que Hume llamaba de insomnio.

Deseaba Rousseau, "para terminar sus días", un retiro más solitario que Chiswick; pensaba entusiasmado en las montañas de Gales, en la agradable Surrey y hasta en la Isla de Wight. Mientras posaba un día para su retrato ante el pintor Ramsay (más tarde atribuyó a sus enemigos la melancolía salvaje de este cuadro), conoció a un caballero inglés extremadamente rico, el señor Richard Davenport, que admiraba sus ideas y que le ofrecía una casita de campo de su propiedad, que no utilizaba, situada en Derbyshire. Es significativo que Rousseau, después de haber viajado con David Hume por varios lugares de las campiñas circunvecinas, aceptase de pronto el ofrecimiento de un extraño, desconocido por Hume, hecho al parecer *mottu proprio* (!) Iría, pues, a la casa del señor Davenport, en Wootton, entre las altas y escarpadas colinas de Derbyshire Peak, región remota y solitaria del norte de Inglaterra que los biógrafos franceses han ubicado, por lo común, en Gales.

En vísperas de su partida se produjo una nueva explosión de nervios que es relatada por Hume:

> Habíale el señor Davenport hecho creer que el carruaje obtenido para dirigirse a Wooton hacía en realidad un viaje de vuelta y que, por consiguiente, el costo sería muy reducido. Rousseau fué al principio engañado por esta treta bien intencionada, pero una observación indiscreta del señor Davenport despertó sus sospechas. Me hizo violentos reproches, pidióme perdón por su locura. Uní mis lágrimas a las suyas. Por favor, relate el incidente a las señoras de Luxemburgo, de Barbante y a cuantos sean dignos de oírlo.

Estas continuas solicitudes no eran para Rousseau más que tramperas para enmarañar su integridad e independencia. Empero, confió

mucho en la integridad del señor Davenport cuando, al fin, a su insistencia, decidióse éste a aceptar treinta libras de renta anuales por el uso del edificio en Wootton y de sus criados.

Pasaron algunas semanas sin noticias del fantástico protegido de Hume, a quien, al parecer, habíaselo tragado un "lugar silvestre y solitario". El día de su llegada a Wootton, 22 de marzo de 1766, había escrito a Hume tratándole de "querido patrón". Decía que el lugar era encantador. "Si soy tan feliz como espero en este delicioso retiro, uno de los placeres más dulces de mi vida será pensar que se lo debo a usted..."

"Percibo todo el valor de su amistad sincera. La deseo ardientemente y querría retribuírsela con la mía entera." Una semana después le envió otra carta de agradecimiento similar. Aunque desconoce el inglés, siéntese Rousseau agradecido y dichoso. "Pero aun cuando aprendiese el idioma, lo ocultaría; hablaría solamente en francés." ¡De esta manera podría continuar amando a sus vecinos!

Transcurrió un mes de silencio durante el cual trabajó en sus *Confesiones*, para las que habíanle llegado de Suiza los documentos. Paseaba cuando hacía buen tiempo; cuando llovía, tocaba el clavicordio y meditaba sobre su vida y sus aventuras. Teresa que, como de costumbre, reñía con la servidumbre de la posesión de Wootton, llegó un día a acusar a la anciana ama de llaves de haber puesto cenizas en su tetera. Solo, aprisionado, con la paranoia desarrollándose en él, bastaba un mero empujón externo para que cayera en el delirio de la locura. Su humor era sombrío. El 29 de marzo de 1766 escribe a Dupeyrou: "Cada día siento que no tengo más que dos amigos seguros. *Debe mi corazón consolarse con uno por la ausencia del otro.*" El 31 de marzo le escribió a d'Ivernois:

Recibí su carta del 15 abierta y vuelta a cerrar. Me llegó por medio del señor Hume, muy vinculado al hijo de Tronchin, el saltimbanqui con quien vivía en Londres en la misma casa; muy vinculado también a mis más poderosos enemigos de París; si no es un hipócrita tendrá que hacerme grandes reparaciones.

El 3 de abril de 1766 el "Saint James Chronicle", de Londres, publicó, impresa en inglés y francés, la carta apócrifa de Federico II a Rousseau:

Mi querido Juan Jacobo: Ha renunciado usted a Ginebra, su ciudad natal. Se ha hecho expulsar de Suiza, país tan ensalzado en sus escritos. Francia ha emitido una orden de prisión contra usted. Por consiguiente acuda a mí. Admiro sus talentos; sus sueños me divierten, si bien, permítame decirlo, le absorben demasiado sesos y tiempo. Debe procurar, al cabo, ser sobrio y feliz; ha dado mucho que hablar con sus excentricidades, impropias de un gran hombre. Demuestre a sus enemigos que puede a veces tener sentido común. Eso les fastidiará y a usted no le perjudicará. Mi gobierno le ofrece un retiro tranquilo. Deseo su bien y, si me lo permite, le trataré en consecuencia; pero si insiste en rechazar mi ayuda, tenga la seguridad de que a nadie se lo diré. Si está propenso a devanarse los sesos buscando nuevos infortunios puede elegir el que más le agrade. Soy rey y puedo procurarle alguno que se acomode a sus deseos. Y lo que ciertamente jamás le ocurrirá, mientras tenga enemigos con quienes habérselas, es que dejaré de perseguirle tan pronto como *deje usted de sentir el orgullo de ser perseguido.*

Su buen amigo

Federico.

Esta inoportuna composición sarcástica estaba dirigida precisamente a la debilidad de Juan Jacobo, a su megalomanía y paranoia. Era algo que en absoluto hubiera podido soportar con compostura. Escribió al editor del diario inglés, que resultó ser amigo de amigos de Hume, denunciando la carta fraudulenta y agregando que "le había desgarrado el corazón el hecho de que el impostor tuviese cómplices en Inglaterra." No cabe duda de que le sobrecogió un pánico impulsivo. Pensaba que los ingleses estaban prevenidos contra los extranjeros y creían todo lo que leían en los diarios. "Una vez que esta buena gente se convenciese de que ese hombre merecía ser apedreado y se sintiese tentada a hacerlo, ¿qué podía esperar él, un extraño, en sus paseos campestres?" En sus momentos de calma se daba cuenta de que este hábil golpe sería difícil de parar. Una vez que se divulgase la idea de que Rousseau era "un impostor que prefería hasta las persecuciones a permanecer lejos de la vista del público", nada podría salvar su reputación. El pesar, la ira y el temor le consumían. Es indudable que jamás fué más desdichado que durante los meses pasados en los neblinosos páramos de la Inglaterra septentrional, entregado ora a la desesperación, ora a las sospechas refunfuñadas por su compañera, Teresa Levasseur, que "veía claramente todas las cosas".

Hume-d'Alembert-Voltaire formaban un triunvirato resuelto a su destrucción. Escribió a todos sus amigos acerca de la traición de aquéllos, de la ojeriza que había contra él en Inglaterra. Las aseveraciones de ingleses influyentes de la vecindad, del señor Davenport y de muchos otros en el sentido de que los diarios amaban el escándalo y de que el público pronto olvidaba, nada significaron para él. "Solo, en un país desconocido —escribió a Malesherbes—, entre gente poco amable, cuyo lenguaje me es ajeno, y a la que se incita a odiarme, carezco de apoyo, de amigos, de los medios para parar los golpes que se me dirigen."

El 9 de abril escribió a la señora de Boufflers: "Lamento afligir su buen corazón, pero debe saber absolutamente que este David Hume a quien *usted me ha entregado*, con la esperanza de hallar para mis días un fin tranquilo... se ocupa siempre en deshonrarme y lo logra maravillosamente."

Había muchas circunstancias, como relató a su patrona, que le convencían totalmente de la perfidia de Hume; para su mente mórbida aparecían ellas, en efecto, considerables:

1) ¿No había Hume gritado mientras dormía: "¡Tengo a Rousseau!"?

2) A su llegada a Inglaterra había hallado al hijo del cirujano Tronchin (el que deseaba su muerte) alojado en la casa de Hume.

3) Un folleto escrito por su amigo Dupeyrou, en que se describía la persecución de Juan Jacobo en Suiza, jamás se publicó en Inglaterra.

4) En seis semanas la prensa inglesa se volcó en su contra.

5) Los criados de la casa de Hume eran irrespetuosos con él.

6) Miraban burlonamente a Teresa Levasseur.

7) Hume le dirigió varias veces "una terrible mirada penetrante".

8) Nada había hecho para desenmascarar la carta apócrifa de Federico.

9) No le conmovió la emoción de Rousseau, ante la cual se limitó a decir: "¡Vaya, vaya, mi querido señor!", mientras le palmeaba la espalda.

10) Hume abría sus cartas...

Para comprender el estado mental de Rousseau es necesario notar que estaba sujeto a ataques simultáneos desde otras partes. En París, la señora du Deffand hacía circular una carta satírica en su contra; y en abril había aparecido una obra anónima titulada *Carta al doctor J. J. Pansophe*, editada en alguna parte de Europa, caracterizada en su estilo por la mano de un maestro en la polémica. Previamente Voltaire había descripto a Juan Jacobo (en *Cartas sobre los milagros*) como a un viejo pederasta (!) que "había tenido relaciones con un vicario saboyano", como a un "monstruo de vanidad y bajeza" que había "perturbado a su país y huído, como un incendiario después de encender la mecha". Había denunciado a Rousseau a sus protectores, tales como el rey Federico y la duquesa de Luxemburgo. Ahora, en *Pansophe*, destinado al consumo inglés, reproducía todas las referencias ásperas al pueblo inglés de los escritos de Rousseau: que los ingleses no eran libres, que les preocupaba demasiado el dinero y, finalmente, que no eran "naturalmente buenos". Siempre recibía Rousseau los ataques de Voltaire, como sus invitaciones, con dignidad. Jamás los contestaba directamente. Dirá de Voltaire que "es tan tonto que expone a menudo cuánto se atormenta por mí". Observaba en otra ocasión que "sería bueno que el gran hombre se bañase frecuentemente e hiciese algunas sangrías". El gran hombre que había informado al Consejo Magnífico de Ginebra, el 12 de enero de 1765, que las perniciosas *Cartas de la Montaña*, de Rousseau, se vendían en Ginebra, estaba a la sazón aparentemente resuelto a hacerle expulsar de Inglaterra, incitando el sentimiento popular en contra suyo. Los pasajes más violentos del folleto de Voltaire eran reimpresos en un diario de Londres, el *Lloyd's Evening News*.

En el ínterin, David Hume, que lo ignoraba todo, había estado procurando adelantar el asunto de la pensión real para Rousseau, que el recluso en Wootton había decidido no aceptar de las manos de su "traidor enemigo" que se proponía con este presente mantenerle en

silencio. A las apremiantes preguntas del canciller, general Conway, contestó entonces súbitamente que, si bien sentíase profundamente honrado, nuevos trastornos le obligaban a posponer su decisión; le expresó también su pesar por que tanto el honor que recibía de manos del rey como la gratitud que sentía fuesen ignorados por el público. Un mero rodeo de cumplido; pero Hume, al leer esto, decidió que esta condición de guardar el secreto, impuesta por el rey, era objetable para Rousseau, y no dejó entonces piedra sin remover con el fin de que fuese eliminada. Durante muchas semanas nada supo del exilado. Le escribió el 19 de junio anunciándole que la pensión no sería, en definitiva, mantenida en secreto (como creía que era el deseo de Juan Jacobo), y solicitándole únicamente su palabra final de aceptación.. Recibió una respuesta inmediata, fechada el 23 de junio de 1766, que le dejó estupefacto. "Creo, señor, que mi silencio, interpretado por su conciencia, habría sido bastante claro; pero como el no comprender entra en sus planes debo hablar abiertamente." Habiendo descubierto el complot de Hume para deshonrarle, resolvió entonces no aceptar favor alguno obtenido por mediación suya (1).

El consternado Hume contestó este "bofetón" con un requerimiento de explicación. A la vez, envió una copia de la carta del 23 de junio de 1766 al señor Davenport, a quien decía: "Se quedará pasmado como yo ante la monstruosa Ingratitud, la Ferocidad y el Frenesí del hombre." Rogaba también al señor Davenport, que residía en el campo, no lejos de Rousseau, que visitara a éste en la casa de Wootton a fin de descubrir qué le pasaba. El buen hacendado pronto remitió a Hume extraños informes acerca de su huésped.

"Su estado de ánimo parece muy excitado" — decía Davenport. Había éste escuchado una maravillosa perorata hecha con ojos inquietos y un mar de lágrimas que no pudo captar a causa de su imperfecto dominio del francés. "Le supliqué que me escribiera su discurso... En verdad, lo siento por él: está desasosegado, se irrita siempre y mira de una manera terrible. Es casi imposible concebir lo singular de su extrema sensibilidad. Deduzco, pues, que cuando es culpable de un error, sus nervios están más extraviados que su corazón."

Algunas semanas después, el 10 de julio de 1766, sigue la "carta terrible a Hume". Era un trabajo de casi cuarenta páginas que contenía todos los cargos bosquejados a la señora de Boufflers y cien más, concebidos en su delirio de persecución. Escrito con la elocuencia

(1) Hume fué muy indiscreto acerca del "secreto" de la pensión real, que se convirtió en una especie de secreto de comedia. Según Musset-Pathay, su tono, en lo que respecta a Rousseau, cambió. En mayo, teme su melancolía, a despecho de su "corazón encantador, bondadoso... su grosería y violencia": Hume supone hipocresía de parte de Rousseau en lo que respecta a su indigencia. En realidad quejábase Rousseau de su mala salud pero no de su pobreza. Habría aceptado esta vez la pensión del rey para evitar el cargo de orgullo insolente y deslealtad con sus amigos. "Lejos de rechazar los beneficios del rey por el orgullo que se me ha imputado me siento muy honrado por ellos, y lo único que me parece doloroso es no poder honrarme a los ojos del público como a los míos propios." De esta vaga declaración se dedujo que su única objeción era la condición de secreta.

y la pasión de Rousseau, parece extraído del infierno en que se hallan sumergidos ciertos personajes de Dostoievsky. Se trata de uno de los más extraños documentos de la historia de las letras y de la filosofía:

Wootton, 10 de julio de 1766.

Me hallo enfermo, señor, y poco dispuesto a escribir; pero como pide usted una explicación, debo dársela... Me pregunta confidencialmente quién es el acusador. Su acusador, señor, es el único hombre en el mundo a quien, al declarar contra usted, creería; es usted mismo. Sin temores ni reservas, usaré toda la franqueza natural en mí; y como enemigo de toda falacia hablaré a usted mismo como le hablaría de usted a otro hombre que todavía me mereciese confianza. Rastrearé todos los movimientos de mi alma y descubriré las razones que los dirigen; nombrando a David Hume en tercera persona le haré el juez de lo que debería pensar yo de él.

Describe el hastío con que hubo de abandonar a Suiza, la alegría de su encuentro con Hume en París, su gratitud y apego a él en los primeros días de su amistad, cuando, al parecer, le serían prestados inestimables servicios. De pronto notó un súbito cambio en el sentimiento público. Halló "extraño que, poco después del regreso del hombre tan acreditado en Londres, tan influyente allí entre los hombres de letras y los editores, produjese su presencia un efecto tan contrario al que era dable esperar".

¿Pero qué fué de mí cuando vi en la prensa pública la pretendida carta del rey de Prusia?... En ese momento un rayo de luz me fué revelado... el complot que se estaba poniendo en ejecución. Habiéndome el señor Hume traído a Inglaterra... habría sido para él un paso natural asumir mi defensa. Habiendo dejado de escribirle, me dirigí a algún otro; primer bofetón en la cara de mi patrono, pero él no lo siente.

Además, cuando Rousseau escribió en la prensa inglesa que los fraguadores de la carta apócrifa "tenían cómplices en Inglaterra" tuvo por objeto abofetear por segunda vez a Hume; cuando postergó la aceptación de la pensión real "ya semi aceptada", a fin de no recibir una merced del hombre que le había traicionado, hubo una tercera bofetada para su patrono. ¡El no la siente! No dudaba Juan Jacobo de que la infame *Carta al doctor Pansophe*, de Voltaire, había sido traducida al inglés con la ayuda de "su querido patrono".

Si pudo suponer que en mi estado de ánimo podía yo aceptar favores suyos debe haberme creído un infame. Pero ¿es posible que solicitase al rey con tanto ardor una pensión para un infame?

Pero si el señor Hume, siguiendo un plan establecido, se dijo: He aquí el momento de lograr mi propósito, pues apremiando a Rousseau a aceptar la pensión le obligaré a rechazarla o aceptarla. Si la acepta, con las pruebas en la mano puedo deshonrarlo completamente. Si la rechaza después de haberla aceptado previamente debe dar sus razones; y aquí le aguardo; *si me acusa está perdido.*

La posición crítica a que me ha reducido me trae forzosamente el recuerdo de las cuatro palabras a las que ya me he referido y que le oí pronunciar y

repetir en un momento en que no comprendía su importancia... *Je tiens Jean-Jacques Rousseau!* Era un tono del que no puedo dar idea pero que armonizaba con la mirada penetrante ya mencionada. Cada vez que repetía estas palabras sentía un estremecimiento involuntario, pero al instante me recobraba y me reía de mi temor...

Estas palabras y la voz que las pronunciara suenan en mi corazón como si las acabara de oír; y percibo la siniestra mirada clavada en mí y los palmoteos en mi espalda, y oído el *Mon cher monsieur* del hombre que ¡así contestaba la sospecha de que podía ser un traidor! Todo esto, confirmado por los hechos subsiguientes, tanto me afecta que basta su recuerdo para destruir cualquier retorno a la confianza. Y no transcurre ahora una noche sin que las palabras *Je tiens Jean-Jacques Rousseau!* no suenen en mis oídos como si las estuviese oyendo de nuevo.

Sí, señor Hume, lo sé, usted me tiene, pero sólo por las circunstancias ajenas a mí. Me tiene por el contralor de las opiniones y de los juicios de los hombres sobre mí; tiene usted mi reputación, tal vez mi seguridad. Los prejuicios de los demás hacen que se vuelquen a su favor; le es fácil, como ha comenzado a hacerlo, hacerme pasar por un monstruo; y percibo ya el bárbaro triunfo de mis implacables enemigos... Fácilmente preveo el fin de todo esto, particularmente en un país donde usted me ha traído y donde, extranjero y sin amigos, estoy casi a merced suya. Empero, los hombres razonables, aquí y allá, comprenderán que, lejos de haber provocado esta reyerta, *fué ella la cosa más terrible que, en la situación en que me encuentro, pudo acontecerme.* Comprenderán que únicamente mi invencible aborrecimiento a la falsedad y mi imposibilidad de pretender sentir estimación y confianza cuando las he perdido, han podido impedirme disimular cuando tantos intereses me lo ordenaban. Pero las personas razonables son pocas y están lejos; sus voces no son clamorosas.

Si, señor Hume, me tiene maniatado con todos los lazos de este mundo, pero no a mi virtud ni a mi coraje. Independientes de usted y de los demás, seguirán siendo, a pesar suyo, enteramente míos. No crea que puede alarmarme con el temor del destino que me aguarda. ¡Sé valorar las opiniones de los hombres! Estoy acostumbrado a sus injusticias; he aprendido a soportarlas. Si su partido está tomado, como lo creo, tenga la seguridad de que el mío lo está también. Mi cuerpo se ha debilitado, pero mi alma jamás estuvo tan firme. Digan y hagan los hombres cuanto les plazca; todo eso es ahora para mí de poca monta. Lo importante es terminar como he comenzado; y no ser culpable de cobardía en mi hora de miseria, como no lo he sido de insolencia y orgullo en mi hora de prosperidad.

Al terminar esta carta me sorprende el vigor que he tenido para escribirla. Si se muriese de pesar, habría muerto antes de escribir una línea. ¡Todo lo que ha pasado me parece incomprensible! Una conducta como la suya está fuera del orden natural; es contradictoria; con todo, está para mí demostrada como verdadera. ¡A cada lado mío un abismo! ¡En uno u otro debo caer y morir! Si es usted culpable seré el más desdichado de los seres humanos; si es inocente, el más vil. ¡Y me obliga usted a convertirme en este miserable objeto! Sí; después de la sofocación mortal en que me ha hundido, un estado en que me hallase aplastado, postrado a sus pies, apelando a su misericordia y haciéndolo todo para lograrla, clamando públicamente mi propia indignidad y rindiendo a sus virtudes el homenaje más incondicional sería para mi corazón un estado de libertad, de éxtasis y de júbilo. Me resta una palabra más por decirle. Si es usted culpable no me escriba. Sería inútil asegurarme que no quiso engañarme. Pero si es inocente, dígnese justificarse. Conozco mi deber, lo amo y lo amaré en todo tiempo, aunque sea siempre tan duro de cumplir. No hay estado de abyec-

ción del que un corazón que no ha nacido abyecto no pueda restablecerse. Una vez más, si es inocente, justifíquese. Si no lo es, adiós para siempre.

Hay momentos de lucidez en la efusión del demente de Wootton. Se daba cuenta Rousseau de que la reyerta con Hume era "la cosa más terrible que podía acontecerle en ese momento." Hume también veía esto, si bien al principio escribió a todos sus amigos, a la manera de Diderot o de Voltaire, que su protegido era "el más grande bribón de la tierra". Ante el resultado de sus favores al extraño hombre, Hume se atormentó y horrorizó. A de Holbach le escribió: "Tiene usted mucha razón: Rousseau es un monstruo." En esta emergencia escribió a todas partes pidiendo consejos. Temía la fuerza de su adversario. ¿Qué hacer? Instóle a publicar su posición en la querella.

Pero arruinaría al desdichado. Todo el mundo volvería la espalda a un ser tan falso, tan desagradecido, tan perverso, tan peligroso... No sé en qué rincón de la tierra podría ir a ocultar su vergüenza... Pese a su comportamiento monstruoso conmigo, no puedo recurrir a tal crueldad para el hombre que durante tanto tiempo ha engañado a una parte de la especie humana.

(Sin embargo Hume recurrió a ella). Por otra parte, el silencio podría ser también peligroso. Davenport había informado desde Wootton que estaban en vías de ejecución *Las Confesiones* de Rousseau, cuya primera parte le fué leída. Prometía ser la cosa más extraordinaria salida de sus manos.

¡Oh, y Hume sería presentado malamente, calumniado, con su honor destruído ante la posteridad, sin oportunidad de defenderse! Porque la pluma de Rousseau era torrencial, elocuente.

4

Habría sido un señalado triunfo para la filosofía si sus adeptos, contrariamente a las antiguas fracciones cristianas de maniqueos y arrianos, hubiesen rehusado hacerse la guerra. Era el camino que a ambos hombres recomendaban seguir aquellas literatas humanas que fueron las señoras de Boufflers y de Verdelin.

Con gran sujeción reprochó la señora de Boufflers a los dos. A Hume le escribió:

La carta de Rousseau es atroz, extravagante, inexcusable en grado sumo, y la imposibilidad de repararla le atormentará toda la vida. Pero no le crea capaz de ningún engaño y artificio. Su ira no tiene causa que la justifique, pero es sincera, de ello no me cabe duda alguna. He aquí lo que imagino es la causa de ella: he oído decir, y quizá a él se lo hayan dicho, *que una de las mejores frases de esa carta del señor Walpole fué escrita por usted,* y que usted la había pronunciado en broma hablando en nombre del rey de Prusia: *"Si desea usted persecuciones soy un rey y puedo proporcionarle cualquiera que satisfaga sus deseos";* que el señor Walpole había empleado esta frase y, para no apropiarse de una expresión feliz ajena había dicho que era de usted. Si esto es verdad, y Rousseau lo sabe, ¿se extraña usted de que un sensitivo, apasionado, melancólico y orgulloso, como se dice que es, se haya enfurecido?

Rousseau había sido "injusto y vanidoso", pero, ¿no era Hume culpable de haber escrito, sin mayor deliberación, a los enemigos de Rousseau? Sostenía que Hume había confiado al principio en ella más que en de Holbach, puesto que era en parte responsable ante ella de su protegido. "¿Por qué en lugar de permitirse darle paso a su irritación frente a un hombre *que se ha arruinado completamente,* no ha hecho gala de la generosa piedad que le caracteriza?... ¿Va usted a acrecentar las miserias de un alma desdichada?"

La protectora de Rousseau también escribió a éste vituperiosamente; mientras aguardaban una explicación suya estaban "reducidas a la consternación y el silencio".

Para Juan Jacobo, las señoras de Boufflers y de Verdelin se convirtieron en almas condenadas para siempre, como escribió en las últimas páginas de *Las Confesiones.* "Las dos damas, que deseaban disponer de él después de haber intrigado para su expulsión de Suiza", ¡le *entregaron* al enemigo en Inglaterra!

En los alrededores cultos de París hubo un confuso clamor de voces a favor y en contra. Los enciclopedistas se deleitaron con el asunto, particularmente porque se confirmaron todos sus informes sobre el gran genio: que cambiaba a menudo de amigos, que mordía la mano que le alimentaba, etcétera. Con todo, entre los amigos de Hume hubieron hombres como Adam Smith que le instaron con firmeza a asumir una actitud generosa y soportar en silencio la afrenta. Estaba Turgot, quien en una carta se refería claramente al agravio que el mismo Hume pudo haber inferido al unirse a la broma relativa a la carta de Federico y le aconsejaba, por consiguiente, evitar la controversia. En cambio, Lord Mariscal Keith, en Escocia, se consternó al enterarse de la reyerta y escribió fríamente a Rousseau diciéndole que no podía a la distancia abrir juicio sobre el asunto. Entre tanto, la señora de Verdelin, después de muchos alegatos con Juan Jacobo, abandonaba su causa bajo una andanada de insultos. Walpole anunciaba públicamente que era él el único culpable.

En un consejo de guerra realizado en París por los filósofos y *littérateurs,* prevaleció el criterio de d'Alembert: que toda la reyerta se ventilase públicamente y que Hume publicara su punto de vista en la cuestión. De modo que fué Hume quien, finalmente, propaló, para júbilo sin límites de los fanáticos, el empastelamiento de dos filósofos librepensadores. Su folleto *Exposé Succinct* fué publicado primero en París en octubre de 1766 y traducido después, ese mismo año, al inglés con el título de *Un relato conciso y genuino de la querella entre el señor Hume y el señor Rousseau.*

El *Exposé Succinct* de Hume es de tono moderado y reproduce las anteriores cartas de agradecimiento de Rousseau, el modesto relato

de los favores de Hume y la "carta terrible" de Juan Jacobo, así como la confesión de Walpole respecto a la farsa de París. Si el folleto lesionó, indudablemente la reputación de Rousseau, no le hizo mucho honor a Hume. Hay, por su parte, una *mentira implícita* que Lord Morley no pudo descubrir: nada dice Hume en su *Exposé* de haber agregado epigrama alguno o de haber tenido participación en la chuscada concerniente a Federico de Prusia y Rousseau. Declara que jamás había "visto" esa cosa. Posiblemente...

Un océano de folletos sobre la querella de los filósofos apareció en París, Londres y Amsterdan. El mequetrefe Walpole imprimió su propia versión del asunto; Boswell escribía en los diarios atacando a Walpole y defendiendo a su "Filósofo Salvaje". Grimm, en su *Correspondance Littéraire* de 1766, comentó extensamente y con fruición todo el asunto. Decía acertadamente que la guerra entre autores era la más ridícula de todas, y no argüía en favor del rotundo filósofo escocés; que estas grandes estocadas a molinos de viento proveían la mayor diversión a los intelectuales de Europa. Pero Grimm, que hasta ese momento había guardado su propia reyerta privada, observaba que no podía leerse el folleto sin sentir una profunda piedad por el infortunado Juan Jacobo.

> Debemos convenir en que, cuando ofende a sus amigos, se hiere mucho más a sí mismo. ¡Y qué deplorable vida es la que se consume en estos tontos y vanos disturbios! Creo que ni sus peores enemigos le hubieran podido sugerir, en su situación presente, un paso más fatal que el dado al querellar a Hume sin una pizca de razón... *Pero no es fácil ver en qué rincón del globo podrá Juan Jacobo terminar sus días en paz.*

Finalmente, el infatigable Voltaire sintióse estimulado para lanzar nuevos golpes contra el "falso hermano". Su carta a David Hume contenía notas sobre la vida privada de Rousseau, su expulsión por los protectores y, una vez más, sobre su frecuentación de "lugares de mala fama" y sobre su obra sediciosa en Suiza:

> Podemos arrojar algunos pedazos de pan sobre el *fumier* en que yace afilando sus dientes contra la especie humana, pero debemos divulgar su carácter a fin de proteger de sus colmillos a quienes le alimentan. Es un charlatán que ha colmado la piedad de sus benefactores y la indignación pública, que ha deshonrado a él y a la literatura.

El "peor enemigo" de Juan Jacobo guardaba absoluto silencio en la heredad de Wootton mientras la tormenta bramaba fuera, vibrante, en todos los cafés y salas de recibo de Londres y París. En Francia, Mariana de la Tour, su discípula más fanática, fué la única persona que salió en su defensa con un folleto titulado *Précis sur M. Rousseau,* que denunciaba a Hume como traidor. Estaba convencida de que Rousseau no se equivocaba; pese a su sexo, atrevióse a aparecer en las listas de quienes le apoyaban contra los grandes hombres de la época. Presentó a Walpole como a un mentecato irresponsable y salió al encuentro de Voltaire con notable ironía; destacó que el folleto *J. J. Pansophe* impreso con su nombre *no era suyo,* primero, porque había aparecido *bajo su propio nombre*; segundo, ¡porque atacaba las contradicciones de Rousseau! (y ¿cómo podía Voltaire permitirse hacerlo?); tercero, porque citaba a Rousseau incorrectamente como sólo "una mente idiota y corrupta" podía hacerlo. Por lo tanto, *tal pieza* no podía ser atribuída al señor Voltaire...

Sintióse Rousseau muy conmovido ante esta obra de amor; en el estilo del folleto reconoció, después de alguna deliberación, a su ferviente Julia. Le escribió al momento a su librero Guy, en París, pidiéndole enviar una carta suya a la señora de la Tour:

> Le encarezco, señor, o más bien me atrevo a permitirle que, al darle mi carta, se arrodille ante ella en mi nombre y le bese la mano derecha, esa mano encantadora, más augusta que la de cualquier emperatriz o reina, que tan vehementemente puede defender el honor y con tanta nobleza a la inocencia condenada.

Llegó a lamentar todo el escándalo y sólo vagamente podemos conjeturar cuánto gozaba los tormentos que se desencadenaban sobre él. En años ulteriores explica su comportamiento con razones totalmente distintas. Le dice a Bernardino de Saint-Pierre:

> Inglaterra, de la que tan lindas descripciones se hacen en Francia, tiene un clima muy triste; mi alma, cansada de tantas conmociones, hallábase en un estado de melancolía tan profunda, que en cuanto ocurrió allá creo haber cometido muchas faltas. Pero, ¿son éstas comparables a las de los enemigos que me perseguían, aun suponiendo que no hicieron más que publicar nuestras reyertas privadas?

Hay justicia en su queja como hay dignidad en el silencio que guardó.

También Hume lamentó la aventura. Sospechamos que su gran inconveniencia debe haber sido su pretensión de oprimir, lisonjear y dominar a Rousseau en muchas cuestiones, como Diderot y otros lo habían hecho con resultado tan perjudicial. Necesitaba él esa deferencia extrema que Lord Mariscal Keith, Dupeyrou, el príncipe Conti, hombres de complejidad menor, le habían manifestado de múltiples maneras y por las cuales influían en sus acciones. Pero aun cuando hubiese Hume poseído tan infinito tacto, tan perseverante delicadeza —en lugar de la negligencia y la vanidad que le condujeron a lanzar una broma más sobre su perturbado protegido— habría fracasado en conservar la confianza del mórbido genio.

Era Rousseau complejo, desagradecido, sin normas, pero siempre *antes* de recibir los favores. No podemos negar la honradez de un sistema que busca evitar las obligaciones; sólo podemos negar su eficacia. Habiendo convenido en aceptar servicios, nadie era más efusivo y conmovedor en su despliegue de gratitud que Juan Jacobo.

A intervalos de reflexión madura, había Hume llegado a comprender bien a su amigo:

Sólo ha *sentido* durante todo el curso de su vida (escribió benévolamente); y a este respecto elévase su sensibilidad a un grado que sobrepasa los casos que conozco; pero se agudiza aún más en la percepción del dolor que del placer. Es como un hombre despojado no sólo de las ropas sino también de la piel y que, en tal situación, se arrojase a combatir contra los rudos y borrascosos elementos.

Pero entonces Hume, que podía juzgar con tanta inteligencia y explicar con tanta claridad, perdió toda compostura y no razonó más. Pensó sólo en los efectos de

carta tan injuriosa e iracunda como la que escribió después de tantos favores recibidos; el descubrimiento... de que su ferocidad no era el resultado de un súbito arrebato sino del frío cálculo de varios meses... Pero lo que me decidió a no detenerme ante nada fué la certeza de que escribía sus memorias y me presentaría muy mal.

Exceptuados Lord Marical Keith y Dupeyrou, interrumpió Rousseau a la sazón toda comunicación con el mundo exterior.

Procuro cerrar mis puertas a toda noticia aflictiva —decía a Dupeyrou—. Era natural que me afectase algo el temible vuelco del sentimiento público en contra mía, que creo se ha difundido por toda Europa. Pero esta emoción no duró mucho. He recuperado la serenidad y espero que habrá de perdurar.

Keith, el magnífico anciano de la Corte de Federico, habíase entonces retirado a Escocia. Quería calmar a Juan Jacobo, que había cedido a las "suspicacias". Procuraba convencerle de que Hume no era su enemigo. Raras veces escribía; pero como la importunidad y la amargura de Rousseau se acrecentaban, apartóse discretamente de toda discusión.

Estoy viejo y enfermo; me queda muy poca memoria... Quizá haya cometido algunas estupideces. No se disguste si, para evitar algo por el estilo en el futuro, interrumpo nuestra correspondencia, como lo he hecho ya con mis parientes cercanos y mis amigos. Quiero terminar mis días en paz.

¡Oh, interrumpir nuestra correspondencia! (clama Rousseau desesperado el 11 de diciembre de 1766). ¡Oh, señor mío, qué me anuncia usted y en qué momento! ¿He caído en desgracia con usted? Entre todas las desventuras que me abruman es ésta la única que no podría soportar. Si he obrado mal dígnese perdonarme. Su bondad para conmigo es todo el consuelo que me han dejado. ¿Me lo retirará? Si adopta esta resolución, moriré de pena, y le predigo que lo lamentará. Mortalmente angustiado espero una respuesta suya. Si pudiera percibir cuán necesaria me es esta respuesta, estoy seguro de que me la enviaría de inmediato.

¿Ecos de la aventura amorosa con Sofía de Houdetot? El mismo acento, la misma pasión volcánica, los mismos clamores de niño frenético oídos una vez en el Valle de Montmorency. En vano aguardó la contestación de Keith. La pérdida de este amigo valiosísimo, el último de los grandes personajes de su tiempo con quienes había mantenido una vinculación estrecha, le desgarró el corazón. Ante la idea

de que las intrigas de sus enemigos habían triunfado completamente sobre él, abandonóse a las más sombrías lamentaciones.

En la soledad de Wootton su terror se intensificaba constantemente, alimentado por las quejas, el aburrimiento y el anhelo de marcharse de Teresa. El 22 de diciembre de 1766 le escribió agriamente al señor Davenport, que tanto le consentía, preguntándole "en qué condiciones" se quedaría en la heredad de Wootton. "¿Debo permanecer aquí o irme?... Juzgue mi confusión, señor. He quedado completamente a merced de sus sirvientes." Davenport le contestó que no había tenido otro deseo que el expresado, de que Rousseau pudiese disfrutar un arriendo vitalicio de su heredad de Wootton.

Al excéntrico Mirabeau, el mayor, que inició a la sazón una correspondencia con él, le escribió acerca de los "descubrimientos que hago diariamente", que le revelaban "la verdadera naturaleza de su situación". ¿Cuál era ésta? De acuerdo a los testigos de estos últimos años, la señorita Levasseur, que había contendido con los sirvientes de la casa, aseguraba entonces a su amo que se proponían ellos envenenarle o apedrearle. "Teresa Levasseur era el más cruel enemigo que arrastraba consigo", dice Musset-Pathay. Según Davenport, ejercía Teresa un poder absoluto sobre Rousseau. Pero también le infundían un creciente terror David Hume (cuya siniestra voz retumbaba en sus sueños), el "triunvirato" enemigo, los ingleses y el clero protestante. De súbito, temiendo por su misma vida, escribió al señor Davenport, el 30 de abril de 1767:

Debe saber el señor qué ocurre en su casa, especialmente en lo que se refiere a los extraños que allí se reciben. Si ignora lo que ha venido sucediendo desde la Navidad última se halla en un gran engaño; si lo sabe y lo tolera, está más equivocado aún... Mañana, señor, abandono su casa. No desconozco las acechanzas que se me tienden, ni mi inhabilidad para protegerme; pero he vivido, señor. Sólo me resta terminar valientemente una trayectoria vivida con honor... Adiós, señor; siempre lamentaré la residencia que abandono, pero lamentaré aún más el haber tenido en usted un huésped tan agradable y el no haber podido, sin embargo, hacer de usted un amigo.

Si no hubiera en Juan Jacobo tanta tragedia y desgarrante dolor, su estada en Inglaterra nos hubiera provisto la más sazonada comedia, como la del inmortal baladrón de Cervantes. Era menester un coraje sobrehumano para huir con Teresa por caminos desconocidos de Inglaterra, cuando estaba absolutamente convencido de que enemigos le acechaban detrás de cada seto.

El señor Davenport salió precipitadamente de Davenport, donde residía, en una posta ligera. Se encontró con que Rousseau y Teresa habían dejado en Wootton todos sus papeles y baúles, con sus llaves puestas, y una suma de dinero, treinta o cuarenta libras esterlinas, en pago de trece meses de alojamiento. Habían partido el 1º de mayo, sin equipaje alguno, con destino desconocido.

"¿Dónde está mi filósofo salvaje?", escribió quejumbrosamente a Hume, que seguía estos acontecimientos consternado y piadoso. Nada se supo durante varios días del paradero de Rousseau. Los diarios dedicaban mucho espacio a su busca y juzgaban severamente su huída de sus protectores.

Juan Jacobo y Teresa habían errado confusamente rumbo al mar, según se deduce de una carta llegada, al fin, a Davenport, fechada el 11 de mayo en una posada de White Hart, Spalding, Lincolnshire. Agradecía en ella al señor Davenport sus atenciones y le decía que deseaba regresar, lo que haría tan pronto como recibiese su consentimiento. Su viaje había sido "horripilante".

Envió Davenport un sirviente a Spalding, con un carruaje para traerlo de vuelta; pero por ese entonces habíase Rousseau alejado más, en dirección a Dover, donde llegó el 16 de mayo. La visión del mar y de Francia en el horizonte tranquilizóle algo y llenóle de esperanzas. Relató a Corancez, un testigo contemporáneo, que había perdido su camino, temido el arresto y desconfiado de cuantos encontró, incluso de Teresa Levasseur.

El 18 de mayo de 1767 escribió desde Dover al canciller, general Conway, dando rienda suelta a sus alucinaciones. "¡Deseo, señor, dejar Inglaterra o la vida!". Sabía que era víctima de un complot, que jamás le permitirían los "conspiradores" abandonar la isla por temor a que revelase en otros países el duro tratamiento allí recibido, que si ponía un pie sobre la borda de un buque sus enemigos caerían sobre él. Por lo tanto, requería al general Conway la designación de un guardia para escoltarle durante su alejamiento del reino. Preveníale que era él "una figura muy conocida" y que su desaparición por la violencia daría lugar a comentarios desagradables para Inglaterra en toda Europa (!). En retribución de esta escolta prometía fielmente: primero, dejar todos los papeles relativos a sus experiencias en Inglaterra en manos del canciller; segundo, no atacar jamás en sus escritos a Inglaterra y suprimir en sus memorias toda referencia a su estada en el reino; tercero, aceptar la pensión ofrecida por el rey, a fin de que por su honor se viese obligado a no denunciar nunca a ninguno de los súbditos de su protector real.

A la brevedad posible envióle el gobierno un pasaporte. Pero como el barco en que debía partir postergó la salida, a causa de la marea, se puso frenético y, según un relato hecho por él mismo, apostóse en el dock de Dover e hizo una gran arenga a los viandantes. Como su discurso fué pronunciado en francés, nadie lo comprendió.

Cambió al fin la marea, y Juan Jacobo, ya enteramente tranquilo y desfigurado con un saco azul largo mandado hacer ex profeso, se embarcó en el Canal rumbo a Calais, el 21 de mayo de 1767, evidentemente con el consentimiento pleno y las bendiciones de todo el Reino Unido.

Davil Hume escribió entonces con genuina emoción a su amigo Turgot, en Francia, apremiándole a ejercer toda su influencia en el gobierno para la protección del desventurado exilado que regresaba.

CAPÍTULO XIX

EL "VIAJERO PERPETUO": PARANOIAS Y ENSUEÑOS

En el caso de Rousseau no quisiera confundir el genio con la locura, pero considero ciertamente la cualidad de su genio parte vital de la exaltación que un día habría de conducirle a la locura.

F. BRUNETIÈRE.

Estaba solo sobre la faz de la tierra; "no tenía amigos, ni hermanos, ni más compañía que la propia". El más "afectuoso" y "amable" de los hombres hallábase proscripto por el consenso universad. "Ellos", o "esos caballeros" con todo el refinamiento del odio, persiguieron el alma suave de Rousseau, que amaba a sus semejantes, e hicieron de él una vez más y por todas, en la mente de todos, "un monstruo, un envenenador, un asesino".

En cuanto le rodeaba veían sus ojos enfermos una asombrosa red de intrigas, tanto más maravillosa cuanto que, en sus momentos más lúcidos, de reflexión profunda, no podía percibir su obra ni sus motivos, ni las manos de sus agresores. Juzgaba tan sólo que, más que matarle de una vez, le mantendrían vivo a fin de que su alma sufriese eternos tormentos, y que le negarían, entretanto, lo más posible, el alivio de la muerte que anhelaba.

Tal situación está descripta, con un vigor literario que no declina un momento, en los últimos escritos de Rousseau: *Las Confesiones*, los *Diálogos* y las *Rêveries*. Durante diez años, en sus momentos libres, se ocupó en escribir de sí mismo, en narrar la historia de su propia vida y de su carácter, "según la Naturaleza y en toda su verdad". En síntesis, no hizo más que "exhibirse", como los pobres locos, aunque en páginas magníficas, trágicas. En los largos *Diálogos* procura describir, en sus aspectos oscuros, extraños, toda la enmarañada red de intrigas que le envolvió "durante cincuenta años".

En un aspecto ha empeorado palpablemente. La enfermedad, cuyas primeras manifestaciones en Montmorency hemos señalado, parece agudizarse en Suiza, cuando, en un claro tono de megalomanía, escribe en sus *Cartas de la Montaña* que "en lugar de decretársele la prisión debería erigirse estatuas al autor del *Emilio*", y, de ahí en más, progresar rápidamente y comprometer todas sus otras espléndidas facultades mentales.

Había sufrido, en verdad, cierta oposición. Tuvo, sin duda, enemigos que hablaron mal de él y enemigos que, temiendo su venganza, procuraron salir al encuentro de sus golpes. Pero durante los siguientes diez años, su alma oscurecida, enferma, sólo veía al uno contra todos, al mundo contra Juan Jacobo —y los veía necesariamente, por-

que Juan Jacobo nada escribía, nada hacía, excepto reflexionar sobre sí mismo. Puesto que vivía retirado (pronto fué recordado por sus contemporáneos particularmente como una figura del pasado) *era necesario a su manía que viese a todos los hombres persiguiéndole,* calumniándole, ocupándose únicamente del destino de Juan Jacobo. Es ésta la lógica de la locura. La manía de persecución no es más que una compensación, una recompensa por el hecho de su propia grandeza.

La enfermedad progresaba, y a no ser por las partes sanas del hombre, que lucharon por su salvación y, sacándole del horrible tormento, le brindaron al cabo paz y resignación final, la crónica de sus últimos años no hubiera podido registrar para la posteridad más que oscuridad desdichada e infecunda. Podríamos decir con los patólogos que la declinación de sus grandes energías pasionales, salvajemente desplegadas durante tanto tiempo, le llevó al reposo final. Esta extraña historia de un espíritu vigoroso enfermo reviste de una postrera y dolorosa belleza la trayectoria final de Juan Jacobo.

Creían sus enemigos que su orgullo y su arrogancia invencibles le habían vuelto loco. Sin embargo, sus nuevos amigos, cuyo testimonio sobre sus últimos años en Francia fué recogido en abundancia por Musset-Pathay en 1824, creían, en general, que las injusticias verdaderas y las persecuciones reales de quienes había herido, le trastornaron la cabeza.

A principios de 1767, asustado y con un saco azul largo, un hombre que llevaba el nombre de Renou, llegó a las puertas de Fleury-sous-Meudon, uno de los veinte dominios, en Francia, pertenecientes al marqués de Mirabeau. Este Mirabeau, el mayor, que fué uno de los personajes más singulares de la época, había instado al infeliz extranjero, en cartas de "encantadora brutalidad", a huir y refugiarse en sus brazos. Era, como a sí mismo se decía, "el Amigo del Hombre"; un "amigo" didáctico, feroz, excéntrico, antipático, que, si bien fulminaba contra la monarquía, en nombre de los campesinos oprimidos, los aplastaba diariamente con sus imperiosas exacciones; un filósofo *amateur* locamente enamorado de la libertad filosófica que arrojó a casi todos sus parientes a la Bastilla a fin de liberarse de ellos, y torturó, más que a nadie, a su propio hijo, indómito pero de gran corazón, el conde Honoré-Gabriel de Mirabeau, que contaba a la sazón dieciocho años.

> Supongo que *su ama ha empezado a morirse de aburrimiento* (había escrito a Rousseau). En este caso, me agradaría que me proporcionase el placer de refugiarse en mis prados... Tengo un fortín, cerca de Marsella, un anfiteatro que mira al mar... Tengo en Poitou... Tengo en Villers-Coterets... cerca de Montargis...

Hablaba el filósofo noble de su admiración que, sin embargo, empañaba con referencias cáusticas a las sentidas flaquezas:

> No conozco moral que vaya más a lo hondo que la suya; hiere como el rayo y avanza con la firme certeza de la verdad, pues siempre está usted en lo cierto, según sus ideas del momento. (Pero a este elogio agrega un consejo grosero):
>
> "Debe uno restringirse; los extremos son siempre peligrosos. La mejor de las cabezas, cuando se abandona a las quimeras, pierde al cabo el timón de sus pensamientos y cae, antes de tiempo, en la chochera completa. Esta perpetua tendencia a ir contra las corrientes miserables de los asuntos y de la sociedad es el vicio de un niño rebelde.

Tan extraños y chocantes eran los términos de Mirabeau, que admitió más tarde nuestro exilado haberse molestado mucho con ellos. El, cuya cabeza estaba reconocidamente "alterada por el clima sombrío de Inglaterra", necesitaba toda la convicción de su propia inocencia y toda su fortaleza para rendirse a este hombre. Pero "Juan José Renou" no permaneció mucho tiempo en el primoroso castillo de Meudon, que distaba tan sólo cinco millas de París. El incorregible huésped habíale encomendado la lectura de sus muchas obras intrincadas sobre *Filosofía Rural, Despotismo Legal* y otros temas originales por el estilo, libros en los que le resultaba penoso fijar su espíritu errabundo. Estas vejaciones, así como otras debidas a los caprichos del fisiócrata, pronto le decidieron a trasladarse al castillo del príncipe de Conti, en Trye-le-Château, cerca de Gisors, donde fué conducido secretamente por Coindet, su leal amigo, el 21 de junio de 1767.

Era nada menos que un príncipe de Conti quien sentía ahora cierto remordimiento por la precipitación con que había instado a su protegido a huir del tranquilo valle de Montmorency, lanzándolo así a un mar de trastornos.

El misterioso señor Renou era su protegido, y, en adelante, jamás le dejaría vagar el buen príncipe lejos de su mirada paternal.

El castillo era viejo. El distrito rural, con sus colinas altas y regulares y sus escarpados valles, invitaba a vagar agradablemente por él.

"Me hallo en un refugio que, excepto el suyo, nada deja que desear", escribió cortésmente a Mirabeau. Le informó que el príncipe había dicho a la servidumbre del castillo: "Le pongo en mi lugar. Quiero que tenga la misma autoridad que yo he tenido, y no quiero con ello significar que deba *ofrecérsele* nada, pues le haré dueño de todo."

Sin embargo, hubieron incidentes que el forastero del castillo atribuyó en seguida al sistema de persecuciones, cuyos procedimientos vigilaba con pena y tormento desgarradores. Al mes o dos meses de permanencia considerábase ya "maltratado".

En Londres, atribuyó fácilmente al propósito de destruir su tranquilidad mental la maniobra del relevo de la guardia militar, que se hacía regularmente por las calles al son de tambores que también redoblaban bajo su ventana. Y ahora en Gisors, cuando el príncipe, cortésmente, disponía que una orquesta ejecutase música suave a su despertar, interpretaba esa atención como un plan malicioso destinado a humillarle. Teresa Levasseur reñía con los criados del castillo. Debe

haber cuchicheado a su amo que se proponían éstos excitar a todo el distrito rural en contra suya y envenenar a ambos.

"Espera, sufre, ten paciencia —decía a Teresa—. El príncipe no te abandonará. *¿Quieres que tus enemigos digan que no puedes permanecer en ninguna parte?*"

Eran resplandores fugaces que llegaban a su alma en medio de un crepúsculo trágico. Meditando en la soledad o herborizando, revisaba su noción del complot que contra él se tramaba; estaba a la sazón convencido de que el duque de Choiseul, ministro de Francia, era su enemigo implacable, particularmente por lo que había dicho en el *Contrato Social* de los hombres de las clases humildes que, bajo el despotismo, conquistaban el favor político. Los "holbachianos", sus viejos amigos literarios, habían conseguido que Choiseul trabajase para ellos. Además, la señora de Boufflers, querida del príncipe, jamás le había perdonado, al no cortejarla, como eran sus deseos, su desaire. Oh, años atrás, mientras se hallaba en Suiza, ella y la señora de Verdelin debieron haber resuelto con Hume "disponer" de él en Inglaterra. Y Diderot trabajaba en la "liga" adversa porque había ofendido profundamente a Juan Jacobo (la parte agraviada puede perdonar, "el ofensor nunca perdona"). En tanto que Grimm le perseguía con su aborrecimiento porque desde mucho tiempo atrás "su corazón había sido desgarrado por la alabanza que se hacía de Rousseau y que a él se le negaba". Finalmente, el astuto Choiseul, que dominaba en la "liga", al llevar a cabo su designio, había considerado conveniente no ejecutar o aprisionar al autor del *Emilio*, sino utilizar, durante todos los días de su vida, ¡el castigo más refinado del exilio, el oprobio y la calumnia!

Al fiel Coindet, que siempre estallaba en lágrimas cuando veía a Juan Jacobo (y hacía siempre un negocio provechoso con los protectores de éste), escribió: *"No venga después de oscurecer. Siempre hay ladrones ocultos en los bosques que asesinan a cuantos encuentran."* Mas, bien pronto, también Coindet, que le había conducido hasta el príncipe, fué considerado un traidor funesto; y también La Roche, el leal administrador de la señora de Luxemburgo, que le había prestado miles de servicios. Hubo un momento en que resolvió soportarlo todo, "simular no ver nada, endureciendo su corazón y devolviendo caricia por caricia". En otro, envió una incisiva carta a la señora de Boufflers, suplicándole abandonar sus persecuciones veladas y su perdón por las fechorías que hubiera podido cometer. En marzo de 1768 escribió una larga carta al ministro Choiseul, igualmente asombrosa, en la que imploraba su perdón y reiteraba que no había alusión personal alguna en el pasaje sospechoso del *Contrato Social*, como así lo había creído el duque de Luxemburgo. Se trataba nada más que de una mala interpretación hecha por sus enemigos del párrafo, enteramente general en su presagio.

En el ínterin, confuso y desesperado, seguía adelantando la composición de *Las Confesiones*. Se entregó con júbilo a la evocación de

sus andanzas juveniles por los valles encantados de Saboya y de su formación mental bajo el cuidado de la desdichada señora de Warens, que a la sazón se había marchado al otro mundo. Hundido en estas recordaciones, sentía su alma más dichosa al escribir las páginas de oro del libro sexto de su autobiografía. Después de esto, a requerimiento de Mirabeau, pasó a reconsiderar sus muy intensamente debatidas doctrinas políticas. La notable y muy lúcida carta sobre el despotismo y la democracia enviada a Mirabeau, con fecha 26 de julio de 1767, es, en efecto, una postdata al *Contrato Social*, por la que aclara y complementa lo escrito anteriormente.

A instancias de Mirabeau, había estado leyendo cierto trabajo nuevo e interesante de un discípulo de la escuela fisiocrática, que creía, tan dogmáticamente como el doctor Quesnay, en los derechos de propiedad y en la agricultura como la única fuente de producción apropiada sobre la que debía fundarse la riqueza social. Era un tratado *Sobre el orden esencial y natural de una sociedad política*, escrito por Mercier de la Rivière. Rousseau se había opuesto al dogmatismo de esta escuela, dejando tales materias abiertas y considerándolas de incumbencia del Estado conforme al tiempo y a las condiciones particulares. "¿Qué ventajas hay —comenta mordazmente— en que la razón nos ilumine y la pasión nos guíe?"

El problema supremo de toda ciencia política —que le agradaba comparar con la cuadratura del círculo en geometría— era: *"Hallar una forma de gobierno que estableciese el derecho por encima del hombre."* Pero tal esperanza de hallar lo absoluto en los asuntos humanos, alentada por los filósofos antiguos, comenzó a parecer ilusoria hasta al mismo Rousseau. Era éste profundamente escéptico en cuanto al funcionamiento perfecto de una democracia mediante la promulgación de un código de leyes idealmente justo.

> Debemos luego ir al otro extremo (medita) y tratar de colocar *al hombre por encima de la ley*, tanto como sea posible, estableciendo consecuentemente el despotismo absoluto, lo más absoluto posible. Me agradaría que el déspota fuese Dios. En fin, no veo término medio entre el hobbeísmo más perfecto y la más austera democracia, porque el conflicto entre los hombres y las leyes que lanza eternamente a la civilidad a las luchas intestinas es el peor de los males.

Mas luego, cediendo a sus viejas ansias de igualdad y a su apasionada humanidad, retrocede ante la idea de un déspota terrible.

> *Pero los Calígulas, los Nerones, los Tiberios*... Oh, cielos, me revuelvo en la tierra y lloro de ser hombre...
>
> Y ahora, ilustre Amigo del Hombre (concluye), me arrojo a sus pies y le imploro que se apiade de mis infortunios y de mi situación. Deje en paz mi cabeza declinante a fin de no despertar ideales casi extintos... No discuto más, prefiero ceder y permanecer en silencio.

No sólo preocupaban a Rousseau las discusiones vehementes de las doctrinas políticas durante los últimos años del reinado de Luis

XV sino también los violentos trastornos en Ginebra. Y sus expresiones relativas a materias ajenas a sí mismo contenían aún una gran sabiduría.

El 29 de enero de 1768 envió a d'Ivernois, uno de los líderes del levantamiento populista en su país natal, un consejo tan sabio como humano y noble. Todo el espíritu de sus enseñanzas políticas se hallaba contenido en esta serie de cartas escritas cuando su manía de persecución hallábase en su apogeo.

Escribe:

> Firmemente convencido de que nada en esta tierra es digno de ser comprado al precio de la sangre humana y de que en parte alguna hay más libertad que en el corazón del justo, siento, sin embargo, que es natural que las personas valientes, nacidas en libertad, *prefieran una muerte honorable a una servidumbre opaca.*

Las largas disensiones provocadas, en gran parte, por el decreto contra Rousseau, habían llevado a la sazón a su pequeño país al borde de la guerra, en tanto que el pueblo indignado luchaba por arrancar nuevos derechos a la oligarquía de los veinticinco que lo gobernaba. La excitación se intensificó cuando el teatro de Ginebra, erigido a instancias de Voltaire, fué incendiado, la noche del 29 de enero de 1768. (Apresuróse Voltaire a atribuir el incidente a las obras siniestras del "valet de Diógenes", pues en su poema satírico, *La Guerre de Genève,* pinta a Juan Jacobo y a Teresa poniendo fuego a este teatro, aunque en verdad hallábanse ellos en ese momento a quinientas millas de distancia). Empero, lo que más detestaba Rousseau era el desorden, cuyas consecuencias harían desdichados a cuantos amaban a su patria. Escribe a sus partidarios:

> Os queda un último paso, el único digno de vosotros: abandonar esas paredes que debieron ser la ciudadela de la libertad y no son hoy más que el refugio de la tiranía, en lugar de mancharos las manos con la sangre de vuestros compatriotas; salir juntos y simultáneamente, a la luz del día, con vuestros hijos y vuestras mujeres y, puesto que debéis llevar cadenas, soportad las de un gran príncipe, preferibles al yugo intolerable y odioso de vuestros ideales.

Largas cartas salieron del refugiado en Trye-le-Château, invitando a la tolerancia y la paz, y hasta bosquejando cambios en la Constitución por los que el poder despótico del aristocrático Consejo de los Veinticinco sería frenado por los representantes de la mayoría, en tanto que la autoridad suprema del gobierno se apoyaría, en adelante, en la legislatura o Consejo de los Doscientos. De este modo sería abolida "la autoridad hereditaria y tiránica, usurpada por unas pocas familias". Antes de la guerra civil recomendaba a toda costa la mediación, porque sentía que *el destino estaba de parte de los insurgentes.* "Preveo que dentro de diez o veinte años los tiempos serán más favorables a la causa del Partido Representativo; esto me parece inevitable." Fué una predicción muy exacta. Las ideas inflamables

estaban en el ambiente y podían percibirse dondequiera. Antes de los diez años los norteamericanos se levantaron contra el trono inglés y, a los diecinueve, se produjo en Francia la convocación de los Estados Generales. En marzo de 1768, con motivo de ciertas concesiones hechas a los populistas, sobrevino en Ginebra una tregua, pero la lucha por la igualdad continuó, con varias intermitencias, hasta 1848, año en que fueron finalmente acordados "los derechos del hombre" y el sufragio universal.

2

En la primavera de 1768 vió claramente Rousseau que no podía permanecer en el castillo de Conti. El inconveniente radicaba en el hecho de haber intentado siempre "habitar un castillo ajeno antes que alguna choza bardada de su propiedad". Creía que se excitaba en su contra a cuantos le rodeaban: "sacerdotes, campesinos, todo el vecindario"; que si el conserje del castillo muriese de repente, se sospecharía, naturalmente, que el veneno había sido suministrado por él. Su gran amigo Dupeyrou fué a visitarle y enfermó de gota. ¡Oh, "ellos" atribuirían a Rousseau la culpa! No se atrevía a salir al campo a recoger las flores que estudiaba bajo su vidrio de aumento. Sentíase aprisionado, obstruído y sólo tomaba aire en el jardincito emparedado del príncipe que había debajo de su ventana.

En cuanto a lo que se refería a él mismo continuaba perfectamente loco, salvo algunos resplandores de lucidez, como cuando le dice a Dupeyrou, en marzo de 1762, que no sabe "cuál de sus partes debe tratar más: si la cabeza o el cuerpo". Hubo un momento en que se le ocurrió que el mundo que le rodeaba era sonriente y tranquilo, que sus temores podían ser enteramente imaginarios:

> Paseaba con gran alegría, regresaba dichoso y recibía noticias que me eran placenteras; percibiendo al fin que nada de lo que había sospechado ha acontecido, *comienzo a temer, después de tantas desdichas verdaderas, que estoy propenso a ver las imaginarias que afectan a mi mente.*

Por esos días, como relató a Corancez, amigo suyo en sus últimos años, sospechaba hasta de la malevolencia de Teresa, su fiel compañera. A principios de junio, víctima de una crisis repentina, se marchó precipitadamente, *dejando tras de sí a Teresa,* como así también una de sus extrañas notas de despedida al príncipe de Conti:

> Cuantos componen su familia no pueden comprenderme. Ya me estimen un espía o un hombre honrado, todos temen relacionarse conmigo. De modo, *monseigneur,* que no han omitido esfuerzo alguno para hacerme odiar y escarnecer por todos y obligarme a abandonar su castillo... Mi vida y mi corazón son suyos, pero mi honor es mío. Deje que me vaya mañana. Usted no puede permitir que un bribón como yo permanezca entre tanta gente honrada.

A mediados de junio atravesó furtivamente París y se dirigió luego rápidamente, en una diligencia, a Lyon y el sud de Francia. Con la

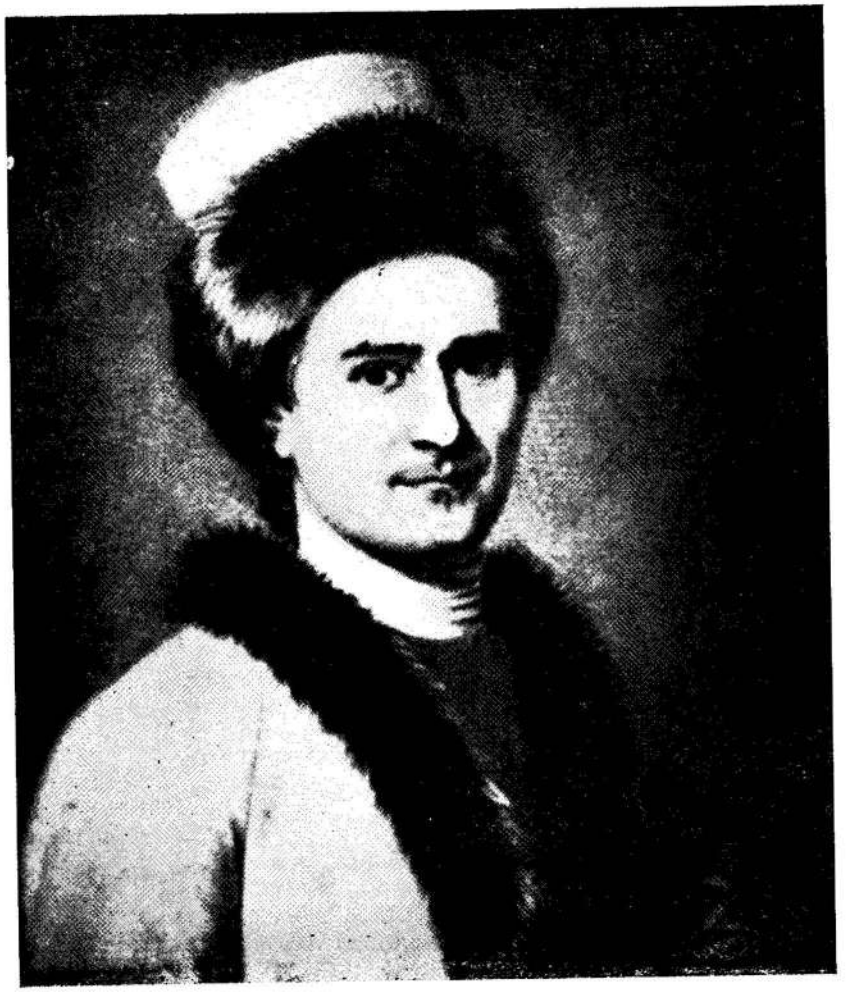
protección de personas espectables que habían recibido la promesa de que no sería molestado por el gobierno, erró por el país con la mayor seguridad. Choiseul, en respuesta a sus instancias, le había hecho llegar papeles que le permitían entrar y salir de Francia a su antojo. En ocasiones, mientras herborizaba tranquilamente en los alrededores de Lyon con viejos amigos de confianza, parecía despertar con un suspiro de alivio de sus pesadillas. En una carta escrita en Lyon dice que con este viaje procuró "apartarse de los recuerdos tristes que afectaban grandemente su corazón, su mente perturbada". Atravesó los extensos pastizales de la Grande Chartreuse en busca de plantas alpinas y se detuvo en la encantadora ciudad de Grenoble, donde recordó tantas escenas de su juventud. La identidad de Monsieur Renou era percibida por la gente y nadie le apedreaba. Por el contrario, en dos días sucesivos, 13 y 14 de julio de 1768, recibió ovaciones triunfales. Se ejecutaban serenatas debajo de las ventanas del hombre por quien la Europa entera sentía una grande y vaga veneración.

Sin embargo, recapacita, piensa en el suicidio o bien en la rendición voluntaria a los perversos enemigos que acechan por doquier. La noche del 25 de julio le vemos desvelado, escribiendo a Teresa a las tres de la mañana:

> Dentro de una hora, querida, salgo para Chambéry, armado con buenos pasaportes y la protección de las autoridades. Si tengo suerte en el viaje, espero estar de regreso antes de finalizar la semana, y te escribiré en seguida. *Si dentro de una semana no tienes noticias mías, no esperes más y arregla tus asuntos* con la ayuda de los protectores en quienes sabes tengo plena confianza y que no te abandonarán...
>
> Desde que partí de Trye tengo cada vez más pruebas fidedignas de que los ojos vigilantes de la malevolencia jamás me abandonan un solo momento... El principal objeto de este viaje es ir a la tumba de esa tierna madre, que has conocido, a llorar la desventura de haberla sobrevivido. (También entra en mis planes dar a mis enemigos, *que me acechan en todas las fronteras,* una excelente oportunidad de realizar lo peor). Si mis expectativas y conjeturas me engañan y regreso sano y salvo, has de saber, querida, que, hastiado de mi propia vida, me placerá en adelante hacer la tuya dichosa y dulce. Adiós, querida hermana. Te abrazo como hermano y amigo.

Va entonces a visitar, al otro lado de la frontera de Saboya, en el amado valle de Las Charmettes, al anciano conde de Conzié, y a Chambéry, para arrodillarse y llorar en el sepulcro de la señora de Warens.

Nadie le persiguió; nadie le atacó; y a los tres días estuvo de regreso en Grenoble. Pero de allí, sin duda por la palabra incauta de algún lugareño, salió precipitadamente y, tomando la diligencia para Lyon, llegó hasta la aldea de Bourgoin, donde descendió y se dirigió a una obscura taberna llamada Fuente Dorada. En ella, presa de un nuevo delirio de su manía persecutoria, trabajó en los últimos libros melancólicos de *Las Confesiones.* Fué también allí, en la vil taberna de un camino, donde un día, que se encontraba solo y enfermo, dejó en



ROUSSEAU EN TRAJE ARMENIO *Atribuído a Liotard*

RETRATO DE TERESA LEVASSEUR, FECHADO EN 1791

De la colección de T. Belin, París

la puerta de su habitación la extraña inscripción que nos revela por entero su penoso estado de ánimo:

Sentimientos del público, de las distintas clases, hacia mí.

Los reyes y los poderosos no dicen lo que piensan, pero me tratarán siempre honorablemente.

La verdadera nobleza, que ama la gloria... me honra y permanece callada.

Los magistrados me odian a causa de los agravios que me infirieron.

Los filósofos a quienes he desenmascarado buscan mi ruina; lo conseguirán.

Los obispos, orgullosos de su nacimiento y de su fortuna, me estiman sin temor.

Los sacerdotes, vendidos a los filósofos, me ladran para hacerles la corte.

Los talentos me insultan, en venganza de mi superioridad, de la que son conscientes.

El pueblo, que era mi ídolo, ve solamente en mí una peluca de lana burda y un decrépito.

Las mujeres, víctimas de los dos fríos filósofos (¿Grimm y d'Alembert?) que las escarnecen, traicionan al hombre que merece lo mejor de ellas.

Los magistrados de Ginebra conocen las injurias que han cometido, saben que les perdonaría y, si se atreviesen, me darían una satisfacción.

Los conductores del pueblo, alzados sobre mis hombros, de buen grado me ocultarían para que ellos solos pudiesen ser vistos.

Los hombres de letras plagian y me increpan; los engañados me maldicen y la canalla silba.

Las gentes virtuosas, que aún existen, se lamentan en silencio ante mi suerte; benditas sean si algún día todo lo relatan a la posteridad.

Voltaire, que por mi bien no puede dormir, parodiará estas líneas. Sus insultos groseros no son más que el homenaje que está obligado a rendirme a pesar suyo.

También otros tiernos recuerdos le conmovieron durante su estancia en Bourgoin. Después de varias semanas de separación, llamó a Teresa a su lado; se ablandó, lloró de júbilo a su llegada y decidió reparar el gran trastorno que le había ocasionado. El famoso "casamiento" de la singular y desdichada pareja tuvo lugar el 30 de agosto de 1768 en la taberna *Fuente Dorada,* en presencia del intendente y de un tal capitán Rosière. Declaró que "este honrado y sagrado compromiso" se había realizado de la manera más sencilla posible, "presenciado por el Cielo y por dos hombres de mérito y honor, oficiales de artillería ambos, uno de ellos hijo de mi más viejo amigo (Roguin)". Ni siquiera asumió la forma de un contrato civil, algo que por aquel entonces poco más valía que la mera declaración de unión solemnemente formulada ante testigos. ¿Debióse a que un matrimonio verdadero habría convertido a Teresa en la esposa de un protestante, lo que la privaría de todos los derechos legales? Sea como fuere, lo cierto es que la pequeña "ama", a la que Juan Jacobo había alzado de las calles de París, y con quien había vivido en castidad durante los últimos doce años, llegó a ser Madame Rousseau. "Viendo que a toda costa deseaba seguir su camino —declaró— he dispuesto las cosas de tal modo que, por lo menos, lo siguiera con honor."

Es posible que Teresa Levasseur haya sido "su más cruel enemigo" que arrastraba consigo en todas partes, y que haya ejercido sobre él una influencia ilimitada; pero existían también los vínculos de sus servicios; existían los vínculos del pecado común que ambos "lloraban y expiaban"; existían sus servicios leales incalculables, prestados en centenares de ocasiones, cuando alimentaba sus sospechas durante las noches de insomnio y le prevenía contra las intrigas siniestras. Le fué siempre Juan Jacobo agradecido y fiel; se asía a ella.

En la "ruin taberna" de Bourgoin, localidad que describió como una región húmeda y pantanosa, permaneció Rousseau hasta enero de 1769, en que, sin motivo serio, como de costumbre, resolvió marcharse. Pensó en muchos lugares distantes: en la isla de Chipre, del archipiélago de Grecia, en Turquía, en las colinas americanas, hasta en Wootton, que lamentaba entonces haber abandonado, puesto que se dirigió al embajador inglés solicitándole un nuevo pasaporte. Empero, no fué al cabo a ninguno de esos lugares y aceptó la oferta mucho más conveniente de una pequeña alquería en la bonita aldea vecina de Monquin, no lejos de Grenoble —a una milla de Bourgoin— que le había hecho un caballero llamado De Césarges. De modo que fué a residir a un lugar espléndido tal como convenía a su espíritu romántico. Hallábase Monquin sobre una elevada meseta, a cuyo Este veíanse las cadenas de picos alpinos y, a sus pies, la gran comba del río Rhône. Allí, en una habitación en lo alto de la alquería que aún se conserva, debió haber escrito las últimas páginas de *Las Confesiones*. Aunque rodeado de la mayor benevolencia, seguía paseando de día y durmiendo de noche con su compañera, aterrado. Allí debió haber escrito esas líneas dictadas por la paranoia que son el *leit motiv* de toda la segunda parte de *Las Confesiones*:

Los techos tienen ojos... las paredes que me encierran tienen oídos; rodeado de espías y malevolentes, de guardias vigilantes, incómodo y temeroso escribo apresuradamente algunas palabras que apenas tengo tiempo de releer. Sé que, a pesar de las barreras inmensas que se apilan incesantemente a mi alrededor, temen aún que la verdad escape por alguna fisura. ¿Qué hacer para abrirme paso? Lucho sin esperanzas de éxito.

Un tal Thiévenin, un impostor, apareció cierto día para perturbar su sueño. Alegaba este hombre que, al pasar por Suiza, habíale Rousseau pedido prestado nueve francos y suscrito una nota con el apelativo "El viajero perpetuo". Este asunto de los nueve francos pronto le llevó al borde de la locura y atosigó su vida durante el invierno de 1768-69. Escribió una veintena de cartas pidiendo testimonios, movilizó a gobiernos... hasta que los magistrados de la vecindad descubrieron que Thiévenin había estado preso en galeras...

"Descubierto" el nuevo "complot" de sus "enemigos" vivió por un tiempo en tolerable paz. Hizo expediciones botánicas con amigos, entregándose a su pasión irresistible por el estudio de las plantas, para lo que al perecer tenía algún talento.

La botánica —dice en sus *Rêveries*— es la materia del hombre ocioso y solitario; una aguja de coser y un vidrio de aumento es todo lo que necesita; pasea, vaga en libertad de uno a otro objeto, contempla cada flor con interés y curiosidad y, tan pronto como llega a comprender las leyes de su estructura, se deleita observándolas sin desasosiego y con un placer tan agudo como si le hubiera éste costado mucho.

Había un hechizo inefable en las andanzas del naturalista, ya que cada paso parecía adentrarle más en el bello laberinto del mundo de puertas afuera y llevarle a comprender cada vez más profundamente la historia de la naturaleza y del reino vegetal.

"Herborizaré hasta el día de mi muerte, y después —escribió desde Monquin en una carta—, pues mientras haya flores en los Campos Elíseos haré con ellas guirnaldas para los hombres verdaderos, francos, nobles, como los que merecí encontrar en la tierra."

Los elementos de felicidad aldeana que el autor de *La Nueva Eloísa* había descripto con tan vivos colores podían ser gozados en los rincones de la provincia de Dauphiné, donde se había enterrado, y deben haber contribuído a poner fin a sus aterradas divagaciones. Las damas del lugar le colmaban de atenciones; nobles y burgueses le hacían la corte; las gentes humildes le respetaban. Los complots más deplorables contra su paz que pudo descubrir fueron los pequeños ardides de sus huéspedes para que se le vendieran en la vecindad provisiones a mitad de precio a fin de que pudiese vivir cómodamente con su reducida renta de mil ochocientos francos anuales.

Había personajes dignos en la región, siendo uno de los más conocidos y amados el capitán de Saint-Germain, un noble y héroe de la reciente guerra. Viendo que este excelente hacendado, que vivía muy cerca, no le manifestaba la importunidad de escudriñarle, hízole Rousseau algunas insinuaciones.

Tuvo lugar una entrevista en la que Rousseau, con su ingenuidad y franqueza, cautivó al veterano soldado. Notando que este hombre venerable serviría de testigo irrecusable de su carácter, dejó en sus manos la larga carta autobiográfica que ha sido llamada "Testamento Místico" de Rousseau o *Discurso a la Posteridad* y que puede agregarse a sus muchos otros escritos confesionales.

¿Podía el alma desgarrada de Rousseau encontrar reposo en Dauphiné, la más agradable de las provincias de Francia? A los seis meses apenas de su establecimiento en la alquería de Monquin estaba Teresa en disputa con los sirvientes de sus huéspedes. A juzgar por una extraña carta del 12 de agosto de 1769, una amarga reyerta se interpuso en la flamante pareja de desposados. Decidió el esposo adoptar un régimen de separación.

Nótese cuánto más tiernas y sinceras son las cartas de Rousseau a Teresa, cuánto mejor revelan su naturaleza que los estallidos pomposos, retóricos, a sus damas nobles. Hablaba a Teresa con la simplicidad de un niño:

Durante los veintiséis años de nuestra unión, querida, sólo he buscado mi felicidad en la tuya. Sólo he procurado hacerte dichosa... Veo con dolor que el éxito no ha coronado mis esfuerzos... Mi querida amiga, no solamente has dejado de hallar placer en mi compañía sino que parece ser una desgracia para ti pasar algunos momentos a mi lado, sin miramientos para mí. Eres dichosa con todos menos conmigo; cuantos te rodean *conocen tus secretos, menos yo.*

El veneno de la sospecha surge de esta carta por la que podemos reconstruir el "incidente" inquietante: evidentemente había manifestado ella su "frialdad"; deseaba sin duda irse de Monquin.

En verdad, había querido "dejarle irritado", ¡desaparecer para siempre! Aunque con el corazón desgarrado, decidióse él por el expediente de una separación temporaria. Emprendió una expedición de varios días a las laderas de Mount Pilat, dejándole instrucciones (para el caso del eternamente esperado desastre que podía acontecerle), en el sentido de no recurrir jamás a sacerdotes, grandes personajes o literatos; de apartarse a algún rincón provinciano o alguna pequeña ciudad como Blois u Orleans, donde había nacido, a fin de morir en paz y con el honor conveniente a una gran esposa.

Las notas de esta sorda disensión pronto desaparecieron; y, a su regreso de la expedición botánica, todo estaba nuevamente en paz, salvo la afirmación de Teresa de que durante su ausencia había sido insultada por sus huéspedes y ofendida de muchas maneras por la servidumbre de la casa. Su objeto, la meta de su tan sostenida campaña, era volver a París. Y a partir de 1769 es éste también el propósito de Rousseau, expresado en varias cartas que dirigió al príncipe de Conti.

3

En Monquin interrumpió Juan Jacobo la narración de sus memorias en el punto de su partida de Inglaterra, en 1765, que es todo lo que al respecto nos ha dejado. En él se detuvo. ¿No había prometido acaso no mencionar jamás a ese país? No se le escapaba que quería sobre todo volver a París, con documentos en la mano, para afrontar allí a los fraguadores del "nefando complot" contra su buen nombre.

Pero ¿podía atreverse a hacerlo frente a una orden de arresto sin duda aún en vigencia? Sin embargo, lo anhelaba, soñaba en ello. Le era imposible quedarse por más tiempo en el lugar...

El príncipe Conti había recibido noticias de este proyecto y, al visitar una de sus posesiones meridionales, se había entrevistado con Rousseau, una o dos veces, cerca de Nevers. Procuró seriamente disuadir al desdichado filósofo de "seguir sus ideas", es decir, de dirigirse a la Capital, donde la protección de los amigos no podría prevalecer sobre el gobierno o los magistrados, a menos que permaneciese dentro de los precintos del Templo, donde podía gozar de "inmunidad real". Pero rechazó él esto con obstinación.

Contenido por las objeciones del príncipe, y a pesar del centenar de secretos motivos que le llamaban a la gran Capital, de la que habíase ocultado durante años, continuó el extraño hombre algunos meses más en Monquin, llevando una vida exteriormente tranquila. Entretanto, las murmuraciones nocturnales de Teresa también influenciaban su imaginación.

En la región de Monquin han sobrevivido muchas leyendas concernientes a Rousseau. La gente de la aldea, en general, le estimaba, pues se distinguía a menudo por sus múltiples e impulsivos gestos de bondad para con sus vecinos y por las caridades que hacía a los pobres. Existe la historia de un importante presente en dinero que hizo a un granjero local a quien se le había quemado la casa. Existe también el testimonio de su alegría y de sus costumbres sencillas: se mezclaba con los lugareños pobres, participaba de sus fiestas campestres, les visitaba o les recibía graciosamente. La revisión de sus normas de conducta hizo que abandonara a casi todos sus viejos amigos. La señora de Verdelin y la señora de La Tour de Franqueville, dos mujeres que habían seguido las fluctuaciones de su suerte con una lealtad terrible, en vano esperaban noticias suyas; le escribieron interminables exhortaciones angustiadas que no obtuvieron respuesta.

Teresa, después de su matrimonio, gozaba evidentemente de un poder supremo sobre el alma de su marido. Empero, no había éste dejado de conquistar nuevos amigos, en virtud del hechizo social genuino que jamás le abandonaba y también para tener confidentes a quienes abrir sin riesgos su corazón. El conde de Clermont-Tonnère, descendiente de una vieja familia, era un recién llegado que oía confesiones del filósofo muy semejantes a las hechas al digno Saint-Germain. También escribía Rousseau a la sazón prolíficamente cartas en las que impartía directivas a las almas enfermas que se comunicaban con él. De todas partes le llegaban entonces estas solicitaciones, que demuestran por cuán poco "bribón" se le tenía. Respondía con la mejor buena voluntad y hasta con prudencia a cuantos le buscaban como conductor de sus conciencias. Sin embargo, al margen de su estado consciente, yacía siempre la sombra profunda, enmarañada, de su sinrazón. Las cartas que escribía en Monquin, ora mórbidas, ora sanas, eran, en su mayoría, precedidas por este triste épígrafe:

Pauvres aveugles que nous sommes!
Ciel, demasque les imposteurs,
Et force leurs barbares coeurs
A s'ouvrir au regards des hommes! (1)

Aunque había terminado *Las Confesiones* hasta el punto en que hoy las leemos, sentía todavía la apremiante necesidad de nuevas confesiones que le aliviasen. La carta autobiográfica al capitán de Saint-

(1) ¡Pobres ciegos que somos! / ¡Cielo, desenmascara a los impostores / y obliga a sus corazones bárbaros / a abrirse ante las miradas de los hombres!

Germain, del 26 de febrero de 1779, es un documento que ha interesado mucho a los alienistas, como que señala el clímax de su delirio. Todas las persecuciones que rondaban por su cerebro están claramente *sistematizadas* en ella; de manera que podemos reconocer una etapa final en la insanía parcial que le aquejaba; el tormento horripilante debe continuar intensificándose hasta llegar al punto culminante.

Para el amigo de su confianza hizo Juan Jacobo una reseña de su propio carácter. La carta iba a ser un "monumento" a la memoria de Rousseau. Declaraba en ella que era un hombre inofensivo, extremadamente virtuoso; que no era jugador, ni ambicioso, ni goloso, ni avariento; que no era un libertino, pues en toda su vida había tenido sólo dos queridas. Cierto era que, en una etapa de su vida, había llevado a sus hijos a la Casa de Niños Expósitos; "pero lejos de excusarse se acusaba" de ello. ¿Cómo, pues, podía presentársele como un "padre desnaturalizado"? Había una vez amado la gloria. ¿Era esto un vicio? Y por haberle buscado conspiradores secretos le perseguían por doquier, informando a todo el mundo que era él un criminal, sin especificar jamás en qué consistía su crimen... ¿Era posible que hasta Grimm y Diderot hubiesen fraguado un libro abominable que fué atribuído al autor del *Emilio*? A consecuencia de sus esfuerzos había sido expulsado de Francia; se le tentó a ir a Inglaterra, donde se le preparó igual destino. Ahora, a su regreso, hallaba a Francia llena de "escarnio y horror" para su persona. La gran obra, a la que el mismo ministro Choiseul se consagraba, se estaba consumando en gran estilo y con muchas herramientas. Todos los retratos de Rousseau, por ejemplo, se hacían desaparecer, mientras que el pintado en Inglaterra con la connivencia de Hume, el de Ramsay, en que parecía un cíclope, circulaba por doquier. Cuando estaba por redactar una Constitución para Córcega, fué la isla invadida por las tropas francesas y sojuzgada, mientras el general Paoli huía. En todo esto debía haber una equivocación que había desviado a la justicia. "¿Cómo han podido ellos cubrir la iniquidad de su conducta? *Es esto lo que sobrepasa mi entendimiento.*"

Veía que la intriga era absolutamente incomprensible, lo que nos demuestra lo cerca que estaba de la salud mental, ya que otro paso en su razonamiento, sin divagar por laberintos interminables, le habría revelado también la irrealidad de toda la quimera.

Desesperaba por entero de resolver alguna vez el gran enigma. Lo que más fervientemente anhelaba era la muerte. Todo lo que entonces soportaba voluntariamente era el sufrimiento. "*Envidio la gloria de los mártires* —termina—. Nada es más grande y bello que sufrir por la verdad." No había tenido la fe de los mártires, pero sí el mismo celo y la misma inocencia...

Entonces, en nombre de la verdad, todo su ser apasionado se volcó en la resolución de avanzar por la carretera a París, en la primavera de 1770. Confesaba que iba *en busca de un martirio glorioso.*

Algunos incidentes precipitaron sin duda alguna su movimiento. El duque de Choiseul había a la sazón caído del poder. Es posible que raras veces haya pensado en Rousseau durante su turbulenta administración, pero, sea como fuere, cayó en desgracia, fué removido y no pudo causar daño alguno al mártir. Más aún: el parlamento pendenciero de París, que se necesitaba, al menos, para legalizar las leyes del déspota, fué también abolido mediante un *lit de justice* y reemplazado por el Parlamento "ficticio" de Maupéou; también éste pronto sería abolido por un monarca desesperado e idiota. Llegó al fin el 1770, que fué un año de perdón general y de buena voluntad, desde que todos los pensamientos se habían volcado al casamiento del Delfín con María Antonieta. En medio de sus amigos influyentes, intentará Juan Jacobo la realmente azarosa empresa de introducirse furtivamente en París, a la faz de la orden de su arresto vigente desde hacía ocho años.

Que Teresa, cuya vida entera habíase concentrado en París, jugó un papel importante en su decisión, podemos inferirlo por la nota de despedida dejaba por él a sus huéspedes: los *Césarges*. Conservaba ella terriblemente vivo en su recuerdo la pedrea nocturna en la aldea suiza de Motiers y temía la repetición del hecho allí. He aquí cómo él se despide:

"Aunque le sé un caballero honorabilísimo y muy probo, percibo con sorpresa cuán tranquilamente permite usted sufrir a mi esposa, durante mi ausencia, viles ultrajes de los pillos con polleras a quienes la señora de Césarges ha creído conveniente entregarnos." Con este severo mensaje se despidió de las colinas y los pastizales de Dauphiné.

Por ese entonces se declaró el más célebre e infortunado de los hombres, como Tasso, cuyas estrofas plañideras gustaba leer con "voz cascada y temblorosa". Con todo, sentíase impulsado a arrojarse en manos de los adversarios infernales que le aguardaban en la Capital. Sucediese lo que sucediese, "grandes y tristes deberes" le llamaban a París, después de una ausencia virtual de ocho años.

Mucho ha sorprendido el hecho de que diese ese paso en medio de su delirio. Pero él mismo nos dice que *el honor, el deber y la necesidad mandan; debo obedecer.* Se ha dicho que se había cansado de la oscuridad en que vivía; parece ser también que sus medios de vida se habían reducido considerablemente, en gran parte debido a sus principios que le habían obligado a renunciar a ciertas pensiones que se le habían concedido. En vano le esperaba la tentadora suma de doscientas libras esterlinas, a que ascendían los cobros parciales no realizados del indeseado presente del rey de Inglaterra.

Al millonario Dupeyrou pagó obstinadamente, durante un período de años, la cantidad de cien libras esterlinas que le había prestado. Debe haber alguna verdad en el argumento de que deseaba ejercer su oficio de copista en París para ganarse el sustento.

Su marcha hacia París está comprendida en frases de los *Diálogos*, de acentos dramáticos que le eran característicos:

"Este hombre audaz, a pesar de tanta enemistad y tantas amenazas terribles, viene orgullosamente a París a provocar con su presencia a los tribunales inicuos que le han condenado no obstante conocer plenamente su inocencia."

Llevaba consigo en el viaje el manuscrito, espléndido y vengativo, de *Las Confesiones*, única arma con la que se proponía aniquilar a sus enemigos. ¿Quién podría resistir su tono de verdad solemne, sus múltiples y vibrantes llamamientos a la justicia? ¿Quién podría soportar sin ablandarse y llorar el clamor desgarrante y angustiado de su exordio?

Seáis quienes fuéreis vosotros a quienes mi destino o mi confianza hagan los árbitros de estos papeles: os conjuro por mis infortunios, por vuestras entrañas, en nombre de la especie humana, a no destruir una obra útil y única... que habrá de perdurar como el único monumento a mi carácter no desfigurado por mis enemigos... Y, finalmente, si fuéreis unos de mis implacables enemigos, dejad de serlo para mis cenizas y no extendáis vuestra cruel injusticia a tiempos en que ni vos ni yo existiremos.

Juan Jacobo llegó a París llevado por el invencible deseo de leer sus memorias a hombres y mujeres de toda condición social y de verlas circular en vida a fin de que la sagrada y poderosa verdad pudiese deshacer la trama apretada y oscura de la felonía y subsistir "a pesar del Cielo y del Infierno".

CAPÍTULO XX

LAS ULTIMAS VISIONES

"POST TENEBRAS LUX"

Su marcha hacia el norte, rumbo a París, no fué directa sino con muchas paradas a lo largo de las orillas preferidas del Rhône, excursiones que tenían por objeto la botánica y ovaciones fervientes de sus viejos partidarios que se regocijaban de abrazar nuevamente a su Juan Jacobo. No faltaron en ella el buen humor ni la fantasía, pues en Lyon, en junio de 1770, al enterarse de que los autores de París estaban haciendo una suscripción para erigir una estatua a Voltaire, detúvose Juan Jacobo en su marcha y llamó la atención pública ofreciendo dos luises a tal fin.

Era un *beau geste* porque a la sazón contaba con muy pocos recursos.

Supe, señor (escribió a uno de los organizadores de la empresa), que se proyecta levantar una estatua a Voltaire, y que se permite contribuir a la empresa a cuantos son conocidos por la publicación de alguna obra. He pagado caro el derecho a este honor y le ruego interponer sus buenos oficios para que se me cuente entre los suscriptores.

Voltaire, que apenas había disminuído en sus cartas el volumen y la ferocidad de sus invectivas contra el "bastardo de Diógenes", las que se leían como gacetas, se quedó mudo de ira ante el ofrecimiento de Rousseau. Fué necesaria toda la afectada dulzura de d'Alembert, manifestada en repetidas comunicaciones, para aplacar su furia. ¡No!, gritaba Voltaire, los escritores franceses jamás deben permitir que un autor extranjero (suizo) participe en esta cuestión, y el duque de Choiseul menos que nadie. Pero el mensaje que d'Alembert le enviaba reiterada y hasta secamente, decía que sería mejor tolerar al "loco, charlatán" de Rousseau; que gozaba éste en realidad de la *protección* de personas poderosas puesto que *se le veía entonces desfilando por París frente a una orden de arresto en su contra.* (¡Algo que jamás había ocurrido!) Y que era mejor evitar un escándalo ruidoso. Voltaire comprendió y se sometió.

Era extraño; pero persistían los rumores de que Rousseau se hallaba en alguna parte de París y andaba sin ser molestado, como de antiguo. Los chismes y *badauds* que se difundían por Point-Neuf informaban que todos los días se le podía ver jugando al ajedrez o tomando café en el Café de la Régence, frente al Palacio Real. Según Grimm, en la *Correspondance Littéraire*, las multitudes se reunían bloqueando completamente las calles para ver a Juan Jacobo. Cuando personas de la multitud eran interrogadas por las autoridades acerca

de cuál era la causa del aglomeramiento, respondían que esperaban para ver a Juan Jacobo, pues habían oído decir que iría allí a jugar al ajedrez. "¿Quién? ¿Juan Jacobo? ¡No lo conocemos!..."

La presencia del autor del *Emilio* era conocida pero no advertida oficialmente. Hallábase bajo la protección de Conti, pero se le pidió discretamente que no concurriese al Régence para evitar la perturbación del tránsito o los comentarios desfavorables.

El 24 de junio había llegado al Hotel du Saint-Esprit, ubicado en la calle Plâtrière, cerca de la actual calle Montmatre, donde anteriormente había vivido con Teresa durante muchos años. La calle Plâtrière, llamada por Mercier en su *Tableau de Paris,* "la más ruidosa de París", vibraba aquel día con sus gritos familiares y sus detonaciones.

De inmediato fué allí Juan Jacobo abrumado por las visitas, pero las personas que a la sazón prefería eran integrantes de la nueva generación literaria, hombres como Rhulières y Dusaulx, que ganaron su confianza. Recibía también a grandes señores y damas, como el príncipe de Ligne, la señora de Genlis, Sofía Arnauld, la famosa actriz, el príncipe de la corona de Suecia, el príncipe Pignatelli de Egmont, la condesa de Egmont (una Richelieu) y muchos otros. Bernardino de Saint-Pierre, Goldoni, músicos como Coignet (que trabajaba con él en una nueva ópera), Grétry y Gluck, hormigueaban a su alrededor. Iba también a la ópera; componía fragmentos musicales; una vez más visitó, en compañía de botánicos cultos, el *Jardin des Plantes*; juntaba y conservaba flores. Finalmente anunció a los cuatro vientos que había reasumido su oficio de copista y que haría negocio a doce centavos la página.

Todo era evidentemente justo, como lo había sido antes. Empero el negocio más importante, que determinó su regreso audaz a París, salta, para nosotros, a la vista. El año anterior había Teresa confiado ciertos escritos suyos a una abadesa de Nadaillac, persona muy venerable y de confianza que vivía cerca del Castillo de Conti, en Gisors. Rousseau le escribe el 20 de julio: "Ruégole devolverme por manos seguras el infolio de *Las Confesiones* que le he dejado y debo recuperar de inmediato [1].

En su manía, estaba profundamente convencido de que si una vez pudiese componer un relato verídico de sí mismo, de su vida, de su carácter, de sus principios, y hacerlo oír a las personas honradas, *¡se salvaría!* ¡La "liga" sería desbaratada y humillada! Pero la locura de persecución le poseía moderadamente; jamás fué homicida ni violento. Deseaba él mostrarse *intus et in cute*, pero, contrariamente a todos los

(1) Con frecuencia dejaba Rousseau copias de sus escritos a las personas de confianza, con la esperanza de ponerse a cubierto de las tergiversaciones. A menudo, por súbitas intuiciones, confiaba más que en los viejos amigos probados en gente extraña que sólo había visto una o dos veces; hasta en extranjeros, como el inglés Brooke Boothby, que se llevó un fragmento de los *Diálogos* y lo publicó después de la muerte de Rousseau. Sus múltiples memorias fueron deliberadamente desparramadas en muchas direcciones, lo que acrecienta la labor del biógrafo.

locos que han existido, lo haría a través del gran libro que había escrito.

¿Pero no estaban todos sus contemporáneos atosigados en su contra por la "liga", por "Esos Caballeros"? Jamás le escucharían; ¡nunca le creerían! Fué así cómo llegó a la taimada resolución de dirigirse a los jóvenes entre veinte y treinta años, los que, después de su muerte, podrían presentarlo fielmente a la posteridad...

Dusaulx, testigo de los últimos años de Rousseau en París, ha descripto cómo el maestro reunía a ciertos jóvenes escogidos que le admiraban y a quienes se propuso leer sus *Confesiones*. Hallábanse entre ellos un tal marqués de Pezay y su amigo Claudio Dorat. Había revisado cuidadosamente el manuscrito de estas memorias, ya famosas y terribles, que encabezó entonces con una "advertencia" hallada posteriormente entre sus escritos recuperados y que difiere algo del angustiado preludio con que fué después reemplazada:

> Es importante para mí que todos los detalles de mi vida sean conocidos por los amantes de la verdad y de la justicia lo bastante jóvenes para sobrevivirme. Después de largas incertidumbres he resuelto revelar los secretos de mi corazón a los pocos hombres selectos y dignos que me escuchan... Desdichadamente, con mis propias confesiones me veo obligado a hacer revelaciones concernientes a otros, sin las cuales no podrían ser comprendidas las mías. Esta dificultad hizo que adoptara medidas en el sentido de que mis memorias no vieran la luz hasta mucho después de mi muerte y la de las personas implicadas en ellas. Mis desventuras hacen insuficientes esas medidas y no queda otra manera de conservarlas que depositarlas en corazones honrados y virtuosos que harán perdurar su recuerdo.

Fué con esta solemne declaración que Rousseau, con su hermosa voz, dió comienzo a la lectura de *Las Confesiones* ante ocho personas, ninguna de las cuales, propiamente hablando, era amigo suya. Esta extraordinaria sesión, celebrada un día de diciembre de 1770, a los pocos meses de su llegada a París, prolongóse, según Dusaulx, hasta muy entrada la noche, y ¡duró diecisiete horas!

Fué interrumpida únicamente por dos breves colaciones y las exclamaciones, suspiros y lágrimas del autor y del intensamente conmovido auditorio. Los pocos oyentes fueron arrebatados no sólo por la belleza del testamento de este gran contemporáneo, sino por la atmósfera de drama extravagante que rodeó a la representación.

Las *Confesiones* fueron originariamente escritas para confundir a la señora d'Epinay y socavar a Grimm, Diderot, el doctor Tronchin, el pastor Vernes y otros "caballeros" que planeaban revelar los pecados secretos del filósofo a fin de ennegrecer su memoria. Pero Rousseau siempre hacía las cosas generosa o excesivamente, sobrepasando lejos su propósito inicial. Al analizar su alma se olvidó en gran medida de los conspiradores inmediatos que acechaban en su cerebro. Motivos más profundos pronto le bloquearon imperceptiblemente: fué absorbido por el desarrollo de su naturaleza, por la narración deliberada, ve-

rídica, de su trayectoria, como para que sirvieran de ejemplo del nacimiento de una filosofía y de un camino de salvación. Al contemplar su pasado lejano, poco habría extraído de sus andanzas azarosas e indisciplinadas de no haber reconocido con temor, asombro y una perplejidad perenne los grandes crímenes implícitos en ellas, que eran el abandono sucesivo de sus hijos.

Juan Jacobo había nacido bueno, libre, dichoso. Y ahora, en las postrimerías de la vida, se sabía virtuoso. ¿Cómo, pues, había cometido los crímenes más desnaturalizados durante el extraño lapso que contemplaba retrospectivamente?

Consistía su método en examinar su propia conciencia, desde el principio al fin, con inhumana sinceridad que le llevaba más a *oscurecer todas sus faltas* que a paliarlas. Puesto que estaba hecho del mismo barro que los demás, sujeto a las mismas consecuencias fatales (la depravación social), su autorretrato sería el único "retrato del hombre" verdadero pintado *por la Naturaleza*. Fué un albur que tal vez no vuelva a intentarse.

> ***Cuando suene la trompeta del Juicio Final me presentaré con este libro en*** *la mano ante el Juez Supremo, y diré resueltamente: "He aquí lo que hice, lo que pensé, lo que fuí. Bien y mal, descubiertos fueron con la misma franqueza... Me he mostrado tal cual fuí, despreciable e indigno, o bueno, sublime y generoso;* ***puse mi alma de manifiesto tal como Tú la has visto. Oh, Supremo hacedor, reúne en torno mío la innumerable multitud de mis semejantes; que escuchen mis*** *confesiones, que lamenten mis flaquezas, que se avergüencen de mis ruindades, y que cada cual descubra luego su corazón, con sinceridad idéntica a la mía, a ver si hay alguno que se atreva entonces a decirte:* Yo fuí mejor que ese hombre."

Durante los años en que fueron escritas *Las Confesiones*, 1765 a 1769 —hasta 1770, como sugiere el investigador alemán Albert Jansen— estuvo Juan Jacobo más bien loco. ¿Y qué importa eso? Muchos de nosotros, que no atisbamos aún el cielo entre rejas, bajo condiciones de coacción, tendemos a pasar del estado de neurosis a la insanía. Estos arrebatos o fluctuaciones son fatales, naturales a la especie humana. A medida que avanza el estudio de los fenómenos psicopatológicos parece más evidente que los hombres modernos no se atreven a deshacerse de sus buenos locos y que, por ellos, afrontarían alegremente las cargas y los peligros causados por las formas externas de la locura, como ser la idiotez, la violencia ilusoria y el homicidio. No se nos escapa cuán expuestas a los ataques están estas aseveraciones, pero hemos procurado calificar nuestro entusiasmo limitándolo a los locos no violentos, *geniales*, supremamente poéticos o cómicos, en una palabra, a todos aquellos que Marcelo Proust, en un magnífico pasaje lírico de su *A la recherche du temps perdu*, saludaba como a "buenos neuróticos" que embellecen el mundo o hacen de él un lugar más estimulante para pasar la vida, o que han dejado tras de sí creaciones físicas, intelectuales y artísticas maravillosas. Recordamos aquí cómo el señor I. A. Richards, de temperamento crítico tan pre-

eminente, en su obra sobre la teoría moderna de la psicología, pasa revista a ciertos grandes "anormales" y expresa la significativa conclusión (sin duda prudentemente limitada) de la posibilidad de que la *normalidad* no sea en absoluto el *desideratum* principal de una vida buena.

"Neurótico, o enteramente loco, hizo Rousseau con sus *Confesiones* uno de los libros que deben contarse entre las veinte o treinta maravillas de la literatura. Sorprende lo poco de insulso que hay en su famosa autobiografía, la que, en verdad, puede considerarse un "libro de toda la vida", es decir, un libro que, después de leído, es muy posible que convierta al lector en otro hombre, o, de todos modos, no le deje enteramente el mismo."

Al procurar disculparse, al contemplar y registrar los menores movimientos de su propia alma, puso Rousseau de manifiesto, con el genio promotor que le caracterizaba, varias fórmulas nuevas para el arte literario.

Hijo de su siglo, había absorbido profundamente su espíritu científico y su psicología, de los que fué uno de sus más brillantes exponentes (compartía, por ejemplo, la opinión corriente entre los intelectuales de la fuerza fatal del ambiente sobre el desarrollo del carácter, si bien la herencia conocíase menos a la sazón). De suerte que contemplaba las emociones y los impulsos humanos con una prescindencia verdaderamente notable de todo misticismo u oscurantismo cristianos. Escogía ejemplos de conducta y los analizaba con una minuciosidad, una comprensión tales que hicieron de él el precursor *par excellence* de todos los grandes psicólogos y psicoanalistas que abundaron un siglo y medio después. Sus interpretaciones del impulso al mal, por ejemplo en *Las Confesiones* (que hubimos de citar necesariamente con profusión en las primeras páginas de este libro), apenas han podido ser mejoradas un ápice por nuestros psicoanalistas. Estudiaba el mal desapasionadamente, con el espíritu fisiológico que se adelantaba a su tiempo. También en sus revelaciones de carácter sexual sugiere constantemente la posición actual, los tratados de Freud y de su escuela, que considera el instinto de procreación como la fuerza motriz central del hombre. Psicopatólogos como Krafft-Ebing y otros, han sostenido que, en este campo, constituían *Las Confesiones* uno de los documentos más fecundos del pasado. Y si analizamos la literatura del siglo de Rousseau hallamos que ningún otro hombre, excepto Diderot, se ha acercado tanto a materias que irían a absorber a los siglos XIX y XX y para las cuales debemos, en verdad, remontarnos a Montaigne.

En su afán de "pintar un retrato del hombre según la Naturaleza", Rousseau —como Diderot, que era también en sus dramas "burgueses" partidario del retorno a la naturaleza— cayó en esa fórmula literaria que ha sido alternativamente llamada "idealismo" o "naturalismo". El efecto de hacer olvidar al lector cuanto le rodea y percibir las grandes realidades no está, desde luego, limitado a los exponentes

del arte romántico-naturalista. Ha sido ensayado en todas las grandes épocas de la literatura. Pero la invención literaria particular, tan utilizada después de Rousseau, y que Henry James definiría como "el corte sintético golpeando con el puño las cuerdas bajas" del mal, a fin de obtener un efecto inmediato de la "realidad", arranca en gran parte de *Las Confesiones*. En la búsqueda de la "realidad", o de la verdad, en que se embarcaron los artistas románticos (liberados simultáneamente por Rousseau de la "disciplina", del "decoro" y de los procedentes entorpecedores), aprendieron ellos a tratar con fruición el mal y la miseria. Debemos destacar que el "realismo" es parte integrante del arte romántico; de manera que debemos incluir a los exponentes ulteriores de este método (el realismo) en la escuela romántica más amplia. En verdad, el "realismo" es tan típico de los románticos como el "lirismo". Balzac oscila de uno a otro polo, y Flaubert reputa natural ensayar ora uno de estos métodos (como en *Madame Bovary*), ora el otro (como en *Salambó*). Estas características duales son igualmente evidentes en Tolstoi y Dostoievsky. En otro libro hemos señalado que hasta el metódico, el "científico" Zola debe, en el fondo, ser considerado un lírico, pues en sus amplios *Tableaux* de la depravación humana no es más que el "poeta sombrío" de la depravación de la vida del siglo XIX. Y al final, en sus últimas novelas humanitarias, se vuelve Zola casi completamente lírico... Todo el movimiento romántico, iniciado en gran parte por Rousseau, representó una búsqueda de la realidad y de la verdad mediante una especie de sumergimiento exaltado, intuitivo, en ellas.

La emoción de esta realidad terrible fué sentida con un nuevo estremecimiento por los lectores de *Las Confesiones*, como fué sentido después hasta por los lectores de *Nuestra Señora de París*, de Víctor Hugo.

Escribiendo *Las Confesiones* sintióse Rousseau "liberado". Como vehículo utilizó la forma de las memorias, que en su tiempo eran populares y tradicionales. Pero un hombre de pasiones tan ardorosas no puede confinarse dentro de los límites del decoro de la literatura antigua; agota él la forma de las memorias, por la que Francia tanto se ha distinguido, rompe el molde y abre el camino a las nuevas formas literarias que seguirán. El arte romántico soportará, como aún hoy, grandes excesos. Sin embargo, cuando guarda la forma y la proporción inherentes, como Lessing y otros aconsejaban acertadamente, iguala a las más grandes literaturas de otras épocas y llena más satisfactoriamente nuestras modernas exigencias de libertad y variedad externas.

Al revisar sencillamente la influencia de Rousseau sobre una procesión de maestros franceses y rusos de la novelesca del siglo XIX — siglo mucho más espléndido de lo que hoy se cree—, no podemos estar de acuerdo con ciertos críticos que discurren sobre la negra ruina que nos ha deparado Juan Jacobo. A la verdad, son ellos como esos aborrecedores sistemáticos de Cristo (incluso Voltaire) que atribuyen todos los desastres del hombre durante dos mil años, y ni un ápice de su bondad y de su fortuna, exclusivamente a Jesús. Le hacen con ello un gran honor a Juan Jacobo...

Las Confesiones, el menos ampuloso de los escritos de Rousseau, fueron hechas, ateniéndose a las circunstancias con la mayor exactitud posible. Apenas se había visto antes una franqueza tan brutal en una obra destinada más que a divertir, a cumplir una misión seria. Los elementos de sinceridad sin mengua han oscurecido por lo común las consecuencias para los débiles y los lascivos, de modo que los elementos compensatorios —que los hay ciertamente— de espiritualismo, integridad, clarividencia filosófica y heroísmo definitivo pasan hoy aún más inadvertidos que en la época de Rousseau. Pronto se percibió que éste, el más primitivo de los románticos, sobre el que tanto se divagó, era inevitablemente parcial y carecía del sentido de la forma.

Pero una gran vida tiene siempre en sus altibajos una profunda unidad. Y *Las Confesiones*, con su narración vigorosamente sostenida, de la vida de un genio romántico, dieron una notable unidad a la obra de éste. Iban a ejercer, con su exaltación y depravación, una atracción poderosa y en gran escala, como novela y descripción amplia, triste y laboriosa del corazón humano.

2

Quienes escucharon al lector, escudriñando su bello rostro moreno y vivaz, asidos por sus ojos tristes, vivieron en una especie de encantamiento hasta que la lectura de los últimos párrafos les llamó a la realidad. Una segunda lectura tuvo lugar ante el conde y la condesa de Egmont, el príncipe Pignatell de Egmont, la marquesa de Mesme y el marqués de Juigné. Juan Jacobo peroró:

> He dicho toda la verdad; si hay quien sepa algo contrario a lo que acabo de exponer, aun cuando fuese mil veces probado, no sabe sino mentiras e imposturas, y si rehusa profundizarlas y ponerlas en claro conmigo mientras estoy en vida, no es amante de la justicia ni de la verdad. Por mi parte, lo declaro altamente y sin temor: cualquiera que, aun sin haber leído mis obras, examinando con sus propios ojos mis sentimientos, mi carácter, mis costumbres, mis inclinaciones, mis hábitos, pueda creerme un malvado, es un hombre digno de ser ahorcado.

Estas damas y caballeros, que en su mayor parte tenían la mitad de los años de Rousseau, escucharon y se maravillaron. Los afiebrados ojos de Rousseau se posaron rápidamente en ellos y vieron que sólo la condesa de Egmont estaba visiblemente conmovida. Temblaba violentamente, pero recuperó luego su compostura aristocrática y, como los demás, guardó silencio. Pero, para desengaño del filósofo, los demás sólo notaron al parecer los pasajes curiosos o impropios de las memorias, escritos a su expensa.

Hay amargura en la última frase de *Las Confesiones*: "Tal es el fruto que saqué de esta lectura y de mi declaración."

¡Fracaso! Rotundo fracaso del largamente acariciado designio de instilar en el pecho de la joven generación la gran verdad que debía abrirse camino y perdurar como un monumento a sus virtudes y para humillación eterna de los malandrines que le perseguían entre bastidores.

Como los demás notaron la singular transformación del hombre, grande fué también la desilusión que produjo. Contemplaban su alma a través de la máscara que lo desfiguraba. Cuenta Corancez en sus recuerdos del Rousseau de este período cómo cuantos le frecuentaban percibían la alteración de su carácter original y se convencían de que se había vuelto loco. "Veíamos cómo, semana tras semana, tornábase cada vez más suspicaz y descubría pruebas inverosímiles de la realidad de los fantasmas que, podríamos decir, le obsesionaban." Quienes le amaban, como el exquisito Bernardino de Saint-Pierre y el mismo Corancez, "pagaban tributo" a sus quimeras para gozar a intervalos de su índole hechicera.

> Era tal su sagacidad (medita Corancez) que le proveía siempre de argumentos en verdad capaces de impresionar a uno. Su imaginación herida era siempre el principio determinante, pero las consecuencias que extraía estaban siempre dentro de la más sólida lógica; de suerte que no podíamos menos que asombrarnos infinitamente de verle a la vez tan sabio y tan loco.

También Bernardino de Saint-Pierre se daba a veces cuenta del talante alterado y de la aparición de la manía tenebrosa de su anciano amigo. Procuraba entonces cambiar súbitamente de tema.

"Amigo mío, dejemos a los hombres, hablemos de la naturaleza", decía, y se llevaba consigo al apasionado naturalista, lejos de las paredes de la ciudad, hacia colinas y verdes campos...

Pero muchas de las personas que entonces visitaban a Rousseau, menos se interesaban en comprenderle y someterse a su voluntad que en sus propios sistemas de necesidades, ambiciones y vanidades. Dusaulx, joven contemporáneo de Rousseau que nos ha dejado el testimonio de su irritación privada, decepcionóse de que tantos espectros obstruyesen sus pequeños planes de componer un drama en colaboración con el gran genio enfermo cuyo arte literario no pareció sufrir menoscabo en ningún momento.

Cometió Dusaulx el gran error de mostrar su impaciencia y desaprobar *Las Confesiones*; quejábase de que todo el mundo, por aquellos días, escribiese sus memorias. Por su parte no tenía más fe en las de Juan Jacobo que en las otras. Y terminaba con esta censura: "¡El generoso, el virtuoso Juan Jacobo, inquieto y desconfiado como un vil criminal!" Tales impertinencias, agregadas a otra actitud objetable, bastaron para que el maestro le cerrase sus puertas.

Pudo éste notar con amargura cómo hasta las mentes de los jóvenes habían sido "envenenadas" por sus amigos de otrora. Otros ensayos de revelaciones, al príncipe de la Corona de Suecia, que hizo esfuerzos especiales para asegurarse su compañía, y varios personajes

RONSSEAU EN EL PARQUE DE ERMENONVILLE

Según un grabado de F. Mayer

más, no produjeron otro efecto que el de las expresiones externas de seria importancia. Sus enemigos no perdían terreno en la opinión pública; ¡de hecho, prosperaban! Las extrañas miradas que le dirigían eran otras pruebas de la siniestra determinación que sentía por doquier. Pero el poder sobrenatural de "esos caballeros" y de sus enemigos lo notó más palpablemente aún cuando los funcionarios policiales de París le exigieron, poco después de la sesión segunda, tenida con los Egmont, que cesara toda lectura de *Las Confesiones,* puesto que veían en ellas un libelo destinado a difamar a otros personajes vivos aún.

La sensación causada había sido, de hecho, grande. Por París circulaban rumores y párrafos que pasaban de boca en boca en secretos cuchicheos. La señora d'Epinay, muy impresionada por todo esto, había al fin hablado al lugarteniente de policía. El tono del mensaje que después le envió, la honra:

> Debo informarle nuevamente que las personas de quienes le hablé ayer por la mañana leyeron el trabajo de él para M. Dorat, Du Pezay y Dusaulx... Puesto que está utilizando a estos hombres como confidentes de un libelo tiene usted el derecho de hacerle saber qué piensa de él. Creo que debería hablarle con toda bondad, para que no se queje, pero con mucha firmeza, para que no repita la falta. Si le toma usted su palabra de honor creo que la cumplirá. Perdóneme mil veces, pero la tranquilidad de mi espíritu se halla en juego.

No se utilizó en absoluto severidad alguna, y Rousseau prometió guardar silencio. La tercera y última lectura de *Las Confesiones,* en un inútil intento de "difundir la verdad", debió haberla hecho en el campo, fuera de la jurisdicción de París, en el castillo del conde de Egmont. Dejó luego de lado su obra, que raras veces volvió a exponer durante su vida.

Conservaba exteriormente las maneras de un burgués sencillo. Relata Bernardino de Saint-Pierre que durante siete años jamás oyó a Rousseau hablar mal de alguien, y que se limitó a clasificar sintéticamente a ciertas personas "entre sus enemigos" y a otras entre sus benefactores. Atestigua Corancez, que tuvo relaciones con él durante doce años, que hizo Rousseau de tal abstención una cuestión de principio.

La anécdota suya, relacionada con la visita de Voltaire a París en 1778, y eternamente divulgada, ha perturbado siempre a sus detractores. Voltaire fué abrumado por una ovación que jamás ídolo conquistador alguno había recibido. Esto, agregado a la anterior idolatría que había despertado Rousseau, nos muestra cuán poderosa era entonces la literatura. Al pasar Voltaire con su carroza se le arrojaban flores; en el Teatro Francés, donde se representó uno de sus dramas, le vió Rousseau deificado, con una guirnalda en su anciana cabeza, y lágrimas de dicha deslizándose por su rostro. Con el ánimo de halagar a Rousseau, uno de los que estaban a su lado se mofó de la ceremonia. "¡Oh —exclamó Juan Jacobo con vehemencia—, ¿cómo puede usted osar burlarse de los honores rendidos a Voltaire en el templo donde es el Dios y por sacerdotes que durante cincuenta años han estado

viviendo por completo de sus obras maestras? ¿A cuál otro querría usted coronar?" ¿Palabras generosas que colocaban a Voltaire por encima suyo? ¿Retribución de los cumplidos involuntarios que el príncipe de las letras le había hecho veinte años atrás?...

Sin embargo, la enfermedad que roe su cerebro no le abandona fácilmente, sino que retorna en oleadas crecientes de fiebre y angustia. La fijación se agranda cada vez más, manchando todo el firmamento con su oscuridad de eclipse.. Los gestos por la que pasaba, todo presagiaba una conspiración universal contra el solitario. Pronto cerró sus puertas a casi todo el mundo y paseó siempre solo, sin más compañía que la de los espíritus que hablaban a su imaginación. A los más importunos —las mujeres leales, incluso "Julia", que le había defendido vehementemente contra la pluma más poderosa de Europa— los ahuyentaba con horror y un miedo que se intensificaba cuando mayor era la importunidad. La bondadosa "Julia", señora de la Tour, fué un día a ver a su querido maestro cubierta con un velo, haciéndose pasar por una clienta de copias. En una segunda visita, al reconocerla, le señaló fríamente la puerta. Un gran príncipe que fué a visitarlo en su alojamiento del quinto piso de la calle Plâtrière, se encontró con este letrero:

EL OSO NO ESTÁ VISIBLE

Los amigos más indulgentes, como Bernardino de Saint-Pierre, tropezaban a veces con una fría ferocidad que los atormentaba y los obligaba a despedirse desesperados. Deseaba estar solo en lo sucesivo para terminar una "obra larga, secreta". Estaba escribiendo sus *Diálogos o Juan Jacobo juzgado por Rousseau.*

Este documento de locura lúcida, terriblemente largo, minucioso, es la descripción de su extraño estado anímico, por la que mide con gran amplitud y el esplendor de ciertas páginas magníficas la "enorme conspiración contra su nombre". Un francés, en eterno coloquio, platica con Juan Jacobo acerca de las desventuras de Rousseau: Juan Jacobo ataca a Rousseau; el francés, que representa a la Nación entera, lo defiende, lo interpreta, desenmaraña la red de intrigas. Como la manía de persecución se levantaba en oleadas intermitentes, esta labor trágica, extraña, se prolongó durante cuatro años, hasta que finalmente el manuscrito fué concluído y transcripto con su hermosa letra.

En ocasiones, aparece Rousseau en un estado de locura horripilantemente cómico. Hay una anécdota contada por Dusaulx que, si bien no es enteramente digna de crédito, contiene alguna verdad. Imprudentemente informó el joven al maestro que estaba empeñado en escribir un drama llamado *Le Défiant* (El Desconfiado), cuyo tema era un hombre de talento atormentado por la manía de la suspicacia. A poco, Juan Jacobo meditaba profundamente la cuestión. Poco tiempo después, cuando, invitado a almorzar, Dusaulx volvió, le condujo Rousseau a la cocina y le hizo examinar la sopa, el guisado, etcétera.

Aseveraba Dusaulx que Rousseau lo dejó en libertad para observarlo todo porque sabía que iba a ser *satirizado.* Le mostró abiertamente todo. No vió más que zanahorias, verduras, carne; en parte alguna había veneno. Al fin le dijo, lanzándole una mirada penetrante y suspicaz:

—Porque está usted escribiendo *Le Méfiant,* ¿no es eso?

—No; *Le Méfiant* no, *Le Défiant* — protestó Dusaulx.

—¿*Méfiant*? *Défiant.* ¡Lo mismo da! — dijo Rousseau tétricamente...

La atmósfera de este período es, en su mayor parte, de tragedia acerba. Citamos aquí un pasaje típico de los *Diálogos,* de su locura, que refleja fielmente el tono de su insanía tranquila y basta para conmover a los hombres sensibles:

El francés (a Juan Jacobo): Es innecesario que le diga que se abren todas sus cartas y se extrae de ellas toda la información que algún día podría utilizarse en su contra. Se ha descubierto la manera de hacer de París una soledad para él más horrible que la de las cavernas y las selvas, a fin de que jamás pueda comunicarse con los hombres ni hallar consuelo, consejos, comprensión, ni nada que pueda auxiliarle, guiarle por el inmenso laberinto de densas sombras donde sólo se le permite distinguir senderos falsos que le descarrían aún más. Nadie se le acerca sin el discurso y el tono que deben asumir preparados. Se toma nota de cuantos procuran verle (a este efecto un vendedor de cuadros ha alquilado un negocio frente a mi puerta, que se halla cerrado con llave con el objeto de que quienes vienen a verme se dirijan a los vecinos, que tienen instrucciones y órdenes)... Cuando entra en algún lugar público se le mira y trata como si padeciese alguna peste; todos le rodean y contemplan, pero a la distancia y sin pronunciar palabra, y cuando él mismo se atreve a decir algo se le contesta siempre con mentiras o evasivas... En el teatro siempre se le coloca un guardia al lado. Ha sido señalado a los mozos, los dependientes, a la policía, a los "pesquisas", a los ganapanes, de todos los cafés, las peluquerías, las librerías. Si pide un libro, un almanaque, una novela, estos artículos desaparecen de París... Si desea cruzar el río... no le llevan en el bote aun cuando pague todos los demás pasajes. Si quiere que le lustren las botas, particularmente los lustrabotas del Temple y del Palais Royal, se niegan a prestarle sus servicios... Una de las invenciones más agradables es la costumbre de quemar anualmente, en la Rue aux Ours, a un suizo en efigie... Nuestros caballeros le dan el aspecto de Juan Jacobo y acucian al pueblo para que lo sostenga debajo de su ventana y lo quemen allí, mientras aguardan una representación más real...

Rousseau. — ¡Oh, no se ahorran sacrificios! ¡Cuánta bondad! ¡Cuánta dulce caridad! ¡El celo de "nuestros caballeros" no debe ser olvidado!

Por ese entonces el rey Luis XV murió repentinamente. Rousseau dijo a Dusaulx: "Los dos hombres más aborrecidos en Francia eran Luis XV y yo. ¡Ahora, muerto él, recaerá en mí todo el odio que le tenían!"

Corancez, que vió a Rousseau en un intervalo de esta etapa, nos habla hasta de los curiosos cambios físicos que soportaba.

Por algún tiempo he venido notando un cambio en su físico sorprendente. Veíale a menudo en un estado convulsivo que hacía irreconocible su rostro y,

sobre todo, terrible en sus expresiones. Sus ojos parecían perderse en el espacio... sin ver nada. Uno de sus brazos tenía el movimiento acelerado de un péndulo. Cuando le veía en esa posición mi corazón se desgarraba y esperaba de él declaraciones o advertencias extravagantes... "¿Sabe usted por qué amo a Tasso? Porque previó todos mis infortunios. Tasso llegó antes que yo. ¿Cómo pudo haber conocido mis desventuras?"

¡Siempre desventuras! En ocasiones no podía soportar la mirada de los pequeñuelos. "Oh, si pudiese volver a gozar por un momento las caricias puras que sólo salen del corazón de un niño de pecho!"

El efecto de *Las Confesiones* se había malogrado; sabía que serían robadas, destruídas o tergiversadas. ¿Por qué increíble golpe se propuso apartar el manuscrito de los *Diálogos* de las manos que lo aguardaban y transmitir el sagrado documento a una inocente posteridad?

Relata Rousseau cómo, al terminar los *Diálogos*, después de largas meditaciones e investigaciones sobre el método para salvar su manuscrito de la destrucción o la tergiversación por manos enemigas, concibió la idea de depositarlo, con la protección directa del rey, en una biblioteca pública, donde el sello real garantizase su seguridad. ¿Pero cómo lograr este favor? Desde que no podía confiar en ninguno de sus conocidos para defender su causa ante el rey, la presentaría en nombre de la justicia, más que humana, que hasta en los palacios tiene el contralor supremo.

Su llamamiento es, una vez más, el grito terrible y lastimoso de una mente herida.

Seas quien fueres tú, a quien el Cielo ha hecho árbitro de estos escritos; cualquiera sea el uso que resuelvas hacer de ellos y la opinión que el autor te merezca: este infortunado Autor te conjura por tus entrañas humanas, y en nombre de la angustia que ha sufrido al escribirlos, a no disponer de ellos sin haberlos leído desde el principio al fin. Recuerda que la gracia que te es pedida por un corazón traspasado de dolor es la obligación de ser justo que el mismo Cielo te impone.

Su plan, cuidadosamente concebido, consistía en llevar el manuscrito de los *Diálogos* a la Catedral de Notre Dame y, una vez terminada la misa y retirado el sacerdote, pero antes de la dispersión del público, subir los escalones del presbiterio, ¡colocarlo sobre el altar mayor! La sensación que este acto produciría llegaría hasta los oídos del rey Luis XVI, que era lo que más deseaba y no podía satisfacer de ninguna otra manera desesperada. ¡Habría un proceso público en el que Juan Jacobo todo lo revelaría! Con tal propósito había rondado por la catedral en varias ocasiones, planeando sus movimientos y observando todas las posibles vías de escape. En la cubierta del paquete había puesto una inscripción que decía: "¡Eterna Providencia: mi única esperanza descansa en ti!"

Habiendo hecho todos los preparativos, procedió, con insegura precisión, a realizar la ofrenda —como dice— "el sábado 24 de febrero de 1776 a las dos en punto." En su propia narración vivaz podemos seguirle en ese día de delirio:

Quise entrar por una de las puertas laterales para llegar al presbiterio. Sorprendióme hallar la primer puerta cerrada y me dirigí a otra más baja, que daba a la nave. Al entrar mis ojos tropezaron con una verja protectora o enrejado, que separaba la nave de los pasillos laterales que conducían al presbiterio y que jamás había visto antes. Como las puertas del enrejado estaban cerradas no pude introducirme por los pasillos. Ante tal contrariedad me sobrecogió de inmediato un vahido, como el que precede al desmayo, que fué seguido por una sensación de cansancio físico irresistible, tal como nunca lo había experimentado. Todo el aspecto de la iglesia parecía cambiado. Procuré, con un esfuerzo, reconocer dónde estaba y establecer la verdad de lo que veía. Durante los treinta y seis años que pasé en París visité con frecuencia a Notre Dame; tuve siempre la impresión de que los pasillos laterales hasta el coro permanecían siempre abiertos y libres. No recordaba haber visto nunca la verja o puerta alguna. Este obstáculo imprevisto me hirió más porque no había contado a nadie mi proyecto. En mi primer arrebato de desilusión, ¡vi al mismo Cielo en contra mía! Y el grito de rebelión que proferí sólo puede ser comprendido por quien se halle en mi lugar y excusado nada más que por el Lector de los secretos de todos los corazones. Salí apresuradamente de la iglesia rendido por mi agitación y resuelto a no volver a poner los pies en ella. Vagué todo el santo día por las calles sin saber dónde ir, hasta que una completa fatiga y la oscuridad me obligaron a regresar a casa totalmente agotado y estupefacto de pesar (2).

Apaciguado el oleaje de su insanía, volvió a recuperar sus sentidos, reflexionó más tranquilamente sobre lo acontecido y llegó a distinguir que la larga historia de persecuciones jamás había llamado la atención del joven rey, y fué consolado por el pensamiento de que la Providencia habíale evitado dar un paso contrario a sus intereses.

Decidió, pues, depositar sus papeles en un hombre de gran probidad, cierto académico que acababa de regresar de provincia (posiblemente el abate Bonnot de Condillac, no el gran Condillac), a quien, presa de un renovado delirio, al día siguiente de la aventura de Notre Dame, llevó su ofrenda.

Quince días después, al volver a este hombre, halló que *no le había producido* el efecto deseado y que, en cambio, se le hicieron proposiciones insistentes de ¡cambiar el fondo y la forma de gran parte de los *Diálogos*! Estaba Rousseau convencido de que este hombre jamás publicaría el manuscrito. "Después de esto no le vi más."

Resolvió realizar un nuevo esfuerzo: utilizar a un joven extranjero y, sobre todo, honrado, que no estuviese influenciado, como los franceses, por el "celo del honor nacional". Durante este largo y persistente estado crítico fué visitado, en la primera semana de abril, por Brooke Boothby, joven inglés a quien había conocido en Wootton diez años atrás y que regresaba de un viaje por Italia. A este recto joven extranjero confió Rousseau, bajo la más solemne promesa, el primero de los tres *Diálogos*, así como otros escritos (3).

(2) El profesor Henry Murray, de la Universidad de Harvard, que fué consultado fructuosamente acerca de la locura de Rousseau, comentó la elección de la Catedral de Notre Dame por el enfermo como un fenómeno significativo que señala una "especie de retorno al espíritu madre", un alegato subconsciente para su salvación o el perdón por la Iglesia contra la que tanto había combatido.

(3) Publicado por Boothby en Londres, 1780, 1ª ed.

Sin embargo, después de la partida del inglés, grandes dudas asaltaron a su mente enferma. ¿No eran cuantos iban *expresamente* a verle *enviados* por sus adversarios, "nuestros caballeros"? Se desvanecieron, pues, sus esperanzas; sus conocidos dignos de confianza eran una mala opción desde que ellos, como todos los demás, estaban decididos a torturarle por la difamación y a mantenerle con vida el mayor lapso posible.

Una nueva y última tentativa se ofreció a su corazón. Se abriría paso por las líneas que le cercaban —puesto que hasta entonces sólo había podido comunicarse con quienes "ellos le permitían" o designaban— y de este modo llegaría hasta las gentes humildes y distantes que eran *sus verdaderos amigos*: las grandes masas traicionadas de Francia con las que siempre se había identificado. Decidió escribir una hoja suelta y distribuirla públicamente en los bulevares y las calles a transeúntes desconocidos cuyos semblantes le afectasen favorablemente a primera vista, apartándose severamente de cuantos procurasen acercársele.

La hoja decía así:

A LOS FRANCESES QUE AUN AMAN LA JUSTICIA Y LA VERDAD

¡Franceses! ¡Oh, gente otrora gentil y amable!, ¿qué se ha hecho de vosotros? ¡Cómo habéis cambiado respecto a un extranjero desventurado, solo, a vuestra merced, sin apoyo, sin defensores, que no os hubiera necesitado en un pueblo justo; a un hombre desembozado y sin ponzoña, un enemigo de la injusticia pero con paciencia para soportarla; que jamás ha hecho ni deseado hacer mal a nadie, y que durante quince años ha sido arrojado en el fango del oprobio y la difamación... El perseguidor de Job mucho podría aprender de quienes os enseñan a hacer desdichado a un mortal. No dudo de que ellos os han convencido, os han probado que merezco estas indignidades cien veces peores que la muerte...

P. D. ¡Franceses!, se os mantiene en un delirio que perdurará mientras yo viva. Pero cuando ya no exista y la ira haya pasado... la justicia natural hablará a vuestros corazones; veréis entonces mejor y comprenderéis mejor todos esos hechos, dichos, escritos, que falsamente me atribuyen quienes se ocultan muy cudiadosamente...

Me atrevo a predecir que quedaréis entonces muy estupefactos y menos encantados de vosotros de lo que ahora lo estáis. Cuando al fin estos Caballeros para coronar su gran obra hayan publicado la vida del desventurado a quien mataron de pesar, esa historia imparcial y fiel que han estado preparando desde hace mucho tiempo, os maravillaréis de las causas reales de tanto celo y tanto esfuerzo en contra mía durante toda mi existencia.

Esta hoja suelta dirigida a las personas "que todavía amaban la verdad y la justicia", fué distribuída por Rousseau a principios de abril, después de la partida de Brooke Boothby (6 de abril de 1776).

No imaginaba que los seres humanos rechazarían una hoja así encabezada. Pero los que leían su título le declaraban, con una ingenuidad "que le hacía reír a pesar de su dolor", que la circular ¡no era para ellos!

"Tiene usted razón —contestaba él, con calma—. Veo que me equivoqué. Es ésta la primera cosa honrada que he oído de la boca de un francés durante quince años."

Este último esfuerzo hacia la evasión señala para los alienistas que han analizado los últimos escritos de Rousseau el apaciguamiento de su mal, su locura lúcida, que durante tanto tiempo rigió parte de sus facultades mentales. En adelante no hizo ya esfuerzo alguno de rebelión histérica contra su destino.

Estos últimos fracasos (soliloquia) que debieron haber sellado mi desesperación, tuvieron en mí un efecto diferente. Al convencerme de que mi destino no tenía remedio me enseñaron a no volver a luchar contra lo inevitable. Un pasaje del *Emilio* que recordaba me hizo volver a mis sentidos y hallar dentro de mí el consuelo que había buscado exteriormente. ¿Qué daño te ha hecho este complot?, me preguntaba. ¿Cuál de tus miembros ha sido mutilado? ¿Qué crimen te ha hecho cometer? En tanto no puedan los hombres arrancar de tu pecho el corazón que allí late y reemplazarlo por el de un hombre falto de honradez, ¿cómo podrán alterar o deteriorar tu naturaleza? Que formen a su antojo un **Juan Jacobo de su invención: el Rousseau verdadero seguirá siendo lo que es a pesar de ellos.**

Estoy definitivamente resuelto. Libre de los lazos terrenales y del juicio de los hombres, me resigno a ser desfigurado por ellos. Mi felicidad está fuera de sus manos; no pueden ya evitarla ni comprenderla. Destinado a ser en esta vida la presa del error y de la mentira, aguardo la hora de mi liberación y del triunfo de la verdad sin buscarla entre los mortales. Liberado de todos los afectos terrenales, y hasta de esta esperanza, no veo por cuáles medios podrán jamás volver a turbar la paz de mi alma. Procuraré reprimir los movimientos instintivos de indignación, de ira, los arrebatos; pero la calma que sigue a tales agitaciones transitorias es para mí un estado permanente que nada podrá cambiar.

La esperanza extinguida ahoga los deseos, pero no remueve el deber, y cumpliré hasta el fin el mío con mis semejantes. En adelante me abstendré de esfuerzos inútiles por hacerles reconocer la verdad que rechazan, pero no del deber de arrojársela abiertamente si desean volver a ella; he aquí el único uso que pienso hacer de este trabajo...

Si hallo un depositario de confianza, en quien pueda confiar razonablemente, lo haré, aunque haciéndome cargo de que probablemente mi obra no me sobrevivirá. Mientras no lo halle, lo que es muy posible, continuaré conservándola en mis manos hasta mi muerte, a menos que mis perseguidores se apoderen antes de ella. El destino de mis escritos, que preveo, no me alarma. Hagan los hombres lo que les plazca; la voluntad del Cielo hace también su obra. No sé cuándo, ni por qué medios ni por cuáles manos. Sólo sé que el Arbitro Supremo es poderoso y justo, que mi alma es inocente y que no he merecido mi destino. Esto me basta. He aquí mi resolución: ceder de ahora en más a mi destino, no resistirlo ni combatirlo obstinadamente; dejar que mis perseguidores traten a su víctima como les plazca; seguir siendo su juguete durante los días tristes de mi vejez; abandonarles, para que hagan de ellas lo que gusten, mi reputación y mi fama, sin permitir que mi yo verdadero sea afectado por lo que piensen los demás. Hagan en adelante los hombres lo que quieran; que yo he hecho lo que tenía que hacer. Podrán atormentar mis días, pero, a pesar de ellos, moriré en paz.

3

La década transcurrida desde el apedreamiento en Motiers (1765) hasta su aventura de Notre Dame, a principios de 1776, representa una tangente trágica en la vida de Rousseau. Siguió velozmente a un período de igual duración en que había jugado una parte directriz en el pensamiento de Europa y que debió haber prometido para sus últimos años si no la gloria del ocio, la riqueza y el poder —puesto que su coraje intelectual presuponía cierto martirio bajo el orden feudal— por lo menos esa gloria más generosa y ese reposo interior que se fundan en la certidumbre de una estimación universal. En cambio, ¡qué extraño destino el suyo! Por la justicia retributiva de las disposiciones hereditarias, y bajo la tensión de conmociones violentas y persecuciones reales, parte de su organismo había cedido al fin, de suerte que pasó muchos años en una larga agonía que pocos mortales, y menos aún grandes hombres, conocieron. El famoso autor del *Emilio,* el *Incorruptible,* había sido olvidado estos últimos años. Desde su desastrosa querella con David Hume, su celebridad había declinado un poco, o, por lo menos, se había vuelto algo clásica. Y por muchos años, durante los cuales su crisis interior le había dominado por entero, había vivido en los alojamientos más humildes, sin necesidad, y en una calle mugrienta. Había cerrado sus puertas a todos sus viejos amigos, rechazándoles más que a nadie sus oficios amistosos; había impedido la entrada a todas las personas bondadosas y grandes de ayer; otras, sin embargo, habían muerto. Huía de los hombres todos; paseaba eternamente solo por los espacios sombríos de su quimera.

Pero durante la primavera de 1776 se desatan los demonios de su paranoia, de la que, sin embargo, casi nada sabía su generación. Este período señala la fase más activa de su demencia, la que más sugiere la proximidad de la violencia, que no llegó porque el delirio amainó de súbito. Fué como si se hubiese operado en él un milagro, aunque había declarado que no aguardaba milagro alguno del altar de Notre Dame. Sus agitaciones se calmaron. El mal trágico se neutralizó. A partir de entonces sus obsesiones insanas, que menguaban constantemente, sólo reaparecían en oleadas cada vez más reducidas. Hay en su alma una gran paz, amargamente conquistada, tal como la que registra en el final de los *Diálogos*; una paz libre del temor por su liberación de la esperanza. Es como si viviese en un cuarto oscuro con sus aristas y rincones plagados de negras sombras, ahuyentadas por un gesto tranquilo de su mano o por la mirada serena que ocasionalmente les dirigiese. Este retroceso de su marea maniática es comúnmente atribuído por los patólogos al debilitamiento de su organismo físico, que abate también todas sus energías anteriormente prodigadas. Sin duda su cuerpo, a los sesenta y cinco años, estaba más debilitado. A la verdad, no se hallaba consumido por las sospechas o la evocación de las persecuciones sufridas. Estaba acostumbrado a

ellas. Al fin había encontrado también en sí mismo, mediante un esfuerzo concomitante de su inteligencia, recursos de fortaleza y resignación.

Debemos recordar que su tragedia era interior, registrada en sus escritos póstumos, pero no muy observada por quienes le atacaban o rodeaban. Un hombre así, furtivo y acosado, no confía fácilmente en muchas personas. Se calla, controla la expresión de su semblante, simula a veces hasta la alegría, que puede ser bruscamente empañada por sombras generalmente atribuídas a su enfermedad o a su melancolía. Y es difícil, desde luego, que alguien sospeche el motivo de sus angustias secretas. El único síntoma raro era su repulsión a sus viejos amigos. ¡Adiós, deliciosas mujeres de ayer; señora de Luxemburgo, de Boufflers, de Verdelin! ¡Adiós, también, señora de la Tour! Aunque sus últimos mensajes hablen de "la mano firme que hundió un puñal envenenado en el pecho de la amistad", salta a la vista que tales importunidades persistentes llevan la máscara de nuestros implacables perseguidores. "Su alabanza hiperbólica —dirá a otra de sus admiradoras— parece ser el sello particular de mis más vehementes enemigos." ¡Adiós también a ella! Pero durante los últimos años de su vida en París distaba Juan Jacobo de ser el hombre perverso, cruelmente vigilado como él se creía. Este lapso de ocho años está felizmente iluminado por aventuras y encuentros agradables, largos intervalos de indolencia, deliciosos paseos por campos sonrientes de las afueras de París, horas de meditación bienaventuradas e, incluso, labores intelectuales fecundas.

Es posible que estuviese algo olvidado, como sostiene con amargura, y relegado ya, en una gran época primitiva de la literatura, a un lugar académico. Desde las lecturas de *Las Confesiones,* en 1771, había eludido, sin duda, todas las demostraciones públicas, pero tenía aún, en 1770, centenares de admiradores y discípulos fervientes que le acosaban. Músicos famosos, como Gluck, iban a verle para interesarle en sus composiciones y pedirle su colaboración. Existe la leyenda de que el joven Robespierre, a quien también se le dió el honrosísimo título de "el Incorruptible", le entrevistó en una ocasión y escuchó larga y seriamente su plática.

En los primeros años de su estada en París sus viviendas viéronse a menudo atestadas de visitantes que, al salir, testimoniaban su gran hechizo personal, su "sencillez y humildad". El, el "olvidado", quejábase a la señora de Créqui, con quien se carteaba aún, de cuantos le asediaban contra su voluntad. "No oculto mi desdén hacia ellos", le decía.

Hay muchas anécdotas relativas a su carácter insociable. Existe la de un hidalgo ruso que hizo irrupción ante él como cliente de copias tan sólo para admitir al fin que no le había guiado otro propósito que el de contemplar de cerca al autor del *Emilio.* Frunció Rousseau el entrecejo y se negó a aceptar sus encargos. "Pero soy Lord Chamberlain, de su Majestad Imperial el Emperador de Rusia." "Tanto peor para usted —exclamó Rousseau—; aquí tiene su música y su

dinero, pero le retengo doce francos porque me ha llevado dos horas de tiempo." Y acompañó al distinguido huésped hasta la puerta, que cerró con llave.

Eludía toda la sociedad. Decía Dusaulx que el destino de un amigo íntimo suyo dependía de una palabra, de un gesto. Y Rhulières, otro testigo presencial, pretendía conocer tan bien el estilo de Rousseau para deshacerse bruscamente de un amigo que podría substituirlo fácilmente en caso de enfermedad o ausencia. Ambos jóvenes literatos, a desemejanza de Bernardino y Corancez, discutían con el maestro. El testimonio de éstos es bilioso. Al cabo dirá Rousseau de tales amigos: "No soy yo lo que les interesa, sino la opinión pública, y hablan de mí sin referirse a ninguno de los méritos que pueda yo tener."

Cuenta Dusaulx que en ocasiones Juan Jacobo le pedía que pasase por él ante los visitantes que eran anunciados y les hiciese los honores ¡a fin de quedar en libertad para seguir copiando! Otra anécdota parecida es relatada por Sofía Arnould, la célebre actriz, a la que Rousseau pareció favorecer durante un corto lapso. Algunos petimetres de la Corte le habían suplicado que les presentase a Rousseau en una comida. Como no querían ser contrariados y sabía ella que nada podía arrastrar a Rousseau a su mesa, dió con el expediente de hacer que un sastre, muy parecido al filósofo, se vistiese de etiqueta y lo representase, con la condición de permanecer callado, a cambio de un suntuoso banquete. El juego tuvo éxito. Permaneció el sastre largamente en silencio. Al cabo, cuando excitado por la comida abundante y los excelentes licores, se abrieron para él las puertas de la tontería y la vulgaridad, los nobles comensales estaban ya tan achispados que sus observaciones fueron consideradas tan profundas como ingeniosas.

Cumplía Rousseau regularmente un programa diario razonable. En verano levantábase a las cinco de la mañana y copiaba música hasta las siete, hora en que se desayunaba; acomodaba después en papeles las plantas que había recogido el día anterior en sus excursiones; volvía luego a copiar música o manuscritos hasta las doce y media, hora en que se dirigía a un bar a tomar café y, poco más tarde, hacía solo su largo paseo diario por el campo.

En estos últimos años renació su pasión por la música, superada desde hacía alrededor de veinte años por el "más elevado deber" de revelar al mundo ciertas grandes verdades. Hacia 1770 había escrito una pequeña ópera titulada "Pigmalión", sobre un tema de su preferencia, en colaboración con un compositor llamado Coignet, de Lyon. Esta pieza había sido presentada al público de Lyon cuando, rumbo a París, se detuvo allí, principalmente como un homenaje a su memoria.

El viejo "Adivino de la Aldea" fué retocado y representado nuevamente, siempre con gran placer del público.

Los esfuerzos musicales de Rousseau no dejaron de ejercer influencia, pues Gluck fué varias veces a rendir pleitesía al buen genio romántico que reconocía en él; Juan Jacobo, por su parte, consideraba a "Ifigenia" y otras óperas del gran compositor como llegadas del cielo. El trascendental *épanouissement* romántico que había promovido en la música iría a prolongarse de Gluck, pasando por Von Weber, a Beethoven...

En sus últimos y desdichados años desvíase Rousseau de su riguroso programa diario de copiar y herborizar para componer baladas y canciones para sí mismo, que denomina *Consolaciones para las miserias de mi vida.* Compuso también algunas partes de una nueva ópera llamada "Dafnis y Cloe" y hasta el día mismo de su muerte estuvo profundamente envuelto en el esfuerzo secreto y laborioso de recomponer enteramente (quizá estropeándola) la partitura del "Adivino de la Aldea".

Su trabajo rutinario, sus copias diarias, ¿eran, en verdad, nada más que afectación?

Los estudios de una investigadora moderna, Isabel Foster, demuestran que durante muchos años ganó, con este humilde oficio, ochocientos francos al año, los que, agregados a los mil cuatrocientos de las pensiones que le quedaban, le permitían vivir muy pobremente. Hay incluso casos —raros en su vida adulta— en que se vió obligado a pedir dinero prestado a los mercaderes, a pesar de las testas coronadas y de los grandes personajes que de buena gana le hubieran provisto los medios de subsistencia. Ignoró por completo la pensión de Inglaterra. También Bernardino de Saint-Pierre atestigua su diligencia en su oficio de copista. Relata éste que una mañana vió en la vivienda de Rousseau entrar y salir mucha gente con rollos de música. A unos les decía: "el precio es tanto" y recibía el dinero; a otros: "tengo mucho trabajo, no puedo hacerlo antes de tres semanas." Bernardino le preguntó por qué no hacía mejor uso de sus talentos. "Porque hay dos Rousseau en el mundo —le contestó—. Uno, rico, o que, de haberlo preferido, podría haberlo sido; un hombre caprichoso, singular, fantástico; es éste el Rousseau del público; el otro está obligado a ganarse la vida; es el Rousseau que usted ve."

Hacía su trabajo bien y muy prolijamente. En ocasiones, refiriéndose a él, exclamaba con el orgullo de un simple artesano, como lo hizo con Goldoni, el dramaturgo italiano: "¡Qué prolijo está!" También Corancez atestigua su minucosidad...

Aunque se ocupaba preferentemente en trabajos o entretenimientos que distraían su imaginación y le hacían alejarse de cuantos se le acercaban "nada más que para hablar de él", podía Juan Jacobo, cuando la encontraba, reconocer a un alma afín. Por ello, felizmente, durante un período de años, otorgó a Bernardino de Saint-Pierre, el afable autor de *Pablo y Virginia,* su amistad íntima. Y así Bernardino, el viajero romántico, el naturalista poético, pudo dejarnos un relato de su amistad, de sus numerosos paseos con Rousseau y una muy vivaz descripción del hombre durante sus últimos años oscuros en París (1770 en adelante).

El encuentro entre Bernardino y Juan Jacobo se había efectuado a pedido de éste, lo que era un buen augurio. A principios de 1771 Bernardino había escrito a un amigo desde el Cabo de Buena Esperanza, comunicándole su dicha de hallar el verano durante la estación invernal en el norte y el júbilo que le producía regresar desde el hemisferio meridional a su país, donde hallaría un segundo verano sucesivo. Había visto Rousseau esta carta y expresado un vivo deseo de conocer al joven explorador. El encuentro se produjo el año siguiente. Tenemos el relato de Bernardino sobre la amistad cordial que se desarrolló entre ellos:

En el mes de junio de 1772, mi amigo... me condujo a una casa de la calle Plâtrière, casi enfrente del Hotel de la Poste. Subimos al cuarto piso. Llamamos y la señora Rousseau abrió la puerta: "Entren, caballeros —dijo—. Encontrarán a mi esposo." Pasamos por una antesala pequeñísima, donde los utensilios de la casa estaban prolijamente acomodados, y de allí a una habitación en la que vimos a Juan Jacobo sentado, con saco y gorro blanco, copiando música. Se levantó sonriente, nos ofreció sillas y reanudó su trabajo, participando al mismo tiempo en la conversación. Era enjuto y de mediana estatura. Noté que uno de sus hombros era más alto que el otro... por lo demás estaba muy bien proporcionado. Tenía la tez morena, algo rosadas las mejillas, una boca delicada, una nariz bien formada, frente espaciosa y alta y ojos llenos de fuego. Las líneas sesgadas que caían de las ventanas de su nariz hasta los extremos de los labios, que señalan el carácter de un rostro, expresaban en el suyo gran sensibilidad y hasta cierto sufrimiento. Se observaban en su fisonomía tres o cuatro signos típicos de la melancolía: los ojos profundamente reconcentrados y la elevación de las cejas; honda tristeza trasuntaban las arrugas de la frente; una alegría ágil, casi malévola, el millar de patitas de gallo de las extremidades de sus ojos, cuyas pupilas desaparecían casi totalmente cuando reía... A su lado había una espinata en la que, de vez en cuando, ensayaba un aire. Dos camitas cubiertas por un percal a listas blancas y azules, una mesa y algunas sillas componían su mobiliario. De las paredes pendían un plano de la floresta y del parque de Montmorency, donde una vez había vivido, y una lámina del rey de Inglaterra, su viejo benefactor. Su esposa, sentada, remendaba ropa blanca; un canario cantaba en una jaula colgada del techo interior; golondrinas venían por migas a los umbrales de las ventanas abiertas que daban a la calle; en la ventana de la antesala notamos cajones y ollas con plantas. Había en la pequeña residencia una atmósfera de limpieza, paz y sencillez que me deleitaba profundamente.

Sabiendo que agradaba a Rousseau el café de buena calidad, cometió Bernardino el error de obsequiarle un paquete de ese producto que había traído del Oriente. Días después devolvióle Rousseau la visita. Llevaba "una peluca redonda, bien empolvada y rizada, sombrero debajo del brazo y traje completo de nanquín. Su apariencia era modesta pero extremadamente limpia." Mas recibió Bernardino una severa amonestación del filósofo, como de costumbre, que amenazaba una ruptura de relaciones. El *faux pas* fué reparado por aquél aceptando un trabajo sobre ictiología y algunos especímenes de plantas secas. El explorador fué invitado a comer con su maestro, y por espacio de dos horas hablaron animadamente sobre una gran variedad de temas: viajes por Suiza, botánica y fósiles, eludiendo aquél las materias que al insinuarse ensombrecían la frente del huésped.

Dice Bernardino que Rousseau odiaba los pavimentos de la ciudad. Realizada su parte de trabajo dirigíase, al comenzar la tarde, lo más rápidamente posible, a las afueras de la ciudad y no regresaba hasta las diez y media de la noche. "Los ateos —dirá severamente Juan Jacobo— no aman el campo: gustan de los alrededores de París, donde se gozan todos los placeres de la ciudad: buenos festines, libros, mujeres lindas; pero si se les quitasen todas estas cosas morirían de aburrimiento." En el campo o en la ciudad observaba el paseante solitario todo lo que veía, escuchaba el lamento de cada pájaro.

El curso de su amistad con Saint-Pierre no se deslizó siempre llanamente. Al ir éste un día a su casa fué recibido con un semblante hosco y sombrío y sin palabras. Procuró entablar una conversación, pero por toda respuesta obtuvo apenas un monosílabo; abrió entonces un libro, lo que hizo musitar a Rousseau un sarcasmo que le obligó a marcharse. Durante varios meses no volvió a ver al paseante solitario. Después, accidentalmente, se encontraron en la calle. Fué Rousseau quien dirigió la palabra a Saint-Pierre. Acalorándose gradualmente, le dijo: "Hay días en que necesito estar solo y anhelo la soledad. ¡Regreso de mis expediciones tan tranquilo y contento! Porque no he necesitado a nadie, ni nadie a mí." Le expresó a Bernardino que "huía de las miradas de los hombres como de las flechas de Partia".

En general, pocos conocían a Rousseau tan bien como Bernardino que, cuando quería, podía también ser irresistiblemente encantador. Sabía que le bastaba llevar al Ciudadano a vagar por el campo para calmar su alma agitada.

La gran aptitud de Rousseau para la botánica no sólo fué testimoniada por Bernardino sino también por muchos botánicos conocidos de la época. Por sus cartas sobre botánica y sus lecciones a la señora de Lessert se ha juzgado que sabía manejar el lente, las pinzas y el escalpelo del hombre de ciencia. Unía el sentimiento a la demostración, rodeando a cada planta con una bonita cinta roja o amarilla. Con todo, había en él algo del precursor en sus investigaciones como naturalista, que llegaron a suplantar hasta su pasión por la música. Las plantas que desecaba le revelaban su estructura; al compararlas, percibía la alineación de todo el reino vegetal y, gracias a su ejemplo, hemos tenido la famosa progenie de naturalistas líricos que desde entonces vagaron por los campos para leer en las malezas comunes el libro abierto del cosmos.

Bernardino de Saint-Pierre fué quien tuvo una de las últimas visitas del anciano Rousseau en París, el domingo de Resurrección de 1778. Habían convenido en hacer un viaje a pie al pintoresco Mont-Valérien. Por última vez el debilitado Rousseau pasó uno de sus días amenos al aire libre, que eran tan de su agrado, deleitándose con el color de las flores, caminando o trepando debajo del sol, comiendo o

refrescándose gozosamente en las tabernas sencillas y desembarazándose de las muchas observaciones y máximas que surgían en estos últimos años del rico caudal de sus experiencias, para deleite de su joven compañero.

Excursión al Mont-Valérien un domingo de Resurrección (1778)

Nos habíamos dado cita en un café de los Campos Elíseos. Por la mañana tomamos un poco de chocolate. Soplaba viento del oeste y el aire era fresco. Rodeaban al sol nubes blancas desparramadas en masa sobre un cielo azul. Al llegar al Bois de Boulogne, a eso de las ocho, Rousseau se puso a herborizar. Mientras hacía él su pequeña cosecha, seguíamos andando de largo. Habíamos atravesado parte del bosque cuando, en medio de la soledad, vimos a dos jóvenes, una de las cuales arreglaba el cabello a la otra. (Esto le recordó algunos versos de Virgilio)...

Al llegar a la orilla del río vimos una balsa que transportaba a un número de personas cuya devoción las llevaba al Mont-Valérien. Subimos una cuesta extraordinariamente escarpada y nos hallábamos lejos de la cima cuando nos detuvo el hambre, y comenzamos a pensar en la comida. Entonces Rousseau me condujo a una ermita donde estaba seguro que hallaríamos hospitalidad. El hermano que abrió la puerta nos llevó a la capilla, lugar en que se estaba recitando a la Providencia hermosas letanías... Terminadas nuestras oraciones díjome Juan Jacobo con sentimiento genuino: "Ahora comprendo la frase del Evangelio:'Donde varios de vosotros estéis reunidos en mi nombre, allí, en medio de vosotros, estaré yo'. Hay aquí una sensación de paz y bienestar que penetra en el alma..."

Nos introdujimos luego en el refectorio, donde permanecimos sentados durante la lectura. El tema era la injusticia de las lamentaciones humanas. Dios ha traído al hombre de la nada. Nada le debe. Terminada la lectura díjome Rousseau con voz hondamente emocionada: "¡Oh, cuán dichoso es el hombre que puede creer!"... Paseamos un rato por el claustro y los jardines, que dominaban una perspectiva inmensa. A la distancia, París alzaba sus torres cubiertas de luz, que coronaban el muy dilatado paisaje. El esplendor del panorama contrastaba con las grandes nubes plomizas que rodaban, una detrás de otra, desde el oeste y cubrían el valle... Por la tarde, al aproximarnos a Porte Maillot, llovió. Junto a una multitud de excursionistas, nos guarecimos debajo de unos castaños cuyas hojas comenzaban a brotar. Uno de los mozos de cierta taberna, al reconocer a Juan Jacobo, se precipitó sobre él lleno de gozo y exclamó: "¿Es usted *mon bonhomme*? Hace una eternidad que no le vemos." Rousseau respondió alegremente: "Es porque mi esposa ha estado enferma y yo indispuesto." "*Mon pauvre bonhomme* —replicó el mozalbete—, no debe usted detenerse aquí; venga, venga; hallaré alguna habitación para usted." Rápidamente nos condujo a un cuarto alto donde, a pesar de la mucha gente, nos procuró sillas, una mesa, pan y vino. Dije a Juan Jacobo: "Parece que tiene con usted mucha familiaridad." "Sí —me contestó—, nos conocimos hace algunos años. Cuando hacía buen tiempo mi esposa y yo solíamos venir aquí, al anochecer, a comer una chuleta."

Así como las novelas de Bernardino de Saint-Pierre, particularmente *Pablo y Virginia,* la novela romántica más famosa del siglo XVIII después de *La Nueva Eloísa,* fueron un tributo indiscreto pero más valioso, brilla en esta breve biografía con luz viva el amor a su maestro.

4

Los grandes acontecimientos del mundo externo parecían llegarle pero remotamente. Luis XV murió en 1774. Una enfermedad que hizo huir a todos sus servidores como de una plaga, puso fin a su larga y calamitosa trayectoria. Bajo el joven y malhadado rey que le sucedió en el trono, el digno Malesherbes (que a veces iba aún a herborizar con Juan Jacobo en el campo), juntamente con Turgot, se elevó al poder político y procuró salvar al reino del abismo que se abría ante él. En 1775, durante el esclarecido ministerio de Turgot, violentas revueltas determinadas por el hambre estallaron en varias ciudades de Francia.

Al año siguiente los colonos americanos declararon su secesión de la madre patria. En el Este del continente europeo soportaba Polonia su ignominiosa partición... Estos acontecimientos lejanos que sacudían al mundo, con algunas excepciones, poco conmovían, al parecer, al Paseante Solitario perdido en sus quimeras. No tenía comentarios que hacer. Muchas veces había declarado que no era un hombre de acción, que sólo podía actuar sobre los hombres con sus reflexiones e ideas; para sí mismo sólo necesitaba paz y orden. Pese a su apasionado mundo interior, ciertos acontecimientos de la época le penetraron, y el viejo teórico, el igualitario y amigo del hombre volvió a despertar en él. Así como los corsos habían una vez apelado a él para que les ayudara a crear un nuevo Estado, los penosamente acosados polacos habíanle llamado en 1771, por intermedio de uno de sus líderes, el conde Wielhorski, a proyectar un plan de gobierno que los salvase de la ruina. Habían recurrido al principio al viejo benefactor de Rousseau, ese excéntrico precursor del socialismo que fué el abate Mably, y transferido a aquél los resultados insuficientes de las especulaciones de éste. Las poco conocidas *Consideraciones sobre el gobierno de Polonia,* de Rousseau, tratado de un centenar de páginas sobre teoría aplicada, habían sido terminadas en 1772. Este notable ensayo, escrito a los sesenta años, le retrotrae a las preocupaciones y doctrinas del *Contrato Social,* de tan penoso recuerdo, y cuando estaba escribiendo los mórbidos *Diálogos.* Nada nos muestra más claramente cómo el genio, en determinado campo (como en el dominio literario de las últimas *Rêveries*) pueden funcionar al lado de la naurosis y de la locura.

El problema metafísico de los pensadores políticos del siglo XVIII era vencer la oposición entre "la ley y las pasiones humanas" o, considerado de otra manera, como había expresado Rousseau a Mirabeau, el mayor, el problema de "colocar a la ley por encima del hombre". Quienes creían que Rousseau había procurado fundar el gobierno en la bondad original del hombre, se volcaron a las *Consideraciones sobre Polonia* y a algunas de sus cartas políticas complementarias del *Contrato Social* para percibir algo del espíritu realista con que escudriñaba las instituciones humanas.

Con las democracias, de uno u otro tipo, estaban los europeos familiarizados desde hacía tiempo. Si bien aborrecía Rousseau instintivamente la noción del despotismo arbitrario, mucho más temía el caos que parecía surgir de los sistemas enteramente electivos. Particularmente para el pueblo polaco, que tenía un rey electo y el absurdo *liberatum veto* de la Dieta, lo que lo mantenía en una confusión permanente, aconsejó como paso práctico inmediato la combinación de la legislatura electiva y la aristocracia hereditaria. El derecho al veto absoluto que únicamente tenían los miembros de la Dieta debía ser abolido. Antes que el acrecentamiento de la industria y el comercio debía alentarse el cultivo de la tierra como fuente básica de la riqueza nacional. Pero las excelentes censuras y admoniciones de sus *Consideraciones* eran de valor secundario comparadas con las grandes doctrinas morales que informaban y dominaban todos sus escritos políticos. Estas doctrinas fueron, en gran parte, mal interpretadas o eludidas en medio del furor de la gran Revolución Francesa, que él tanto inspiró —como lo fueron ampliamente en todas las revoluciones subsiguientes del siglo XIX. Otros de los problemas que planteó fueron resueltos: el sufragio universal, la igualdad ante la ley, los derechos civiles totales. Pero la democracia, como recomendaba vigorosamente en su ensayo sobre Polonia, residía, más que en sus leyes e instituciones, *en las costumbres y la educación del pueblo.* Lejos de predicar una forma de libertad individual perniciosa e irresponsable, como sostienen sus detractores, su definición de la libertad implica algo así como un *sacrificio colectivo,* una inmolación del yo.

La libertad es un alimento sabroso, pero difícil de digerir... ¡Orgullosa y sagrada libertad!: si esta pobre gente pudiese tan sólo reconocerte, si supiese a qué precio se te adquiere y conserva, si percibiese cuánto más austeras son tus leyes que pesado el yugo de los tiranos, sus débiles almas —esclavas de las pasiones detestables— te temerían cien veces más que a la servidumbre.

La libertad es vigilancia, igualdad, cooperación, abnegación... Por la información que le había sido provista temía Rousseau que el pueblo polaco no estuviese preparado para la libertad. Más que "el propio interés y el prejuicio" de los nobles, temía el "vicio y la ociosidad" de los siervos. Además, la inmensa disparidad de fortuna que separaba a los barones de la tierra del pueblo conducía a un interminable conflicto de intereses. Habría mitigado esta *desigualdad económica* por considerarla la única manera de establecer un amor común al país y al bien público. En las invectivas solemnes contra "la codicia, la corrupción y la pasión dominante por las riquezas", con que prosigue, se insinúa ya la sombra de su grande y temido discípulo, el dictador Robespierre. Previó Rousseau la amenazante partición de Polonia. En ese mismo momento tres monarcas rompían secretamente la "tira de papel" de sus promesas.

Sólo una cosa (decía) podría imposibilitar el sojuzgamiento de Polonia: el amor al país y a la libertad, animado por las virtudes que le son inherentes.

Mientras este amor arda en todos los corazones podrá no asegurar a la Nación contra una sujeción transitoria, pero tarde o temprano estallará, sacudirá el yugo y os libertará.

Haciendo justicia al viejo pero fervoroso informe de Rousseau, debemos recordar que el patriotismo no era en el siglo XVIII una virtud difundida. Las guerras foráneas de la Revolución Francesa evidenciarán, veinte años después, que la gente común era más capaz de sentir el patriotismo externo que los nobles del viejo orden. Vemos a Rousseau, en escritos diversos, estimular el patriotismo inflamado que pronto se extenderá por Europa. El cargo más terrible contra el viejo régimen era el de que sus líderes aristocráticos habían colocado sus propios intereses por encima de todo lo demás y sido infieles a la Nación. Al flanco del inocente que iba al patíbulo había muchos corrompidos y traidores que nadie lamentaba. El patriotismo que inspiraba a Rousseau ora Plutarco, ora la vieja Ginebra, parecía un principio nuevo y desinteresado. Y para perpetuarlo recomendaba con ahinco —como lo había hecho en el *Emilio,* puesto que los peligros de la falta de patriotismo parecían a la sazón los más alarmantes— *una educación que debía informar de nacionalismo a todas las almas.* En este sentido el *Emilio* fué, en su tiempo, inmediatamente fecundo, desde que condujo a "una educación nacional para los hombres libres".

5

El último libro de Rousseau, compuesto entre 1778 y 1779 es quizá el más bello y acabado de cuantos escribió: *Rêveries d'un Promenuer Solitaire* (Ensueños de un Paseante Solitario), libro mucho menos conocido que *Las Confesiones.* De no haber existido éstas habríamos tenido en sus últimos escritos autobiográficos una pintura bastante completa de Juan Jacobo, de su juventud, sus andanzas, sus pecados y su arrepentimiento, aunque vistos a través de un estado posterior de meditación profunda más sazonado y casi por entero exento de la manía de persecución que da el tono a *Las Confesiones.*

Lo último que abandonó fué su arte. Y estos *Ensueños,* resultantes de sus paseos solitarios, parecen haber pulsado los tonos más profundos de la prosa contemplativa. Son elocuentes; las palabras y los períodos parecen fluir simultáneamente, sin impedimento o conciencia, de sus sentimientos a la expresión directa y precisa.

Una vez más se hunde Rousseau en los abismos de su propia naturaleza y temperamento, que eran la fuente profunda de todas sus ideas, de sus miserias y de su heroísmo. Pasea solo y sin otro contacto que el de su alma.

Tan imperiosa era en él la imaginación que cuando andaba por las calles de la ciudad o por el campo se abandonaba al mundo de sus visiones, por el que flotaba. Esta actitud era, para su mente profundamente herida, una compensación y un consuelo. No había dejado de

lado sus *suspicacias,* no estaba del todo libre de una "persecución implacable". En verdad, las *necesitaba* para solaz durante los últimos y desolados años de su vida. Pero se había resignado; no combatía ya. Al abrir las primeras páginas de estas *Promenades* percibimos de inmediato, por la nota distinta que pulsa, cuán diferente es su estado de ánimo al que informó los *Diálogos* dementes y las paranoicas *Confesiones.* Antes de desaparecer en su última expedición botánica, debe el obsesionado hombre declararse o confesarse una vez más. Le sentimos terriblemente cerca de nosotros; sentimos sus ojos ardientes, tristes y fijos en nosotros; oímos su voz profunda, ora dolorida, ora serena.

El "Primer Paseo", con que da comienzo a la obra, pese a su clave más dulce, parte del estado mental atosigado en que concibió los *Diálogos.* Había intentado salvarse en el altar de Notre Dame, haciendo circular hojas sueltas por las calles, utilizando a un joven inglés como puente para la posteridad, pero todo había fracasado. Estaba solo en la tierra; todos los hombres, como en universal consenso, se habían vuelto contra este amabilísimo y afectuoso camarada.

> Sabiendo al fin inútiles todos mis esfuerzos, atormentándome por mi perdición, adopté la única medida que me restaba, la de someterme a mi destino sin contragolpear más a lo inevitable. He hallado en tal resignación solaz para mis pesares, por la tranquilidad que me proporcionó, y que no pude hallar en la resistencia persistente, esfuerzo tan doloroso como inútil...
>
> Puesto que todo ha terminado, ¿por qué asustarme de Ellos? Desde que no pueden empeorar mi suerte, no podrán ya hacerme llorar.

La expectativa de lo desconocido, "ampliada, combinada, magnificada infinitamente por su imaginación", era lo que más le había atormentado. Pero descubrió entonces que sus "perseguidores" (podríamos decir sus demonios), "al agotar los límites de su ferocidad", le fueron propicios. Desde que habían perdido todo influjo sobre él, podría en adelante burlarse de ellos.

Apenas dos meses antes (en el otoño de 1776) su corazón había recobrado enteramente la calma. Hasta entonces había perdido el temor, pero había esperado. "Y esta esperanza, ora acariciada, ora frustrada, habíanme afectado de tal modo que me sentía incesantemente agitado por miles de pasiones distintas." Lo que había esperado era que la opinión en que se le tenía cambiase para las generaciones futuras, que los hombres mejores del porvenir reviesen su caso y le hiciesen justicia póstuma.

"Debo a esta esperanza el haber escrito mis *Diálogos* y los miles de planes concebidos para transmitirlos a la posteridad (!). Pero vi después claramente la locura de tal esperanza." Las mismas pasiones en su contra se perpetuarían después de la muerte de todos sus enemigos; "los doctores, los hermanos oratorianos del futuro" serían siempre implacables con quien los había herido de muerte como "cuerpos colectivos".

"Todo ha concluído para mí en la tierra: ni el bien ni el mal pueden serme hechos... Y así hállome en paz en el fondo del abismo, pobre, malhadado mortal, pero impasible como Dios mismo."

El recurso mágico que había descubierto y por el cual tanto iba a mejorar su suerte, era, desde luego, el espiritual de renunciar a toda conexión entre él y los fenómenos del mundo. Amigos, hermanos, parientes, todo esto le era ajeno. Estaba solo en la tierra, como "en un planeta extraño en que hubiera caído". Por amor a una soledad que sería su único consuelo y su única paz, se apartó de todos los objetos que estimaba dolorosos y fué en adelante absorbido por su *yo íntimo.* Es con este espíritu —nos dice— que reanuda el examen "severo y formal" de sus *Confesiones,* para las cuales las *Rêveries* sirven como una especie de "apéndice". Prosigue:

"Ojalá que pueda abandonarme enteramente a los deleites de conversar con mi alma, lo único que no pueden los hombres quitarme." Durante sus paseos diarios sólo reflexionaba sobre sus impulsos interiores, los ordenaba, enmendaba lo malo que podía quedar en ellos. "Meditando sobre el premio que su alma merecía, *olvidará* para siempre su desgracia, sus perseguidores, sus desventuras."

El motivo de las *Rêveries,* como él mismo lo indica, es la cura por la confesión de todas las heridas abiertas a su ego por las represiones, las frustraciones y las humillaciones. No tenía médico psicoanalista que le escuchara y suministrara una terapéutica consoladora, pero su vida interior era tan intensa, tan fácilmente podía él dividirse en personalidades duales, discursiva la una, atenta la otra, que tal carencia fué fácilmente superada. Y como continúa afirmando la *bondad* de la composición original, instintiva, con que había sido dotado por la naturaleza, vemos cómo su exposición de sí difiere del método confesional católico con su doctrina del pecado original y de la gracia; vemos claramente cómo su esfuerzo anuncia la búsqueda en el siglo XX del "hombre natural" armonioso.

En *Las Confesiones,* a desemejanza de Montaigne, que sólo escribió de sus vicios amables, había intentado una investigación sincera y desapasionada de su propia naturaleza; pero en ningún caso volvió a escribir para los demás. Las *Rêveries* eran exclusivamente para *él;* formaban parte de un sistema de auto consolación. Para su propio placer reflexionaba sobre su juventud errante, sus vicios, su cobardía, pero seguía también el hilo de su desarrollo intelectual, de sus ideas directrices, provenientes de su experiencia propia y ponderaba sus resultados definitivos. De manera que, en estos breves ensayos escritos durante los últimos meses de su vida, tenemos no sólo una "purga reveladora", sino también la suma de su filosofía idealista.

El amor a la contemplación era el único recurso que le quedaba. Sus visiones hacíansele tan reales que se creía a veces verdaderamente transportado lejos del mundo a que había renunciado. Refiere un

accidente ocurrido el 24 de octubre de 1776, que ejemplifica la extraña y arrobadora intensidad de sus recuerdos.

Cuenta que en la vertiente de Ménilmontant, al sud de París, un carruaje casi le pasa por encima y que luego fué derribado por un mastín danés, cuyo brinco en vano había procurado evitar. Al golpear con su cabeza en el pavimento yació inconsciente y herido:

> La noche avanzaba. Miré hacia el firmamento; había pocas estrellas; vi también porciones de verdura. Esta primer sensación fué deliciosa. Nada más percibía aún. En ese instante volvía a la vida y me pareció que, con una nueva existencia, percibía por vez primera los objetos. No recordaba el pasado, no tenía una noción clara de mi individualidad ni la menor idea de lo que acababa de ocurrirme. Observaba manar mi sangre como si fluyese de un arroyo junto a mí, sin darme cuenta de que esa sangre me pertenecía. Sentí luego por todo mi ser una calma arrobadora con la que *cada vez* que la recuerdo, ninguno de los placeres conocidos hallo comparable. Se me preguntó dónde vivía. No pude decirlo.

Rumores del accidente circularon pronto por París. Se informó que Rousseau había muerto. Esto le complació. Gozó particularmente las noticias mortuorias impresas en una gaceta provincial.

No obstante, en el "Tercer Paseo", analiza Rousseau, en su mayor parte, las varias épocas de su vida, especialmente su juventud. Consecuente como siempre, lamenta no haber seguido siendo "ignorante" e ignorado. Puesto que la comprensión llególe muy tardíamente de manos de la señora de Warens, que "formó su alma", ¡cuánto dolor se hubiera evitado de haber permanecido inculto! Mas el dado de su suerte había sido echado; había procurado cultivar sus aptitudes para lograr después un éxito mundanal que le liberase de la pobreza y de la dependencia. Analiza sus pecados y se detiene notablemente en su hurto de una cinta y la mentira con que, cincuenta años atrás, había deshonrado a una joven criada en la lejana ciudad de Turín. Pasa revista a su vida con Teresa y al abandono de sus hijos —¡intolerable recuerdo!, ¡intolerable pensamiento!—. Más tarde, en el camino a Vincennes, durante la canícula del verano de 1749, se produce la "gran revolución" de su personalidad con un arrobamiento, o hechizo, desfallecedor. Una vez más recuerda este punto decisivo tan vívidamente comentado en sus cartas a Malesherbes y aún más que en *Las Confesiones*. Recordaba cómo, con la madurez de sus años, se le hizo la deslumbrante luz que le convirtió en un "nuevo" hombre. Había resuelto terminar con todas las vanidades mundanales así como con todas la sofisterías de los filósofos; dedicaríase una vez por todas a servir a la humanidad y a la proclamación de "sublimes verdades".

A pesar de su cobardía habíase entregado a una terrible concentración del pensamiento que le había auxiliado a rechazar los dogmas de la facción materialista y a revivir una fe religiosa más valedera. La intuición habíale movido en cada paso a "adoptar el sentimiento en las cuestiones que parecían las más directamente establecidas", las

más creíbles y evidentes en sí mismas, sin incomodarse por las objeciones que no podían ser desechadas y que eran, en todos los casos, equilibradas por iguales objeciones del sistema opuesto. Fué este esfuerzo intuitivo el que restauró para él el papel de la religión en esta vida, bajo los tres principios de Dios, el libre albedrío y la inmortalidad del alma.

Empero, el Rousseau último que nos habla al fin apesadumbrado, es el Rousseau herido, que sólo está empeñado en huir del mundo. Tal huída hacia un olvido místico está descripta en el asombroso pasaje sobre su vida en la isla de San Pedro, ya citado, donde flota por un tiempo sobre el "fluir eterno" de las cosas; donde siéntese inmune al daño de los hombres y a los males de la vida, desde que se ha consagrado a la conquista de "la paciencia, la blandura, la resignación, la integridad, la justicia imparcial, únicos bienes que podían ser llevados a la otra vida".

Fué durante los años de prueba en Suiza que conoció las consolaciones de la botánica. "Obligado a abstenerme de pensar en mis infortunios, a pesar mío; forzado a salvaguardar los restos de una imaginación feliz aunque enferma, que tantas angustias ha podido desatar al fin; obligado a olvidar a los hombres que me abrumaban con ignominias", había comenzado a ocuparse del fecundo y hechicero reino vegetal que le rodeaba por doquier.

Sus muchos escritos líricos de entonces sobre la bienaventuranza de la soledad, sobre los goces del olvido de sí mismo, señalan los "sólidos bienes" que, al cabo, había descubierto. ¡No fué tarea fácil! "Porque la propia estimación es el motivo más grande de las almas orgullosas; el propio interés, fértil en decepciones, se enmascara y pasa por amor propio, pero cuando el fraude... no puede ya ocultarse, se le sojuzga con alguna dificultad, pero no menos completamente", nos dice en estas meditaciones más serenas de sus seis últimos días. La abundancia de máximas bellas y sabias, la plenitud de la pintura de una resignación que le inmuniza contra las desventuras de afuera y de adentro, todo se halla en el centenar y pico de páginas de estos ensayos, que nos convencen de su evasión de la locura producida en el año 1776.

Hay también, sin duda, recuerdos sombríos. El "Paseo Noveno", nos habla con angustia de su amor a los niños, de la emoción experimentada ante una criatura encontrada en la calle. Algo "le faltaba"; "lloraba y expiaba". También el "Paseo Décimo" (inconcluso), escrito en los últimos días de su vida, es doloroso; evoca sus días con las señoras de Warens en el encantado Valle de Saboya. ¿Fué ella su último pensamiento? He aquí las líneas que escribió el 12 de abril de 1778, exactamente cincuenta años después de su primer encuentro con ella:

> Supliqué a *maman* vivir en el campo... Necesitaba una amante para mi corazón; la poseía. Anhelaba el campo; lo obtuve. Era perfectamente libre... Du-

rante cuatro o cinco años gocé un siglo de vida y de dicha pura y plena... y resolví emplear mis ocios a fin de hacerme una situación, si era posible, que me permitiese retribuir algún día a la mejor de las mujeres la ayuda que había recibido de ella...

6

En la primavera de 1778, durante las últimas semanas de abril, para ser exactos, Rousseau, que por Pascuas había hecho un paseo fatigoso con Bernardino de Saint-Pierre, comenzó de repente a sentirse enfermo y débil. Tenía sesenta y seis años y parecía a la sazón muy fatigado para proseguir trabajando y hasta para cuidarse. Teresa, en cuanto a eso, le despertó temores y presentimientos relativos a su propia salud, aunque infundados, porque sobrevivió ella a los días de la Convención. Según Corancez, parecía ella achacosa, incluso algo trastornada (siempre hemos creído que era algo loca). En esos días plenos de presentimientos, al enterarse de que Voltaire, recientemente regresado a París, yacía moribundo a la avanzada edad de ochenta y cuatro años, anunció tristemente: "Nuestras vidas estaban eslabonadas. No le sobreviviré mucho tiempo."

Decía entonces que su deseo ferviente era, una vez más, ir a pasar sus días en algún retiro campestre; y en verdad, el médico que lo atendía se lo recomendó para su preservación. A su viejo amigo Pablo Moultou, de Ginebra, quien le visitó con su hijo en mayo de 1778, le habló de su debilidad y de la sensación de su muerte cercana. También confió a Moultou, como un depósito sagrado, sus escritos inéditos: *Las Confesiones,* los *Diálogos,* un fragmento titulado *Revelación,* un tratado sobre química (*Les Institutions Chimiques*) y varios otros fragmentos. También Dupeyrou tenía manuscritos de estos trabajos. Moultou, profundamente conmovido, habíase prometido guardar estos escritos y publicarlos en el momento oportuno.

Varias personas se adelantaron a ofrecer a Rousseau el tranquilo lugar de descanso que deseaba, y terminó por aceptar un alojamiento en la bella heredad de cierto marqués de Girardin, en Ermenonville, al noroeste de París, cerca de Senlis.

Dejó París el 20 de mayo de 1778 e instaló su hogar en un pabellón del parque de Ermenonville. Soberbios jardines llenos de flores le rodeaban allí por todas partes, y había un valle ameno donde realizaba libremente sus paseos solitarios. Menos activamente que antes, aunque de una manera metódica, recogía y disecaba todas las variedades de plantas cuyo estudio le interesaba. En pago de su manutención, según convenio previo, daba lecciones de botánica al hijo de Girardin. A intervalos y despaciosamente, cuando estaba en vena, trabajaba en sus *Rêveries.* El, que para ser dichoso tenía que estar cerca de la Naturaleza, halló para sus últimos días un marco de deliciosa verdura. Creemos que, en general, las semanas que pasó en Ermenonville, fué dichoso, lo más dichoso posible, dentro de las sospechas periódicas que le asaltaban aún por momentos en pequeñas oleadas de desesperación, a pesar de su postrer esfuerzo por alejarlas.

El 1º de julio de 1778 fué para él un día de labor espléndido. Con el joven Girardin había ido, caminando lentamente, a herborizar en los prados. Había sido muy feliz aquella tarde. Por la noche cenó cordial y amablemente con los Girardin. Pero al día siguiente, 2 de julio de 1778, no se sintió tan bien. No hizo por la mañana su paseo acostumbrado ni atravesó los jardines hasta el castillo de Ermenonville, donde ese día era esperado. Sintióse indispuesto. Posiblemente era cierto, como suponía Teresa, que la noche anterior había comido con exceso en el castillo. Esa mañana permaneció de pie, junto a la ventana, contemplando silenciosamente los jardines.

Sintió de repente que le faltaba el aliento, latir sus venas. Se sofocaba; estaba en agonía. Llamó a Teresa con voz ahogada.

No habían dado las diez todavía cuando la señora de Rousseau oyó sus llamados; descendió de la escalera que en ese momento subía, corrió hacia él y le halló yaciendo en el piso. Le dijo que se tranquilizara y le pidió que cerrase la puerta y abriese las ventanas. Recurriendo a todas sus fuerzas le ayudó Teresa a ir a la cama. Le trajo un purgante... Cuando al rato regresó, mientras lo conducía de las manos, cayó Rousseau sobre el piso tan pesadamente que la arrastró en su caída y golpeó su frente contra las baldosas de piedra, con tanta violencia que la sangre empezó a manar libremente. Teresa estaba fuera de sí de terror. "Me levanté y di gritos desgarradores. El señor Girardin, que tenía una llave de nuestro departamento, subió... Yo estaba llena de sangre que fluía de la herida de mi esposo. Había muerto, teniendo mis manos en las suyas, sin pronunciar palabra."

Corancez, uno de sus últimos discípulos leales, al recibir la noticia, salió apresuradamente de París. Cerca de Ermenonville se enteró de que la noticia de la muerte de Rousseau se había difundido por todo el distrito rural. En una aldea vecina el administrador de correos le dijo:

"¡Quién hubiera creído que el señor Rousseau se mataría!" Los rumores de su suicidio, llevado a cabo con una pistola, basados en tal hablilla, se difundieron por doquier; contemporáneos como Corancez y Madame de Staël, lo creyeron a pie juntillas. Madame de Staël repitió el cuento de que Rousseau había descubierto la infidelidad de Teresa, golpe último por el cual se había matado. Comentaba Musset-Pathay que la conducta de la señora de Rousseau, después de la muerte de éste, justifica tal creencia [4].

Si bien a menudo había Rousseau defendido el suicidio como una escapatoria permisible frente a una situación intolerable, no hay en absoluto indicios de que, en su caso, haya tomado esta extrema reso-

(4) La señora de Vassi, hija de Girardin, negaba que Rousseau pudiese haber conocido "las infidelidades" de Teresa con cierto valet establero llamado Juan, porque sólo al año del deceso de aquél *"cometió ella errores más bien graves (con Juan) que le hicieron imposible su permanencia en Ermenonville."*

lución. Cinco médicos llamados por el marqués de Girardin, incluso el de Rousseau, La Beque de Presle, realizaron la autopsia del cadáver, en la forma primitiva de la época, y declararon que la muerte se había producido por "una apoplegía serosa". El fin de sus días no se debió a las enfermedades crueles que venía padeciendo desde hacía tanto tiempo, sino que más bien fué precipitado por un debilitamiento súbito de su corazón.

Dos días después, el domingo 4 de julio de 1778, fué enterrado, como lo había pedido en una oportunidad, en la isla de un pequeño lago del parque de Ermenonville, llamada Isla de los Alamos. La sencilla ceremonia fué celebrada una noche de verano, a plena luz de la luna. Y cuando la reducida procesión de amigos fieles que siguieron su féretro por el agua tranquila llegó a las sombras de los álamos, uno de ellos, Corancez, sólo meditaba sobre el fin repentino, extraño que había tenido ese hombre de "tormentas y rayos" que fué Rousseau. Pensaba en su trayectoria heroica y dolorosa y en las fantásticas alteraciones de su fortuna. Bañado en lágrimas, ese joven amigo, de pie sobre la tumba de Juan Jacobo, hizo la consoladora reflexión de que al fin el desdichado y melancólico, el inquieto "Paseante Solitario" había hallado un reposo tranquilo.

☆

APENDICE

NOTA A. — EL COMPLOT CONTRA ROUSSEAU

La leyenda de que Juan Jacobo Rousseau era un "bribón encubierto", un hipócrita, un "monstruo de ingratitud" y de perversidad, cuya conducta privada desmentía sus enseñanzas, ganó terreno durante la primera parte del siglo XIX. Quizá se haya debido esto, en parte, a la reacción que se apoderó contra el culto que de él se hizo durante la Revolución, cuando se confirieron grandes honores póstumos al autor del *Contrato Social*, cuando la Convención le erigió estatuas en varios lugares y otorgó una pensión a su viuda (en 1790), y cuando, en una formidable ceremonia, sus restos fueron trasladados de Ermenonville al Panteón (11 de octubre de 1794) para que reposaran por siempre junto a los de Voltaire. Pero después del retorno al poder de los Borbones, las *Memorias de la señora d'Epinay* fueron publicadas (1818), y ampliamente aceptadas como una crónica autorizada de la vida en el siglo XVIII y como una clara refutación a las *Confesiones* de Rousseau. Por ese entonces habían muerto ya casi todos los personajes principales involucrados. Sólo noventa años después, merced a los felices descubrimientos de la señora Federica MacDonald (*Juan Jacobo Rousseau. Un nuevo ensayo crítico*, Londres, 1906), se puso de manifiesto que el trabajo de la señora d'Epinay es, en gran parte, una falsificación y una intriga evidente contra el nombre de Rousseau planeada por Diderot, Grimm y la señora d'Epinay en 1760.

Cuando se supo que Rousseau, en Suiza, estaba empeñado en escribir su autobiografía, sus amigos de ayer resolvieron, evidentemente, fraguar sus propios documentos de autodefensa. Durante un largo tiempo la señora d'Epinay venía ocupándose en la composición de algo que Grimm calificó de "larga novela", integrada por cartas, fragmentos de un diario y diálogos entre personas de su tiempo. Su título era: *Lettres de Madame de Montbrillant*.

Aunque este trabajo no fué nunca propiamente concluído, Diderot y Grimm se apoderaron de él y lo utilizaron para amortiguar el efecto de *Las Confesiones* que les desacreditaban. La señora MacDonald demuestra palmariamente que el espíritu de ambos fué, durante un largo lapso, vengativo. Durante el exilio de Rousseau en Suiza, Grimm le había atacado tan amargamente en la *Correspondance Littéraire*, que uno de los propietarios del diario, la duquesa de Sajonia Gotha, le increpó por echar más leña en la hoguera del perseguido Ciudadano. Diderot, por su parte, desde 1759 había estado juntando una serie de notas sobre su ex amigo llamadas: *Les Sept Scélératesses de Rousseau*. Se encuentran allí las varias y contradictorias acusaciones de crueldad y traición que han sido analizadas en el texto de este li-

bro. Pero poco después de la muerte de Rousseau, Diderot lo atacó furiosamente. La primera mitad de *Las Confesiones*, que no contenía referencia alguna relativa a las reyertas en Montmorency, se había publicado en 1781; y en 1782, Diderot (en un *Ensayo sobre Séneca*) alude a un trabajo de refutación en preparación.

Si no cumplí mi deber antes, si aún no doy aquí plenos detalles y hechos incontestables, es por las razones que varios de los defensores de Rousseau conocen y aprueban, y a los cuales nombraría sin vacilaciones si les fuera posible defenderse sin indiscreciones criminales. Pero el mismo Rousseau en una obra póstuma, en la que acaba de declararse loco, orgulloso, hipócrita, mentiroso, ha levantado una punta del velo: *el tiempo completará la obra y la justicia le será prorrateada al muerto cuando pueda llevarse a cabo sin afligir a los vivos.*

A la muerte de la señora d'Epinay, ocurrida en 1783, Grimm, su amante, heredó el manuscrito de *Lettres de Madame de Montbrillant*. Diderot murió al año siguiente. Salta a la vista que nada hizo Grimm con los escritos de la señora d'Epinay hasta 1791, cuando regresó secretamente a su casa de París, durante los cataclismos de la Revolución, para proteger o recoger sus efectos. Durante esta visita hizo copiar el manuscrito de la señora d'Epinay con todos los cambios introducidos y huyó rápidamente de París, dejando el manuscrito original abandonado. Cuando su casa fué saqueada por orden de la Convención, el manuscrito original de la señora d'Epinay fué arrebatado y eventualmente sepultado en los archivos de una biblioteca bajo un título diferente que se prestaba a confusión: *L'Histoire de Madame de Rambure*. Permaneció perdido durante casi un siglo, mientras la copia pasó a Alemania y fué después heredada, muerto Grimm, en 1887, por su secretario, de cuyas manos pasó a J. C. Brunet, quien finalmente la publicó en 1818.

Investigando en los archivos de la Biblioteca de París, la investigadora moderna, señora MacDonald, dió con el manuscrito original de la señora d'Epinay. Todo el documento parecía haber sufrido intromisiones, faltaban muchas páginas, muchos *cahiers* o cuadernos habían sido, al parecer, eliminados, y la historia de *René*, que representaba a Rousseau, era una evidente interpolación en el lugar de un relato anterior suprimido. El cuerpo del manuscrito original está escrito con una letra pulida, delicada, frecuentemente interrumpida por pasajes suprimidos, páginas empastadas y largas notas marginales ejecutadas con "mano tosca y audaz". Las interpolaciones siempre indican agravios, como revela la señora MacDonald en su largo análisis del caso, corroborado por muchos facsímiles.

Y una vez que ha penetrado en el manuscrito esta pluma más negra se ocupa en adelante en discriminar en notas marginales anécdotas malévolas, en escribir reflexiones cínicas u observaciones blasfemas en diálogos ingeniosos... Pero es particularmente con la entrada de "René" en la historia que la malicia de esta mano se torna evidente. La escandalosa pluma se sumerge en tinta más negra, vilipendia o cierra la puerta a la escritura pálida, en la que, no obstante, podemos vislumbrar de vez en cuando expresiones de admiración o afecto para "René", imperfectamente borradas, que asoman como sonrisas por entre las rejas que las aprisionan.

La letra predominante es de la secretaria de la señora d'Epinay. Se ha averiguado, por cotejos realizados, que los cambios introducidos son de su puño y letra, pero dictados por Diderot y Grimm. Hay luego notas sobre "Alteraciones que han de hacerse en el complot", escritas de puño y letra por Diderot y que dan instrucciones como ésta: "Revise a René desde el principio. Debe ser hecho... para defender teorías fantásticas... Antes de permanecer ignorado cometerá cualquier día un crimen... y terminará escribiendo contra sus amigos. Arregle eso en la misma forma que la historia de Wolf..."

En síntesis, se ha revelado que las famosas *Memorias de la Señora d'Epinay*, como se las conoce desde 1818, que difundieron la leyenda de un Rousseau celoso, amargado, traidor, son una fábula presentada de consuno a la posteridad como una crónica verídica por Diderot, Grimm y la señora d'Epinay.

Era Rousseau naturalmente melancólico y neurótico, y lo fué aún más por las persecuciones reales de sus enemigos. Le hicieron éstos, durante su vida, una campaña de calumnias que percibía el vagamente, pero que jamás pudo rastrear. Y, una vez en la tumba, trasmitieron a la posteridad, como él preveía, una falsa leyenda.

NOTA B. — LAS ENFERMEDADES DE ROUSSEAU

La irregularidad prostática de Rousseau ha sido diagnosticada por médicos modernos —gracias a las muchas descripciones que hizo de sus síntomas— como una congestión de los trigones o parte posterior de la uretra, con su secuela característica de micciones frecuentes, incompletas y dolorosas, cólicos agudos y fiebre. La enfermedad *no* era congénita, como creía Juan Jacobo, y se atribuye su origen, generalmente, a la masturbación excesiva durante la juventud. Tampoco lo convirtió en un impotente, conforme a la opinión médica. Pudo concebir cinco o más hijos, si bien con los años y el progreso de la enfermedad (que no es hoy incurable), el coito tornábase cada vez más doloroso, hecho que alentó su castidad.

Con motivo de las enfermedades mentales opinan muchos psiquíatras que el síntoma de desequilibrio, que se remonta a su niñez, es su confesada tendencia al masoquismo. Esta tendencia (probablemente hereditaria) fué provocada por vez primera al ser azotado en su infancia, en Bossey, como anota Kraft-Ebing; a ella se debe que su actitud hacia las mujeres fuese al principio tímida y enfermiza; luego, con el correr de los años, se fué apaciguando gradualmente.

De que era en general neurótico parece que Rousseau lo sabía. Analiza en *Las Confesiones* sus propios impulsos con extrema conciencia. Como neurótico, alternando entre el desaliento profundo y la exaltación salvaje, sentíase conducido a la soledad. Cuando era presa de

ataques y persecuciones su mente tendía fácilmente a desquiciarse en cierto grado, en tanto se desarrollaba en él la manía de persecución. Que este desequilibrio era probablemente hereditario está indicado por la dureza e indocilidad de Isaac Rousseau y por la existencia de insanía delusoria en su familia. Sin embargo, la neurosis no disminuía su genio, sino que parecía darle ímpetus más vigorosos por un tiempo y hasta realzar su carácter moral y su decisión intelectual. Como señala A. L. Sells, en el caso de Rousseau podríamos aplicar la interpretación freudiana del artista, como el hombre que triunfa en el mundo de la imaginación, compensando así su subconsciencia por el fracaso en la vida real. Pero en la vida de Rousseau lo más notable es "el papel desempeñado por la conciencia".

BIBLIOGRAFIA

Oeuvres de J. J. Rousseau, 13 volúmenes, ed. Hachette, París, 1909, es la colección más completa hasta la fecha, aunque no existe todavía una edición adecuada:

I. *Discours — Lettre à d'Alembert — Imitation théâtrale — Origine des langues.*
II. *Emile.*
III. *Emile et Sophie. Education de M. de Sainte-Marie — Lettre à Cristophe de Beaumont — Lettres écrites de la Montagne — Economie Politique — Contrat Social.*
IV. *La Nouvelle Héloïse,* i-v.
V. *La Nouvelle Héloïse,* vi — *Amours de Milord Bomston — Théâtre — Gouvenerment de Pologne — Paix Perpétuelle — Polysynodie.*
VI. *Poésies Diverses — Botanique — Musique.*
VII. *Dictionnaire de musique.*
VIII. *Confessions,* i-ix.
IX. *Confessions.* x-xii — *Dialogues.*
X. *Dialogues.*
XI. *Correspondance, Lettres, 1-409.*
XII. *Correspondance, Lettres 410-851.*
XIII. *Correspondance, Lettres 852-1071 — Mélanges.*

La colección más grande de las cartas y notas de Rousseau puede hallarse en los *Fonds Rousseau* de la Biblioteca de Neuchâtel, Suiza, donde fué depositada después de su muerte por su albacea Dupeyrou. La Biblioteca de Ginebra también contiene muchos manuscritos, entre ellos el de *Las Confesiones.* Otra copia manuscrita por Rousseau fué dada por Teresa a la Convención en 1794 y conservada en la Biblioteca de la Cámara de Diputados de París. La versión ginebrina de *Las Confesiones* es, según se ha sostenido, la más correcta; antes de la edición cuidadosamente anotada de Adam van Bever

del manuscrito de Ginebra (París, 1924, 3 vols.) no existía versión auténtica depurada alguna, si bien las diferencias entre las otras ediciones eran pequeñas.

Una inmensa cantidad de cartas y fragmentos inéditos o desparramados ha sido coleccionada y publicada por los *Annales* de la *Société Jean-Jacques Rousseau,* de Ginebra. Entre ellos se encuentran: una versión primera de *Las Confesiones,* no revisada, libros I al IV, editada por Teófilo Dufour (*Annales,* IV, 1908); un trabajo sobre Química: *Les Institutions Chimiques,* escrito hacia 1747, (*Annales,* I, 1905) y los fragmentos de la señorita Serre, editados por Eugenio Ritter (*Annales,* II, 1906), que Rousseau no utilizó en *Las Confesiones.* Centenares de cartas perdidas y dispersas, muchas de gran importancia, han sido coleccionadas y publicadas en veintiocho volúmenes de los *Annales,* editados en Ginebra entre 1925 y 1929, bajo la supervisión editora del extinto Eugenio Ritter, Teófilo Dufour, Bernardo Bouvier, P. M. Masson, L. J. Courtois, A. Jansen, P. P. Plan y otros apasionados investigadores rousseauístas. Tanto Dufour como Ritter han publicado comentario sobre partes de *Las Confesiones,* hechos a la luz de los nuevos documentos descubiertos; y L. J. Courtois, de Ginebra, ha compuesto una cronología de la vida de Rousseau, fundada en nuevas evidencias (*Annales,* XV, 1923), un trabajo de gran verdad y autenticidad por el que se ha guiado el autor de la presente biografía.

La primera edición definitiva de las cartas de Rousseau se encuentra en la *Correspondance Générale,* editada por Teófilo Dufour (y completada por P. P. Plan, después de la muerte de Dufour), veinte volúmenes, 1924-1930. En esa obra académica monumental han sido incorporadas alrededor de 2.000 cartas dispersas o inéditas, así como muchos documentos contemporáneos, grabados, y cartas de amigos y enemigos.

FUENTES CONTEMPORANEAS

Boswell, J. Un Relato de Córcega, Londres, 1768.

Boswell, J. Papeles privados, ed. por Geoffrey Scott, de la "Colección Isham", Nueva York, 1928, 12 vls.

Boswell, J. Cartas, ed. por C. B. Tinker. Oxford, 1924, 2 vols.

Conzié, F. J. de. *Notice sur Madame de Warens et J J. Rousseau,* 1786 (reimpreso en *Correspondance Générale,* vol. I, 1924).

Corancez, Olivier de. *De J. J. Rousseau, Journal de Paris,* XXI, 1797, 319-373.

Diderot. D. *Oeuvres Complètes,* ed. J. Assezat. París, 1875-1877, 12 vls.

Du Defiand, Madame la Marquise. *Lettres à Horace Walpole,* 1766-1780, edit. por la señora Paget-Toynbee, Londres, 1922.

Dusaulx, C. *De mes rapports avec J. J. Rousseau et de notre correspondance.* París, 1798.

Epinay, Madame d'. *Mémoires,* ed. por P. Boiteau. París, 1876, 2 vls.

Escherny, F. L. d'. *Mélange de Littérature, de morale et de philosophie.* París, 1811, 3 vols.

Galiani, Abbé. *Lettres à Madame d'Epinay.* Ed. Asse. París, 1903, 2 vols.

Genlis, La Comtesse de. *Mémoires inédites sur le dix-huitième siècle et la Révolution Française.* París, 1825, 10 vols.

Grimm, M. *Le Petit Prophète de Boehmischbroda.* París, 1753.
Hume, D. Correspondencia Privada. Londres, 1820.
Hume, D. *Exposé succinct de la contestation qui s'est élevée entre M. Hume et M. Rousseau, avec les pièces justificatives.* Londres, 1766. "Un relato breve y conciso de la disputa entre el Sr. Hume y el Sr. Rousseau, con las cartas que se intercambiaron durante su controversia." Traducción del francés. Londres, 1766.
Marmontel, J. F. *Mémoires.* Ed. Tourneux. París, 1891, 3 vols.
Mercier, L. *Tableau de Paris en 1782.* Amsterdam, 1782-1788, 12 vols.
Montaigu, Auguste de. *Démêlés du Comte de Montaigu, ambassadeur à Venice et son secrétaire, J. J. Rousseau,* 1743-1749. París, 1904.
Rousseau, J. J. *Oeuvres et Correspondance inédites.* (Ed. G. Streckeisen-Moultou, de la colección de la Biblioteca de Neuchâtel). París, 1861, 2 vols.
Rousseau, J. J. *Ses amis et ses ennemis.* (Cartas contemporáneas a Rousseau coleccionadas por G. Streckeisen-Moultou, de la colección de la Biblioteca de Neuchâtel). París, 1865, 2 vols.
Saint-Pierre, Bernardino de. *La Vie et les Ouvrages de J. J. Rousseau.* Ed. Souriau. París, 1907.
Staël, Madame de. *Lettres sur le caractère et les ouvrages de J. J. Rousseau.* París, 1788.
Staël, Madame de. *Lettres inédites à Henry Meister.* París, 1903.
Voltaire. *Correspondance.* París, 1880-1885, 52 vols. (También diversos panfletos referentes a Rousseau, reimpresos en *Correspondance Générale,* vols. XII, XIII).
Walpole, H. Cartas Coleccionadas, ed. por la Sra. Paget-Toynbee. Londres, 1903-1905.
Young, A. Viajes por Francia. Londres, 1792.

OBRAS DE BIOGRAFIA Y CRITICA

Babbitt, I. Rousseau y el Romanticismo. Boston, 1919.
Benedetto, L. F. *Madame de Warens* (traducción del italiano). París, 1913.
Bouvier, B. *J. J. Rousseau.* Ginebra, 1912.
Buffenoir, H. *La Comtesse d'Houdetot, sa famille, ses amis.* París, 1915.
Burton, J. H. Vida y Correspondencia de Hume. Londres, 1846.
Desnoireterres, G. *Voltaire et la société au 18ème siècle: Voltaire et Rousseau.* París, 1875.
Ducros, L. *J. J. Rousseau.* París, 1908, 3 vols.
Dufour, T. *J. J. Rousseau et Madame de Warens* (*Annales,* XIX, 1927); *Le testament de J. J. Rousseau* (*Annales,* III, 1907); *Lettres inédites de J. J. Rousseau* (*Annales,* VII, IX).
Dufour-Verne, L. *Recherches sur J. J. Rousseau et sa parenté.* Ginebra, 1898.
Faguet, E. *Vie de J. J. Rousseau.* París, 1911.
Faguet, E. *Les Amies de Rousseau.* París, 1912.
Faguet, E. *Rousseau Penseur.* París, 1912.
Faguet, E. *Rousseau Artiste.* París, 1913.
Foster, E. *Le dernier séjour de J. J. Rousseau a Paris,* 1770-1778. *Annales,* XX. Ginebra, 1929.
Gran, G. Vida de J. J. Rousseau (traducción del sueco), Londres, 1909.
Hoffding, H. La Filosofía de Rousseau (traducción del danés). New Haven, 1930.
Jansen, A. *Documents sur J. J. Rousseau, 1762-1765, recueillis dans les archives de Berlin; fragments inédits; recherches biographiques et littéraires,* París, Ginebra, Neuchâtel, Berlín, 1882.
Lemaître, J. *J. J. Rousseau.* París, 1912.

MacDonald, F. J. J. Rousseau: un Nuevo Estudio en Crítica. Londres y Edimburgo, 1906.
Masson, P. M. *Le séjour de J. J. Rousseau à l'hospice du Spirito Santo. Revue d'Histoire littéraire de la France,* XXI, 62-71. París, 1914.
Masson, P. M. *La Religion de J. J. Rousseau.* París, 1916, 3 vols.
Mobius, P. J. *J. J. Rousseau, Krankheitsgeschichte.* Leipzig, 1882.
Montet, A. de. *Madame de Warens et le pays de Vaud.* (*Mémoires et Documents pub. par la Société d'Histoire de la Suisse romande,* 2ª serie, III). Lausana, 1891.
Morley, J. Rousseau. Londres, 1876, 2 vols.
Mugnier, F. *Madame de Warens et J. J. Rousseau.* París, 1891.
Musset-Pathay, V. de. *La Vie et les Ouvrages de J. J. Rousseau.* París, 1823, 2 vols.
Peoples, M. H. *La Querelle Rousseau-Hume. Annales,* XVIII. Ginebra, 1927. (También en los Estudios sobre Lenguas Extranjeras del Colegio Smith).
Perey, L. y Maugras, G. *La Jeunesse de Madame d'Epinay.* París, 1882.
Perey, L. y Maugras, G. *Madame d'Epinay à Genève.* París, 1884.
Plan, P. P. *J. J. Rousseau raconté par les gazettes de son temps.* París, 1912.
Proal, L. *La Psychologie de J. J. Rousseau.* París, 1923.
Rey, A. *J. J. Rousseau dans la Vallée de Montmorency.* París, 1909.
Ritter, E. *La famille et la jeunesse de J. J. Rousseau.* París, 1896.
Ritter, E. *J. J. Rousseau et Mlle. de la Serre. Annales,* II. Ginebra, 1906.
Rod, E. *L'Affaire J. J. Rousseau.* París y Lausana, 1907.
Saint Marc Girardin. *J. J. Rousseau, sa vie ses oeuvres.* París, 1875.
Saint-Beuve, C. A. *Les Confessions* (en *Causeries du Lundi,* III, 77-97). París, 1850.
Schinz, A. *La Pensée de J. J. Rousseau.* París, 1929.
Schérer, E. *Melchior Grimm.* París, 1887.
Seillere, E. *J. J. Rousseau.* París, 1921.
Sells, A. L. La Juventud y Aventuras de Juan Jacobo Rousseau. Cambridge, 1930.
Taine, H. *Origines de la France Contemporaine.* París, 1875, 2 vols.
Texte, J. *J. J. Rousseau et les Origines du Cosmopolitisme Littéraire.* París, 1895.
Tinker, C. B. El Joven Boswell; capítulos sobre James Boswell. Boston, 1922. (Cartas no publicadas dirigidas a Rousseau y a Voltaire).
Valette, G. *J. J. Rousseau genevois.* París, 1911.
Villeneuve-Guibert, G. de *Le Portefeuille de Madame Dupin, Dame de Chenonceaux* (con cartas y fragmentos no publicados). París, 1884.

TRADUCCIONES

No existe colección completa de las obras de Rousseau en inglés. Entre las versiones más destacadas de sus obras se hallan: "Los Escritos Políticos", compilados en base al material original, con introducción y notas de C. E. Vaughan (Universidad de Cambridge, 1915, 2 vols.). "Emilio" y "El Contrato Social" figuran en la Everyman's Library, el último con una valiosa introducción de G. D. H. Cole. De las otras obras, no existe versión moderna de "La Nueva Eloísa", aunque fué varias veces traducida al inglés en el siglo XVIII; "Las Confesiones" han aparecido en innumerables traducciones espúreas; Olive Schreiner ha traducido "La Profesión de un Vicario Saboyano" (Nueva York, 1889); y recientemente ha sido publicada una nueva versión de "Los Ensueños de un Solitario", hecha por John Gould Fletcher (Londres, 1927).

El 10 de abril de 1958
se terminó de imprimir este
libro en los talleres de la
EDITORIAL CLARIDAD, S. A.,
San José 1621/45.--Bs. Aires.